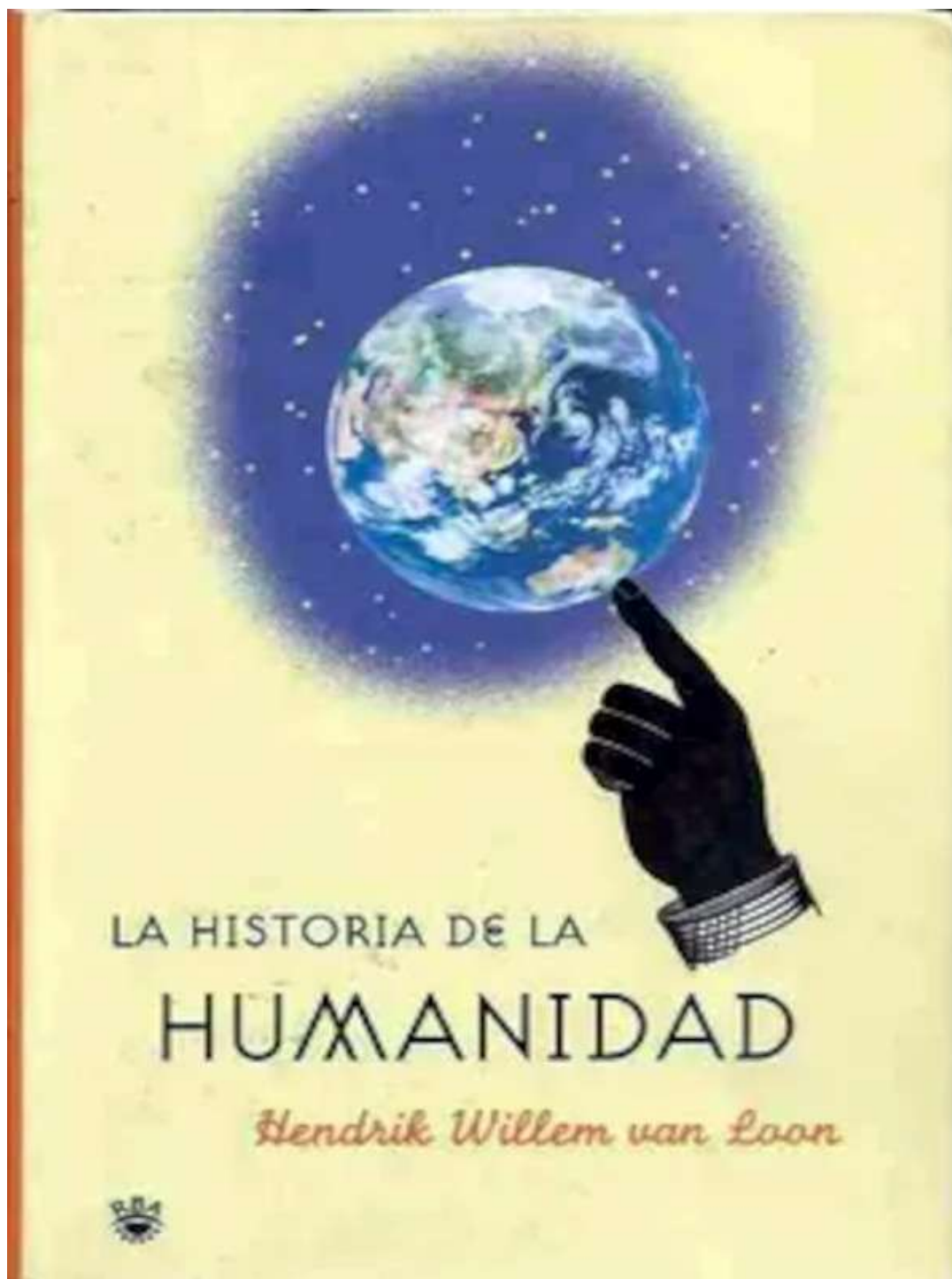




Nota a esta edición

En 1972 los editores del original actualizaron el libro asistidos por el doctor Edward C. Prehn, el profesor Paul Sears de la Universidad de Yale y el profesor Edwin C. Broome de la Universidad de Nueva York. En 1984, el profesor John Merriman de la Universidad de Yale revisó la versión anterior. La presente edición, traducida al español, cuenta con un nuevo capítulo escrito por el profesor Merriman.

Índice

Prefacio

1. Se monta el escenario
2. Nuestros ancestros.
3. El hombre prehistórico.
4. Jeroglíficos.
5. El valle del Nilo
6. La historia de Egipto.
7. Mesopotamia.
8. Los sumerios.
9. Moisés.
10. Los fenicios.
11. Los indoeuropeos.
12. El mar Egeo
13. Los griegos.
14. Las ciudades griegas.
15. La democracia griega
16. La vida en Grecia.
17. El teatro griego.
18. Las guerras persas.
19. Atenas contra Esparta.
20. Alejandro Magno.
21. De los orígenes del hombre a Alejandro Magno.
22. Roma y Cartago.
23. El apogeo de Roma.

24. [El Imperio romano.](#)
25. [Joshua de Nazaret](#)
26. [La caída de Roma.](#)
27. [La expansión de la Iglesia cristiana.](#)
28. [Mahoma.](#)
29. [Carlomagno](#)
30. [Los vikingos](#)
31. [El feudalismo.](#)
32. [Las órdenes de caballería.](#)
33. [El Papa contra el emperador.](#)
34. [Las cruzadas.](#)
35. [La ciudad medieval.](#)
36. [El autogobierno medieval.](#)
37. [El mundo medieval](#)
38. [El comercio medieval.](#)
39. [El Renacimiento.](#)
40. [La era de la expresión.](#)
41. [Los grandes descubrimientos](#)
42. [Buda y Confucio](#)
43. [La Reforma.](#)
44. [La guerra religiosa.](#)
45. [La revolución inglesa](#)
46. [El equilibrio del poder](#)
47. [La creación de Rusia](#)
48. [Rusia contra Suecia.](#)
49. [El crecimiento de Prusia.](#)

50. [El sistema mercantil.](#)
51. [La guerra de Independencia norteamericana.](#)
52. [La Revolución francesa.](#)
53. [Napoleón](#)
54. [La Santa Alianza](#)
55. [La gran reacción](#)
56. [La independencia nacional](#)
57. [La era de la máquina](#)
58. [La revolución social](#)
59. [La emancipación](#)
60. [La era científica](#)
61. [El arte](#)
62. [Expansión colonial y guerra](#)
63. [Un mundo nuevo](#)
64. [Así debería ser siempre](#)
65. [1926, siete años después de la guerra](#)
66. [Estados Unidos llega a la mayoría de edad](#)
67. [Las potencias del eje.](#)
68. [Aislacionismo y contemporización.](#)
69. [La Carta Atlántica.](#)
70. [Guerra global.](#)
71. [Las Naciones Unidas](#)
72. [Una paz turbulenta.](#)
73. [Se abre paso un nuevo orden.](#)
74. [La nave espacial Tierra.](#)
75. [La Tierra, aldea global.](#)

76. [Empieza la era de la alta tecnología.](#)

77. [El nuevo milenio.](#)

[El autor](#)

Prefacio

Para Hansje y Willem:

Cuando tenía doce o trece años, un tío mío, que me inculcó su amor por los libros y los dibujos, me prometió que haríamos una excursión memorable. Iba a llevarme a lo alto de la torre de St. Laurenskerk en Rotterdam.

Así que, un buen día, un sacristán que tenía una llave tan grande como la de san Pedro nos abrió una puerta misteriosa. «Cuando quieran salir, llamen al timbre», nos dijo y, acompañado del chirrido de las viejas bisagras oxidadas, nos separó del bullicio de la calle y nos encerró en un mundo en el que nos esperaban nuevas y sorprendentes experiencias.

Por primera vez en la vida experimenté el fenómeno del «silencio audible». Tras subir el primer tramo de escaleras añadí otro descubrimiento a mi limitado conocimiento de los fenómenos naturales: «la oscuridad tangible». Una cerilla nos indicó por dónde continuaba el camino. Subimos otro piso, y otro, y otro, hasta que perdí la cuenta, y aún subimos otro piso; y, de repente, quedamos inundados de luz. Aquel cuarto estaba a la altura del tejado de la iglesia y lo utilizaban de almacén. Cubiertos de una gruesa capa de polvo, yacían abandonados los símbolos de una religión venerable que había sido descartada por los habitantes de la ciudad muchos años atrás. Aquellos objetos, que para nuestros antepasados significaban la vida o la muerte, se habían convertido en trastos. La rata hacendosa había construido su nido, entre las imágenes

esculpidas en madera, y la siempre vigilante araña se había instalado entre los brazos abiertos de un simpático santo.

El siguiente piso nos mostró de dónde provenía la luz. En los muros había enormes ventanas abiertas con pesadas barras de hierro, que convertían aquella estancia elevada y desolada en el lugar de descanso ideal para cientos de palomas. El viento soplaba a través de las barras metálicas y en 19 el aire flotaba una música extraña y agradable. Era el ruido de la ciudad que teníamos a los pies, un sonido que había sido transformado y purificado por la distancia. El crujido de los carros, el tintineo de los cascos de los caballos, la estridencia de las grúas y las poleas, el silbido de la perseverante máquina de vapor, concebida para realizar el trabajo de los hombres de mil maneras diferentes... Todos aquellos sonidos se habían fusionado para crear un susurro dulce que servía de bello fondo a los arrullos temblorosos de las palomas.

En aquel piso se acababan las escaleras y había que subir por unas escalerillas. Tras la primera (desgastada y resbaladiza, por lo que debía subirse con extremo cuidado) apareció una nueva y más impresionante maravilla: el reloj de la torre del pueblo. Vi el corazón del tiempo. Oía los fuertes latidos de los segundos: uno... dos... tres... hasta sesenta. Entonces se producía un repentino chirrido tembloroso en el que parecía que todas las ruedas se detenían y a la eternidad se le había sustraído otro minuto. Sin pausa alguna, el proceso comenzaba de nuevo: uno... dos... tres... hasta que, finalmente, tras un rumor de aviso y el ruido de muchas ruedas, una voz tronante anunciaba al mundo desde lo alto que había llegado el mediodía.

En el siguiente piso se encontraban las campanas. Las agradables campanitas y sus terribles hermanas mayores. En el centro estaba la campana mayor, que me dejaba petrificado de miedo cuando la oía a media noche anunciando un incendio o una inundación. Aquella grandeza solitaria parecía reflejar los seiscientos años de historia en que había compartido las alegrías y las desgracias de los habitantes de Rotterdam. A su alrededor, tan perfectamente dispuestas como los frascos azules de las boticas de antes, colgaban sus hermanitas, que dos veces a la semana tocaban una melodía alegre para los campesinos que iban al mercado a comprar, a vender y a enterarse de lo que sucedía en el gran mundo. En un rincón —sola y rechazada por las demás— había una gran campana negra, silenciosa e inflexible: la campana de la muerte.

Volvimos a la oscuridad y allí nos esperaban otras escalerillas, más empinadas y peligrosas que las que habíamos subido hasta entonces; y, de repente, el aire fresco del cielo abierto. Habíamos llegado a la galería superior. Por encima de nosotros estaba el cielo. Por debajo, la ciudad. Una pequeña ciudad de juguete en la que hormiguitas hacendosas se movían velozmente de un lugar a otro, cada una ocupada en sus asuntos, y, más allá del batiburrillo de piedras, el vasto verdor del campo.

Fue mi primera visión del mundo.

Desde aquel día, siempre que se me presentaba la ocasión, subía a la torre a disfrutar. Cansa subir tantas escaleras, pero el esfuerzo vale la pena.

Además, sabía que me aguardaba una gran recompensa. Sabía que vería la tierra y el cielo, que podría escuchar las historias de mi buen amigo el vigilante, quien vivía en una cabaña construida en un rincón cubierto de la galería. El cuidaba del reloj, era como un padre para las campanas y avisaba en caso de incendio. Tenía muchas horas libres, que aprovechaba para fumar pipa y librarse a sus pensamientos. Había dejado la escuela cincuenta años antes y había leído pocos libros, pero había vivido en la cima de aquella torre durante tanto tiempo que había absorbido la sabiduría del mundo que tenía a sus pies.

La historia se la sabía porque para él era algo viviente. «Allí», decía, señalando un recodo del río, «donde la arboleda, ¿la ves? Allí estaba el dique que el príncipe Guillermo de Orange destruyó para inundar la plana y salvar Leiden». O me contaba la historia del Mosa, de cuando el ancho río dejó de ser un puerto útil y se convirtió en una vía de navegación excelente que usaron los barcos de De Ruyter y Tromp en su famoso último viaje, en el que dieron la vida por que los mares fueran libres.

Luego estaban los pueblecitos, agrupados alrededor de la iglesia protectora que, hace muchos años, albergaba a sus santos patronos. En la distancia veíamos la torre inclinada de Delft. Cerca de sus grandes arcos fue asesinado Guillermo el Taciturno, y allí fue donde Grotius aprendió latín. Y, un poco más allá, divisábamos el cuerpo bajo y alargado de la iglesia de Gouda, el primer hogar del hombre cuyo intelecto era más poderoso que el ejército de un emperador: el niño que pedía caridad al que el mundo conoce con el nombre de

Erasmus de Rotterdam. Al fondo, la línea plateada del mar infinito y, en contraste, a nuestros pies, el mosaico de techos y chimeneas, casas y jardines, hospitales, escuelas y vías de tren al que llamábamos «hogar». La torre nos permitía contemplar nuestro viejo hogar desde una perspectiva diferente. El agitado caos de las calles y el mercado, de las fábricas y los talleres, se convertía en expresión ordenada de la fuerza y el trabajo humanos. Mejor aún, la vasta visión del glorioso pasado que nos rodeaba por los cuatro costados nos daba un renovado coraje para enfrentarnos a los problemas del futuro, ya de vuelta a la vida cotidiana

La historia es la torre poderosa de la experiencia, que el tiempo ha construido en los campos infinitos de las épocas pasadas. No es fácil alcanzar la cima de esta añeja estructura y beneficiarse de esta completa panorámica. No existen ascensores, pero las piernas de los jóvenes son fuertes y pueden hacerlo.

Aquí tenéis la llave que os abrirá la puerta.

Cuando bajéis, comprenderéis mi entusiasmo.

HENDRIK WILLEM VAN LOON

Allá arriba en el norte, en una tierra llamada Svithjod, hay una gran montaña rocosa que mide 150.000 metros de alto y 150.000 metros de ancho. Cada mil años un pajarito se posa en ella para afilarse el pico y, de esta manera, la montaña se va desgastando. Cuando esté erosionada del todo, para la eternidad habrá transcurrido o un solo día de su tiempo.

Capítulo 1

Se monta el escenario

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?

Vivimos bajo la sombra de un gigantesco interrogante.

¿Quiénes somos?

¿De dónde venimos?

¿Adónde vamos?

Lentamente, pero con un coraje persistente, empujamos el interrogante hacia aquella línea distante, más allá del horizonte, en la cual esperamos encontrar las respuestas.

No hemos llegado muy lejos.

Aún sabemos poco, pero hemos alcanzado un punto en el que podemos suponer muchas cosas con un grado de precisión aceptable.

En este capítulo os explicaré cómo —según nuestro leal saber y entender— se montó el escenario para que el ser humano hiciese su aparición en escena.

Si representamos el tiempo en el que la vida animal ha sido posible en nuestro planeta mediante una línea de igual longitud a la siguiente: entonces la pequeña marca que aparece debajo a la derecha indica el período en el cual el hombre —o un ser parecido a él— ha habitado la Tierra.



El ser humano fue el último en llegar, pero ha sido el primero en desarrollar el cerebro para conquistar las fuerzas de la naturaleza. Por este motivo estudiaremos su historia y no la de los gatos, los perros, los caballos ni la de cualquier otro animal que, a su manera, también esconde una evolución histórica muy interesante. Al principio, el planeta en el que vivimos era —por lo que sabemos ahora— una gran bola de material incandescente, una pequeña nube de humo en el océano infinito del espacio. Con el paso de millones de años, la superficie se quemó y quedó cubierta de una fina capa de rocas. Una lluvia torrencial interminable cayó sobre las rocas inertes, erosionó el duro granito y arrastró aquel polvo hasta los valles que se escondían entre las altas montañas de una tierra humeante.

Finalmente llegó la hora de que el Sol atravesara las nubes y viera que aquel pequeño planeta estaba cubierto de charcos, que más tarde se convertirían en los poderosos océanos de los hemisferios oriental y occidental.

Y un día sucedió el prodigio: donde hasta entonces todo era materia inerte, surgió la vida.

En el agua del mar flotaba una célula.

Durante millones de años, las células fueron a la deriva, a merced de las corrientes marinas. En este tiempo adquirieron ciertos hábitos que les permitieron sobrevivir en aquella tierra inhóspita. Ciertas células desarrollaron la habilidad de unirse y formar organismos pluricelulares. Algunos de ellos se encontraban más a gusto en las oscuras profundidades de lagos y remansos marinos. Echaron raíces en los sedimentos viscosos resultado de la erosión de las montañas y se convirtieron en plantas. Otros preferían moverse y desarrollaron unas extrañas patas articuladas, como las de los escorpiones, para poder arrastrarse por el fondo del mar, entre las plantas y unos seres de color verde pálido que parecían medusas. Otros organismos —éstos cubiertos de escamas— tenían que nadar para buscar comida y poco a poco poblaron el océano de infinidad de peces.

Mientras tanto, el número de plantas había aumentado y tuvieron que buscar nuevos lugares para vivir. En el fondo del mar ya no había sitio para ellas. Se vieron obligadas a dejar las aguas a regañadientes y hacerse un hogar en las marismas y ciénagas que se extendían al pie de las montañas. Dos veces al día, la marea las

cubría de agua salada del océano. Durante el resto del tiempo, las plantas intentaban sacar provecho de su incómoda situación e intentaban sobrevivir en el aire enrarecido que envolvía la superficie del planeta. Tras siglos de entrenamiento, aprendieron a vivir tan cómodamente en el aire como lo habían hecho en el agua. Aumentaron de tamaño, pasaron a ser arbustos, luego árboles y, finalmente, aprendieron a dar bellas flores, que llamaban la atención de los grandes abejorros atareados y de los pájaros, que extendieron sus semillas por doquier, hasta que el mundo entero quedó cubierto de verdes pastos o a la sombra de grandes árboles. Algunos peces también habían abandonado el mar y habían aprendido a respirar mediante pulmones además de branquias. Estos seres se llaman anfibios, lo que significa que son capaces de vivir cómodamente tanto en tierra firme como en el agua. Cualquier rana que se os cruce por el camino os puede explicar los placeres de la doble vida de los anfibios.

Una vez fuera del agua, estos animales se adaptaron gradualmente a la vida en la tierra. Algunos se transformaron en reptiles (animales que se arrastran, como los lagartos) y pasaron a compartir el silencio de los bosques con los insectos. Para desplazarse más rápido por el mullido sotobosque mejoraron sus patas y crecieron hasta tal punto que el mundo quedó poblado de bestias gigantescas (a las que los manuales de ciencias naturales llaman ictiosauros, megalosauros o brontosauros) de entre nueve y doce metros de largo que hubieran podido jugar con los elefantes actuales como una gata lo hace con sus gatitos.

Algunos de los miembros de esta familia de reptiles se instalaron en las copas de los árboles, que por aquel entonces estaban a más de treinta metros de altura. Ya no necesitaban las patas porque habían dejado de andar. Ahora saltaban de rama en rama, así que convirtieron parte de su piel en una especie de paracaídas que iba de los costados de su cuerpo a los dedos de las patas anteriores. Poco a poco cubrieron este paracaídas con plumas, convirtieron la cola en un mecanismo de dirección, empezaron a volar de árbol en árbol y evolucionaron hasta convertirse en auténticos pájaros.

A continuación sucedió algo extraño. Todos los dinosaurios murieron en un corto período de tiempo. No sabemos por qué. Tal vez se debía a un cambio climático repentino. Quizá habían crecido tanto que ya no podían nadar, ni caminar, ni arrastrarse por el suelo, y entonces murieron de hambre ante unos grandes helechos y unos árboles preciosos que tenían al alcance de la vista pero no de la boca. Fuera por lo que fuese, los grandes reptiles, que habían dominado el mundo durante un millón de años, se extinguieron.

A partir de aquel momento, unos seres muy diferentes ocuparon el planeta. Eran descendientes de los dinosaurios, pero poco tenían que ver con ellos porque la hembra alimentaba a las crías con leche de sus pechos, o mamas; por eso la ciencia llama a estos animales «mamíferos». Los mamíferos habían perdido las escamas de los peces. Sin embargo, no tomaron las plumas de los pájaros, sino que cubrieron su piel de pelo. Además desarrollaron nuevos hábitos que dieron a su especie una gran ventaja con respecto a otros animales. Las hembras llevaban los huevos dentro del cuerpo hasta que las

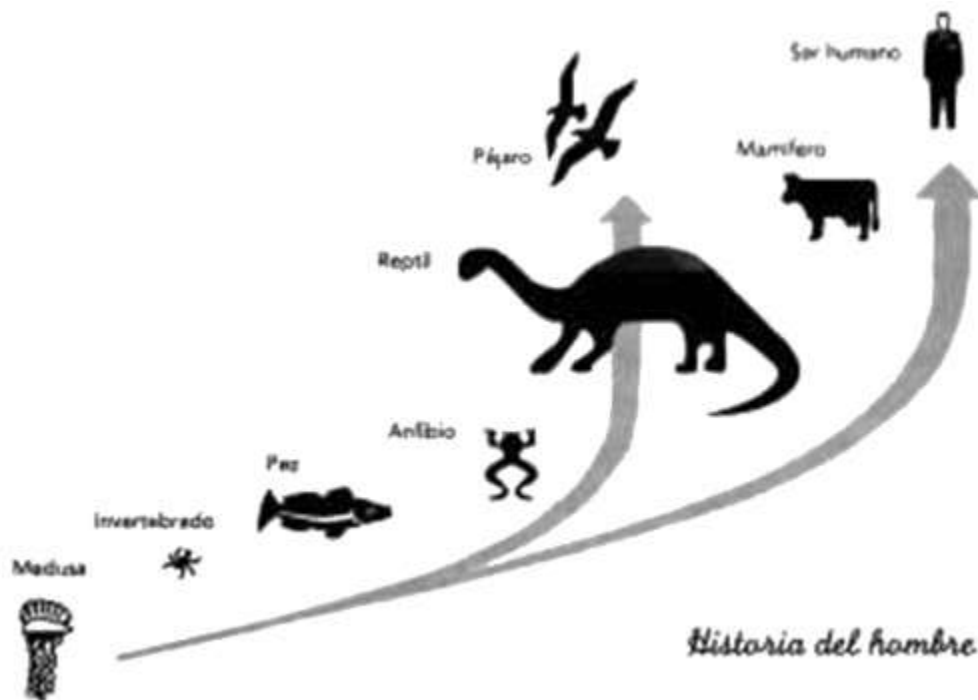
crías estaban listas para romper el cascarón y, mientras que el resto de los seres vivos habían dejado a sus pequeños a merced del frío y el calor, expuestos al ataque de cualquier bestia salvaje, los mamíferos les daban cobijo durante mucho tiempo, hasta que podían enfrentarse solos a sus enemigos. Así que las crías de mamíferos tenían muchas más posibilidades de sobrevivir porque aprendían muchas cosas de su madre, como sabréis si alguna vez habéis visto a una gata enseñar a sus gatitos a cazar ratones o a lavarse la cara.

No es necesario que os hable mucho de los mamíferos porque los conocéis bien. Estáis rodeados de ellos. Los veis diariamente en la calle y quizá en casa, además tenéis a vuestros primos, los monos, en el parque zoológico.

Y ahora llegamos al momento de la separación, al punto en el que el ser humano abandonó el ciclo de vivir y morir sin sentido de sus predecesores y empezó a usar la razón para moldear el destino de su especie.

En particular había un mamífero que era más hábil que los demás para encontrar comida y cobijo. Había aprendido a usar las patas delanteras para sujetar a la presa y, de tanto practicar, las garras se convirtieron en manos. Tras innumerables intentos, había aprendido a mantener el cuerpo en equilibrio sobre las patas posteriores. (No es una posición fácil, pensad en lo que les cuesta a los niños, y eso que los humanos lo hemos hecho desde hace más de un millón de años.)

Este ser, a caballo entre el mono y el hombre, pronto se convirtió en el cazador con más éxito y se adaptó a todo tipo de clima. Para mayor seguridad, se solía mover en grupo. Aprendió a hacer gruñidos que advertían a sus cachorros de los peligros que los acechaban y, pasados unos cuantos centenares de miles de años, empezó a usar ciertos sonidos guturales para hablar. Aunque os cueste creerlo, este ser fue vuestro primer antepasado.



Capítulo 2

Nuestros ancestros

Cómo eran y cómo vivían los primeros hombres.

Sabemos muy poco acerca de los primeros «auténticos» seres humanos. No tenemos fotografías suyas. Sólo hemos encontrado algunos de sus huesos en capas profundas de suelos antiguos. Estos fósiles se hallaban enterrados entre fragmentos de esqueletos de otros animales que hace mucho tiempo desaparecieron de la faz de la Tierra. Los antropólogos (científicos que dedican su vida al estudio del ser humano como miembro del reino animal) han estudiado los huesos y han reconstruido a nuestros primeros antepasados con un grado de fiabilidad aceptable.

El tatarabuelo de la especie humana era un mamífero muy feo y nada atractivo. Era bastante pequeño, mucho más que las personas actuales. El Sol y el viento cortante del frío invierno habían dado a su piel un color marrón oscuro. Tenía la cabeza y gran parte del cuerpo, incluidos los brazos y las piernas, cubiertos de un pelo largo y basto. Tenía dedos finos pero fuertes, así que sus manos se parecían a las de un mono. Tenía la frente estrecha y su mandíbula era como la de un animal salvaje que usa los dientes tanto de tenedor como de cuchillo. No llevaba ropa. El único fuego que había visto eran las llamas de los volcanes que llenaban la Tierra de humo y lava.

Vivía en grandes extensiones de bosques oscuros y húmedos, como siguen haciendo los pigmeos de África en el presente. Cuando lo

asaltaba el hambre, comía hojas y raíces, o bien robaba los huevos a un pájaro enfadado para alimentar a sus crías. De vez en cuando, tras una larga y paciente jornada de caza, atrapaba un gorrión, un pequeño perro salvaje o quizá un conejo. Luego se lo comía crudo, porque no sabía que la comida sabe mejor si se cocina.

Durante el día, este ser humano primitivo rondaba en busca de algo que comer.

De noche, escondía a su mujer y sus hijos en un árbol hueco o tras alguna roca grande porque estaba rodeado de animales feroces y, cuando oscurecía, eran éstos quienes salían a merodear, en busca de una presa con que dar de comer a sus crías y a sus semejantes, y les gustaba el sabor de los seres humanos. En aquella época, o comías o te comían; la vida era muy dura porque reinaba el miedo y la miseria.

En verano, el ser humano estaba expuesto a los abrasadores rayos del Sol y, en invierno, los hijos se le morían de frío en el regazo. Cuando caía herido —y lo más fácil era que un cazador acabara fracturándose un hueso o torciéndose un tobillo—, no tenía a nadie que cuidase de él y moría en condiciones horribles.

Como a la mayoría de animales que llenan el zoológico con sus ruidos extraños, al hombre primitivo le gustaba emitir sonidos. Y se pasaba el día lanzando gruñidos incomprensibles simplemente porque le gustaba oír su voz. Con el tiempo aprendió que podía usar aquellos sonidos guturales para advertir a sus compañeros de un peligro, y sus chillidos cortos pasaron a significar «vienen cinco elefantes» o «¡un tigre!». Entonces, sus compañeros berreaban algo

que quería decir «los vemos», o bien «¡más vale que salgamos corriendo!». Probablemente éste fuera el origen del lenguaje.

Pero, como he dicho antes, de los inicios sabemos bien poco. Los primeros seres humanos no usaban herramientas y no construían casas. Vivieron, murieron y no dejaron trazo alguno de su existencia, exceptuando algunos collares de huesos y unos pocos fragmentos de cráneo. Pero, gracias a esto, sabemos que hace muchos miles de años en el mundo había unos mamíferos muy diferentes de los demás animales, que probablemente eran descendientes de algún primate desconocido, que había aprendido a andar sobre las patas traseras y usaba las delanteras de manos, que estuvieron relacionados con los seres que fueron nuestros primeros antepasados.

Es muy poco más lo que sabemos, el resto se pierde en la oscuridad.

Capítulo 3

El hombre prehistórico

El hombre prehistórico empieza a hacer cosas por sí mismo

Los primeros seres humanos no tenían noción del tiempo. No celebraban cumpleaños, ni aniversarios de boda, ni anotaban cuándo le había llegado a alguien la hora de la muerte. No sabían qué eran los días, ni las semanas, ni tampoco los años. Pero, en cierta manera, controlaban el paso de las estaciones porque se habían dado cuenta de que tras el frío invierno llegaba invariablemente la templada-primavera, que ésta daba paso al calor del verano, cuando los frutos maduraban y las mazorcas de maíz silvestre estaban listas para comer, y que el verano acababa cuando las repentinas rachas de viento hacían caer las hojas de los árboles en otoño y algunos animales se preparaban para el largo sueño invernal.

Pero, entonces, tuvo lugar un hecho inusual y aterrador: algo extraño pasaba con el clima. Los días cálidos del verano habían tardado mucho en llegar. Los frutos no habían madurado. Los picos de las montañas, que normalmente estaban cubiertos de hierba, ahora estaban escandidos bajo una gruesa capa de nieve.

Una mañana, un grupo de salvajes, gente muy diferente a la que habitaba por los alrededores, bajó de las montañas. Estaban muy delgados, parecían famélicos. Emitían sonidos que nadie entendía. Parecía que dijeran que tenían hambre. Pero no había suficiente comida para todo el mundo y, como pretendían quedarse allí unos

días, estalló una lucha terrible de manos y pies con garras en la que murieron familias enteras. Los salvajes que habían sobrevivido volvieron a las montañas y murieron en la siguiente ventisca de nieve.

Sin embargo, los pobladores del valle seguían teniendo miedo. Los días se hacían más cortos y las noches más frías de lo que correspondía.

Un buen día, en un desfiladero, apareció un bloque de hielo verdoso que rápidamente aumentó de tamaño. Un glaciar gigantesco bajaba por la pendiente arrastrando piedras enormes hacia el valle. De repente, un torrente de hielo, barro y bloques de granito cayó sobre los habitantes del valle con un ruido de mil truenos y mató a muchos mientras dormían. Árboles centenarios quedaron reducidos a astillas. Y comenzó a nevar.

Negó durante meses y meses. Las plantas murieron y los animales se fueron hacia el sur en busca de sol. Hombres y mujeres cargaron con sus hijos a las espaldas y los siguieron. Pero, al no poder viajar tan rápido como las bestias, tuvieron que escoger entre pensar o morir. Y al parecer escogieron pensar, porque el ser humano ha sobrevivido a los terribles períodos glaciales que en cuatro ocasiones amenazaron con aniquilar a la especie humana.

En primer lugar necesitaban vestirse si no querían morir de frío. Aprendieron a construir trampas cavando agujeros que cubrían con ramas y hojas para cazar osos y hienas. Luego mataban los animales tirándoles piedras y, con las pieles, hacían abrigo para toda la familia.

Además tenían el problema de la vivienda, pero era fácil de solucionar. Muchos animales acostumbraban a dormir en cuevas. Los humanos siguieron su ejemplo, echaron a los animales de sus hogares calentitos y los ocuparon ellos.

No obstante, aun así pasaban mucho frío y los índices de mortalidad en niños y ancianos eran muy elevados. Entonces un genio pensó en usar el fuego. Una vez, mientras estaba de caza, lo había sorprendido un fuego forestal. Recordaba que las llamas habían estado a punto de quemarlo vivo. En aquella ocasión, el fuego lejano había sido su enemigo. Ahora se había convertido en su aliado. Consiguió arrastrar un árbol caído hasta el interior de su cueva y prenderle fuego con las brasas recogidas en un bosque en llamas. Así logró transformar la cueva en una sala de estar la mar de comfortable.

Una noche, un pollo muerto cayó al fuego y, cuando se dieron cuenta, el pollo ya estaba bien asado. De este modo, el ser humano descubrió que la carne sabía mejor si se asaba y abandonó una de las viejas costumbres que compartía con los demás animales, es decir, empezó a preparar la comida.

Así pasaron miles de años. Sólo sobrevivían los más inteligentes. Debían luchar día y noche contra el hambre y el frío. Estaban obligados a inventar herramientas: aprendieron a afilar piedras y a construir tanto hachas como martillos con ellas. Tenían que almacenar grandes cantidades de comida para los días interminables del invierno y descubrieron que, para guardarlas, podían hacer jarras y recipientes con barro endurecido al sol. De

esta manera, la era glacial, que hubiera podido acabar con la especie humana, se convirtió en su mejor maestro porque los humanos se vieron obligados a pensar.

Capítulo 4

Jeroglíficos.

Los egipcios inventan el arte de la escritura y así empieza la historia

Estos antepasados nuestros, que vivían en los grandes bosques de Europa, estaban aprendiendo muchas cosas a gran velocidad. Podemos decir sin riesgo a equivocarnos que, con el tiempo, habrían abandonado su manera de vivir salvaje y habrían desarrollado una civilización propia. Pero de pronto acabó su aislamiento: fueron descubiertos.

Un viajero procedente de una tierra del sur ignota se había atrevido a cruzar el mar y las montañas. Allí encontró un camino hasta los salvajes que habitaban el continente europeo. Venía de África y su hogar se hallaba en Egipto.

El valle del Nilo había alcanzado un grado de civilización elevado miles de años antes, cuando en Occidente la gente ni siquiera podía imaginar las posibilidades que ofrecían los tenedores, las ruedas o las casas. Así que dejaremos a nuestros tatarabuelos en sus cuevas e iremos hasta las costas sur y este del Mediterráneo, donde se hallaba la primera escuela de la especie humana.

Los egipcios nos han enseñado muchas cosas. Eran agricultores de primera. Sabían mucho sobre irrigación. Construyeron templos que posteriormente los griegos copiarían y que sirvieron de modelo en la construcción de nuestras iglesias. Habían inventado un calendario que resultó ser un instrumento para medir el tiempo tan útil que, en la actualidad, lo seguimos usando con unos pequeños cambios.

Pero, por encima de todo, los egipcios habían descubierto cómo conservar la palabra para el uso y disfrute de las generaciones futuras: habían inventado el arte de la escritura. Estamos tan acostumbrados a periódicos, revistas y libros que damos por supuesto que el mundo siempre ha sabido leer y escribir. Y en realidad la escritura, el invento más importante de todos los tiempos, es bastante reciente. Sin documentos escritos seríamos como los gatos y los perros, que únicamente pueden enseñar cosas sencillas a sus retoños y que, como no saben escribir, no tienen manera de aprovechar la experiencia de las generaciones de gatos y perros que vivieron antes que ellos.

Cuando los romanos llegaron a Egipto, en el siglo i antes de nuestra era, encontraron un valle lleno de dibujitos extraños que parecían tener algo que ver con la historia del país. Pero a los romanos no les interesaba nada que fuese «extranjero» y no investigaron acerca del origen de aquellas figuras misteriosas que cubrían las paredes de templos y palacios y la infinidad de resmas de papel hecho de caña de papiro. El último sacerdote egipcio que entendía el arte sagrado de aquellos dibujos había muerto varios años antes. El Egipto subyugado se había convertido en un almacén lleno de documentos históricos, de gran importancia, que nadie podía descifrar y que no le servían de nada a ningún ser viviente.

Diecisiete siglos pasaron y Egipto seguía siendo una tierra misteriosa. Pero, en 1798, un general francés llamado Napoleón Bonaparte llegó a África oriental para preparar el ataque sobre las colonias británicas en India. No pasó del Nilo y su campaña fue un

fracaso pero, de casualidad, la famosa expedición francesa resolvió el problema del antiguo lenguaje pictográfico egipcio.

Un día, un joven oficial francés, aburrido por la monotonía de la vida que llevaba en una pequeña fortaleza sobre el río Rosetta (un afluente del Nilo), decidió pasar las horas muertas hurgando entre las ruinas del delta del Nilo. Y, ¡qué cosas!, encontró una piedra que lo dejó muy intrigado. Como toda superficie en Egipto, estaba cubierta de figuritas. Pero aquella lápida de basalto negro era diferente de lo que se había descubierto hasta entonces. En ella había tres inscripciones. Una de las tres estaba escrita en griego. «Lo único que hay que hacer», pensó el hombre, «es comparar el texto griego con las figuras egipcias y, automáticamente, nos revelarán sus secretos».

Aquello parecía bastante sencillo, pero costó más de veinte años resolver el enigma. En 1802, un sabio francés llamado Champollion se puso a comparar los textos egipcio y griego de la famosa piedra Rosetta. En 1823 anunció que había descubierto el significado de 14 de las figuritas. Poco después murió de tanto trabajar, pero por fin se habían descubierto los principios de la escritura egipcia. En la actualidad conocemos mejor la historia del valle del Nilo que la de cualquier otro lugar. Contamos con documentos escritos que cubren un período de cuatro mil años de historia.

Ya que los antiguos jeroglíficos egipcios (la palabra «jeroglífico» en griego quiere decir «grabado sagrado») han desempeñado un papel fundamental en la historia, e incluso algunos de ellos han llegado, modificados, a nuestro propio alfabeto, es bueno saber algo del

ingenioso sistema que se usó hace cincuenta siglos para legar la palabra a las generaciones futuras.

Ya sabéis qué es un lenguaje de signos. Todas las historias indígenas de las llanuras norteamericanas tienen un capítulo dedicado a los extraños mensajes escritos con dibujitos, que nos indican cuántas bestias se mataron en una cacería y cuántos cazadores había en una determinada fiesta. Normalmente no es difícil descifrar este tipo de mensajes.

Pero la antigua escritura egipcia era diferente. La inteligencia de los pobladores del valle del Nilo hacía mucho tiempo que había superado esta fase. El significado de los pictogramas iba más allá de lo que representaban. Os explicaré cómo funcionaban.

Suponed que sois Champollion y que estáis examinando un montón de papiros repletos de jeroglíficos. De pronto encontráis un dibujo que representa a un hombre empuñando una sierra. «Muy bien», diríais, «esto significa que un campesino salió a cortar un árbol». Tomáis otro papiro. Este papiro cuenta la historia de una reina que vivió hasta los ochenta y dos años. Pero en medio de una frase encontráis otra vez el dibujo del hombre de la sierra. Está claro que las reinas de ochenta y dos años no van a cortar árboles, así que el dibujo debe de querer decir otra cosa. Entonces, ¿qué quiere decir? Este es el enigma que finalmente resolvió el sabio francés. Descubrió que los egipcios fueron los primeros en usar lo que ahora llamamos «escritura fonética»: un sistema de caracteres que reproduce un sonido (o fonema) del habla y que nos permite poner

las palabras que decimos por escrito, con ayuda de algunos puntos, comas e interrogantes.

Volvamos al hombrecillo de la sierra. La palabra sierra significa dos cosas: la herramienta de un carpintero o una serie de picos montañosos.

Veamos lo que ocurrió con la palabra «sierra» en el transcurso de los siglos. Primero significaba únicamente la herramienta que representaba. Luego se perdió ese significado y pasó a describir una cordillera. Al cabo de unos cuantos siglos, los egipcios se olvidaron

de los dos significados y el dibujo  pasó a representar una única letra, la letra «s». Un pequeño ejemplo os hará entender lo que quiero decir. Aquí tenéis una frase en español actual tal y como se hubiese escrito en jeroglífico:



El  representa uno de los dos ojos, y también significa «Yo», la persona que está hablando.

El  representa a un animal con alas que puede volar, un saludo a la romana, o bien un conjunto de fonemas que suenan como «ave».

Una  es simplemente una jirafa. Y por su parte,



representa una cordillera.

Se trata del antiguo lenguaje de signos del que surgieron los jeroglíficos.

Ahora ya podéis leer la frase sin mayor dificultad: «Creo haber visto una jirafa en la cordillera».

Inventado el sistema, los egipcios lo perfeccionaron durante miles de años hasta el punto de que podían escribir lo que quisieran, así que usaban estas palabras grabadas para enviar mensajes a sus amigos, escribir documentos mercantiles y recoger la historia de su país de manera que las generaciones futuras pudieran aprender de los errores del pasado.

Capítulo 5

El valle del Nilo

Los inicios de la civilización en el valle del Nilo.

La historia del ser humano es la historia de un animal hambriento en busca de comida. Donde abundaba la comida se dirigía el hombre para establecer su hogar. La fama del valle del Nilo se debió de extender muy temprano. Gente procedente del interior de África, del desierto de Arabia y del oeste de Asia había llegado a Egipto en tropel para hacerse con una parte de aquellas fértiles tierras. Estos invasores formaron una nueva raza que se llamaba a sí misma «Remi» o «los hombres». Tenían buenas razones para estar agradecidos a un destino que los había llevado a aquella estrecha franja de tierra. Cada verano, el río Nilo convertía el valle en un lago poco profundo y, cuando las aguas retrocedían, los campos y los pastos aparecían cubiertos de una capa de barro muy fértil de unos cuantos dedos de espesor.

En Egipto, el río amigo hacía el trabajo de un millón de hombres y alimentaba a la población que atestaba las primeras ciudades de las que tenemos noticia. Aunque no toda la tierra cultivable se encontraba en el valle. Los egipcios habían construido un complicado sistema de canales y norias que conducía el agua desde el nivel del río hasta las orillas más elevadas, y un sistema de acequias aún más intrincado la repartía por los campos.

Mientras el hombre prehistórico se veía obligado a pasarse dieciséis horas al día recolectando comida para los miembros de su tribu y él

mismo, los agricultores egipcios y los habitantes de las ciudades disponían de cierto tiempo de ocio. Este tiempo libre lo usaban para hacerse objetos meramente ornamentales y en absoluto útiles.

Es más, un día descubrieron que eran capaces de pensar en muchas cosas que nada tenían que ver con los problemas de comer, dormir y encontrar un refugio para sus hijos. Los egipcios empezaron a especular sobre las diversas cuestiones que les preocupaban: ¿De dónde vienen las estrellas?

¿Quién hace el ruido del trueno que tanto nos asusta? ¿Quién hace crecer el río Nilo con tanta regularidad que es posible basar el calendario en la subida y bajada anual de las aguas? ¿Quiénes somos, extraños y pequeños seres rodeados por los cuatro costados de muerte y enfermedad y, aun así, felices y risueños?

Se preguntaban todas estas cosas y muchas más. A los que se prestaron a responder como mejor pudieron, los egipcios los llamaron «sacerdotes», que se convirtieron en los guardianes de sus pensamientos y se ganaron un gran respeto entre la comunidad. Eran hombres muy sabios a quienes se confió la misión sagrada de velar por los textos escritos. Comprendieron que no es bueno actuar pensando únicamente en un provecho inmediato e hicieron pensar a los egipcios en los días futuros en los que su alma estaría tras las montañas del Oeste y tendrían que dar cuentas de sus acciones a Osiris, el dios todopoderoso que mandaba tanto sobre los vivos como los muertos y que juzgaba los actos de las personas según sus méritos. De hecho, los sacerdotes otorgaron tanta importancia a la vida futura en el Reino de Isis y Osiris que los egipcios empezaron a

pensar que la vida terrenal era una simple preparación para el más allá y convirtieron el fértil valle del Nilo en una tierra devota a los muertos.

Por algún motivo desconocido, los egipcios creían que el alma no podía entrar en el Reino de Osiris si no iba acompañada del cuerpo que la había albergado en este mundo, así que, en cuanto alguien moría, sus parientes se encargaban de él y lo hacían embalsamar. Para ello, se tenía el cuerpo en remojo durante semanas en una solución de natrón y luego se rellenaba de brea. La palabra persa para «brea» es *mumai*, así que al cuerpo embalsamado se le llamó «momia». Una vez preparado, el cuerpo se envolvía en metros y metros de lino, también preparado de una manera especial, y después se guardaba en un ataúd especial listo para ser llevado a su hogar final. Y es que las tumbas egipcias eran ciertamente hogares donde el cuerpo estaba rodeado de muebles e instrumentos musicales (para paliar el tedio de la espera) y de estatuas de cocineros, panaderos y barberos (para que el ocupante de aquel hogar estuviese bien provisto de comida y pudiera llegar a la otra vida bien afeitado).

Al principio, aquellas tumbas se excavaban en la roca de las montañas del Oeste, pero al trasladarse los egipcios al norte tuvieron que empezar a construir los cementerios en el desierto. Sin embargo, el desierto estaba plagado de animales salvajes y de ladrones, igualmente salvajes, que entraban en las tumbas y molestaban a la momia o robaban las joyas enterradas junto al cuerpo. Para evitar tal profanación, los egipcios solían cubrir las

tumbas con montañitas de rocas. Estas aumentaron gradualmente de tamaño, porque los ricos se hacían poner más piedras que los pobres, y se creó una gran competencia para ver quién se hacía la montaña de piedras más alta. El rey Khufu, a quien los griegos llamaban Keops, que vivió treinta siglos antes de nuestra era, consiguió el récord. Su montaña funeraria, llamada «pirámide» por los griegos (porque la palabra egipcia para «altura» era *pir-em-us*), media más de ciento cincuenta metros de altura. Cubría una extensión de unos cincuenta mil metros cuadrados de desierto, tres veces más que la basílica de San Pedro, el mayor edificio del mundo cristiano.

En la construcción de la pirámide trabajaron más de cien mil hombres que se pasaron veinte años trasladando piedras de un lado al otro del río Nilo —cómo conseguían cruzarlo continúa siendo un misterio—, arrastrándolas por el desierto, a menudo largas distancias, para finalmente colocarlas en el lugar indicado. Los arquitectos e ingenieros del faraón hicieron tan bien su trabajo que el estrecho pasillo que conduce a la tumba real, situada en el corazón de este monstruo, está en perfecto estado a pesar de que las miles de toneladas de piedra ejercen una presión brutal sobre dicho pasillo.

Capítulo 6

La historia de Egipto.

Auge y declive del Imperio egipcio.

El río Nilo era un buen amigo, aunque exigente. A la gente que vivía en sus orillas le enseñó el noble arte del trabajo en equipo, ya que para construir las acequias y mantener en buen estado los diques debían colaborar entre todos. Así aprendieron a llevarse bien con sus vecinos, y de aquella asociación en beneficio mutuo fácilmente se pasó a un estado organizado.

Un hombre se hizo más poderoso que sus vecinos y se convirtió en jefe de la comunidad, con funciones de comandante, cuando los envidiosos vecinos de Oriente Próximo invadían el próspero valle. Con el tiempo se convirtió en su rey, un rey que gobernaba la tierra que se extendía entre el Mediterráneo y las montañas del Oeste.

Ahora bien, las intrigas políticas del faraón (la palabra quería decir «el hombre que vive en la casa grande») raramente interesaban al paciente agricultor que trabajaba en el campo. Mientras no lo obligara a pagar más impuestos de lo que el súbdito consideraba justo, aceptaba la ley del faraón como aceptaba la ley del todopoderoso Osiris.

Este vínculo cambió cuando apareció un invasor extranjero que usurpó las tierras al faraón. Tras veinte siglos de independencia, Egipto fue invadido por los pastores nómadas de la tribu árabe de los hicsos, que serían jefes del valle del Nilo durante quinientos años. Eran muy odiados, igual que los hebreos que llegaron a la

tierra de Gosén en busca de cobijo, tras una larga odisea por el desierto, porque se pusieron al servicio del invasor: le ayudaban a recaudar los impuestos y fueron sus funcionarios.

La situación acabó hacia 1700 a. C., cuando los habitantes de Tebas se levantaron en armas y, tras un largo combate, consiguieron expulsar a los hicsos del país. Egipto volvió a ser libre. Mil años más tarde, cuando Asiria conquistó Oriente Próximo, Egipto pasó a formar parte del Imperio de Sardanápalo. En el siglo VII a. C. volvió a ser un país independiente que obedecía las órdenes de un rey que vivía en la ciudad de Sais, en el delta del Nilo. Pero en el año 525 a. C., Cambises, rey de los persas, tomó posesión de Egipto y, cuando en el siglo IV a. C. Persia fue conquistada por Alejandro Magno, Egipto también pasó a ser una provincia macedonia. Gozó otra vez de algo parecido a la independencia cuando uno de los generales de Alejandro Magno se erigió en faraón de un nuevo estado egipcio y fundó la dinastía tolemaica, que residía en la recién fundada Alejandría.

Finalmente, en el año 39 a. C., llegaron los romanos. La última reina egipcia, Cleopatra, hizo todo lo posible por salvar su país. Para los generales romanos su belleza y sus encantos eran mucho más peligrosos que media docena de tropas egipcias. La faraona se ganó el corazón del conquistador romano. Pero en el año 30 a. C., Octavio, sobrino y heredero de Julio César, llegó a Alejandría. El no compartía la admiración que sentía su difunto tío por la encantadora princesa y destruyó sus ejércitos. Sin embargo, la mantuvo con vida porque quería hacerla participar en el desfile

triunfal como botín de guerra. Cuando Cleopatra se enteró del plan, se suicidó tomando veneno. Y Egipto se convirtió en una provincia romana.

Capítulo 7

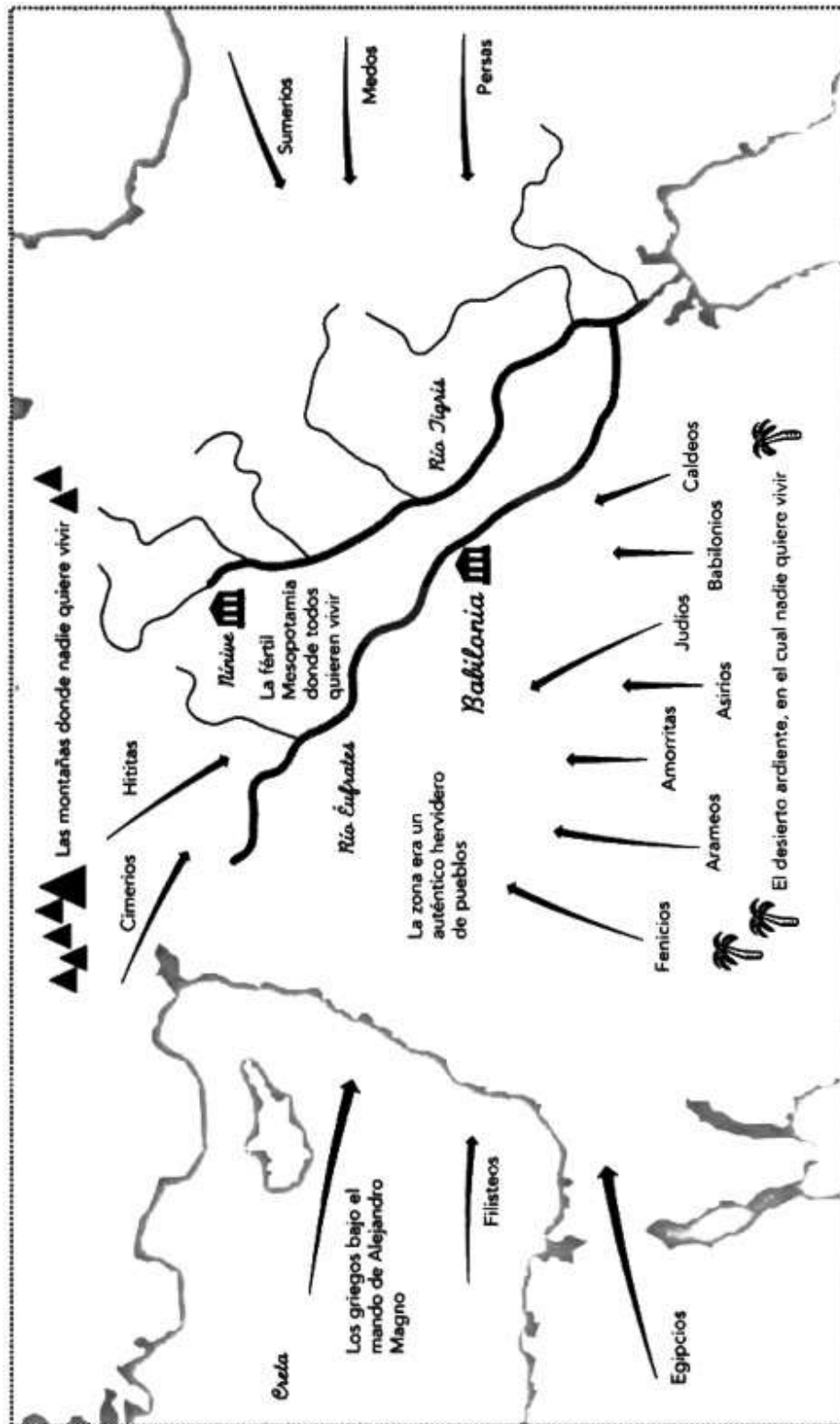
Mesopotamia.

El segundo centro de la civilización oriental

Ahora os llevaré a la cima de la pirámide más alta y os pediré que imaginéis que tenéis ojos de lince. Lejos, muy lejos, perdida en la distancia, tras la arena dorada del desierto, veréis una extensión de tierra verde luminosa. Es un valle que se encuentra entre dos ríos. Es el «Paraíso» del que habla el Antiguo Testamento. Es la tierra misteriosa, maravillosa, que los griegos llamaban Mesopotamia, el «país entre dos ríos».

Los ríos son Éufrates (al que los babilonios llamaban Purattu) y Tigris (al que llamaban Diklat). Ambos nacen en las montañas nevadas de Armenia, donde el arca de Noé se paró para descansar, y tranquilamente atraviesan las llanuras del sur hasta desembocar en el golfo Pérsico. El Éufrates y el Tigris realizan una tarea muy útil: convierten las áridas regiones de Asia occidental en un jardín fértil.

Ya he dicho que el valle del Nilo atraía a la gente porque allí la comida era relativamente fácil de obtener. La «tierra entre dos ríos» era famosa por la misma razón. Era un país muy prometedor, y tanto los habitantes de las montañas del norte como las tribus que vagaban por los desiertos del sur intentaban hacerse con aquel territorio. La rivalidad entre los montañeses y los nómadas del desierto condujo a una guerra perpetua.



Mesopotamia, el crisol del mundo antiguo

Sólo los más fuertes y valientes sobrevivían, y eso quizá explique por qué Mesopotamia pasó a ser el hogar de una raza de hombres muy fuertes capaces de crear una civilización tan importante como la egipcia.

Capítulo 8

Los sumerios.

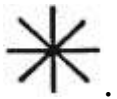
La escritura cuneiforme de los sumerios, cuyas tablillas de barro cuentan la historia de Asiria y Babilonia, el gran crisol semítico.

El siglo XV de nuestra era fue una época de grandes descubrimientos. Cristóbal Colón trató de encontrar un camino nuevo a la isla de Catay y tropezó con un continente desconocido. Un obispo austriaco organizó una expedición hacia el este para buscar el hogar del gran duque de Moscovia; viaje que resultó un fracaso, así que los occidentales no llegaron a Moscú hasta una generación después. Mientras tanto, un veneciano llamado Barbero había vuelto de una expedición a las ruinas de Oriente Próximo anunciando que había encontrado unas inscripciones muy curiosas, escurbadas en las rocas de los templos de Shiraz y grabadas en un sinfín de tablillas de barro cocido.

Pero, en aquel entonces, Europa estaba ocupada en otros asuntos y no se preocupó de aquello hasta el siglo XVIII, cuando un investigador danés, Niebuhr, llevó al continente las primeras inscripciones cuneiformes (llamadas así porque sus letras tenían forma de cuña, y cuña es *cuneus* en latín). Pasaron treinta años antes de que un paciente maestro alemán, Grotefend, descifrara las cuatro primeras letras: la *d*, la *a*, la *r* y la *sh*, que componían el nombre Darío, un famoso rey persa. Y otros veinte años más hasta que Henry Rawlinson, un oficial británico que había encontrado la

inscripción de Behistún, nos diera la clave para entender las muescas provenientes de Oriente Próximo.

La tarea de Champollion había sido fácil comparada con el problema de descifrar la escritura cuneiforme. Los egipcios usaban dibujos. Pero los sumerios, los primeros habitantes de Mesopotamia, que eran quienes habían tenido la idea de hacer aquellas muescas en tablillas de barro, habían abandonado los dibujos por completo y habían desarrollado un sistema de figuras en forma de *v* que guardaban poca relación con los dibujos de los que procedían. Os lo explicaré mejor con unos cuantos ejemplos. Al principio una estrella, cuando se dibujaba con las uñas en un ladrillo, era algo así



Pero este signo era muy pesado de realizar y, poco después, cuando a la estrella se le añadió el significado de «cielo», se simplificó y se



convirtió en , lo que lo hacía más difícil de entender a primera vista.

De la misma manera, el símbolo para escribir «buey» pasó de



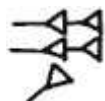
a



y , el de "pez", pasó de



a



.

El «Sol», que originalmente era un círculo



se convirtió en



. Si en la actualidad usáramos la escritura sumeria,

escribiríamos



de esta manera:



Este sistema de escribir ideas parece bastante complicado, pero durante más de treinta siglos fue usado por los sumerios, los babilonios, los asirios, los persas y todas las demás etnias que consiguieron llegar hasta aquel fértil valle.

La historia de Mesopotamia está plagada de guerras y conquistas. Primero llegaron los sumerios procedentes del norte. Eran gente de piel blanca que vivía en las montañas. Estaban acostumbrados a adorar a los dioses en la cima de las montañas. Cuando entraron en el valle construyeron montañitas artificiales en lo alto de las cuales ponían sus altares. No sabían construir escaleras, así que montaban rampas alrededor de las torres. Nuestros arquitectos recogieron esta idea, como podéis ver en multitud de edificios públicos. Quizá hayamos tomado otras ideas de los sumerios, pero lo desconocemos. Este pueblo fue absorbido por completo por las etnias que entraron en el valle posteriormente. Pero, aun así, sus torres siguen alzándose entre las ruinas de Mesopotamia. Los judíos las vieron cuando se exiliaron en Babilonia y las llamaron torres de Bab-Illi o torres de Babel.

Los sumerios llegaron a Mesopotamia en el siglo XL a. C. Poco después fueron dominados por los acadios, una de las muchas

tribus del desierto de Arabia, que hablaban un dialecto común, y que se conocen con el nombre conjunto de «semitas» porque en la antigüedad se les creía descendientes directos de Sem, uno de los tres hijos de Noé. Mil años más tarde, los acadios fueron sometidos por los amoritas, otra tribu semítica del desierto. Hammurabi, el gran rey de esta tribu, se hizo construir un palacio magnífico en la ciudad sagrada de Babilonia y dio a su pueblo un conjunto de leyes que convirtió al Reino de Babilonia en el mejor administrado del antiguo mundo. Luego los hititas, que también aparecen en el Antiguo Testamento, invadieron el valle y destruyeron todo aquello que no se podían llevar. A su vez, a los hititas los vencieron los seguidores de Assur, el gran dios del desierto, que se llamaban a sí mismos asirios e hicieron de la ciudad de Nínive el centro de un vasto y terrible imperio que conquistó todo Oriente Próximo y Egipto. Recaudaron impuestos de muchísimas etnias diferentes hasta finales del siglo VII a. C., cuando los caldeos, otro pueblo semita, restablecieron la capital en Babilonia y la convirtieron en la ciudad más importante de la época. Nabucodonosor, el más conocido de sus reyes, promovió el estudio de la ciencia hasta el punto de que todos los conocimientos actuales de astronomía y matemáticas se fundamentan en ciertos principios básicos que fueron descubiertos por los caldeos. En el año 538 a. C., una primitiva tribu de pastores persas invadió esta tierra y acabó con los caldeos. Doscientos años más tarde, los persas sucumbieron ante las tropas de Alejandro Magno, que convirtió aquel fértil valle, aquella antigua mezcla de etnias semitas, en una provincia griega.

Luego aparecieron los romanos y, tras los romanos, los turcos. Y entonces Mesopotamia, el segundo centro de la civilización mundial, se convirtió en una tierra agreste en la que grandes montañas de tierra y arena cubrían una historia gloriosa pasada.

Capítulo 9

Moisés.

La historia de Moisés, guía del pueblo judío.

En algún momento del siglo XX antes de nuestra era, una pequeña e insignificante tribu de pastores semitas abandonó su viejo hogar en la tierra de Ur, una ciudad situada en la confluencia de los ríos Éufrates y Tigris, para buscar nuevos pastos en los dominios de los reyes de Babilonia. Los soldados reales habían logrado echarlos de su tierra, y ellos se dirigían hacia el oeste en busca de un territorio que no estuviera ocupado para establecerse.

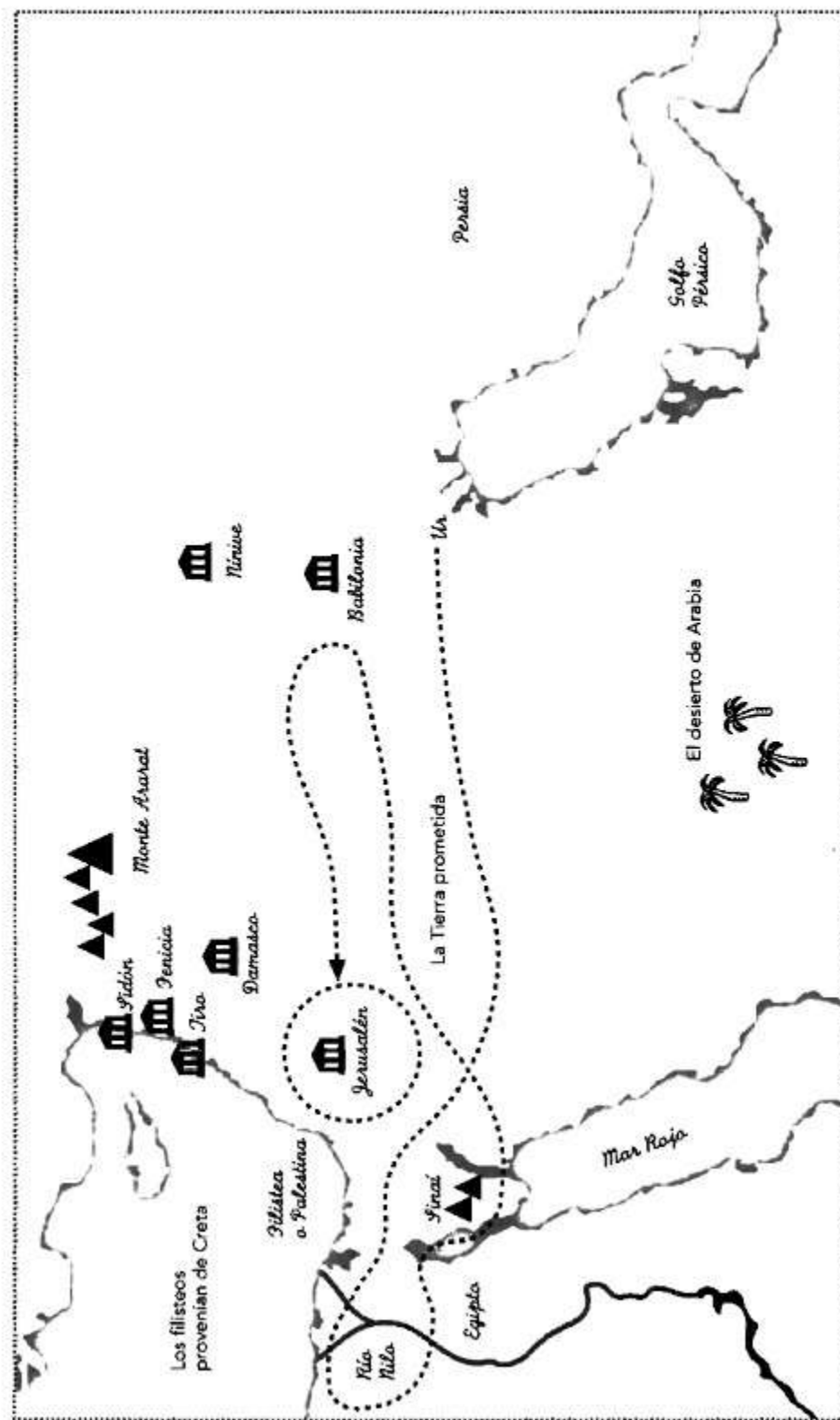
Esta tribu de pastores eran los hebreos, a los que normalmente llamamos judíos. Deambularon a lo largo y ancho de Oriente Próximo y, tras muchos años de penosa peregrinación, se instalaron en Egipto. Vivieron entre los egipcios durante más de quinientos años y, cuando su país adoptivo fue conquistado por los hicsos, tal como y como os he explicado en el capítulo sobre la historia de Egipto, consiguieron ser útiles a los invasores, de modo que pudieron vivir tranquilos en sus campos de pasto. Pero, después de una larga guerra de independencia, los egipcios echaron a los hicsos del valle del Nilo y los judíos pasaron una época terrible, ya que se convirtieron en esclavos y fueron forzados a trabajar en la construcción de las carreteras reales y las pirámides. Y como las fronteras estaban vigiladas por los soldados egipcios, a los judíos les resultó imposible escapar de Egipto.

Tras muchos años de sufrimiento, un joven judío llamado Moisés liberó a su pueblo de aquella vida miserable. Moisés había vivido en el desierto durante mucho tiempo y había aprendido a apreciar las virtudes sencillas de sus primeros antepasados, que se habían mantenido alejados de las ciudades y no se habían dejado corromper por las comodidades y el lujo de una civilización extranjera.

Moisés decidió que su gente debía volver a amar la forma de vida de los patriarcas. Consiguió deshacerse de las tropas egipcias que los perseguían y condujo a su tribu hasta la llanura que se extiende a los pies del monte Sinaí. Durante el largo período de soledad que había pasado en el desierto, Moisés aprendió a venerar al gran dios del trueno y la tormenta, que reinaba en los cielos y del cual dependía la vida, la luz y el aliento de los pastores. Este dios, una de las muchas divinidades ampliamente adoradas en Oriente Próximo, se llamaba Yahvé y, gracias a las enseñanzas de Moisés, se convirtió en Señor único de los hebreos.

Un día, Moisés desapareció del campamento que los judíos habían instalado. Se rumoreaba que había salido con dos tablas de piedra burdamente talladas. Aquella tarde, la cima de la montaña quedó oculta a la vista humana, escondida en las tinieblas de una tempestad terrible.

Pero, cuando Moisés volvió al campamento, llevaba grabadas en las tablas las palabras que Yahvé había dirigido a los hebreos entre el ruido de sus truenos y los destellos cegadores de sus relámpagos.



Los judíos, un pueblo errante

Desde aquel momento, el pueblo judío reconoció en Yahvé al Señor de su destino, al único Dios verdadero, que les había enseñado a vivir en santidad al ordenarles seguir los sabios consejos de los Diez Mandamientos.

Los judíos siguieron a Moisés cuando éste los invitó a proseguir su viaje por el desierto. Le obedecieron cuando les dijo lo que tenían que comer y beber, así como lo que debían hacer para resistir el clima tórrido del desierto. Finalmente, tras muchos años de marcha, llegaron a una tierra que parecía agradable y próspera. Se llamaba Palestina, o sea, país de los *pilistu*, que es como los hebreos llamaban a los filisteos, una pequeña tribu de cretenses que se había instalado en la costa al ser expulsada de su isla. Desgraciadamente, en Palestina vivía otro pueblo semita, el de los cananeos. Los judíos los obligaron a huir a los valles y allí construyeron sus ciudades. En una de ellas, a la que llamaron Jerusalén o «tierra de paz», erigieron un gran templo.

Pero Moisés ya no era el guía de los judíos. Vio la silueta de las montañas de Palestina desde lejos y cerró sus ojos cansados para siempre. Había trabajado duro, con mucha fe, para agradar a Yahvé. No sólo había liberado a sus hermanos del yugo de la esclavitud y los había conducido a una nueva tierra donde serían libres, sino que también convirtió a los judíos en el primer pueblo que adoraba a un único Dios.

Capítulo 10

Los fenicios.

El pueblo fenicio, que nos dio el alfabeto.

Los fenicios, vecinos de los judíos, eran una tribu semita que en una época muy temprana se había instalado en las costas mediterráneas. Construyeron dos ciudades fortificadas, Tiro y Sidón, y en poco tiempo se hicieron con el monopolio del comercio en el Mediterráneo. Regularmente iban con sus barcos a Grecia, la península itálica y la península ibérica. Incluso se aventuraron a salir al océano por el estrecho de Gibraltar para ir a las islas Sorlinga, en las que compraban estaño. Allá donde iban establecían pequeñas estaciones de intercambio, a las que llamaban «colonias». Muchas de ellas constituyen el origen de ciudades modernas como Cádiz o Marsella.

Comerciaban con cualquier cosa que les pudiera reportar un beneficio. No tenían problemas de conciencia. Según sus vecinos, desconocían el significado de las palabras «honradez» e «integridad». Para ellos, un cofre repleto de tesoros era el ideal que quería alcanzar todo buen ciudadano. Era una gente muy desagradable que no tenía amigos. Sin embargo, a las generaciones posteriores nos hizo un servicio de valor incalculable: nos dejó el alfabeto.

Los fenicios conocían el arte de la escritura, inventado por los sumerios. Pero pensaban que todas aquellas cuñas resultaban una pérdida de tiempo. Era gente de negocios, pragmática, y no se podía permitir el lujo de pasarse horas para grabar sólo dos o tres letras.

Así que los fenicios se pusieron a trabajar e inventaron un sistema de escritura mucho mejor que el existente. Tomaron algunos dibujos de los egipcios y simplificaron unos cuantos caracteres de los sumerios. Sacrificaron la belleza del sistema antiguo en pos de la eficacia y redujeron los millares de imágenes diferentes a un práctico alfabeto de 22 letras.

Más tarde, este alfabeto atravesó el mar Egeo y llegó a Grecia. Los griegos le añadieron algunas letras de invención propia y llevaron aquel sistema mejorado a Italia. Los romanos modificaron las figuras considerablemente y, a su vez, se las enseñaron a los bárbaros que vivían en Europa occidental. Esos bárbaros son nuestros antepasados y, por eso, este libro está escrito en caracteres de origen fenicio y no en jeroglíficos egipcios o en la escritura cuneiforme de los sumerios.

Capítulo 11

Los indoeuropeos.

Los indoeuropeos persas conquistan el mundo semítico y egipcio

Las civilizaciones egipcia, babilónica, asiria y fenicia tenían casi tres milenios de antigüedad y ya estaban agotadas. Su destino quedó sellado cuando un pueblo nuevo y más enérgico apareció en el horizonte. A este pueblo lo llamamos indoeuropeo porque no sólo conquistó Europa, sino que también extendió su dominio hasta India.

Aunque los indoeuropeos eran blancos como los semitas, hablaban una lengua diferente, que se considera ancestro común de todas las lenguas europeas a excepción del húngaro, el finés y el vasco.

Lo primero que sabemos de ellos es que vivieron muchos siglos en las costas del mar Caspio. Pero un buen día recogieron las tiendas y salieron a buscar un nuevo hogar. Algunos de ellos se dirigieron a las montañas de Asia central y, durante siglos, vivieron en los picos que rodean la meseta de Irán. A quienes pertenecían a esta tribu se los llama «arios». Otros, en cambio, siguieron el camino del Sol y tomaron posesión de las llanuras europeas, como veremos cuando lleguemos a Grecia y Roma.

De momento nos centraremos en los arios. Bajo el liderazgo de Zaratustra (en griego, Zoroastro), que fue su gran maestro, muchos de ellos abandonaron sus hogares en las montañas para seguir el curso del río Indo hasta el mar.

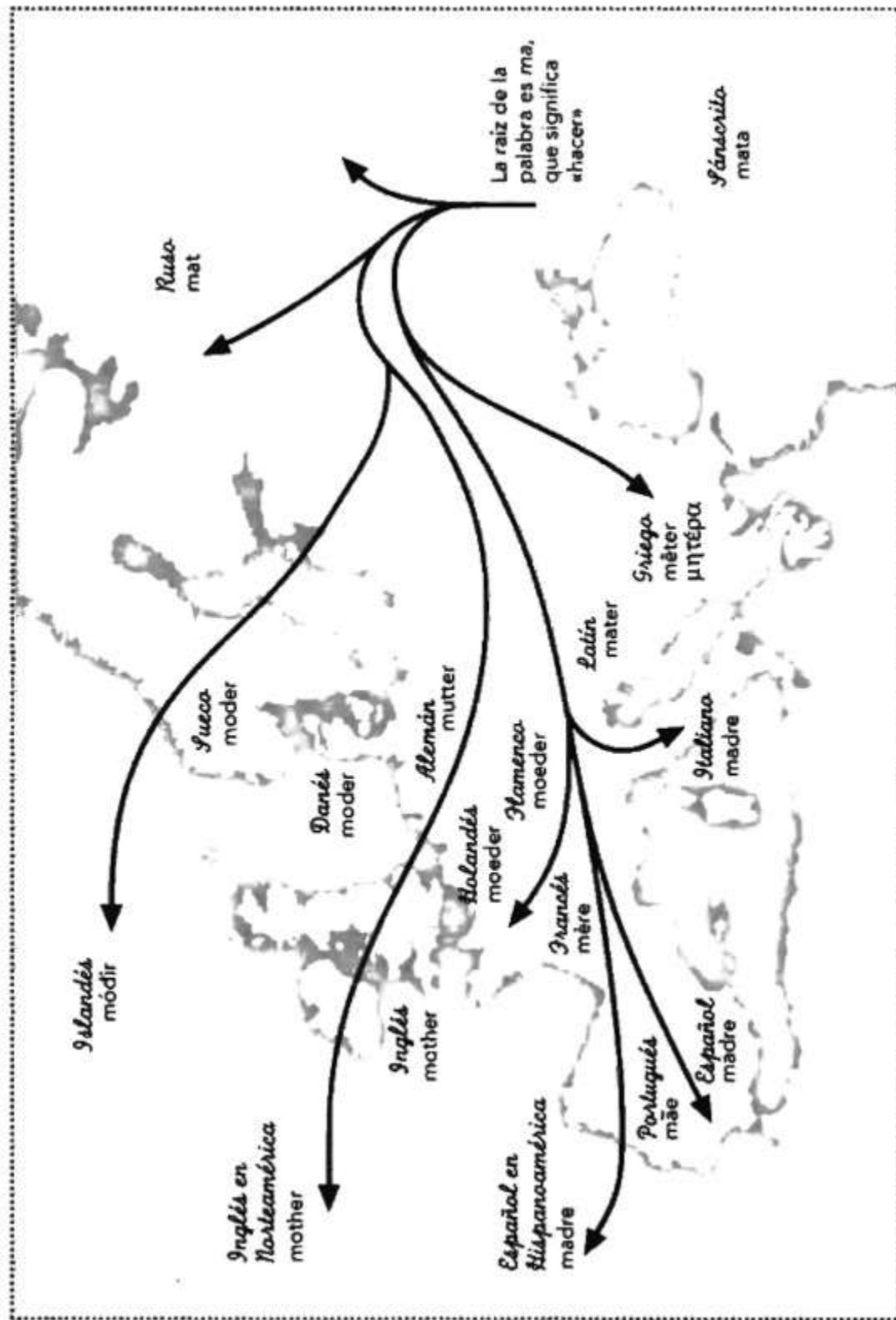
Otros prefirieron quedarse en las montañas de Oriente Próximo y allí fundaron dos comunidades prácticamente independientes: la meda y la persa. Los nombres de estos dos pueblos nos han llegado a través de los antiguos libros de historia griegos. En el siglo VII a. C., los medos habían establecido un reino propio llamado Media, pero éste sucumbió ante Ciro, rey de Anzán, que se había proclamado soberano de todas las tribus persas y había iniciado una campaña de conquistas que pronto convirtió a sus hijos y a él en autoridades indiscutibles de todo Oriente Próximo y Egipto.

Los indoeuropeos persas lanzaron sus campañas triunfales con tanto ímpetu que acabaron chocando con las tribus indoeuropeas quienes, siglos antes, habían emigrado a Europa y habían tomado posesión de la península griega y las islas del mar Egeo.

El conflicto estalló en tres ocasiones, las tres famosas guerras médicas entre Grecia y Persia durante las cuales los reyes Darío y Jerjes de Persia invadieron el norte de la península. Arrasaron la tierra de los helenos e intentaron por todos los medios tomar posición en el continente europeo.

Pero no lo consiguieron. La armada ateniense demostró ser invencible. Una y otra vez, los marineros griegos cortaban los canales de suministro del ejército persa y lo obligaban a retirarse a su base.

Éste fue el primer encuentro entre Asia, la vieja maestra, y Europa, la joven discípula. Muchos otros capítulos de este libro están dedicados al conflicto entre Oriente y Occidente, que continúa hasta nuestros días.



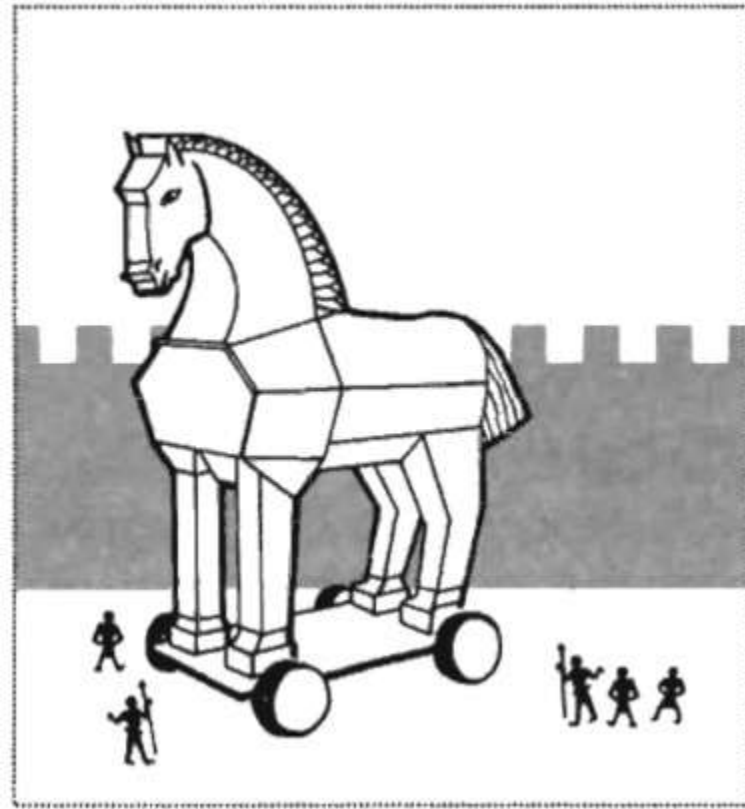
La historia de la palabra madre

Capítulo 12

El mar Egeo

Los pueblos que vivían a orillas del mar Egeo llevaron la civilización del antiguo Oriente a la salvaje Europa.

Heinrich Schliemann era un niño cuando su padre le explicó la historia de Troya. Le gustó tanto que tomó una determinación: en cuanto fuera lo suficientemente mayor como para viajar solo, iría a Grecia a buscar Troya. Ser el hijo de un pobre pastor protestante, de un pequeño pueblo de la región alemana de Mecklemburgo, no lo preocupaba en absoluto. Pero, como sabía que necesitaría dinero, decidió hacer fortuna primero y dejar el pico y la pala para después. Afortunadamente, consiguió reunir un gran capital en muy poco tiempo y, cuando tuvo el dinero que le hacía falta para equipar la expedición, salió hacia el noroeste de Asia Menor, donde se suponía que había estado Troya.



El caballo de Troya

En aquel rincón de Asia Menor había una colina cultivada. Según la leyenda, allí se encontraba el hogar de Príamo, el rey de Troya. Schliemann, cuyo entusiasmo era mayor que sus conocimientos, no perdió el tiempo en estudios preliminares. Se puso a excavar inmediatamente. Y excavó con tanto afán y a tanta velocidad que, sin darse cuenta, atravesó las ruinas de la Troya de Homero y llegó a las de otra ciudad, enterrada bajo aquélla, que al menos era mil años más antigua que la ciudad que estaba buscando. Entonces ocurrió algo muy interesante: si Schliemann hubiese encontrado herramientas de piedra tallada o algunos fragmentos de barro cocido, nadie se habría sorprendido. Pero, en lugar de hallar este

tipo de objetos, que generalmente se asociaban con los hombres prehistóricos que habían vivido en la región antes de la llegada de los griegos, Schliemann dio con estatuillas preciosas, joyas valiosas y vasijas ornamentadas de un estilo muy diferente al de los helenos. Aventuró una teoría según la cual, diez siglos antes de la gran guerra de Troya, la costa del mar Egeo habría estado habitada por un misterioso pueblo que en muchos aspectos había sido superior a las tribus de griegos salvajes que, posteriormente, habían invadido el país y habían destruido la civilización existente o la habían absorbido hasta perderse todo rastro de la civilización anterior. Pues resultó que esto era exactamente lo que había sucedido. En el último cuarto del siglo XIX, Schliemann exploró las ruinas de Micenas, unas ruinas que tenían tantos años que incluso los libros de historia de los romanos se maravillaban de su antigüedad. Y allí, bajo las losas de piedra de un pequeño cercado redondo, Schliemann tropezó de nuevo con un tesoro fabuloso, legado por aquella gente intrigante que había sembrado la costa griega de ciudades y había construido unas murallas descomunales, macizas y robustas; los griegos decían que aquello era un trabajo de titanes, los gigantes, con apariencia de dioses, que en la antigüedad jugaban a la pelota con las cimas de las montañas.

Un estudio meticuloso de las numerosas reliquias encontradas hizo que se desvanecieran algunos de los detalles más románticos de la historia de este pueblo. Quienes hicieron aquellas primeras obras de arte y construyeron esas impresionantes fortalezas no eran magos, sino simplemente marineros y comerciantes. Vivían en Creta y en

las múltiples y pequeñas islas del mar Egeo. Eran marineros robustos, que convirtieron el mar Egeo en un centro de comercio para el intercambio de mercancías entre la altamente desarrollada civilización oriental y el primitivo continente europeo que poco a poco evolucionaba.

Durante más de mil años preservaron un imperio isleño en el que se había llegado a un arte sofisticado. Ciertamente, Cnosos, la ciudad más importante, situada en la costa norte de Creta, era «moderna y civilizada»

en lo que se refiere a higiene y comodidades. El palacio de la ciudad contaba con un buen sistema de evacuación de agua y en las casas tenían estufas. Los habitantes de Cnosos fueron los primeros en usar diariamente la bañera, hasta entonces desconocida. El palacio del rey tuvo fama por sus escaleras serpenteantes y por su impresionante salón de banquetes. La bodega de palacio, donde se almacenaba el vino, el grano y el aceite de oliva, era enorme y había impresionado tanto a los primeros visitantes griegos que éstos dieron lugar a la leyenda del laberinto (el nombre que atribuimos a una estructura con tantos pasillos intrincados que es casi imposible salir de ella, si te cierran la puerta por la que has entrado).

Desgraciadamente, no os puedo explicar qué pasó con el gran Imperio egeo ni cuál fue la causa de su desaparición.

Los cretenses sabían escribir, pero su escritura era tan complicada que no se pudo descifrar hasta 1953. Por tanto, su historia fue desconocida durante muchos siglos y sólo se podían reconstruir sus aventuras a partir de las ruinas que habían dejado.



Las islas que hacían de puente entre Asia y Europa

Estas ruinas demostraban que la civilización egea cayó súbitamente en manos de otro pueblo menos civilizado, que acababa de llegar de las llanuras del norte de Europa.

Si no vamos muy errados, los bárbaros, responsables de la destrucción de la civilización cretense y minoica, fueron nada más y nada menos que unos pastores nómadas que acababan de tomar posesión de la península rocosa situada entre el mar Adriático y el mar Egeo, es decir, los griegos.

Capítulo 13

Los griegos.

Mientras tanto, la tribu indoeuropea de los helenos tomaba posesión de Grecia.

Las pirámides ya tenían mil años y empezaban a deteriorarse. Hammurabi, el rey sabio de Babilonia, llevaba muerto y enterrado unos cuantos siglos cuando una pequeña tribu de pastores abandonó su hogar a orillas del río Danubio y se dirigió hacia el sur en busca de nuevos pastos. Estos pastores se autodenominaban helenos, por Heleno, hijo de Deucalión y Pirra. Según la mitología antigua, Deucalión y Pirra fueron los dos únicos seres humanos que escaparon a la gran inundación que muchos años atrás había acabado con la vida de todos los seres humanos, castigados por Zeus, dios todopoderoso del Olimpo, al que habían ofendido por su mal comportamiento.

De estos primeros helenos no sabemos casi nada. Tucídides, el historiador que narró la caída de Atenas, dijo de sus primeros antepasados que «no eran gran cosa» y, probablemente, fuera verdad. Eran muy brutos. Vivían como cochinos y daban de comer los cuerpos de sus enemigos a los perros que les guardaban las ovejas. No respetaban los derechos de los demás, asesinaron a los nativos de la península griega (los pelasgos), les robaron las tierras y el ganado, convirtieron a las mujeres y a las niñas en esclavas y compusieron un sinfín de canciones alabando la valentía del clan de

los aqueos, que comandaron en avance heleno hacia las montañas de Tesalia y el Peloponeso.

Al entrar en Grecia, vieron los imponentes castillos de los egeos, en lo alto de las colinas, y no se atrevieron a atacarlos porque temían a los soldados armados con espadas y lanzas de metal que los protegían y sabían que no podían vencerlos con sus rudimentarias hachas de piedra.

Los helenos siguieron vagando por los valles y las montañas durante muchos siglos hasta que ocuparon todo el territorio y acabó la migración.

Así empezó la civilización griega. Finalmente los campesinos griegos, que siempre habían visto las colonias egeas de lejos, se dejaron llevar por la curiosidad y visitaron a sus arrogantes vecinos. Descubrieron que podían aprender muchas cosas de las personas que vivían tras los altos muros de piedra de Micenas y Tirinto.

Los griegos fueron unos alumnos aplicados. En poco tiempo dominaron el arte de manejar aquellas extrañas armas de hierro que los egeos habían importado de Babilonia y Tebas. Comprendieron los misterios de la navegación y empezaron a construir barquitos por ellos mismos.

Y cuando ya habían aprendido todo lo que los egeos les podían enseñar, se rebelaron contra sus maestros y los obligaron a refugiarse en las islas. Poco más tarde se aventuraron a atravesar el mar y conquistaron todas las islas del Egeo. Finalmente, en el siglo XV a. C., saquearon y destruyeron Cnosos. Mil años después de su aparición en escena, los helenos se convirtieron en señores

indiscutibles de Grecia, del mar Egeo y de las regiones costeras de Asia Menor. Troya, el último bastión comercial de la antigua civilización, fue destruida en el siglo xi a. C. Así empezaba la historia oficial de Europa.

Capítulo 14

Las ciudades griegas.

Las ciudades griegas, que constituían verdaderos estados.

En la actualidad, a la gente le gusta lo superlativo. Algunos se enorgullecen de pertenecer al país «más grande» del mundo, otros de poseer el ejército «más potente» o de cultivar las «mejores» naranjas. Nos agrada vivir en ciudades de «millones» de habitantes y, al morir, queremos que nos entierren en el «mayor» cementerio del país.

Si los ciudadanos de la Grecia antigua nos pudiesen oír, no nos entenderían. Para ellos, el ideal era la «moderación en todas las cosas»; las grandes magnitudes los dejaban indiferentes. Este amor por la moderación no se expresaba sólo en una frase vacía que se usaba en ocasiones especiales, sino que influía en la vida de los griegos desde el día en que nacían hasta la hora de su muerte. Se encontraba en la literatura y en la arquitectura, y los llevó a construir templos pequeños a la vez que perfectos. Se expresaba en la ropa que llevaban los hombres y en las joyas de las mujeres. La moderación iba al teatro con la multitud y les hacía abuchear a todo escritor que osase cometer el pecado de atentar contra la ley de hierro del buen gusto y el sentido común.

Los griegos querían ver esta cualidad incluso en los políticos y en los deportistas más conocidos. Cuando un gran atleta llegaba a Esparta y se jactaba de ser el hombre que más tiempo podía pasar sobre una pierna en toda la Hélade, la gente lo echaba de la ciudad

por haberse sentido orgulloso de poder realizar una acción que cualquier ganso era capaz de superar.

«Todo esto está muy bien», diréis, «y no hay duda de que buscar la moderación y la perfección es bueno pero, ¿por qué iban a ser los griegos los únicos en desarrollar esta cualidad en la antigüedad?». A modo de respuesta os explicaré cómo vivía aquella gente.

Los habitantes de Egipto y Mesopotamia habían sido «súbditos» de un misterioso dirigente supremo, que vivía a kilómetros de distancia en un palacio lúgubre, al que raramente veían. En cambio, los griegos eran «ciudadanos libres» de un centenar de «ciudades», la mayor de las cuales tenía incluso menos habitantes que un pueblo grande de la actualidad. Cuando un campesino que vivía en Ur afirmaba que era babilonio, significaba que era una de las millones de personas que pagaba tributo al rey, que en aquel momento casualmente era señor de Oriente Próximo. Pero, si un griego aseveraba con orgullo que era ateniense o tebano, hablaba de una ciudad pequeña que constituía su hogar y su nación, en la que no mandaba ningún señor sino la voluntad del pueblo expresada en el ágora (plaza del mercado).

Para los griegos, la madre patria era la ciudad donde habían nacido, donde habían pasado sus primeros años jugando al escondite entre las piedras prohibidas de la acrópolis y donde habían entrado en la edad adulta junto a un montón de jóvenes, cuyos moteles le eran tan familiares como a vosotros los de vuestros compañeros de clase. La madre patria era la tierra sagrada en la cual se hallaban enterrados sus padres. Era la pequeña casa situada dentro de las murallas

donde su familia vivía en paz. Era un mundo completo en menos de dos hectáreas de terreno rocoso. ¿Os dais cuenta de cómo debía de influir el entorno en todo lo que los griegos hacían, decían o pensaban? Los babilonios, los asirios y los egipcios formaban parte de una muchedumbre. Quedaban diluidos en la multitud. En cambio, los griegos eran conscientes del entorno. Formaban parte de un pueblo en el que todo el mundo se conocía. Se sentían vigilados por los vecinos. Hicieran lo que hiciesen, tanto si escribían teatro o esculpían en mármol, como si componían canciones, sabían que sus acciones serían juzgadas por todos los ciudadanos libres de su ciudad natal versados en aquella rama del saber. Esto los llevaba a buscar la perfección; y la perfección, lo sabían desde pequeños, no era posible sin moderación.

En esta dura escuela, los griegos aprendieron a destacar en muchas cosas. Crearon nuevas formas de gobierno, nuevos estilos de literatura y nuevos ideales en el arte que aún no hemos sido capaces de superar. Y lo más increíble es que lo hicieron en ciudades diminutas de una superficie similar a la de cuatro o cinco manzanas de una ciudad moderna.

Y ¡mirad qué pasó finalmente!

En el siglo IV a. C., Alejandro Magno, rey de Macedonia, conquistó el mundo. En cuanto finalizaron las batallas y se restableció la paz, Alejandro Magno decidió conferir a la humanidad los beneficios del legado griego. Lo tomó tanto de las pequeñas ciudades como de los pueblos e intentó que floreciera y diese fruto en las grandes residencias reales de su recién adquirido imperio. Pero los griegos,

lejos de la visión familiar de sus templos, lejos de los conocidos olores y ruidos de sus callejuelas tortuosas, perdieron inmediatamente la alegría y el maravilloso sentido de la moderación que inspiró el trabajo de sus manos y sus mentes cuando trabajaban por la gloria de sus viejas ciudades estado. Se convirtieron en artesanos de segunda categoría, satisfechos de realizar un trabajo mediocre. El día en que las pequeñas ciudades estado de la antigua Grecia perdieron la independencia y se vieron forzadas a formar parte de una gran nación, el viejo espíritu griego murió. Y hasta la fecha no ha resucitado.

Capítulo 15

La democracia griega

Los griegos fueron los primeros en experimentar la democracia.

Al principio, todos los griegos eran igual de ricos e igual de pobres. Todos tenían un número concreto de vacas y de ovejas. Sus castillos no eran más que cabañas de barro. Gozaban de libertad para salir y entrar cuando les placiera. Si debían discutir asuntos de importancia general, los ciudadanos se reunían en el ágora. Uno de los más ancianos era nombrado moderador y su tarea consistía en garantizar que cada uno tuviese oportunidad de opinar. En caso de guerra, un hombre griego particularmente enérgico y seguro de sí mismo era nombrado comandante en jefe de las tropas, pero los ciudadanos, que voluntariamente le habían otorgado el poder de decisión, mantenían el derecho a destituirlo del cargo una vez el peligro hubiera pasado.

Sin embargo, poco a poco, el pueblo en el que vivían había crecido y se había convertido en una ciudad. Algunos trabajaban mucho y otros eran más vagos. Unos pocos habían tenido mala suerte, y otros sencillamente habían engañado a sus vecinos y así hicieron fortuna. En consecuencia, en la ciudad ya no todos tenían lo mismo. Al contrario, la ciudad estaba habitada por una reducida clase de gente muy rica y una gran clase de gente muy pobre.

Entonces hubo otro cambio. El antiguo comandante en jefe de tropas, que había sido nombrado «jefe» o «rey» porque sabía conducir a sus hombres a la victoria, había desaparecido de escena. Su lugar

lo habían usurpado los nobles, una clase de gente rica que con el tiempo había reunido ilícitamente una parte desproporcionada de tierras y ganado.

Estos nobles gozaban de muchas ventajas sobre el resto de los hombres libres. Tenían acceso a las mejores armas que se podían comprar en los mercados del Mediterráneo oriental. Disponían de mucho tiempo libre para practicar el arte de la guerra. Vivían en casas bien construidas y podían contratar soldados que luchasen por ellos. Invertían mucho tiempo discutiendo quién debía gobernar la ciudad. El noble que salía victorioso pasaba

a ser una especie de rey que gobernaba a todos los ciudadanos hasta que otro noble ambicioso lo asesinara o lo desbancara.

A un rey así, que gobernaba gracias a las armas, se le llamaba «tirano». Durante los siglos VII y VI a. C., todas las ciudades griegas fueron gobernadas durante un tiempo por tiranos, muchos de los cuales, por cierto, resultaron ser muy competentes. Pero aun así la situación era insostenible, por lo que se intentaron hacer reformas. De estas reformas nació el primer gobierno democrático del mundo del que la historia tiene noticia.

A principios del siglo VII a. C., los ciudadanos de Atenas decidieron hacer limpieza y devolverle al numeroso grupo de hombres libres la voz cantante en el Gobierno, como se suponía que sucedía en tiempos de sus ancestros los aqueos. Pidieron a un hombre llamado Dracón que redactase un código de leyes que protegiera a los pobres frente a los abusos de los ricos. Dracón se puso a trabajar, pero, por desgracia, éste era un hombre de leyes que no se enteraba de lo que

pasaba en el mundo. Para él, un delito era un delito, y cuando acabó el código los atenienses descubrieron que las leyes draconianas eran tan severas que no se podían hacer cumplir. No tenían cuerda suficiente para ahorcar a todos los delincuentes bajo el nuevo código penal, que hacía del robo de una manzana un delito capital. Así que los atenienses buscaron un reformador más humano. Finalmente encontraron al hombre que podía llevar a cabo la tarea mejor que nadie. Se llamaba Solón. Pertenecía a una familia de nobles y había viajado por todo el mundo observando las diferentes formas de gobierno de muchos países. Tras un estudio minucioso del asunto, Solón dio a Atenas un código de leyes que recogía aquel maravilloso principio de moderación que formaba parte del carácter griego. Intentó mejorar la condición del campesino sin acabar con la prosperidad de los nobles, que le eran —o le podían ser— de un gran servicio al Estado como soldados. Para proteger a los pobres del abuso de los jueces —que siempre eran escogidos de entre los nobles porque no recibían salario—, Solón dispuso que cualquier ciudadano que creyese que había sido objeto de una injusticia tenía derecho a exponer su caso ante un jurado compuesto por treinta atenienses.

Pero lo más importante fue que Solón obligó a participar a todos los hombres libres en los asuntos de la ciudad. Los ciudadanos debían asistir a las reuniones y ya no se podían quedar en casa con el pretexto de que estaban muy ocupados o de que llovía. Tenían que cumplir con su obligación: asumir su parte de responsabilidad en la seguridad y prosperidad del Estado.

Ahora bien, este Gobierno del *demos*, del pueblo, a veces se bloqueaba porque las reuniones acababan en demagogia. Se daban muchas escenas de odio entre rivales que se disputaban los cargos públicos. Pero esto enseñó algo muy bueno al pueblo griego: a ser independiente y a confiar en sí mismo.

Capítulo 16

La vida en Grecia.

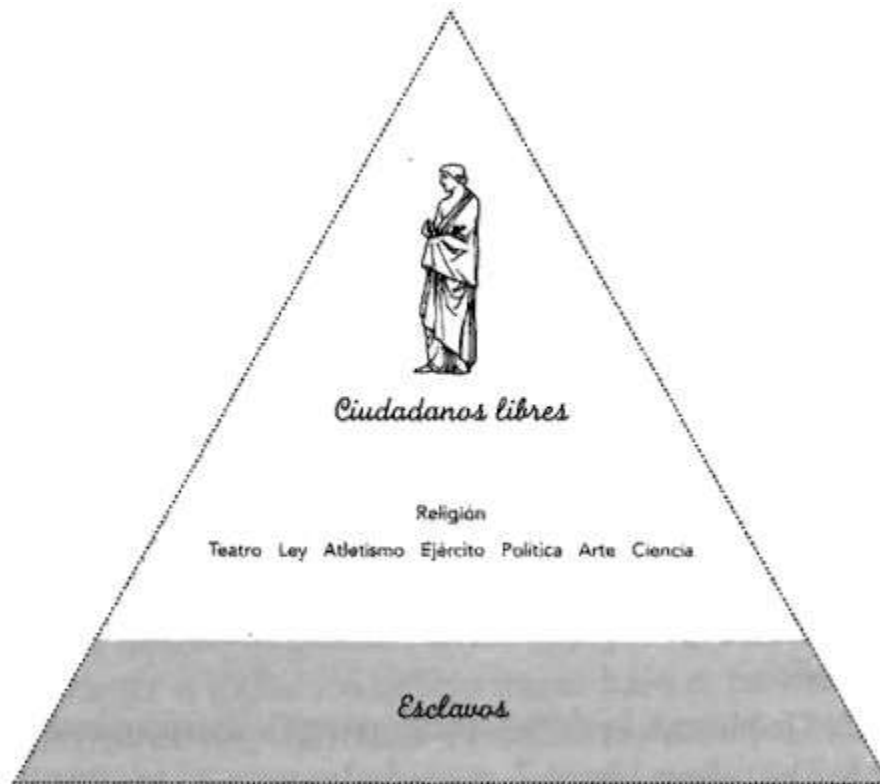
Cómo vivían los griegos.

Os estaréis preguntando cómo hacían los antiguos griegos para tener tiempo de estar con la familia *y* de llevar sus negocios si debían acudir constantemente corriendo al ágora para discutir asuntos de Estado. En este capítulo os lo explicaré. A efectos de Gobierno, la democracia griega sólo reconocía a un tipo de ciudadanos: los hombres libres. Las ciudades griegas se componían de un grupo reducido de ciudadanos libres, un grupo muy numeroso de esclavos y un puñado de extranjeros.

Durante algunos períodos poco frecuentes (normalmente en las épocas de guerra, cuando se necesitaban hombres en el ejército), los griegos se mostraban abiertos a otorgar la ciudadanía a los «bárbaros», que era como llamaban a los extranjeros. Pero esto era excepcional. En general, la ciudadanía se obtenía por nacimiento. Un hombre era ciudadano ateniense porque su padre y su abuelo lo habían sido anteriormente. Poco importaban los méritos que tuviese un comerciante o soldado: si sus padres no eran atenienses, sería «extranjero» hasta el final de sus días.

Así que las ciudades griegas, cuando no estaban en manos de un rey o de un tirano, eran gobernadas por los hombres libres en su propio beneficio, y esto no habría sido posible sin un gran contingente de esclavos que superaba en número a los ciudadanos libres en una proporción de cinco a uno. Estos esclavos realizaban

las tareas a las que, en la actualidad, nosotros debemos dedicar gran parte de nuestro tiempo y energía si tenemos una familia y hemos de pagar el alquiler de un piso. Quienes cocinaban y limpiaban eran esclavos. Los panaderos, los sastres, los carpinteros, los joyeros, los maestros, los contables, los tenderos y los que trabajaban en los talleres eran esclavos. Mientras éstos trabajaban, los señores iban a las reuniones a discutir asuntos de guerra y paz, al teatro a ver la última obra de Esquilo o a escuchar las ideas revolucionarias de Eurípides, que había osado manifestar dudas sobre la omnipotencia del gran dios Zeus.



La sociedad griega

Lo cierto es que la antigua Atenas parecía un club de elite. Los hombres libres eran miembros hereditarios del club y los esclavos eran criados, hereditarios también, que servían a sus señores, de manera que ser un miembro de la organización les resultaba muy agradable.

Claro que la esclavitud en la antigua Grecia no era como la que encontramos, por ejemplo, en las páginas de *La cabaña del tío Tom*. Es innegable que la vida de los esclavos que trabajaban los campos era muy dura, pero el hombre libre que había venido a menos y que se había visto obligado a ofrecerse como mano de obra en la agricultura llevaba una vida igual de miserable. Además, en las ciudades, muchos esclavos gozaban de una posición económica más boyante que la de los hombres libres de las clases pobres. Y es que a los griegos, que amaban la moderación en todas las cosas, no les gustaba tratar a sus esclavos de la manera que después sería común en Roma, donde los siervos tenían los mismos derechos que una máquina en una fábrica moderna y eran lanzados a los leones con cualquier pretexto.

Los griegos aceptaban la esclavitud como una institución necesaria, sin la cual ninguna ciudad podía aspirar a ser el hogar de una gente verdaderamente civilizada. Los esclavos también desempeñaban tareas que en la actualidad realizan comerciantes y profesionales. Y en cuanto a las faenas de la casa, que hoy nos ocupan tanto tiempo al salir del trabajo, los griegos, que comprendían la importancia del ocio, habían conseguido simplificarlas al máximo viviendo con austeridad.

Para empezar, tenían casas humildes. Incluso los ricos habitaban unas construcciones de adobe carentes de las comodidades que un trabajador de hace un siglo consideraba imprescindibles. Las casas griegas sólo eran cuatro paredes y un techo. Tenían una puerta que daba a la calle, pero no ventanas. La cocina, las salas y los dormitorios se disponían alrededor de un patio en el que había una fuentequilla o una estatua con algunas plantas para darle un toque alegre. La familia hacía vida en el patio, excepto cuando llovía o el frío era excesivo. En un rincón del patio, el cocinero (que era esclavo) preparaba la comida y, en otro, el maestro (que era esclavo) enseñaba a los niños de la casa el alfa, beta, gamma y las tablas de multiplicar. En un tercer rincón, la señora de la casa, que raramente abandonaba sus dominios porque no estaba bien visto que una mujer casada saliera a la calle muy a menudo, le remendaba el abrigo a su marido con ayuda de las costureras (que también eran esclavas) y, en un despachito situado al lado de la puerta, el señor de la casa revisaba las cuentas que el capataz (que era esclavo) le acababa de presentar.

Cuando la cena estaba lista la familia se reunía, pero la comida era muy simple y ventilaban el asunto rápidamente. Parece ser que, para los griegos, comer no era un placer, sino una obligación que les hacía perder mucho tiempo. Se alimentaban de pan y vino, un poco de carne y algo de verdura. Sólo bebían agua cuando no tenían nada más con que saciar la sed porque pensaban que no era muy saludable. Les gustaba juntarse alrededor de la mesa, pero las reuniones festivas de la actualidad, donde todo el mundo come

mucho más de lo que debiera, les habría disgustado mucho. Ellos se reunían para conversar ante un buen vaso de vino y, como eran moderados, menospreciaban a los que bebían demasiado.

Se vestían con la misma sencillez con que comían. Les gustaba ir limpios y arreglados, llevar los cabellos y la barba bien recortados, ponerse en forma en el gimnasio mediante ejercicios y natación, pero siempre se mantuvieron apartados de la moda asiática que prescribía colores chillones y estampados extravagantes. Los griegos se vestían con una túnica blanca y estaban muy elegantes.

A los hombres les gustaba que sus esposas llevaran joyas, pero consideraban que era muy vulgar exhibir su riqueza o a sus esposas en público, así que, cuando las mujeres salían de casa, iban lo más discretas posible.

En resumen, la vida en Grecia no era sólo moderación sino también sencillez. Las cosas, las mesas, las sillas, los libros, las casas o los coches roban tiempo a sus propietarios. Al final, los acaba convirtiendo en esclavos que tienen que estar siempre cuidándolos, desempolvándolos, pintándolos y abrillantándolos para que reluzcan. Y los griegos, por encima de todo, querían ser libres, tanto de pensamiento como de acción. Para mantener la independencia y ser realmente libres de espíritu, redujeron sus necesidades cotidianas al mínimo.

Capítulo 17

El teatro griego.

Los orígenes del teatro, la primera forma de entretenimiento popular.

En un período temprano de su historia, los griegos empezaron a recoger los poemas compuestos en honor a los valientes antepasados que habían echado a los pelasgos de Grecia y habían acabado con el poder de Troya. Estos poemas se recitaban en público y todos iban a escucharlos. Pero el teatro, una forma de entretenimiento que sigue viva, no tuvo su origen en la recitación de las historias de los héroes, sino que nació de una manera tan curiosa que debo dedicarle un capítulo.

A los griegos siempre les gustaron los desfiles. Cada año celebraban procesiones solemnes en honor a Dioniso, el dios del vino. Puesto que en Grecia todo el mundo bebía vino —los griegos pensaban que el agua sólo servía para nadar y navegar—, esta divinidad era muy popular en aquella época.

Debido a que se creía que el dios del vino vivía en las viñas, rodeado de un alegre grupo de sátiros (seres mitológicos mitad hombre mitad macho cabrío), quienes participaban en la procesión solían llevar capas de piel de cabra y balaban como los machos cabríos. En griego, «macho cabrío» era *tragos* y «cantante» era *oídos*, así que a los hombres que balaban como machos cabríos los llamaban *tragos-oídos*; con el tiempo, este extraño nombre dio lugar a la palabra «tragedia», que en teatro designa una obra que tiene un final triste. Paralelamente, la palabra «comedia» (que en realidad significa el

canto de algo *cornos*, alegre) es el nombre que reciben las piezas teatrales con un final feliz.

Ahora os preguntaréis qué sucedió para que aquel coro de escandalosos cantantes disfrazados, que saltaban como si fueran cabras salvajes, diera lugar a las nobles tragedias que han llenado los teatros de todo el mundo durante más de dos mil años.

El camino que lleva del cantante-cabra a Hamlet es fácil de seguir. Ahora mismo os explico cómo fue.

Al principio, el coro de cantantes era muy divertido y atraía a un gran número de espectadores que se situaba a lo largo del camino y reía. Pero aquella historia de balidos pronto los cansó. Los griegos pensaban que la mediocridad era un mal a la altura de la fealdad o la enfermedad, así que exigieron algo más entretenido. Un día, un joven poeta muy ingenioso, procedente de Icaria, en el Ática, tuvo una idea exitosa. Se le ocurrió que uno de los miembros del coro de cantantes vestidos de cabra se adelantara e iniciara una conversación con el jefe de los músicos que iban a la cabeza de la procesión tocando la flauta de Pan. Este individuo al que se permitió salir del grupo movía los brazos, gesticulaba al hablar (es decir, que «actuaba», mientras los demás se limitaban a cantar) y hacía muchas preguntas que el director de la banda respondía según lo que le había escrito el poeta en un rollo de papiro antes de empezar el espectáculo.

Esta conversación, preparada y un tanto burda (el diálogo) que narraba la historia de Dioniso o de otro dios, agradó de inmediato. Desde aquel día, toda procesión en honor a Dioniso contó con una

«escena» y pronto la «actuación» se hizo más importante que la procesión y los balidos.

Esquilo, el trágico de más éxito, que escribió al menos ochenta obras en su larga vida (del 526 al 455 a. C.), dio un paso hacia delante al introducir dos «actores» en lugar de uno. Una generación más tarde, Sófocles pasó de dos actores a tres. Cuando Eurípides empezó a escribir sus terribles tragedias a mediados del siglo v a. C., ya podía disponer de tantos actores como quisiera y, cuando Aristófanes escribió sus famosas comedias en las que se burlaba de todo, hasta de los dioses del Olimpo, el coro había quedado reducido a un papel secundario. Los cantantes aparecían detrás de los actores principales y se limitaban a cantar «qué horrible mundo», mientras el héroe situado en primer plano actuaba en contra de la voluntad de los dioses.

Esta nueva forma de entretenimiento tenía que representarse en un lugar adecuado y pronto se construyeron teatros, en todas las ciudades griegas, escarbando en la roca de una montaña cercana. Los espectadores se sentaban en bancos de madera de cara a un gran semicírculo. Sobre el semicírculo, que era el escenario, se situaban los actores y el coro. Tras ellos montaban una tienda en la que se ponían las grandes máscaras de barro que les tapaban la cara y que mostraban a los espectadores que el personaje estaba contento y sonriente, o triste y lloroso. La palabra griega para «tienda» es *skene* y por eso, en la actualidad, nosotros hablamos del «escenario» de un teatro.

Una vez que la tragedia formó parte de la vida griega, la gente se la tomó tan en serio que ya no iba al teatro a evadirse. El estreno de una nueva obra era un acontecimiento igual de importante que unas elecciones y, a un dramaturgo de éxito, se le recibía con más honores que a un general que regresaba victorioso de una batalla.

Capítulo 18

Las guerras persas.

Los griegos defendieron Europa del ataque de los asiáticos e hicieron retroceder a los persas en el mar Egeo.

Los griegos habían aprendido el arte del comercio de los egeos, que a su vez lo aprendieron de los fenicios, y fundaron colonias siguiendo el modelo establecido por estos últimos. Los griegos incluso mejoraron los métodos fenicios al generalizar el uso del dinero en los intercambios con el extranjero.

En el siglo vi a. C. se habían establecido firmemente en las costas de Asia Menor y estaban robando el comercio a los fenicios a un ritmo alarmante. Claro está que a los fenicios esto no les gustó nada, pero, como no eran lo suficientemente poderosos para declarar la guerra a sus competidores helenos, se sentaron a esperar que pasara algo. Y no esperaron en vano.

En un capítulo anterior, ya he explicado que había una humilde tribu de pastores persas que de repente se había vuelto muy guerrera y había conquistado gran parte de Asia central. Los persas, que eran demasiado civilizados para saquear a los conquistados, se contentaban con pedirles un tributo anual. Y eso hicieron cuando llegaron a las costas de Asia Menor.

Se empeñaron en que las colonias griegas de Lidia reconocieran a los reyes persas y les pagaran el impuesto estipulado. Las colonias griegas se negaron. Los persas insistieron. Las colonias griegas llamaron a sus compatriotas del otro lado del Egeo para que

acudieran en su auxilio y así se sentaron las bases del conflicto. En verdad, los persas consideraban que las ciudades estado griegas eran unas instituciones políticas muy peligrosas, que daban un mal ejemplo a los que se suponía que tenían que ser pacientes esclavos de los todopoderosos reyes persas. Por supuesto, los griegos estaban bastante bien protegidos porque su tierra se hallaba resguardada al otro lado de las aguas profundas del mar Egeo. Pero entonces entraron en juego sus viejos enemigos, los fenicios, que se ofrecieron a ayudar a los persas y llegaron a un acuerdo: si el rey persa ponía los soldados, los fenicios le ofrecían los barcos para transportarlos a Europa. Era el año 492 a. C. y, Asia se preparaba para acabar con el poder emergente de Europa.

Como última advertencia, el rey de Persia envió mensajeros a Grecia para pedir «tierra y agua» en prueba de sumisión. Sin pensárselo dos veces, los griegos echaron a los mensajeros al pozo, donde encontrarían «tierra y agua» en abundancia. Este incidente desencadenó la guerra.

Pero los persas no sabían que los dioses del Olimpo protegían a sus hijos y, cuando la flota fenicia que transportaba las tropas persas llegó cerca del monte Athos, el dios de la tempestad se puso a soplar hasta que casi le estallaron las venas de la frente, así que la flota fue destruida por un huracán terrible y todos los persas murieron ahogados.

Dos años más tarde, volvieron a atacar. Esta vez consiguieron atravesar el mar Egeo y desembarcar cerca del pueblo de Maratón. En cuanto se enteraron, los atenienses enviaron un ejército de unos

diez mil hombres a defender las montañas que rodeaban la llanura de Maratón, al mismo tiempo que enviaron a un corredor muy veloz a Esparta para pedir ayuda. Pero Esparta sentía envidia de la fama de Atenas y se negó a prestarle socorro. Las demás ciudades griegas siguieron su ejemplo, a excepción de la pequeña Platea, que envió unos mil hombres. El 12 de septiembre del año 490 a. C., Milcíades, el comandante en jefe de las fuerzas atenienses, lanzó el pequeño ejército de que disponía contra la horda de persas. Los griegos consiguieron atravesar la cortina de flechas de sus enemigos y, con sus lanzas, hicieron estragos en las desorganizadas tropas asiáticas tan poco acostumbradas a que les ofrecieran resistencia.

En Atenas, los ciudadanos pasaron la noche viendo el cielo enrojecido por las llamas que quemaban los barcos. Estuvieron esperando noticias ansiosamente hasta que, al final, apareció una pequeña nube de polvo en la carretera que venía del norte. Era Filípides, el corredor. Al llegar a Atenas, el hombre se desplomó y suspiró, el final de sus días estaba cerca. Hacía días que corría hacia Esparta. Tras recibir la negativa había vuelto a Maratón y se había unido a Milcíades. Aquella mañana había participado en la batalla y, luego, se había ofrecido voluntario para llevar la noticia de la victoria a su querida ciudad. La gente lo vio caer y se apresuró a ayudarlo. «Hemos ganado», susurró, y murió. Fue una muerte tan gloriosa que se convirtió en la envidia de todos los hombres.

Después de la derrota, los persas intentaron desembarcar cerca de Atenas, pero la costa estaba tan vigilada que se tuvieron que ir por donde habían llegado. Nuevamente, Grecia podía disfrutar de la paz.

Pasaron ocho años, durante los cuales los helenos no estuvieron de brazos cruzados. Sabían que los persas planeaban un ataque final, pero no se

ponían de acuerdo en la manera de afrontar el peligro. Algunos querían aumentar el ejército y otros pensaban que lo mejor era fortalecer la armada. Los dos bandos, dirigidos respectivamente por Arístides y Temístocles, lucharon ferozmente entre sí y el conflicto no acabó hasta que Arístides fue exiliado. Temístocles aprovechó la ocasión para construir muchos barcos y convertir el puerto ateniense de El Pireo en una potente base naval.

En el año 481 a. C., en una provincia situada al norte de Grecia llamada Tesalia, apareció un ejército impresionante. Ante aquel peligro se decidió que Esparta, el gran poder militar de Grecia, capitanease la defensa. Pero a los espartanos les importaba poco lo que pasara en el norte de Grecia, si su ciudad no corría peligro, y no defendieron suficientemente las vías de entrada al país.

Sólo enviaron un pequeño destacamento de espartanos, a las órdenes de Leónidas, a vigilar un estrecho camino, que discurría entre las montañas y el mar, que comunicaba Tesalia con las provincias del sur. Leónidas obedeció órdenes, luchó y defendió el paso con valentía insuperable. Pero un traidor llamado Efiltes, que conocía los caminos de Malis, guió a un regimiento de persas por las montañas e hizo posible que éstos atacaran a Leónidas por la retaguardia. Cerca del desfiladero de las Termopilas, las «fuentes cálidas», se libró una cruenta batalla. Al caer la noche, Leónidas y

sus fieles soldados yacían muertos entre los cuerpos de sus enemigos.

El paso quedó abierto y gran parte de Grecia cayó en manos de los persas. Las tropas entraron en Atenas, lanzaron a los soldados de la guarnición desde la Acrópolis montaña abajo y quemaron la ciudad. Los atenienses se refugiaron en la isla de Salamina. Todo parecía perdido. Pero el 20 de septiembre del año 480 a. C., Temístocles forzó a la flota persa para que combatiera en el estrecho que separaba la isla de Salamina del continente y, en unas horas, destruyó tres cuartas partes de los barcos persas.

Al lado de tal derrota, la victoria en las Termopilas había sido ridícula. El rey Jerjes se tuvo que retirar y decidió esperar al año siguiente para librar la batalla final. Se refugió con sus tropas en Tesalia y allí esperó a que llegara la primavera.

Pero esta vez los espartanos habían comprendido que el asunto era serio. Abandonaron la seguridad que les proporcionaba la muralla que habían construido en el istmo de Corinto y, bajo el mando de Pausanías, se dispusieron a enfrentarse al general persa Mardonio. Los griegos unidos (unos cien mil hombres procedentes de una docena de ciudades) atacaron a los casi trescientos mil hombres del enemigo cerca de Platea. Una vez más, la infantería griega consiguió traspasar la cortina de flechas del adversario. Los persas fueron derrotados como lo habían sido en Maratón y, por fin, se fueron para no volver. Una extraña coincidencia quiso que, el mismo día en que el ejército griego vencía a los persas cerca de Platea, la armada

griega derrotase a la flota del enemigo cerca del cabo de Micala, en Asia Menor.

Así acabó el primer encontronazo entre Asia y Europa. Atenas se había cubierto de gloria y Esparta había luchado bien y con valentía. Si las dos ciudades hubieran sido capaces de llegar a un acuerdo, si hubieran estado dispuestas a olvidar sus rencores, podrían haber llegado a regir una Grecia poderosa y unida.

Pero, ¡ay!, dejaron pasar el entusiasmo provocado por la victoria y nunca se volvió a presentar una ocasión igual.

Capítulo 19

Atenas contra Esparta.

Atenas y Esparta mantuvieron una larga y catastrófica guerra por el liderazgo de Grecia

Tanto Atenas como Esparta eran ciudades griegas y sus habitantes hablaban la misma lengua. Pero esto era todo lo que tenían en común. Construida sobre un montículo, Atenas se alzaba por encima de la llanura. Se trataba de una ciudad expuesta a la fresca brisa del mar, deseosa de mirar al mundo con los ojos de un niño feliz. En cambio, Esparta se hallaba enterrada en el fondo de un valle y usaba las montañas, que la rodeaban, de barrera contra el pensamiento del exterior. Atenas era una ciudad eminentemente comercial. Esparta era una ciudad militar donde los hombres eran soldados porque sí. A los atenienses les gustaba sentarse al sol a discutir de poesía o a escuchar las palabras sabias de un filósofo. Contrariamente, los espartanos nunca escribieron una línea de literatura; lo que les atraía era la guerra, sabían luchar y sacrificaban toda emoción humana por estar preparados para la batalla.

No es de extrañar que aquellos sombríos espartanos vieran con recelo el éxito de Atenas. La energía que la defensa de la tierra común había generado en esta ciudad ahora se canalizaba en actividades de naturaleza pacífica. Los atenienses reconstruyeron la Acrópolis y la convirtieron en un templo de mármol dedicado a la diosa Atenea. Pericles, el líder de la democracia ateniense, mandó

llamar a todos los escultores, pintores y sabios famosos con la intención de embellecer la ciudad y de que los atenienses jóvenes estuvieran a la altura de ella. Pero nunca le quitó el ojo de encima a Esparta y mandó construir una muralla, que conectaba a Atenas con el mar, y la convertía en la fortaleza más segura de la época.

Una disputa insignificante entre dos ciudades pequeñas acabó desatando el conflicto. La guerra entre Atenas y Esparta duró treinta años y acabó de forma desastrosa para Atenas.

En el tercer año de conflicto, una plaga se extendió por la ciudad. Murió la mitad de sus habitantes, entre ellos el gran político Pericles. Tras la plaga, la ciudad pasó por un período en que los dirigentes fueron nefastos e indignos de confianza. Entonces, un joven brillante llamado Alcibíades se ganó el favor de la Asamblea popular. Alcibíades propuso llevar a cabo un ataque por sorpresa a la colonia espartana de Siracusa, en la isla de Sicilia. La propuesta fue aceptada y se organizó la expedición. Pero Alcibíades se vio involucrado en una pelea callejera y tuvo que huir de la ciudad. El general que lo sucedió resultó ser un inepto. Primero perdió todos los barcos y, luego, el ejército. Los pocos atenienses que sobrevivieron a la batalla fueron abandonados en las canteras de Siracusa, donde murieron de hambre y sed.

La incursión fallida había acabado con la vida de todos los jóvenes atenienses. La ciudad estaba condenada. Tras un largo asedio se rindió en abril del año 404 a. C. Los espartanos derrumbaron las murallas y se llevaron todos los barcos. Atenas dejó de ser el centro del gran Imperio colonial que había construido en sus días

prósperos. Pero aquel maravilloso deseo de aprender, de saber, de investigar que había distinguido a sus habitantes durante sus días de grandeza no pereció con las murallas y los barcos. Continuó con vida, brillando incluso con mayor esplendor. Atenas ya no dirigía el destino de Grecia. Sin embargo, como sede de la primera gran universidad, la ciudad empezó a influir en el pensamiento de los intelectuales mucho más allá de las fronteras del país.

Capítulo 20

Alejandro Magno.

Cómo Alejandro Magno, rey de Macedonia, estableció un Imperio griego a escala mundial y qué sucedió con esta gran ambición.

Cuando los aqueos abandonaron su hogar a orillas del Danubio para ir en busca de nuevos pastos, pasaron algún tiempo en las montañas de Macedonia. Desde entonces, los griegos habían mantenido ciertas relaciones más o menos formales con el pueblo que habitaba este país del norte. Por su parte, los macedonios habían procurado siempre estar bien informados sobre lo que pasaba en Grecia.

El destino quiso que, cuando Esparta y Atenas salían de la penosa guerra en la que se habían enfrentado por el control de Grecia, en Macedonia reinase un hombre extraordinariamente inteligente llamado Filipo II. Este rey admiraba el talento de los griegos para las letras y las artes, pero despreciaba la falta de contención que mostraban en los asuntos políticos. Lo irritaba ver que un pueblo tan avanzado perdiese hombres y dinero en disputas infructuosas y, para solucionar el problema, no se le ocurrió otra cosa que convertirse él mismo en señor de toda Grecia. Conseguido esto, pidió a sus nuevos súbditos que lo acompañaran en un «viaje» que quería hacer por Persia para pasar cuentas a la «visita» que había hecho Jerjes a los griegos ciento cincuenta años antes.

Desgraciadamente, el rey Filipo II fue asesinado antes de poder partir con aquella expedición tan minuciosamente preparada. La

tarea de vengar la destrucción de Atenas quedó en manos de su hijo Alejandro, discípulo de Aristóteles, el más sabio de todos los maestros griegos.

Alejandro se despidió de Europa en la primavera del año 334 a. C. Siete años después llegó a India. Por el camino había destruido Fenicia, la antigua rival de los mercaderes griegos, había conquistado Egipto y se había ganado a los habitantes del valle del Nilo, que pasaron a considerarlo hijo y heredero de los faraones. Había derrotado al último rey persa —es decir, había acabado con el Imperio persa—, había ordenado reconstruir Babilonia y, finalmente, había conducido a sus tropas hasta el corazón de la cordillera del Himalaya. En pocas palabras: había conseguido que el mundo entero fuera una provincia macedonia. Entonces se detuvo y anunció que tenía planes aún más ambiciosos.

Quería que el imperio recién nacido creciese bajo influencia de la cultura griega. Pretendía que todo el mundo aprendiera griego y viviese en ciudades construidas siguiendo el modelo griego. Los soldados de Alejandro Magno se convirtieron en maestros de escuela. Los campos militares del ayer pasaron a ser centros de la recientemente importada civilización griega. El flujo de maneras y costumbres helenas se extendía cuando, de repente, Alejandro tuvo un ataque de fiebre y murió en el antiguo palacio del rey Hammurabi de Babilonia en el año 323 a. C.

Entonces las aguas retrocedieron. Pero atrás dejaron el barro fértil de una civilización más avanzada y Alejandro Magno, a pesar de sus ambiciones infantiles y de su estúpida vanidad, hizo un servicio

muy valioso a la humanidad. Aunque el imperio que había creado no le sobrevivió y poco después de su muerte un grupo de generales ambiciosos se repartió el territorio, incluso este fue fiel al sueño de crear un mundo en el cual las ideas y el conocimiento griego y asiático estuvieran hermanados.

Los territorios mantuvieron la independencia hasta que los romanos añadieron Oriente Próximo y Egipto a sus demás dominios. La extraña herencia de la civilización helénica (parcialmente griega, persa, egipcia y babilónica) cayó en manos de los conquistadores romanos. En los siglos posteriores contribuyó tanto al mundo romano que aun hoy notamos su influencia en nuestras vidas.

Capítulo 21

De los orígenes del hombre a Alejandro Magno.

Breve resumen de los capítulos 1 al 20

De momento, desde la cima de la torre hemos estado mirando hacia el este. Pero a partir de ahora la historia de Egipto y Mesopotamia se hace menos interesante, así que os llevaré a estudiar el paisaje del oeste.

Antes de hacerlo, detengámonos un momento para revisar lo que hemos visto hasta ahora.

Primero os hablé del hombre prehistórico, un ser de costumbres sencillas y de maneras poco atractivas. Os expliqué que era uno de los animales más indefensos entre todos los que vagaban por los territorios salvajes de los cinco continentes y que, sin embargo, al poseer un cerebro mayor y más desarrollado, consiguió hacerse un buen sitio.

Entonces llegaron las eras glaciales con muchos siglos de frío, y la vida en este planeta se hizo tan difícil que el ser humano tuvo que exprimir su cerebro más que nunca para sobrevivir. Como el «instinto de supervivencia» era y sigue siendo el motor que hace funcionar a todo ser vivo a máxima potencia hasta perder el aliento, el ser humano prehistórico puso a trabajar el cerebro duramente. Y esta gente audaz no sólo consiguió sobrevivir a los largos períodos de frío en los que murieron muchos animales feroces, sino que, cuando el mundo volvió a ser un lugar agradable y cálido, el hombre había aprendido un montón de cosas que le supusieron una gran

ventaja sobre los demás animales menos inteligentes; el peligro de extinción —muy serio durante el primer medio millón de años de vida en el planeta— pasó a ser remoto.

Os dije que estos primeros antepasados nuestros evolucionaban laboriosamente cuando, de repente —y por motivos que aún no se tienen muy claros—, los pobladores del valle del Nilo crearon el primer centro de civilización casi de la noche a la mañana.

Entonces fuimos a Mesopotamia, «la tierra entre los ríos», que fue la segunda gran escuela de la especie humana. Y os hice un mapa de los puentes de las islas del mar Egeo, que llevaron el conocimiento y la ciencia del viejo Oriente al nuevo Occidente, donde vivían los griegos.

Después os hablé de una tribu indoeuropea, los helenos, que miles de años antes había abandonado el corazón de Asia para instalarse en la península rocosa de Grecia en el siglo xi a. C., a quienes desde entonces llamamos griegos. Os conté la historia de las pequeñas ciudades griegas que en realidad eran estados, donde la civilización del antiguo Egipto y de Asia se transfiguró (ésta es una palabra compleja, pero creo que os podéis «figurar» lo que significa) en algo bastante nuevo, que era mucho más noble y refinado que nada de lo que habíamos visto anteriormente.

Si miráis un mapa, veréis que, a estas alturas, el camino de la civilización ha descrito un semicírculo. Empezó en Egipto y, pasando por Mesopotamia y las islas del mar Egeo, va hacia occidente hasta llegar a Europa. Durante cuatro mil años, egipcios, babilonios, fenicios y un gran número de tribus semitas —recordad

que los judíos eran sólo uno de los muchos pueblos semitas—llevaron la antorcha que iluminaba el mundo. Ahora se la han dado a los indoeuropeos griegos, que serán los maestros de los romanos, otra tribu de indoeuropeos. Pero, mientras tanto, los semitas se han extendido por la costa norteafricana y se han convertido en señores del Mediterráneo occidental justo cuando la parte oriental ha pasado a manos de los griegos (o indoeuropeos).

Esto, como veréis en las páginas siguientes, provocó un conflicto terrible entre los dos pueblos rivales y, de la confrontación, nació el victorioso Imperio romano, que llevaría la civilización resultante de la influencia egipcia, mesopotámica y griega hasta los rincones más recónditos del continente europeo, donde puso los pilares en los que descansa la sociedad actual.

Sé que parece muy complicado pero, si os familiarizáis con estos principios, el resto de la historia os parecerá muy fácil. Los mapas os aclararán lo que con palabras es imposible de explicar. Y tras esta breve intromisión, volvamos a nuestra historia, ya que os quiero contar la famosa guerra entre Roma y Cartago.

Capítulo 22

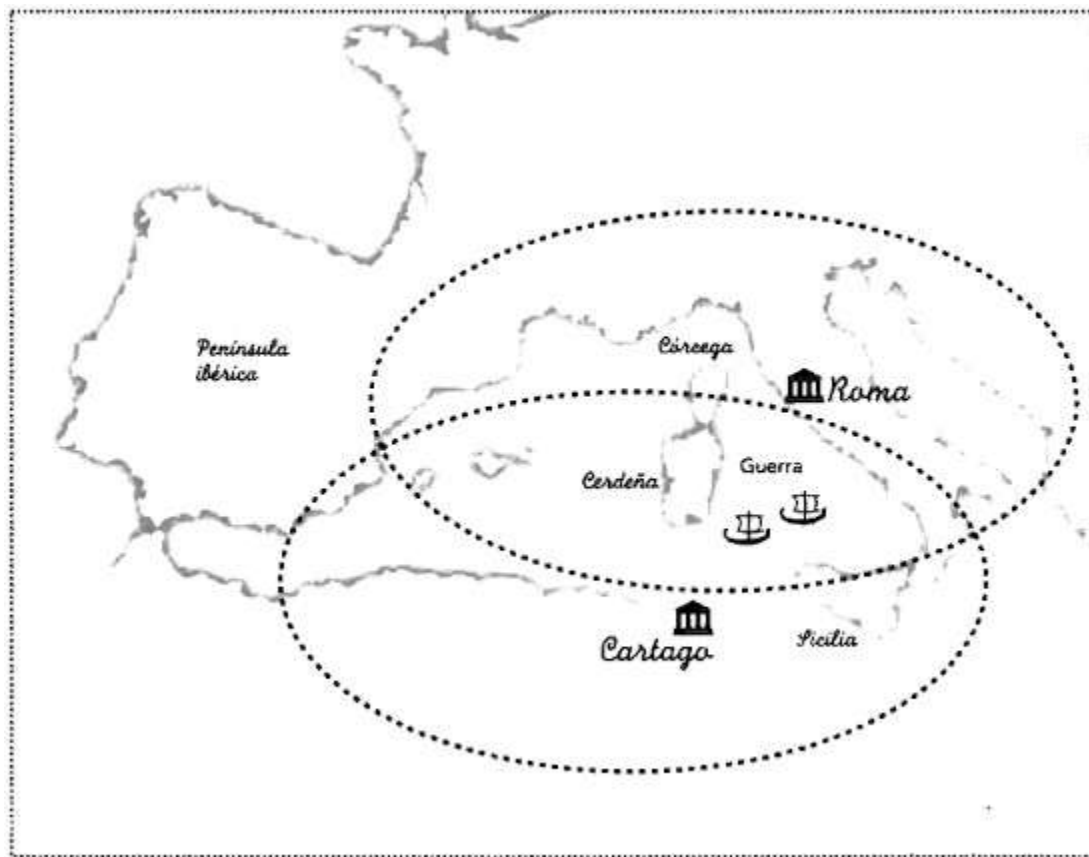
Roma y Cartago.

Cartago, colonia semita de la costa norte de África, y Roma, ciudad indoeuropea de la costa oeste de la península itálica, se enfrentaron por el dominio del Mediterráneo occidental. Cartago fue destruida

El pequeño centro comercial fenicio de Qart Hadast se hallaba en la cima de una colina, dominando el golfo de Túnez, una superficie de agua de unos ciento cincuenta kilómetros de ancho que separa África de Europa. Era el lugar ideal para instalar un centro comercial. Incluso demasiado ideal. Creció excesivamente rápido y se hizo muy rico. Cuando en el siglo vi a. C. Nabucodonosor de Babilonia destruyó Tiro, Cartago rompió relaciones con la madre patria y se convirtió en un estado independiente: el sitio más avanzado de los pueblos semitas en Occidente. Desgraciadamente, la ciudad había heredado muchos rasgos que durante mil años habían caracterizado a los fenicios. Era un inmenso imperio comercial, protegido por una armada potente, indiferente a los aspectos más refinados de la vida. La ciudad, el país que la rodeaba y las colonias distantes eran gobernadas por un reducido pero muy poderoso grupo de hombres ricos. En griego «riqueza » se decía *pintos*, así que a aquel gobierno llevado por hombres ricos lo llamaban «plutocracia». Cartago era, pues, una plutocracia: el poder real del Estado estaba adjudicado a unos cuantos armadores, propietarios de minas y comerciantes que se reunían en una trastienda y actuaban como si su país fuese un negocio que les

tuviera que reportar beneficios. Sin embargo, ellos eran muy despiertos, llenos de energía y trabajadores.

Con el paso de los años, la influencia de Cartago sobre sus vecinos aumentó hasta el punto de que gran parte de la costa africana, España y ciertas regiones de Francia eran posesiones cartaginesas que pagaban tributo a la poderosa ciudad del mar africano.



El conflicto entre las esferas de influencia de Roma y Cartago

Ni qué decir tiene que tal plutocracia estaba permanentemente a merced del pueblo. Mientras hubiese trabajo y los sueldos fuesen altos, casi todos los ciudadanos estaban satisfechos, se dejaban gobernar por los «grandes» y no hacían preguntas comprometedoras.

Pero, cuando los barcos no salían a navegar, no llegaban minerales metalíferos a las fundiciones o se despedían estibadores, empezaban las quejas y se pedía que la Asamblea popular se reuniera como en los días en que Cartago había sido una república.

Para que esto no sucediera, los plutócratas estaban obligados a poner el motor económico de la ciudad a toda máquina. Lo habían conseguido durante casi quinientos años, por eso se preocuparon tanto cuando llegaron ciertos rumores desde la costa oeste de la península itálica. Se decía que un pueblecito, situado a orillas del río Tíber, estaba adquiriendo muchísimo poder y se estaba convirtiendo en cabecilla de las tribus latinas que poblaban la Italia central. También se rumoreaba que los habitantes de este pueblecito, que, por cierto, se llamaba Roma, pretendían construir barcos para comerciar con Sicilia y la costa sur de Francia.

Cartago no podía tolerar tal intromisión. Si no quería perder la condición de reina y señora del Mediterráneo occidental, debía acabar con el rival. Así que los cartagineses se dispusieron a comprobar la veracidad de los rumores y, lo que averiguaron, os lo cuento a continuación.

La costa oeste de Italia nunca había llamado la atención a los pueblos civilizados. Mientras que en Grecia todos los puertos importantes miraban al este y gozaban de buena vista sobre las atareadas islas del mar Egeo, la costa oeste de Italia no veía nada más emocionante que las olas peladas del Mediterráneo. El país era pobre y, en consecuencia, raramente recibía la visita de mercaderes

extranjeros, así que los nativos vivían en paz sin que nadie les disputara ni las colinas ni las marismas de las llanuras.

La primera invasión seria de esta tierra vino del norte. En una fecha desconocida, ciertas tribus indoeuropeas consiguieron atravesar los Alpes y se dirigieron hacia el sur para instalarse en la punta y el tacón de la famosa bota italiana. De estos primeros conquistadores no sabemos nada. Ningún Homero cantó su gloria. Sus propios relatos sobre la fundación de Roma (escritos ochocientos años más tarde, cuando la pequeña ciudad se había convertido en la capital del Imperio) son fábulas y no pertenecen a la historia. Aquella leyenda que cuenta que Rómulo o Remo saltó las murallas del otro —nunca recuerdo quién saltó la muralla de quién— es entretenida, pero en realidad la historia de la fundación de Roma fue mucho más prosaica. Roma empezó, como tantas otras ciudades, por ser un lugar adecuado para el intercambio de productos y el comercio de caballos. Se encontraba en el centro de la península itálica y, gracias al Tíber, tenía acceso directo al mar. La carretera que iba de norte a sur de la península encontraba en este punto un lugar poco profundo para cruzar el río, que era transitable todo el año. Y las siete colinas que estaban en el borde del Tíber ofrecían a sus habitantes un lugar seguro donde vivir, desde el cual avistar a los enemigos, tanto a los que bajaban de las montañas como a los que vivían más allá del horizonte del mar.

Los enemigos que vivían en las montañas se llamaban sabinos. Eran unos tipos duros a los que les gustaba el saqueo fácil. Pero estaban muy atrasados. Aún iban con hachas de piedra y escudos

de madera, así que no tenían nada que hacer contra los romanos y sus espadas de acero. En cambio, quienes llegaban por mar sí que eran peligrosos. Se llamaban etruscos y eran, y siguen siendo, uno de los grandes misterios de la historia. Nadie sabía, ni sabe aún, de dónde venían, quiénes eran, ni por qué abandonaron su tierra natal. Se han encontrado restos de su civilización (ciudades, cementerios y sistemas de abastecimiento de agua) a lo largo de toda la costa italiana. Nos han llegado sus inscripciones. Pero, como todavía nadie ha sido capaz de descifrar el alfabeto etrusco, sus inscripciones no son más que un engorro y no nos sirven de nada.

La hipótesis más plausible indica que los etruscos eran originarios de Asia Menor y abandonaron su tierra huyendo de una gran guerra o una epidemia. Fuera por lo que fuese, los etruscos desempeñaron un papel importante en la historia. Ellos llevaron el polen de Oriente a Occidente y enseñaron a los romanos que, como ya os he dicho, venían del norte, las primeras nociones de arquitectura, construcción de carreteras, lucha, arte, gastronomía, medicina y astronomía.

Pero, al igual que a los griegos no les gustaban sus maestros egeos, los romanos odiaban a sus preceptores etruscos. Se deshicieron de ellos tan pronto como pudieron, y la oportunidad se les presentó cuando unos mercaderes griegos descubrieron las posibilidades comerciales de Italia y las primeras vasijas griegas llegaron a Roma. Los griegos fueron para comerciar, pero se quedaron para instruir. Se encontraron con que las tribus que habitaban la campiña romana (las tribus latinas) estaban bastante dispuestas a aprender

todo aquello que resultara práctico. Enseguida comprendieron la utilidad de escribir con un alfabeto y copiaron el de los griegos. También vieron las ventajas comerciales de tener un sistema de moneda, medidas y pesos bien regulado. Con el tiempo, los romanos acabaron por adoptar la civilización griega sin reservas.

Incluso acogieron a los dioses helenos. Zeus viajó a Roma, donde lo rebautizaron con el nombre de Júpiter, y las demás divinidades lo siguieron. Sin embargo, los dioses romanos nunca fueron como sus alegres primos, que habían acompañado a los griegos en su camino por la vida y la historia. Los dioses romanos eran funcionarios del Estado. Cada uno se ocupaba de su departamento con gran prudencia, y un profundo sentido de la justicia, y exigía que sus adoradores lo obedeciesen con el mismo rigor. Y los romanos obedecían a sus dioses al pie de la letra. Pero, entre dioses y adoradores romanos, nunca se estableció aquella relación personal cordial y aquella encantadora amistad que había existido entre los antiguos helenos y los residentes todopoderosos del monte del Olimpo.

Los romanos no imitaron el sistema para gobernar de los griegos pero, como procedían del mismo pueblo de indoeuropeos, los inicios de la historia de Roma se parecen mucho a los de Atenas y otras ciudades griegas. No les costó deshacerse de sus reyes, descendientes de los antiguos jefes de la tribu. Pero, cuando los reyes fueron expulsados de la ciudad, los romanos tuvieron que controlar el poder de los nobles y pasaron unos cuantos siglos antes de que pudieran establecer un sistema que diese a todos los

ciudadanos libres de Roma la ocasión de interesarse personalmente por los asuntos de su ciudad.

A partir de entonces, los romanos gozaron de una ventaja sobre los griegos. Consiguieron llevar las riendas de los asuntos del país sin necesidad de demasiados discursos. Eran menos imaginativos que los helenos y preferían un minuto de acción a una hora de discursos. Comprendían demasiado bien la naturaleza de la plebe (en aquella época la «plebe», o *plebs* en latín, era el grupo de ciudadanos libres sin títulos nobiliarios) como para perder el tiempo discutiendo. Así que pusieron el Gobierno de la ciudad en manos de dos «cónsules» asistidos por un «Consejo de ancianos», llamado Senado porque la palabra *senex* en latín significaba «anciano». Por motivos prácticos y de costumbre, los senadores eran escogidos entre los miembros de la nobleza. Pero sus poderes habían sido definidos meticulosamente.

Durante cierta época, Roma pasó por el mismo conflicto entre pobres y ricos que había obligado a Atenas a adoptar las leyes de Dracón y Solón. Esto sucedió en el siglo V a. C. El resultado fue que los hombres libres consiguieron un código de leyes escrito que los protegía contra el despotismo de los jueces aristocráticos, mediante la institución de los tribunos. Los tribunos eran magistrados elegidos por el pueblo y tenían facultades para proteger a los ciudadanos de las resoluciones del Senado que fueran consideradas injustas. Los cónsules podían condenar a alguien a muerte, pero, si el caso no quedaba totalmente probado, los tribunos podían intervenir y salvar la vida al desdichado.

Cuando hablo de Roma parece que sólo me refiera a una ciudad pequeña de unos pocos miles de habitantes y, en cambio, la fuerza real de la villa estaba en los territorios que quedaban fuera de sus murallas. Precisamente fue en la forma de gobernar las provincias distantes de Roma donde, ya en una época temprana, la ciudad mostró una maravillosa capacidad innata para colonizar.

Al principio, Roma era la única ciudad bien fortificada de la Italia central, pero siempre había ofrecido refugio hospitalariamente a otras tribus latinas amenazadas de invasión. Las tribus latinas reconocían las ventajas de mantener buenas relaciones con un amigo tan poderoso y habían intentado sentar las bases de una alianza defensiva y ofensiva. Otros pueblos, como los egipcios, los babilonios, los fenicios e incluso los griegos habrían obligado a los «bárbaros» a someterse. Pero los romanos no. Los romanos daban a los «forasteros» la oportunidad de pasar a ser miembros de la *res publica* o República.

Los romanos decían: «¿Os queréis unir a nosotros? Muy bien, pues uníos. Os trataremos como a ciudadanos de Roma y tendréis los mismos derechos que éstos. Ahora bien, a cambio de este privilegio, esperamos que luchéis por nuestra ciudad, la madre patria de todos, siempre que sea necesario».

Los «forasteros» apreciaban esta generosidad por parte de los romanos y les mostraban su gratitud mediante una lealtad inquebrantable.

Cuando una ciudad griega era atacada por el enemigo, los extranjeros que residían en ella huían lo más velozmente posible.

¿Por qué iban a luchar para defender una ciudad que para ellos sólo era un sitio de paso y en la que eran tolerados únicamente porque pagaban sus tributos con puntualidad? En cambio, cuando Roma era atacada, todos los latinos corrían a defenderla. Para ellos era la madre patria lo que estaba en peligro: su verdadero «hogar», aunque viviesen a más de cien kilómetros de distancia y nunca hubiesen visto las murallas que rodeaban sus colinas sagradas.

No había derrota ni desastre militar que pudiese cambiar este sentimiento. A principios del siglo IV a. C., los salvajes galos consiguieron penetrar en Italia. Habían derrotado al ejército romano cerca del río Alia y marcharon por Roma con sus tropas. Habían tomado la ciudad y pensaron que la población de los alrededores pediría rápidamente la paz. Pero esperaron y esperaron, y nadie acudió. Al poco tiempo, los galos se encontraron rodeados de una población hostil que impedía que les llegaran provisiones. Siete meses después tuvieron que retirarse, muertos de hambre. La política de Roma de tratar al «forastero» como a un igual demostró ser un éxito, y la ciudad se hizo más fuerte que nunca.

Este episodio de la historia de la primera época de Roma muestra la gran diferencia que había entre la idea romana de un estado saludable y la idea existente en el mundo antiguo personalizada en la ciudad de Cartago. Los romanos contaban con la ayuda entusiasta de un gran número de «conciudadanos». Los cartagineses, siguiendo el ejemplo de los egipcios y los demás pueblos de Oriente Próximo, pretendían que sus «súbditos »

obedeciesen sin pensar (y, por tanto, sin ganas) y, cuando no lo conseguían, contrataban mercenarios que lucharan por ellos.

Ahora entenderéis por qué Cartago temía a un enemigo, tan sagaz y poderoso, y por qué la plutocracia de la ciudad se moría de ganas de que estallara el conflicto para poder destruir a aquel peligroso rival antes de que fuese demasiado tarde.

De todas maneras, los cartagineses, que eran buenos hombres de negocios, sabían que precipitar las cosas nunca es provechoso, así que propusieron a los romanos que ambos Gobiernos dibujaran un círculo en el mapa que limitara lo que consideraban sus respectivas «esferas de influencia» y que prometieran mantenerse al margen del círculo del otro. Rápidamente llegaron a un acuerdo que rompieron con igual velocidad cuando ambas creyeron adecuado enviar sus flotas a Sicilia, una tierra fértil gobernada pésimamente que invitaba a la injerencia extranjera.

La guerra que siguió (la llamada Primera Guerra Púnica) duró veinticuatro años. Las batallas se libraban en mar abierto y, al principio, parecía que la experimentada armada cartaginesa derrotaría a la recientemente creada flota romana. Siguiendo las tácticas de guerra antiguas, los cartagineses embestían con una punta de hierro en la proa del enemigo, o lo atacaban lateralmente rompiendo sus remos, y mataban a los marineros indefensos con flechas y bolas de fuego. Pero los ingenieros romanos inventaron un nuevo barco que transportaba un puente de abordaje que la infantería usaba para asaltar el barco enemigo. Aquello fue el final de las victorias de Cartago. En la batalla de Milas, su flota fue

derrotada abrumadoramente y se vio obligada a rendirse. Así fue como los romanos anexaron Sicilia a sus dominios.

Veintitrés años más tarde volvieron a surgir problemas. Roma, en busca de cobre, había tomado la isla de Cerdeña. Acto seguido Cartago, que necesitaba plata, ocupó el sur de España. Con este movimiento, los cartagineses se convirtieron en vecinos inmediatos de los romanos, quienes no vieron la jugada con buenos ojos y ordenaron a sus tropas que cruzaran los Pirineos y vigilaran al ejército cartaginés de ocupación.

El campo estaba sembrado, sólo había que abonarlo para que estallara la guerra, y de nuevo las dos partes encontraron el pretexto en una colonia griega. Los cartagineses estaban asediando Saguntum, ciudad situada en la costa este de España. Los saguntinos pidieron ayuda a Roma y ésta, como siempre, estaba dispuesta a ofrecerla. El Senado les prometió enviar las tropas latinas, pero los preparativos de la expedición tomaron un tiempo y, mientras tanto, Saguntum fue tomada y arrasada. Aquello representaba una afrenta directa a la voluntad de Roma, y el Senado decidió declarar la guerra a Cartago. La idea era que la armada atravesara el mar africano y desembarcase en territorio cartaginés mientras la infantería mantenía ocupado al ejército cartaginés en España para evitar que corriera a socorrer su ciudad. Era un plan excelente y todo el mundo esperaba una gran victoria. Pero los dioses habían dispuesto otra cosa.

Nos encontramos en otoño del año 218 a. C. y las tropas romanas, que tenían que atacar a las cartaginesas en España, habían salido

de Italia. Los romanos esperaban impacientes el anuncio de una victoria fácil y total, cuando un rumor terrible empezó a extenderse por el valle del Po. Los habitantes de las montañas bajaron y, con los labios temblorosos de miedo, contaron que habían visto cientos de miles de hombres de piel oscura acompañados de bestias extrañas «del tamaño de una casa». Los soldados habían aparecido de repente entre las nubes de nieve que rodeaban el antiguo paso de Graian, por el cual miles de años antes Hércules había conducido a los bueyes de Gerión de camino a Grecia desde España. Poco después, una procesión de refugiados apareció ante las puertas de Roma con más detalles de lo que había pasado. Aníbal, hijo de Amílcar, acompañado de cincuenta mil soldados, nueve mil jinetes y 37 elefantes había cruzado los Pirineos, había derrotado al ejército romano de Escipión a orillas del Ródano y había atravesado con su ejército los puertos de montaña de los Alpes sin peligro, a pesar de que estaban en el mes de octubre y los caminos se encontraban cubiertos de nieve y hielo. Con posterioridad se había unido a las fuerzas galas, que conjuntamente habían derrotado a un segundo ejército romano justo antes de cruzar el Trebia, y habían sitiado Plasencia, el límite norte de la carretera que unía Roma con las provincias alpinas.

El Senado, sorprendido pero tranquilo, y tan enérgico como siempre, silenció las noticias de las derrotas y envió dos nuevos ejércitos a detener al enemigo. Aníbal consiguió sorprenderlas, en un camino estrecho que bordeaba el lago Trasimeno, y mató a todos los generales romanos y a la mayoría de sus hombres. Esta vez, el

pánico se extendió en el pueblo de Roma, pero el Senado no perdió los nervios. Organizó un nuevo ejército y lo puso al mando de Fabio Máximo Cunctator, a quien dio todos los poderes para actuar «como fuese necesario para salvar el Estado».

Fabio sabía que tenía que actuar con cuidado si no quería perderlo todo. Sus hombres, los últimos soldados que quedaban, eran inexpertos y no estaban a la altura de los veteranos de Aníbal. Se negó a entrar en batalla pero siguió a Aníbal dondequiera que fuese, quemando todo lo que se pudiera comer, destruyendo las carreteras, atacando a pequeños destacamentos y, en general, debilitando la moral de las tropas cartaginesas con una guerra «de guerrillas» molesta y desesperante.

Sin embargo, aquella estrategia no satisfacía a la multitud que se había refugiado dentro de las murallas de Roma presa del miedo. La gente quería acción. Había que hacer algo y había que hacerlo rápido. Un héroe popular llamado Varrón, un hombre que iba por la ciudad jactándose de que él lo haría mucho mejor que el viejo y lento Fabio *el Tardón*, fue nombrado comandante en jefe por aclamación popular. En la batalla de Cannas (216 a. C.), Varrón sufrió la más terrible derrota de la historia romana. Murieron más de setenta mil hombres y Aníbal pasó a ser señor de toda Italia.

Aníbal marchó con sus tropas de un extremo de la península a otro proclamándose «libertador del yugo romano», pidiendo a las diversas provincias que se le unieran en la guerra contra la ciudad madre. Pero, una vez más, la sabiduría de Roma dio su fruto. A excepción de Capua y Siracusa, todas las ciudades romanas se mantuvieron

fieles. Aníbal, el libertador, topó con la oposición de los pueblos de los que pretendía ser amigo. Estaba lejos de casa y no le gustó la situación. Envío mensajeros a Cartago para pedir que lo abastecieran de provisiones y hombres. Pero Cartago no le podía enviar ni una cosa ni otra.

Con sus puentes de abordaje, los romanos eran los señores del mar. Aníbal se las tenía que apañar solito. Continuaba derrotando a las tropas romanas que lo atacaban, pero su propio ejército disminuía y los campesinos italianos no querían saber nada de aquel que se hacía llamar su «libertador».

Tras muchos años de victorias ininterrumpidas, Aníbal se encontró asediado en el país que había conquistado. Todo indicaba que lo iban a derrotar cuando, por un momento, la suerte se volvió a poner de su parte. Su hermano Asdrúbal había vencido a las tropas romanas en España. Había cruzado los Alpes para ir en su ayuda. Envío mensajeros hacia el sur para anunciar su llegada y sugerir a Aníbal que ambos ejércitos se encontraran en el valle del Tíber. Desgraciadamente, los mensajeros de Asdrúbal cayeron en manos de los romanos, y Aníbal estuvo esperando noticias en vano hasta que un día llegó rodando al campamento la cabeza de su hermano, cuidadosamente envuelta en una cesta, y comprendió la suerte que habían corrido las últimas tropas cartaginesas.

Con Asdrúbal fuera de combate, el joven Publio Escipión reconquistó España con facilidad y, cuatro años más tarde, los romanos estaban listos para lanzar el ataque final contra Cartago. Aníbal fue llamado a casa. Cruzó el mar africano y se dispuso a

organizar la defensa de su ciudad. En el año 202 a. C., los cartagineses fueron derrotados en la batalla de Zama. Aníbal huyó a Tiro. Desde allí partió hacia Asia Menor para poner a sirios y macedonios en contra de Roma. No consiguió su objetivo, pero las actividades de Aníbal en Asia dieron excusa a los romanos para llevar la guerra hacia el este y anexarse gran parte de lo que había sido el mundo egeo.

Vagando de ciudad en ciudad, convertido en un fugitivo sin hogar, Aníbal finalmente comprendió que su ambicioso sueño nunca se haría realidad. Cartago, su querida ciudad, había quedado destruida tras la guerra. Había sido obligada a firmar una paz en condiciones terribles. Su armada yacía en el fondo del mar. Cartago no podía entrar en combate sin permiso de Roma. Fue condenada a pagar grandes sumas de dinero a los romanos durante muchos años. A Aníbal no le quedaban esperanzas de un futuro mejor en esta vida y, en el año 190 a. C., se suicidó con veneno.

Cuarenta años más tarde, los romanos forzaron una última guerra contra Cartago. Durante tres largos años, los habitantes de la antigua colonia fenicia plantaron cara al poder de la nueva república. Pero el hambre los obligó a rendirse. Los pocos hombres y mujeres que habían sobrevivido al sitio fueron vendidos como esclavos. La ciudad fue incendiada. Los almacenes, los palacios y el gran arsenal de los cartagineses ardieron durante dos semanas. Tras proferir un maleficio terrible sobre las ruinas humeantes de la ciudad, las legiones romanas volvieron a Italia para celebrar la victoria.

Durante los mil años siguientes, el Mediterráneo fue un mar europeo. Pero, cuando cayó el Imperio romano, Asia hizo otro intento por dominar este gran mar interior, como veréis cuando os hable de Mahoma.

Capítulo 23

El apogeo de Roma.

Cómo Roma llegó a ser lo que fue.

El Imperio romano se creó por casualidad. Nadie lo planeó. Simplemente «ocurrió». Ningún general famoso, ningún político, ningún asesino a sueldo se levantó nunca para decir: «Compañeros, queridos conciudadanos, romanos en general, debemos fundar un imperio. Seguidme y conquistaremos los territorios que hay entre las Columnas de Hércules y el monte Taurus».

Es cierto que Roma dio generales famosos, así como distinguidos políticos y asesinos, y también los ejércitos romanos lucharon en el mundo entero. Pero la creación del Imperio romano se produjo sin que existiera un plan preconcebido. El ciudadano medio de Roma era una persona pragmática. No le interesaban las teorías políticas. Cuando alguien empezaba un discurso como «hacia el este está el devenir del Imperio romano, etcétera», abandonaba el foro inmediatamente. Pero las circunstancias forzaron a los romanos a acumular cada vez más y más tierra, por más que no los moviera ni la ambición ni la codicia. Por su naturaleza y educación, los ciudadanos romanos eran campesinos y querían seguir siéndolo sin trasladarse de casa. Pero, si los atacaban, se veían obligados a defenderse. Y cuando el enemigo cruzaba el mar para pedir ayuda a un país lejano, los pacientes romanos lo perseguían muchos kilómetros de distancia para vencerlo y, una vez cumplida la misión, se quedaban a administrar las provincias conquistadas para que no

cayeran en manos de los bárbaros y se convirtieran en una amenaza para la seguridad de los suyos. Parece un asunto muy complicado y, en cambio, los hombres de aquella época lo consideraban muy simple, como veréis dentro de poco.

En el año 203 a. C., Escipión cruzó el mar africano y trasladó la guerra a territorio africano. Cartago ordenó a Aníbal que volviera a casa. Al mando de un pésimo ejército de mercenarios, Aníbal había sido derrotado cerca de Zama. Los romanos exigieron la rendición, pero Aníbal consiguió huir para pedir ayuda a los reyes de Macedonia y Siria.

En aquel momento, los dirigentes de estos dos países (remanentes del Imperio de Alejandro Magno) contemplaban la posibilidad de atacar Egipto. Querían repartirse el rico valle del Nilo. Así que el rey de Egipto, que se había enterado de lo que maquinaban, pidió ayuda a Roma. Era el escenario ideal para que se produjera toda una serie de conspiraciones apasionantes de unos contra otros. Pero los romanos, con su falta de imaginación, echaron abajo el telón antes de que empezara la representación. Sus legiones derrotaron escandalosamente a las pesadas falanges griegas que aún usaban los macedonios como fuerza de combate. Esto sucedió en el año 197 a. C. en la batalla de Cinoscéfalos o Cabezas de Perro, en Tesalia central. Entonces los romanos marcharon en dirección sur, hacia la región de Ática, e informaron a los griegos de que habían llegado para «liberarlos del yugo macedonio». Los griegos, que por lo visto no habían aprendido nada en sus años de semiesclavitud, usaron la libertad recién adquirida de una manera

muy poco afortunada. Las pequeñas ciudades estado se pelearon del mismo modo en que lo habían hecho en los viejos tiempos de gloria. Al principio los romanos, que no entendían los motivos de las absurdas trifulcas de una gente a la que más bien despreciaban y por la que sentían poca simpatía, mostraron una gran paciencia. Pero, al final, cansados de las interminables disputas, perdieron la paciencia e invadieron Grecia, quemaron Corinto «para que los griegos aprendieran la lección» y enviaron un gobernador romano a Atenas para dirigir aquella provincia tan conflictiva. De esta manera, Macedonia y Grecia se convirtieron en estados tapón que protegían la frontera romana de Oriente.

Al otro lado del Helesponto se encontraba el Reino de Siria. Antíoco III, que gobernaba aquella inmensa tierra, había mostrado un gran interés por los planes de su distinguido huésped, el general Aníbal, que le había explicado lo fácil que sería invadir Italia y saquear la ciudad de Roma.

Lucio Escipión, hermano de Escipión, el guerrero africano que había derrotado a Aníbal y a su ejército en Zama, fue enviado a Asia Menor. Allí derrotó al ejército del rey sirio, cerca de Magnesia, en el año 190 a. C. Poco después, Antíoco fue linchado por su propio pueblo. Así Asia Menor pasó a ser un protectorado romano y la pequeña Roma se convirtió en reina y señora de gran parte del territorio que bordeaba el Mediterráneo.

Capítulo 24

El Imperio romano.

Cómo la República romana, tras siglos de conflictos y batallas, se convirtió en el Imperio romano

Cuando las legiones romanas volvían triunfales de sus campañas, eran recibidas con gran júbilo. Pero esta gloria repentina no conseguía la felicidad del país. Al contrario, las interminables campañas habían arruinado a los campesinos, que se habían visto obligados a hacer el trabajo duro en la construcción del Imperio, y habían puesto demasiado poder en manos de los generales victoriosos y de sus amigos, los cuales habían usado la guerra como excusa para practicar el expolio sin medida.

La antigua República romana se había enorgullecido de la sencillez con que vivían sus hombres más famosos. En cambio, la nueva República se avergonzaba de los harapos y los principios elevados que estaban de moda en el tiempo de sus abuelos. Roma se había convertido en una tierra de ricos gobernada por ricos en su propio beneficio, es decir, estaba condenada al fracaso, como os explicaré ahora.

En menos de un siglo y medio, Roma se había convertido en dueña de prácticamente toda la tierra que rodeaba el Mediterráneo. En aquella época de la historia, los prisioneros de guerra perdían la libertad y se convertían en esclavos. Para los romanos, la guerra era un asunto muy serio y no tenían piedad con el enemigo vencido. Tras la caída de Cartago, vendieron a las mujeres y a los niños

cartagineses en el mismo lote que sus esclavos. El mismo destino aguardaba a los obstinados habitantes de Grecia, Macedonia, España y Siria si osaban rebelarse contra el poder romano.

Hace dos mil años, un esclavo sólo era la pieza de una maquinaria en la que los ricos invertían su dinero. Los ricos de Roma (senadores, generales y personas que se enriquecían con las guerras) invertían su fortuna en tierras y esclavos. Adquirían la tierra o la ocupaban en las provincias recién conquistadas. Compraban los esclavos en el mercado que encontraban barato. En los siglos m y n a. C. había una gran oferta de esclavos, y en consecuencia los terratenientes los hacían trabajar hasta que caían muertos y, acto seguido, compraban otros en el mercado de prisioneros corintios o cartagineses más cercano.

¡Y ahora atención con lo que le sucedía al campesino libre!

Había cumplido su deber para con Roma y había luchado en sus guerras sin protestar. Pero, cuando volvía a casa tras diez, quince o veinte años en el campo de batalla, se encontraba con que las malas hierbas se habían adueñado de su tierra y su familia estaba arruinada. Aquello no lo hundía, era un hombre fuerte y tenía energías para empezar de nuevo, así que araba las tierras, plantaba semillas y esperaba a que llegara la cosecha. Luego llevaba el grano al mercado junto al ganado y las aves que tenía y, entonces, se encontraba con que los grandes terratenientes que trabajaban con esclavos reventaban los precios. Durante un par de años lo seguía intentando. Al final desistía, desesperado. Abandonaba el campo y se instalaba en la ciudad más próxima. Allí pasaba tanta hambre

como antes. Pero compartía la miseria con otros miles de desheredados como él, que se amontonaban en chabolas inmundas en los suburbios de las grandes ciudades. Aquella gente reunía todas las condiciones para enfermar y morir de epidemias horribles. Estaban todos profundamente decepcionados. Habían luchado por su país y ésta era la recompensa. Así que eran presa fácil de cualquier orador que los fascinara con promesas, de los oradores que revolotean sobre la desgracia colectiva como buitres hambrientos, y pronto se convirtieron en una grave amenaza para el Estado.

A pesar de todo, los nuevos ricos cerraron los ojos. «El ejército y la policía mantendrán a raya a la plebe», pensaron, y se escondieron tras los muros que rodeaban sus placenteras villas a cuidar sus jardines y a leer los poemas de un tal Homero, que algún esclavo griego acababa de traducir y convertir en preciosos hexámetros latinos.

Algunas familias continuaban practicando la vieja tradición de servir desinteresadamente a la *res publica*. Cornelia, hija de Escipión *el Africano*, había estado casada con un romano llamado Gracos. Tenía dos hijos: Tiberio y Cayo. Cuando los chicos se hicieron mayores entraron en política e intentaron introducir algunas de las reformas que tanta falta hacían. Un censo demostró que gran parte de la tierra de la península itálica estaba en manos de sólo dos mil familias nobles. Tiberio Graco, que había sido elegido tribuno, intentó ayudar al pueblo. Desempolvó dos antiguas leyes que limitaban el número de hectáreas que un propietario

podía poseer, con la esperanza de hacer renacer la valiosa clase de pequeños propietarios del país. Pero los nuevos ricos lo acusaron de ladrón y enemigo del Estado. Se produjeron revueltas callejeras. Los hacendados contrataron a un grupo de asesinos para matar al popular tribuno. Tiberio Graco fue atacado cuando entraba en la Asamblea: lo mataron a palos. Diez años más tarde, su hermano Cayo intentó de nuevo reformar la nación en contra del deseo expreso de la poderosa clase privilegiada. Introdujo una «ley de pobres», que pretendía ayudar a los campesinos necesitados, y lo único que consiguió fue convertir a la mayoría de ciudadanos romanos en mendigos profesionales.

Cayo Graco estableció colonias de indigentes en zonas distantes del Imperio, pero los asentamientos no atrajeron a la gente adecuada. Antes de que pudiera hacer más mal, Cayo también fue asesinado y aquellos de sus seguidores que no se exiliaron corrieron la misma suerte. Estos dos primeros reformadores habían sido patricios. Los dos siguientes llevaban un sello muy diferente: eran soldados profesionales. Uno se llamaba Mario. El otro Sila. Ambos tenían mucho carisma.

Sila era el líder de los terratenientes, y Mario, vencedor de una gran batalla al pie de los Alpes en la que los teutones y los cimbrios habían sido aniquilados, era el defensor de los hombres libres desahuciados.

Corría el año 88 a. C. y el Senado romano estaba muy perturbado por unos rumores procedentes de Asia. Mitrídates, rey de un país situado en la costa del mar Negro y de sangre materna griega,

acariciaba la idea de establecer un imperio como el de Alejandro Magno. Había empezado su campaña para la dominación del mundo matando a todos los ciudadanos romanos que se encontraban en Asia Menor, hombres, mujeres y niños sin distinción. Una acción así, evidentemente, clamaba venganza. El Senado preparó un ejército para enfrentarse al rey del Ponto y castigarlo por su crimen. Pero, ¿quién había de dirigir las tropas? «Sila», dijo el Senado, «porque es cónsul». «Mario», dijo la plebe, «porque ha sido cónsul cinco veces y porque es el defensor de nuestros derechos».

El don de la oportunidad lo es todo y, como Sila en aquel momento era jefe del ejército, partió hacia el este para enfrentarse a Mitrídates. Mario se refugió en África. Allí estuvo esperando hasta que le anunciaron que Sila ya estaba en Asia. Entonces volvió a Italia, reunió a un grupo heterogéneo de descontentos, fue a Roma, ocupó la ciudad con su pandilla de bandidos profesionales, pasó cinco días y cinco noches cortando cuellos en el Senado, se hizo elegir cónsul y, acto seguido, murió de la gran exaltación que le provocaron los acontecimientos de los quince días precedentes.

Entonces siguieron cuatro años de caos, lo que tardó Sila en derrotar a Mitrídates. Una vez victorioso, anunció que estaba preparado para volver a Roma y vengarse. Y cumplió su palabra. Durante unas cuantas semanas, sus soldados estuvieron ocupadísimos ejecutando a todos aquellos ciudadanos sospechosos de simpatizar con la democracia. Un día detuvieron a un joven que había sido visto frecuentemente en compañía de Mario. Estaban a punto de ahorcarlo cuando de pronto alguien intervino y dijo:

«El muchacho es demasiado joven», y lo dejaron marchar. El chico se llamaba Julio César y pronto volveré a hablar de él.

Sila se convirtió en «dictador», en jefe supremo de todos los dominios romanos. Gobernó Roma durante cuatro años y, luego, murió apaciblemente en la cama tras pasar el último año de su vida cultivando coles con mucho cariño, como era costumbre de los romanos que se habían pasado la vida asesinando seres humanos. Tras la muerte de Sila, Roma no mejoró. Al contrario, empeoró. Otro general, esta vez llamado Cneius Pompeius, o Pompeyo, amigo íntimo de Sila, marchó hacia Oriente para reanudar la guerra contra el siempre conflictivo Mitrídates. Pompeyo cercó al energético potentado en las montañas y, como éste no tenía escapatoria, se suicidó con veneno, conocedor del destino que aguardaba a los cautivos romanos. A continuación, Pompeyo restableció la autoridad de Roma sobre Siria, destruyó Jerusalén, se paseó por Oriente Próximo, intentando revivir el mito de Alejandro Magno y, finalmente, en el año 62 a. C., volvió a Roma con una docena de barcos cargados de reyes, príncipes y generales derrotados, los cuales se vieron obligados a marchar en el desfile triunfal de este romano enormemente popular que ofrecía a la ciudad un gran tesoro fruto de sus saqueos.

Roma necesitaba un hombre fuerte que llevara las riendas del Imperio con firmeza. Sólo unos meses antes, la ciudad había estado a punto de caer en manos de un joven aristócrata bastante inútil llamado Catilina, que había perdido todo su dinero en el juego y pretendía recuperarlo de las arcas públicas. Cicerón, un abogado

preocupado por el bien del pueblo, descubrió sus intenciones, advirtió al Senado y Catilina tuvo que huir. Pero había más jóvenes con ambiciones similares, así que no podía perderse el tiempo.

Pompeyo instituyó un triunvirato que debía hacerse cargo del Gobierno. El mismo se puso a la cabeza del comité. Cayo Julio César, que se había ganado una buena reputación como gobernador de España, era el segundo de a bordo. El tercero era un hombre irrelevante llamado Craso. Había sido escogido porque se había hecho increíblemente rico como proveedor del ejército. Pero pronto encabezó una expedición contra los partos y cayó en combate.

Por su parte, César, que era el más capaz de los tres, decidió que necesitaba un poco más de gloria militar para convertirse en un héroe del pueblo, así que cruzó los Alpes y conquistó el territorio que hoy llamamos Francia. Luego hizo construir un puente de madera maciza para cruzar el Rin e invadió la tierra de los teutones. Finalmente tomó un barco y se plantó en Inglaterra. Sólo Dios sabe hasta dónde habría llegado si no se hubiera visto obligado a volver a Italia. Le llegaron voces de que Pompeyo había sido nombrado dictador vitalicio. Por supuesto, aquello significaba que lo relegarían a la categoría de «oficial retirado», y la idea no le gustó nada. Recordó que había empezado su carrera siendo seguidor de Mario. Decidió enseñar a los senadores y a su «dictador» otra lección. Cruzó el río Rubicón, que separaba la provincia de la Galia cisalpina de la península itálica. En todas partes lo recibían como «amigo del pueblo». Julio César entró en Roma sin dificultades, y Pompeyo tuvo que huir a Grecia. César lo siguió y venció a sus partidarios cerca

de Farsalia. Entonces, Pompeyo atravesó el Mediterráneo y se escapó a Egipto. Al desembarcar fue asesinado por orden del joven rey Tolomeo. Unos días más tarde, Julio César llegó a las costas egipcias y cayó en una trampa. Tanto los egipcios como el destacamento romano, que continuaba siendo fiel a Pompeyo, atacaron su campamento.

Pero la fortuna estaba de parte de Julio César, que consiguió prender fuego a la flota egipcia. Accidentalmente, algunas chispas de los barcos que quemaban cayeron sobre el tejado de la famosa biblioteca de Alejandría, que se encontraba justo a orillas del mar, y la incendiaron. Luego atacó al ejército egipcio, obligó a los soldados a retroceder hasta el Nilo, ahogó a Tolomeo e instauró un nuevo gobierno bajo el mando de Cleopatra, hermana del rey asesinado. Entonces le llegaron noticias de que Farnaces, hijo y heredero de Mitridates, había vuelto a la guerra. Julio César se fue hacia el norte, derrotó a Farnaces en una guerra que duró cinco días y envió un mensajero a Roma para informar de la victoria con la famosa frase «*veni, vidi, vici*» (que en latín significa «vine, vi, vencí»). Posteriormente volvió a Egipto y se enamoró locamente de Cleopatra, que lo siguió a Roma cuando César volvió para hacerse cargo del Gobierno en el año 46 a. C. Una vez en la Ciudad Eterna, Julio César marchó a la cabeza de cuatro desfiles triunfales, ya que había ganado cuatro campañas militares.

Tras las celebraciones, Julio César se presentó ante el Senado para informar de sus aventuras, y éste, agradecido, lo nombró «dictador» por diez años. Fue una decisión fatal.

El nuevo dictador realizó serios intentos por reformar el Estado romano.



El gran Imperio romano

Hizo posible que los hombres libres pudieran ser miembros del Senado. Dio el derecho de ciudadanía a los miembros de comunidades distantes, como sucedía en los primeros tiempos de la historia romana. Permitió que los «extranjeros» pudiesen influir en el Gobierno. Reformó la administración de las provincias lejanas, que ciertas familias aristocráticas habían tomado como si fueran sus posesiones. En resumen, cambió muchas cosas en beneficio del pueblo, pero con ello se ganó la antipatía de los hombres más poderosos del Estado. Medio centenar de jóvenes aristócratas maquinaron un plan «para salvar la república».

En los Idus de marzo del 44 a. C. (el 15 de marzo, según el nuevo calendario que Julio César había importado de Egipto), fue asesinado cuando entraba en el Senado. Una vez más, Roma se había quedado sin dirigente.

Dos hombres intentaron seguir los pasos gloriosos de Julio César. Uno era Marco Antonio, su secretario. El otro era Octavio, hijo de un sobrino suyo y heredero de sus bienes. Octavio se quedó en Roma, pero Marco Antonio se fue a Egipto para estar cerca de Cleopatra, de quien también se había enamorado, como al parecer era costumbre entre los generales romanos.

Los dos entraron en guerra. Octavio derrotó a Marco Antonio en la batalla de Actium. Marco Antonio se suicidó y dejó a Cleopatra sola ante el enemigo. Entonces ella intentó por todos los medios hacer de Octavio su tercera conquista pero, cuando vio que aquel aristócrata

orgullosos no se dejaban impresionar, se suicidó y Egipto pasó a ser una provincia romana.

Octavio era un joven muy listo y no cayó en el mismo error que su famoso tío. Sabía que a la gente le impresionan las palabras. Fue muy modesto cuando volvió a Roma. No quiso que lo nombraran «dictador». Se contentaba con el título de «honorable». Pero cuando en el Senado, pocos años más tarde, lo empezaron a llamar «Augusto» (es decir, «el ilustre») no se opuso. Paralelamente, la gente de la calle lo llamaba César (que a partir de entonces fue el sobrenombre que usaron los emperadores romanos), mientras que los soldados lo seguían llamando «imperator», nombre que recibían los generales en el ejército romano. La república se había convertido en un Imperio, pero los ciudadanos romanos no percibieron el cambio.

En el año 14 d. C., su posición de jefe absoluto de los romanos estaba tan asentada que lo hicieron objeto de una adoración hasta entonces reservada a los dioses. Sus sucesores fueron auténticos «emperadores», dirigentes indiscutibles del Imperio más grande de la historia.

La verdad es que el ciudadano medio estaba harto de la anarquía y el desorden. No le importaba quién gobernase, mientras pudiese vivir en paz sin los permanentes disturbios callejeros. Octavio Augusto dio a sus súbditos cuarenta años de paz. No tenía ningún interés en ampliar las fronteras de sus dominios. En el año 9 d. C. contempló la posibilidad de invadir un territorio que se encontraba al noroeste, habitado por los teutones. Pero Varo, su general, fue

asesinado junto a sus hombres en el bosque de Teutoburgo y, tras esta derrota, los romanos no volvieron a intentar civilizar a esa gente salvaje.

Concentraron todos sus esfuerzos en la tarea titánica de realizar una reforma interna. Sin embargo, ya era demasiado tarde para hacer nada bueno. Dos siglos de revolución y guerras en el extranjero acabaron con lo mejor de las nuevas generaciones. Arruinaron a los campesinos libres. Introdujeron la esclavitud y, con los productos producidos por esclavos, no había hombre libre que pudiese competir. Convirtieron las ciudades en hormigueros de campesinos pobres y enfermos, que habían huido del campo. Crearon una gran burocracia, y muchos funcionarios de poca monta cobraban salarios de miseria y se veían obligados a aceptar sobornos para poder comprar pan y ropa. Peor aún, acostumbraron a la población a la violencia, al derramamiento de sangre y a sentir un placer primitivo en el dolor y el sufrimiento ajenos.

De puertas para fuera, durante el primer siglo de la era cristiana, el Imperio romano parecía tener una estructura política espléndida, tan colosal que el gran Imperio de Alejandro Magno constituía una de sus provincias menores. Pero, bajo aquella magnificencia, se hallaban millones y millones de seres humanos pobres y exhaustos que vivían como hormigas que han construido el hormiguero bajo una enorme y pesada piedra. Trabajaban hasta reventar para que otro se quedara con el beneficio de su trabajo. Vivían en establos y compartían la comida con los animales. Morían sin esperanza.

Habían pasado setecientos cincuenta y tres años desde la fundación de Roma. Cayo Julio César Octavio Augusto vivía en el palacio situado en la colina Palatino, ocupado en gobernar su Imperio.

En un establo de Belén, una aldea de la lejana Siria, María, esposa de José el carpintero, mecía a su hijo recién nacido.

Este es un mundo extraño. Al cabo de poco tiempo, el palacio y el establo se enfrentaron. Y el establo ganó la batalla.

Capítulo 25

Joshua de Nazaret

La historia de Joshua de Nazaret, a quien los griegos llamaron Jesús.

En otoño del año 815 desde la fundación de Roma (correspondiente al 62 d. C. en nuestro calendario), Esculapio Cultell, un médico romano, escribió una carta a su sobrino que se encontraba en Siria con el ejército. La carta decía así:

Querido sobrino:

Hace unos días me pidieron que fuese a visitar a un hombre enfermo llamado Pablo. Resultó ser un ciudadano romano descendiente de judíos, bien educado y de maneras gentiles. Me dijo que se encontraba en Roma para asistir a un juicio en apelación a la decisión de una de nuestras cortes provinciales, Cesárea o algún otro lugar parecido allá en el Mediterráneo oriental. Me lo habían descrito como a un tipo «salvaje y violento» que se dedicaba a hacer discursos en contra de la gente y de la ley. En cambio, a mí me pareció que era un hombre muy inteligente y honrado.

Un amigo, que antes servía en el ejército en Asia Menor, me ha contado que oyó algo acerca de él en Éfeso, donde al parecer el tal Pablo predicaba sermones sobre un nuevo dios extraño. La siguiente vez que lo visité le pregunté a mi paciente si aquello era verdad, si había instigado a la gente a rebelarse contra nuestro estimado emperador. Pablo respondió que el reino del cual

hablaba no se hallaba en este mundo y luego dijo unas cuantas frases extrañas que no entendí y que atribuí a su fiebre.

Este hombre dejó una gran impresión en mí y entristecí mucho al saber que lo mataron en la vía Ostia hace unos días. Por ello os escribo esta carta. Cuando visitéis Jerusalén, me gustaría que averiguarais algo sobre mi amigo Pablo y el extraño profeta judío que dicen que fue su maestro. Nuestros esclavos muestran un profundo interés por éste, al que llaman «el Mesías», y algunos de ellos, que hablaron abiertamente del nuevo reino (quién sabe qué querrá decir) han sido crucificados. Me gustaría saber qué hay de cierto en todos estos rumores.

Siempre a vuestra disposición, vuestro devoto tío,

Esculapio Cultell

Seis semanas después, Gladius Ensa, el sobrino, capitán de la VII legión de la Galia, contestó a la carta de su tío de la manera siguiente:

Querido tío:

Recibí vuestra carta y obedecí vuestras instrucciones.

Hace dos semanas, mi brigada fue enviada a Jerusalén. Durante el último siglo se han producido muchas revueltas en esa tierra y ya casi no queda nada de la ciudad antigua. Hace un mes que estamos por la zona y mañana continuamos camino hacia Petra, donde ha habido problemas con algunas tribus árabes. Aprovecho que tengo la tarde libre para contestar a vuestras

preguntas, pero os ruego que no esperéis gran cosa de mi respuesta, pues no es mucho lo que he averiguado.

He hablado con casi todos los ancianos de la ciudad, y muy pocos me han sabido dar información concreta. Hace unos días, un vendedor ambulante llegó a nuestro campamento. Le compré unas olivas y le pregunté si sabía algo de aquel famoso mesías que fue crucificado cuando era joven. Me dijo que lo recordaba perfectamente, porque su padre lo había llevado a Gólgota (una colina situada a las afueras de la ciudad) a presenciar su ejecución para mostrarle lo que les sucedía a quienes osaban desafiar las leyes de Judea. El vendedor ambulante me dio la dirección de un tal José que había sido amigo íntimo del mesías y me recomendó que lo fuera a ver si quería saber más del asunto. Esta mañana he ido a ver a José. Es un hombre bastante viejo. Ha sido pescador en uno de los lagos de agua dulce de la región. Está lúcido y de él finalmente he obtenido una narración detallada de lo que sucedió durante la turbulenta época que me precedió.

En aquellos tiempos se hallaba en el trono Tiberio, nuestro excelso emperador, y un oficial llamado Poncio Pilatos era gobernador de Judea y Samaría. José sabía muy poco sobre aquel tal Pilatos. Parece ser que fue un oficial bastante honrado que tenía buena reputación como procurador de la provincia. En el año 783 o 784 (José no lo recordaba con exactitud), Pilatos tuvo que ir a Jerusalén porque se había desatado una revuelta. Corría el rumor de que un joven, hijo de un carpintero de Nazaret,

planeaba una revolución contra el Gobierno romano. Es extraño que nuestros servicios de inteligencia, que habitualmente están muy bien informados, no supieran nada de aquello. Además, cuando investigaron el asunto, concluyeron que el hijo del carpintero era un ciudadano admirable y que no había motivo alguno para proceder contra él. Pero, según mi informante, los jefes de la comunidad judía estaban muy perturbados. No les gustaba nada la popularidad que había adquirido «el nazareno» entre los hebreos más pobres. Por lo visto, el nazareno había proclamado públicamente (o eso le contaron a Pilatos) que un griego, un romano e incluso un filisteo que intentara vivir una vida decente y honrada era tan buena persona como un judío que se hubiese pasado la vida estudiando las antiguas leyes de Moisés. Al parecer, Pilatos no entendió por qué aquella afirmación escandalizaba tanto a sus interlocutores y, cuando una multitud que se congregaba en el templo amenazó con linchar a Jesús y a sus seguidores, decidió salvar la vida de aquel hombre y se lo llevó custodiado.

Por mucho que lo intentó, Pilatos no llegó a comprender la naturaleza del conflicto. Cuando pidió a los rabinos que le explicaran el motivo de su indignación, éstos enfurecieron y gritaron: «¡Herejía!» y «¡Traición!». Así que, al final, según me contó José, Pilatos decidió hablar directamente con Joshua (así se llamaba el nazareno, aunque los griegos de la zona siempre lo llaman Jesús). Estuvieron hablando durante unas cuantas horas. Pilatos le pidió que le explicara en qué consistían aquellas

«peligrosas doctrinas» que según decían había estado predicando a orillas del mar de Galilea. Y entonces Joshua contestó que él no hablaba de política. Que no le interesaba el cuerpo, sino el alma de las personas. Quería que todos trataran a sus vecinos como a hermanos y que amaran a un solo dios, padre de todo ser vivo.

Pilatos, que al parecer conocía bien las doctrinas de los estoicos y demás filósofos griegos, no percibió nada sedicioso en el discurso de Jesús. Según José, siguió intentando salvar la vida al bondadoso profeta. Continuamente aplazaba la fecha de la ejecución. Y los judíos, incitados por sus rabinos, enfurecían cada vez más. Antes de aquello hubo gran agitación en Jerusalén y quedaban pocos soldados romanos en las inmediaciones. Las autoridades romanas de Cesárea empezaron a oír rumores de que Pilatos «había caído víctima de los engaños del nazareno». Por la ciudad empezaron a circular peticiones de dimisión, alegando que Pilatos era enemigo del Imperio. Como sabéis, los gobernadores tienen instrucciones precisas de evitar cualquier conflicto abierto con sus súbditos extranjeros, así que, para salvar el país de la guerra civil, Pilatos finalmente sacrificó a su preso, Joshua, que se comportó con gran dignidad y perdonó a todos los que lo odiaban. Fue crucificado ante la muchedumbre de Jerusalén, que lo abucheaba y se mofaba de él. Esto me contó José mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Antes de irme le ofrecí una moneda de oro, pero él la rechazó y me pidió que se la diera a alguien que fuese más pobre que él. También le hice un par de preguntas sobre vuestro amigo

Pablo. Se habían conocido. Pablo era un fabricante de toldos que abandonó su profesión para predicar la palabra de un Dios que amaba y perdonaba, o sea, de un Dios muy diferente al Yahvé del que nos hablan continuamente los rabinos. Parece ser que Pablo viajó mucho por Asia Menor y por Grecia, explicando a los esclavos que todos eran hijos de un padre que los amaba y que la dicha aguardaba a todos aquellos, ricos o pobres, que hubieran intentado vivir con honradez y hubieran hecho el bien a quienes sufrían.

Espero haber respondido a vuestras preguntas satisfactoriamente. La historia me parece inofensiva, al menos en lo que respecta a la seguridad del Estado. Sin embargo, hay que reconocer que los romanos nunca hemos sido capaces de entender a los habitantes de esta provincia. Siento mucho que hayan asesinado a vuestro amigo Pablo. Cuánto echo de menos nuestro hogar, querido tío.

Vuestro obediente sobrino,

Gladius Ensa

Capítulo 26

La caída de Roma.

El ocaso de Roma

Los libros de texto, que explican historia antigua, dan el año 476 d. C. como la fecha en la cual se produjo la caída de Roma porque entonces fue cuando destronaron al último emperador. Pero Roma, que no se construyó en un día, también tardó mucho tiempo en desmoronarse. El proceso fue tan lento, tan gradual, que casi ningún romano se dio cuenta de que su viejo mundo se iba abajo. Se quejaban del malestar social de la época, protestaban porque el precio de los alimentos era alto y los salarios bajos y maldecían a los aprovechados que tenían el monopolio del grano, de la lana y del oro. Ocasionalmente se rebelaban contra un gobernador especialmente avaricioso. Pero la mayoría de los romanos que vivieron en los cuatro primeros siglos de nuestra era comía y bebía lo que se podía permitir, odiaba o amaba según su naturaleza, iba al teatro cuando había un espectáculo gratuito de gladiadores o pasaba hambre en los barrios de chabolas de las grandes ciudades, completamente ajena al hecho de que su Imperio estaba destinado a morir.

¿Cómo iban los romanos a percatarse del peligro? Si miraban desde fuera, Roma era una ciudad rica. Las provincias estaban comunicadas por una red de carreteras bien pavimentadas. La policía imperial era enérgica y no tenía compasión con los bandidos. La frontera estaba bien protegida de las tribus de salvajes que

ocupaban la tierra desolada del norte de Europa. El mundo entero pagaba tributos a la gran ciudad de Roma, y un grupo de hombres bien capaces trabajaba día y noche para reparar los errores del pasado y volver a las condiciones de vida felices de la antigua república.

Pero las causas de la decadencia del Estado, de las que os he hablado en un capítulo anterior, seguían subyacentes y, por tanto, la reforma era imposible.

Roma fue siempre, y lo siguió siendo durante toda su historia, una ciudad estado como lo habían sido Atenas y Corinto en la antigua Grecia.

Roma había sido capaz de dominar la península itálica. Sin embargo, que una ciudad dirigiese el mundo civilizado por completo era políticamente imposible y no podía durar. Sus jóvenes morían en guerras interminables. Sus campesinos estaban arruinados por un servicio militar muy largo y por unos impuestos altísimos. O se convertían en mendigos profesionales o pedían trabajo a los ricos terratenientes que les daban alojamiento y comida a cambio de sus servicios y pasaban a ser «siervos de la gleba», desafortunados seres humanos que no eran ni esclavos ni hombres libres y que pasaban a formar parte de la tierra que trabajaban, como las vacas y los árboles.

El Imperio, el Estado, lo era todo. El ciudadano ordinario había sido reducido hasta ser menos que nada. En cuanto a los esclavos, escucharon las palabras de Pablo. Absorbieron el mensaje del humilde hijo de un carpintero de Nazaret. No se rebelaban contra

sus amos. Al contrario, habían aprendido a ser dóciles y obedecían a sus superiores. Pero habían perdido todo interés por las cosas de este mundo, un mundo miserable. Únicamente luchaban por encontrar las llaves que abrieran las puertas del reino de los cielos. Y no querían combatir en una guerra en beneficio de un emperador ambicioso que aspiraba a la gloria de conquistar la tierra de los partos, los númeridos o los escotos.

Así que, a medida que pasaban los siglos, las condiciones de vida empeoraban. Los primeros emperadores habían continuado con aquella tradición de «liderazgo» con la que sus antepasados se habían ganado el respeto del pueblo. Pero en los siglos n y m, los emperadores procedían de las barracas, eran soldados profesionales que se mantenían en el puesto por la gracia de sus guardaespaldas, los llamados «pretorianos». Los emperadores se sucedían a una velocidad espeluznante, se ganaban el puesto asesinando y acababan siendo asesinados o lo dejaban pronto porque sus sucesores se habían hecho lo suficientemente ricos como para sobornar a los guardias de palacio.

Mientras tanto, los bárbaros llamaban constantemente a la puerta en las fronteras del norte. Dado que ya no quedaban soldados romanos nativos, se contrataban mercenarios para detener al invasor. Y como los mercenarios a menudo eran de la misma sangre que sus supuestos enemigos, tendían a ser muy benévolo con ellos en la batalla. Finalmente, a modo de experimento, se permitió que algunas tribus se instalaran dentro de las fronteras del Imperio. Otras les siguieron. Estas tribus pronto empezaron a quejarse de la

avaricia de los recaudadores de impuestos romanos, que se llevaban hasta el último céntimo. Y como las autoridades hacían oídos sordos, se fueron a Roma a protestar.

De modo que Roma acabó convirtiéndose en una ciudad muy incómoda para el emperador. Constantino (que gobernó desde el año 323 al 337) buscó una nueva capital. Finalmente escogió Bizancio, puerta del comercio entre Asia y Europa. A la ciudad se la rebautizó con el nombre de Constantinopla (actualmente llamada Estambul) y la corte se trasladó a Oriente. Al morir Constantino, sus dos hijos dividieron el Imperio en dos con el objetivo de administrarlo mejor. El mayor vivía en Roma y gobernaba la parte occidental, el menor se quedó en Constantinopla y dirigía la parte oriental.

En el siglo IV llegaron los hunos, esos misteriosos jinetes asiáticos que durante más de dos siglos estuvieron en el norte de Europa y prosiguieron su carrera sangrienta hasta que fueron derrotados en Chálons-sur-Marne, Francia, en el año 451. En cuanto llegaron al Danubio, los hunos empezaron a presionar a los godos. Cercados, lo único que podían hacer estos últimos para salvarse era invadir el Imperio romano. El emperador Flavio Valente intentó frenarlos, pero cayó cerca de Adrianópolis en el año 378. Veintidós años más tarde, a las órdenes del rey Alarico, un grupo de godos, los llamados visigodos, marcharon hacia el oeste y atacaron Roma. No la saquearon y sólo destrozaron unos pocos palacios. Luego llegaron los vándalos, que mostraron menos respeto por las venerables tradiciones de la ciudad. Posteriormente fueron los burgundios. Más

tarde los ostrogodos. Después los alamanes. Y finalmente los francos. Las invasiones se sucedían unas a otras sin descanso. Roma estaba a merced de cualquier bandido ambicioso que reuniera unos cuantos seguidores.

En el año 402, el emperador se refugió en Rávena, una ciudad fortificada con puerto marítimo, y allí en el año 475, Odoacro, comandante de un regimiento de mercenarios germanos que quería repartirse los campos de Italia, poco a poco pero con efectividad echó del trono a Rómulo Augústulo, el último emperador del Imperio romano de Occidente, y se proclamó patricio o gobernador de Roma. El emperador de Oriente, que ya tenía bastante con sus propios problemas, lo reconoció y Odoacro mandó durante diez años en lo que quedaba de las provincias occidentales.

Unos años después, Teodorico, rey de los ostrogodos, invadió el nuevo patriciado, tomó Rávena, asesinó a Odoacro durante la cena y estableció su Reino gótico entre las ruinas del Imperio romano de Occidente. Este patriciado no duró mucho tiempo. En el siglo vi, un grupo heterogéneo de longobardos, sajones, eslavos y ávaros invadió Italia, destruyó el Reino gótico y estableció un nuevo Estado con capital en Pavía.

Finalmente Roma, la capital imperial, cayó en un estado de abandono total sin esperanza alguna de recuperación. Los bárbaros habían saqueado los antiguos palacios incontables veces. Habían quemado las escuelas y los maestros habían muerto de hambre. Habían echado a los ricos de sus villas y las habían ocupado ellos, bárbaros peludos y mal olientes. Las carreteras estaban

abandonadas, los puentes hundidos y el comercio estancado. Aquel producto del trabajo incansable de egipcios, babilonios, griegos y romanos durante miles de años llamado civilización, que había llevado al ser humano más allá de los sueños más atrevidos de sus antepasados, estaba a punto de esfumarse de Occidente.

Es cierto que en Oriente, Constantinopla continuó siendo el centro de un Imperio durante mil años más. Pero no puede decirse que formase parte de Europa. Sus intereses estaban en la parte oriental y pronto empezó a olvidar su origen occidental. Poco a poco, el griego sustituyó al latín. Se abandonó el uso del alfabeto latino y se pasó la ley romana a caracteres griegos, la cual era aplicada por jueces griegos. El emperador se convirtió en un déspota asiático, adorado como a los reyes dioses de Tebas tres mil años atrás. Cuando la Iglesia bizantina enviaba misioneros a cristianizar nuevos territorios, los enviaba hacia el este, y así la cultura bizantina llegó a las tundras de Rusia.

Mientras tanto, Occidente quedó a merced de los bárbaros. Durante doce generaciones, la muerte, la guerra, el fuego y el saqueo estuvieron al orden del día. Una cosa, sólo una, salvó a Europa de la destrucción completa, de retornar a la época de las cavernas. Fue la Iglesia, aquel grupo de hombres y mujeres humildes que, durante siglos, se confesó seguidor de Jesús, el carpintero de Nazaret, que había sido sacrificado para que el Imperio romano no tuviera que aplacar una revuelta callejera en una ciudad pequeña perdida en la frontera siria.

Capítulo 27

La expansión de la Iglesia cristiana.

Cómo Roma se convirtió en el centro del mundo cristiano

Los ciudadanos medianamente inteligentes del Imperio romano mostraban poco interés por los dioses de sus abuelos. Iban al templo unas pocas veces al año sólo por tradición. Cuando los demás celebraban una fiesta religiosa con una procesión solemne, la miraban comprensivamente desde fuera. Creían que adorar a Júpiter, Minerva y Neptuno era algo infantil, un vestigio de la antigua Roma, y no algo digno de estudio para aquellos que admiraban las obras de los estoicos, los epicúreos y otros grandes filósofos griegos.

Gracias a esta actitud, el pueblo romano era muy tolerante. El Gobierno pedía a todos, romanos, extranjeros, griegos, babilonios o judíos, que mostraran respeto por la figura del emperador que había en todos los templos. Pero aquello no era más que una formalidad. En general, cada uno podía honrar, reverenciar y adorar a los dioses que les placiera y, en consecuencia, Roma se llenó de pequeños templos dedicados al culto de divinidades egipcias, africanas o asiáticas.

Cuando los primeros discípulos de Jesús llegaron a Roma y empezaron a predicar la nueva doctrina de la hermandad entre todos los seres humanos, nadie se opuso. La gente se paraba en la calle a escucharlos. Roma, la capital del mundo, siempre había estado atestada de predicadores errantes, cada uno de los cuales

proclamaba su propio «misterio». Casi todos estos predicadores apelaban a los sentidos: prometían fabulosas recompensas y placer sin fin a los seguidores de su dios. La muchedumbre que se congregaba alrededor de los llamados «cristianos» (seguidores de Cristo o «el ungido») pronto se dio cuenta de que éstos hablaban un lenguaje muy diferente. No les interesaban ni la riqueza ni la sangre noble, sino que exaltaban la pobreza, la humildad y la docilidad. Esas no eran exactamente las virtudes que habían hecho de Roma la «señora» del mundo. Debía de ser bastante curioso escuchar a los cristianos en aquella época: le contaban a un pueblo en la cumbre de la gloria que aquel éxito mundano no les podía ofrecer la felicidad eterna.

Además, los predicadores del misterio cristiano insistían en el terrible destino que aguardaba a los que no escucharan la palabra del verdadero Dios. No era prudente arriesgarse. Los antiguos dioses romanos seguían existiendo pero, ¿serían lo suficientemente poderosos como para proteger a sus seguidores del poder de aquella nueva deidad llegada de la lejana Asia ? El pueblo empezó a dudar y quiso escuchar hablar más cosas sobre el nuevo credo. Al cabo de poco tiempo, los romanos conocieron a hombres y mujeres que predicaban las palabras de Jesús. Advirtieron que eran muy diferentes de los sacerdotes romanos. Todos eran pobres como las ratas. Se portaban bien con los esclavos y con los animales. No intentaban acumular riqueza, sino que daban todo lo que tenían. El hecho de que predicaran con el ejemplo hizo que muchos romanos abandonasen su antigua religión y se unieran a las pequeñas

comunidades de cristianos que se reunían en alguna trastienda o en el campo. Al final los templos romanos quedaron vacíos.

El número de cristianos aumentaba con los años. Para salvaguardar sus intereses, las pequeñas comunidades empezaron a nombrar presbíteros o sacerdotes (la palabra procede del griego *presbis*, viejo). Al jefe de todas las comunidades que había en una provincia se le llamó «obispo». Pedro, que había seguido a Pablo hasta Roma, fue el primer obispo de la ciudad. Con el tiempo, su sucesor, a quien la gente trataba de «padre», recibió el nombre de «papa».

La Iglesia se convirtió en una institución poderosa dentro del Imperio. La doctrina cristiana atraía a los desesperanzados. También atrajo a muchos hombres fuertes que veían imposible hacer carrera en el Gobierno imperial, pero que en cambio podían ejercer sus dotes de mando con los humildes seguidores del maestro nazareno. Al final, el Estado se vio obligado a reaccionar. Como he dicho antes, el Imperio romano era tolerante por pura indiferencia. Permitía que la gente buscara la salvación de la manera que creyera más conveniente y únicamente pedía que las diferentes sectas vivieran en paz y según la sabia norma «vive y deja vivir».

Sin embargo, las comunidades cristianas se negaban a ser tolerantes. Declaraban públicamente que su Dios, y sólo su Dios, era el verdadero Señor del cielo y la tierra y que las demás divinidades eran falsas. Aquella afirmación era irrespetuosa con las otras sectas, y la policía intentó acallar a los cristianos. Pero éstos persistían.

Pronto empezaron otros conflictos. Los fieles se negaron a rendir homenaje al emperador. Se negaron a acudir cuando los llamaban a filas. Los magistrados romanos amenazaron con castigarlos. Los cristianos replicaron que aquel mundo miserable constituía la antesala de la gloria que les esperaba en el cielo y que estaban más que dispuestos a morir por sus creencias. Los romanos, sorprendidos ante tal conducta, a veces condenaban a muerte a los transgresores. Es cierto que, durante los primeros años del cristianismo, se produjo un buen número de linchamientos, pero sus autores procedían de la población que acusaba a sus dóciles vecinos cristianos de cualquier crimen que se les pasara por la cabeza (como asesinar y comer bebés, ser el origen de enfermedades y epidemias, traicionar al país en tiempos difíciles...) porque para ellos era un deporte sin riesgos, ya que los cristianos no se defendían con la fuerza.

Mientras tanto, Roma era invadida por los bárbaros una y otra vez. Cuando el ejército romano sucumbió, los misioneros cristianos salieron a predicar aquel evangelio pacificador a los salvajes teutones. Los misioneros eran hombres robustos que no tenían miedo a la muerte. Hablaban un lenguaje que no dejaba dudas sobre lo que les esperaba a los pecadores no arrepentidos. Los teutones quedaron profundamente impresionados. Aún sentían un gran respeto por la sabiduría de la antigua ciudad de Roma, y aquellos misioneros que les hablaban eran romanos. Lo que decían debía de ser cierto. El misionero cristiano pronto ganó poder en las regiones salvajes habitadas por los teutones y los francos. Media

docena de misioneros era tan valiosa como un regimiento entero de soldados. Los emperadores empezaron a comprender que los cristianos les podían ser útiles. En algunas provincias les otorgaron los mismos derechos que a quienes continuaban siendo fieles a los antiguos dioses. Sin embargo, el gran cambio no llegó hasta la segunda mitad del siglo IV.

Constantino I, sólo Dios sabe por qué a veces llamado Constantino *el Grande*, era emperador de Roma. Constantino I era un terrible rufián, claro que la gente más honrada no tenía nada que hacer en aquella época tan dura. Durante su larga y accidentada carrera tuvo muchos altibajos. Una vez, cuando el enemigo estaba a punto de vencerle, pensó en probar el poder de aquella nueva deidad asiática de la que todo el mundo hablaba y prometió que él también se haría cristiano si ganaba la batalla siguiente. Ganó y quedó convencido del poder del Dios cristiano, así que se hizo bautizar.

A partir de aquel momento, en el año 313 d. C., la Iglesia fue reconocida oficialmente, lo cual fortaleció mucho la posición de la nueva fe.

Incluso así, los cristianos seguían siendo una minoría (constituían el cinco o el seis por ciento de la población) y, si querían vencer, no podían hacer concesiones. Tenían que destruir a los antiguos dioses. Durante un corto período de tiempo, el emperador Juliano, amante de la sabiduría griega, consiguió salvar a los dioses paganos de la destrucción. Pero Juliano murió durante una campaña en Persia y su sucesor Joviano restableció la Iglesia con todo su esplendor. A partir de entonces se fueron cerrando las puertas de

los antiguos templos. Luego llegó el emperador Justiniano, que construyó la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, quien abandonó la escuela de filosofía de Atenas que había fundado Platón.

Aquello marcó el final del antiguo mundo griego, en el cual los seres humanos habían podido pensar y soñar por ellos mismos. Las normas de conducta de los filósofos eran demasiado vagas para servir de brújula al barco de la sociedad después de que un torrente de salvajismo e ignorancia arrasara con el orden establecido de las cosas. En aquel momento se necesitaba algo más positivo y concreto. Y esto se encontró en la Iglesia.

Durante una época en la que todo era incierto, la Iglesia se erigió sólida como una roca y no abandonó aquellos principios que creía auténticos y sagrados. Gracias a su lealtad y coraje, los cristianos se ganaron el respeto del pueblo y consiguieron que la Iglesia de Roma salvara las dificultades que destruyeron el Imperio romano. De todos modos, hay que reconocer que, en el éxito final de la fe cristiana, la suerte también desempeñó un papel importante. Tras la desaparición en el siglo V del Reino góticorromano de Teodorico, la península itálica pasó por un período relativamente pacífico. Los longobardos, sajones y eslavos que sucedieron a los godos eran tribus retrasadas y sin fuerza. En aquellas circunstancias, los obispos de Roma pudieron mantener la independencia de su ciudad y pronto se convirtieron en jefes políticos y espirituales de lo que quedaba del Imperio.

Todo estaba listo para que un gran hombre apareciese en escena. Llegó en el año 590 y se llamaba Gregorio. Pertenecía a la clase dirigente de la antigua Roma, había sido «prefecto» o alcalde de la ciudad. Posteriormente se hizo monje y luego obispo. Finalmente, y en contra de su voluntad (ya que él quería ser misionero y que lo enviaran a cristianizar Inglaterra), lo llevaron a la basílica de San Pedro para nombrarlo Papa. Sólo estuvo catorce años en el mando, pero, a su muerte, el mundo cristiano de Europa Occidental había aceptado a los obispos de Roma, los papas, como líderes de toda la Iglesia.

Sin embargo, el poder del Papa no se extendió hacia el este. En Constantinopla, los emperadores mantenían la vieja tradición de que los sucesores de Augusto y Tiberio fueran jefes de gobierno y también la máxima autoridad de la religión oficial en aquel momento. En 1453, los turcos conquistaron el Imperio romano de Oriente, tomaron Constantinopla y asesinaron a Constantino Paleólogo, el último emperador romano, en la escalinata de Santa Sofía.

Unos años antes, Zoé, hija de su hermano Tomás, se había casado con Iván III de Rusia. De esta manera, los grandes duques de Moscú heredaron las tradiciones de Constantinopla. El águila doble de la vieja Bizancio (remanente de la época en que el Imperio romano había sido dividido en dos) pasó a formar parte del escudo de la Rusia moderna. El zar, que hasta entonces era el noble de mayor rango, tomó la dimensión y la dignidad de un emperador romano en comparación del cual todos sus súbditos, de alta o baja condición

social, eran meros esclavos. La corte rusa fue reformada siguiendo el modelo oriental que los emperadores de Bizancio habían importado de Asia y Egipto y que —o de eso se jactaban— era similar al de la corte de Alejandro Magno. Aquella extraña herencia que el moribundo Imperio bizantino legó a un pueblo algo crédulo continuó viviendo con gran vigor durante seis siglos en las inmensas tundras rusas. El último en llevar la corona del águila doble de Constantinopla, el zar Nicolás II, fue asesinado en 1918. Quienes lo mataron echaron su cuerpo a un pozo y también asesinaron a su hijo y a sus hijas. Todas sus prerrogativas y derechos fueron abolidos y la Iglesia cristiana de Rusia fue devuelta a la posición que tenía en Roma antes de Constantino.

La Iglesia occidental corrió una suerte distinta, como veremos en el capítulo siguiente, en el que os explicaré cómo el mundo cristiano se vio amenazado por el credo de un camellero.

Capítulo 28

Mahoma.

Ahmed, el camellero que se convirtió en el profeta del desierto árabe, tuvo seguidores que casi conquistaron el mundo entero para mayor gloria de Alá, el único Dios verdadero

Desde la época de Cartago y Aníbal, no habíamos vuelto a hablar de los pueblos semitas. Supongo que recordaréis que esta gente era la protagonista en los capítulos dedicados a la historia del mundo antiguo. Los babilonios, los asirios, los fenicios, los hebreos, los arameos, los caldeos reinaron en Oriente Próximo durante tres o cuatro mil años, y todos ellos eran pueblos semitas. Pero luego fueron conquistados por los indoeuropeos persas que habían llegado del este y por los indoeuropeos griegos que provenían del oeste. Un siglo después de la muerte de Alejandro Magno, Cartago, una colonia de semitas fenicios, se había enfrentado a los indoeuropeos romanos por el dominio del Mediterráneo. Cartago fue derrotada y, durante ochocientos años, los romanos fueron señores del mundo. Sin embargo, en el siglo VII, otra tribu semita apareció en escena y desafió el poder occidental. Eran los árabes, unos pastores pacíficos que habían errado por el desierto desde el principio de los tiempos sin mostrar señal alguna de poseer ambiciones imperiales. Pero escucharon a Mahoma, montaron sus caballos y, en menos de un siglo, llegaron al corazón de Europa para proclamar la gloria de Alá, «el único Dios», y de Mahoma, «su profeta», a los atemorizados campesinos franceses.

La historia de Ahmed, hijo de Abd Allah y de Aminah, más conocido por Mahoma, o «aquel que será adorado», es similar a un capítulo de *Las mil y una noches*. Mahoma era camellero de La Meca. Al parecer era epiléptico y, cuando le cogía un ataque y perdía la conciencia, tenía sueños extraños y oía la voz del arcángel Gabriel, cuyas palabras escribió en un libro llamado Corán. Al conducir caravanas por toda Arabia, conoció a los mercaderes judíos y cristianos que lo convencieron de lo bueno que era adorar a un único Dios. Su pueblo, los árabes, aún adoraba piedras extrañas y troncos de árboles como lo hacían sus antepasados decenas de miles de años antes. En La Meca, su ciudad santa, había un pequeño edificio rectangular, la Ka'ba, lleno de ídolos y una miscelánea de objetos de culto vudú.

Mahoma decidió ser el Moisés del pueblo árabe. Pero no podía ser profeta y camellero a la vez, así que se casó con su patrona, la rica viuda Jadiya. Entonces les dijo a sus vecinos que él era el anhelado profeta enviado por Alá para salvar el mundo. El primer día, sus vecinos se rieron de él. Luego, al ver que Mahoma continuaba molestándolos con sus discursos, resolvieron matarlo. Creían que era un lunático y un pesado que no merecía piedad. Mahoma se enteró del plan que urdían y escapó a Medina en plena noche junto a Abu Bakr, su fiel seguidor. Esto sucedió en el año 622, año en que empieza La Hégira, o fecha de la fundación de la era islámica.

Gracias a que en Medina nadie lo conocía, a Mahoma le fue más fácil proclamarse profeta que en su ciudad natal, donde todo el mundo lo tenía por un simple camellero. Pronto se vio rodeado de

un número creciente de seguidores, o musulmanes, que aceptaban el islam, o «sumisión a la voluntad de Dios», que Mahoma ensalzaba como la virtud más grande. Estuvo predicando en Medina durante siete años hasta que se sintió suficientemente fuerte como para lanzar una campaña contra sus antiguos conciudadanos, que se habían burlado de él y su misión sagrada cuando era un simple camellero. Cruzó el desierto a la cabeza de un ejército de medinenses que tomó La Meca sin dificultades. Aquella vez, todos quedaron convencidos de que Mahoma era un gran profeta.

Desde aquel momento hasta el fin de sus días, Mahoma tuvo suerte en todo lo que hizo. El éxito del islam se debe básicamente a dos motivos. En primer lugar, el credo que Mahoma enseñaba a sus seguidores era muy sencillo. Los discípulos tenían que amar a Alá, el amo del mundo, el Misericordioso, el Compasivo. Debían honrar y obedecer a sus padres. Se les advertía contra la deshonestidad en el trato con los vecinos y se les recomendaba ser humildes y caritativos con los pobres y los enfermos. Finalmente se les ordenaba comer con moderación y abstenerse de beber bebidas alcohólicas fuertes. Eso era todo. Era una religión sin sacerdotes que actuaran como pastores de un rebaño, a los que había que mantener entre todos. Los templos musulmanes, llamados mezquitas, se reducían a cuatro paredes de piedra, sin bancos ni cuadros, donde los fieles se podían reunir si querían para leer y discutir sobre el Corán, el «libro sagrado». Pero casi todos los musulmanes llevaban la religión dentro de ellos y no estaban constreñidos por las restricciones y normas de una iglesia

establecida. Lo único que debían hacer era ponerse de cara a La Meca, la ciudad sagrada, y rezar una oración sencilla cinco veces al día. El resto del tiempo dejaban que Alá dirigiese el mundo como creyese conveniente y aceptaban su destino con resignación y paciencia.

Tal actitud ante la vida daba a los musulmanes cierto grado de satisfacción. Los hacía estar en paz con ellos mismos y con el mundo en el que vivían, lo cual era muy bueno.

El segundo motivo que explica el éxito de los musulmanes en la guerra contra los cristianos estaba relacionado con la conducta de los soldados del islam que batallaban por la verdadera fe. El profeta había prometido que aquellos que cayeran en acción irían directamente al cielo. Por eso, la muerte en el campo de batalla era preferible a una vida larga pero tediosa en la tierra. Aquello daba a los musulmanes una gran ventaja sobre los cruzados, que temían un futuro oscuro y se aferraban a las cosas buenas de este mundo tanto como podían. Esto explicaría por qué los soldados musulmanes se muestran hoy más indiferentes a la suerte que les espera. Tras construir el edificio religioso, Mahoma empezó a disfrutar del poder que le confería ser el dirigente incuestionable de un gran número de tribus árabes. Históricamente, el éxito ha sido la perdición de muchos hombres que se hicieron grandes en épocas adversas. Mahoma intentó ganarse el apoyo de los ricos con una serie de normas que les pudiesen agradar. Por ejemplo, permitió que los hombres tuvieran cuatro esposas. Dado que en aquella época había que comprar las doncellas a los padres, una esposa era una

inversión costosa, y cuatro esposas era definitivamente un lujo que sólo estaba al alcance de aquellos que poseían camellos, dromedarios y plantaciones datileras; de modo que, aquella religión, que en principio nació para los cazadores audaces del desierto estrellado, fue transformada para adaptarse a las necesidades de los comerciantes que vivían en los bazares de las ciudades. Fue un cambio lamentable que no hizo nada en favor de la causa del islam. En lo que respecta al profeta, Mahoma siguió predicando la verdad de Alá y proclamando nuevas reglas de conducta hasta que el 7 de junio del año 632 murió de fiebre.

El sucesor de Mahoma, o califa, en el gobierno de los musulmanes fue su suegro Abu Bakr, que había compartido con él los peligros de su primera época de profeta. Dos años más tarde, Abu Bakr falleció y fue sucedido por Ornar Ibn Al-Khattab. En menos de diez años, Ornar conquistó Egipto, Persia, Fenicia, Siria y Palestina y situó en Damasco la primera capital del Imperio musulmán.

A Ornar lo sucedió Alí, el marido de Fátima, hija de Mahoma, pero surgió un conflicto sobre un punto de la doctrina musulmana y Alí fue asesinado. Tras su muerte, el califato se hizo hereditario y los líderes de los fieles, que habían empezado su carrera como jefes espirituales de una secta religiosa, se convirtieron en dirigentes de un gran Imperio. Construyeron una ciudad nueva a orillas del Éufrates, cerca de las ruinas de Babilonia, y la llamaron Bagdad. Organizaron a los jinetes árabes en regimientos de caballería y partieron a llevar la felicidad de la fe musulmana a todos los infieles. En el año 700, un general musulmán llamado Tariq cruzó

las antiguas Columnas de Hércules y llegó a una roca en el lado europeo a la que llamó Yabal-al-Tariq (montaña de Tariq) o Gibraltar.

Once años más tarde derrotó al rey visigodo en la batalla de Jerez de la Frontera. Con el camino libre, el ejército musulmán se dirigió hacia el norte y, siguiendo la ruta de Aníbal, cruzó los Pirineos. Los musulmanes vencieron al duque de Aquitania, que intentó detenerlos cerca de Burdeos, y siguieron hacia París. Pero en el año 732 (cien años después de la muerte del profeta) fueron derrotados en una batalla entre Tours y Poitiers. Aquel día, Carlos Martel, el jefe de los francos, salvó a Europa de la conquista del islam. Expulsó a los musulmanes de Francia, que se refugiaron en España, donde Abderramán fundó el califato de Córdoba, ciudad que se convertiría en el gran centro de la ciencia y el arte de la Europa medieval.

El Reino moro, llamado así porque sus pobladores provenían de Mauritania (antiguamente provincia de Marruecos) duró siete siglos. Hubo que esperar hasta la conquista de Granada, el último bastión musulmán en la península, en 1492, para que Cristóbal Colón recibiese el permiso real que le permitió partir en un viaje lleno de descubrimientos. Por su parte, los musulmanes pronto recobraron poder con nuevas conquistas tanto en África como Asia y, en la actualidad, existen tantos seguidores de Mahoma como de Cristo.

Capítulo 29

Carlomagno

Cómo Carlomagno, rey de los francos, obtuvo el título de emperador e intentó formar un imperio

La batalla de Poitiers había salvado a Europa de los musulmanes. Sin embargo, persistió el enemigo interno, el caos desesperanzador que reinaba tras la desaparición de la autoridad romana. Es cierto que los nuevos cristianos del norte de Europa sentían un gran respeto por el obispo de Roma, pero aquel hombre no se sentía muy seguro cuando miraba hacia las montañas en la lejanía. Sólo Dios sabía qué nuevas hordas de bárbaros se preparaban para cruzar los Alpes y asaltar de nuevo Roma. Para el jefe espiritual del mundo era necesario, muy necesario, encontrar un aliado que tuviera tanto una espada poderosa como un puño fuerte y que estuviera dispuesto a defender a su santidad en caso de amenaza.

Así que los papas, que no sólo eran muy venerables sino también muy prácticos, buscaron un aliado y, al final, se decidieron por el pueblo germánico más prometedor, el que había ocupado el noroeste de Europa tras la caída del Imperio romano. Se trataba de los francos. Uno de sus primeros reyes, Meroveo, había ayudado a los romanos en la batalla de los campos Cataláunicos en el año 451, cuando conjuntamente habían derrotado a los hunos. Sus descendientes, los merovingios, se apropiaron de pequeñas porciones de territorio imperial hasta que, en el año 486, el rey Clodoveo (Luis en francés antiguo) se vio con fuerzas para

enfrentarse a los romanos. Pero sus descendientes fueron hombres débiles que dejaron los asuntos de Estado en manos de su primer ministro, el *major domus* o encargado de palacio.

Pipino *el Breve*, hijo del famoso Carlos Martel, que sucedió a su padre en el cargo de mayordomo, no sabía cómo enfrentarse a la situación. El rey era un teólogo devoto a quien no interesaba nada la política. Pipino decidió pedirle consejo al Papa. Este, que era un hombre muy pragmático, le contestó que «el poder del Estado debía estar en manos de quien lo poseyera». Pipino *el Breve* lo comprendió en el acto. Persuadió a Childerico III, el último rey merovingio, para que se hiciera monje y se proclamó rey con el beneplácito de los demás jefes germánicos. Pero aun así el astuto Pipino *el Breve* no quedó satisfecho. Quería ser algo más que un rey bárbaro, así que organizó una elaborada ceremonia en la que Bonifacio, el gran misionero del noroeste de Europa, lo ungió en señal de santidad y lo nombró rey «por la gracia de Dios». Fue fácil introducir la frase latina «*Deigratia*» en la ceremonia de coronación. Costó casi mil quinientos años eliminarla.

Pipino *el Breve* estaba muy agradecido a la Iglesia por aquel servicio y no dudó en enviar dos expediciones a Italia para defender al Papa de sus enemigos. Echó a los longobardos de Rávena, y de otras muchas ciudades italianas, y ofreció las tierras a su santidad, quien incorporó estos dominios al llamado Estado Pontificio, un país que existió hasta 1870.

Tras la muerte de Pipino *el Breve*, las relaciones entre Roma y Aquisgrán, Nymwegen o Ingelheim —los reyes francos no tenían

residencia oficial permanente, sino que se iban trasladando con sus ministros y cortesanos de sitio en sitio— cada vez fueron más cordiales. Finalmente, el pontífice y el rey dieron un paso que influiría en la historia de Europa de manera determinante.

Carlos I, conocido popularmente con el nombre de Carolus Magnus o Carlomagno, sucedió a Pipino *el Breve* en el año 768. Había conquistado la tierra de los sajones en el este de Alemania y había construido ciudades y monasterios en gran parte del norte de Europa. A petición de ciertos enemigos de Abderramán, entró en la península ibérica para luchar contra los moros. Pero en los Pirineos fue atacado por los salvajes vascos y tuvo que retirarse. En aquella ocasión Roland, el gran margrave de Bretaña, demostró lo que significaba que un noble franco le jurase fidelidad a su rey: dio su vida y la de sus hombres por salvaguardar la retirada de las tropas reales.

Durante la última década del siglo VIII, Carlomagno se tuvo que dedicar exclusivamente a asuntos del sur. El papa León III había sido apaleado por una banda de malhechores romanos que lo dieron por muerto y lo dejaron tirado en la calle. Un grupo de gente bondadosa lo recogió, le curó las heridas y le ayudó a escapar hasta el campamento de Carlomagno, donde pidió ayuda. Los francos restauraron la tranquilidad y condujeron a León III al palacio de Letrán, que desde la época de Constantino era la residencia papal. Esto ocurrió en diciembre del año 799. El día de Navidad del año siguiente, Carlomagno, que estaba en Roma de visita, atendió el servicio religioso celebrado en la antigua iglesia de San Pedro.

Cuando se acabó la plegaria, el Papa le puso una corona en la cabeza, lo nombró emperador de los romanos y lo honró con el título de «Augusto», que no se había usado en siglos.

Una vez más, el norte de Europa formaba parte de un Imperio romano, pero esta vez el honor de regirlo recaía en un rey germánico que sólo sabía leer un poco y no había aprendido a escribir. Ahora bien, entendía mucho sobre espadas y, durante un tiempo, hubo orden e incluso consiguió que su rival, el emperador de Constantinopla, le enviara una carta de aceptación a su «querido hermano».

Desgraciadamente, aquel espléndido anciano murió en el año 814. Inmediatamente sus hijos y nietos empezaron a pelearse por ver quién se beneficiaba más de la herencia imperial. Las tierras carolingias fueron divididas dos veces, la primera por el Tratado de Verdún en el año 843 y, la segunda, por el Tratado de Mersenen el año 870. Este último dividió el Reino franco en dos mitades. Carlos *el Calvo* recibió la parte occidental, que comprendía la antigua provincia romana de la Galia, donde la lengua que hablaba el pueblo se había romanizado profundamente. Los francos pronto aprendieron a hablar esta lengua y eso explica el extraño hecho de que una tierra puramente germánica como era Francia acabara hablando una lengua románica.

El otro nieto de Carlomagno recibió la parte oriental, la tierra que los romanos llamaban Germania. Aquella región inhóspita nunca había formado parte del Imperio romano. Octavio Augusto había intentado conquistar aquel «lejano este», pero sus legiones habían

sido aniquiladas en el bosque de Teutoburgo en el año 9 y sus pobladores nunca estuvieron bajo la influencia de la civilización romana. Hablaban teutón, una lengua germánica popular. La palabra teutona para «gente» era *thiot*, así que los misioneros cristianos llamaban a aquella lengua germánica *lingua theotisca* o *lingua teutisca*, que significaba « dialecto popular», y esta palabra, *teutisca*, con el tiempo se transformó en *deutsch*, que dio origen a *Deutschland*, Alemania.

En lo que respecta a la famosa corona imperial, pronto rodó de la saga de los carolingios y fue a parar de nuevo a la llanura itálica, donde se convirtió en el juguete de un grupo de pequeños potentados que se dedicaban a robarse la corona en medio de un baño de sangre y a llevarla —con permiso del Papa o sin él— hasta que le llegaba el turno a alguien más ambicioso. Así que el Papa, una vez más rodeado de enemigos, volvió a pedir ayuda al norte. Pero esta vez no se dirigió al regente del Reino franco occidental, sino que sus mensajeros cruzaron los Alpes y se presentaron ante Otón, un príncipe sajón que tenía fama de ser el mejor jefe de los pueblos germánicos.

Otón *el Grande*, que compartía la estima de su pueblo por los cielos despejados y la gente alegre y hermosa de la península itálica, corrió al rescate. En agradecimiento por sus servicios, el papa León VIII hizo a Otón emperador y, a partir de entonces, la mitad oriental del antiguo Reino de Carlomagno se convirtió en el Sacro Imperio romano germánico.

Esta extraña creación política consiguió llegar a la madura edad de 839 años. En 1801 pasó a la historia sin honores. El brutal tipo que acabó con el viejo Imperio germánico era hijo de un notario corso que había hecho carrera al servicio de la República francesa. Era señor de toda Europa por la gracia de sus tropas, pero deseaba ser algo más. Mandó llamar al Papa y este acudió y presenció la ceremonia en que el general Napoleón Bonaparte obtuvo la corona imperial y se proclamó heredero de Carlomagno. Y es que la historia es como la vida. Por mucho que cambien las cosas, todo sigue igual.

Capítulo 30

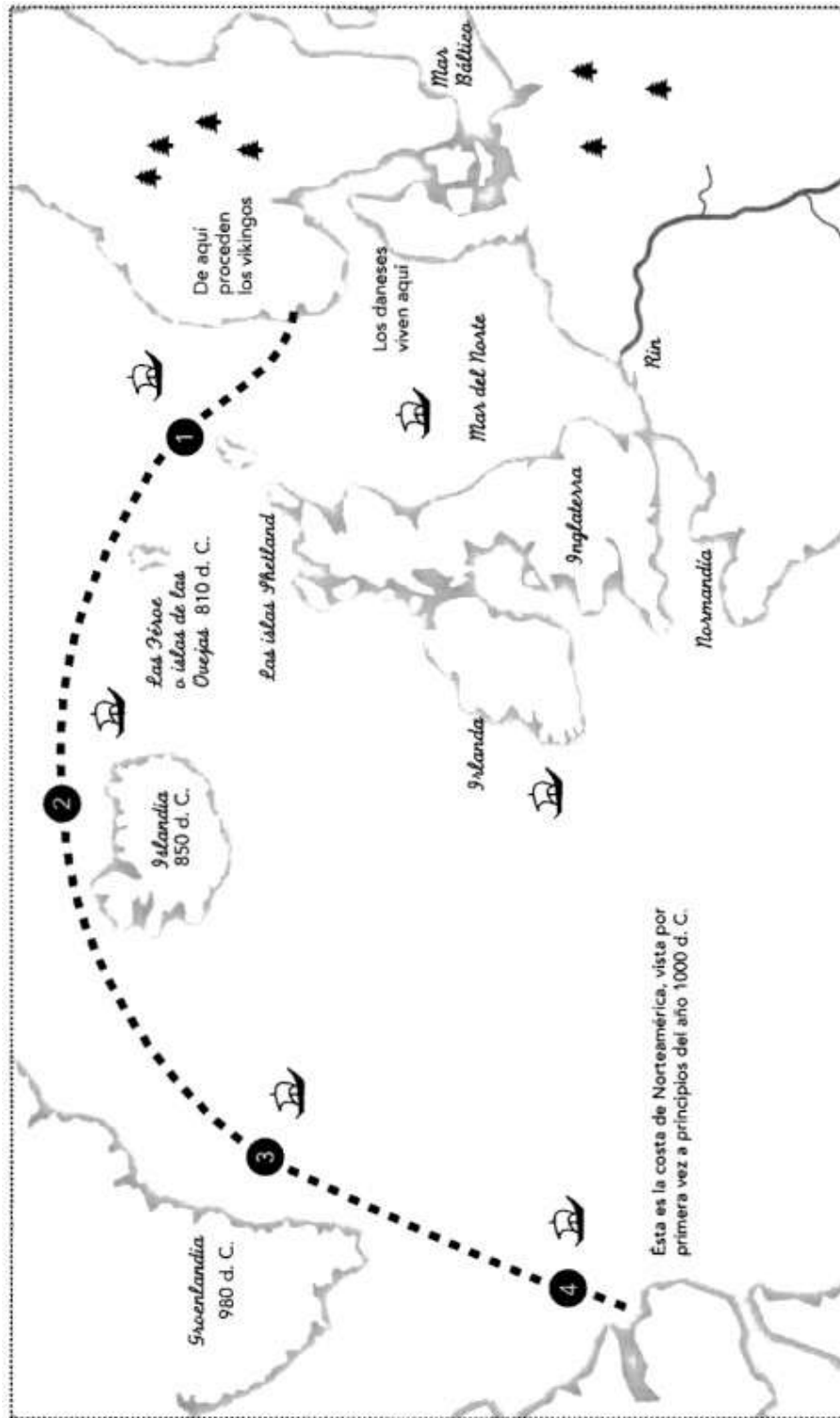
Los vikingos

Por qué la gente del siglo X rogaba a Dios que la protegiese de la furia de los vikingos

En los siglos III y IV de nuestra era, los pueblos germánicos habían roto las defensas del Imperio romano para saquear Roma y poder instalarse en una tierra fértil. En el siglo VIII les tocó a ellos ser las víctimas del saqueo. Y no les gustaba nada, por mucho que los saqueadores fueran unos primos hermanos suyos, los vikingos, que provenían de lo que hoy es Dinamarca, Suecia y Noruega.

No sabemos por qué motivo aquellos marineros intrépidos se hicieron piratas, pero lo que está claro es que, cuando descubrieron las ventajas y los placeres de la vida de bucaneros, no hubo nadie capaz de detenerlos. Desembarcaban repentinamente en un pacífico pueblo franco o frisón situado a orillas de un río, asesinaban a los hombres, se llevaban a las mujeres y desaparecían en sus veloces barcos. De manera que, una vez que los soldados del rey o del emperador llegaban a la escena del crimen, ya no quedaban más que un montón de ruinas humeantes.

En los tiempos de caos que siguieron a la muerte de Carlomagno, los vikingos saquearon pueblos enteros. Desembarcaron con su flota en diversos países para realizar *razzias*, y sus marineros establecieron pequeños reinos independientes en las costas de Holanda, Francia, Inglaterra, Alemania e incluso llegaron hasta Italia. Los nórdicos eran muy inteligentes.



Los vikingos

Pronto aprendieron a hablar la lengua del territorio conquistado y abandonaron las maneras burdas de los primeros vikingos (o reyes del mar) que eran muy pintorescos, pero también muy sucios y terriblemente crueles.

A principios del siglo X, un vikingo llamado Rollón atacó repetidamente las costas de Francia. El rey francés, que era demasiado débil como para resistir los ataques de los bandidos nortños, intentó sobornarlo para que «fuera bueno» y le ofreció la región de Normandía si se comprometía a dejar en paz el resto de sus dominios. Rollón aceptó la ganga y se convirtió en duque de Normandía.

Pero por las venas de sus descendientes corría una pasión por la conquista. Al otro lado del canal de la Mancha, sólo a unas horas del continente europeo, veían las colinas blancas y los verdes prados de Inglaterra. La pobre Inglaterra estaba pasando una época difícil. Los romanos la habían ocupado durante doscientos años. Cuando éstos se fueron, había caído en manos de los anglos y los sajones, dos pueblos germánicos procedentes de Schleswig. Posteriormente, los daneses habían invadido gran parte del país y habían establecido el Reino de Canuto hasta que los daneses fueron expulsados. En aquellos momentos, a principios del siglo xi, el trono estaba ocupado por Eduardo III *el Confesor*, otro rey sajón. Eduardo III no iba a vivir mucho más y no tenía descendencia. Las circunstancias jugaban a favor de los ambiciosos duques de Normandía.

Eduardo III murió en el año 1066. Inmediatamente, Guillermo de Normandía atravesó el canal, derrotó y mató a Harold de Wessex, que había tomado la corona en la batalla de Hastings, y se proclamó rey de Inglaterra.

Ya os he explicado que, en el año 800, un rey germánico se había convertido en emperador romano. Ahora, en el año 1066, el nieto de un pirata vikingo era proclamado rey de Inglaterra.

¿Para qué recurrir a los cuentos de hadas, si la historia es mucho más interesante y entretenida?

Capítulo 31

El feudalismo.

Cómo Europa central, atacada en tres frentes, se convirtió en un campamento militar y por qué Europa habría perecido sin la ayuda de los caballeros, soldados profesionales y administradores que formaban parte del sistema feudal

En este capítulo hablaremos del estado en que se encontraba Europa en el año 1000, una época en la cual casi todas las personas eran tan desgraciadas que escuchaban con agrado la profecía que anunciaba el fin del mundo y corrían a los monasterios para que el día del Juicio final las sorprendiera ocupadas en actividades devotas.

En una fecha desconocida, los pueblos germánicos dejaron su antiguo hogar en Asia y emigraron hacia el oeste, a Europa. Dada su superioridad numérica, pudieron invadir el Imperio romano. Acabaron con el Imperio de Occidente, pero el Imperio de Oriente, al encontrarse apartado de las principales rutas migratorias, sobrevivió y pudo mantener débilmente las tradiciones de la antigua y gloriosa Roma.

Durante la época de caos (la Alta Edad Media o «época oscura» de la historia, o sea, los siglos VI y VII de nuestra era), los pueblos germánicos adoptaron la religión cristiana y reconocieron al obispo de Roma como Papa o jefe espiritual del mundo. En el siglo IX, el genio organizador de Carlomagno resucitó el Imperio romano y reunió una gran parte de Europa occidental en un solo Estado.

Durante el siglo x, este Imperio se desvaneció. La parte occidental se independizó: Francia. La parte oriental era conocida con el nombre de Sacro Imperio romano germánico, y los dirigentes de esta federación de naciones pretendían ser herederos directos de César y Octavio Augusto.

Desgraciadamente, el poder de los reyes de Francia no se extendía más allá del foso de su castillo y el emperador germánico era desafiado abiertamente por sus poderosos súbditos siempre que a éstos les apetecía o les convenía.

Y para mayor desgracia del pueblo, el triángulo de Europa occidental estaba permanentemente expuesto a ataques por los tres costados. Hacia

el sur se encontraban los peligrosos musulmanes. Por la costa oeste llegaban los vikingos. La frontera este (que, a excepción del corto tramo de los Cárpatos, estaba indefensa) se encontraba a merced de las hordas de los hunos, húngaros, eslavos y tártaros.

La paz romana era algo lejano, un sueño que se remontaba a «los felices días del pasado» que nunca volverían. En aquel momento, todo era cuestión de «luchar o morir» y, naturalmente, la gente prefería luchar. Forzada por las circunstancias, Europa se convirtió en un campamento militar con una fuerte demanda de líderes. Tanto el rey como el emperador estaban lejos. Los habitantes de las zonas fronterizas (y en el año 1000, en Europa, todo eran fronteras) se las tenían que arreglar solos. Estaban dispuestos a someterse a los representantes del rey enviados para administrar los distritos

periféricos, siempre y cuando les ofrecieran protección contra el enemigo.

Enseguida Europa quedó salpicada de pequeños territorios gobernados, según los casos, por un duque, un conde, un barón o un obispo y organizados como unidades militares. Estos nobles habían jurado fidelidad al rey que les había cedido el feudo (de aquí proviene la palabra «feudal») a cambio de sus leales servicios y cierta cantidad de impuestos. Pero, en aquella época, el transporte era muy lento y los medios de comunicación eran increíblemente primitivos, así que los administradores reales o imperiales gozaban de gran independencia y, dentro de los límites de su feudo, se apropiaban de muchos derechos que en realidad correspondían al rey.

Pero atención que cometeréis un error si suponéis que la gente del siglo xi estaba en contra de esta forma de gobernar. Al contrario, apoyaban el feudalismo porque era una institución muy práctica y necesaria. Su amo y señor normalmente vivía en un gran castillo de piedra erigido en lo alto de una colina o rodeado de fosos profundos, a la vista de sus vasallos. En caso de peligro, los súbditos recibían cobijo tras las murallas de la fortaleza. Por eso procuraban vivir tan cerca del castillo como les fuera posible; esto explica por qué muchas ciudades europeas nacieron alrededor de una fortaleza feudal.

Hay que decir que el caballero de la Alta Edad Media era mucho más que un soldado profesional. Además era el gobernador civil, el juez de la comunidad y el jefe de policía. Capturaba bandidos y

protegía a los vendedores ambulantes, que eran los comerciantes del siglo xi. Reparaba los muros de contención para que no se inundasen los campos, igual que habían hecho los primeros nobles en el valle del Nilo cuatro mil años antes. Estimulaba a los trovadores que iban de un sitio a otro explicando historias de los antiguos héroes que habían luchado en grandes guerras. Y protegía las iglesias y los monasterios que se encontraban dentro de su territorio; aunque no supiese ni leer ni escribir —ésas no eran cosas de valientes—, empleaba a cierto número de sacerdotes para que le llevaran las cuentas y mantuviesen un registro de nacimientos, muertes y matrimonios ocurridos en los dominios feudales. En el siglo XV, los reyes recobraron la fuerza para ejercer aquellos poderes que les habían sido otorgados «por la gracia de Dios» y los señores feudales perdieron su antigua independencia. Reducidos al rango de terratenientes rurales, ya no eran necesarios y pronto se convirtieron en un estorbo. Sin embargo, Europa habría sucumbido sin el sistema feudal de la Alta Edad Media. Había muchos caballeros malos, como hay mucha gente mala actualmente. Pero, en general, los señores feudales de puño férreo de los siglos XII y XIII eran administradores que trabajaban incansablemente y que prestaron un gran servicio al progreso. En aquella época, la noble antorcha del arte y del saber que había iluminado el mundo de egipcios, griegos y romanos ardía débilmente. Sin los caballeros y los monjes, la civilización se habría extinguido por completo y la especie humana tendría que haber vuelto a empezar donde lo había dejado el hombre de las cavernas.

Capítulo 32

Las órdenes de caballería.

Por qué los guerreros profesionales formaron órdenes de caballería.

Es bastante natural que los guerreros profesionales de la Edad Media establecieran algún tipo de organización para protegerse. De esta necesidad de colaboración entre los caballeros nacieron las órdenes de caballería.

Sabemos muy poco acerca de los orígenes de la caballería. Pero el desarrollo del sistema dio al mundo algo que necesitaba desesperadamente: un código de conducta claro, que suavizara las costumbres bárbaras de aquella época e hiciese la vida un poco más soportable de lo que lo había sido durante los quinientos años que había durado la Alta Edad Media. No era fácil civilizar a aquellos pobladores de las zonas fronterizas que se habían pasado gran parte de la vida luchando contra los musulmanes, los hunos o los vikingos. A menudo cometían pecados y, aunque por la mañana juraban a Dios que serían piadosos y compasivos, antes de que se pusiera el sol habían matado a todos sus prisioneros. Y es que el progreso no se consigue de la noche a la mañana, sino mediante el trabajo constante. Finalmente, hasta el menos escrupuloso de los caballeros se vio forzado a obedecer las normas de conducta de los de su rango o sufrir las consecuencias.

El código de conducta variaba según las regiones de Europa, pero todos daban mucha importancia a la servidumbre y al sentido del deber. En la Edad Media se consideraba que el servilismo era una

cualidad muy noble y bella. No era deshonoroso ser servidor, mientras se sirviera bien y con garbo. En cuanto al sentido del deber, en una época en la que la vida dependía de la realización de muchas tareas desagradables, se consideraba que era la mayor virtud que un guerrero podía poseer.

Un joven caballero tenía que jurar fidelidad y vasallaje a Dios y a su rey. Además, prometía ser generoso con aquellos cuya necesidad era superior a la suya propia. Daba su palabra de que sería humilde de comportamiento, de que nunca se vanagloriaría de sus logros y de que sería un aliado de todos aquellos que sufrieran (a excepción de los musulmanes, a quienes debía matar apenas los viera).

En torno a estos votos, que no eran más que los Diez Mandamientos, expresados en términos comprensibles para la gente de la Edad Media, se desarrolló un complicado sistema de normas de conducta y modales. Los caballeros europeos querían seguir el ejemplo de los héroes de la Mesa Redonda del rey Arturo y de la corte de Carlomagno, de los cuales les habían hablado los trovadores. Querían demostrar que eran tan valientes como Lanzarote del Lago y tan leales como Roland. Se comportaban con dignidad y escogían palabras comedidas y delicadas para que se los tuviera por verdaderos caballeros, aunque su capa fuera modesta o el tamaño de su bolsa reducido.

De esta forma, la orden de caballería se convirtió en una escuela de buenas maneras, necesarias para el correcto funcionamiento de la maquinaria social. «Caballería» y posteriormente «caballerosidad» pasaron a significar «cortesía». El castillo feudal marcaba cómo

había que vestir, cómo se tenía que comer, cómo se debía pedir un baile a una dama y mil y un detalles más de comportamiento diario que hicieron que la vida fuese más interesante y agradable.

Como todas las instituciones humanas, la caballería estaba condenada a morir tan pronto cumpliera sus objetivos.

Tras las cruzadas, de las que os hablaré dentro de dos capítulos, se produjo un renacimiento del comercio. Las ciudades tomaron importancia de la noche a la mañana. Los burgueses enriquecieron, contrataron buenos maestros y pronto estuvieron a la altura de los caballeros. La invención de la pólvora privó al caballero, pesadamente armado, de su antigua superioridad, y el uso de mercenarios imposibilitó conducir una batalla con las elegantes maneras de una partida de ajedrez. El caballero se hizo innecesario. Se convirtió en una figura ridícula, con su devoción por un ideal que ya no tenía ningún valor práctico. Se decía que el noble Don Quijote de la Mancha había sido el último caballero de verdad. Cuando murió, su armadura y la espada que tantas batallas le había ayudado a ganar fueron vendidas para saldar deudas.

Pero, de alguna manera, aquella espada fue a parar a manos de otros hombres. Washington la empuñó en los días de impotencia de Valley Forge. Y fue la única defensa de Gordon, que se negó a abandonar a la gente que estaba a su cuidado y se quedó en la fortaleza asediada de Jartum, donde lo esperaba la muerte. No estoy muy seguro, pero creo que fue de un valor incalculable para ganar la Primera Guerra Mundial.

Capítulo 33

El Papa contra el emperador.

La extraña doble lealtad de la población de la Edad Media condujo a innumerables conflictos entre los papas y los emperadores romanos.

Es muy difícil entender la mentalidad de las personas de épocas pasadas. Seguramente pensáis que vuestros abuelos son seres misteriosos que tienen ideas diferentes a las vuestras, que visten con otras ropas y tienen una manera de comportarse muy distinta. Y eso que los veis a menudo... Ahora os estoy explicando la historia de unos abuelos de hace veinticinco generaciones y no espero que entendáis lo que he escrito hasta que no os hayáis releído este capítulo al menos unas cuantas veces.

Las personas normales y corrientes de la Edad Media vivieron una vida sencilla y sin grandes acontecimientos. Incluso, aunque fueran ciudadanos libres que podían circular a voluntad, raramente salían de su pueblo. En aquella época, no había libros impresos y se disponía de muy pocos manuscritos. En algunos lugares, un grupo de monjes muy laboriosos enseñaba a leer y a escribir al tiempo que daba los conocimientos básicos de aritmética. La ciencia, la historia y la geografía habían quedado enterradas bajo las ruinas de Grecia y Roma.

Lo único que la gente sabía del pasado lo había aprendido escuchando cuentos y leyendas. Estas historias, que pasaban de padres a hijos, a menudo contenían detalles falsos, pero preservaban los hechos más relevantes de la historia con una

precisión deslumbrante. Aunque ya han pasado más de dos mil años, algunas madres indias aún amenazan a sus hijos traviesos diciéndoles que «vendrá Iskandar y os llevará»; Iskandar no es otro que Alejandro Magno, que estuvo en India en el año 330 a. C., y su historia ha sobrevivido al paso del tiempo.

Los habitantes de la Edad Media no habían visto ningún libro de historia romana. Ignoraban muchas cosas que actualmente saben todos los niños de diez años. En cambio, el Imperio romano, que para vosotros sólo significa un nombre, para ellos aún estaba vivo. Lo tenían muy presente.

Reconocían al Papa como líder espiritual porque vivía en Roma y representaba la idea de la superpotencia romana. Y estaban profundamente agradecidos de que Carlomagno, y luego Otón *el Grande*, hubiesen revivido la idea del «imperio mundial» y hubiesen creado el Sacro Imperio romano germánico para que el mundo volviera a ser lo que siempre había sido.

Pero el hecho de que hubiera dos herederos de la tradición romana ponía a los fieles burgueses medievales en una posición difícil. El sistema político se sustentaba sobre una teoría sencilla y lógica. El líder político (que era el emperador) debía velar por el bienestar físico de sus súbditos, mientras que el líder espiritual (que era el Papa) debía velar por sus almas.

Sin embargo, en la práctica el sistema no funcionaba. Invariablemente, el emperador intentaba interferir en los asuntos de la Iglesia. El Papa se resarcía explicando al emperador cómo tenía que gobernar sus dominios. Luego, en un lenguaje muy poco

delicado, uno le decía al otro que no se metiera en asuntos que no eran de su incumbencia y la cuestión, claro está, acababa en guerra.

En aquellas circunstancias, ¿qué podía hacer el pueblo? Un buen cristiano debía obedecer tanto al Papa como al rey. Pero éstos eran enemigos. ¿Qué partido podía tomar un súbdito obediente que a la vez era un cristiano leal y responsable?

La pregunta no era fácil de responder. Cuando el emperador era enérgico y tenía suficiente dinero para formar un ejército, era capaz de cruzar los Alpes e invadir Roma, asediar al Papa en su palacio y obligarlo a obedecer las órdenes imperiales o a aceptar las consecuencias de no hacerlo.

No obstante, frecuentemente era el Papa el más fuerte. En estos casos excomulgaba al rey o al emperador y a todos sus súbditos. Lo cual significaba que se cerraban todas las iglesias de sus dominios, que nadie se podía bautizar y que ningún moribundo podía recibir la extremaunción; en definitiva, que no se podían llevar a cabo la mitad de las funciones del gobierno medieval.

Es más, el pueblo quedaba dispensado del juramento de lealtad a su soberano y era instado a rebelarse contra su señor. Pero, si seguían el consejo del lejano Papa y los descubrían, el señor feudal, que tenían cerca, los ahorcaba; aquello no les gustaba nada.

Ciertamente, los pobres se encontraban en una posición difícil y aún peor lo pasaron quienes vivieron en la segunda mitad del siglo xi, una época en la cual el emperador Enrique IV de Alemania y el

papa Gregorio VII se enfrentaron en dos batallas. No resolvieron nada y rompieron la paz en Europa durante casi cincuenta años.

A mediados del siglo xi hubo un fuerte movimiento de reforma en la Iglesia. En general, la elección de los papas siempre había sido un asunto turbio. A los emperadores romanos les interesaba que la Santa Sede fuese ocupada por un religioso que estuviera de su parte, así que en tiempo de elección solían desplazarse a Roma para usar su influencia y que saliera escogido uno de sus aliados.

Pero en el año 1059 esto cambió. Por un decreto del papa Nicolás II, los principales sacerdotes y diáconos de las iglesias de Roma y sus alrededores se organizaron en el llamado Sacro Colegio o Colegio de Cardenales, y a este grupo de eclesiásticos ilustres (la palabra «cardenal» significa «principal») se le otorgó el poder en exclusiva de elegir al Papa.

En el año 1073, el Colegio de Cardenales escogió a un sacerdote llamado Hildebrando, procedente de una familia sencilla de la Toscana, que se hizo Papa con el nombre de Gregorio VII. Era un hombre incansable que creía firmemente en el poder supremo de su cargo, el cual se fundamentaba tan sólidamente como hecha de granito. Para Gregorio VII, el Papa no sólo era el jefe absoluto de la Iglesia cristiana, sino también el más alto tribunal de apelación en cuestiones mundanas. Pensaba que si éste había elevado a los simples príncipes germanos a la dignidad de emperadores, podía destronarlos cuando quisiera. Creía que podía vetar cualquier ley aprobada por un duque, un rey o un emperador, pero aquel que

osara cuestionar un decreto papal tenía que ser consciente de que el castigo sería rápido y severo.

Gregorio VII envió emisarios a todas las cortes europeas para que los gobernantes tomaran nota de las nuevas leyes. Guillermo *el Conquistador*, rey de Inglaterra, prometió acatarlas, pero Enrique IV de Alemania, que desde los seis años había estado luchando contra sus súbditos, no tenía la más mínima intención de someterse a los deseos papales. Reunió a los obispos alemanes, acusó a Gregorio VII de un sinfín de delitos y consiguió que el Concilio de Worms lo destituyese.

En respuesta a este acto, el Papa lo excomulgó y pidió a los príncipes germanos que se deshicieran de tan indigno monarca. Los príncipes germanos, encantados con la idea de quitarle el poder a Enrique IV, pidieron al Papa que se acercase a Augsburgo y los ayudara a elegir un nuevo emperador.

Gregorio VII partió hacia el norte. Enrique IV, que no era tonto, se dio cuenta de que la cosa iba en serio. Debía hacer las paces con el Papa a toda costa y cuanto antes; así que, en pleno invierno, cruzó los Alpes y se dirigió rápidamente a Canossa, donde el Papa hacía un alto para descansar. Enrique IV estuvo esperando a las puertas del castillo de Canossa vestido de peregrino penitente —pero con un jersey grueso bajo el hábito de monje—. Pasados tres largos días, del 25 al 28 de enero del año 1077, el Papa lo recibió y le perdonó todos sus pecados. Sin embargo, el arrepentimiento no duró mucho. En cuanto llegó a Alemania, Enrique IV se volvió a comportar como siempre y vuelta a empezar: el Papa lo excomulgó, un concilio de

obispos alemanes exoneró al Papa de su cargo y Enrique IV volvió a cruzar los Alpes, pero esta vez al mando de un gran ejército, con el que asedió Roma y obligó a Gregorio VII a exiliarse en Salerno, donde murió. Aquel primer enfrentamiento violento no decidió nada. En cuanto Enrique IV volvió a Alemania, el conflicto entre Papa y emperador continuó.

La dinastía de los Hohenstaufen, que accedió al trono imperial germano poco después, aún era más independiente que su predecesora. Gregorio VII afirmaba que los papas eran superiores a cualquier rey porque en el día del Juicio final los papas serían responsables del comportamiento del rebaño y que, a los ojos de Dios, un rey no era más que una de las ovejas.

Federico I de Hohenstaufen, más conocido por el sobrenombre de Barbarroja, le devolvió la pelota alegando que los emperadores gobernaban «por la gracia de Dios» y, dado que el Imperio comprendía también la península itálica y Roma, inició una campaña militar para recuperar las «provincias perdidas». Barbarroja se ahogó fortuitamente en las costas de Asia Menor durante la tercera cruzada, pero su nieto Federico II, un joven brillante que había estado en contacto con la civilización musulmana en Sicilia, continuó la guerra contra el Papa. Al parecer, Federico II despreciaba el mundo cristiano del norte, al que consideraba burdo, porque los caballeros germanos eran groseros y los sacerdotes italianos eran intrigantes. Pero mantuvo silencio, se fue a las cruzadas, tomó Jerusalén a los infieles y fue debidamente coronado rey de la Ciudad Santa. Incluso así, no consiguió aplacar

a los papas, que lo destronaron y dieron sus posesiones italianas a Carlos de Anjou, hermano del rey Luis IX de Francia que se hizo famoso como san Luis. Aquello los llevó de nuevo a la guerra. Conrado V, hijo de Conrado IV y último Hohenstaufen, intentó reconquistar el reino, pero fue derrotado y decapitado en Nápoles. Veinte años más tarde, los franceses, que habían conseguido ser muy impopulares en Sicilia, fueron asesinados en las llamadas Vísperas Sicilianas, y así continuó la historia de nunca acabar.

El conflicto entre los papas y los emperadores nunca llegó a puerto, pero, al cabo de un tiempo, los dos enemigos aprendieron a dejarse en paz.

En el año 1273, Rodolfo de Habsburgo fue elegido emperador y no se tomó la molestia de desplazarse a Roma para hacerse coronar. Los papas no hicieron reparos y, a su vez, se mantuvieron al margen del Imperio. Con aquello, finalmente se llegó a la paz, aunque se habían perdido doscientos años en guerras inútiles que podrían haberse aprovechado para organizar internamente el continente.

Claro que el viento no sopla en la misma dirección para todo el mundo. Las pequeñas ciudades de Italia habían conseguido adquirir poder y ganar independencia a expensas de emperadores y papas. Cuando empezaron las cruzadas se dedicaron a resolver los problemas de transporte de la multitud de peregrinos fervorosos que querían viajar y, al final de las cruzadas, se habían construido unas defensas de ladrillo y oro tan potentes que podían desafiar tanto al Papa como al emperador con la misma indiferencia.

La Iglesia y el Estado hicieron la guerra, y un tercero (la ciudad medieval) se quedó con el botín.

Capítulo 34

Las cruzadas.

Cómo se olvidaron todos los conflictos internos cuando los turcos ocuparon Tierra Santa, arrasaron los lugares santos e interfirieron seriamente en el comercio entre Oriente y Occidente. Europa partió a las cruzadas.

Durante tres siglos hubo paz entre cristianos y musulmanes, excepto en la península ibérica y en el Imperio romano de Oriente, los dos territorios que defendían las puertas de entrada a Europa. Los musulmanes, que habían conquistado Siria en el siglo vii, tenían Tierra Santa bajo su dominio. Para ellos, Jesús había sido un gran profeta —aunque no tan grande como Mahoma—y no molestaban a los peregrinos que querían rezar en la iglesia que santa Elena, madre del emperador Constantino, había construido sobre el sepulcro de Jesucristo. Sin embargo, a principios del siglo xi, una tribu tártara de turcos selyúcidas, procedente de las llanuras asiáticas, se hizo señora del territorio musulmán de Oriente Próximo y el período de tolerancia se acabó. Los turcos arrebataron toda Asia Menor a los emperadores bizantinos e interrumpieron el comercio entre Oriente y Occidente.

Alejo I, el emperador de Bizancio, quien normalmente no quería saber nada de los cristianos de Occidente, pidió ayuda y avisó del peligro que representaba para Europa que los turcos tomaran Constantinopla.

Las ciudades italianas, que habían establecido colonias en la costa de Asia Menor y en Palestina, temiendo por sus posesiones, empezaron a contar historias terribles de atrocidades cometidas por los turcos y del sufrimiento de los cristianos. Europa se exaltó.

El papa Urbano II, nacido en Reims (Francia), había sido educado en la misma abadía de Cluny en la que se había formado Gregorio VII. Creyó que había llegado la hora de actuar porque la situación general de Europa estaba lejos de ser satisfactoria. Las técnicas agrícolas de la época eran tan primitivas (no habían cambiado desde los romanos) que constantemente había escasez de comida. El desempleo y el hambre eran caldo de cultivo para las revueltas. En la antigüedad, Oriente Próximo había dado de comer a millones de personas. Se trataba, pues, de un lugar excelente para emigrar.

Así que, en el Concilio de Clermont (Francia) del año 1095, el Papa se levantó, narró los horrores que los infieles habían cometido en Tierra Santa, describió la exuberancia de aquel paraíso, que desde los tiempos de Moisés rebosaba de leche y miel, y exhortó a los caballeros de Francia y a los hombres de Europa en general a que abandonaran mujer e hijos y fueran a rescatar Palestina de los turcos.

Una ola de histeria religiosa invadió el continente y acabó con la razón. Los hombres dejaban el martillo y la sierra, abandonaban el taller y tomaban la primera carretera que los llevara hacia el este para ir a matar a los turcos. Auténticos niños dejaban sus hogares para «ir a Palestina » a que los turcos se arrodillaran ante la fuerza de su fogosidad juvenil y su piedad cristiana. Casi ninguno de

aquellos entusiastas llegó a ver Palestina por falta de dinero. Se vieron obligados a mendigar y a robar para sobrevivir. Se convirtieron en el terror de las carreteras y en el enemigo de los que salían a matarlos.

La primera cruzada, compuesta por un tropel de cristianos honrados, morosos huidizos, nobles venidos a menos y fugitivos de la justicia, todos ellos a las órdenes de Pedro *el Ermitaño*, que estaba medio loco, y Gualterio *sin Haber*, empezó la campaña contra los infieles asesinando a todos los judíos que encontraba por el camino. Llegaron hasta lo que hoy es Hungría y allí los mataron a todos.

Aquello fue una lección para la Iglesia. Quedó claro que con entusiasmo no se liberaría Tierra Santa. Además de buena voluntad y valentía era necesaria una buena organización, así que pasaron un año entrenando y equipando a un ejército de doscientos mil hombres que pusieron al mando de Godofredo de Bouillon, Roberto, duque de Normandía, Roberto I *el Frisón*, conde de Flandes, y otros nobles experimentados en el arte de la guerra.

En el año 1145, esta segunda cruzada emprendió el largo viaje. Al llegar a Constantinopla, los caballeros rindieron homenaje al emperador. (Porque, como ya os he dicho, las tradiciones perduran, y un emperador romano, por pobre y débil que fuera, era respetado por todos.) Posteriormente cruzaron Asia, mataron a todos los musulmanes que se les pusieron por delante, arrasaron Jerusalén, mataron a la población musulmana de la ciudad y se dirigieron al sepulcro de Jesucristo para rendirle tributo y darle las gracias entre

lágrimas con piedad y gratitud. Pero los turcos pronto reforzaron sus tropas, retomaron Jerusalén y mataron a todos los fieles seguidores de la cruz.

En los dos siglos que siguieron tuvieron lugar siete cruzadas más. Poco a poco, los cruzados mejoraron la manera de hacer el viaje. El trayecto por tierra era demasiado largo y peligroso. Preferían cruzar los Alpes y embarcar en Génova o Venecia. Entonces, los genoveses y los venecianos convirtieron la ruta transmediterránea en un negocio muy provechoso. Cobraban por el viaje un precio desorbitado y, si los cruzados no tenían suficiente dinero —la mayoría no lo tenía—, los aprovechados italianos muy amablemente les permitían «pagar el viaje en especias». A cambio del trayecto entre Venecia y Acre, el cruzado se comprometía a luchar por los propietarios del barco. De esta manera, Venecia aumentó sus posesiones en la costa del Adriático, Grecia —Atenas pasó a ser colonia veneciana— y las islas de Chipre, Creta y Rodas.

Sin embargo, todo aquello no ayudó a resolver el conflicto de Tierra Santa. Una vez pasado el entusiasmo inicial, lo de hacer un corto viaje a las cruzadas pasó a ser una moda, formaba parte de la educación liberal de todo joven de buena familia y nunca faltaban candidatos para servir en Palestina. Pero la pasión había muerto. Los cruzados, que habían empezado la guerra con un odio profundo hacia los musulmanes y un gran amor por los cristianos del Imperio romano de Oriente y Armenia, vieron cambiar sus sentimientos. Empezaron a detestar a los griegos de Bizancio, a los armenios y a los demás pueblos levantinos, que los estafaban y a menudo

traicionaban la causa de la cruz. Poco a poco comenzaron a apreciar las virtudes de los adversarios, que demostraron ser unos contrincantes magnánimos y caballerosos.

Como os podéis imaginar, los cruzados no podían admitir este cambio de actitud en público. Pero, cuando volvían a casa, con frecuencia imitaban las costumbres de sus enemigos religiosos, en comparación de los cuales el caballero occidental medio no era más que un paleta de pueblo. Los caballeros también llevaron a Europa alimentos nuevos, como melocotones y espinacas, que plantaron y cultivaron en sus huertos para consumo propio. Con el tiempo abandonaron la costumbre bárbara de llevar una malla metálica pesada y la cambiaron por ropa de seda o algodón ampulosa, el traje tradicional de los seguidores del profeta que había sido introducido en la zona por los turcos. Al final las cruzadas, que habían empezado como expedición punitiva contra los infieles, se convirtieron en un curso de iniciación a la civilización para millones de jóvenes europeos.

Desde un punto de vista militar y político, las cruzadas fueron un fracaso. Jerusalén y un gran número de ciudades fueron tomadas y perdidas. Se fundó un puñado de pequeños reinos cristianos en Siria, Palestina y Asia Menor, pero fueron reconquistados por los turcos y, en el año 1244, cuando Jerusalén pasó definitivamente a manos turcas, la situación de Tierra Santa era la misma que en 1095.

Sin embargo, Europa había sufrido un gran cambio. Occidente había tenido ocasión de vislumbrar el esplendor y la belleza de

Oriente. Los sombríos castillos ya no podían satisfacer a sus habitantes. Querían una vida más plena. Pero ni la Iglesia ni el Estado se la podían ofrecer. Así que la encontraron en las ciudades.

Capítulo 35

La ciudad medieval.

Por qué en la Edad Media se decía «en la ciudad se respira aire de libertad».

La Alta Edad Media fue una época de exploración y colonización. Nuevos pueblos, que hasta entonces habían vivido al otro lado de los bosques salvajes, las montañas y las marismas que protegían la frontera noroeste del Imperio romano, habían penetrado en las planicies del este de Europa y habían tomado posesión de la mayor parte del territorio. Aquellos pueblos eran incansables, como lo han sido todos los pioneros desde el inicio de los tiempos. Les gustaba estar «al pie del cañón». Igual les daba usar el hacha para talar un árbol que para cortar el cuello a alguien. Casi ninguno quería vivir en las ciudades. Querían ser «libres», les gustaba respirar el aire fresco de las montañas mientras pastoreaban el ganado. Cuando se cansaban de vivir donde estaban, recogían sus cosas y se iban en busca de nuevas aventuras.

Los más débiles morían. Sólo los fornidos guerreros sobrevivían y las valerosas mujeres que seguían a sus jefes hacia lo desconocido. De esta manera se creó una raza de seres fuertes. No les interesaba la vida refinada, estaban demasiado ocupados como para tocar el violín o escribir poemas. No les gustaba la plática. El sacerdote, el «sabio» del pueblo —hay que tener en cuenta que hasta mediados del siglo XIII, a un hombre laico que sabía leer y escribir se lo tenía por «afeminado»— se encargaba de las cuestiones que no tenían un

valor práctico directo. Mientras tanto, los príncipes alemanes, los barones francos, los duques normandos o cualquiera que fuera su título y procedencia ocupaban una parte del territorio que antaño había pertenecido al gran Imperio romano; entre las ruinas de este pasado glorioso construyeron un mundo propio que los satisfacía sobremanera y que consideraban prácticamente perfecto.

Dirigían los asuntos del castillo y del feudo lo mejor que sabían. Obedecían los Diez Mandamientos como cualquier otro ser humano de carne y hueso. Eran lo suficientemente leales al rey o al emperador como para mantener buenas relaciones con aquellos distantes, pero siempre peligrosos, potentados. En resumen, intentaban hacer el bien para con sus vecinos sin descuidar sus intereses. El mundo en el que vivían no era precisamente ideal. Casi todas las personas eran siervos de la gleba, trabajadores de la tierra que formaban parte de ésta, igual que las vacas y las ovejas con quien compartían establo. No eran especialmente felices, pero tampoco infelices. ¿Qué podían hacer? Sin duda, el buen Dios que gobernaba la Edad Media lo había dispuesto todo de la mejor manera. Si Él, con su sabiduría, había decidido que debía haber señores y vasallos, no correspondía a los fieles hijos de la Iglesia cuestionarlo. Así que los siervos no protestaban, pero, si se los trataba duramente, morían como el ganado al que no se da de comer, o no se aloja en un establo adecuado, y entonces había que actuar rápidamente. Ahora bien, si el progreso de la civilización se hubiera dejado en manos de vasallos y señores feudales, aún viviríamos como en el siglo XII: intentaríamos curar el dolor de

muelas con un «abracadabra» y menospreciaríamos al dentista que pretende ayudarnos con su «ciencia», quien seguramente sería musulmán o de otra religión diferente de la cristiana y, por tanto, malévolo e inútil.

Cuando seáis mayores veréis que mucha gente no cree en «el progreso» y os querrán convencer de que «el mundo no cambia», poniendo como ejemplo actos horribles de vuestros contemporáneos. Pero yo espero que no les prestéis mucha atención a quienes hablan así. A nuestros ancestros les costó casi un millón de años aprender a andar sobre las patas traseras. Tuvieron que pasar unos cuantos siglos más para que sus gruñidos animales se convirtieran en un lenguaje comprensible. La escritura (el arte de preservar las ideas en beneficio de las generaciones futuras, sin el cual no es posible el progreso) se inventó hace sólo cuatro mil años. La idea de convertir las fuerzas de la naturaleza en servidores obedientes del ser humano era bastante nueva para nuestros antepasados. De modo que a mí me parece que estamos progresando a un ritmo sin precedentes. Quizá hayamos prestado demasiada atención a mejorar en comodidades físicas, pero esto cambiará con el tiempo y pronto empezaremos a afrontar problemas que no están estrictamente relacionados con la salud, el trabajo, los electrodomésticos y la tecnología en general.

No me gustaría que idealizarais el pasado. Mucha gente sólo se fija en las bellas iglesias y en las grandes obras de arte que la Edad Media nos ha legado y compara con entusiasta elocuencia nuestra fea civilización, sus prisas, sus ruidos y el mal olor del gas de los

coches, con las ciudades de hace mil años. No piensa que las iglesias medievales, en su época, estaban rodeadas de tugurios y que, en comparación a cómo vivían entonces, cualquier pisito de alquiler de la actualidad es como un lujoso palacio de aquella época. Es cierto que el noble Lanzarote del Lago y el igualmente noble Parsifal, el joven héroe que fue en busca del sepulcro de Cristo, no tenían que soportar el olor a gasolina. Pero en aquella época había otros malos olores igualmente insoportables como los de un establo, la materia en estado de descomposición que se abandonaba en plena calle, las pocilgas que rodeaban el palacio del obispo, la gente sucia que había heredado la ropa de sus abuelos y que desconocía los efectos beneficiosos del jabón... Tampoco quiero daros una imagen demasiado desagradable. Pero, cuando uno lee en las crónicas antiguas que el rey de Francia se desmayaba del olor que emanaba de los cerdos que infestaban París al mirar por las ventanas de palacio, o los detalles de una epidemia de peste o de varicela, se empieza a entender que «el progreso» es algo más que un eslogan que usan los publicistas para llamar la atención.

No, el progreso que ha tenido lugar en los últimos setecientos años no habría sido posible sin la existencia de las ciudades. Por tanto, este capítulo será un poco más largo que los anteriores: lo que sucedió es demasiado importante como para resumirlo en tres o cuatro páginas de meros acontecimientos políticos.

Las civilizaciones de Egipto, Babilonia y Asiria fueron civilizaciones urbanas. Grecia era un conjunto de ciudades estado. La historia de Fenicia es la historia de dos ciudades llamadas Sidón y Tiro. El

Imperio romano no era más que una ciudad rodeada de grandes extensiones de terreno. La escritura, el arte, la ciencia, la astronomía, la arquitectura, la literatura y el teatro —la lista es interminable— son productos de la ciudad.

Durante cuatro mil años, el hormiguero de personas que hoy llamamos ciudad fue el taller de la humanidad. Luego llegó la época de las grandes migraciones. El Imperio romano se desvaneció. Las ciudades ardieron y Europa volvió a ser una tierra de pastos y pueblecitos agrícolas. Durante la Alta Edad Media, la cuna de la civilización estuvo inactiva.

Las cruzadas prepararon el terreno para el cultivo. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, los burgueses recogieron el fruto.

Os he hablado de los castillos y de los monasterios, con sus pesadas murallas de piedra, hogar de los caballeros y los monjes, que respectivamente protegían el cuerpo y el alma de las personas. Os he explicado que algunos artesanos (carniceros, panaderos y fabricantes de velas) se instalaron cerca del castillo para atender las necesidades de su señor y protegerse en caso de peligro. A veces, el señor feudal permitía que sus vasallos rodeasen su casa con una valla, pero seguían dependiendo de la buena voluntad del poderoso señor del castillo. Cuando éste salía, debían arrodillarse ante él y besarle la mano.

Entonces llegaron las cruzadas y cambiaron muchas cosas. Los movimientos migratorios habían trasladado a la gente desde el noreste hacia el oeste. Las cruzadas llevaron a millones de personas desde el oeste hacia las regiones altamente civilizadas del sureste,

quienes descubrieron que había todo un mundo tras las murallas de su pequeño asentamiento. Empezaron a apreciar la calidad de la ropa, las comodidades de la casa, la gastronomía, los productos del misterioso Oriente... Cuando volvieron al hogar, empezaron a demandar todos aquellos artículos. El buhonero que iba con el fardo al hombro —el único comerciante de la Alta Edad Media— empezó a llevar esos productos con los de siempre, se compró un carro, contrató a algunos ex cruzados para que lo protegieran de la ola de crimen que siguió a aquella gran guerra internacional y se dispuso a hacer negocios a mayor y más moderna escala. El suyo no era un negocio tranquilo. Cada vez que entraba en los dominios de un señor feudal debía pagar peaje e impuestos. Pero el negocio era rentable igualmente y el buhonero seguía haciendo su ruta.

Con el tiempo, algunos de los comerciantes más emprendedores se dieron cuenta de que los productos que siempre habían importado de muy lejos se podían hacer más cerca. De este modo convirtieron una parte de su casa en taller. Dejaron de ser comerciantes para ser artesanos. No sólo vendían sus artículos al señor feudal y al abate del monasterio, sino que también los exportaban a las ciudades más cercanas. El señor feudal y el abate le pagaban con productos del campo: huevos, vino y miel —este último artículo era imprescindible porque, como no había azúcar, se usaba para endulzarlo todo—. Pero los habitantes de las ciudades pagaban con dinero, y así los artesanos y los comerciantes empezaron a poseer pequeñas piezas de oro, lo cual cambió por completo su posición en la sociedad de la Alta Edad Media.

Para vosotros es difícil imaginar un mundo sin dinero. En las ciudades modernas no se puede vivir sin él. Vamos todo el día de aquí para allá, con el bolsillo lleno de pequeños discos de metal que sirven para pagar cualquier producto o servicio. Necesitáis dinero para pagar el autobús, la merienda y el diario. En cambio, la mayoría de las personas que vivieron en la Alta Edad Media no vio una sola moneda en su vida. El oro y la plata de Grecia y Roma quedaron enterrados bajo las ruinas de sus ciudades. El mundo de las migraciones que sucedió al Imperio era un mundo agrícola. Los campesinos tenían grano, ovejas y vacas suficientes para satisfacer sus necesidades y no tenían que comprar nada.

El caballero medieval era un terrateniente y raramente tenía que pagar nada con dinero. Sus tierras producían todo lo que su familia y él comían, bebían y vestían. Con el barro del río, los vasallos habían fabricado los ladrillos para construir su casa. Los troncos que hacían de vigas en el vestíbulo provenían de los bosques feudales. Los pocos artículos que compraba fuera los pagaba en especias: miel, huevos, leña...

Pero las cruzadas transformaron la rutina de la vida agrícola de manera drástica. Suponed que el duque de Hildesheim se iba a Tierra Santa y debía viajar miles de kilómetros. Tenía que pagar el pasaje y las noches en la posada. En su feudo podía pagar con productos de la tierra, pero no era posible llevar 100 docenas de huevos y un carro de jamones para satisfacer la avaricia del capitán de barco de Venecia ni del posadero del paso del Breñero. Aquellos hombres querían dinero, de manera que su señoría estaba obligado

a llevar consigo cierta cantidad de oro para el viaje. El problema era, ¿dónde conseguir aquel oro? Lo podía pedir prestado a los lombardos, descendientes de los longobardos, que se convirtieron en prestamistas profesionales y que, sentados en sus casas de cambio (llamadas «bancos»), estarían encantados de dejarle algunos cientos de monedas de oro si respondía del pago de la deuda con sus propiedades, en caso de que su excelencia muriese a manos de los turcos.

Aquél era un negocio arriesgado para el prestatario. Al final, los lombardos acabarían quedándose con las propiedades y el caballero, arruinado, se tendría que hacer mercenario de algún vecino más rico y prudente.

Su señoría también podía dirigirse al barrio de la ciudad donde se obligaba a vivir a los judíos. Allí podía pedir prestado dinero a un interés del cincuenta o sesenta por ciento. Claro que aquello era igualmente arriesgado. ¿Qué podía hacer, entonces? Se rumoreaba que algunos de los que vivían alrededor del castillo tenían dinero. Conocían al joven caballero de toda la vida. Sus padres habían sido buenos amigos. No lo exprimirían. Muy bien, pues. El contable de su señoría, un monje que sabía escribir y llevarle las cuentas, envió una nota a los comerciantes más reputados y les pidió un pequeño préstamo. Los comerciantes de la ciudad se reunieron en el taller del platero, donde hacía cálices para las iglesias cercanas, a discutir la petición de su excelencia. No se podían negar. Tampoco le podían pedir «un interés». En primer lugar porque estaba en contra de los principios religiosos de la mayoría de ellos y, en segundo lugar,

porque se lo pagaría>en productos agrícolas, que los comerciantes ya tenían en abundancia.

«Pero», intervino el sastre que se pasaba el día sentado en la tranquilidad de su taller y era algo filósofo, «le podríamos pedir un favor a cambio del dinero. A todos nos gusta pescar, pero su señoría no nos deja pescar en su río. Le podríamos dejar los 100 ducados que pide a cambio de que nos diese por escrito un permiso para pescar lo que queramos en sus ríos. Así él tendría los ducados que pide, nosotros los pescados y todos contentos».

El día en que su excelencia aceptó aquella propuesta aparentemente inofensiva —parecía una manera bien fácil de obtener 100 monedas de oro, ¿no?—, sin saberlo firmó su sentencia de muerte. El contable redactó el pacto. Su señoría puso el sello —como no sabía escribir, no podía firmar—, y se fue hacia Tierra Santa. Dos años después volvió con los bolsillos vacíos y la gente del pueblo estaba pescando en el estanque del castillo. Ver a aquellos pescadores silenciosos molestó a su señoría. Le ordenó al paje que los echara. Los pescadores se fueron, pero aquella noche una delegación de mercaderes se acercó al castillo. Fueron muy educados. Dieron la bienvenida a su excelencia, se alegraban de que hubiera vuelto sano y salvo. Sentían que a su señoría le hubiesen molestado los pescadores, pero le recordaron que él mismo les había dado permiso para pescar. Entonces el sastre le mostró el papel sellado que había estado a buen recaudo, en la caja fuerte del platero, desde que el señor feudal se había ido a Tierra Santa.

Su señoría se enfureció. Y es que de nuevo se hallaba en una necesidad urgente de dinero. En Italia había puesto su sello en ciertos documentos que ahora estaban en manos de Silvestre de Médici, el conocido banquero. Aquellos documentos eran «pagarés» y vencían al cabo de dos meses. En total debía 340 libras de oro flamenco. En aquellas circunstancias, el caballero no podía dar rienda suelta a la ira que inundaba su corazón y su alma de noble. En lugar de esto, pidió otro préstamo de 345 libras de oro. Los mercaderes se retiraron a pensarlo.

Tres días más tarde, los mercaderes volvieron con un «sí». Se sentían muy dichosos de poder ayudar a su señor en tal difícil situación, pero a cambio de las 345 libras de oro querían otro documento para poder constituir un consejo que pudiese decidir sobre asuntos sociales sin interferencia del castillo, los miembros del cual serían elegidos por los comerciantes y villanos.

Su señoría estaba hecho una furia. Pero necesitaba el dinero, así que accedió y firmó el documento. Al cabo de una semana se arrepintió. Llamó a sus soldados, se fue con ellos a casa del platero y pidió que le devolvieran los documentos que sus astutos súbditos habían conseguido que firmara engatusándolo y aprovechándose de las circunstancias. Se los llevó y los quemó. Los burgueses no dijeron nada. Pero, cuando su excelencia necesitó dinero para la dote de su hija, no le dieron ni un penique. Tras el incidente en casa del platero había perdido todo el crédito. Entonces tuvo que humillarse y hacer concesiones. Antes de entregarle la suma estipulada, los burgueses volvían a tener en sus manos los

documentos anteriores y uno nuevo que les permitía construir un «ayuntamiento» y un torreón donde poder guardarlos y protegerlos del robo y el fuego, o sea, protegidos del señor feudal y de su ejército.

De manera simplificada, esto es lo que sucedió en los siglos posteriores a las cruzadas. La transferencia de poder del castillo a la ciudad fue un proceso lento. Hubo luchas. Murieron unos cuantos sastres y algunos plateros, y cierto número de castillos fue incendiado. Pero no era lo más frecuente. En realidad, las ciudades se enriquecieron y los señores feudales empobrecieron casi imperceptiblemente. Para sobrevivir, los señores tenían que cambiar documentos que ampliaban las libertades civiles por dinero. Las ciudades crecieron. Ofrecieron asilo a siervos fugitivos que llevaban algunos años viviendo dentro de las murallas de la ciudad. Empezaron a atraer a todas las personas emprendedoras de la región. Los burgueses se sentían orgullosos de su nueva importancia y expresaron su poder construyendo iglesias y edificios públicos alrededor de la plaza del mercado donde siglos antes tenía lugar el intercambio de huevos, ovejas, miel y sal. Querían que sus hijos tuvieran más oportunidades de las que ellos habían tenido, así que contrataron a monjes para que fueran a la ciudad a enseñar. Cuando se enteraban de que alguien sabía pintar, le ofrecían una pensión para que fuese a cubrir las paredes de las capillas y el ayuntamiento con escenas de las Sagradas Escrituras.

Mientras tanto, su señoría, encerrado en la monotonía y la desolación de su castillo, veía el esplendor de los nuevos ricos y se

dio cuenta de lo que había hecho el día en que había cedido el primero de sus derechos soberanos. Pero ya no podía volver atrás. Con las arcas repletas, los burgueses se burlaban de él. Eran hombres y mujeres libres, preparados para luchar por lo que habían conseguido con el sudor de su frente tras un conflicto que había durado más de diez generaciones.

Capítulo 36

El autogobierno medieval

Los burgueses proclamaron su derecho a ser escuchados en los consejos reales de sus respectivos países.

Cuando el ser humano había sido «nómada», pastor errante, todos los hombres eran iguales y compartían la responsabilidad de garantizar el bienestar y la seguridad de la comunidad.

Pero, al volverse sedentario, algunos se hicieron ricos y otros pobres. En aquel momento, era muy probable que el gobierno cayese en manos de quienes no necesitaban trabajar para poder comer y se podían dedicar a la política.

Ya os he explicado que esto es lo que ocurrió en Egipto, Mesopotamia, Grecia y Roma. Pues bien, también sucedió en Europa occidental en cuanto se restableció el orden. A lo alto de la pirámide del Gobierno se encontraba el emperador, escogido por siete u ocho de los reyes más importantes del Sacro Imperio romano germánico, que tenía cierta autoridad simbólica pero poco poder en la práctica. Además, los tronos eran inestables. El Gobierno efectivo estaba en manos de los miles de señores feudales que había en aquella época. Sus vasallos eran campesinos o siervos. Había muy pocas ciudades. Casi no existía la clase media. Sin embargo, en el siglo XIII, tras una ausencia de casi mil años, la clase media (los comerciantes) volvió a aparecer en escena y su aumento de poder, como hemos visto en el capítulo anterior, implicó una disminución de la influencia del castillo.

Hasta entonces, el rey, al gobernar sus dominios, sólo había prestado atención a los deseos de nobles y obispos. Pero el mundo comercial que surgió con las cruzadas lo obligó a reconocer a la clase media si no quería quedarse con las arcas vacías. En realidad, su majestad deseaba del mismo modo consultar sus decisiones con los burgueses que con sus vacas y sus cerdos, pero no tuvo más remedio. Los reyes se tragaron aquella píldora dorada y amarga a la vez. Y no penséis que por ello dejaron de oponer resistencia.

Durante la ausencia de Ricardo I *Corazón de León* —que había partido a Tierra Santa, pero que pasó gran parte del tiempo en una cárcel austríaca—, el Gobierno de Inglaterra estuvo en manos de su hermano Juan *sin Tierra*, que no era tan bueno en el arte de la guerra, pero sí igual de nefasto en la administración. Juan empezó su regencia perdiendo Normandía y la mayor parte de sus posesiones en Francia. Luego consiguió entrar en conflicto con el papa Inocencio III, enemigo famoso de los Hohenstaufen. El Papa excomulgó a Juan igual que Gregorio VII había excomulgado al emperador Enrique IV casi dos siglos atrás. En 1213, Juan se vio obligado a firmar un tratado de paz ignominioso como le había pasado a Enrique IV en el año 1077.

En absoluto amedrentado por sus fracasos, Juan continuó abusando del poder real hasta que sus vasallos, hartos ya, lo hicieron prisionero y le obligaron a prometer que sería bueno y que nunca volvería a apropiarse de los derechos de sus súbditos. Esto sucedió en una pequeña isla situada en el río Támesis, cercana a la villa de Runnymede, el 15 de junio de 1215. El documento que Juan

firmó recibió el nombre de Gran Cédula, o Carta Magna. Aunque no decía nada nuevo, recordaba en frases cortas y directas los deberes del rey y los derechos de los vasallos. En realidad, el documento pasaba por alto los derechos —si es que tenían alguno— del grupo más numeroso de ciudadanos, los campesinos, pero ofrecía algún privilegio a la clase emergente de comerciantes. La Carta Magna fue muy importante porque nunca antes se habían definido los poderes del rey con tanta precisión. De todos modos, seguía siendo un documento puramente medieval. No mencionaba a las personas corrientes, excepto que fuesen propiedad del vasallo y por tanto tuviesen que ser protegidas contra la tiranía real lo mismo que se protegían los bosques señoriales y las vacas del exceso de poder por parte de los guardabosques reales.

Sin embargo, algunos años más tarde las reuniones del Consejo de Su Majestad empezaron a tener un tono diferente.

Juan, que era malo por naturaleza, había prometido solemnemente obedecer la Carta Magna y luego había roto cada uno de sus múltiples pactos. Afortunadamente, murió pronto y fue sucedido por su hijo Enrique III, quien tuvo que reconocer la validez del documento. Mientras tanto, tío Ricardo, el cruzado, había costado mucho dinero al país y el rey tuvo que pedir algunos préstamos para pagar las deudas que éste había contraído con los prestamistas judíos. Los grandes terratenientes y los obispos que formaban el Consejo no tenían oro y plata suficiente. El rey ordenó que algunos representantes ciudadanos fueran convocados a las sesiones del Gran Consejo. Su primera aparición en las reuniones

se produjo en 1265. Teóricamente debían actuar como consejeros financieros que no podían tomar parte en la discusión de los asuntos de Estado, sino dar su opinión en cuestiones tributarias.

Pero, con el tiempo, los representantes de los «comunes» empezaron a ser consultados sobre problemas diversos y las reuniones de nobles, prelados y delegados ciudadanos se convirtieron en un «parlamento», el sitio où *l'on parlait*, es decir, donde se parlamentaba antes de tomar importantes decisiones de Estado. Ahora bien, este Consejo General Consultivo, con ciertos poderes ejecutivos, no fue una creación inglesa como se suele decir, porque el Gobierno «de rey y parlamento» no estaba ni mucho menos restringido a las islas Británicas. Se dio en todas partes de Europa. En algunos países como Francia, el aumento de poder real tras la Edad Media redujo la influencia del Parlamento a la mínima expresión. En 1302, los representantes de las ciudades habían sido admitidos en el Parlamento francés, pero tuvieron que pasar casi quinientos años antes de que dicha institución tuviera la facultad de representar plenamente los derechos de la clase media, el llamado Tercer Estado, y acabar con el poder del rey. Claro que entonces recuperaron el tiempo perdido y con la Revolución francesa abolieron la realeza, la nobleza y el clero de un solo golpe, y los representantes del pueblo pasaron a gobernar el país. En España, las Cortes estaban abiertas a la presencia de la plebe desde mediados del siglo XII, una época muy temprana. En el Imperio germánico, unas cuantas ciudades importantes fueron elevadas al

rango de «ciudades imperiales» y sus representantes estaban facultados para intervenir en la Dieta Imperial.

En Suecia, los representantes del pueblo asistieron por primera vez a las sesiones del Riksdag en 1359. En Dinamarca, la Daneholf, la antigua Asamblea nacional, fue restablecida en 1314 y, a pesar de que los nobles solían recobrar poder a expensas del rey y del pueblo, los representantes de las ciudades nunca lo perdieron todo.

En Escandinavia, la historia del gobierno representativo es particularmente interesante. En Islandia, el Althing, la Asamblea de todos los propietarios de tierras libres que dirigía los asuntos de la isla, empezó a reunirse en el siglo IX y continuó haciéndolo durante más de mil años.

En Suiza, los hombres libres de los diferentes cantones defendieron sus asambleas con gran éxito de los asaltos de los señores feudales vecinos.

Y, finalmente, en los Países Bajos, concretamente en Holanda, los consejos de los diferentes ducados y condados contaban con representación del Tercer Estado desde el siglo XIII.

En el siglo XVI, unas cuantas de estas provincias se rebelaron contra el rey Felipe II, abjuraron de su majestad en una reunión solemne de los Estados Generales, echaron al clero de la Asamblea, acabaron con el poder de los nobles y asumieron toda la autoridad ejecutiva de la recién establecida República de las Provincias Unidas. Los representantes de las ciudades gobernaron el país durante dos siglos sin rey, sin clero y sin nobles. La supremacía

correspondía a la ciudad y los burgueses se habían hecho con el control de la tierra.

Capítulo 37

El mundo medieval

Qué pensaban en la Edad Media del mundo en que les había tocado vivir.

Las fechas son muy importantes. No podríamos hablar de historia sin su ayuda, pero debemos ser cautos porque, si no, pueden jugarnos una mala pasada. Y es que son demasiado precisas. Cuando se dice que Roma cayó en el año 476 y que el suceso marcó el inicio del Medievo, no significa que el día 31 de diciembre de ese año los europeos, antes de irse a dormir, dijeran: «Bueno, por fin se ha acabado el Imperio romano y ya vivimos en la Edad Media. ¡Qué bien!».

Por ejemplo, en la corte franca de Carlomagno no habría sido extraño encontrar a personas que eran romanas en sus formas, sus costumbres y su manera de ver la vida. Por otra parte, cuando seáis mayores, veréis que en este mundo hay gente que aún vive en la época de las cavernas. Las épocas y los períodos se superponen y las ideas pasan de generación en generación. Pero aun así es posible estudiar la mentalidad de un grupo de representantes de la Edad Media y saber qué pensaba la gente en general y qué problemas tenía.

Para empezar, las personas del Medievo no se consideraban ciudadanos libres que podían circular a voluntad y modelar su destino según sus capacidades o su suerte. Al contrario, creían que formaban parte de un entramado compuesto de emperadores y

siervos, papas y heréticos, héroes y farsantes, ricos y pobres, mendigos y ladrones. Aceptaban el orden divino de las cosas y no se hacían preguntas. En esto se diferenciaban radicalmente de la gente de hoy, que no acepta nada sin cuestionárselo y siempre intenta mejorar su situación política y económica.

Para los hombres y las mujeres del siglo XIII, el paso a la otra vida (a un cielo repleto de delicias o a un infierno de azufre y sufrimiento) no era metafórico ni una invención de los teólogos. Era real y, tanto los burgueses como los caballeros medievales, pasaban gran parte de la vida preparándose para ello. En la actualidad encaramos una muerte digna tras una vida bien llevada con la tranquilidad de espíritu de los griegos y los romanos antiguos. Tras muchos años de trabajo y esfuerzo, nos vamos a dormir pensando que todo irá bien. Pero, durante la Edad Media, la muerte, con su calavera sonriente y sus huesos chirriantes, acompañaba a la gente allá donde fuera. Despertaba a sus víctimas con la música escalofriante de un violín desafinado, se sentaba con ellas a la mesa, se escondía tras los árboles y los arbustos y sonreía a las muchachas cuando salían por el bosque. Si cuando erais pequeños sólo os hubieran contado historias de terror sobre cementerios, ataúdes y enfermedades terribles, en vez de cuentos de Andersen y los hermanos Grimm, vosotros también le tendríais miedo a la muerte y al espantoso día del Juicio final. Esto le pasaba a los niños de la Edad Media. Vivían en un mundo infestado de demonios y fantasmas en el que sólo había unos pocos ángeles. A algunos hombres, el miedo al futuro les colmaba el alma de modestia y devoción, pero a la mayoría los volvía

cruels y los privaba de la razón. Estos hombres capturaban ciudades, asesinaban a mujeres y niños y, luego, se dirigían con devoción a un lugar sagrado donde, con las manos manchadas de sangre inocente, rezaban para que un Dios misericordioso les perdonase los pecados. No sólo se limitaban a orar, sino que también derramaban lágrimas amargas y se confesaban culpables de pecados terribles. Pero al día siguiente cometían otra matanza en el campo de los sarracenos sin sentir una brizna de compasión en el corazón.

Claro que los cruzados eran caballeros y obedecían a un código de comportamiento diferente al del resto de las personas, pero en esto el siervo era igual que el señor. Ambos eran como caballos asustadizos que temían a una sombra o a un absurdo pedazo de papel; ambos eran capaces de actuar con gran valentía y lealtad, así como de salir corriendo y causar un daño terrible cuando su imaginación fervorosa les hacía ver un fantasma.

Sin embargo, al juzgar a esta buena gente, no hay que olvidar las terribles condiciones en las que vivían. En realidad eran unos bárbaros que se hacían pasar por civilizados. Carlomagno y Otón *el Grande* recibieron el título de emperadores romanos, pero en verdad no eran más que unos salvajes que vivían entre las ruinas de un pasado glorioso. No heredaron los conocimientos de la civilización porque sus padres y sus abuelos la habían destruido. No sabían nada. Ignoraban muchísimas cosas que hoy saben todos los niños. Sus fuentes de información se limitaban a un único libro: la Biblia. La Biblia ha influido positivamente en la historia del ser humano

gracias a los capítulos del Nuevo Testamento que nos dan grandes lecciones morales de amor, caridad y perdón. Ahora bien, como manual de astronomía, zoología, botánica, geometría y otras ciencias naturales, el venerable libro no es fiable. Hasta el siglo XII, no hubo otra obra en la biblioteca medieval, época en la que se añadió la gran enciclopedia de conocimiento práctico recogido por Aristóteles, el filósofo griego del siglo IV a. C. La verdad es que no llego a comprender por qué la Iglesia concedió tan alto honor al maestro de Alejandro Magno a la vez que condenaba a todos los demás filósofos griegos por sus doctrinas paganas, pero el caso es que, junto a la Biblia, Aristóteles fue considerado el único maestro fiable y sus obras las únicas que podían ponerse en manos de los cristianos.

Los escritos de Aristóteles llegaron a Europa tras un largo periplo. Habían pasado de Grecia a Alejandría, donde fueron traducidos del griego al árabe por los musulmanes que habían conquistado Egipto en el siglo VII. Más tarde, el ejército islámico había desembarcado en la península ibérica, donde los trabajos del gran estagirita (Aristóteles era oriundo de Estagira, Macedonia) se enseñaron en las universidades musulmanas de Córdoba. Luego el texto árabe fue traducido al latín por los estudiantes cristianos que habían cruzado los Pirineos en busca de una educación liberal en aquellas universidades y, finalmente, los famosos libros llegaron a las diferentes escuelas del noroeste de Europa. Después de tan largo viaje, los textos no resultaban muy claros, pero eso los hacía mucho más interesantes.

Con la ayuda de la Biblia y de Aristóteles, las mentes más brillantes de la Edad Media se dispusieron a explicar todo lo que sucedía, por deseo expreso de Dios, entre el cielo y la tierra. Estos hombres, llamados escolásticos, «hombres de escuela», eran muy inteligentes, pero aprendían exclusivamente de los libros y nunca de la observación directa. Si tenían que dar una clase sobre esturiones o gusanos, se leían el Antiguo Testamento, el Nuevo testamento y a Aristóteles. Luego explicaban a sus alumnos lo que estos entrañables libros decían sobre tales animales. No salían de la biblioteca para ir a un río a pescar un esturión. No se les ocurría que en el jardín tenían gusanos y que, por tanto, podían estudiarlos en su medio natural. Ni los sabios de la talla de san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino se preguntaron si los esturiones de Palestina y los gusanos de Macedonia podían haber sido diferentes de los esturiones y los gusanos de Europa occidental. En las ocasiones en que en el consejo de sabios aparecía alguna persona excepcionalmente curiosa, como Roger Bacon, que empezaba a experimentar con lupas y extraños telescopios diminutos e incluso llevaba un esturión o un gusano al aula y demostraba que eran diferentes de los animales descritos en la Biblia y en los libros de Aristóteles, los escolásticos fruncían el ceño. Bacon iba demasiado lejos. Cuando se atrevió a afirmar que una hora de observación directa era de más utilidad que diez años estudiando la obra de Aristóteles e insinuó que, por él, los libros del famoso griego se hubieran podido quedar sin traducir porque no habían hecho ningún bien, los escolásticos fueron a la policía y lo denunciaron

diciendo: «Este hombre es un peligro para la seguridad del Estado. Quiere que estudiemos griego para que leamos a Aristóteles en versión original. ¿Por qué ha de dudar de la traducción árabe-latina que ha satisfecho a los fieles durante tantos siglos? ¿Por qué siente tanta curiosidad por las tripas de los peces y de los insectos? Probablemente sea un brujo malévolo que quiera cambiar el orden establecido de las cosas con su magia negra». Argumentaron tan bien su causa que los atemorizados guardianes del orden prohibieron a Bacon escribir una sola palabra durante diez años. El aprendió bien la lección. Cuando volvió al trabajo, escribió sus obras en un lenguaje codificado que sus contemporáneos no podían leer, un truco que se extendió a medida que la Iglesia empezó a aplicar desesperadamente remedios para que la gente no se preguntara cosas que conducían a la duda y la herejía.

Ahora bien, la Iglesia no actuaba por un malévolo deseo de mantener a la gente en la ignorancia. Los cazadores de herejes se movían por caridad. Creían firmemente —sabían— que la vida terrenal no era más que una preparación para la siguiente. Estaban convencidos de que saber demasiado provocaba infelicidad, conducía a pensamientos peligrosos y a la duda y, por tanto, a la perdición. Si un escolástico medieval veía que uno de sus pupilos se apartaba de la Biblia y de Aristóteles para estudiar por sí mismo, se sentía como una madre llena de amor que ve que su hijo se acerca a una estufa encendida. La madre sabe que el niño se quemará si ella deja que la toque e intenta por todos los medios que no lo haga; si es necesario, incluso usará la fuerza. La madre realmente quiere

mucho a su hijo y, si la obedece, lo colmará de amor y cariño. Análogamente, los guardianes medievales de las almas humanas eran muy estrictos en los asuntos relacionados con la fe, pero trabajaban incansablemente en beneficio de la comunidad cristiana. Ayudaban a los demás siempre que podían y había miles de hombres buenos y mujeres piadosas que intentaban que la vida de los mortales fuera lo más llevadera posible.

Un siervo era un siervo, y eso no podía cambiar. Pero el buen Dios de la Edad Media, que permitía que un siervo fuera esclavo toda su vida, había dado un alma inmortal a aquella humilde criatura y, por tanto, sus derechos debían ser protegidos para que pudiera vivir y morir como un buen cristiano. Cuando envejecía o le fallaban las fuerzas para trabajar, su señor feudal se tenía que hacer cargo de él. En consecuencia, el siervo que llevaba una vida monótona y pesada nunca temía el mañana. Sabía que estaba protegido, que no se quedaría sin trabajo, que siempre tendría un techo bajo el que dormir —un techo con goteras, quizá, pero un techo— y que nunca le faltaría de comer.

Esta estabilidad y seguridad se encontraba en todas las capas de la sociedad. En las ciudades, los comerciantes y los artesanos establecieron gremios que garantizaban a todos sus miembros un salario fijo. Los gremios no estimulaban a los ambiciosos a ir más lejos que los demás; al contrario, muchas veces permitían que los gaudules fueran tirando. Pero consiguieron establecer un sentimiento general de satisfacción y seguridad en las clases trabajadoras que no existe en nuestra actual y competitiva

sociedad. En la Edad Media conocían los peligros de lo que hoy llamamos «monopolios», sabían lo que era que un único hombre rico controlase todo el grano, el jabón o los arenques disponibles y obligase a todo el mundo a pagar cualquier precio. Por esta razón, las autoridades ponían trabas al comercio a gran escala y regulaban el precio al que los comerciantes podían vender sus productos. En la Edad Media, no gustaba la competición. ¿Para qué iban a competir y llenar el mundo de prisas, rivalidades y multitud de personas que se empujan las unas a las otras cuando el día del Juicio final estaba tan cercano, un día en que las riquezas no servirían de nada, el buen siervo entraría en el cielo por unas puertas doradas y el cruel caballero sería enviado a hacer penitencia en lo más profundo del infierno? En definitiva, a los habitantes de la Edad Media se les pedía que cediesen parte de su libertad de acción y pensamiento a cambio de protección contra la pobreza de cuerpo y alma.

Y, salvo contadas excepciones, no se oponían. Creían firmemente que en este mundo estaban de visita, que se preparaban para la vida eterna. Volvían la espalda deliberadamente a un mundo lleno de sufrimiento, desgracias e injusticias. Bajaban las persianas para que los rayos del Sol no los distrajeran de la lectura del capítulo del Apocalipsis que les narraba que una luz celestial iba a iluminar su felicidad durante toda la eternidad. Cerraban los ojos a todos los placeres de este mundo para poder disfrutar de los que los aguardaban en un futuro cercano. Consideraban que la vida era un

mal necesario y daban la bienvenida a la muerte por ser el principio de la gloria.

Los griegos y los romanos nunca se preocuparon del más allá e intentaron crear el paraíso en este mundo. Consiguieron hacer la vida extremadamente agradable para aquellos que no eran esclavos. En la Edad Media se pasó al otro extremo: el ser humano había construido el paraíso más allá de las nubes y había hecho de este mundo un valle de lágrimas para todo el mundo, ricos y pobres, listos y tontos. Hasta que un día el péndulo cambió de dirección, como os contaré en el siguiente capítulo.

Capítulo 38

El comercio medieval.

Las cruzadas volvieron a hacer del Mediterráneo un centro comercial y las ciudades de la península itálica se convirtieron en los centros de distribución del comercio con Asia y África

Había tres razones de peso para que las ciudades italianas fueran las primeras en recobrar una posición de importancia en la Baja Edad Media. En primer lugar, la península itálica perteneció a Roma desde una fecha muy temprana y, por tanto, allí había más carreteras, más ciudades y más escuelas que en ningún otro lugar de Europa. Los bárbaros habían arrasado Italia con la misma saña con que habían actuado en otros sitios, pero allí había tanto que destruir que pudieron salvarse muchas más cosas.

En segundo lugar, el Papa vivía en Roma y, como cabeza de un vastísimo ente político, que poseía tierras, siervos, edificios, bosques, ríos y un sistema judicial propio, constantemente llegaba a sus arcas una gran cantidad de dinero. A las autoridades papales había que pagarles en oro y plata, como a los mercaderes y armadores de Venecia y Génova. Las vacas, los huevos, los caballos y los demás productos agrícolas y ganaderos del norte y del oeste debían convertirse en dinero contante y sonante para pagar al Papa en la lejana ciudad de Roma. Por eso Italia pasó a ser el lugar de Europa donde había más oro y plata.

En tercer lugar, los cruzados que iban a Tierra Santa embarcaban en ciudades italianas y éstas se aprovecharon de tal circunstancia hasta límites insospechados.

Cuando acabaron las cruzadas, esas mismas ciudades italianas pasaron a ser los centros de distribución de los productos orientales de los que los europeos habían empezado a depender durante el tiempo que habían pasado en Asia.

De aquellas ciudades, pocas eran tan famosas como Venecia. Venecia era una república construida sobre un archipiélago en el que la gente del continente se había refugiado de las invasiones de los bárbaros en el siglo IV. Rodeados de mar por los cuatro costados, los venecianos se dedicaron al negocio de la producción de sal. La sal era muy escasa en la Edad Media y se vendía a un precio muy alto. Durante siglos, Venecia gozó de un monopolio sobre este producto de mesa indispensable —y digo indispensable porque las personas, como las ovejas, caen enfermas si no ingieren cierta cantidad de sal en la comida—. Los venecianos aprovecharon el monopolio para aumentar el poder de la ciudad. En algunas ocasiones, incluso se atrevieron a desafiar el poder de los papas. La urbe se volvió rica y tenían barcos que les permitieron emprender el comercio con Oriente. Durante la época de las cruzadas, aquellos barcos se habían usado para transportar cruzados a Tierra Santa. Lo que sucedía era que, si los pasajeros no podían pagar el trayecto con dinero, se veían obligados a luchar en nombre de los venecianos, que incrementaban así el número de colonias que poseían en el mar Egeo, Asia Menor y Egipto.

A finales del siglo XIV, la población de Venecia llegaba a los doscientos mil habitantes, lo cual la convertía en la mayor ciudad de la Edad Media. El pueblo no tenía influencia alguna en el liderazgo de la ciudad, el cual estaba en manos de un número reducido de familias de mercaderes ricos. Estas escogían a los senadores y al dux (príncipe o magistrado), pero, en realidad, los verdaderos dirigentes eran los miembros del famoso Consejo de los Diez, que se mantenían en el poder gracias a una red de espías y matones altamente organizada que vigilaba a todos los ciudadanos y que hacía desaparecer con la máxima discreción a quienes pudieran ser peligrosos para la seguridad del arrogante y sin escrúpulos Comité de Seguridad Pública.

En cambio, en Florencia se daba una forma de gobierno diametralmente opuesta a la anterior. Allí había una democracia, aunque de costumbres turbulentas. Esta ciudad controlaba la principal carretera que unía el norte de Europa con Roma e invertía en la manufactura el dinero que recaudaba gracias a tan afortunada posición. Los florentinos intentaban seguir el ejemplo de Atenas. Así como los nobles y los eclesiásticos, los miembros de los gremios tomaban parte en las discusiones de los asuntos de la ciudad, lo cual llevaba a grandes convulsiones sociales. La población de Florencia estaba dividida en partidos políticos que luchaban entre sí sin piedad, que exiliaban a los adversarios y les confiscaban las posesiones en cuanto les ganaban la batalla en el Consejo. Tras diversos siglos de gobierno en manos de las mafias organizadas, pasó lo inevitable. Una familia potentada subió al poder y se

dispuso a gobernar la ciudad y el territorio que la rodeaba a la manera de los antiguos tiranos griegos. Era la familia Médici, una familia de banqueros llamada así porque sus fundadores fueron médicos. Tenían bancos y casas de empeño en las ciudades comerciales más importantes de Europa. Tal fue su relevancia que, en la actualidad, en la puerta de las casas de empeño de países como Estados Unidos, aún se pueden ver las tres bolas doradas que aparecían en el escudo de armas de la gran casa de los Médici, cuyos miembros gobernaron Florencia, casaban a sus hijas con los reyes de Francia y eran enterrados en tumbas dignas de un emperador romano.

También estaba Génova, la gran rival de Venecia, cuyos mercaderes se especializaron en el comercio con Túnez y con los grandes centros de grano del mar Negro. Y luego había unas doscientas ciudades más, algunas grandes, otras pequeñas, cada una de las cuales constituía una unidad comercial perfecta, todas luchando entre ellas movidas por la eterna rivalidad de los vecinos que se privan unos a otros de un beneficio.

Una vez que llegaban a las ciudades italianas, los productos procedentes de Oriente y África eran distribuidos hacia el oeste y el norte de Europa.

Génova los transportaba por mar a Marsella, donde tomaban otro barco con el que remontaban el río Ródano hasta los puertos fluviales que servían a las regiones del oeste y el norte de Francia.

En Venecia emprendían una ruta terrestre que los llevaba al norte de Europa. El transporte se realizaba por la antigua carretera que

cruzaba los Alpes por el paso del Breñero, aquel que antaño cruzaban los bárbaros para invadir Italia. Una vez en Innsbruck, la mercancía era transportada hasta Basilea. Allí embarcaba de nuevo y bajaba por el Rin hasta el mar del Norte e Inglaterra o se llevaba a Augsburgo, donde la familia Fugger (una familia de banqueros y empresarios que prosperó en gran parte porque raspaba las monedas con que pagaba a los trabajadores) se encargaba de conducirla a Nüremberg, Leipzig, las ciudades del Báltico y Visby (isla Gotland), que proveía a las ciudades del norte del Báltico y comerciaba directamente con la República feudal de Nóvgorod, el antiguo centro comercial de Rusia que fue destruido por Iván *el Terrible* a mediados del siglo XVI.

Las pequeñas ciudades de la costa noroeste de Europa contaban con una interesante historia propia. En la Edad Media se comía mucho pescado. La Iglesia prescribía muchos días de ayuno en los que no se podía comer carne. Aquellos que vivían lejos de la costa o de los ríos, sólo comían huevos o ayunaban. En el siglo XIII, un pescador holandés descubrió una manera de curar arenques que permitía que pudieran ser transportados a lugares lejanos, así que los grandes bancos de arenques del mar del Norte cobraron mucha importancia. Pero, en algún momento de aquel siglo, este pececillo tan útil emigró al Báltico, y las ciudades de este mar empezaron a hacer dinero. Toda la flota pesquera se lanzó a la captura del arenque y, como este pez sólo puede pescarse durante unos pocos meses al año (el resto del tiempo lo pasa en aguas profundas, procreando), los barcos habrían estado mucho tiempo anclados en

puerto si no hubieran encontrado otra ocupación. Así que se usaron para transportar grano del norte y el centro de Rusia al sur y al oeste de Europa. De regreso cargaban los barcos de especias, sedas y alfombras orientales en Venecia y Génova que desembarcaban en Brujas, Hamburgo y Bremen.

De esta manera tan simple empezó lo que más tarde sería un sistema de comercio internacional importantísimo, que iba de las ciudades manufactureras de Brujas y Gante (donde los gremios entablaron encarnizadas batallas contra los reyes de Francia e Inglaterra y establecieron una tiranía en el trabajo que arruinó por completo tanto a patronos como a trabajadores) a la República de Nóvgorod en el norte de Rusia, que fue una ciudad poderosa hasta que el zar Iván *el Terrible*, que desconfiaba de los mercaderes, tomó la ciudad, mató casi a sesenta mil de sus habitantes en menos de un mes y convirtió a los supervivientes en mendigos.

Para ampararse de los piratas, de impuestos abusivos y de la molesta legislación, los mercaderes del norte fundaron una liga protectora llamada Hansa. A esta liga, cuyo cuartel general se hallaba en Lübeck, se asociaron libremente más de cien ciudades. La asociación contaba con una flota propia que patrullaba el mar y derrotó a los reyes de Inglaterra y Dinamarca cuando éstos osaron poner en duda los derechos y privilegios de los potentados mercaderes hanseáticos.

Me gustaría disponer de más espacio para poder contaros algunas de las historias maravillosas que surgieron de este extraño comercio que atravesaba altas montañas y profundos mares, con tanto

peligro que cada viaje se convertía en una aventura gloriosa. Pero necesitaría muchísimas páginas y no me lo puedo permitir.

La Edad Media, como he intentado mostraros, fue un período en el cual se progresó muy lentamente. Quienes estaban en el poder pensaban que el «progreso» era una invención malévola del diablo y que, por tanto, debía ser reprimido. Y dado que lo controlaban todo, era fácil imponer su manera de ver las cosas a los sumisos siervos y a los caballeros analfabetos. Claro que siempre había personas valientes que se aventuraban a adentrarse en el ámbito prohibido de la ciencia, pero no les iba muy bien y se consideraban afortunados si permanecían con vida y con una sentencia de veinte años.

En los siglos XII y XIII, el comercio internacional inundó Europa occidental como el Nilo había inundado el valle de Egipto. Dejó tras de sí un sedimento fértil y propicio. Con la prosperidad llegaron las horas de ocio que hombres y mujeres aprovecharon para leer manuscritos e interesarse por la literatura, el arte y la música.

De nuevo, en el mundo apareció la curiosidad divina que ha distinguido al ser humano de esos otros mamíferos que son sus primos lejanos y que siguen viviendo en la ignorancia, y las ciudades ofrecieron cobijo a los valientes pioneros que osaron escapar del orden establecido.

Se pusieron a trabajar incansablemente. Abrieron las ventanas de las celdas de estudio en las que habían estado enclaustrados. Un rayo de luz entró en aquellas habitaciones polvorientas y les mostró las telarañas que habían acumulado durante el largo período de semioscuridad.

Limpiaron la casa. Luego arreglaron el jardín. Por último, salieron de las murallas ruinosas, llegaron a campo abierto y exclamaron: «Este mundo está bien. Nos alegramos de vivir en él». En aquel momento se acabó la Edad Media y empezó una nueva época.

Capítulo 39

El Renacimiento.

Las personas volvían a ser felices sólo por estar vivas. Intentaron recuperar los restos de la antigua y agradable civilización de Grecia y Roma. Estaban tan orgullosas de sus logros que hablaban de «renacimiento» de la civilización

El Renacimiento no fue un movimiento político ni religioso. Era una filosofía de vida.

Los renacentistas seguían siendo miembros de la madre Iglesia. Asimismo, eran súbditos de un emperador, un rey o un duque y no tenían nada en contra de ello. Pero su manera de entender la vida había cambiado. Usaban ropas diferentes, hablaban un idioma distinto y llevaban otro estilo de vida en otro tipo de casas.

Ya no concentraban todo su pensamiento y dedicación a la vida bendita que los esperaba en el cielo, sino que intentaban crear el paraíso en la tierra y, para ser sinceros, no lo hicieron nada mal.

Ya os he advertido del peligro que encierran las fechas y la división de la historia en períodos. A menudo son tomados en sentido estricto. Hay quienes piensan que la Edad Media fue una época oscura en la que reinaba la ignorancia y que, de repente, el reloj hizo «clic», empezó el Renacimiento y las ciudades y los palacios quedaron inundados de una curiosidad intelectual que los iluminó con su luz.

En realidad es imposible trazar líneas definidas. Por ejemplo, el siglo XIII perteneció claramente a la Edad Media. Todos los historiadores

están de acuerdo. Pero, ¿fue un siglo meramente letárgico y oscuro? En absoluto. La gente rebosaba energía. Se fundaron grandes estados. Se desarrollaron importantes centros de comercio. Por encima de los torreones de los castillos y de los tejados inclinados de los ayuntamientos se alzaban los esbeltos pináculos de las catedrales góticas acabadas de construir. El mundo se hallaba en movimiento. Los poderosos burgueses del ayuntamiento, que hacía poco que se habían percatado de la fuerza que les conferían sus nuevas riquezas, luchaban contra los señores feudales por aumentar su parcela de poder. Los miembros de los gremios, que se acababan de dar cuenta de que la unión hace la fuerza, luchaban contra los poderosos burgueses del ayuntamiento. El rey y sus astutos consejeros pescaban en aquellas aguas movedizas y capturaban más de una merluza provechosa que luego cocinaban y se comían ante los ojos atónitos de ayuntamientos y gremios.

Para animar las muchas horas de noche en que las calles mal iluminadas no invitaban a proseguir las disputas políticas y económicas, los trovadores explicaban historias y cantaban canciones de amor, aventura, heroísmo y lealtad a todas las mujeres bonitas. Mientras tanto los jóvenes, impacientes por la lentitud con que se progresaba, se congregaban en las universidades, y aquí es donde empieza la historia.

En la Edad Media la gente tenía una «mentalidad internacional». Ya sé que esto puede parecer un poco extraño, pero esperad a que os lo explique. En la actualidad tenemos una «mentalidad nacional». Somos españoles, estadounidenses, franceses o italianos y

hablamos español, inglés, francés o italiano. Vamos a la universidad en nuestro país, excepto si queremos especializarnos en un área del conocimiento que sólo se enseña en otro lugar y nos tengamos que ir a Moscú, a Múnich o a Milán para lo cual tendremos que aprender otra lengua. En cambio, en el siglo XIII, la gente raramente se presentaba a sí misma como española, estadounidense, francesa o italiana. Como todos los cristianos pertenecían a la misma Iglesia, sentían ciertos lazos de hermandad. Y dado que todas las personas instruidas sabían latín, disponían de una lengua internacional que eliminaba las barreras lingüísticas que hoy existen en Europa y que ponen a las naciones pequeñas en situación de desventaja. Tornemos por ejemplo el caso de Erasmo de Rotterdam, el gran predicador de la tolerancia y el buen humor, que vivió en el siglo XVI. Erasmo era oriundo de un pequeño pueblo holandés pero, como escribió en latín, sus libros se leían en casi todo el mundo. En cambio, si escribiera hoy, lo haría en neerlandés, así que sólo lo podrían leer unos veintiún millones de personas. Para que sus libros llegasen al resto de Europa y América, sus editores tendrían que hacerlos traducir a más de veinte lenguas. Pero esto costaría mucho dinero y lo más probable es que los editores no se molestaran en hacerlo.

Hace seiscientos años, la situación era muy diferente. La mayoría de la gente era ignorante y no sabía leer ni escribir. Pero los que habían conseguido dominar el difícil arte de sujetar una pluma de ganso pertenecían a una república transnacional de las letras, que se extendía por todo el continente europeo, que no conocía fronteras

y no respetaba límites lingüísticos ni de nacionalidad. Las universidades eran los bastiones de esta república. Al contrario que las fortificaciones universitarias contemporáneas, no seguían frontera alguna. Se hallaban allí donde se reuniesen un profesor y algunos alumnos. En esto, la Edad Media y el Renacimiento también diferían de nuestros tiempos. Hoy cuando se construye una universidad, el proceso es casi invariablemente el siguiente: un estado necesita profesionales de medicina, derecho o magisterio; alguna persona rica quiere hacer algo por la comunidad en la que vive; o un grupo religioso desea fundar una escuela para supervisar directamente lo que aprenden sus fieles jóvenes. La universidad empieza siendo una gran suma de dinero depositada en un banco. Luego, el capital se usa para construir los edificios, los laboratorios y las residencias universitarias. Finalmente se contratan profesores, se convocan exámenes de admisión y la universidad comienza a funcionar.

En la Edad Media, las cosas se hacían de otra manera. Un sabio creía haber descubierto una gran verdad y decidía compartir sus conocimientos con otras personas. Empezaba a predicar su sabiduría allí donde consiguiese reunir a un grupo de gente que lo escuchara, como si fuera un vendedor ambulante. Si era un orador cautivador, las personas se quedaban. Si resultaba aburrido, los oyentes se encogían de hombros y se iban. Los grandes profesores, con el tiempo, conseguían que un grupo de jóvenes asistiera regularmente a escuchar sus palabras. Los alumnos comenzaban a llevar consigo una libreta, un tintero y una pluma de oca para

apuntar lo que consideraban relevante. Un día llovía. El profesor y los alumnos se refugiaban en un local o en la habitación del maestro. El sabio se sentaba en una silla y los chicos en el suelo. Así empezó la universidad, la *universitas*, una corporación de profesores y alumnos de la Edad Media en la que el profesor lo era todo y el edificio donde enseñaba no representaba nada.

A modo de ejemplo, os contaré una historia que sucedió en el siglo IX. En la ciudad de Salerno, cercana a Nápoles, había unos médicos excelentes. Estos médicos atrajeron a gente deseosa de aprender medicina y, durante casi mil años (hasta 1817), hubo una Universidad de Salerno en la cual se enseñaba la sabiduría de Hipócrates, el gran médico griego que había ejercido en la antigua Grecia en el siglo V a. C.

También está la historia de Abelardo, un sacerdote joven de la región de Bretaña, que a principios del siglo XII empezó a enseñar teología y lógica en París. Miles de jóvenes deseosos de aprender se trasladaron a esta ciudad para escucharlo. Algunos sacerdotes, que no estaban de acuerdo con lo que enseñaba, se acercaron a expresar su opinión. París pronto se llenó de estudiantes ingleses, alemanes, italianos, suecos y húngaros. Alrededor de la catedral, situada en una isla en el Sena, nació la famosa Universidad de París.

En la ciudad italiana de Bolonia, un monje llamado Graziano había escrito un libro de texto para quienes necesitaran aprender las leyes de la Iglesia. Jóvenes sacerdotes y también laicos acudieron de toda Europa para escuchar las ideas de Graziano. Intentaron protegerse

de los hosteleros y de los que alquilaban habitaciones, formando una corporación, y así empezó la Universidad de Bolonia. Más tarde se produjeron disputas en la Universidad de París. No sabemos por qué, pero el caso es que un grupo de profesores descontentos cruzó el canal de la Mancha junto con sus alumnos y se instaló en un pueblecito situado a orillas del Támesis, llamado Oxford. De este modo se creó la famosa Universidad de Oxford. En la Universidad de Bolonia también se produjo una escisión. En 1222, los profesores enfadados seguidos de sus alumnos se trasladaron a Padua y, desde aquel momento, esta ciudad pudo enorgullecerse de tener universidad propia. Algo parecido sucedió en la ciudad española de Valladolid, en la polaca de Cracovia, en la francesa de Poitiers y en la alemana de Rostock.

Es cierto que muchas de las cuestiones que enseñaban aquellos primeros profesores universitarios hoy nos parecerían absurdas, acostumbrados como estamos a oír hablar de logaritmos y de teoremas matemáticos. Pero eso no importa, porque la Edad Media, y en especial el siglo XIII, no fue una época estancada. Los jóvenes estaban vivos, tenían entusiasmo y, aunque tímidamente, se hacían preguntas. De esta agitación intelectual surgió el Renacimiento.

Justo antes de que se acabara el último acto del Medioevo y cayera el telón, una figura solitaria de la que tenéis que saber algo más que el nombre cruzó el escenario. Era un hombre llamado Dante, hijo de un abogado florentino de la familia de los Alighieri, que vio la luz por primera vez en 1265. Dante Alighieri creció en la ciudad de sus antepasados, mientras Giotto pintaba escenas de la vida de san

Francisco de Asís en las paredes de la basílica de la Santa Cruz. Pero, cuando iba a la escuela, sus ojos asustados a menudo topaban con charcos de sangre provocados por la terrible guerra que mantenían los güelfos y los gibelinos, los partidarios del Papa y los partidarios del emperador, respectivamente.

Al hacerse mayor, Dante entró en las filas de los güelfos porque su padre lo era, de la misma manera que hoy un joven acostumbra a ser de derechas o de izquierdas porque sus padres lo son. Sin embargo, al cabo de unos años, Dante se dio cuenta de que, si Italia no se unía bajo el mando de un solo jefe, el país amenazaba con derrumbarse, víctima de las envidias de un millar de pequeñas ciudades. Entonces se hizo gibelino.

Buscó ayuda más allá de los Alpes. Esperaba que un emperador poderoso llegase a restablecer la unidad y el orden. Pero esperó en vano. En el año 1302, los gibelinos fueron expulsados de Florencia. Desde aquel momento hasta el día de su muerte, que le llegó en 1321 en Rávena, Dante fue un vagabundo que comía gracias a la caridad de hombres ricos cuyos nombres hubieran caído en el más profundo olvido si no hubiera sido porque fueron amables con el poeta. Durante aquellos muchos años de exilio, Dante se vio impulsado a justificarse y a justificar las acciones que había llevado a cabo en su época de líder político en Florencia y los días que había pasado caminando a orillas del río Arno, con la esperanza de ver a la encantadora Beatriz Portinari, que murió siendo esposa de otro hombre, doce años antes de la expulsión de los gibelinos.

Su carreta política fue un fracaso. Sirvió a su ciudad natal fielmente, pero lo acusaron de apropiación de fondos públicos y el tribunal lo condenó a ser quemado vivo en la hoguera si volvía a Florencia. Para exculpase ante sus contemporáneos y ante sí mismo, Dante creó un mundo imaginario y describió con gran detalle las circunstancias en las que había sido derrotado, la avaricia, la lujuria y el odio que habían convertido a su querida Italia en un campo de batalla donde mercenarios desaprensivos defendían los intereses de tiranos pérfidos y egoístas.

La historia que Dante narra en *La divina comedia* es la siguiente: el jueves santo del año 1300, el poeta se perdió en un bosque frondoso y se encontró con que un leopardo, un león y un lobo le cerraban el paso. Ya se daba por muerto cuando una figura blanca apareció entre los árboles. Era Virgilio, el poeta y filósofo latino, enviado por la Virgen María y por Beatriz, quien desde el reino de los cielos protegía al hombre a quien verdaderamente había amado. Virgilio se llevó a Dante a visitar el purgatorio y el infierno. Juntos bajaron hasta lo más profundo del infierno, donde se hallaba Lucifer en el hielo eterno, rodeado de los más terribles pecadores, traidores y mentirosos, de todos aquellos que llegaron a la fama y al éxito por el camino del engaño. Pero antes de llegar a este horrible lugar, por el camino Dante se encontró a todos los que de una manera u otra habían desempeñado un papel en la historia de su amada ciudad. Emperadores, papas, caballeros altivos y usureros malhumorados; estaban todos allí, condenados al castigo eterno o esperando el día

de la liberación en el que pudieran dejar el purgatorio para subir al cielo.

La historia es muy curiosa, y el libro es una recopilación de hechos, sentimientos, temores y plegarias de la gente del siglo XIII. Por encima de todo ello se mueve la sombra del solitario exiliado florentino, acompañado permanentemente de un sentimiento de desesperación.

Pero, atención, que, cuando el triste poeta de la Edad Media atravesaba las puertas de la muerte, la vida empezaba para el niño que sería el primer hombre del Renacimiento. Era Francesco Petrarca, hijo del notario de la pequeña ciudad de Arezzo.

El padre de Francesco pertenecía al mismo partido político que Dante y también se había visto obligado a exiliarse, por eso Petrarca nació lejos de Florencia. A la edad de quince años, lo enviaron a la ciudad francesa de Montpellier para que estudiara leyes como su padre. Pero el chico no quería ser jurista. Odiaba las leyes. Quería ser sabio y poeta. Como quería ser sabio y poeta por encima de todo, lo fue, porque las personas que poseen una gran fuerza de voluntad consiguen todo lo que se proponen. Hizo largos viajes y copió manuscritos en Flandes, en los monasterios situados a orillas del Rin, en París, en Lieja y finalmente en Roma. Luego se retiró a un valle solitario en los montes de Vaucluse y allí estuvo estudiando y escribiendo. Pronto se hizo tan famoso por sus versos y su sabiduría que la Universidad de París le pidió que fuera a enseñar a sus alumnos, y el rey de Nápoles lo invitó a enseñar a sus súbditos. De camino a su nuevo trabajo, tuvo que pasar por Roma. La gente,

que sabía de su fama de editor de autores latinos casi olvidados, decidió rendirle honor en el antiguo foro de la ciudad imperial: a Petrarca le impusieron la corona de laurel del poeta.

Desde aquel momento, en su vida todo fueron honores. Escribía sobre lo que la gente quería leer. Estaban cansados de disputas teológicas. El pobre Dante podía pasearse por el infierno todo lo que quisiera. Petrarca, en cambio, escribía sobre el amor, la naturaleza, el Sol y nunca tocaba aquellos temas tenebrosos que habían sido la obsesión de la generación anterior. Cuando Petrarca llegaba a una ciudad, era recibido con gran entusiasmo, como si fuera un héroe de las conquistas. Y si encima iba acompañado de su joven amigo Boccaccio, el narrador de historias, el recibimiento era todavía mucho más caluroso. Ambos eran hombres de su tiempo, llenos de curiosidad, deseosos de leer todo lo que pudieran; les gustaba revolver las librerías polvorientas en busca de un manuscrito perdido de Virgilio, Ovidio, Lucrecio o cualquier otro de los poetas latinos antiguos. Eran buenos cristianos. ¡Claro que lo eran! Todo el mundo lo era. Pero no veían la necesidad de ir por el mundo con la cara larga y un abrigo sucio porque un día u otro se iban a morir. La vida era bonita. La gente venía al mundo para ser feliz. ¿Alguien quería una prueba? Muy bien, pues que agarrara una pala y que se pusiera a cavar. ¿Qué encontraría? Hermosas estatuas antiguas. Bonitas vasijas antiguas. Ruinas de magníficos edificios antiguos. Todas aquellas cosas las habían hecho los romanos, provenían del mayor Imperio que jamás había existido, un Imperio que había gobernado el mundo durante mil años. Había sido un pueblo fuerte,

rico, de gran belleza —¡mirad si no el busto del emperador Octavio Augusto!—. Es cierto que los romanos antiguos no eran cristianos y nunca entrarían en el reino de los cielos. Con suerte se quedarían en el purgatorio, donde Dante acababa de hacerles una visita.

Pero, ¿qué importaba? Aquel mundo de la Roma antigua en que vivían era en verdad como el cielo. Además, «sólo se vive una vez», decían, «seamos felices y disfrutemos de la alegría de vivir».

En líneas generales, este era el espíritu que había empezado a extenderse por las callejuelas repletas de gente de muchas pequeñas ciudades italianas.

Fue algo parecido a «la fiebre de la bicicleta» o «la fiebre del automóvil». Un día alguien inventó la bicicleta. Una gente que durante cientos de miles de años se había tenido que desplazar lentamente, de repente se volvió loca con la idea de rodar rápidamente de un sitio a otro. Más tarde, un mecánico inteligente construyó el primer automóvil. Ya no era necesario pedalear y pedalear con gran fatiga. Sólo había que sentarse en el coche y dejar que las gotitas de gasolina hicieran su trabajo. Todo el mundo quería un automóvil y hablaba de marcas de coches, de motores, de carburadores, de kilometraje y de aceite. Los exploradores penetraron, y lo siguen haciendo, en el corazón de países desconocidos en busca de petróleo. En Sumatra y en el Congo aún se plantan bosques que producen caucho para hacer neumáticos. La goma y el petróleo se hacen tan valiosos que los países entran en guerra por controlarlos. El mundo entero sufre la fiebre del

automóvil, y los niños aprenden a decir «coche» antes que «mamá» o «papá».

En el siglo XIV, los italianos se volvieron locos con los maravillosos objetos que desenterraban del mundo romano. Este entusiasmo pronto se extendió por Europa occidental. El día en que se encontraba un nuevo manuscrito se convertía en fiesta nacional. Si alguien escribía una gramática se hacía tan famoso como hoy un presentador de televisión. A los humanistas, los estudiosos que dedicaban su tiempo y energía al estudio de la humanidad —en vez de mal invertir sus horas en indagaciones teológicas infructuosas—, se les tenía un mayor respeto y se les hacía mayores honores que a un héroe que acababa de conquistar las islas Caníbales.

En plena revolución intelectual se produjo un acontecimiento que favoreció en gran medida el estudio de los filósofos y escritores antiguos. Los turcos volvían a atacar Europa. Constantinopla, la capital de lo que quedaba del Imperio romano original, estaba siendo asediada. En el año 1393, el emperador Manuel II Paleólogo envió a Manuel Crisoloras a Europa occidental para que expusiera la situación desesperada de Bizancio y pidiera ayuda. La ayuda nunca llegó. La Iglesia de Roma se alegraba de que la Iglesia griega recibiera el castigo que se merecía por herética. Europa occidental, aunque indiferente a la suerte de los bizantinos, estaba muy interesada en los griegos antiguos cuyos colonizadores habían fundado la ciudad del estrecho del Bósforo quinientos años después de la guerra de Troya.

Los europeos querían aprender griego para leer a Aristóteles, Homero y Platón, pero no tenían libros, ni gramáticas, ni profesores. Los magistrados de Florencia se enteraron de la llegada de Crisoloras. En la ciudad, la gente enloquecía por aprender griego, así que le pidieron que fuera su maestro. Crisoloras accedió y se convirtió en el primer profesor que enseñó el alfa, beta, gamma a cientos de jóvenes ilusionados que acudieron en tropel a la ciudad del Arno, donde vivían en establos y áticos decadentes para aprender a declinar el verbo παιδευω παιδευει y así entrar en el círculo de Sófocles y Homero.

Mientras tanto, los viejos escolásticos, que seguían enseñando una teología y una lógica anticuadas, que aún explicaban los misterios ocultos del Antiguo Testamento y discutían la extraña ciencia de Aristóteles leída en unos libros traducidos del griego al árabe y del árabe al latín, criticaban desde fuera, horrorizados. Se enfadaron. Aquello estaba yendo demasiado lejos. Los jóvenes desertaban de las aulas de las universidades para ir a escuchar a algún «humanista» chalado que pregonaba el «renacimiento de la civilización».

Acudieron a las autoridades. Protestaron, pero nadie puede obligar a un caballo que no tiene sed a beber ni a unos oídos a poner atención en lo que no les interesa. Los escolásticos se estaban quedando solos. En algunos lugares consiguieron victorias momentáneas. Unieron fuerzas con los fanáticos que aborrecían a todos los que eran felices como ellos nunca lo habían sido. En Florencia, el centro del Renacimiento, se libró una cruenta batalla

entre los partidarios del orden establecido y los partidarios del nuevo orden. Savonarola, un monje dominicano de expresión agria que sentía un odio profundo por la belleza, capitaneó a las últimas fuerzas medievales. Opuso una valiente resistencia. Con gritos que resonaban por toda la basílica de Santa María del Fiore, todos los días amenazaba con que llegaría la ira de Dios. «¡Arrepentíos!», bramaba, «¡arrepentíos de vuestra inmoralidad, arrepentíos de disfrutar de cosas que no son santas!». Empezó a oír voces y a ver espadas en llamas brillando en el cielo. Sermoneaba a los niños para que no cayesen en el error de sus padres, que los conducía a la perdición. Organizó una compañía de niños dedicados a servir al gran Dios de quien se proclamaba profeta. En un momento de delirio, la población, atemorizada, prometió hacer penitencia por el venenoso amor que sentían por la belleza y el placer. Llevaron sus libros, estatuas y cuadros a la plaza del mercado y encendieron una « hoguera de las vanidades» alrededor de la cual cantaron salmos religiosos y bailaron danzas totalmente irreverentes, mientras Savonarola aplicaba la antorcha a la montaña de tesoros acumulados.

Pero cuando las brasas se empezaron a enfriar, la gente se dio cuenta de lo que había perdido. Aquel terrible fanático les había hecho destruir todo lo que amaban. Se volvieron en su contra y lo encerraron en la cárcel. Lo torturaron. Savonarola se negó a arrepentirse de nada de lo que había hecho. Era un hombre honrado que había intentado vivir una vida piadosa. Había intentado acabar conscientemente con quienes no pensaban igual

que él. Su deber era erradicar el mal y, a los ojos de aquel hijo devoto de la Iglesia, amar libros paganos y belleza pagana era malévolo. Pero se quedó solo. Luchaba una batalla propia de un tiempo pasado. El Papa de Roma nunca movió un dedo por él. Al contrario, aprobó la actuación de sus «fieles florentinos» cuando éstos condujeron a Savonarola a la horca, lo colgaron y quemaron su cuerpo ante una muchedumbre que vitoreaba.

Fue un final triste e inevitable. En el siglo XI, Savonarola habría sido un gran hombre. En el siglo XV, fue el cabecilla de una causa perdida. Para bien o para mal, la Edad Media acabó cuando el Papa se hizo humanista y el Vaticano se convirtió en el mayor museo mundial de antigüedades romanas y griegas.

Capítulo 40

La era de la expresión.

La gente empezó a sentir la necesidad de expresar aquella alegría de vivir recién descubierta por medio de la poesía, la escultura, la arquitectura, la pintura y los libros que se imprimieron.

En 1471 murió un anciano piadoso que había pasado setenta y dos de sus noventa y un años encerrado, tras los muros del monasterio, en el monte Santa Agnès cercano a Zwolle, una vieja ciudad holandesa hanseática situada a orillas del río Ijssel. Era el hermano Tomás y, como nació en un pueblo llamado Kempen, lo llamaban Tomás de Kempis. A los doce años lo enviaron a Deventer, donde Geert Groot, un brillante graduado de las universidades de París, Colonia, Praga, además de un predicador famoso, había fundado la Sociedad de Hermanos de la Vida Común. Los miembros de esta hermandad eran personas humildes que querían seguir la vida sencilla de los apóstoles de Cristo sin dejar sus oficios de carpintero, pintor o albañil. Entre todos organizaron una escuela excelente en la que los niños pobres que lo quisieran podían aprender las enseñanzas de los fundadores de la Iglesia. En esta escuela, el pequeño Tomás aprendió a conjugar los verbos latinos y a copiar manuscritos. Luego hizo los votos, cargó los libros a la espalda y se dirigió a Zwolle donde, con un suspiro de alivio, cerró la puerta a un mundo turbulento que no lo atraía lo más mínimo. Tomás vivía en una época de caos, epidemias y muerte súbita. En la región de Bohemia, en Europa central, los devotos discípulos dejan

Hus, amigo y seguidor de John Wyclife, el reformador inglés, estaban vengando la muerte de su estimado guía espiritual, el cual había sido quemado en la hoguera por decisión del mismo Concilio de Constanza que le había prometido un salvoconducto si accedía a ir a Suiza a explicar sus doctrinas ante el Papa, el emperador, veintitrés cardenales, treinta y tres arzobispos y obispos, ciento cincuenta abates y más de cien príncipes y duques que se habían congregado con la intención de reformar la Iglesia.

Hacia el oeste, Francia llevaba un siglo luchando para echar a los ingleses de sus dominios y, en el último momento, la aparición afortunada de Juana de Arco liberó al país de una derrota abrumadora. En cuanto finalizó el conflicto, Francia y Borgoña empezaron una pugna sangrienta por la supremacía en Europa occidental. En el sur, el Papa de Roma lanzaba la caballería sobre un segundo Papa afincado en Aviñón, localidad del sur de Francia, el cual se defendía con igual virulencia. En el Lejano Oriente, los turcos estaban destruyendo lo poco que quedaba del Imperio romano y los rusos habían iniciado la cruzada final para acabar con el poder de los tártaros.

Pero de todo esto el hermano Tomás, en su celda silenciosa, nunca se enteró. Era feliz rodeado de manuscritos y perdido en sus pensamientos. Vertió todo su amor a Dios en un librito titulado *Imitación de Cristo*, que fue traducido a un sinfín de lenguas y lo leyeron casi tantas personas como habían estudiado las Sagradas Escrituras. Influyó en la vida de millones de personas. Y eso que fue

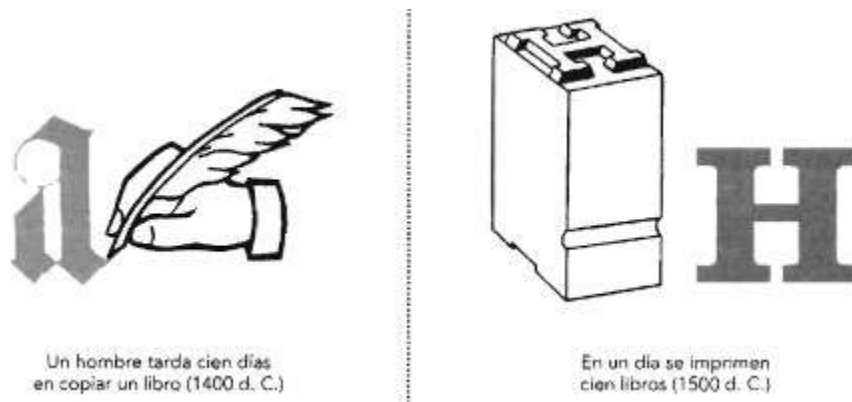
obra de un hombre cuyo ideal de vida consistía en «pasar sus días sentado en un rincón leyendo un libro».

El hermano Tomás era la viva reencarnación de los ideales más puros de la Edad Media. Rodeado por los cuatro costados de un Renacimiento victorioso, mientras los humanistas proclamaban en voz alta la llegada de los tiempos modernos, el Medievo reunió fuerzas para rendir la última batalla. Se reformaron muchos monasterios. Los monjes dejaron atrás riquezas y vicios. Un grupo de personas sencillas, directas y honradas intentó que la gente volviera a la manera de vivir recta, siguiendo los designios de Dios, mediante el ejemplo que ellos sentaban con sus vidas devotas y sin falta. Pero no sirvió de nada. El mundo nuevo pasó por encima de aquella buena gente como una apisonadora. Los tiempos de la meditación se habían acabado. Estaban en la «era de la expresión».

Llegado este punto me gustaría pedirlos perdón por usar tantos términos complicados. Ojalá pudiera escribir esta historia con palabras de una sola sílaba. Pero eso es imposible. No puede escribirse un libro de geometría sin hablar de hipotenusas, triángulos y paralelepípedos. Y uno sólo puede escoger entre aprender qué significan estas palabras o arreglárselas sin las matemáticas. En la historia —y en la vida— os veréis obligados a aprender muchas palabras extrañas de origen griego o latino. ¿Por qué no empezar ahora?

Cuando afirmo que el Renacimiento fue la «era de la expresión», intento decir que la gente ya no se contentaba con formar parte de la audiencia y estarse calladita mientras el Papa o el emperador le

decía lo que tenía que hacer y lo que tenía que pensar. No, durante el Renacimiento las personas querían ser actores en el teatro de la vida. Se empeñaban en dar «expresión» a sus ideas. Si alguien estaba interesado en la política, como le sucedía al historiador florentino Nicolás Maquiavelo, lo «expresaba» en un libro en el que exponía su idea del estado perfecto y del dirigente modélico. En cambio, si a alguien le gustaba la pintura, «expresaba» su amor por los trazos y los colores en dibujos que han hecho que los nombres de Giotto, Fra Angélico, Rafael y muchos más sean de uso corriente allí donde haya un grupo de gente interesada en la belleza auténtica y duradera.



El manuscrito y el libro impreso

Si tal amor por el trazo y el color aparecía combinado con un interés por la mecánica y la hidráulica, el resultado era Leonardo da Vinci, que pintó cuadros, experimentó con globos y aparatos voladores, secó las marismas de la llanura lombarda y «expresó» su interés por las cosas de este mundo mediante la prosa, la pintura, la escultura y curiosos artilugios de su invención. Cuando un hombre de fuerza

titánica como Miguel Angel encontraba que el pincel y la paleta eran demasiado delicados para sus robustas manos, se volvía hacia la escultura y la arquitectura y hacía surgir las más espléndidas figuras de los pesados bloques de mármol, así como proyectaba la iglesia de San Pedro, la expresión más tangible de la gloria de la Iglesia triunfante. Y así pasaba con todo.

Italia —y pronto toda Europa— se llenó de hombres y mujeres que querían aportar sus logros al acervo de conocimiento, belleza y sabiduría de la humanidad. En la ciudad alemana de Maguncia, Johannes Gensfleisch, más conocido con el nombre de Johann Gutenberg, acababa de inventar un nuevo método para copiar libros. Había estudiado las viejas planchas de madera y había perfeccionado el sistema de impresión. A partir de entonces, las letras de plomo individuales pudieron ser dispuestas de tal manera que formasen palabras e incluso páginas enteras. Gutenberg perdió todo su dinero en un pleito relacionado con la originalidad de la invención de la prensa. Murió sumido en la pobreza, pero la «expresión» de su particular genio inventivo perduró.

Pronto Aldo Manuzio en Venecia, Dolet Etienne en París, Christophe Plantin en Amberes y Johann Froben en Basilea inundaron el mundo con sus cuidadas ediciones de los clásicos, impresos en las letras góticas de la Biblia de Gutenberg, en letras italianas o en alfabeto griego o hebreo.

Entonces quienes tenían algo que decir pudieron llegar al mundo entero, impaciente por leerlos. La época en la que el saber era un monopolio de unos pocos privilegiados se había acabado. Y cuando

Elsevier de Haarlem (Holanda) publicó sus ediciones populares, ya no quedó excusa alguna para ser ignorante. Aristóteles, Platón, Virgilio, Horacio, Plinio y todos los demás escritores, filósofos y científicos de la antigüedad podían ser de gran compañía por muy poco dinero. El humanismo había hecho a todos los seres humanos iguales ante la letra impresa.

Capítulo 41

Los grandes descubrimientos

El ser humano, derrumbadas las murallas medievales que lo oprimían, quiso salir a pasear. El mundo se le había quedado pequeño. Había llegado la hora de los grandes viajes del descubrimiento.

Las cruzadas resultaron una gran lección sobre viajes, pero poca gente se había aventurado a apartarse de la archiconocida y gastada ruta que iba de Venecia a Jaffa. En el siglo XIII, los hermanos Polo, mercaderes venecianos, recorrieron el desierto de Gobi, en Mongolia, y después de atravesar montañas tan altas como la luna encontraron el camino hacia la corte del gran kan de Catay, el poderoso emperador de China. Marco Polo, hijo de uno de los dos hermanos venecianos, relató en un libro aquellas aventuras de veinte años de duración. Occidente estaba maravillado con las descripciones de las torres doradas de la extraña isla de Zipangu, que es como los italianos llamaban en aquella época a lo que hoy conocemos con el nombre de Japón. Mucha gente quiso ir a Oriente en busca de aquella tierra dorada para hacerse rica. Pero, como el viaje era muy largo y peligroso, la mayoría no se movió de casa.

Claro está que siempre cabía la posibilidad de hacer el trayecto en barco. Sin embargo, por diversas razones de peso, en la Edad Media pocos se aventuraban a atravesar los mares. En primer lugar, los barcos eran demasiado pequeños. Las naves en que Magallanes dio la vuelta al mundo, para lo cual necesitó varios años, eran más

pequeñas que un ferry moderno. Sólo podían transportar de veinte a cincuenta marineros, a los que se alojaba en camarotes destartados tan bajos que nadie podía estar de pie en ellos. La comida que recibían a menudo estaba malísima porque las instalaciones de la cocina eran muy precarias y, en cuanto hacía un poco de mal tiempo, ya no se podía hacer fuego. El mundo medieval había aprendido a curar arenques y salar pescado, pero no contaba con alimentos enlatados, y la fruta y la verdura fresca desaparecía del menú en cuanto se abandonaba tierra firme. Se cargaba el agua en barriles y pronto se degradaba, tomaba gusto a madera podrida y a hierro oxidado y se volvía verde. Como en la Edad Media no sabían lo que era un microbio —Roger Bacon, aquel monje sabio del siglo XIII intuyó su existencia, pero no se atrevió a revelarlo—, a menudo los marineros bebían agua no potable y la tripulación entera podía morir de fiebres tifoideas. Lo cierto es que, a bordo, la tasa de mortalidad era muy elevada. De los doscientos marineros que salieron con Magallanes de Sevilla en 1519 para dar la vuelta al mundo, sólo dieciocho la completaron. Y hasta en el siglo XVII, cuando el comercio entre Europa occidental y las Indias era muy activo, una mortalidad de aproximadamente el cuarenta por ciento, en un viaje de ida y vuelta entre Ámsterdam y Batavia (hoy Yakarta), era de lo más normal. La mayoría de los marineros moría de escorbuto, una enfermedad causada por la falta de fruta y verdura fresca que hace sangrar las encías y envenena la sangre hasta que el enfermo muere de agotamiento.

Como comprenderéis, en aquellas circunstancias, el mar no atraía a lo mejor de la población. Magallanes, Colón, Vasco de Gama y otros famosos descubridores viajaban al mando de tripulaciones compuestas casi exclusivamente de presos, asesinos en potencia y ladrones en paro.

Realmente estos navegantes son dignos de admiración por el valor y la energía con que llevaron a cabo una empresa casi imposible, salvando unas dificultades que en la actualidad, rodeados de comodidades, somos incapaces de imaginar. En los barcos entraba agua. Los aparejos resultaban deficientes. Desde mediados del siglo XIII tenían una especie de brújula (que había llegado a Europa desde China, a través de los árabes y las cruzadas), pero los mapas eran terriblemente malos. Cuando navegaban se dejaban llevar por Dios y por la suerte. Si ambos estaban de su parte, volvían a casa al cabo de unos tres años. En caso contrario, sus huesos emblanquecidos se quedaban para siempre en alguna playa desierta. Hay que reconocer que eran auténticos pioneros. Se lo jugaban todo a cara o cruz. Para ellos, la vida era una aventura gloriosa. Olvidaban todo el sufrimiento, la sed, el hambre y el dolor en cuanto divisaban una costa nueva entre la niebla o las aguas plácidas de un océano desconocido, que había pasado desapercibido desde el inicio de los tiempos.

De nuevo os digo que me gustaría que este libro pudiese tener mil páginas, ya que el tema de los primeros descubrimientos es fascinante. Pero la historia, para que dé una auténtica idea del pasado, debe ser como un cuadro de Rembrandt. Debe intensificar

la luz sobre los acontecimientos más relevantes y el resto ha de quedar en la sombra o simplemente esbozado. Por eso, en este capítulo sólo os puedo contar algunos de los grandes descubrimientos.

Tenéis que pensar que, en los siglos XIV y XV, los navegantes perseguían un único objetivo: encontrar una ruta segura y práctica para llegar al Imperio de Catay (China), a la isla de Zipangu (Japón) y a aquellas islas misteriosas donde crecían las especias que el mundo medieval apreciaba desde las cruzadas y que eran tan necesarias en aquella época anterior a la invención del frigorífico, en que la carne y el pescado se estropeaban rápidamente y únicamente se podían comer tras cocinarlos con gran cantidad de pimienta o nuez moscada.

Los venecianos y los genoveses habían sido los grandes navegantes del Mediterráneo, pero el honor de explorar las costas del Atlántico fue sobre todo de los portugueses. España y Portugal rebosaban de energía patriótica, una energía surgida a raíz de la eterna batalla contra el invasor musulmán. Una vez creada, esta energía puede canalizarse hacia otras vías con facilidad. En el siglo XIII, el rey Alfonso III de Portugal conquistó el Reino del Algarve, situado en el sureste de la península ibérica, y lo anexó a sus dominios. Un siglo más tarde, los portugueses les devolvieron la pelota a los musulmanes y cruzaron el estrecho de Gibraltar, tomaron la ciudad de Ceuta (opuesta a la de Ta'Rifa, que en árabe significa «inventario» y que en español se convirtió en «tarifa») y la de Tánger, que pasó a ser la capital de la extensión africana del Algarve.

Portugueses y españoles estaban preparados para empezar a explorar el mundo.

En 1415, el príncipe Enrique de Portugal, conocido con el nombre de Enrique *el Navegante*, hijo de Juan I de Portugal y de Felipa de Lancaster, hija de Juan de Gante —que aparece en la obra de William Shakespeare *Ricardo II*—, inició los preparativos para explorar de manera sistemática la costa noroccidental de África. Anteriormente, aquella calurosa costa de playas de arena sólo había sido visitada por los fenicios y los vikingos, que la recordaban como el hogar del «hombre salvaje» peludo al que ahora llamamos «gorila». Enrique *el Navegante* y sus capitanes descubrieron las islas Canarias, redescubrieron la isla de Madeira, que un siglo antes había sido visitada por un barco genovés, exploraron minuciosamente las Azores, de cuya existencia ya tenían noticia tanto portugueses como españoles, y divisaron la boca del río Senegal en la costa oeste de África, que tomaron por la desembocadura occidental del Nilo. Finalmente, a mediados del siglo XV, divisaron Cabo Verde y sus islas, situadas a medio camino entre la costa africana y Brasil.

Enrique *el Navegante* no se limitó a inspeccionar las aguas del océano. Era gobernador de la Orden de Cristo, la rama portuguesa de la Orden del Temple que había ido a las cruzadas y que había sido abolida por el papa Clemente VIII en 1312, a petición del rey francés Felipe IV *el Hermoso*, quien había aprovechado la ocasión para quemar a todos sus templarios en la hoguera y apoderarse de sus propiedades. Enrique *el Navegante* usó los ingresos que le

proporcionaba su orden religiosa para equipar diversas expediciones al Sahara y la costa de Guinea.

Sin embargo, Enrique *el Navegante* seguía siendo un hombre medieval y malgastó mucho tiempo y dinero buscando al misterioso preste Juan, un sacerdote cristiano mítico al que se creía emperador de un vasto imperio «situado en algún lugar hacia el este». La historia de aquel extraño potentado llegó a Europa a mediados del siglo XII, y los europeos buscaron a preste Juan y a sus descendientes durante trescientos años. Enrique *el Navegante* tomó parte en la búsqueda, pero el misterio no se resolvió hasta treinta años después de su muerte.

En 1486, Bartolomé Díaz, que buscaba la tierra de preste Juan por mar, llegó al punto más meridional de África. Lo llamó cabo de las Tormentas por los fuertes vientos que le habían impedido proseguir su viaje hacia el este, pero los pilotos de Lisboa, que entendieron la importancia de aquel descubrimiento en la búsqueda de la ruta marítima hacia India, le cambiaron el nombre y lo rebautizaron con el nombre de cabo de Buena Esperanza.

Un año más tarde, Pero da Covilha, provisto de cartas de crédito de la casa de Médici, inició una misión similar por tierra. Cruzó el Mediterráneo, atravesó Egipto y prosiguió hacia el sur. Una vez en Adén cruzó las aguas del golfo Pérsico, que pocos hombres blancos habían visto desde la época de Alejandro Magno, ocho siglos antes, y llegó a Goa y Calicut, en la costa india, donde obtuvo noticias de la isla de Luna (Madagascar), supuestamente situada en algún lugar entre África e India. De regreso visitó en secreto La Meca y Medina,

cruzó de nuevo el mar Rojo y, en 1490, descubrió el Reino de preste Juan, que no era otro que el negus o rey de Abisinia, cuyos ancestros habían adoptado el cristianismo en el siglo IV, setecientos años antes de que los misioneros cristianos llegasen a Escandinavia.

Aquellos numerosos viajes convencieron a los geógrafos y cartógrafos portugueses de que, si bien era posible llegar a las Indias por mar viajando hacia el este, la empresa no resultaba nada fácil. De modo que se inició un gran debate. Algunos querían seguir explorando la ruta hacia el este, pasando por el cabo de Buena Esperanza. Otros opinaban que, para llegar a Catay, había que navegar por el Atlántico hacia el oeste.

Llegados a este punto debo decir que la mayoría de personas inteligentes de aquella época estaba firmemente convencida de que la Tierra no era plana como una torta, sino redonda. El sistema tolemaico del universo, ideado y debidamente descrito por Claudio Tolomeo, el gran geógrafo egipcio que vivió en el siglo n de nuestra era, que había servido a las básicas necesidades de la Edad Media, había sido descartado hacía mucho tiempo

por los científicos del Renacimiento. Éstos aceptaron la teoría del matemático polaco Nicolás Copérnico, quien, tras largos años de estudio, había concluido que la Tierra sólo era uno de los diversos planetas redondos que giraban alrededor del Sol y no una superficie plana en el centro del universo. Copérnico no se atrevió a hacer público el descubrimiento hasta treinta y seis años después (se publicó en 1543, año de su muerte) por miedo al Santo Oficio. La

Inquisición era un tribunal eclesiástico creado en el siglo XIII para acabar con las herejías albigense y valdense de Francia e Italia (movimientos herejes pacíficos, establecidos por devotos piadosos que, entre otras cosas, no creían en la propiedad privada y preferían vivir en la pobreza que predicó Cristo), que amenazaron durante un tiempo el poder absoluto de los obispos de Roma. A pesar de las reticencias de la Iglesia, la creencia de que la Tierra era redonda se había extendido entre los navegantes expertos del Renacimiento que, como he dicho, debatían las ventajas y desventajas de la ruta oriental en comparación con la occidental.

Entre quienes abogaban por la ruta hacia el oeste estaba un marinero genovés llamado Cristóbal Colón. Era hijo de un comerciante de lanas y parece ser que estudió en la Universidad de Pavía, donde se especializó en matemáticas y geometría. Acabados sus estudios, se hizo cargo del negocio de su padre y pronto lo encontramos en la isla griega de Chíos, en viaje de negocios. Se sabe que posteriormente viajó a Inglaterra, pero se desconoce si viajó hacia el norte en busca de lana, o bien si lo hizo como capitán de barco. En febrero de 1477, Colón, según narra éste en su diario, visitó Islandia, pero lo más seguro es que sólo llegase a las islas Féroé, donde en el mes de febrero hace tanto frío que cualquiera las podría haber confundido con aquella tierra. Allí Colón contactó con los descendientes de los valientes vikingos que en el siglo X se habían instalado en Groenlandia y que habían llegado a América en el siglo XI, cuando el barco de Eriksson Leiv fue empujado por el viento hasta la costa de Vinland, o Labrador.

Nadie sabía qué suerte habían corrido las colonias vikingas en América. La que estableció Thorfinn Karlsefni, esposo de la viuda de Eriksson Thorstein, hermano de Eriksson Leiv, fundada en el año 1033, fue abandonada tres años más tarde por la hostilidad de los esquimales. Y de los colonos de Groenlandia no se sabía nada desde 1440. Lo más probable es que hubiesen muerto todos de peste negra, una epidemia que por aquella época acabó con la mitad de la población de Noruega. No obstante, la idea de que hacia el oeste existía una tierra inmensa seguía presente en los habitantes de las islas Féroe e Islandia, y posiblemente llegase a oídos de Colón, que obtuvo información de los pescadores de las islas del norte de Escocia y luego partió hacia Portugal, donde se casó con la hija de uno de los capitanes que había estado a las órdenes de Enrique *el Navegante*.

Corría el año 1478 y, desde entonces, Cristóbal Colón se dedicó en cuerpo y alma a buscar la ruta que conducía a las Indias navegando hacia el oeste. Presentó el proyecto del viaje ante las cortes de Portugal y de España. A los portugueses, que se creían en posesión exclusiva de la ruta oriental, no les interesó la propuesta. Por su parte, los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, que al casarse en 1469 habían creado el Reino de España, estaban muy ocupados intentando expulsar a los sarracenos de su último bastión, Granada. No podían gastar dinero en expediciones marítimas de alto riesgo. Necesitaban hasta el último real para sus soldados.

Poca gente ha tenido que luchar tan desesperadamente por sus ideas como este valiente italiano. Pero la historia de Colón es bien conocida y no es necesario explicarla más. Los musulmanes entregaron Granada el 2 de enero de 1492. En abril de ese mismo año, Colón firmó un contrato con los reyes de España. El viernes 3 de agosto salió del puerto de Palos con tres barcos pequeños y una tripulación de ochenta y ocho hombres (casi todos delincuentes a los que se les había perdonado la condena por haberse embarcado). A las dos de la mañana del viernes 12 de octubre, Colón divisó tierra firme. El 4 de enero de 1493, Colón se despidió de los cuarenta y cuatro hombres que dejaba en la pequeña fortaleza de La Navidad —a los que nadie más volvió a ver con vida— e inició el viaje de regreso. A mediados de febrero llegó a las Azores, donde los portugueses lo amenazaron con encerrarlo en las mazmorras. El 15 de marzo de 1493, Colón desembarcó en el puerto de Palos con sus indios (y es que estaba convencido de que había llegado a alguna isla cercana a las Indias y llamó a sus pobladores «indios rojos») y corrió hacia Barcelona para informar a sus patronos de que la expedición había sido un éxito y de que la ruta hacia el oro y la plata de Catay y Zipangu estaba a disposición de sus majestades los Reyes Católicos.

Y es que Colón nunca supo la verdad. Hacia el final de su vida, cuando en el cuarto viaje llegó a las costas del continente suramericano, quizá sospechó que algo no había ido como había previsto. Pero aun así murió convencido de que había descubierto

una ruta directa a China, sin saber que entre Europa y Asia había un continente.

Mientras tanto, los portugueses, fieles a la ruta oriental, habían tenido más suerte. En 1498, Vasco de Gama llegó a la costa de Malabar y regresó a Lisboa con un cargamento de especias. En 1502 repitió la operación. En cambio, las expediciones hacia el oeste resultaron decepcionantes. En 1497 y 1498, Giovanni y Sebastiano Caboto habían buscado un paso hacia Japón, pero sólo encontraron las costas rocosas aisladas por la nieve de Terranova, que ya había sido divisada por los vikingos cinco siglos antes. Américo Vespucio, un florentino que se había convertido en piloto mayor de España y que dio nombre al continente americano, exploró la costa brasileña, pero no halló ni rastro de las Indias.

En 1513, pasados siete años de la muerte de Colón, los geógrafos europeos empezaron a ver la luz. Vasco Núñez de Balboa cruzó el istmo de Panamá, subió a la cima del famoso pico de Darién y divisó una vastísima extensión de agua que sugería la existencia de otro océano.

Finalmente, en el año 1519, una flota de cinco pequeños barcos españoles al mando del navegante portugués Fernando de Magallanes salió hacia el oeste —y no hacia el este porque aquella ruta estaba controlada totalmente por los portugueses, que no admitían competencia— en busca de las islas de las Especias. Magallanes cruzó el Atlántico por la ruta más corta, entre África y Brasil, y siguió navegando hacia el sur hasta que llegó a un estrecho situado entre la zona más meridional de la Patagonia (la «tierra de la

gente de pies grandes»), y la Tierra del Fuego (llamada así porque una noche los marineros vieron que allí había una hoguera, la única señal que encontraron de presencia humana). Los barcos de Magallanes estuvieron a merced de las terribles tormentas y borrascas que azotaban el estrecho durante cinco semanas. Entonces los marineros se amotinaron. Magallanes reprimió el motín con gran dureza y dejó a dos de sus hombres en tierra firme para que pudieran arrepentirse de sus pecados con toda tranquilidad. Al final la tempestad se calmó, el estrecho se abrió y Magallanes entró a un nuevo océano de olas plácidas. Por eso lo llamó «Pacífico». Luego siguió su camino hacia el oeste. Navegó durante noventa y nueve días sin divisar tierra. Sus marineros estuvieron a punto de morir de hambre y sed, se comieron las ratas que infestaban los barcos y, cuando ya no quedaba ninguna, masticaron trozos de vela para distraer el hambre que los acuciaba. Por fin, en marzo de 1521, vieron tierra. Magallanes la llamó isla Ladrones porque los nativos les robaron todo lo que pudieron. ¡Y de allí prosiguieron viaje hacia las islas de las Especies!

De nuevo divisaron tierra. Esta vez se trataba de un archipiélago solitario. Magallanes lo llamó islas Filipinas, por Felipe, el hijo de su patrón Carlos V, un rey que a los neerlandeses trae muy malos recuerdos. En un principio, Magallanes fue bien recibido pero, cuando pretendió convertir a los indígenas al cristianismo a punta de cañón, éstos se enfadaron y lo mataron junto a cierto número de capitanes y marineros. Los supervivientes quemaron uno de los tres barcos que quedaban a flote y continuaron el viaje. Por fin llegaron

a las islas Molucas, las famosas islas de las Especias; divisaron Borneo y desembarcaron en Tidore. Allí se quedó, junto a la tripulación, uno de los dos barcos, ya inutilizable porque tenía una vía de agua. Finalmente, el *Victoria*, al mando de Juan Sebastián El Cano, cruzó el océano Indico, no acertó a ver la costa norte de Australia (que no fue descubierta hasta mediados del siglo XVII por los barcos de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, que exploraron aquella llana e inhóspita tierra) y, tras muchas dificultades, regresó a España.

Aquél fue el viaje más notable de todos. Había costado tres años, muchas vidas humanas y una gran cantidad de dinero. Pero había demostrado que la Tierra era redonda y que el territorio que había descubierto Colón no formaba parte de India, sino de otro continente. Desde aquel momento, España y Portugal dedicaron toda su energía al desarrollo del comercio con Asia y América. Para prevenir un conflicto armado entre los dos rivales, en el llamado Tratado de Tordesillas de 1494, el papa Alejandro VI (el único Papa abiertamente pagano de la historia) de buena gana dividió el mundo en dos partes iguales por una línea de demarcación que seguía el meridiano de longitud 50° al oeste de Greenwich. Los portugueses podían establecer colonias al este de aquella línea y, los españoles, al oeste. Esto explica por qué el continente americano, a excepción de Brasil, fue español y las Indias y gran parte de África fueron portuguesas hasta que los colonizadores ingleses y neerlandeses — que no mostraban respeto alguno por las decisiones papales— empezaron a conquistar territorios en los siglos XVII y XVIII.

Cuando la noticia del descubrimiento de Colón llegó al Rialto de Venecia, el Wall Street de la Edad Media, en la bolsa cundió el pánico. Las acciones y los bonos cayeron entre un cuarenta y un cincuenta por ciento. Pasado un tiempo, una vez quedó claro que Colón no había encontrado la ruta hacia Catay, los mercaderes venecianos se recuperaron del susto. No obstante, los viajes de Vasco de Gama y de Magallanes demostraron que se podía llegar a las Indias navegando hacia el este. Los dirigentes de Génova y Venecia, los dos grandes centros comerciales de la Edad Media y el Renacimiento, se arrepintieron de no haber escuchado a Colón. Pero ya era demasiado tarde. El Mediterráneo era un mar interior. El comercio por tierra con las Indias y China se volvió insignificante. La época gloriosa de Italia había pasado. El Atlántico pasó a ser el nuevo centro de comercio y, por tanto, de civilización —y lo seguiría siendo hasta nuestros días.

Mirad de qué manera tan extraña progresó la civilización desde la época en que, cincuenta siglos antes, los habitantes del valle del Nilo empezaron a escribir la historia. Del río Nilo se desplazó a Mesopotamia, la tierra entre dos ríos. Entonces le llegó el turno a Creta y, luego, a Grecia y a Roma. Un mar interior se convirtió en centro de comercio y las ciudades del Mediterráneo fueron la cuna del arte, la ciencia, la filosofía y el saber en general. En el siglo XVI volvió a desplazarse hacia el oeste y convirtió a los países que bordeaban el Atlántico en señores del mundo. Después de la Primera Guerra Mundial, en la que las grandes naciones europeas cometieron un suicidio, se empezó a decir que la importancia del

océano Atlántico había disminuido. Se creía que la civilización cruzaría el continente americano y se instalaría en el Pacífico. Pero yo no creo que haya sucedido.

El desplazamiento hacia Occidente estuvo acompañado de un aumento progresivo del tamaño de los barcos y del conocimiento de los navegantes. Las balsas del Nilo y del Éufrates fueron reemplazadas por los barcos de vela de los fenicios, los egeos, los griegos, los cartagineses y los romanos. A su vez, éstos fueron sustituidos por los galeones de los portugueses y los españoles. Y estos últimos fueron expulsados del océano por las fragatas de los ingleses y los neerlandeses.

Sin embargo, en el presente, la civilización ya no depende exclusivamente del comercio marítimo. El avión le robó el puesto al barco. El próximo centro de la civilización dependerá tanto del desarrollo del poder marítimo como aéreo. Quizás algún día los pececitos podrán volver a disfrutar de la tranquilidad en el fondo del mar, el hogar que compartieron con los primeros antepasados de la especie humana.

Capítulo 42

Buda y Confucio

Dos hombres que siguen influyendo en los actos y pensamientos de gran parte de la humanidad

Los descubrimientos de los portugueses y los españoles vincularon a los europeos con los indios y los chinos. Por supuesto, los cristianos ya sabían que su religión no era la única del mundo. Además estaban los musulmanes y las tribus paganas del norte de África que adoraban palos, piedras y árboles muertos. Pero, en India y China, los conquistadores cristianos encontraron a millones de personas que nunca habían oído hablar de Cristo y que no querían saber nada de él porque pensaban que su religión milenaria era mucho mejor que la de Occidente. Como este libro abarca la historia de la humanidad y no exclusivamente de Europa y el hemisferio occidental, conviene que sepáis algo de dos hombres cuyas enseñanzas y cuyo ejemplo siguen influyendo en los actos y el pensamiento de la mayoría de nuestros compañeros de viaje en este mundo.

En India habían tenido un gran maestro religioso llamado Buda. Su historia es muy interesante. Nació en el siglo IV a. C., al pie de la gran cordillera del Himalaya, donde cuatrocientos años antes Zaratustra (o Zoroastro), el primero de los grandes líderes de la raza aria (nombre con el que se denominaba a sí misma la rama oriental de la raza indoeuropea), había enseñado a su gente a ver la vida como un conflicto permanente entre Ormuzd y Ahrimán, los dioses

del bien y del mal. Suddhodana, el padre de Buda, era el jefe de la tribu de los sakiyas. Su madre, Maha Maya, era hija del rey de un país cercano. Se casaron cuando ella era muy joven, pero ya habían pasado muchas lunas y su marido seguía sin tener un heredero que pudiese gobernar sus tierras cuando él muriese. Finalmente, a los cincuenta años, Maha Maya quedó embarazada y volvió a su pueblo para estar con su gente cuando su hijo llegara al mundo.

Maha Maya tuvo que hacer un largo viaje hasta la tierra de los koliyas donde había pasado sus primeros años. Una noche estaba descansando bajo

los árboles del fresco bosque de Lumbini y allí nació su hijo. Le pusieron de nombre Siddharta, pero más tarde la gente lo llamaría Buda *el Iluminado*.

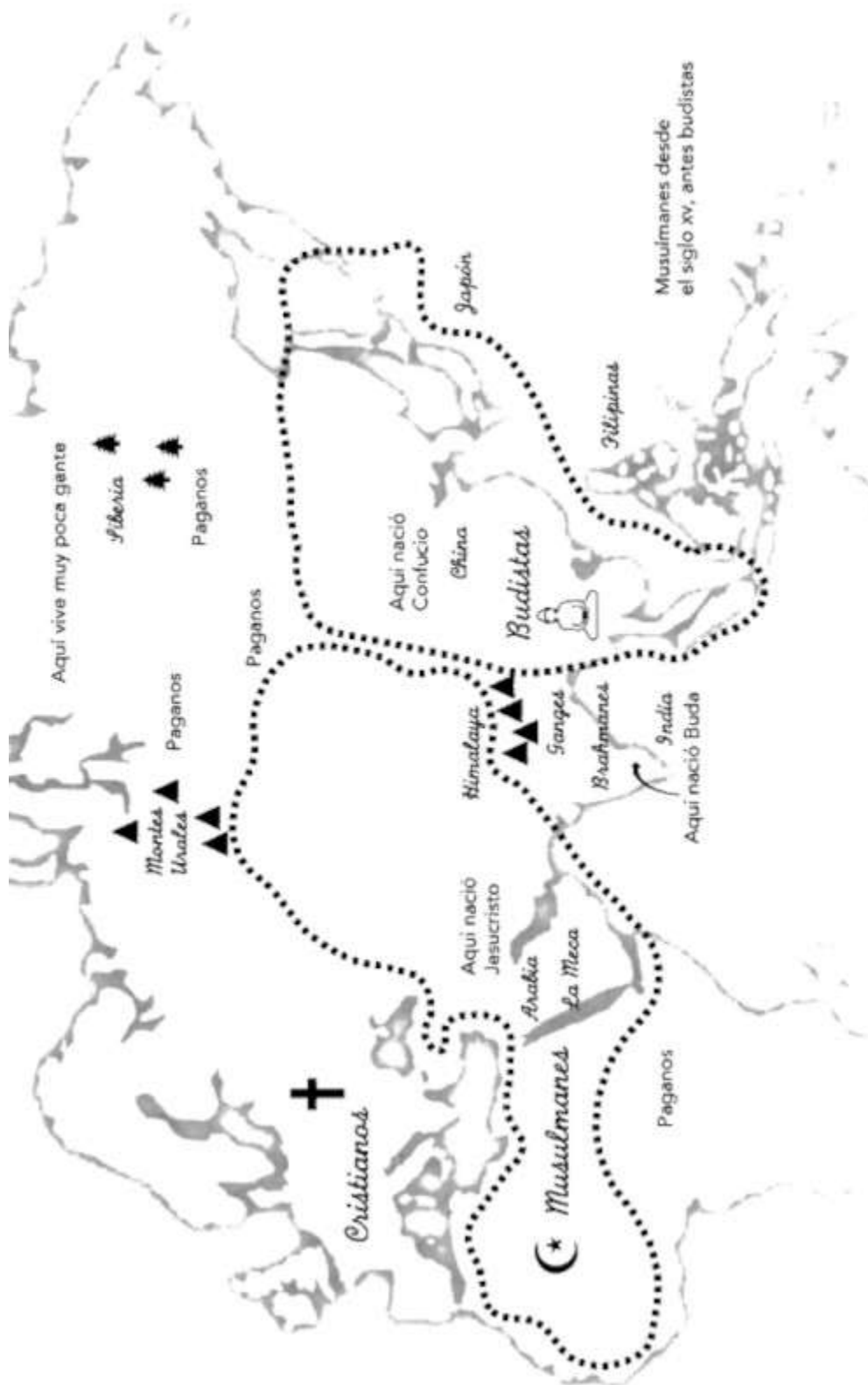
Siddharta creció y se convirtió en un bello príncipe. A la edad de diecinueve años lo casaron con su prima Yasodhara. Los diez años posteriores a la boda los pasó tras los muros protectores del palacio real, alejado del dolor y el sufrimiento humanos, esperando el día en que tuviera que suceder a su padre y se convirtiera en rey de los sakiyas.

Pero un día, cuando tenía treinta años, salió de palacio y vio a un viejo agotado de tanto trabajar, cuyas piernas apenas podían sostener la pesada carga de la vida. Siddharta preguntó a su cochero Channa por aquel hombre y este le contestó que no se preocupara por él, porque había muchos pobres en el mundo. El joven príncipe se puso muy triste, pero no dijo nada y volvió a palacio, donde lo esperaban su mujer y sus padres, e intentó ser

feliz. Poco después salió otra vez de palacio y su carruaje topó con un hombre que padecía una enfermedad terrible. Siddharta preguntó a Channa por el origen de aquel sufrimiento, pero Channa le contestó que en el mundo había muchos enfermos, que no se podía hacer nada por ellos y que no debía preocuparse. El joven príncipe volvió a ponerse triste al saberlo, pero regresó con su familia sin decir nada.

Pasaron unas semanas. Una tarde, Siddharta hizo preparar el carruaje para ir a bañarse. Iban de camino al río cuando, de repente, los caballos se asustaron porque en una acequia vieron el cuerpo en estado de descomposición de un hombre muerto. El joven príncipe, a quien siempre se le habían escondido estas cosas, tuvo miedo, pero Channa le dijo que no se preocupara por tales nimiedades. El mundo estaba lleno de muertos. Nada es eterno. La tumba nos espera a todos y no hay escapatoria posible.

Aquella noche, cuando Siddharta volvió a casa, fue recibido con música. Mientras estaba fuera, su mujer había dado a luz a un niño. El pueblo estaba muy contento porque tenían un heredero al trono y lo celebraban tocando los tambores. Sin embargo, Siddharta no compartía aquella felicidad. Se había quitado la venda de los ojos y había descubierto los horrores de la existencia humana. La muerte y el sufrimiento lo perseguían dondequiera que fuese, como si de una pesadilla se tratase.



Las tres grandes religiones del mundo antiguo

Aquella noche, la luna brillaba con intensidad. Siddharta se despertó y se puso a pensar en muchas cosas. No volvería a ser feliz hasta que hubiera resuelto el enigma de la existencia. Decidió ir a buscar la solución lejos de sus seres queridos. Entró en la habitación donde Yasodhara dormía con su hijo recién nacido y se despidió de ellos en silencio. Luego llamó a su fiel Channa y le pidió que lo siguiera.

Los dos hombres se fueron en plena noche, el uno a buscar alivio para el alma, el otro a servir fielmente a su señor.

Siddharta recorrió India durante muchos años. La población estaba pasando un período de cambios. Sus antepasados, los nativos, pobladores originarios de India, habían sido conquistados fácilmente por los guerreros arios (nuestros antepasados lejanos) y, desde entonces, éstos eran amos y señores de millones de personas. Para perpetuarse en el poder, los arios habían dividido a la población en clases y poco a poco impusieron a los indígenas un sistema de «castas» muy rígido. Los descendientes de los conquistadores indoeuropeos pertenecían a la casta más alta, la de los guerreros y los nobles. En segundo lugar estaba la casta de los sacerdotes. Por debajo de estas dos se encontraban la casta de comerciantes y de agricultores. Finalmente, los nativos, llamados parias, formaban una clase de esclavos despreciados y miserables, que no podían aspirar a ser nada más.

Incluso la religión era cuestión de castas. Los indoeuropeos, en su nomadismo milenario, habían pasado por muchas aventuras, que recogieron en cuatro libros llamados Vedas. Estos libros fueron

escritos en sánscrito, una lengua estrechamente relacionada con la mayoría de lenguas europeas, del griego al latín y del ruso al alemán, pasando por 40 más. Las tres castas más altas podían leer estas escrituras sagradas; sin embargo, a los parias, los miembros de la casta más baja, no se les estaba permitido. ¡Pobre del noble o el sacerdote que enseñara a un paria a leer e interpretar el libro sagrado!

En consecuencia, la mayoría de los indios vivía en la miseria. Dado que este mundo les ofrecía pocas alegrías, buscaron alivio al sufrimiento en un futuro mundo ideal y en la meditación.

Brahma, el dios creador, al que los indios creían señor supremo de la vida y de la muerte, era considerado el ideal de perfección. Ser como Brahma, no desear ni riquezas ni poder, era el objetivo de la existencia. Pensar en Brahma era más importante que cualquier hecho, y mucha gente se iba a meditar al desierto o a las montañas y a pasar hambre con la intención de alimentar el alma con la gloriosa contemplación del esplendoroso Brahma, el sabio, el bueno, el compasivo.

Siddharta, que a menudo había observado a aquellos meditadores solitarios que buscaban la verdad lejos del tumulto de las ciudades y los pueblos, decidió seguir su ejemplo. Se cortó el pelo, se quitó las perlas y los rubíes que llevaba y se los dio a Channa para que los entregara a su familia junto a un mensaje de despedida. Y una vez solo, el joven príncipe se perdió en la selva.

La fama de su devoción pronto se extendió por las montañas. Cinco jóvenes fueron a su encuentro y le preguntaron si podían escuchar

sus sabias palabras. Siddharta accedió a ser su maestro si ellos lo seguían. Los jóvenes consintieron, se fueron con él a los montes Vindhya y, en aquellos parajes solitarios, Siddharta pasó seis años enseñándoles todo lo que sabía. Pero, tras aquel período de estudio, sentía que aún estaba muy lejos de la perfección. El mundo que había abandonado seguía tentándolo. Así que pidió a sus discípulos que lo dejaran solo y pasó cuarenta y nueve días con sus noches en ayuno, sentado sobre las raíces de un árbol centenario. Finalmente recibió la recompensa. El día que hacía cincuenta, al caer la noche, Brahma se apareció a su fiel servidor. Desde aquel momento, Siddharta recibió el nombre de Buda *el Iluminado*, *que* había llegado para salvar a los hombres de su desdichado destino mortal. Buda pasó los últimos cuarenta y cinco años de su vida en el valle del Ganges, enseñando su sencilla doctrina basada en la humildad y la sumisión. Murió en el año 488 a. C., muy viejo y muy querido por millones de personas. No había predicado para una única clase: incluso el paria más pobre podía ser discípulo suyo. Sin embargo, aquello no gustó a los nobles, los sacerdotes y los comerciantes, que intentaron por todos los medios acabar con el credo que predicaba la igualdad de todos los seres humanos y ofrecía a la gente la esperanza de una segunda vida (una reencarnación) en circunstancias más felices. Rápidamente intentaron convencer a los indios de que volviesen a las antiguas doctrinas del credo brahmánico, con sus ayunos y sus torturas al cuerpo pecador. Pero no pudieron destruir el budismo. Los discípulos del Iluminado empezaron a cruzar el Himalaya y a extender su religión por China.

Luego atravesaron el mar Amarillo y predicaron la doctrina de su maestro a los japoneses, obedeciendo fielmente a su voluntad de no usar nunca la violencia. Los seguidores de Buda aumentaron su número y actualmente, en el mundo, hay más budistas que cristianos y musulmanes juntos.

La historia de Confucio, el sabio chino, es sencilla. Nació en el año 550 a. C. Llevó una vida tranquila y digna, desprovista de grandes acontecimientos, en un tiempo en que China carecía de un gobierno central fuerte y los chinos estaban a merced de bandidos y señores feudales que saqueaban ciudades, robaban y mataban y que convirtieron las llanuras del norte y el centro de China en un descampado de gente que moría de hambre.

Confucio, que amaba a su pueblo, intentó salvarlo. Criticaba el uso de la violencia. Era una persona muy pacífica. Creía que no se podía cambiar a las personas simplemente renovando la legislación. Sabía que la única salvación posible estaba en un cambio de corazón y se propuso la tarea titánica de transformar el carácter de sus millones de compatriotas que habitaban las extensas llanuras de Asia oriental. Los chinos nunca habían practicado una religión tal como la entendemos nosotros. Como la mayoría de pueblos primitivos, creían en demonios y en fantasmas, pero no tenían profetas ni «una verdad revelada». Confucio fue el único gran guía espiritual que nunca tuvo apariciones, que no se proclamó mensajero de un poder divino y que no pretendió en ningún momento seguir la voluntad de unas voces provenientes del cielo.

Sencillamente era un hombre sensato y bueno, amante de los paseos solitarios y músico de baladas con su flauta. No pidió ningún reconocimiento. No pretendió que la gente lo siguiera o lo adorara. Nos recuerda a los antiguos filósofos griegos, especialmente a los de la escuela estoica, que creían en un comportamiento correcto y en un pensamiento correcto sin recompensa alguna más que la paz interior consecuente a tener la conciencia tranquila.

Confucio era un hombre muy tolerante. Hizo todo lo posible por visitar a Lao-Tsé, el otro gran guía espiritual chino, fundador de un sistema filosófico llamado taoísmo, una temprana versión china de la Regla de Oro.

Confucio no odiaba a nadie. Su teoría se basaba en el dominio de uno mismo. Según sus enseñanzas, una persona de verdadera valía no se deja llevar por la ira y soporta lo que el destino le depara con la resignación de los sabios que entienden que todo lo que pasa, de una manera u otra, sucede para bien.

Al principio, sólo tenía unos pocos alumnos. Poco a poco, el número aumentó. Antes de su muerte, acaecida en el año 478 a. C., diversos reyes y príncipes de China admitían ser discípulos suyos. Cuando Jesús nació en Belén, la filosofía de Confucio formaba parte de la mentalidad de la mayoría de chinos y, en la actualidad, sigue influyendo en sus vidas, aunque ya no en su forma original. La mayoría de religiones ha cambiado con el tiempo. Jesús predicó humildad, sumisión y rechazo a las ambiciones mundanas y, en cambio, quince siglos después de la crucifixión, el Papa se gastaba

un dineral en construir un templo que guardaba poca relación con aquel solitario establo de Belén en el que había nacido el profeta. Lao-Tsé predicó la Regla de Oro y, en menos de tres siglos, las masas ignorantes lo habían convertido en un dios cruel y habían enterrado sus sabios mandamientos bajo una montaña de supersticiones que convirtieron la vida de los chinos en un rosario de horrores y miedos.

Confucio enseñó a sus alumnos la bondad de honrar a los padres. Y los alumnos pronto dedicaron más tiempo a mantener viva la memoria de sus progenitores ya fallecidos que en procurar la felicidad de sus hijos y nietos. Deliberadamente dieron la espalda al futuro para mirar hacia la inmensa oscuridad del pasado. El culto a los ancestros se convirtió claramente en un sistema religioso. Por no tocar un cementerio situado en la ladera fértil y soleada de una montaña eran capaces de plantar el arroz y el trigo en el terreno pedregoso y yermo de otra ladera. Preferían pasar hambre que profanar las tumbas de los muertos.

A pesar de todo, las sabias palabras de Confucio siempre estuvieron presentes en la vida de la creciente población de Asia oriental. Sus profundos dichos y sus sagaces afirmaciones dieron un toque de sentido común a la vida de los chinos, tanto si eran simples trabajadores en lavanderías saturadas de vapor de agua como si eran gobernantes de provincias extensas que vivían tras los altos muros de un palacio aislado.

En el siglo XVI, los fervorosos pero poco civilizados cristianos de Occidente se encontraron de repente con los antiguos credos de

Oriente. Los españoles y los portugueses examinaron las afables estatuas de Buda, contemplaron los venerables retratos de Confucio y no supieron qué hacer con aquellos honorables profetas de sonrisa ausente. Al final llegaron a la conclusión fácil de que aquellas extrañas divinidades eran tanto idólatras como heréticas, así que no merecían el respeto de los hijos de la Iglesia. Cuando les parecía que el espíritu de Buda o de Confucio interfería en el comercio de especias y seda, los europeos atacaban aquella «influencia malévola» con armas de fuego. Aquel sistema tenía ciertas desventajas claras. Entre otras cosas, nos ha legado una desagradable historia de enemistad e incompreensión que no promete nada bueno a las futuras relaciones internacionales.

Capítulo 43

La Reforma

El progreso de la especie humana describe un movimiento pendular. Tras la indiferencia religiosa y el entusiasmo por el arte y la literatura del Renacimiento, se pasó a la indiferencia tanto por el arte como por la literatura y al entusiasmo religioso de la Reforma

Seguramente habréis oído hablar de la Reforma. Para mucha gente, la palabra evoca al reducido pero valiente grupo de *pilgrims* o peregrinos, que cruzó el Atlántico y se instaló en las costas de Norteamérica para gozar de «libertad de culto religioso». Con el tiempo, especialmente en los países protestantes, la palabra reforma pasó a representar la idea de «libertad de pensamiento». A Lutero se le tiene por líder de una vanguardia de progreso. Pero cuando la historia es algo más que un discurso adulador dirigido a nuestros antepasados con la intención de glorificarlos, cuando, retomando las palabras del historiador alemán Ranke, queremos descubrir «lo que pasó realmente», entonces el pasado se ve de manera muy diferente.

En esta vida, pocas de las cosas que suceden son absolutamente buenas o malas. Generalmente, no son ni blancas ni negras. Por eso, la obligación del cronista honesto es presentar tanto el lado positivo como el negativo de los sucesos históricos. Sin duda es una tarea difícil, porque todos tenemos simpatías o antipatías personales. Pero debemos intentar ser lo más objetivos que sea posible y no dejar que los prejuicios nos influyan demasiado.

Tomemos mi caso como ejemplo. Yo crecí en el núcleo protestante de un país protestante. No vi católicos hasta los doce años. Cuando debía hablar con uno me sentía muy incómodo. Me daba miedo. Sabía que la Inquisición española había quemado, ahorcado o decapitado a miles de personas en la época en la que el duque de Alba intentaba salvar a los flamencos de la herejía luterana o calvinista. Yo tenía aquellos sucesos muy presentes. Pensaba que habían pasado hacía muy poco tiempo. En cualquier momento podía volver a ocurrir. Podía haber otra Noche de san Bartolomé y entonces, estando yo en pijama, me matarían y lanzarían mi cuerpo por la ventana, como le pasó al noble almirante Gaspard de Coligny. Mucho después pasé unos años en un país católico. Los católicos eran

mucho más agradables y tolerantes de lo que me imaginaba y tan inteligentes como mis compatriotas protestantes. Con gran sorpresa, descubrí que había una versión católica de la Reforma, al igual que existía una versión protestante.

Claro está que la buena gente que vivió en los siglos XVI y XVII, que vivió la Reforma, lo veía de modo diferente. Ellos siempre tenían razón y el enemigo se equivocaba invariablemente. Era cuestión de ahorcarlo antes de que él nos ahorcara y, por supuesto, nadie quería ser el ahorcado. Lo cual era muy humano y no se los debe culpar por ello.

En el año 1500, una fecha fácil de recordar, ya que fue cuando nació el emperador Carlos I de España y V de Alemania, Europa se encontraba en una situación especial. Del desorden de la Edad

Media, provocado por un número elevadísimo de feudos, se había pasado al orden en un número limitado de reinos centralizados. El más poderoso de todos los soberanos era el gran Carlos V, que por aquel entonces era un bebé. Por parte materna, Carlos V era nieto de los Reyes Católicos, y por parte paterna lo era de Maximiliano de Austria, el último caballero medieval, y de su esposa María, hija de Carlos *el Temerario*, el ambicioso duque borgoñón que había ganado una guerra contra Francia pero había muerto a manos de los campesinos suizos independentistas. Así que aquel niño llamado Carlos heredó gran parte de Europa, todas las tierras de sus padres, abuelos, tíos y primos en Alemania, Austria, Holanda, Bélgica, Italia y España, junto a sus colonias en Asia, África y América. Por ironías del destino, había nacido en Gante, en el mismo castillo de los duques de Flandes que los alemanes usaron como cárcel en su ocupación de Bélgica durante la Primera Guerra Mundial y, a pesar de ser rey de España y emperador de Alemania, recibió una educación flamenca.

Debido a que su padre murió tempranamente (envenenado, o eso dijo la gente, aunque nunca quedó probado) y su madre perdió la razón (se paseaba por sus dominios con el ataúd de su marido muerto), el niño fue educado por su tía Margarita en la más estricta disciplina. Carlos V, que creció en un ambiente flamenco y se vio obligado a gobernar a alemanes, italianos, españoles e infinidad de pueblos extraños, era devoto de la Iglesia católica, aunque poco partidario de la intolerancia religiosa. Fue bastante vago, tanto de niño como de mayor; pero el destino lo condenó a gobernar el

mundo cuando éste era una olla de fervor religioso y se tuvo que pasar la vida corriendo de Madrid a Innsbruck y de Brujas a Viena. Adoraba la paz y la tranquilidad, pero siempre estaba en guerra. A los cincuenta y cinco años dio la espalda al mundo, asqueado de tanto odio y tanta estupidez. Tres años más tarde murió, cansado y decepcionado.

Ya hemos hablado del emperador Carlos V. Pero ¿qué pasaba con la Iglesia, la otra gran superpotencia de la época? La institución había cambiado mucho desde la Alta Edad Media, una época en que se dedicaba a convertir infieles y a enseñarles las ventajas de llevar una vida piadosa y de moral recta. En primer lugar, la Iglesia había enriquecido demasiado. El Papa ya no era el pastor de un rebaño de cristianos humildes, sino que vivía en un palacio fastuoso, rodeado de artistas, músicos y literatos famosos. Los templos estaban decorados con nuevas pinturas donde los santos parecían dioses griegos. El pontífice repartía su tiempo de forma desigual entre los asuntos de Estado y el arte, ya que a los asuntos de Estado sólo dedicaba una ínfima parte de su tiempo. El resto lo ocupaba estudiando estatuas romanas y vasijas griegas recientemente descubiertas, dirigiendo las obras de su nueva residencia de verano y asistiendo a estrenos de representaciones teatrales. Por supuesto, los arzobispos y los cardenales seguían el ejemplo del Papa y, a su vez, los obispos imitaban a los arzobispos. En cambio, los sacerdotes de pueblo seguían siendo fieles a sus obligaciones. No estaban tan sumergidos en aquel mundo malévolo y aquel amor pagano por la belleza y el placer. Se mantenían alejados de los

monasterios, donde los monjes parecían haber olvidado los votos de sencillez y pobreza y vivían tan alegremente como podían sin llegar a causar escándalo público.

Por último estaba el pueblo. La población vivía mejor que nunca. Eran prósperos, vivían en casas más agradables, las ciudades eran más bonitas, llevaban a sus hijos a buenas escuelas y, gracias a las armas de fuego, estaban a la altura de sus antiguos enemigos, los señores feudales, que durante siglos los habían extorsionado con impuestos altísimos sobre el comercio.

Estos fueron los principales actores de la Reforma. Ahora veamos qué pasó en Europa durante el Renacimiento y entenderéis por qué la vuelta al saber y al arte estaba condenada a hacer renacer el fervor religioso. El Renacimiento empezó en Italia. De allí pasó a Francia. En España no tuvo mucho éxito porque los quinientos años de lucha contra los moros habían generado estrechez de miras y fanatismo en cuestiones religiosas. De todas maneras, el círculo se ampliaba cada vez más. Ahora bien, al cruzar los Alpes, el Renacimiento sufrió un cambio.

En el norte de Europa, donde el clima era muy diferente, el pueblo tenía una forma de vivir radicalmente opuesta a la de sus vecinos del sur. Los italianos vivían al aire libre, bajo un cielo soleado. Para ellos era fácil reír, cantar y ser felices. En cambio, los alemanes, los flamencos, los ingleses y los suecos se pasaban la mayor parte del tiempo encerrados en casa, viendo la lluvia azotar las ventanas cerradas de sus confortables hogares. No reían tanto. Se lo tomaban todo más en serio. Siempre pensaban en su alma inmortal y no les

gustaba bromear sobre lo que consideraban divino y sagrado. La parte «humanística» del Renacimiento (los libros, el estudio de los autores clásicos, la gramática y los manuales) les interesaba mucho. Pero el retorno general a la antigua civilización pagana de Grecia y Roma, que era una de las principales consecuencias del Renacimiento en Italia, los horrorizaba.

Los miembros de la Santa Sede y el Colegio de Cardenales eran casi todos italianos y habían convertido la Iglesia en un club donde se hablaba de arte, música y teatro, pero raramente se abordaban cuestiones religiosas. Así que la brecha entre el serio norte y el más civilizado pero despreocupado sur se ensanchó y nadie se dio cuenta del peligro que esto representaba para la Iglesia.

La Reforma tuvo lugar en Alemania y no en Suecia o Inglaterra por motivos de importancia menor. Los alemanes sentían un resentimiento histórico hacia Roma. Las innumerables disputas entre el emperador y el Papa habían provocado un odio mutuo. Además, en otros países europeos en los que el gobierno estaba en manos de un rey poderoso, éste había podido proteger a sus súbditos de la avaricia de los sacerdotes. En cambio en Alemania, donde el emperador era un títere sometido por los príncipes, los burgueses estaban a merced de los obispos y prelados, que pretendían recaudar altas cantidades de dinero para las magníficas iglesias que tanto gustaban a los papas del Renacimiento. Los alemanes se sentían víctimas de la situación y, como es natural, no les gustaba nada.

Por otra parte, raramente se menciona que en Alemania se inventó la imprenta. En el norte de Europa, los libros eran baratos y la Biblia ya no era un manuscrito misterioso que pertenecía al sacerdote y que sólo él podía explicar, sino que era habitual encontrarla en las casas en las que se sabía latín. Familias enteras empezaron a leerla, lo cual iba en contra de la ley eclesiástica, y descubrieron que entre lo que decían los sacerdotes y lo que leían en las Sagradas Escrituras había una considerable diferencia. Esto provocó dudas y surgieron preguntas. Y las preguntas, si no se pueden responder, causan problemas.

La guerra empezó cuando los humanistas del norte abrieron fuego sobre los monjes. En el fondo de su corazón, aún sentían demasiado respeto y reverencia por el Papa como para atacar directamente a su altísima santidad. En cambio, los monjes vagos e ignorantes que vivían como reyes tras los muros protectores de los monasterios ofrecían el blanco perfecto.

Lo curioso de la historia es que el paladín de la revuelta era un fiel hijo de la Iglesia católica. Geert Geerts, o Desiderio Erasmo, que es como lo conocemos, era un niño pobre nacido en Rotterdam (Holanda) y educado en la misma escuela latina de Deventer que Tomás de Kempis. Más tarde lo ordenaron sacerdote y vivió un tiempo en un monasterio. Viajó mucho y sabía de lo que escribía. Empezó su carrera profesional de folletista (lo que hoy llamaríamos «editorial») publicando una serie de cartas anónimas divertidísimas bajo el nombre de *Cartas de hombres oscuros*. En estas cartas expresaba la estupidez y la arrogancia de los monjes de la Baja

Edad Media mediante unos versos ramplones, escritos en una mezcla de latín y alemán parecidos a las quintillas jocosas. En realidad, Erasmo era un gran académico que sabía tanto latín como griego y que nos dejó la primera traducción fiable del Nuevo Testamento al latín, que publicó junto a la versión corregida del original griego. Pero aun así creía, al igual que Horacio, el poeta latino, que nada nos impide «decir la verdad con una sonrisa en los labios».

Hacia el año 1500, mientras visitaba a Tomás Moro en Inglaterra, Erasmo se tomó unos días libres y escribió un librito llamado *Elogio de la locura*, donde atacaba a los monjes y a sus crédulos seguidores con el arma más poderosa de todas: el humor. Fue el libro más vendido del siglo XVI. Se tradujo a casi todas las lenguas del mundo y, gracias a éste, los lectores se fijaron en sus demás obras. Erasmo abogaba por la reforma de la Iglesia para acabar con los abusos y pedía a sus colegas humanistas que lo ayudaran en la tarea de hacer renacer la fe cristiana.

Pero aquellas excelentes intenciones quedaron en agua de borrajas. Erasmo era demasiado razonable y tolerante para agradar a la mayoría de los enemigos de la Iglesia, que deseaba un líder más imponente.

Este líder llegó y se llamaba Lutero.

Lutero era un campesino del norte de Alemania dotado de una mente privilegiada y una valentía excepcional. Era fraile agustino y llegó a ser una figura importante de la Orden de San Agustín en la provincia sajona. También fue profesor en la Escuela de Teología de

Wittenberg, donde explicaba las Sagradas Escrituras a los hijos de los campesinos de su tierra natal, a los que el tema no interesaba lo más mínimo. Tenía mucho tiempo libre, que ocupó en estudiar los textos originales del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pronto se dio cuenta de la gran diferencia que había entre lo que predicó Cristo y lo que decían los papas y los obispos.

En 1511 visitó Roma en viaje oficial. Alejandro VI, de la familia Borgia, un Papa que había acumulado una gran fortuna para su hijo y su hija, ya había muerto. Su sucesor, Julio II, un hombre de carácter irreprochable, pasaba la mayor parte del tiempo combatiendo o construyendo, así que no impresionó a aquel serio teólogo alemán con su devoción. Lutero volvió a Wittenberg muy decepcionado. Pero lo peor aún estaba por llegar.

La inmensa basílica de San Pedro que Julio II quería legar a sus pobres sucesores, aunque todavía estaba a medio construir, necesitaba una reparación. Alejandro VI se había gastado hasta el último céntimo de lo que había en las arcas papales. León X, que sucedió a Julio II en 1513, como estaba al borde de la quiebra, acudió a un viejo método de obtener dinero: empezó a vender «indulgencias». Una indulgencia era un documento que, a cambio de dinero, prometía al pecador una reducción del tiempo que debería pasar en el purgatorio. Algo perfectamente correcto según las creencias de la Edad Media. Si la Iglesia podía perdonar los pecados de los que se arrepentían de verdad antes de morir, también podía acortar, intercediendo ante los santos, el tiempo que un alma tenía

que permanecer en los reinos sombríos del purgatorio para quedar purificada.

Desafortunadamente, las indulgencias se canjeaban por dinero. Resultaban una fuente fácil de ingresos, aunque, de todos modos, quienes eran pobres y no podían comprarlas las recibían gratis.

Sucedió que, en el año 1517, la exclusiva de vender indulgencias en Sajonia fue otorgada a un monje dominicano llamado Juan Tetzel. El hermano Juan era un vendedor agresivo. A decir verdad, era un interesado. Sus métodos de venta ofendieron a los devotos del pequeño ducado. Y Lutero, que era un tipo honrado, se enfadó tanto que actuó impetuosamente. El 31 de octubre de 1517 colgó una hoja de papel en la puerta de una iglesia con 95 argumentos (o tesis) en contra de la venta de indulgencias. El escrito estaba redactado en latín, porque Lutero no tenía intención de iniciar una revuelta. Sólo estaba en contra de las indulgencias y quería que sus colegas universitarios supieran lo que pensaba de ellas. Era un asunto privado del clero y los profesores que no pretendía llamar la atención de los laicos. Desgraciadamente, en aquella época en que todo el mundo había empezado a interesarse por los asuntos religiosos, era imposible discutir nada sin crear una confusión mental grave. En menos de dos meses, Europa entera hablaba de las 95 tesis del monje sajón. Todo el mundo quería tomar partido. Hasta el teólogo más insignificante debía publicar su opinión sobre ellas. Las autoridades papales empezaron a alarmarse. Ordenaron al profesor de Wittenberg que se desplazara a Roma para dar cuenta de su acción. Pero Lutero recordaba lo que le había pasado a Hus

(fue quemado por hereje), así que fue precavido y se quedó en Alemania. El Papa lo excomulgó. Lutero quemó la bula papal ante una multitud admirada y con aquello quedó claro que no había acuerdo posible entre el Papa y él.

Sin una clara intención previa, Lutero se puso a la cabeza de un enorme grupo de cristianos descontentos. Algunos patriotas alemanes como Ulrich von Hutten se pusieron de su parte. Los estudiantes de Wittenberg, Erfurt y Leipzig dijeron que, si las autoridades intentaban encarcelarlo, lo defenderían. El elector de Sajonia tranquilizó a los impetuosos jóvenes: mientras estuviese en suelo sajón, Lutero estaría a salvo.

Todo esto sucedió en el año 1520. El emperador Carlos V tenía veinte años y, como soberano de medio mundo, estaba obligado a mantener buenas relaciones con el Papa. Así que convocó la Dieta o Asamblea general, en la ciudad de Worms, a orillas del Rin, y ordenó a Lutero que se presentara y explicara su extraordinario comportamiento. Lutero, que se había convertido en un héroe nacional, acudió a la cita, pero se negó a retractarse de nada de lo que había dicho o escrito. Afirmó que sólo la palabra de Dios regía su conciencia y que viviría y moriría por ella.

Tras la pertinente deliberación, la Dieta de Worms declaró a Lutero proscrito ante Dios y ante los hombres y prohibió a todos los alemanes darle cobijo, comida o bebida y leer ni una sola palabra de los libros que aquel miserable hereje había escrito. Pero el gran reformador no corría peligro. Casi todos los alemanes del norte condenaron aquel edicto por injusto y ofensivo. Para mayor

seguridad, Lutero se escondió en el castillo de Wartburg, que pertenecía al elector de Sajonia, desde donde desafió a la autoridad papal traduciendo la Biblia entera al alemán para que el pueblo pudiera leer la palabra de Dios por sí mismo.

A estas alturas, la Reforma había dejado de ser un movimiento religioso y espiritual. Quienes detestaban la belleza de los edificios modernos de la Iglesia aprovecharon este período de disturbios para destruir todo aquello que no les gustaba simplemente porque no lo comprendían. Los caballeros arruinados intentaron recuperar lo que habían perdido apropiándose de terrenos que pertenecían a los monasterios. Los príncipes descontentos sacaron tajada de la ausencia del emperador y aumentaron su poder. Los campesinos pobres aprovecharon la ocasión para asaltar los castillos de sus señores y saquear, matar y quemar con el mismo ahínco que los antiguos cruzados.

El Imperio se convirtió en el reino del caos. Algunos príncipes se hicieron protestantes (nombre que recibieron los seguidores de Lutero porque «protestaban» contra la Iglesia católica) y persiguieron a sus súbditos católicos. Otros siguieron siendo católicos y ejecutaron a sus súbditos protestantes. La Dieta de Espira, del año 1526, intentó poner remedio a esta difícil situación y determinó que «los súbditos debían pertenecer al mismo grupo religioso que sus príncipes». Esto convirtió a Alemania en un tablero de ajedrez formado por miles de ducados y principados, a la vez que creó una situación que impidió el normal crecimiento político de la región durante siglos.

En febrero de 1546, Lutero murió y fue enterrado en la misma iglesia en la que veintinueve años antes había proclamado sus famosas objeciones a la venta de indulgencias. En menos de treinta años, la sociedad despreocupada y alegre del Renacimiento había quedado inundada de rencor y plagada de conflictos por culpa de los enfrentamientos de la Reforma. El imperio espiritual de los papas se vino abajo de la noche a la mañana, y Europa occidental se convirtió en un campo de batalla donde protestantes y católicos se mataban unos a otros porque opinaban diferente respecto a unas doctrinas teológicas que, en la actualidad, son tan incomprensibles como las misteriosas inscripciones de los antiguos etruscos.

Capítulo 44

La guerra religiosa.

La época de las grandes controversias religiosas

Los siglos XVI y XVII fueron un tiempo de controversia religiosa. Si os fijáis, os daréis cuenta de que las personas que os rodean se pasan el día hablando de economía (hipotecas, salarios, horarios laborales, huelgas, etcétera) y de cómo ésta afecta a la vida diaria de nuestra sociedad. Podría decirse que la economía es la mayor preocupación actual.

Los pobres niños de 1600 o 1650 aún lo pasaban peor. Ellos sólo oían hablar de religión. Les habían llenado la cabeza con expresiones como «predestinación», «transustanciación», «libre albedrío» y cientos de otras palabrejas que expresaban conceptos oscuros de la «fe auténtica», ya fuese católica o protestante. Eran bautizados en la fe católica, luterana, calvinista, zuingliana o anabaptista según el deseo de sus padres. Aprendían teología en la *Confesión de Augsburgo*, redactada por Lutero, o en la *Institución de la religión cristiana*, escrita por Calvino, o recitaban los 39 artículos de fe del misal anglicano y les decían que eso, y sólo eso, era la «fe auténtica».

Los niños sabían que Enrique VIII de Inglaterra, aquel rey que se casó tantas veces, había robado gran cantidad de propiedades a la Iglesia y se había proclamado jefe supremo de la Iglesia anglicana asumiendo el antiguo derecho papal de nombrar obispos y sacerdotes. Tenían pesadillas cuando alguien mencionaba la

Inquisición, famosa por sus mazmorras y sus salas de tortura. Se les obsequiaba con historias de actos no menos horripilantes cometidos por el otro bando, como, por ejemplo, la de que una muchedumbre de protestantes neerlandeses ofendidos habían capturado a un grupo de sacerdotes católicos ancianos e indefensos y los habían ahorcado por el puro placer de matar a los que profesan una fe diferente. Por desgracia, las dos partes estaban igualadas. Si no hubiera sido así, el conflicto se habría terminado pronto. Pero no, se arrastró durante generaciones y generaciones y se volvió tan complicado que sólo os puedo explicar los detalles más relevantes y pidiros que os informéis sobre el resto en uno de los muchos libros que se han escrito sobre la Reforma.

Tras el gran movimiento reformador de los protestantes se produjo un cambio profundo en el seno de la Iglesia católica. Desaparecieron de escena los papas humanistas marchantes de antigüedades griegas y romanas, y su lugar lo ocuparon hombres serios que dedicaban veinte horas al día a las tareas religiosas que se les había encomendado.

En los monasterios se acabó la vida alegre y deshonrosa que durante tanto tiempo se había llevado. Las monjas y los monjes tuvieron que volver a levantarse al alba, a estudiar a los padres de la Iglesia, a atender a los enfermos y a consolar a los moribundos. La Santa Inquisición velaba día y noche para que no se extendiera ninguna doctrina peligrosa mediante la imprenta. Y aquí debo detenerme y mencionar al pobre Galileo, que fue encarcelado por haber escrutado los cielos indiscretamente con su extraño

telescopio y haber hecho públicas unas opiniones sobre el comportamiento de los planetas, que se oponían por completo a las tesis oficiales defendidas por la Iglesia católica. Claro que, para ser justos con el Papa, el clérigo y la Inquisición, he de admitir que los protestantes eran tan contrarios a la ciencia y a la medicina como los católicos y que, haciendo gala de la misma ignorancia e intolerancia, ellos también consideraban que quienes investigaban por sí mismos eran un gran peligro para la humanidad.

Por ejemplo, Calvino, el gran reformista y tirano (tanto en lo político como en lo espiritual) de Ginebra, no sólo ayudó a las autoridades francesas que querían ahorcar a Miguel Servet (el teólogo y médico español que se había hecho famoso por ser el asistente de Vesalio, el primer gran anatomista), sino que, cuando Servet consiguió escapar de la prisión francesa donde estaba encerrado y huir a Ginebra, Calvino lo volvió a meter en la cárcel y, tras un largo juicio, permitió que fuera quemado en la hoguera por hereje, sin importarle la fama que tenía como científico. Las cosas siguieron así durante un tiempo. Contamos con pocas estadísticas fiables, pero parece ser que los protestantes se cansaron del juego mucho antes que los católicos y, finalmente, casi todos los hombres y las mujeres honrados que fueron quemados, ahorcados o decapitados por sus creencias religiosas murieron a manos de la enérgica y muy drástica Iglesia de Roma.

El concepto de tolerancia —por favor, recordad esta palabra cuando os hagáis mayores— es de origen muy reciente e incluso en nuestro llamado «mundo moderno» la gente únicamente suele ser tolerante

en asuntos que ni le van ni le vienen. Por ejemplo, es tolerante con los asiáticos, que viven lejos, y le da igual si se hacen budistas o hinduistas porque ni el budismo ni el hinduismo significa nada para ella. Pero, cuando se entera de que su vecino, socialista de toda la vida, se ha afiliado al partido liberal, deja de ser tolerante y adopta un discurso parecido al que empleaban los buenos católicos o protestantes del siglo XVII al enterarse de que aquel amigo al que siempre habían querido y respetado había caído en manos de la terrible herejía católica o protestante.

Hasta hace muy poco tiempo, la «herejía» era como una enfermedad. Si actualmente advertimos que una persona descuida la higiene personal y la limpieza de la casa exponiendo a su familia a los peligros del tifus o cualquier otra enfermedad contagiosa, llamamos a las autoridades sanitarias, que contactan con la policía para echar a aquella persona que es un peligro para la seguridad de la comunidad. En los siglos XVI y XVII, la gente creía que los heréticos, los hombres y las mujeres que dudaban abiertamente de los principios fundamentales de la religión protestante o católica, eran una amenaza más peligrosa que un portador de tifus. El tifus destruía el cuerpo. Pero la herejía, según ellos, destruía el alma inmortal. Por tanto, era obligación de todo buen ciudadano avisar a la policía de la existencia de enemigos del orden establecido, y los que no lo hacían eran tan culpables como alguien que hoy no llama al médico si advierte que un vecino tiene cólera o viruela.

En los años venideros oiréis hablar mucho de la medicina preventiva. Prevenir en medicina significa no esperar a que los

pacientes estén enfermos y entonces curarlos, sino estudiar las condiciones en las que viven cuando están sanos y eliminar las posibles causas de enfermedades, enseñándoles lo que deben comer y lo que no, así como nociones básicas de higiene personal. Actualmente, las autoridades sanitarias envían médicos a las escuelas para enseñar a los niños a usar el cepillo de dientes y a evitar coger resfriados.

En el siglo XVI, como os he explicado, se consideraba que la enfermedad corporal era menos importante que la del alma, de modo que se organizó un sistema parecido de «medicina espiritual preventiva». En cuanto aprendían a hablar, a los niños se los educaba en la única fe verdadera. Indirectamente, esto fue muy bueno para el progreso de los pueblos de Europa. Pronto los territorios protestantes se llenaron de escuelas. Dedicaban una gran parte de tiempo a explicar el catecismo, pero también enseñaban otras cosas. Enseñaban y animaban a los niños a leer y fueron responsables de la gran explosión de la imprenta.

Los católicos no se quedaron atrás. También dedicaron mucho tiempo y esfuerzo a la educación. En esto, la Iglesia encontró un valioso aliado en la recién fundada Compañía de Jesús. El fundador de esta notable organización era un soldado español que se había arrepentido de la vida pecaminosa, que había llevado con anterioridad, y quería servir a la Iglesia como muchos otros tantos pecadores que hoy se dan cuenta de que han llevado una vida errónea y dedican los años de vida que les quedan a ayudar y dar consuelo a quienes son menos afortunados que ellos. Este español

se llamaba Ignacio de Loyola. Nació un año antes de que se descubriera América. Cayó herido en batalla y quedó inválido para toda la vida. Cuando estaba en el hospital tuvo una revelación de la Virgen y Jesús que le impulsó a abandonar la vida depravada que había llevado. Decidió ir a Tierra Santa y acabar la tarea iniciada en las cruzadas. Pero, una vez en Jerusalén, comprendió que aquello era imposible y volvió a Europa para colaborar en la lucha contra la herejía luterana.

En 1534 estaba estudiando en la Universidad de la Sorbona, en París, y junto a otros siete estudiantes fundó una hermandad. Los ocho hombres se comprometieron a llevar una vida piadosa, a no perseguir la riqueza material sino la rectitud moral y a dedicarse en cuerpo y alma al servicio de la Iglesia. Pocos años más tarde, aquella pequeña hermandad se había convertido en una organización estable llamada Compañía de Jesús, reconocida por el papa Paulo III.

Loyola había sido militar. Creía en la disciplina; la obediencia absoluta a las órdenes de los superiores fue una de las claves del enorme éxito de los jesuitas, que se especializaron en educación. Los profesores de la orden recibían una educación completa antes de poder dirigirse a los alumnos, con quienes vivían, jugaban y a los que trataban con cariño. El resultado fue que instruyeron a una nueva generación de católicos que se tomaba sus obligaciones religiosas con la misma seriedad que los creyentes de la Alta Edad Media.

Los sagaces jesuitas no sólo emplearon sus esfuerzos en educar a los pobres. También entraron en los palacios y fueron tutores particulares de futuros reyes y emperadores. Las consecuencias de esto las veréis vosotros mismos cuando os explique la guerra de los Treinta Años. Pero, antes del terrible estallido final de fanatismo religioso, pasaron muchas cosas.

Carlos V había muerto. Alemania y Austria quedaron en manos de su hermano Fernando. Sus demás posesiones, es decir, España, Flandes, las Indias y América, fueron adjudicadas a su hijo Felipe II, nacido de su unión con Isabel de Portugal, que era prima hermana suya. Los niños que nacen de este tipo de uniones corren el riesgo de nacer anormales. Y, efectivamente, el hijo de Felipe II, el infortunado Carlos de Austria asesinado con el consentimiento de su padre, estaba loco. Felipe II no estaba loco, pero su obsesión por la religión rozaba la falta de cordura. Creía que Dios lo había destinado a ser uno de los salvadores de la humanidad. Por tanto, todo aquel que no compartiese el punto de vista de su majestad, se proclamaba automáticamente enemigo de la especie humana y debía ser exterminado para que su ejemplo no corrompiese las almas de sus piadosos vecinos.

España era un país muy rico. El oro y la plata procedentes del Nuevo Mundo llenaban las arcas de Castilla y Aragón. Sin embargo, el país sufría una enfermedad económica muy peculiar. Los campesinos, tanto hombres como mujeres, trabajaban duro. Pero las clases acomodadas sentían un profundo desprecio por cualquier forma de trabajo lejos del ejército, la armada o el Gobierno. Además

los moros, que habían sido artesanos muy laboriosos, fueron expulsados del país mucho tiempo atrás. En consecuencia, las arcas españolas se vaciaban tan pronto como se llenaban porque España tenía que comprar en el extranjero el trigo y todo lo que necesitaban, ya que no podían autoabastecerse.

Los ingresos de Felipe II, rey del país más poderoso del siglo XVI, dependían de los impuestos que recaudaba en Flandes, una región de gran actividad comercial. Los flamencos y los neerlandeses eran seguidores devotos de las doctrinas de Lutero y Calvino, así que habían despojado sus iglesias tanto de imágenes como de pinturas religiosas y habían informado al Papa de que ya no lo consideraban su pastor, sino que seguían el dictado de sus conciencias y las palabras de la Biblia recién traducida.

Aquello ponía al rey en una situación difícil. De ninguna manera podía tolerar la herejía de sus súbditos flamencos, pero necesitaba su dinero. Si les dejaba ser protestantes y no tomaba medidas para salvarles el alma, incumplía sus deberes con Dios. Si enviaba a la Inquisición a Flandes y quemaba a sus súbditos en la hoguera, perdía gran parte de sus ingresos.

Felipe II era un hombre con poca capacidad de decisión y estuvo dudando mucho tiempo. Intentó solucionar el problema con amabilidad y con dureza, con promesas y amenazas, pero los flamencos seguían obstinados en continuar cantando salmos y en escuchar a los predicadores luteranos y calvinistas. Desesperado, el rey envió a Flandes a su «brazo de hierro», el duque de Alba, para que doblegara a aquellos obstinados pecadores. El general español

empezó decapitando a todos los cabecillas que no habían abandonado prudentemente el país antes de que él llegara. En 1572 (el mismo año en que los líderes del protestantismo en Francia habían sido asesinados durante la terrible Noche de san Bartolomé) asaltó un buen número de ciudades flamencas y mató a sus habitantes para que los demás tomaran nota del ejemplo. Un año después sitió la ciudad de Leiden, el centro manufacturero de Holanda.

Mientras tanto, las siete pequeñas provincias del norte de los Países Bajos habían constituido una unión defensiva, la llamada Unión de Utrecht, y habían nombrado a Guillermo de Orange, un príncipe alemán que había sido secretario de Carlos V, jefe del ejército y comandante de sus piratas,

los llamados «pordioseros del mar». Para salvar Leiden, Guillermo de Orange destruyó los diques, creó un mar interior y liberó la ciudad con la ayuda de una extraña flota de barcazas y gabarras que la gente remaba, empujaba y arrastraba por el barro hasta llegar a las murallas de la ciudad.

Era la primera vez que el invencible rey español sufría una derrota militar. (Aquello sorprendió al mundo tanto como la victoria japonesa en la batalla de Mukden durante la guerra rusojaponesa de 1905.) Los poderes protestantes se animaron y el rey Felipe II tuvo que ingeniar nuevas maneras de reconquistar a sus súbditos rebeldes. Contrató a un pobre fanático medio loco para que asesinara al príncipe Guillermo de Orange. Pero las Provincias Unidas no se rindieron al ver a su líder muerto. Al contrario, se

enfurecieron todavía más. En 1581, los Estados Generales (la Asamblea de representantes de las siete provincias) se reunieron en La Haya, solemnemente abjuraron de su «malévolo rey» y asumieron ellos mismos el peso de la soberanía que hasta entonces había estado en manos del rey «por la gracia de Dios».

Éste es un acontecimiento muy importante en la historia de la gran lucha por la libertad política. El paso que se había dado iba mucho más lejos que el que dieron los nobles ingleses con su alzamiento, que acabó con la firma de la Carta Magna. Los burgueses flamencos dijeron: «Entre un rey y sus súbditos existe un acuerdo tácito que compromete a ambas partes a cumplir una serie de obligaciones. Si una de las partes incumple el contrato, la otra tiene derecho a resolverlo». En 1776, los súbditos norteamericanos del rey Jorge III de Gran Bretaña llegaron a una conclusión similar. Claro que entre ellos y su soberano había 4.500 kilómetros de océano, mientras que, cuando los Estados Generales tomaron su decisión que implicaba la muerte encaso de derrota, de fondo oían los cañones españoles y temían la venganza de la flota española.

Los rumores sobre una misteriosa flota española que pretendía conquistar Holanda e Inglaterra existían desde que la reina Isabel I había restablecido el protestantismo en Inglaterra tras el reinado de María *la Católica*, llamada también María *la Sanguinaria*. Los marineros del frente hacía años que hablaban de aquella flota y, en 1580, el rumor se hizo realidad. Según los pilotos que habían estado en Lisboa, todos los astilleros españoles y portugueses estaban construyendo barcos. En Flandes, el duque de Parma estaba

reuniendo un gran ejército que se desplazaría de Ostende a Londres y Ámsterdam en cuanto llegase la flota española.

En 1586, la Armada Invencible salió hacia el mar del Norte. Pero los puertos de la costa flamenca estaban bloqueados por la flota neerlandesa y el canal de la Mancha vigilado por los ingleses. Los españoles, acostumbrados a los tranquilos mares del Sur, no sabían navegar en aquel clima ventoso y frío. No hace falta que os cuente lo que le pasó a la Armada Invencible cuando fue atacada por la tempestad y los barcos del enemigo. Unas pocas naves españolas consiguieron escapar al destino dando la vuelta por Irlanda, y sus tripulantes sobrevivieron para contar la terrible derrota. Las otras se hundieron y aún yacen en el fondo del mar del Norte.

Entonces los protestantes ingleses y neerlandeses dieron la vuelta a la tortilla con toda justicia y llevaron la guerra al territorio del enemigo. Antes de que se acabara el siglo, Houtman, con ayuda de un librito escrito por Linschoten (un holandés que había estado al servicio de los portugueses), finalmente había descubierto una ruta hacia Asia. Así que se fundó la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales y la guerra por las colonias asiáticas y africanas empezó en serio.

Durante este primer período de la colonización tuvo lugar un juicio muy curioso en los tribunales neerlandeses. A principios del siglo XVII, un navegante neerlandés llamado van Heemskerk, que se había hecho famoso por capitanear una expedición comercial que buscaba un paso a Asia por el norte y había acabado pasando un invierno en las costas heladas de la isla de Nueva Zembla, capturó

un barco portugués en el estrecho de Malaca. Como recordaréis, el Papa había dividido el mundo en dos partes iguales: una para los españoles y otra para los portugueses. Naturalmente, los portugueses consideraban que las aguas que rodeaban a sus islas asiáticas también les pertenecían y, como por el momento no estaban en guerra con las Provincias Unidas, afirmaban que el capitán de un barco comercial neerlandés no tenía derecho a entrar en sus dominios ni a capturar sus naves. Así que le pusieron una demanda. Los directores de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales contrataron los servicios de un brillante abogado llamado De Groot o Grotius. Para sorpresa de todos, en el juicio el joven abogado alegó que el mar era de todos, que, más allá de la distancia que alcanza una bala de cañón disparada desde tierra, el mar está, o debería estar según Grotius, abierto a la circulación de barcos de cualquier nacionalidad. Era la primera vez que alguien pronunciaba aquella sorprendente tesis en un juicio y todos los marineros del mundo se mostraron en desacuerdo. Para contrarrestar el efecto del famoso argumento de Grotius a favor del *mare liberum* o mar abierto, el inglés Juan Selden escribió un igualmente famoso tratado sobre el *mare clausum* o mar cerrado, en el que reclamaba el derecho natural de un soberano a considerar que el mar que rodeaba su territorio le pertenecía. Os explico esto porque en la Primera Guerra Mundial la cuestión aún no estaba resuelta y provocó toda clase de complicaciones.

Pero volvamos a la guerra entre españoles, neerlandeses e ingleses. En menos de veinte años las colonias más valiosas de India, el cabo

de Buena Esperanza y Ceilán, junto a las de las costas chinas e incluso japonesas quedaron en manos protestantes. En 1621 se fundó la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales, que conquistó Brasil y construyó una fortaleza en Norteamérica llamada Nueva Ámsterdam, en la desembocadura del río que el explorador inglés Henry Hudson había descubierto en 1609 y que ahora lleva su nombre.

Las nuevas colonias enriquecieron a Inglaterra y a la República de las Provincias Unidas hasta el punto de que pudieron contratar mercenarios extranjeros que lucharan en tierra mientras ellos se dedicaban al comercio por mar. La revolución protestante dio independencia y prosperidad a ambos países. Pero en muchas otras partes de Europa condujo a una sucesión de horrores en comparación de la cual otras guerras como la Primera Guerra Mundial no fueron más que un juego de niños.

La guerra de los Treinta Años, que estalló en 1618 y finalizó con el famoso Tratado de Paz de Westfalia en 1648, fue el resultado natural de un siglo de odio religioso cada vez más intenso. Se trató, como ya he dicho, de una guerra terrible. Todos combatían contra todos y el conflicto no acabó hasta que ambos bandos quedaron exhaustos y no pudieron luchar más.

En menos de una generación, el centro de Europa quedó convertido en un paraje salvaje donde los campesinos hambrientos tenían que lidiar contra los lobos aún más hambrientos por el cuerpo de un caballo muerto. Cinco de cada seis ciudades alemanas fueron destruidas. El Palatinado, en Alemania Occidental, fue saqueado

veintiocho veces. De una población de unos dieciocho millones de personas sólo sobrevivieron cuatro millones.

Las hostilidades empezaron en cuanto Fernando II de la casa de Habsburgo fue elegido emperador. Fernando II había sido educado por los jesuitas y era un católico obediente y devoto. De joven había prometido que erradicaría todas las sectas y herejías de sus dominios y lo cumplió lo mejor que pudo. Dos días antes de su elección, su gran oponente, Federico V, el elector palatino protestante y yerno de Jacobo I de Inglaterra, fue nombrado rey de Bohemia en contra de los deseos de Fernando II.

Las tropas de los Habsburgo entraron de inmediato en Bohemia. El joven rey buscó ayuda para defenderse de aquel poderoso enemigo, pero resultó en vano. Las Provincias Unidas estaban dispuestas a echar una mano pero, inmersas en su guerra contra la rama española de los Habsburgo, poco podían hacer. En Inglaterra, los Estuardo estaban más interesados en fortalecer su propio poder absoluto que en gastar dinero y hombres en una intervención desesperada en la lejana Bohemia. Tras unos meses de batalla, las tropas del emperador echaron al elector del Palatinado y entregaron sus dominios a la casa católica de Baviera. Aquello marcó el inicio de la Gran Guerra.

Después de esto, las tropas de Fernando II, comandadas por Tilly y Wallenstein, invadieron los territorios protestantes de Alemania y llegaron a las costas del mar Báltico. Para el rey protestante de Dinamarca, un vecino católico representaba un gran peligro, así que Cristián IV intentó defenderse atacando a sus enemigos antes de

que se hicieran demasiado poderosos. Las tropas danesas entraron en Alemania, pero fueron derrotadas. Wallenstein puso tanta energía y violencia en la lucha que Dinamarca tuvo que rendirse. En el Báltico sólo quedó una ciudad en manos de los protestantes: Stralsund.

Allí desembarcó a principios de verano del año 1630 el rey Gustavo Adolfo II de la casa de Vasa, rey de Suecia, famoso por haber defendido su país de los rusos. Gustavo Adolfo II, un soberano de gran ambición, deseoso de convertir Suecia en el centro de un gran imperio norteno, fue acogido por los príncipes protestantes de Europa y tildado de salvador de la causa luterana. Derrotó a Tilly, que acababa de exterminar a los protestantes de Magdeburgo. Después de aquella victoria, cruzó con sus tropas Alemania en un intento de llegar a las posesiones de los Habsburgo en Italia. Pero los católicos le amenazaban la retaguardia y tuvo que dar marcha atrás. Aunque el rey sueco derrotó al principal ejército de los Habsburgo en la batalla de Lützen, fue asesinado en un momento en el que se apartó de sus tropas. De todas maneras, había acabado con el poder absoluto de los Habsburgo.

Fernando II, que era un hombre muy desconfiado, pronto empezó a sospechar de sus propios partidarios e hizo asesinar a Wallenstein, el comandante en jefe de su ejército. Cuando los Borbones de Francia, que eran católicos pero odiaban a sus rivales católicos de la casa de Habsburgo, se enteraron de la noticia, se aliaron con los protestantes suecos. El ejército de Luis XIII invadió el este de Alemania y los generales franceses, Turena y Condé, rivalizaron en

fama con los generales suecos Baner y Weimar por los asesinatos, los saqueos y las quemas que cometieron en territorio de los Habsburgo. Aquella campaña dio gran fama y riqueza a los suecos, por lo que los daneses sintieron mucha envidia. Así que los daneses protestantes declararon la guerra a los suecos protestantes, que estaban aliados con los franceses católicos, cuyo líder político, el cardenal Richelieu, acababa de privar a los hugonotes (los franceses protestantes) del derecho a la libertad de culto garantizado en el Edicto de Nantes de 1598.

La guerra finalizó con la firma del Tratado de Westfalia en 1648 y no decidió nada. Las potencias católicas siguieron siendo católicas, y las protestantes siguieron siendo fieles a las doctrinas de Lutero, Calvino o Ulrico. Los suizos y los neerlandeses protestantes consiguieron la independencia. Francia se anexionó las ciudades de Metz, Toul y Verdún, además de parte de Alsacia. El Sacro Imperio romano germánico siguió existiendo, convertido en una especie de fantasma, sin dinero, sin ejército, sin esperanzas y sin coraje.

Lo único bueno que aportó la guerra de los Treinta Años fue que dejó sin ganas de volver a intentar una empresa similar tanto a católicos como a protestantes y, a partir de entonces, se dejaron mutuamente en paz. Pero no por ello desapareció el odio religioso del mundo. Al contrario, las contiendas entre católicos y protestantes habían terminado, aunque las peleas entre diferentes grupos protestantes siguieron con la misma virulencia de siempre. En las Provincias Unidas se produjo una gran trifulca a raíz de una diferencia de opinión sobre la verdadera naturaleza de la

predestinación —un punto teológico muy oscuro, pero de gran importancia a los ojos de nuestros antepasados—, que acabó con la decapitación de Johan van Oldenbarneveldt, el estadista neerlandés al que se debía el éxito de la república durante sus veinte primeros años de independencia y que, además, fue el gran genio organizador del comercio de su país con India. En Inglaterra, las hostilidades acabaron en guerra civil.

Sin embargo, antes de que os explique la revolución inglesa, que condujo a la primera ejecución de un rey europeo tras un proceso judicial, os tengo que contar algunas cosas sobre la historia previa del país. En este libro, sólo pretendo narraros aquellos acontecimientos del pasado que pueden ayudaros a entender el presente. Si no menciono ciertos países no se debe a ninguna antipatía personal. Me gustaría poder explicaros lo que ha sucedido en Noruega, Suiza, Serbia y China durante todos estos años de historia. Pero no lo hago porque estos países no ejercieron tanta influencia en el desarrollo europeo de los siglos XVI y XVII. Por tanto, los omito con una reverencia educada y respetuosa. El caso de Inglaterra, en cambio, es muy diferente. Lo que la gente de esta pequeña isla ha hecho en los últimos quinientos años ha afectado a todos los rincones del planeta. Si no conocéis la historia de Inglaterra, no podréis entender muchas de las cosas que leéis en los periódicos, de modo que es necesario que sepáis cómo llegó Inglaterra a desarrollar un gobierno parlamentario mientras que el resto de Europa seguía en manos de monarquías absolutas.

Capítulo 45

La revolución inglesa

El conflicto entre «el derecho divino de los reyes» y el menos divino, pero más razonable, «derecho del Parlamento» acabó en desastre para el rey Carlos I de Inglaterra

Julio César, el primer explorador que llegó al noroeste de Europa, cruzó el canal de la Mancha en el año 55 a. C. y conquistó Inglaterra. El país fue una provincia romana durante siglos. Pero, cuando los bárbaros empezaron a amenazar Roma, las legiones tuvieron que defender la ciudad y Britania se quedó sin protección. En cuanto las sedientas tribus sajonas del norte de Alemania se enteraron de la noticia, cruzaron el mar del Norte y se instalaron en aquella próspera isla. Fundaron diversos reinos anglosajones independientes (llamados así porque los primeros invasores fueron los anglos o ingleses y los sajones) que siempre se estaban peleando; ningún rey era lo suficientemente poderoso como para proclamarse jefe de un país unido. Durante quinientos años, los Reinos de Mercia, Northumbria, Wessex, Sussex, Kent, Anglia del Este y todos los demás estuvieron expuestos a los ataques de los piratas escandinavos. Finalmente, en el siglo xi, Inglaterra, Noruega y el norte de Alemania pasaron a formar parte del gran Imperio danés de Canuto *el Grande*, y los reinos anglosajones perdieron sus últimos vestigios de independencia.

Pasado un tiempo, los daneses fueron expulsados del país, pero, en cuanto Inglaterra fue libre, la conquistaron por cuarta vez. Los

nuevos enemigos eran descendientes de los vikingos que, a principios del siglo x, habían invadido Francia y habían fundado el Ducado de Normandía. William, duque de Normandía, que había pasado mucho tiempo mirando hacia el otro lado del canal de la Mancha con ojos envidiosos, finalmente lo cruzó en octubre de 1066. El 14 de ese mismo mes, en la batalla de Hastings, derrotó al débil ejército de Harold de Wessex, último rey anglosajón, y se proclamó rey de Inglaterra. Sin embargo, William y sus sucesores de la casa de Anjou y de la casa de Plantagenet nunca consideraron aquel territorio su verdadero hogar. Para ellos, la isla sólo era un anexo del gran territorio que habían heredado en el continente, una especie de colonia habitada por gente primitiva a quien debían imponer su lengua y su civilización. Con el tiempo, la «colonia» se hizo más importante que la «metrópolis» de Normandía, a la vez que los reyes de Francia intentaban desesperadamente deshacerse de sus poderosos vecinos anglonormandos, que no eran otra cosa que súbditos rebeldes de la corona francesa. Tras un siglo de guerra, los franceses, bajo el liderazgo de una joven llamada Juana de Arco, echaron a los «extranjeros» de su tierra. Juana fue hecha prisionera en la batalla de Compiègne en 1430, y sus captores burgundios la vendieron a los soldados ingleses, quienes la quemaron por bruja. Los ingleses perdieron el continente y por fin sus reyes pudieron dedicar todo su tiempo a administrar la isla. Dado que la nobleza feudal estaba ocupada en una de aquellas extrañas trifulcas, que en la Edad Media eran tan comunes como el sarampión y la viruela, y gran parte de los terratenientes habían muerto en la llamada guerra

de las Dos Rosas, a los reyes les fue muy fácil incrementar su poder real. A finales del siglo XV, Inglaterra era un país fuertemente centralizado, gobernado por Enrique VII de la casa Tudor, cuyo famoso tribunal de justicia, la terrible Cámara Estrellada, suprimió con gran severidad todos los intentos de los nobles por recobrar su antigua influencia en el liderazgo del país.

En 1509, Enrique VII fue sucedido por su hijo, Enrique VIII, y a partir de aquel momento la historia de Inglaterra ganó en importancia porque el país, gradualmente, dejó de ser una isla medieval para convertirse en un Estado moderno.

Enrique VIII no tenía gran interés por la religión y, en 1534, aprovechó una disputa personal con el Papa sobre uno de sus muchos divorcios para declararse independiente de Roma y convertir a la Iglesia de Inglaterra en la primera «Iglesia nacional» en la que el máximo dirigente político era a la vez jefe espiritual de sus súbditos. La reforma fue pacífica y contó con el apoyo del clérigo inglés, que llevaba tiempo sufriendo los ataques de los propagandistas luteranos. Además hizo aumentar el poder de la casa real gracias a que se confiscaron los bienes de los monasterios. Con la medida, Enrique VIII también se ganó a los comerciantes que, en tanto que prósperos y orgullosos habitantes de una isla que estaba separada del continente por un gran trecho de agua, despreciaban todo lo que viniera de fuera y no querían que un prelado italiano gobernase sus honradas almas inglesas.

Enrique VIII murió en 1547 y dejó el trono a su hijo pequeño, que tenía diez años. Los tutores del niño, que estaban a favor de las

modernas doctrinas luteranas, ayudaron en todo lo posible a la causa protestante. Pero el chico murió antes de cumplir los dieciséis y fue sucedido por su hermana María, esposa de Felipe II de España, quien quemó a los obispos de la nueva «Iglesia nacional» en la hoguera y, en líneas generales, siguió el ejemplo de su marido español.

Afortunadamente, María I murió en el año 1558 y fue sucedida por su hermanastra Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, la segunda de sus seis esposas, a la que había decapitado porque ya no le gustaba. Isabel, que había pasado un tiempo en la cárcel y había sido liberada a petición del emperador germánico, era ferviente enemiga de todo lo que fuera católico o español. Había heredado la indiferencia de su padre por los asuntos religiosos y también su astucia para juzgar caracteres. Durante los cuarenta y cinco años de su reinado fortaleció el poder de la dinastía, hizo aumentar los ingresos y las posesiones de su querida Inglaterra, asistida por un grupo de consejeros muy capaces que estaban siempre a su lado y que ayudaron a convertir la etapa isabelina en un período tan importante que, en verdad, lo deberíais estudiar con más detalle.

Sin embargo, la reina Isabel no se sentía completamente segura en el trono. Tenía una rival muy peligrosa: María Estuardo, reina de Escocia, hija de una duquesa francesa y un padre escocés, viuda del rey Francisco II de Francia y nuera de Catalina de Médicis (la organizadora de la matanza de la Noche de san Bartolomé) y madre de un niño que posteriormente se convertiría en el primer Estuardo

que reinaría en Inglaterra. María Estuardo era una ferviente católica y gran amiga de los enemigos de Isabel. Su falta de habilidad política y la violencia con que castigó a sus súbditos calvinistas causaron una revolución en Escocia y la obligaron a refugiarse en territorio inglés. Estuvo dieciocho años en Inglaterra, conspirando día y noche contra la mujer que le había dado asilo y que, al final, tuvo que seguir la recomendación de los consejeros en los que tanto confiaba y cortarle la cabeza (a la reina escocesa).

La reina fue debidamente decapitada en el año 1587, lo que provocó la < guerra contra España. Pero, como hemos visto, las flotas de Inglaterra y las Provincias Unidas derrotaron a la Armada Invencible de Felipe II, y el golpe que pretendía acabar con las dos grandes potencias anticatólicas acabó convirtiéndose en un provechoso negocio para éstas.

Finalmente, tras muchos años de vacilaciones, los ingleses y los neerlandeses se vieron en derecho de invadir tanto las Indias Orientales como las Occidentales y de vengar las afrentas que habían sufrido sus hermanos protestantes a manos de los españoles. Los ingleses habían recogido el testigo de Colón. En 1496 sus barcos, al mando del navegante veneciano Giovanni Caboto, fueron los primeros en descubrir y explorar Norteamérica. Labrador y Terranova no tenían potencial como colonias, pero las costas de Terranova constituyeron un buen botín para la flota pesquera inglesa. Un año después, en 1497, el mismo Caboto exploró la costa de Florida. Entonces llegaron los años movidos de Enrique VII y Enrique VIII, en que no hubo dinero para expediciones al extranjero.

Pero, durante el reinado de Isabel, con el país ya tranquilo y María Estuardo en la cárcel, la flota pudo salir de puerto sin miedo a lo que pudiera ocurrir con quienes dejaban en tierra. Cuando Isabel era aún una niña, Willoughby se había aventurado a pasar el cabo Norte y uno de sus capitanes, Richard Chancellor, navegando aún más hacia el este en busca de una posible ruta hacia las Indias Orientales, había llegado a la isla de Arkángel, en Rusia, donde había establecido relaciones diplomáticas y comerciales con los misteriosos gobernantes del lejano Imperio moscovita. Durante los primeros años del reinado de Isabel, a ese viaje le siguieron muchos otros. Comerciantes aventureros que trabajaban para sociedades anónimas pusieron los cimientos de empresas comerciales que, en siglos posteriores, se convertirían en colonias. Medio piratas, medio diplomáticos, dispuestos a arriesgarlo todo por un viaje afortunado, haciendo contrabando con cualquier cosa que pudiera transportarse en la bodega de un barco, tratantes de mercancías y esclavos indiferentes a todo lo que no fuera para su provecho, los navegantes de Isabel llevaron la bandera inglesa y la fama de su Reina Virgen por los cuatro rincones de los siete mares. Mientras tanto, en Inglaterra, William Shakespeare entretenía a su majestad, y las mentes más brillantes del país cooperaban con la reina para convertir la herencia feudal que le había legado Enrique VIII en un Estado nacional moderno.

La anciana señora murió en 1603 a la edad de setenta años. Un pariente suyo, tataranieto de su abuelo Enrique VII e hijo de María Estuardo, su rival y enemiga, la sucedió con el nombre de Jacobo I.

Por la gracia de Dios, Jacobo I se encontró a la cabeza de un país que había escapado al destino de los demás países europeos. Mientras en Europa católicos y protestantes se mataban por acabar con el poder de los adversarios y establecer el dominio de su propio credo, Inglaterra disfrutaba de paz, «reformada» ya sin pasar por los extremos ni de Lutero ni de Loyola. Aquello dio al reino una enorme ventaja en la futura lucha por el poder colonial. Inglaterra ganó una posición de fuerza en las relaciones internacionales que mantendría durante mucho tiempo. Ni siquiera la mala experiencia que tuvo el país con los Estuardo pudo frenar su desarrollo.

En Inglaterra los Estuardo, que habían sucedido a los Tudor, eran «extranjeros», pero parece ser que la familia no se dio cuenta de aquel detalle y, por supuesto, no entendió su alcance. La familia Tudor podía robar un caballo sin problemas, pero los Estuardo no podían ni tocar las riendas del animal sin causar el descontento popular. Isabel había gobernado más o menos del modo que le había venido en gana. Pero, por regla general, siempre había practicado una política que ponía dinero en el bolsillo de los honrados (y los no tan honrados) comerciantes británicos. Por tanto, la reina siempre había contado con el apoyo entusiasta de unos súbditos agradecidos. Las pequeñas libertades que se tomaba con los derechos y las prerrogativas del Parlamento se pasaban por alto sin dificultades porque la política exterior de su majestad, contundente y exitosa, reportaba muchos beneficios.

El rey Jacobo I continuó practicando la misma política exterior. Pero le faltaba el carisma personal de su gran predecesora. Jacobo I

siguió alentando el comercio exterior y mantuvo a los católicos a raya. Sin embargo, cuando los españoles hicieron un guiño a Inglaterra en un esfuerzo por restablecer las buenas relaciones entre los dos países, pareció que Jacobo I les devolvía el gesto. A la mayoría de los ingleses aquello no le gustó en absoluto, pero, como Jacobo I era su rey, no protestó.

Pronto aparecieron otros motivos de fricción. Tanto el rey Jacobo I como su hijo Carlos I, que lo sucedió en 1625, creían firmemente en el «poder divino» que les permitía administrar su reino como creyesen conveniente, sin necesidad de consultar a sus súbditos. La idea no era nueva. Los papas, que en más de un aspecto eran sucesores de los emperadores romanos (o mejor dicho, del ideal romano de que el mundo conformara un solo estado que ellos gobernarán), siempre habían pensado, y se les había reconocido públicamente, que eran los «regentes de Cristo en la Tierra». Nadie cuestionaba el derecho de Dios a dirigir el mundo como le placiese. En consecuencia, pocos se atrevían a dudar del derecho del «regente divino» a hacer lo mismo y a exigir la obediencia de las masas, porque era el representante directo de Dios todopoderoso y sólo a él deberían rendir cuentas.

Cuando triunfó la reforma luterana, los derechos que anteriormente pertenecían al Papa se traspasaron a los muchos soberanos europeos que se habían hecho protestantes. Como eran los jefes de sus propias iglesias nacionales y dinásticas, los soberanos proclamaron ser «regentes de Cristo» dentro de sus territorios. El pueblo no cuestionó el derecho de sus gobernantes a dar aquel

paso. Lo aceptaron de la misma manera que hoy aceptamos el sistema democrático y nos parece la única forma de gobierno justa y razonable. Por tanto, no se puede decir que el luteranismo y el calvinismo fueran la causa de la indignación con que los súbditos de Jacobo I recibieron su pretensión, expresada en público repetidamente, al «poder divino». Fueron otras las razones para que los ingleses no creyeran en él.

El primer rechazo claro al «poder divino» de los soberanos se había producido en los Países Bajos cuando, en 1581, los Estados Generales abjuraron de su soberano legal, el rey Felipe II de España. Alegaron que el rey había roto el contrato que tenía con ellos y, por tanto, se le tenía que despedir como a cualquier otra persona que no hace bien su trabajo. Desde entonces, la idea de que el rey tenía responsabilidades hacia sus súbditos se había extendido por diversos países del mar del Norte. Sus habitantes gozaban de una posición favorable: eran ricos. En cambio, los habitantes del centro de Europa, que eran pobres y estaban a merced del ejército de su soberano, no podían permitirse el lujo de plantear la cuestión porque sabían que acabarían en las mazmorras del castillo más cercano. Pero los comerciantes neerlandeses e ingleses, que poseían el capital necesario para mantener ejércitos y flotas, que sabían cómo usar un arma muy poderosa llamada «crédito», no tenían ese miedo. Estaban dispuestos a enfrentar el «poder divino» de su dinero al poder divino de los Habsburgo, los Borbones o los Estuardo. Sabían que los florines y los chelines podían vencer a los torpes ejércitos feudales del rey. Y se atrevieron a actuar, mientras que los

demás estaban condenados a sufrir en silencio si no querían correr el riesgo de acabar en el patíbulo.

Cuando los Estuardo empezaron a irritar a los ingleses con la pretensión de que tenían derecho a hacer lo que quisieran sin rendir cuentas a nadie, la clase media acudió a la Cámara de los Comunes como primera línea de defensa contra el abuso de poder real. La corona no quiso ceder y el rey envió al Parlamento a freír espárragos. Durante once largos años, Carlos I de Inglaterra, Escocia e Irlanda reinó en solitario. Cobró unos impuestos que gran parte del pueblo consideraba ilegales y administró sus reinos como si fueran su casa. Tenía buenos asesores y hay que reconocer que fue fiel a sus convicciones.

Desgraciadamente, en vez de asegurarse el apoyo de sus fieles compatriotas escoceses, Carlos I entró en conflicto con los presbiterianos. En contra de su voluntad, pero forzado por la falta de dinero, finalmente tuvo que volver a convocar el Parlamento. La institución se reunió en abril de 1640 y mostró finalmente su descontento. Carlos I disolvió el Parlamento pocas semanas después. En noviembre lo convocó de nuevo, pero sus miembros se mostraron más inflexibles que la primera vez. Habían entendido que había llegado la hora de enfrentar el «gobierno por derecho» al «gobierno por derecho parlamentario». Atacaron tanto al rey como a sus consejeros, y además ejecutaron a media docena de ellos. Anunciaron que el Parlamento no se podía disolver sin su propio consentimiento. Finalmente, el 1 de diciembre de 1641, le

presentaron al rey la Gran Protesta, un documento que exponía con detalle los motivos de queja del pueblo sobre el rey.

En enero de 1642 Carlos I abandonó Londres con la esperanza de obtener apoyo en las regiones agrarias. Ambos lados organizaron un ejército y se prepararon para una guerra abierta entre partidarios del poder absoluto del rey y partidarios del poder absoluto del Parlamento. Los puritanos (adeptos al puritanismo, una rama del anglicanismo muy rigurosa en su doctrina y su moral), que constituían la secta más poderosa de Inglaterra, se alistaron rápidamente al frente. Los regimientos de «hombres de Dios» comandados por Oliver Cromwell, con su disciplina de hierro y su profunda confianza en la santidad de sus objetivos, pronto se convirtieron en un modelo para el ejército revolucionario entero. Carlos I fue derrotado en dos ocasiones. Tras perder la batalla de Naseby en 1645 huyó a Escocia. Pero los escoceses lo entregaron a los ingleses.

Luego siguió un período de intrigas en el que los presbiterianos escoceses se alzaron contra los puritanos ingleses. En agosto de 1648, tras la batalla de Preston Pans que duró tres días, Cromwell puso fin a aquella segunda guerra civil y tomó Edimburgo. Pero sus soldados, cansados de tanto debate y horas perdidas en discusiones religiosas, decidieron actuar por su cuenta. Expulsaron del Parlamento a todos los que no comulgaban con sus ideas puritanas. Entonces, el Rump (nombre que se le dio a lo que quedaba del Parlamento) acusó al rey de alta traición. La Cámara de los Lores no quiso hacer de tribunal y se tuvo que constituir uno especial para la

ocasión, que condenó al rey a pena de muerte. El 30 de enero de 1649, el rey Carlos I de Inglaterra salió serenamente del White Hall camino al patíbulo. Por primera vez, los representantes del pueblo soberano ejecutaban a un rey que no había entendido su posición en el Estado moderno.

El período que siguió a la muerte de Carlos I es conocido con el nombre de Oliver Cromwell. Convertido a todos los efectos en un dictador, fue nombrado lord protector en 1653. Gobernó durante cinco años, durante los cuales continuó la política de Isabel. España volvió a ser el archienemigo de Inglaterra, y la guerra contra los españoles se convirtió en un asunto nacional y sagrado.

En aquella época, el comercio y los intereses de los comerciantes pasaron por delante de todo lo demás y se mantuvo rigurosamente el protestantismo más estricto. Cromwell acertó a mantener la posición de Inglaterra en el exterior, pero como reformador social fracasó estrepitosamente. Las sociedades están formadas por muchísima gente y rara es la vez en que todos piensan lo mismo. A largo plazo es importante tenerlo en cuenta. Un gobierno constituido por un único grupo social que gobierna para sí mismo no puede mantenerse mucho tiempo en el poder. Los puritanos habían hecho un bien al pueblo al corregir el abuso del poder real, pero como dirigentes absolutos de Inglaterra fueron insufribles.

Cuando Cromwell murió en 1658, a los Estuardo les resultó fácil volver al poder. El pueblo los recibió como a libertadores; el yugo impuesto por los humildes puritanos era tan pesado de llevar como

el del autocrítico Carlos I. Siempre y cuando los Estuardo se comprometiesen a olvidarse del

poder divino pretendido por aquel familiar que descansaba en paz y reconociesen la superioridad del Parlamento, los ciudadanos estaban dispuestos a ser sus leales súbditos.

Durante dos generaciones de reyes se intentó que el acuerdo funcionase. Pero, por lo visto, los Estuardo no habían aprendido la lección y fueron incapaces de abandonar sus malos hábitos. La monarquía constitucional fue restaurada en 1660 con Carlos II, una persona agradable pero sin ninguna otra virtud. Su indolencia y su tendencia innata a seguir siempre el camino más fácil, junto al notable éxito de sus mentiras, evitaron la revolución. Mediante la Ley de Uniformidad de 1662, acabó con el poder del clérigo puritano al prohibir a los sacerdotes disidentes de la Iglesia anglicana llevar una parroquia. Con el llamado Conventicle Act de 1664 intentó que dejaran de atender a los servicios religiosos amenazándolos con deportarlos a las Antillas. La situación empezó a recordar a los tiempos del poder divino. El pueblo se volvió a impacientar y, de repente, el Parlamento dejó de tener dinero para el rey.

Al tener al Parlamento en contra, no podía obtener dinero. De modo que Carlos II lo pidió prestado en secreto a su vecino y primo, el rey Luis XIV de Francia. Así pues, traicionó a sus aliados protestantes a cambio de 200.000 libras al año y se rió de los pobres ilusos del Parlamento.

Aquella súbita independencia económica dio al rey mucha confianza en su poder. Había pasado muchos años exiliado junto a sus

parientes católicos y sentía una simpatía secreta por su religión. ¿Y si intentaba que Inglaterra volviera a los brazos de Roma? Dicho y hecho: aprobó una Declaración de Indulgencia que derogaba las anteriores leyes contra católicos y disidentes de la Iglesia anglicana. Esto sucedía justo cuando empezaba a correr el rumor de que el hermano pequeño del rey, Jacobo, se había convertido al catolicismo. A la gente aquello le hizo sospechar. El pueblo temía una conspiración papista. El país vivía intranquilo. Nadie quería volver a pasar por otra guerra civil. Para muchos, la opresión de un rey católico —sobre todo un rey por derecho— eran preferibles a una nueva guerra civil. Sin embargo, los había menos indulgentes. Eran los temidos disidentes, que seguían movidos por la tremenda fuerza de sus convicciones. Estaban comandados por unos cuantos grandes nobles que de ninguna manera querían volver a los días pasados de poder real absoluto.

Unos y otros formaban dos grandes partidos: los *whigs* (de clase media, recibieron este nombre porque en 1640 un grupo muy numeroso de Whiggamores o cocheros escoceses, encabezados por los sacerdotes presbiterianos, se habían manifestado en Edimburgo en contra del rey) y los *tories* (los partidarios del rey). Los dos bandos estuvieron enfrentados durante diez años, pero ninguno quiso hacer estallar la crisis. Permitieron que Carlos II muriese en paz en su cama y que el católico Jacobo II sucediese a su hermano en 1685. Pero cuando Jacobo II, tras amenazar al país con una terrible invasión extranjera que tenía que ser comandada por católicos franceses, aprobó una segunda Declaración de Indulgencia

en 1688 y ordenó que se leyese en todas las iglesias anglicanas, cruzó aquella línea invisible que sólo pueden traspasar los dirigentes más populares en circunstancias excepcionales. Siete obispos anglicanos se negaron a obedecer las órdenes reales. Fueron acusados de «traidores» y llevados ante los tribunales. El jurado que pronunció el veredicto de «inocentes» contó con el aplauso del pueblo.

Jacobo II, que se había casado con María de Módena, de la casa católica de Módena-Este en segundas nupcias, no podía haber escogido un momento más desafortunado para tener un hijo. Aquello significaba que el trono iría a parar a un niño católico en vez de a sus hermanas mayores, María y Ana, que eran protestantes. El pueblo empezó a sospechar. ¡María de Módena era demasiado mayor para tener hijos! ¡Aquello era un complot! La gente empezó a decir que aquel niño había sido llevado a palacio por un sacerdote jesuita para que Inglaterra tuviera un rey católico y cosas por el estilo. Parecía que iba a estallar otra guerra civil. Pero entonces siete miembros muy conocidos de los *whigs* y los *tories* escribieron una carta a Guillermo III de Orange, estatúder o jefe de las Provincias Unidas y esposo de María, la hija mayor de Jacobo II, pidiéndole que fuera a Inglaterra y liberara al país de aquel soberano legal pero indeseable.

El 5 de noviembre de 1688, Guillermo III desembarcó en Torbay. Como no quería convertir a su suegro en mártir, lo ayudó a escapar a Francia. El 22 de enero de 1689 convocó al Parlamento. El 13 de febrero del mismo año, Guillermo III y su mujer María fueron

proclamados soberanos conjuntos de Inglaterra, Escocia e Irlanda y el país quedó en manos de la causa protestante.

El Parlamento, que quería ser algo más que una institución consultiva, aprovechó la oportunidad que se le brindaba. Lo primero que hizo fue rescatar la antigua Petición de Derechos de 1628 de un archivo olvidado. Posteriormente redactó la Declaración de Derechos (*Bill of Rights*), más contundente, que establecía que los soberanos de Inglaterra debían pertenecer a la Iglesia anglicana. Además declaraba que el rey no tenía derecho a derogar leyes ni a permitir que ciertos ciudadanos privilegiados dejaran de acatar las disposiciones legales. Estipulaba que el rey no podía «pedir impuestos ni financiar un ejército sin el permiso del Parlamento». De esta manera, en el año 1689, Inglaterra consiguió una libertad desconocida para los demás países de Europa.

Pero el reinado de Guillermo III y María no se recuerda únicamente por estas grandes medidas libertadoras. Durante su mandato se creó por primera vez un Consejo de Ministros responsable. Es obvio que ningún rey puede reinar solo, necesita siempre al menos unos cuantos consejeros de confianza. Los Tudor habían contado con el Gran Consejo, compuesto de nobles y prelados. Pero el grupo había aumentado demasiado su número de miembros, así que se restringió al llamado Consejo Privado. Con el tiempo los consejeros se acostumbraron a reunirse en un gabinete de palacio, así que empezaron a llamarlo Consejo del Gabinete y, finalmente, Gabinete a secas.

Guillermo III, como la mayoría de sus predecesores, tenía consejeros de todos los partidos. Pero, con el aumento de poder del Parlamento, le resultó imposible dirigir la política del país con ayuda de los *tories* porque los *whigs* tenían mayoría en la Cámara de los Comunes. Así que cesó a todos los *tories* y formó un gabinete compuesto exclusivamente por *whigs*. Unos años más tarde, los *whigs* perdieron el poder en la Cámara de los Comunes y el rey, por conveniencia, buscó *tories* para el Gabinete. Hasta su muerte, en 1702, Guillermo III estuvo demasiado ocupado luchando contra Luis XIV como para prestar atención al Gobierno inglés. Prácticamente todos los asuntos importantes los había dejado en manos del Gabinete. Su cuñada, la reina Ana, lo sucedió en 1702 y las cosas continuaron igual. Cuando ella murió, en 1714, dado que desgraciadamente ninguno de sus diecisiete hijos la sobrevivió, el trono recayó sobre Jorge I de la casa de Hannover, hijo de Sofía, nieta de Jacobo I.

Aquel monarca rústico, que nunca aprendió una palabra de inglés, se perdió por completo en el intrincado laberinto de la política británica, así que lo dejó todo en manos del Gabinete y se mantuvo alejado de las reuniones, que lo aburrían soberanamente porque no entendía ni una sola frase de lo que allí se decía. De esta manera, el Gabinete se acostumbró a gobernar Inglaterra y Escocia (cuyo Parlamento se había unido al de Inglaterra en 1707) sin molestar al rey, que así podía pasar gran parte de su tiempo en el continente europeo.

Durante los reinados de Jorge I y Jorge II, en el Gabinete del rey hubo grandes *whigs*. Uno de ellos, sir Robert Walpole, estuvo en el Gobierno durante veintiún años y, al final, se convirtió en algo parecido al primer ministro del país. Los intentos de Jorge III por recuperar el Gobierno en vez de dejarlo en manos del Gabinete fueron tan desastrosos que ningún monarca lo volvió a intentar. Así que, desde principios del siglo XVIII, Inglaterra contó con un Gobierno representativo y un Consejo de Ministros responsable que se encargaba de los asuntos terrenales.

Aunque, en verdad, aquel Gobierno no representaba a todas las clases de la sociedad, puesto que sólo un hombre de cada doce podía votar. Pero se pusieron los cimientos del Gobierno representativo moderno. De manera tranquila y ordenada se desposeyó al rey del poder y se puso en manos de un número cada vez mayor de representantes del pueblo. Inglaterra seguía sin ser el paraíso, pero salvó al país de casi todos los movimientos revolucionarios que fueron tan perjudiciales para el continente europeo en los siglos XVIII y XIX.

Capítulo 46

El equilibrio del poder

En Francia, el «poder divino» del rey se mantuvo con más pompa y esplendor que nunca y la gran ambición del soberano sólo pudo calmarse con la recién inventada «ley del equilibrio de poder»

Mientras el pueblo inglés luchaba por la libertad e Inglaterra se convertía en una monarquía parlamentaria, en Francia tuvo lugar el proceso inverso, que ahora os explicaré. En la historia raramente se ha dado la feliz combinación de que el hombre adecuado habitara el país apropiado en el momento indicado. Luis XIV fue la realización de este ideal, al menos para Francia —el resto de Europa habría estado mejor sin él.

El país que el joven rey fue llamado a dirigir era la nación más poblada y brillante de su época. Luis XIV llegó al trono cuando Mazarino y Richelieu, los dos grandes cardenales, acababan de convertir el antiguo Reino de Francia en el Estado más centralizado del siglo XVII. Además, Luis XIV era un hombre de una habilidad extraordinaria. Su influencia fue tal que hoy seguimos rodeados de recuerdos del glorioso período del Rey Sol. Nuestra vida social se basa en las maneras perfectas y la expresión elegante logradas en la corte de Luis XIV. Durante mucho tiempo el francés ha sido el idioma oficial de la diplomacia y las relaciones internacionales, porque, hace tres siglos, los francófonos consiguieron un grado de elegancia refinada y pureza de expresión que ninguna otra lengua pudo igualar. El teatro francés de aquella época sigue dándonos

lecciones que aún nos cuesta apreciar. Además, la Academia Francesa, una invención de Richelieu, ocupó una posición envidiada en el mundo y todos la copiaron. Y podríamos seguir esta lista durante páginas y páginas. No es casualidad que en las cartas de los restaurantes de alta cocina aparezcan muchos términos en francés. El difícil arte de la gastronomía, una de las más altas expresiones de civilización, fue practicado oficialmente por primera vez para el paladar del gran monarca. La época de Luis XIV resultó de un esplendor tal que aún sigue enseñándonos cosas.

Desgraciadamente, este espléndido cuadro tiene otra cara mucho menos agradable. El prestigio apreciable desde el exterior a menudo va acompañado de miseria en el interior, y Francia no fue una excepción a la regla. Luis XIV sucedió a su padre en 1643 y murió en 1715, con lo cual el Gobierno de Francia estuvo en manos de un solo hombre durante setenta y dos años, casi dos generaciones.

Es importante entender bien lo que significa la frase «en manos de un solo hombre». Luis XIV fue el primero de una larga lista de monarcas que en diversos países establecieron una forma de autocracia altamente eficiente, que llamamos «despotismo ilustrado». Al rey francés no le gustaban los soberanos que se tomaban su tarea como si fuera un juego y que convertían los asuntos de Estado en algo que se podía discutir durante una agradable merienda de domingo. Los reyes del período ilustrado trabajaban más que ninguno de sus súbditos. Se levantaban más temprano y se acostaban más tarde que nadie y sentían que su

«responsabilidad divina» era tan fuerte como el «derecho divino», que les permitía gobernar sin consultar a sus súbditos.

Obviamente, el rey no podía atender todos los asuntos en persona. Estaba obligado a rodearse de algunos ayudantes y consejeros. Pero le bastaba con uno o dos generales, algunos expertos en política exterior y unos pocos economistas inteligentes. Lo único que hacían estos dignatarios era actuar en nombre del soberano. Su nombre no aparecía en ningún sitio. Para el pueblo, el Gobierno era el monarca. La gloria de la dinastía real pasó a ser la gloria del reino, exactamente lo contrario, por ejemplo, de lo que sucede con el actual ideal estadounidense. Francia estaba gobernada por y para la dinastía de los Borbones.

Los inconvenientes de un sistema así son claros. El rey pasó a serlo todo. El resto del mundo se convirtió en nada. Gradualmente la antigua nobleza, que tenía su utilidad, tuvo que abandonar su parcela de Gobierno en las provincias. Un insignificante burócrata real, con los dedos manchados de tinta, sentado tras la ventana de un edificio en la distante París, realizaba la tarea que cien años antes estaba encomendada al señor feudal. Así que los señores feudales se quedaron sin trabajo y se trasladaron a París a divertirse en la corte. Pronto sus tierras empezaron a sufrir una grave enfermedad económica llamada «absentismo del terrateniente». En una sola generación, los administradores feudales, que eran muy útiles y daban trabajo, se convirtieron en aristócratas muy educados pero inútiles en la corte de Versalles.

Luis XIV tenía diez años cuando se firmó la Paz de Westfalia, que puso fin a la guerra de los Treinta Años y a la hegemonía de la dinastía Habsburgo en Europa. Era inevitable que un hombre de su ambición aprovechara el momento para dar a su dinastía el honor que anteriormente tenían los Habsburgo. En 1660, Luis XIV se había casado con María Teresa, hija del rey de España. Poco después su suegro, Felipe IV, uno de aquellos Habsburgo medio tonto, murió. Inmediatamente Luis XIV reclamó los Países Bajos españoles (Bélgica) en concepto de dote. Los países protestantes se sintieron amenazados por aquella pretensión, desastrosa para la paz de Europa, así que se defendieron, en 1664, formando la Triple Alianza, la primera gran coalición europea que reunía a Suecia, Inglaterra y Holanda bajo el mando de Jan de Witt, *raadpensionaris* o ministro de Asuntos Exteriores de los Siete Países Bajos Unidos. Pero esa alianza no duró mucho. Con dinero y promesas tentadoras, Luis XIV se metió en el bolsillo al rey Carlos II de Inglaterra y a Suecia. Así que Holanda se quedó sola y a su suerte. En 1672, los franceses invadieron los Países Bajos y se adentraron en el país. Los neerlandeses tuvieron que abrir los diques por segunda vez y el Rey Sol de Francia quedó empantanado en las marismas neerlandesas. La Paz de Nimega, firmada en 1678, no acabó con el conflicto, sino que dio paso a otra guerra.

Una segunda agresión bélica tuvo lugar de 1689 a 1697, año en el que se firmó la Paz de Ryswick, pero tampoco dio a Luis XIV la posición en Europa que tanto deseaba. Su antiguo enemigo, Jan de Witt había sido asesinado durante unos disturbios en su país, y su

sucesor, Guillermo III —al que habéis conocido en el capítulo anterior—, había hecho fracasar todos los intentos de Luis XIV por poner a Francia a la cabeza de Europa.

La guerra de Sucesión española, que empezó en 1701 tras la muerte de Carlos II, el último Habsburgo español, y acabó en 1713 con la firma de la Paz de Utrecht, siguió sin decidir nada, pero arruinó la tesorería de Luis XIV. El rey francés había vencido en tierra, pero las flotas conjuntas de Inglaterra y Holanda evitaron la victoria final de los franceses. Además, del prolongado conflicto nació un nuevo principio fundamental en política internacional que, a partir de entonces, impidió que un solo Estado controlase toda Europa o todo el mundo.

Era la llamada «ley del equilibrio de poder», una ley no escrita pero que fue acatada durante un poco más de dos siglos como si fuera una ley de la naturaleza. Quienes originaron la idea sostenían que Europa, que se encontraba en plena época nacionalista, sólo podría sobrevivir si los muchos intereses en conflicto se mantenían equilibrados. No se podía permitir que un único poder o una sola dinastía dominase a las demás. En la guerra de los Treinta Años, sin saberlo, los Habsburgo habían sido víctimas de esta ley. En aquella ocasión, todo quedó envuelto en tal nube de violencia religiosa que es imposible extraer una conclusión clara y global del gran conflicto. Pero, más adelante, en las relaciones internacionales empezaron a prevalecer las frías consideraciones económicas y apareció un nuevo tipo de dirigentes que tenía los sentimientos de una caja registradora. Jan de Witt fue el primer maestro de esta

nueva escuela de políticos. Guillermo III fue su primer gran alumno. Y Luis XIV, con toda su fama y su esplendor, fue la primera víctima consciente. Luego habría muchas más.

Capítulo 47

La creación de Rusia

La historia del misterioso Imperio moscovita, que de repente entró con gran fuerza en la escena política europea.

Como sabéis, en 1492 Cristóbal Colón descubrió América. Un poco antes, aquel mismo año, un tirolés llamado Schnups, al mando de una expedición científica para el arzobispo del Tirol, y provisto de las mejores cartas de recomendación y crédito, intentó entrar en la mítica ciudad de Moscú. Pero no lo consiguió. En cuanto llegó a las fronteras de Moscovia, que se trataba de un inmenso Estado que se creía que estaba situado en el extremo oriental de Europa, le hicieron dar la vuelta. Allí no querían extranjeros. Así que Schnups se fue a visitar a los turcos de Constantinopla para poder tener algo que explicar al prelado cuando volviese a casa.

También sabéis que, sesenta y un años más tarde, Richard Chancellor, que buscaba la ruta noreste a las Indias Orientales, fue empujado por un viento terrible hasta el mar Blanco y llegó a la desembocadura del río Dvina septentrional, donde encontró el pueblo moscovita de Kholmogory a unas horas del lugar en el cual, en 1584, se fundaría la ciudad de Arkángel. Esta vez, los moscovitas pidieron a los visitantes extranjeros que los acompañaran a Moscú y se presentaran ante el gran duque. Los ingleses accedieron y volvieron a su país con el primer acuerdo comercial que se firmaba entre Rusia y Occidente. Pronto el ejemplo fue seguido por otros países y aquella tierra misteriosa empezó a ser conocida.

Geográficamente, Rusia es una gran llanura. Los montes Urales son bajos y no impiden las invasiones. Los ríos son anchos, pero a menudo poco profundos. Por tanto, siempre ha sido un lugar perfecto para los nómadas.

El Imperio romano se fundó, llegó a su época de máximo esplendor y desapareció. En todo aquel tiempo, las tribus eslavas, que hacía tiempo que habían abandonado su lugar de origen en Asia, se dedicaron a vagar sin destino por los bosques y las llanuras de la región situada entre los ríos Dniéster y Dniéper. Los griegos conocían a los eslavos y algunos viajeros de los siglos III y IV los mencionaban. Aparte de esto, eran tan desconocidos como los amerindios de Nevada en el año 1800.

Sin embargo, la tranquilidad de aquellas gentes primitivas se vio interrumpida por una gran ruta comercial que atravesaba el país: la que iba desde el norte de Europa a Constantinopla. Empezaba bordeando la costa del mar Báltico hasta llegar a la boca del río Nevá. Luego cruzaba el lago Ladoga y seguía hacia el sur por el río Vóljov, atravesaba el lago limen y bajaba por el pequeño río Lóvat. En este punto se tenía que hacer un corto trayecto por tierra para llegar al río Dniéper, que desembocaba en el mar Negro.

Los vikingos descubrieron esta ruta en una época muy temprana. En el siglo IX, algunos empezaron a instalarse al norte de Rusia, mientras otros sentaban las bases de estados independientes en Francia y Alemania. En el año 862, tres hermanos vikingos cruzaron el Báltico y fundaron tres pequeños reinos. De los tres, sólo uno, Rurik, sobrevivió algunos años. Rurik se adueñó del

territorio de sus hermanos y veinte años después de la llegada de aquellos primeros vikingos se había fundado un Estado eslavo con capital en Kíev.

De Kíev al mar Negro hay poca distancia, así que en Constantinopla pronto supieron de la existencia de aquel Estado eslavo organizado. Se abrían nuevos horizontes para los fervientes misioneros cristianos. Los monjes bizantinos subieron por el río Dniéper hacia el norte y llegaron al corazón de Rusia. Allí encontraron a un pueblo que adoraba a dioses extraños, que supuestamente moraban en los bosques, los ríos y las cuevas de las montañas. Les contaron la historia de Jesús. Allí los misioneros bizantinos no tenían que competir con los misioneros romanos, que estaban demasiado ocupados convirtiendo teutones como para preocuparse por los lejanos eslavos. Así que Rusia recibió la religión, el alfabeto y las primeras ideas sobre arte y arquitectura de los monjes bizantinos. Como el Imperio bizantino (una reliquia de lo que había sido el Imperio romano de Oriente) estaba impregnado de la cultura oriental, había perdido muchas de sus características europeas y los rusos sufrieron las consecuencias.

Los nuevos estados de la gran llanura rusa no tuvieron un buen comportamiento político. Por tradición, los vikingos siempre dividían la herencia a partes iguales entre todos sus hijos varones, así que, en cuanto conseguían fundar un pequeño estado, lo dividían entre los ocho o nueve herederos, que a su vez lo volvían a dividir entre un número mayor de descendientes. Era inevitable que aquellos pequeños estados lucharan entre ellos. Reinaba la anarquía. Y

cuando veían una luz roja al este del horizonte que anunciaba la temida invasión de una tribu asiática salvaje, los pequeños estados eran demasiado débiles y estaban demasiado divididos como para presentar ningún tipo de resistencia al terrible enemigo.

La primera gran invasión tártara tuvo lugar en 1224, cuando aparecieron las hordas de Gengis Khan, conquistador de China, Bujará, Tashkent y Turkestán. Las tropas eslavas fueron vencidas cerca del río Kalka y Rusia quedó a merced de los mongoles. Pero desaparecieron tan súbitamente como habían llegado y no volvieron hasta pasados trece años, en 1237. En menos de cinco años llegaron hasta el último rincón de la inmensa llanura rusa. Hasta 1380, cuando Dimitri Donskói, gran duque de Rusia, los derrotó en las llanuras de Kulikovo, los tártaros fueron señores del pueblo ruso.

Entre una cosa y otra, los rusos tardaron doscientos años en librarse de aquel yugo, de los más terribles. Los tártaros convirtieron a los campesinos eslavos en miserables esclavos. Privaron al pueblo de todo sentimiento de orgullo e independencia. Hicieron que el hambre, la miseria, los malos tratos y los abusos estuvieran al orden del día. Finalmente consiguieron que los rusos, ya fueran campesinos o nobles, se sintieran como perros abandonados que han sido apaleados tan a menudo que no tienen una pizca de orgullo y no se atreven a levantar ni la cola sin permiso.

No había escapatoria. Los jinetes del kan tártaro eran rápidos y no tenían piedad. Nadie podía cruzar aquella llanura interminable sin

ser avistado y atrapado al instante, así que la gente tenía que callarse y soportar las decisiones de su señor si no quería pagarlo con la vida. Claro está que Europa podía haber intervenido. Pero se encontraba muy ocupada en sus propios asuntos, combatiendo por culpa de alguna trifulca entre el Papa y el emperador, o bien suprimiendo alguna herejía. Así que los europeos dejaron a los eslavos a su suerte y los obligaron a ganarse ellos mismos su libertad.

Finalmente, el libertador de Rusia fue uno de aquellos pequeños estados fundados por los primeros jefes vikingos. Se llamaba Moscovia y estaba situado en el corazón de la llanura rusa. Moscú, su capital, se hallaba sobre una colina de pendientes pronunciadas a la orilla del río Moskvá. Intentaban agradar a los tártaros cuando era necesario y se enfrentaban a ellos cuando podían. Durante la primera mitad del siglo XVIII, aquel principado se convirtió en estandarte de una nueva vida nacional. Debemos recordar que los tártaros no tenían capacidad alguna de construcción política. Sólo sabían destruir. Lo único que les interesaba del territorio conquistado eran sus riquezas. Para poder recaudar dinero en forma de impuestos debían mantener parte de la organización política preexistente. Así que muchas ciudades pequeñas sobrevivieron por la gracia del gran kan para que hicieran de recaudadores de impuestos y robasen a sus vecinas en beneficio de las arcas tártaras.

Moscovia, que crecía a expensas de quienes la rodeaban, al final tuvo el poder suficiente como para rebelarse contra sus señores, los

tártaros. La rebelión llegó a buen puerto y su papel en la causa por la independencia rusa hizo de Moscú un aglutinador de los que aún creían en un futuro mejor para los eslavos. En 1453, Constantinopla fue tomada por los turcos. Diez años más tarde, en el mandato de Iván III, Moscú informó a Occidente de que el Estado eslavo se proclamaba heredero del poder terrenal y espiritual del desaparecido Imperio bizantino, así como de las tradiciones del Imperio romano que habían sobrevivido en Constantinopla. Una generación más tarde, cuando mandaba Iván *el Terrible*, los grandes duques de Moscú eran poderosos y podían adoptar el título de Césares o zares, a la vez que las potencias de Europa occidental los reconocían como tales.

Al morir Fiódor I en 1598, la antigua dinastía moscovita, iniciada por el vikingo Rurik, se extinguió. El nuevo zar, que gobernó durante siete años, se llamaba Boris Godunov y era medio tártaro. Durante este período, se decidió el destino del pueblo ruso. El Imperio tenía muchas tierras, pero poco dinero. No había ni comercio ni industria. Las pocas ciudades que se podían contar, en realidad, eran sucios pueblecillos. El Gobierno central era fuerte, pero una gran cantidad de campesinos estaba sumida en el analfabetismo. Aquel Gobierno de influencias eslavas, vikingas, bizantinas y tártaras simplemente perseguía el interés del Estado. Para defenderlo necesitaba un ejército. Para recaudar los impuestos con que pagar a los soldados necesitaba funcionarios. Para pagar a los funcionarios necesitaba tierras. De aquello tenía en abundancia en las vastas llanuras del este y el oeste. Pero la tierra, si nadie que la trabaja ni cuida del

ganado, no sirve para nada. Así que a los campesinos nómadas los desposeían de sus derechos uno tras otro hasta que, a principios del siglo XVII, formaron parte de la tierra en la que vivían. Los campesinos rusos dejaron de ser libres y pasaron a ser siervos de la gleba, o esclavos, y lo siguieron siendo hasta que en 1861 su situación era ya inaguantable y empezaron a morir en masa.

En el siglo XVII, aquel Estado en expansión que había llegado a Siberia se había convertido en una fuerza con la que el resto de Europa estaba obligada a contar. En 1613, unos años después de la muerte de Boris Godunov, los nobles rusos eligieron un zar. Se llamaba Miguel, era hijo de Fiódor, de la familia moscovita Románov, y vivía en una casita justo fuera del *kremlin* o la ciudadela.

En 1672 nació su bisnieto Pedro, hijo de otro Fiódor. Cuando el niño tenía diez años, su hermanastra Sofía tomó posesión del trono ruso. El niño pasó su infancia en los alrededores de la capital, donde vivían los extranjeros. Rodeado de taberneros escoceses, comerciantes neerlandeses, farmacéuticos suizos, barberos italianos, profesores de baile franceses y maestros de escuela alemanes, el joven príncipe tuvo su primer encuentro con la lejana y misteriosa Europa, donde las cosas se hacían de otra manera, y quedó impresionado.

Cuando tenía diecisiete años, el príncipe Pedro destronó a su hermana Sofía y se convirtió en zar. Pero él no se contentaba con ser zar de una gente semibárbara y medio asiática. Quería ser soberano de una nación civilizada. Sin embargo, convertir la Rusia

bizantinotártara en un imperio europeo de un día para otro no era tarea fácil. Se necesitaba una mano de hierro y una mente brillante. Pedro tenía ambas cosas. La operación de implante de la Europa moderna en la antigua Rusia se realizó en 1698. La paciente no murió. Pero nunca se recuperó del choque, como se demostró claramente en tiempos de la Revolución rusa.

Capítulo 48

Rusia contra Suecia.

Rusia y Suecia se enfrentaron en muchas guerras por el poder en el noreste de Europa.

En 1698 el zar Pedro, o Pedro *el Grande*, realizó su primer viaje a Europa occidental. Primero visitó Berlín y luego Holanda e Inglaterra. De niño, había estado a punto de ahogarse en una barquita de construcción casera en el estanque de la casa de campo de su padre. Contra todo pronóstico, aquel incidente le suscitó una pasión por el agua que le duró toda la vida y se convirtió en una obsesión: que su territorio, completamente rodeado de tierra, tuviese acceso al mar.

Mientras el impopular y cruel zar estaba lejos, los amantes del viejo orden en Moscú se dispusieron a deshacer todas sus reformas. La rebelión de su guardia personal, los *streltsí*, obligó a Pedro a volver a casa sin dilación. A su llegada hizo ahorcar, descuartizar o simplemente matar de cualquier manera a los *streltsí*, del primero al último. A su hermana Sofia, que había sido la cabecilla de la rebelión, la encerró en un convento y, a partir de entonces, Pedro *el Grande* gobernó con mano dura. La escena se repitió en 1716, cuando Pedro viajó nuevamente a Occidente. Aquella vez, los reaccionarios estaban encabezados por Alexis, un hijo un poco tonto de Pedro. El zar regresó con gran rapidez. A Alexis lo mataron a palos en una celda de la cárcel, y los amigos de las antiguas maneras bizantinas anduvieron miles de kilómetros hasta llegar a

su destino final: las minas de plomo de Siberia. A partir de entonces se acabaron las rebeliones del pueblo descontento. Pedro *el Grande* pudo reformar el país en paz hasta el día de su muerte.

No es fácil hacer una lista cronológica de sus reformas. El zar trabajó a un ritmo vertiginoso y no seguía ningún sistema. Aprobaba decretos a una velocidad tal que es imposible llevar la cuenta. A juzgar por lo que hizo, Pedro pensaba que todo lo existente estaba mal. Quería cambiar Rusia de arriba abajo en el menor tiempo posible. Cuando murió dejó un ejército organizado de unos doscientos mil hombres y una flota de unos cincuenta barcos. De la noche a la mañana abolió el antiguo sistema de gobierno. Desposeyó de poder a la Duma, o Convención de nobles, y en su lugar impuso un gabinete de asesores de Estado al que llamó Senado.

Pedro *el Grande* dividió Rusia en ocho grandes provincias. Hizo construir carreteras y ciudades. Creó industrias donde le vino en gana, sin preocuparse por si estaban cerca de las materias primas que necesitaban. Hizo construir canales y abrir minas en las montañas del este. En aquella tierra de analfabetos, hizo abrir escuelas, instituciones de enseñanza superior, universidades, hospitales y escuelas profesionales. Animó a ingenieros navales neerlandeses y a artesanos de todo el mundo a instalarse en Rusia. Creó imprentas pero, antes de imprimirse, los censores imperiales tenían que aprobar los libros. Cada clase de la sociedad tenía unos deberes, establecidos por ley. Además, todas las leyes civiles y penales se recogieron y se publicaron en volúmenes. Un decreto

imperial abolió los vestidos tradicionales rusos y la policía, armada con tijeras y apostada en las carreteras regionales, cortaba el pelo a los *mujiks* (campesinos) rusos para que se parecieran más a los europeos occidentales.

En cuanto a la cuestión religiosa, el zar no toleró la división de poderes. No quería rivalidades entre emperadores y papas como había sucedido en Europa. Así que, en 1721, Pedro *el Grande* se proclamó jefe de la Iglesia rusa. Abolió el patriarcado de Moscú y constituyó el Santo Sínodo, que se convirtió en la máxima autoridad de la Iglesia ortodoxa establecida.

Dado que aquellas reformas no podían implementarse mientras sus opositores, partidarios de la vieja Rusia, tuvieran un lugar de reunión en Moscú, Pedro *el Grande* decidió trasladar el Gobierno del país a una nueva capital. El zar hizo construir una ciudad nueva en las marismas insalubres del mar Báltico. En 1703 empezó a ganar aquella tierra al mar. Cuarenta mil campesinos trabajaron durante años para poner los cimientos de la ciudad imperial. Los suecos aprovecharon la situación para atacar e intentaron paralizar las obras; la miseria y la enfermedad acabó con las vidas de miles de aquellos campesinos. Pero las obras continuaron sin descanso, en verano y en invierno, y la ciudad planificada pronto empezó a crecer. En 1712 fue declarada oficialmente «residencia imperial» y bautizada con el nombre de San Petersburgo. Doce años más tarde, contaba con setenta y cinco mil habitantes. La ciudad quedaba inundada por el río Nevá dos veces al año, pero el zar, determinado a convertirla en una gran capital, hizo construir diques y canales,

solucionando así el problema de las inundaciones. Cuando Pedro *el Grande* murió, en 1725, había conseguido convertirla en la mayor ciudad del norte de Europa.

Evidentemente, a sus vecinos empezaba a preocuparles aquel rival que cada vez se hacía más poderoso. Por su parte, Pedro *el Grande* había estado observando con interés lo que sucedía en el Reino de Suecia, su rival báltico. En 1654, la reina Cristina de Suecia, hija única de Gustavo Adolfo, el héroe de la guerra de los Treinta Años, tras veintidós años de reinado, había abdicado de repente, se había convertido al catolicismo y se había ido a Roma a pasar el resto de sus días. Un sobrino de su padre, protestante, había sucedido a la última reina de la casa de Vasa. Con los mandatos de Carlos X y Carlos XI, la nueva dinastía había llevado el país a su punto álgido de esplendor. Pero, en 1697, Carlos XI murió súbitamente y fue sucedido por Carlos XII, un chico de quince años.

Aquella era la ocasión que los Estados del norte estaban esperando. Durante las guerras religiosas del siglo XVII, Suecia había crecido a expensas de sus vecinos. Había llegado el momento de pasar cuentas. Inmediatamente estalló la guerra entre Rusia, Polonia, Dinamarca y Sajonia por un lado y Suecia por el otro. El nuevo ejército ruso, poco experimentado, fue derrotado abrumadoramente por las tropas del rey sueco en la famosa batalla de Narva en noviembre de 1700. Entonces, Carlos XII, uno de los más apasionantes genios militares del siglo, se volvió contra los demás aliados y, durante nueve años, arrasó pueblos y ciudades de

Polonia, Sajonia, Dinamarca y las regiones bálticas, mientras Pedro *el Grande* instruía a sus soldados en la lejana Rusia.

Tiempo después, en la batalla de Poltava de 1709, los moscovitas derrotaron a las exhaustas tropas suecas. Carlos XII siguió siendo un personaje muy pintoresco, un maravilloso héroe de novela; pero, en su vano intento por vengarse, arruinó a Suecia. En 1718 murió, no se sabe si accidentalmente o fue asesinado. Cuando se firmó la paz en 1721 en la ciudad de Nystadt, Suecia había perdido todas sus posesiones bálticas excepto Finlandia. El recién creado Estado ruso, obra de Pedro *el Grande*, se había convertido en la nueva potencia del norte de Europa. Pero, por el horizonte, ya asomaba un nuevo rival: el Reino de Prusia.

Capítulo 49

El crecimiento de Prusia.

El extraordinario crecimiento de un pequeño Estado en una región gris del norte de Alemania, llamada Prusia.

La historia de Prusia es la historia de una región fronteriza. En el siglo IX, Carlomagno trasladó el centro de la civilización desde el Mediterráneo a las regiones salvajes del noroeste de Europa. Los soldados francos desplazaron una y otra vez la frontera de Europa hacia el este. Conquistaron muchas tierras a los eslavos y a los lituanos infieles, que vivían en la llanura que se extendía entre el mar Báltico y los montes Cárpatos. Los francos administraban aquella región periférica como, por ejemplo, Estados Unidos administraba sus territorios antes de que adquirieran el Estatuto de Estados.

Carlomagno fundó el Estado fronterizo de Brandemburgo para defender sus posesiones orientales de las *razzias* de las salvajes tribus sajonas. Los serbios, la tribu eslava que habitaba la región, fueron subyugados en el siglo x y su mercado, la ciudad de Brennabor, se convirtió en el centro de la región, a la que dio nombre: Brandemburgo.

Durante los siglos XI al XIV, una serie de familias nobles se sucedió en el cargo de gobernador imperial del Estado fronterizo. Finalmente, en el siglo XV, la familia Hohenzollern hizo su aparición y, desde el puesto de electores de Brandemburgo, empezó a

transformar aquel territorio arenoso y desolado en uno de los imperios más eficientes del mundo moderno.

La familia Hohenzollern, que más tarde daría a luz a los emperadores germánicos que no desaparecieron de la escena política europea hasta ser derrotados en la Primera Guerra Mundial por los aliados, procedía del sur de Alemania y era de origen humilde. En el siglo XII, un tal Federico de Hohenzollern tuvo suerte al casarse y lo nombraron mayordomo mayor del castillo de Nüremberg. Sus descendientes aprovecharon cualquier ocasión para ganar poder y, tras varios siglos subiendo en la escala social, alguien accedió al cargo de elector, nombre que recibían los príncipes soberanos que participaban en la elección del emperador del antiguo Imperio germánico. Durante la reforma se habían puesto del lado de los protestantes y, a principios del siglo XVII, eran una de las dinastías más poderosas del norte de Alemania.

En la guerra de los Treinta Años, protestantes y católicos saquearon Brandemburgo y Prusia entera con igual saña. Pero Federico Guillermo de Prusia, el Gran Elector, reconstruyó rápidamente el principado, usando sabia y cuidadosamente las fuerzas económicas e intelectuales del país, y consiguió fundar un Estado en que no se desperdiciaba nada.

La Prusia moderna, un Estado en el cual los deseos y las ambiciones individuales habían pasado a segundo plano en beneficio de los intereses de la comunidad, data de los tiempos de Federico Guillermo I, padre de Federico II *el Grande*. Federico Guillermo I era un militar prusiano parsimonioso y muy trabajador,

que sentía pasión por las historias de taberna y el tabaco holandés fuerte, así como un gran desprecio por los encajes y las plumas — sobre todo si venían de Francia—. El que sólo tenía una idea en la cabeza: el deber. Severo consigo mismo, no toleraba debilidad alguna en sus súbditos y le daba igual que fueran soldados rasos como generales. La relación que tuvo con su hijo Federico nunca fue cordial, por decirlo así. Las toscas maneras del padre ofendían la sensibilidad del hijo. El padre rechazaba el amor del hijo por la literatura, la filosofía, la música y las maneras francesas, que le parecían afeminadas. De modo que se produjo un gran enfrentamiento entre los dos. El joven príncipe intentó escapar a Inglaterra, pero lo atraparon y lo juzgaron en un tribunal militar. Lo obligaron a presenciar la ejecución de su mejor amigo, que lo había intentado ayudar, y después lo encerraron en una pequeña fortaleza perdida donde le enseñaron el oficio de ser rey. El castigo acabó siendo una bendición. Cuando Federico llegó al trono en 1740, conocía la administración de su país al dedillo y nada tenía secretos para él, ni el certificado de nacimiento de un pobre campesino ni el complicadísimo presupuesto anual del Estado.

Federico escribió un libro, *Elantimaquiavelo*, donde mostraba su desprecio por las ideas políticas del historiador florentino, el cual había recomendado a los príncipes mentir y engañar cuando fuera necesario por el bien del país. En cambio, en el libro de Federico, el dirigente ideal, un déspota ilustrado del estilo de Luis XIV, se debía a su pueblo. Pero, en la práctica, Federico, que trabajaba por su pueblo veinte horas al día, no toleraba que nadie le diera consejos.

Sus ministros no eran más que secretarios de primera categoría. Prusia eran sus dominios privados y los dirigía como le apetecía. Y nada, nada podía interferir en los intereses del Estado.

En 1740 murió el emperador germánico, Carlos VI. El archiduque de Austria había intentado asegurar la posición de su hija María Teresa con un tratado solemne. Pero, en cuanto enterraron al viejo emperador en la cripta ancestral de los Habsburgo, las tropas de Federico *el Grande* se dirigieron hacia la frontera austriaca y ocuparon la parte de Silesia que Prusia reclamaba junto a casi toda Europa central en virtud de unos derechos antiquísimos y de dudosa validez. Federico *el Grande* acabó conquistando toda Silesia tras unas cuantas guerras y, a pesar de que varias veces estuvo cerca de la derrota, consiguió resistir los ataques austriacos y mantener los territorios recién conquistados.

Europa tomó nota de la repentina aparición de aquel Estado tan poderoso. En el siglo XVIII, los alemanes estaban arruinados por las grandes guerras de religión y nadie los tenía en cuenta. Federico *el Grande*, en un esfuerzo tan titánico como el de Pedro *el Grande*, convirtió el desprecio de los europeos en miedo. Resolvió con tanta habilidad los asuntos internos de Prusia que sus súbditos no tenían motivo alguno de queja. Consiguió que la tesorería del país tuviera superávit en vez de déficit. Abolió la tortura. Mejoró el sistema judicial. Las carreteras, las escuelas y las universidades eran excelentes y la Administración escrupulosamente honrada, con lo cual los ciudadanos tenían la sensación de que el dinero que pagaban en impuestos estaba perfectamente bien empleado.

Tras haber sido el campo de batalla de los franceses, los austriacos, los suecos, los daneses y los polacos durante varios siglos, finalmente Alemania, animada por el ejemplo de Prusia, empezó a ganar confianza. Y aquello fue obra del viejecito de nariz aguileña y uniforme cubierto de rapé, que decía cosas muy divertidas y nada agradables sobre sus vecinos y que jugaba al escandaloso juego de la diplomacia del siglo XVIII, sin preocuparse por la verdad mientras pudiese ganar algo con sus engaños, olvidando por completo lo que un día había escrito en *El antimaquiavelo*. En 1786 le llegó el final. No le quedaban amigos. No había tenido hijos. Murió solo, al cuidado de un único sirviente, rodeado de sus fieles perros, a los que quería más que a los seres humanos porque, como él mismo decía, siempre estaban agradecidos y eran leales a sus amigos.

Capítulo 50

El sistema mercantil.

Cómo los recientemente formados estados nación o estados dinásticos de Europa intentaron hacerse ricos y qué era el sistema mercantil.

Ya hemos visto cómo empezaron a tomar forma los estados actuales en los siglos XVI y XVII. Sus orígenes fueron diferentes. Algunos resultaron del esfuerzo intencionado de un solo rey. Otros fueron fruto de la casualidad. Y otros el resultado de fronteras geográficas naturales. Pero, una vez fundados, todos sin excepción intentaron fortalecer su administración y ejercer la mayor influencia posible en política internacional. Obviamente, aquello costaba mucho dinero. Los reinos medievales, que no contaban con un poder centralizado, no dependían de unas arcas ricas. El rey obtenía sus ingresos en sus dominios y los funcionarios se autofinanciaban. El estado centralizado moderno era más complicado. Los antiguos caballeros desaparecieron y su lugar lo ocuparon funcionarios y burócratas. El ejército, la marina y la administración interna requerían de mucho dinero. El problema era de dónde sacarlo.

En la Edad Media, el oro y la plata habían sido escasos. Casi nadie veía una moneda de oro en su vida. Sólo los habitantes de las grandes ciudades tocaban monedas de plata. El descubrimiento de América y la explotación de las minas peruanas cambiaron la situación. Los grandes intercambios comerciales ya no tenían lugar en el Mediterráneo, sino en la costa atlántica. Las «ciudades

comerciales» italianas perdieron su importancia económica. En su lugar aparecieron nuevas «naciones comerciales», y el oro y la plata dejaron de ser una curiosidad.

Los metales preciosos llegaron a Europa a través de España, Portugal, Holanda e Inglaterra. El siglo XVI tuvo sus propios teóricos de la política económica, que desarrollaron una teoría sobre la riqueza de los estados que les parecía estupenda y muy beneficiosa para sus respectivos países. Estos economistas afirmaban que la riqueza eran el oro y la plata. En consecuencia, el país que tuviera más oro y plata en sus arcas y sus bancos era el país más rico. Y como los ejércitos se pagan con dinero, el país más rico era también el más poderoso y podía dirigir al resto del mundo. Esta teoría económica recibió el nombre de «sistema mercantilista» y fue aceptada con la misma fe con que los primeros cristianos creían en los milagros. Os explicaré cómo funcionaba el sistema mercantilista en la práctica. Para tener superávit de metales preciosos, un país debía contar con un balance comercial positivo. Si un país exporta más a su vecino de lo que éste exporta a aquél, entonces el vecino le deberá dinero y estará obligado a darle parte de su oro. Así que el país que exporta más gana y, el que exporta menos, pierde. El programa económico de casi todos los estados del siglo XVII era el siguiente:

1. Intentar conseguir tanto oro y tanta plata como sea posible.
2. Dar prioridad al comercio exterior, por encima del interior.
3. Dar prioridad a las industrias que transforman materias primas en productos manufacturados exportables.

4. Fomentar el crecimiento de la población porque las fábricas requieren de mucha mano de obra. Las comunidades agrícolas no crean fuerza de trabajo.
5. El estado debe controlar todo el proceso e intervenir cuando sea necesario.

En vez de considerar que el comercio internacional es algo similar a una fuerza de la naturaleza que obedece a ciertas leyes naturales, por mucho que intervenga el ser humano, en los siglos XVI y XVII se intentó regular el comercio con ayuda de decretos reales, leyes e intervención financiera del gobierno.

Carlos V adoptó el sistema en el siglo XVI —entonces era algo totalmente nuevo— y lo introdujo en sus numerosas posesiones. La reina Isabel de Inglaterra lo halagó al imitarlo. Los Borbones, y en especial Luis XIV, eran fanáticos seguidores de esta doctrina, y Colbert, el gran ministro de Economía de este rey, se convirtió en el gurú del mercantilismo al que todo el mundo pedía consejo.

La política exterior de Cromwell, invariablemente dirigida contra su rica rival, Holanda, fue una aplicación del mercantilismo. Y es que los armadores neerlandeses, que eran los transportistas de Europa, tenían cierta predilección por el libre comercio y, por tanto, tenían que ser destruidos a toda costa.

Es fácil comprender cómo afectaba a las colonias aquel sistema. En el mercantilismo, una colonia no era nada más que una reserva de oro, plata y especias que la metrópolis podía usar a discreción. Las reservas de metales preciosos y las materias primas de Asia,

América y África se transformaban en el monopolio del estado que los poseyera. A los de fuera no se les permitía ni mirarlas y los del país no podían comerciar con un barco de banderas extranjeras.

Hay que reconocer que, gracias al sistema mercantilista, se crearon industrias en países donde nunca había habido ninguna. Se construyeron carreteras y canales y, en general, mejoró todo el sistema de transporte. El sistema requería de una fuerza de trabajo especializada y dio una mejor posición social al comerciante, a la vez que debilitó el poder de los aristócratas terratenientes.

Pero, por otro lado, causó un gran sufrimiento. Provocó que los nativos de las colonias fueran explotados vergonzosamente. A los ciudadanos de la metrópolis incluso les deparaba un futuro peor. En gran parte, el mercantilismo fue el causante de que el mundo se convirtiera en un campo de batalla, dividiéndolo en territorios pequeños, cada uno de los cuales trabajaba en beneficio propio e intentaba constantemente destruir a sus vecinos para quedarse con sus riquezas. Puso tanta importancia en el dinero que «ser rico» pasó a ser la única virtud que podía tener un ser humano. Afortunadamente, los sistemas económicos pasan de moda como la ropa de mujer y, en el siglo XIX, el mercantilismo fue descartado a favor de un sistema de libre competencia. O, al menos, eso se decía.

Capítulo 51

La guerra de Independencia norteamericana.

A finales del siglo XVIII llegaron rumores a Europa de que algo extraño sucedía en las vastas llanuras del continente norteamericano. Los descendientes del pueblo que había castigado al rey Carlos por insistir en que su poder era «divino» añadieron un nuevo capítulo a la vieja lucha por el autogobierno

Lo mejor será que volvamos atrás unos cuantos siglos y repasemos el inicio de la colonización.

En cuanto se crearon los estados europeos teniendo en cuenta a los nuevos intereses nacionales o dinásticos, es decir, durante e inmediatamente después de la guerra de los Treinta Años, sus dirigentes, respaldados por el capital de sus mercaderes y los barcos de sus compañías comerciales, continuaron luchando por ganar territorio en Asia, África y América.

Los españoles y los portugueses llevaban más de un siglo explorando los océanos índico y Pacífico cuando Holanda e Inglaterra aparecieron en escena, lo cual resultó de gran ventaja para estas dos naciones. El trabajo duro ya estaba hecho. Además, los primeros navegantes se habían hecho tan impopulares entre las poblaciones nativas de Asia, América y África que recibieron a los ingleses y a los neerlandeses en calidad de amigos y «libertadores». No se puede decir que tuvieran muchas virtudes superiores a sus predecesores, lo que sucedió es que eran comerciantes por encima de todo. Nunca permitieron que las consideraciones religiosas

interfiriesen con el sentido común y lo práctico. En sus primeras relaciones con los pueblos menos desarrollados de los continentes que exploraban, todos los europeos se comportaron con una brutalidad sorprendente. Sin embargo, los ingleses y los neerlandeses supieron poner un límite. Mientras obtuvieran las especias, el oro, la plata y los impuestos que les interesaban, dejaron a los indígenas vivir como quisieran.

Así que no les costó mucho establecerse en las zonas más ricas del planeta. Pero, en cuanto lo consiguieron, empezaron a luchar entre ellos por otros territorios. Extrañamente, las guerras coloniales no se libraban en las colonias, sino que las decidían a grandes distancias las flotas de los países en contienda. Uno de los principios más interesantes de la guerra —y que constituye una de las pocas leyes fiables de la historia— es que «el país que controla el mar también es el país que controla la tierra». Esta ley no falló nunca hasta la aparición del aeroplano.

Pero, como en el siglo XVIII no había aviones, la flota británica fue la encargada de ganar para Inglaterra grandes colonias en América, India y África.

No me detendré a narrar la interminable lista de batallas navales que se libraron en el siglo XVII entre ingleses y neerlandeses. Acabaron como acaban todas las guerras entre poderes igualados. Pero la guerra entre Inglaterra y Francia (su otra rival) es de gran importancia en este capítulo porque, hasta que la armada inglesa derrotó a la francesa, gran parte de las batallas tuvieron lugar en el continente norteamericano. Tanto Inglaterra como Francia

proclamaron suyo todo el territorio que se había descubierto allí y también el territorio que ningún hombre blanco había visto aún. En 1497, Caboto había desembarcado en las costas norteamericanas y veintisiete años más tarde lo hizo Giovanni Verrazano. Caboto navegaba con bandera inglesa. Verrazano con bandera francesa. Así que tanto franceses como ingleses se proclamaban dueños de todo el continente.

En el siglo XVII, Inglaterra fundó unas diez colonias en América, entre Maine y las Carolinas. Estas colonias se convirtieron en refugio de algunas sectas de disidentes anglicanos, como los puritanos, que en 1620 llegaron a Nueva Inglaterra, o los cuáqueros, que se instalaron en Pensilvania en 1681. Eran pequeñas comunidades fronterizas que habían anidado cerca de la costa oceánica, a las que los colonos habían emigrado con la intención de hacerse un nuevo hogar y empezar otra vida lejos de la supervisión y la interferencia real.

En cambio, las colonias francesas pertenecían directamente a la corona. A los hugonotes, o protestantes franceses, no se les permitía instalarse allí por miedo a que contaminaran a los amerindios con sus peligrosas doctrinas protestantes e interfirieran en el trabajo de los misioneros jesuitas. Así que las colonias inglesas se asentaron sobre una base mucho más saludable que las de sus vecinos y rivales franceses. Eran la expresión del afán comercial de la clase media inglesa; en cambio, los asentamientos franceses estaban poblados por funcionarios reales que habían sido obligados a cruzar

el océano y que esperaban volver a París a la primera oportunidad que se les presentara.

Aun así, la situación política de las colonias inglesas distaba mucho de ser satisfactoria. Los franceses habían descubierto el golfo de San Lorenzo en el siglo XVI. Por allí habían llegado a la región de los Grandes Lagos, desde donde se dirigieron hacia el sur. Habían bajado por el río Misisipi y, finalmente, habían construido diversas fortificaciones en el golfo de México. Tras un siglo de exploración, una línea de 60 fuertes franceses separaba los asentamientos ingleses situados en la costa atlántica del interior del continente.

Los acuerdos a los que habían llegado las diferentes compañías coloniales con el rey de Inglaterra les otorgaba «toda la tierra existente de océano a océano». Aquello era muy bonito sobre el papel, pero, en la práctica, el territorio inglés acababa donde empezaba la línea de fortificaciones francesas. Romper aquella barrera no era imposible, pero se necesitaba tanto dinero como tropas y se provocaría una serie de cruentas guerras fronterizas en las que ambos bandos matarían a sus vecinos blancos con la ayuda de las tribus de indios americanos.

Mientras los Estuardo gobernaron Inglaterra no hubo peligro de guerra con Francia. Los Estuardo necesitaban a los Borbones para seguir con su Gobierno autocrático y reducir el poder del Parlamento. Pero, en 1689, el último Estuardo tuvo que huir del país y fue sucedido por su hija María y su marido el holandés Guillermo de Orange, gran enemigo de Luis XIV. Desde aquel momento y hasta la firma del Tratado de París en 1763, Francia e

Inglaterra estuvieron en guerra por la dominación de India y Norteamérica.

Como he dicho antes, los ingleses tenían el poder marítimo, así que las colonias francesas en Norteamérica quedaron aisladas de la metrópolis. Francia acabó perdiendo la mayoría de sus posesiones y, cuando se firmó la paz, el continente norteamericano estaba en manos inglesas y la gran tarea de exploración de Cartier, Champlain, La Salle, Marquette y unos cuantos más no había servido a Francia de nada.

Sólo una pequeña parte de aquel vasto territorio estaba habitada. La franja ocupada, que tenía una densidad de población muy baja, iba de Massachusetts en el norte, donde en 1620 desembarcaron los primeros colonos (los *Pilgrim Fathers*, una secta de puritanos que, por su intolerancia, había tenido problemas tanto en la Inglaterra anglicana como en la Holanda calvinista), a las Carolinas y Virginia (las provincias tabaqueras fundadas exclusivamente para obtener beneficio económico). Pero la poca gente que vivía en aquella tierra de aire limpio y cielo despejado era muy diferente de sus compatriotas de la metrópolis. En aquel terreno salvaje aprendieron a ser independientes y a confiar en ellos mismos.

Los primeros colonos eran gente fuerte y valiente. En aquellos días, los perezosos y los temerosos no cruzaban el océano. Los colonos norteamericanos habían huido de la represión y la falta de aire que los hacía tan infelices en su patria. Querían ser dueños de ellos mismos. Pero el Gobierno británico no lo entendió. Empezó a acosar

a los colonos y éstos, que detestaban las imposiciones, finalmente se irritaron.

El odio sólo genera odio. No es necesario que os explique con detalle lo que sucedió ni vamos a hacer conjeturas sobre lo que podía haber pasado si el rey británico hubiese sido más inteligente que Jorge III o más despierto y más atento que su primer ministro, lord North. Cuando los colonos británicos entendieron que dialogando no resolverían nada, tomaron las armas. Dejaron de ser súbditos leales para convertirse en rebeldes y se jugaron la vida luchando contra los mercenarios alemanes que Jorge III contrató, siguiendo la costumbre de la época en que los príncipes teutones vendían regimientos enteros al mejor postor.

La guerra entre Inglaterra y las colonias norteamericanas duró siete años. Durante gran parte del tiempo, nadie apostaba por la victoria de los rebeldes. Muchos de los colonos, especialmente en las ciudades, seguían siendo leales al rey. Estaban a favor de un acuerdo y dispuestos a firmar la paz. Pero George Washington supo defender con firmeza la causa de los colonos.

Al mando de un ejército mal equipado pero muy leal, asistido por un grupo reducido de hombres valientes y capaces, poco a poco debilitó las fuerzas del rey. Cuando todo parecía perdido, conseguía cambiar el rumbo de la batalla. A menudo sus hombres pasaban hambre. En invierno sufrían lo indecible porque no tenían ni botas ni abrigo y tenían que vivir en cavernas insalubres. Pero confiaban absolutamente en su gran líder y resistieron hasta la victoria.

Sin embargo, más importante que las campañas de Washington y que los triunfos diplomáticos de Benjamín Franklin, que estuvo en Europa recaudando fondos del Gobierno francés y los banqueros de Ámsterdam, fue algo que sucedió al principio de la revolución. Los representantes de las diferentes colonias se habían reunido en Filadelfia para discutir asuntos comunes. Transcurría el primer año de la revolución. La mayoría de ciudades grandes de la costa aún estaba en manos inglesas. A las tropas del rey les llegaban refuerzos por mar. Sólo unos hombres que estaban absolutamente convencidos de que su causa era justa podían ser lo suficientemente valientes como para tomar la decisión que se tomó entre junio y julio de 1776.

En el mes de junio, Richard Henry Lee, de Virginia, propuso una moción al Congreso Continental que rezaba así: «Las colonias unidas son, y deben ser por derecho, estados libres e independientes, a los que hay que absolver del compromiso de lealtad hacia la corona inglesa, de manera que cualquier lazo político entre ellos y el Estado de Inglaterra quede roto».

La moción fue secundada por John Adams de Massachusetts. Se aprobó el día 2 de julio. El día 4 de julio se aprobó la Declaración de Independencia, redactada por Thomas Jefferson, un estudiante de ciencias políticas serio y brillante que estaba destinado a ser uno de los presidentes más apreciados de Estados Unidos.

Aquel acontecimiento, seguido de la victoria militar de los colonos y la adopción de la famosa Constitución de 1787 (la primera constitución escrita), causó gran interés en Europa. El sistema

dinástico de los estados altamente centralizados que habían surgido tras las guerras religiosas del siglo XVII había llegado al cénit del poder. Los palacios reales aumentaban su extensión, mientras que en las ciudades del reino aparecían inmensos barrios de chabolas. Los que vivían en aquellas condiciones tan precarias empezaron a mostrar signos de agitación. Se sentían impotentes. Pero las clases altas (los nobles y los profesionales), también estaban un poco descontentas de la situación económica y política en que vivían. El éxito de los colonos norteamericanos mostró a todos que, muchas de las cosas que parecían imposibles hasta hacía poco, ya eran posibles.

Según un poeta, el cañonazo que abrió la batalla de Lexington se oyó «en el mundo entero». La afirmación es un poco exagerada. Los chinos, los japoneses y los rusos —por no hablar de los australianos y los hawaianos, que acababan de ser «descubiertos» por el capitán Cook, a quien asesinaron por la osadía— no se enteraron de nada. Lo que sí es cierto es que la noticia atravesó el Atlántico. Hizo prender el polvorín del descontento europeo y causó una explosión tan terrorífica en Francia, que sacudió el continente entero desde San Petersburgo hasta Madrid y enterró a los políticos y a los diplomáticos de la vieja guardia bajo unas cuantas toneladas de escombros democráticos.

Capítulo 52

La Revolución francesa.

La Revolución francesa proclama el principio de libertad, igualdad y fraternidad

Antes de hablar de una revolución creo que estaría bien explicar qué significa esta palabra. Según un gran escritor ruso —los rusos son expertos en este tema—, una revolución es «la caída rápida, en pocos años, de instituciones que habían tardado siglos en enraizar y que parecían tan sólidas e inamovibles que ni los reformadores más ardientes se atrevían a atacarlas. La revolución es el desmoronamiento en un período breve de todo lo que hasta aquel momento constituía la esencia de la sociedad, la religión, la política y la economía de una nación».

En el siglo XVIII, en una Francia en la que la civilización había caducado, tuvo lugar una revolución de estas características. En la época del reinado de Luis XIV, el rey lo era todo. Los nobles, que habían sido los altos funcionarios de la Edad Media se encontraron sin nada que hacer y se convirtieron en ornamentos de la corte real. El Estado del siglo XVIII costaba mucho dinero, que se tenía que recaudar mediante impuestos. Desgraciadamente, los reyes de Francia no pudieron obligar a la nobleza y al clérigo a pagar lo que les tocaba, así que los gastos del país los tenían que sufragar enteramente los campesinos, es decir, eran los únicos que pagaban. Los campesinos vivían hacinados en tugurios, ya no se veían con sus antiguos terratenientes y eran víctimas de la incompetencia y la

crueledad de los cobradores de impuestos. ¿Para qué iban a trabajar y deslomarse en el campo, si total, cuanto más les reportase la tierra, más impuestos iban a tener que pagar y ellos no iban a sacar nada? A partir de entonces hicieron sólo lo imprescindible.

Mientras tanto, el rey se paseaba por los inmensos salones de palacio, recubierto de un esplendor vacío y siempre seguido de un séquito de funcionarios ambiciosos. Todos ellos, rey y funcionarios, vivían de unos campesinos a los que trataban como a bestias. Por poco agradable que sea, la imagen no es exagerada. De todas maneras, hay que reconocer que el llamado Antiguo Régimen también tenía otro lado que no podemos olvidar.

La acaudalada clase media, vinculada con la nobleza —por el típico mecanismo de casar a la hija del banquero rico con el hijo del noble pobre—, y la corte en la que se reunían las mentes más brillantes de Francia habían llevado el arte de vivir a su máxima expresión. Como a aquellos cerebros no se les permitía ocuparse de política económica, pasaban las horas muertas discutiendo sobre ideas abstractas. Dado que las modas en el pensamiento y el comportamiento están expuestas a pasar de un extremo a otro, como las modas en el vestir, es normal que la sociedad más artificial de aquella época se interesase tremendamente por lo que ellos llamaban «la vida sencilla». El rey y la reina, propietarios absolutos e indiscutibles de Francia, sus colonias y dependencias, pasaban sus «vacaciones» junto a sus cortesanos en divinas casitas de campo, vestidos de mozo de cuadra y de lechera, y jugaban a que eran una pareja de pastores en un valle de la antigua Grecia. A su alrededor,

los cortesanos bailaban empeñados en complacerlos. Los músicos de la corte tocaban minuetos preciosos, los barberos ideaban los tocados más elaborados y costosos y, al final, de puro aburrimiento y falta de trabajo, aquel mundo artificial de Versalles (el gran escaparate que Luis XIV había construido lejos de la ciudad ruidosa e intranquila) no hablaba de otra cosa que de aquellos súbditos que llevaban una vida extremadamente opuesta a la suya, igual que alguien que tiene hambre sólo habla de comida.

Cuando Voltaire, el intrépido filósofo, dramaturgo, historiador y novelista, y gran enemigo de todas las tiranías políticas y religiosas, empezó a lanzar bombas criticando todo lo que estuviera relacionado con el orden establecido de las cosas, Francia entera lo aplaudió y acudió en masa a la representación de sus obras de teatro. A Jean Jacques Rousseau le dio un ataque de sentimentalismo por el ser humano primitivo y regaló a sus contemporáneos descripciones deliciosas de la felicidad de los primeros habitantes del planeta —de los que sabía tan poco como de los niños, de cuya educación era una autoridad reconocida—, y toda Francia leyó *El contrato social*-, aquella sociedad en la que el rey y el Estado eran una sola cosa lloró de emoción al ver que Rousseau abogaba por un retorno a los días felices, donde la soberanía recaía en el pueblo y el rey era su sirviente.

Cuando Montesquieu publicó sus *Cartas persas*, una obra en la cual dos distinguidos viajeros persas transforman la sociedad francesa y se ríen de todo el mundo, desde el rey hasta el último de sus seiscientos pasteleros, inmediatamente se agotaron las cuatro

primeras ediciones. El libro, además, aseguró a su autor miles de lectores para su famoso ensayo *Del espíritu de las leyes*, en el que el noble barón comparaba el excelente sistema político inglés al retrasado sistema francés y abogaba por la supresión de la monarquía absoluta y el establecimiento de un Estado en el cual el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial estuvieran separados y trabajaran de forma independiente. Cuando Lebroth, el librero parisino, anunció que Diderot, D'Alembert, Turgot y una veintena de apreciados escritores más iban a publicar una «Enciclopedia» que iba a contener «toda la ciencia, el conocimiento y el pensamiento nuevos», la respuesta del público fue muy satisfactoria y, cuando veintidós años más tarde salió el último de los 28 volúmenes, la intervención tardía de la policía no consiguió reprimir el entusiasmo con que la sociedad francesa recibía aquella importantísima y peligrosísima contribución al debate de la época. Ha llegado la hora de haceros otra pequeña advertencia. Las novelas, las obras de teatro y las películas sobre la Revolución francesa a menudo explican que ésta fue producto de la rebelión de las masas de París. Y no sucedió así. Las masas suelen aparecer en el escenario revolucionario, pero siempre instigadas y lideradas por profesionales de clase media que usan a la multitud que pasa hambre de aliada en su guerra particular contra el rey y la corte. Las ideas fundamentales de la Revolución francesa tomaron forma en unas pocas mentes brillantes y fueron introducidas, al principio, en los esplendorosos salones del Antiguo Régimen para entretener a las damas y a los caballeros cortesanos de su majestad, que se

aburrían soberanamente. Aquella gente inconsciente jugó con los fuegos artificiales de la crítica social hasta que una chispa se introdujo en una de las grietas del suelo de madera, viejo y carcomido como el resto del edificio. Llegó hasta el sótano, donde la basura se acumulaba caóticamente desde tiempos inmemorables, y prendió. Entonces alguien gritó «¡fuego!». Pero el dueño del edificio, que nunca se había interesado por el estado de su propiedad, no supo cómo apagar las llamas. El fuego se extendió rápidamente y el edificio se quemó por completo en el incendio que llamamos Revolución francesa.

Para explicar qué sucedió, resulta práctico dividir la Revolución en dos períodos. En el primero, que va de 1789 a 1791, se produjo una tentativa más o menos ordenada y pacífica de introducir una monarquía constitucional. Pero no tuvo éxito, por un lado debido a la falta de confianza y a la estupidez del propio monarca, y por otro a consecuencia de circunstancias que nadie podía controlar.

De 1792 a 1799 se instauró la república y hubo un primer intento de establecer un Gobierno democrático. El estallido de la violencia fue provocado por los numerosos años de agitación y los propósitos sinceros pero infructuosos de reforma.

Cuando Francia llegó a tener una deuda de cuatro billones de francos, tenía las arcas permanentemente vacías y ya no quedaba una sola cosa sobre la que no se hubiera gravado un impuesto, incluso el rey Luis XVI —que era un cerrajero experto y un gran cazador, pero un pésimo dirigente— creyó que había que hacer algo para remediar la situación. Así que llamó a Turgot y lo nombró

ministro de Economía. Anne Robert Jaques Turgot, barón de Eaulne, un hombre de sesenta y pocos años, espléndido representante de la casi extinguida clase de terratenientes, había gobernado una provincia con gran habilidad y era un economista político *amateur* de gran valía. Turgot hizo lo que pudo, pero no se le podían pedir milagros. Como ya no era posible exprimir más a los campesinos, propuso que los fondos necesarios se obtuvieran de la nobleza y el clero, quienes nunca habían pagado un céntimo. Esta sugerencia lo convirtió en el hombre más odiado de la corte de Versalles. Además se ganó la enemistad de la reina María Antonieta, que detestaba a cualquiera que osase mencionar la palabra «ahorro» en su presencia. Turgot pronto se convirtió en un «visionario» y en un «teórico» y, por supuesto, su situación se hizo insostenible. En 1776 fue obligado a dimitir.

Después del «teórico» llegó el «práctico» hombre de negocios. Se trataba de un suizo laborioso, llamado Necker, que se había hecho rico comerciando con grano y participando en una sociedad bancaria internacional. Su ambiciosa esposa lo había empujado a acercarse al Gobierno para relacionar con lo más selecto a su hija Germaine, quien al casarse con el embajador sueco en París, el barón de Staël, tomó el nombre de Madame de Staël y acabó siendo una figura literaria muy importante de principios del siglo XIX.

Necker se dispuso a trabajar con el mismo entusiasmo que su predecesor. En 1781 hizo público un estudio de las finanzas francesas. El rey no entendió nada de lo que ponía en el documento. Acababa de enviar tropas a América para ayudar a los colonos en la

lucha contra su enemigo común, Inglaterra. La expedición resultó ser mucho más cara de lo previsto y pidió a Necker que lo proveyera de fondos. Pero, en vez de darle el dinero que pedía, Necker salió con más números y estadísticas y empezó a usar la palabra maldita: «ahorro». Tenía los días contados. En 1781 lo echaron por incompetente.

Tras el visionario teórico y el práctico hombre de negocios llegó el financiero encantador, que prometía unos intereses del cien por cien a todo el que confiara en su sistema infalible. Se llamaba Charles Alexandre de Calonne y era un funcionario ambicioso, que había escalado puestos gracias a su capacidad de trabajo y su falta total de honradez y escrúpulos. Calonne, que se encontró con un país verdaderamente endeudado, era un tipo inteligente y encontró el remedio. Pidió un nuevo préstamo para pagar la deuda. El método, que no es nuevo, siempre ha tenido consecuencias desastrosas. En menos de tres años, aquel ministro de Finanzas cautivador, que nunca se preocupaba por nada y que firmaba con una sonrisa todas las peticiones de dinero que le hacían su majestad y su preciosa reina, una mujer que había aprendido a derrochar durante su juventud en la corte de Viena, consiguió aumentar la deuda del Estado en más de ochocientos millones de francos.

Al final, incluso el Parlamento de París, que no era un cuerpo legislativo sino un alto tribunal de justicia, a pesar de que siempre había sido totalmente leal al soberano, decidió que aquello no podía seguir así. Calonne quería un nuevo préstamo de 80 millones de francos. Aquel año, la cosecha había sido muy mala y en el campo

reinaba la miseria y el hambre. O se ponía remedio a la situación, o Francia iría a la quiebra. Como siempre, el rey no se percataba de la gravedad de la situación. ¿No sería buena idea consultar a los representantes del pueblo? Los Estados Generales no se habían reunido desde 1614 y, en vistas de la situación de pánico general, parecía que había llegado el momento. Pero el rey, que era un indeciso, se negó a ir tan lejos.

Para acallar el clamor popular, en 1787, Luis XVI decidió convocar a la Asamblea de Notables. Las mejores familias del país se reunieron para discutir lo que se debía y lo que no se debía hacer, pero es evidente que no iban a decidir acabar con aquel privilegio feudal y clerical por el cual estaban exentos de impuestos. No puede esperarse que una clase social cometa un suicidio político y económico en beneficio de otro grupo social. Los ciento veintisiete notables se negaron obstinadamente a ceder una sola de sus antiguas prerrogativas. La gente que estaba en la calle empezaba a estar cansada de esta situación y pidió que Necker, en quien confiaban, volviera al cargo. Los notables dijeron «no». El pueblo perdió los estribos y comenzó a romper las ventanas del edificio y a destrozarlo todo. Los notables huyeron despavoridos. Calonne fue cesado.

El rey nombró a un nuevo ministro de Finanzas, el insípido cardenal Loménie de Brienne y, bajo las amenazas de sus súbditos hambrientos, consintió convocar los Estados Generales «tan pronto como fuera posible». Evidentemente, aquella vaga promesa no satisfizo a nadie.

En casi un siglo no se había pasado un invierno tan cruel como el de aquel año. Las cosechas que no se habían inundado se habían congelado por el frío. Todos los olivos de la región de Provenza habían muerto. Las organizaciones de caridad intentaron aliviar la situación, pero dieciocho millones de hambrientos eran muchos. En todas partes hubo revueltas. Una generación atrás, el ejército las habría aplastado. Sin embargo, el trabajo de la nueva escuela filosófica había empezado a dar frutos. La gente empezó a entender que las armas no alivian el hambre, así que el rey ya no podía confiar en los soldados que procedían del pueblo. Debía hacer algo con urgencia para recuperar el afecto de su gente, pero volvió a titubear.

Pronto las provincias quedaron salpicadas de pequeñas repúblicas independientes, fundadas por los seguidores de la nueva escuela. Las clases medias gritaban aquello de «no habrá impuestos sin representación (que fue el eslogan de los rebeldes norteamericanos un cuarto de siglo antes)». Francia estaba al borde de la anarquía. Para apaciguar a la gente y aumentar la popularidad del rey, el Gobierno anuló la estricta censura que recaía sobre los libros. Acto seguido, Francia quedó inundada en ríos de tinta. Todo el mundo, del más feo al más guapo, criticó y fue criticado. Se publicaron más de doscientos panfletos. Loménie de Brienne fue arrastrado por una ola de acusaciones. Necker volvió para intentar aplacar la agitación nacional. Inmediatamente, el mercado de valores subió un treinta por ciento. La gente se tranquilizó. La reunión de los Estados Generales ya tenía fecha: mayo de 1789 y, entonces, la sabiduría

nacional solucionaría rápidamente el difícil problema de reconvertir Francia en un Estado saludable y alegre.

La idea de que uniendo el conocimiento de todo el mundo se podrían solucionar los problemas resultó ser desastrosamente errónea. Imposibilitó el esfuerzo personal en unos meses trascendentales. En vez de tomar las riendas del Gobierno en aquel momento tan crítico, Necker permitió que todo fuese a la deriva. Así que volvió a estallar el violento debate sobre cuál era la mejor manera de reformar Francia. El poder de la policía se debilitó por doquier. El pueblo de París, instigado por agitadores profesionales, poco a poco descubrió su fuerza y empezó a tomar el talante que lo caracterizaría durante los años de incertidumbre, en que desempeñó el papel de fuerza bruta en manos de los verdaderos líderes de la Revolución francesa que aprovechaban la ocasión para conseguir todo lo que no podían obtener de manera legítima.

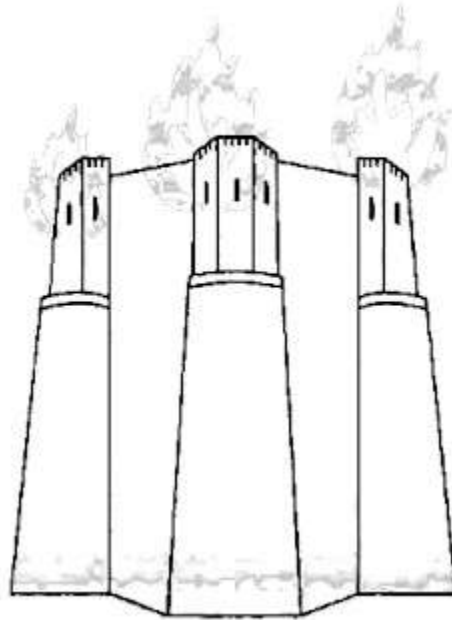
Para contentar a los campesinos y a la clase media, Necker decidió que tendrían doble representación en los Estados Generales. Sobre este asunto, el abate Sieyès escribió un famoso panfleto, *¿Qué es el Tercer Estado ?* en el cual llegaba a la conclusión de que el Tercer Estado (el nombre dado a la clase media) lo tenía que ser todo en los Estados Generales, de que hasta el momento no había sido nada y de que ahora deseaba ser algo. Así expresó el sentimiento de la mayoría de la gente que quería de corazón lo mejor para el país.

Finalmente, las elecciones se celebraron en las peores condiciones imaginables. Al acabar, trescientos ocho clérigos, doscientos ochenta y cinco nobles y seiscientos veintiún representantes del

Tercer Estado hicieron las maletas y se fueron a Versalles. Los representantes del Tercer Estado llevaban más baúles que nadie, unos baúles repletos de unos informes voluminosos llamados *cabiers*, que recogían todas las quejas y los abusos sufridos por sus votantes. El acto final, que acabaría con la liberación de Francia, estaba a punto de empezar.

Los Estados Generales se reunieron el 5 de mayo de 1789. El rey estaba de mal humor. El clero y la nobleza hicieron saber que no pensaban renunciar a ninguno de sus privilegios. El rey ordenó que los tres grupos se reunieran en salas diferentes y discutieran sus problemas por separado. El Tercer Estado se negó a obedecer el mandato real. A tal efecto, hicieron un juramento solemne en una hacinada corte arreglada raudamente para aquella reunión ilegal el 20 de junio de 1789. Acordaron que clero, nobleza y Tercer Estado se debían reunir y así se lo comunicaron a su majestad. El rey cedió.

Los Estados Generales, convertidos en Asamblea constituyente, empezaron a debatir sobre la situación de la nación. El rey se enfadó. Luego volvió a vacilar. Anunció que nunca renunciaría a su poder absoluto. Entonces se fue a cazar, se olvidó por completo de los problemas del Estado y, cuando volvió de caza, cedió. Y es que ya era un hábito real tomar una decisión acertada en un mal momento y de mala manera. Cuando los representantes del pueblo le reclamaban A, el rey los increpaba y no les daba nada. Después, cuando el palacio estaba rodeado de una multitud enfurecida, el rey se rendía y daba a sus súbditos lo que le habían pedido.



La Batilla

Pero a esas alturas la gente, además de A, quería B. Se repetía la comedia. Cuando el rey firmaba el decreto real que otorgaba a sus queridos súbditos A y B, ya era tarde y la gente lo estaba amenazando con matar a la familia real al completo si no les concedía A, más B, más C. Y así sucesivamente hasta que se le acabó el alfabeto y llegó al patíbulo.

Desgraciadamente, el rey siempre iba una letra por detrás y nunca entendió nada. Puso la cabeza en la guillotina pensando que habían abusado de su buena fe y que había recibido un trato pésimo del pueblo al que había amado todo lo que dentro de sus posibilidades podía.

Como ya os he dicho varias veces, hacer conjeturas históricas no sirve de nada. Es muy fácil decir que la monarquía se habría

salvado si Luis XVI hubiera sido un hombre más enérgico y menos bonachón. Pero el rey no estaba solo. Incluso, si hubiera tenido la fuerza bruta de Napoleón, su carrera podría haber sido arruinada fácilmente por su esposa, que era hija de María Teresa de Austria y poseía todas las virtudes y los defectos de una muchacha que ha crecido en la corte más medieval y autocrática de la época.

María Antonieta decidió que había que reaccionar y planeó una contrarrevolución. Los contrarrevolucionarios ordenaron el cese de Necker y convocaron a las tropas leales en París. Cuando el pueblo se enteró de aquello, tomó la fortaleza de la Bastilla, donde había una cárcel, y el 14 de julio de 1789 destruyó aquel odiado símbolo del poder autocrático de los Borbones que hacía mucho tiempo que ya no alojaba prisioneros políticos sino ladronzuelos y gente de mala calaña. Casi todos los nobles se dieron por aludidos y huyeron del país. Pero el rey, como siempre, no hizo nada. Mientras sus súbditos tomaban la Bastilla, él estaba de caza, había matado unos cuantos ciervos y se sentía satisfecho.

La Asamblea constituyente se puso a trabajar y el 4 de agosto, en medio del caos que había en París, abolió todos los privilegios. El 27 de agosto aprobó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, el famoso preámbulo a la primera Constitución francesa. Y a todo esto, la corte aún no había aprendido la lección. Se había extendido el rumor de que el rey intentaba interferir en las reformas y, en consecuencia, el 5 de octubre hubo otra revuelta en París. Los disturbios llegaron hasta Versalles y la gente no paró hasta que consiguió llevar al rey a su palacio de París. No se fiaban

de lo que pudiera hacer en Versalles, querían tenerlo donde pudieran verlo y controlar la correspondencia que mantenía con sus familiares de Viena, Madrid y otras cortes europeas.

Mientras tanto, en la Asamblea, Mirabeau, un noble que lideraba el Tercer Estado, empezaba a poner orden. Su intención era crear una monarquía parlamentaria, pero murió el 2 de abril de 1791 antes de poder salvar al rey. Luis XVI, que ahora ya temía por su vida, intentó huir el 21 de junio de aquel año. Cerca de la ciudad de Varennes fue interceptado por unos miembros de la Guardia Nacional, que lo reconocieron porque su cara aparecía en las monedas, y lo enviaron de vuelta a París.

En septiembre de 1791, la Asamblea constituyente aprobó la primera Constitución francesa y se disolvió. El 1 de octubre se formó la Asamblea legislativa para continuar el trabajo iniciado por la Asamblea constituyente. En aquella asamblea de representantes populares había muchos revolucionarios extremistas. Los más exaltados eran conocidos con el nombre de jacobinos, porque se reunían en un antiguo convento en la calle San Jacobo. Aquellos jóvenes (la mayoría de los cuales procedían de familias de profesionales liberales) tenían un discurso muy violento y, cuando los periódicos llevaron sus frases a Berlín y a Viena, el rey de Prusia y el emperador germánico decidieron que tenían que hacer algo para salvar a sus hermanos, los reyes de Francia. En aquel momento estaban muy ocupados repartiendo el Reino de Polonia, donde grupos políticos rivales habían causado tal caos que el país estaba a

merced de cualquiera que quisiera llevarse un par de provincias. Pero, incluso así, enviaron un ejército a Francia para liberar al rey. Al saber aquello, el pánico se extendió por el país e hizo estallar el odio acumulado de años de hambre y sufrimiento. El pueblo de París corrió hacia el palacio de Tullerías. Los fieles guardias suizos intentaron defender a su señor, pero Luis XVI, incapaz de decidirse a tiempo, dio la orden de «alto el fuego» justo cuando la muchedumbre se retiraba. La gente, embriagada de sangre, ruido y vino barato, asesinó hasta el último guardia suizo y luego invadió el palacio para ir en busca del rey, que para escaparse se coló en la reunión de la Asamblea, donde lo suspendieron inmediatamente del cargo y de allí fue llevado prisionero al viejo monasterio del Temple. Los ejércitos de Austria y Prusia continuaban avanzando y del pánico se pasó a la histeria que convirtió a hombres y mujeres en bestias salvajes. La primera semana de septiembre de 1792, la muchedumbre invadió las cárceles y asesinó a todos los prisioneros. El Gobierno no intervino. Los jacobinos, capitaneados por Danton, se dieron cuenta de que en aquella crisis estaba el éxito o el fracaso de la Revolución francesa y de que sólo una audacia brutal podía salvarlos. El 21 de septiembre se disolvió la Asamblea legislativa y se creó la Convención Nacional. Era un cuerpo compuesto casi exclusivamente de revolucionarios extremistas. El rey fue acusado de alta traición y fue llevado ante la Convención. Fue declarado culpable por 361 votos a favor y 360 en contra —el voto de diferencia lo emitió su primo, el duque de Orleans—y fue condenado a muerte. El 21 de enero de 1793 subió al patíbulo en silencio y con

mucha dignidad. Nunca llegó a entender de qué iba todo aquel revuelo. Y era demasiado orgulloso como para preguntar.

Entonces los jacobinos se volvieron en contra de la fracción más moderada de la Convención, la de los girondinos, llamada así porque la mayoría de sus componentes procedía del distrito de Gironda, en el suroeste de Francia. Se instituyó un Tribunal Revolucionario especial que condenó a veintiún líderes girondinos a la pena capital. Los demás se suicidaron. Eran personas capaces y honradas, pero demasiado filosóficas y moderadas para sobrevivir a aquella época de terror.

En octubre de 1793, los jacobinos suspendieron la Constitución «hasta que se declarara la paz». El poder se puso en manos de un reducido Comité de Salvación Pública, cuyos líderes eran Danton y Robespierre. El cristianismo y el antiguo calendario cristiano quedaron abolidos. Había llegado el siglo de la razón —sobre el que había escrito muy elocuentemente Thomas Paine durante la guerra de Independencia norteamericana—, así como el reino del terror en el que todos los días se guillotinaba a gente buena, a gente mala y a gente que nada tenía que ver con aquello.

Francia había acabado con el régimen autocrático del rey y cayó en manos de la tiranía de unas personas que sentían una pasión tan fuerte por la democracia que se veían obligadas a matar a todos los que no estaban de acuerdo con ellas. Francia se convirtió en un matadero. Todo el mundo sospechaba de todo el mundo. Nadie se sentía seguro. Del miedo que tenían, unos pocos miembros de la antigua Convención, que sabían que eran los próximos candidatos

al patíbulo, finalmente se rebelaron contra Robespierre, que ya había decapitado a casi todos sus antiguos colegas. Robespierre, el único «demócrata auténtico y puro», intentó suicidarse, pero no lo consiguió. Sin perder tiempo, le vendaron la cara para que no le cayera la mandíbula que se había roto y lo arrastraron hacia la guillotina. El 27 de julio de 1794 (9 de termidor del año II, según la extraña cronología de la Revolución) finalizó el reino del terror y todo París bailó de la alegría.

Sin embargo, la situación en Francia seguía siendo muy inestable y era necesario que el Gobierno recayera en unos pocos hombres fuertes hasta que los muchos enemigos de la Revolución francesa fueran expulsados del país. Mientras el ejército revolucionario, mal vestido y mal alimentado, luchaba desesperadamente en el Rin, en Italia, Bélgica y Egipto y derrotaba a todos los enemigos de la Revolución, se nombró un Directorio, compuesto de cinco directores, que dirigieron Francia durante cuatro años. Luego el poder se adjudicó a un general triunfante llamado Napoleón Bonaparte, que se convirtió en primer cónsul de Francia en 1799. Durante los siguientes quince años, el viejo continente europeo se convirtió en un laboratorio de una serie de experimentos políticos nunca vistos hasta entonces.

Capítulo 53

Napoleón

En menos de veinte años ganó más batallas, anduvo más kilómetros, conquistó más territorios que ningún otro hombre

Napoleón nació en 1769. Era el tercer hijo de Carlo María Bonaparte, un honrado notario de la ciudad de Ajaccio, en la isla de Córcega, y su buena mujer, Letizia Ramolino. Así que Napoleón no era francés, sino italiano. La isla del Mediterráneo en que nació (que había sido colonia griega, cartaginesa y romana) llevaba años luchando por la independencia, primero de los genoveses, y, a partir de mediados del siglo XVIII, de los franceses, que muy amablemente se habían ofrecido a ayudar a los corsos a liberarse de Génova y acto seguido invadieron la isla.

Durante los primeros veinte años de su vida, el joven Napoleón combatió por la causa corsa —podríamos decir que era un «independentista» corso— con la esperanza de liberar a su querido país del yugo del odiado enemigo francés. Pero, sorprendentemente, la Revolución francesa había reconocido los derechos de los corsos y Napoleón, que había recibido una buena formación en la Escuela Militar de Brienne, poco a poco empezó a entrar al servicio de su país adoptivo. Aunque nunca aprendió a escribir bien el francés y lo hablaba con un fuerte acento italiano, se hizo francés a todos los efectos. Con el tiempo se convirtió en el mayor exponente de las virtudes francesas y hoy se le considera un símbolo del genio galo.

Sin duda, Napoleón fue un hombre rápido. En menos de veinte años luchó en más guerras, ganó más batallas, anduvo más kilómetros, conquistó más territorio, mató a más gente, hizo más reformas y en general perturbó más a Europa que ningún otro hombre (incluidos Alejandro Magno y Gengis Khan).

Era un tipo bajito que, durante los primeros años de su vida, no gozó de buena salud. No impresionaba por su belleza y en las reuniones sociales siempre fue un poco patoso. Al nacer, no tuvo ninguna ventaja ni de cuna ni de fortuna. Al contrario, fue muy pobre durante la mayor parte de su juventud, a menudo pasó hambre y se vio obligado a ganar dinero de las maneras más curiosas.

Como genio literario no prometía mucho. Una vez se presentó a un concurso en la Academia de Lyon y su ensayo quedó prácticamente el último, en el puesto número 15 de 16 candidatos. Pero venció todas aquellas dificultades gracias a que creía firmemente en su destino y en que le esperaba un futuro glorioso. La ambición fue el principal motor de su vida. Su egoísmo, la adoración que sentía por la letra *N* con que firmaba todos los documentos y que hacía poner en todos los ornamentos de los palacios que construyó y la determinación a hacer que el nombre de Napoleón llegara a la altura del de Dios lo llevaron a la cima más alta de una fama que ningún otro hombre jamás alcanzó.

Cuando era teniente, el joven Bonaparte leyó con gran afición *Vidas paralelas*, de Plutarco, el historiador griego. Sin embargo, nunca pretendió actuar con la firmeza moral de aquellos héroes antiguos.

Parece ser que no sentía consideración hacia sus semejantes, el sentimiento que diferencia a los seres humanos de los animales. Sería difícil corroborar si alguna vez amó a alguien además de a sí mismo. A su madre nunca le alzó la voz, pero es que Letizia tenía el aire y las maneras de una gran señora y, al más puro estilo de las madres italianas, sabía cómo controlar a sus hijos y hacerse respetar. Durante unos años estuvo enamorado de Josefina, su guapa esposa mestiza, hija de un oficial francés de la Martinica y viuda del vizconde de Beauharnais, que Robespierre había ejecutado por perder una batalla contra los prusianos. Pero el emperador se divorció de ella porque no le daba un heredero y se casó con la hija del archiduque de Austria, lo cual le pareció más conveniente.

Mientras tenía lugar el asedio de Toulon, en el que ganó gran fama como general de infantería, Napoleón estudió a Maquiavelo y luego siguió su consejo de no mantener las promesas cuando le conviniera romperlas. La palabra «gratitud» no existía en su vocabulario. Claro que, para ser justos, tampoco esperaba que los demás lo fueran. Sentía total indiferencia por el sufrimiento humano. Ejecutó a prisioneros de guerra (en 1798, en Egipto) a los que había prometido salvar la vida y dejó que mataran con cloroformo a los soldados franceses que habían caído heridos en Siria al enterarse de que no se los podía transportar a los barcos. Ordenó que un tribunal militar condenara a muerte al duque de Enghien y lo ejecutaran en contra de la ley sólo porque «los Borbones necesitaban una advertencia». Decretó que todos los soldados alemanes que cayeran prisioneros luchando por la

independencia de su país fueran ejecutados contra el muro más cercano, así que, cuando capturó a Andreas Hofer, el héroe tirolés que había ofrecido una resistencia heroica, lo hizo ejecutar como a un traidor cualquiera.

En definitiva, que al estudiar el carácter del emperador, uno empieza a entender a aquellas ansiosas madres británicas que intentaban asustar a sus hijos cuando no hacían caso diciéndoles: «Si no te portas bien, Napoleón, que come niños malos para desayunar, vendrá y te llevará». Pero, a pesar de haber dicho todas estas cosas terribles sobre aquel extraño tirano que cuidaba a todos y cada uno de los regimientos de su ejército con gran mimo, aunque no se preocupara de proveerlos de asistencia médica y que arruinaba sus uniformes con colonia porque no soportaba el olor de sus pobres soldados sudados, a pesar de haber dicho todo esto y de que podría añadir muchos detalles desagradables más, tengo un vago sentimiento de duda.

Aquí estoy, sentado cómodamente ante una mesa repleta de libros, con un ojo puesto en la máquina de escribir y el otro en *Licorice*, mi gato, que siente pasión por el papel de copia, contando que Napoleón era una persona despreciable. Sin embargo, si ahora mirara por la ventana hacia la Séptima Avenida, y la interminable procesión de coches y camiones se detuviera de repente, oyera los potentes tambores y viera a aquel hombre pequeño montado sobre su caballo blanco y vestido con aquel uniforme verde gastado, no estoy seguro, pero creo que dejaría los libros, el gatito, mi casa y todo lo que tengo para seguirlo dondequiera que fuese. Eso es lo que

hizo mi abuelo, y Dios sabe que no tenía madera de héroe. Millones de personas como mi abuelo actuaron igual. No recibieron recompensa alguna, pero tampoco la pedían. Dieron sus piernas, sus brazos y sus vidas alegremente para servir a aquel extranjero que se los llevó a miles de kilómetros de casa y los hizo marchar contra una barrera de cañones rusos, ingleses, españoles, italianos o austríacos y morir en agonía mientras él miraba hacia el horizonte en silencio.

Me pediréis que os dé una explicación y debo confesar que no la tengo. Sólo puedo suponer uno de los motivos. Napoleón era el mejor actor del mundo y Europa entera era su teatro. En todo momento y en todo lugar sabía qué hacer y qué decir para impresionar profundamente a sus espectadores. Daba igual que hablase en el desierto egipcio, ante la Esfinge y las Pirámides, o que se dirigiese a los soldados que temblaban de frío en las llanuras húmedas de rocío en Italia. Nunca perdía el control de la situación. Incluso, cuando se acercaba el final, exiliado en una roca en medio del Atlántico, enfermo y a merced de un gobernador británico intolerable, el escenario seguía siendo suyo.

Sólo unos pocos amigos de confianza vieron al emperador tras la derrota de Waterloo. Los europeos sabían que estaba en la isla de Santa Elena, sabían que estaba vigilado por un regimiento de soldados británicos, sabían que la flota británica controlaba al regimiento que custodiaba al emperador que estaba en una granja de Longwood. Pero tanto aliados como enemigos lo tenían siempre presente. Cuando finalmente murió enfermo y sin esperanzas, sus

ojos silenciosos continuaron persiguiendo al mundo. Su figura seguía influyendo en Francia cien años después de que la gente hubiera dejado de desmayarse al ver a aquel hombre de aspecto enfermizo, que había usado los templos más sagrados del Kremlin ruso de establos y que trataba al Papa y a todos los potentados de la época como si fueran sus lacayos.

Para contaros su vida a grandes rasgos, necesitaría un par de libros. Para explicaros la gran reforma política que hizo en Francia, las leyes y los códigos que aprobó, y que adoptaron la mayoría de países europeos, así como sus actividades en todos los campos de la vida pública, necesitaría más de mil páginas. En cambio, os puedo explicar en unas pocas palabras por qué triunfó en la primera parte de su vida y por qué fracasó en los últimos diez años. Desde 1789 a 1804, Napoleón fue el gran líder de la Revolución francesa. No luchaba por su gloria personal. Derrotó a Austria, a Italia, a Gran Bretaña y a Rusia porque sus soldados y él eran los apóstoles del nuevo credo de la «libertad, igualdad y fraternidad»: eran enemigos de las cortes reales y eran amigos del pueblo.

Pero, en 1804, Napoleón se proclamó a sí mismo emperador de los franceses e hizo llamar al papa Pío VII para que asistiese a la ceremonia y lo coronase, recordando el acto en que León III había coronado en el año 800 a aquel otro gran soberano de los francos, Carlomagno, cuyo ejemplo estaba siempre presente en la mente de Napoleón.

Una vez en el trono, el antiguo jefe revolucionario se convirtió en una vulgar imitación de un monarca de la familia de los Habsburgo.

Se olvidó de sus orígenes espirituales, el club político de los jacobinos. Dejó de ser el defensor de los oprimidos. Pasó a ser el cabecilla de los opresores y mantuvo a sus batallones de ejecución listos para matar a cualquiera que se opusiera a sus deseos imperiales. Nadie derramó una lágrima cuando en 1806 envió los patéticos restos del Sacro Imperio romano germánico a la papelera de la historia ni cuando destruyó la última reliquia de la antigua gloria romana, él que era nieto de un campesino italiano. Pero, en el momento en que las tropas napoleónicas invadieron España, obligaron a los españoles a reconocer a un rey que detestaban y dispararon contra los pobres madrileños que seguían siendo fieles a sus antiguos dirigentes, la opinión pública se volvió en contra del héroe de Marengo, Austerlitz y otras 100 batallas revolucionarias. Entonces, y sólo entonces, cuando Napoleón ya no era el héroe del pueblo sino la personificación de todos los defectos del Antiguo Régimen, fue posible que Gran Bretaña canalizase el sentimiento de odio que se extendía rápidamente y que hizo que todas las personas honradas se volvieran enemigas de Napoleón.

El pueblo británico se había horrorizado al leer en los periódicos los acontecimientos espeluznantes del reino del terror. Ellos habían hecho su revolución un siglo antes, durante el reinado de Carlos I, y había sido un juego de niños en comparación con la sublevación de París. A los ojos de la mayoría de los británicos, un jacobino era un monstruo al que había que disparar y Napoleón era el diablo mayor. La flota británica tenía a Francia bloqueada desde 1798. Arruinó los planes de Napoleón de invadir India a través de Egipto y lo obligó a

retirarse vergonzosamente tras sus victorias en el Nilo. Finalmente, en 1805, a Gran Bretaña se le presentó la ocasión que tanto esperaba.

Cerca del cabo de Trafalgar, en la costa del suroeste de España, el almirante Nelson acabó para siempre con la flota napoleónica. A partir de aquel momento, el emperador se quedó sin salida al mar. Aun así podría haber seguido gobernando el continente entero si hubiera entendido que los tiempos habían cambiado y hubiese aceptado la honrosa paz que le ofrecían. Pero Napoleón estaba cegado por los destellos de su propia gloria. No estaba dispuesto a reconocer iguales. No podía tolerar rivales. Y dirigió su rabia contra Rusia, la misteriosa tierra de las estepas interminables con su reserva inagotable de carne de cañón.

Mientras Rusia estuvo en manos de Pablo I, el hijo loco de Catalina *la Grande*, Napoleón había sabido controlar la situación. Pero Pablo I se hizo cada vez más irresponsable y, al final, sus exasperados súbditos se vieron obligados a asesinarlo —porque no querían acabar todos en las minas de plomo de Siberia—, y el hijo de Pablo I, el zar Alejandro, no compartía el afecto de su padre por aquel usurpador al que consideraba enemigo de la humanidad y amenazador eterno de la paz. Alejandro I era un hombre piadoso que creía que Dios lo había escogido para liberar al mundo de la maldición corsa. De modo que se alió con Prusia, Gran Bretaña y Austria. Fue derrotado. Lo intentó cinco veces, y las cinco falló. En 1812 volvió a desafiar a Napoleón, y el emperador francés, en un ataque de furia, juró que tomaría Moscú. Entonces convocó a sus

regimientos, que, desde lo largo y ancho de toda Europa, desde España, Alemania, Holanda, Italia y Portugal, se dirigieron hacia el norte a regañadientes para vengar debidamente el orgullo herido del gran emperador francés.

El resto de la historia es de sobras conocido. Tras una marcha de dos meses, Napoleón llegó a la capital rusa y estableció su cuartel general en el sagrado Kremlin. La noche del 15 de septiembre de 1812, Moscú ardió. El fuego duró cuatro largos días. Al atardecer del quinto día, Napoleón dio la orden de retirada. Dos semanas más tarde empezó a nevar. Su ejército caminó penosamente por el barro y el hielo hasta que llegó al río Bereziná el 26 de noviembre. Entonces los rusos atacaron. Los cosacos se lanzaron sobre la Grande Armée, que ya no era un ejército organizado. A mediados de diciembre se empezaron a ver los primeros supervivientes de la batalla en las ciudades del este de Alemania.

Empezó a extenderse el rumor de que iba a producirse una revuelta inminente. «Ha llegado la hora de que nos liberemos de este yugo insoportable», decían los europeos. Y desempolvaban las escopetas que habían escapado a los omnipresentes espías franceses. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, Napoleón estaba de vuelta con un nuevo ejército. Había abandonado a sus soldados en Rusia y había vuelto a París a toda prisa en un pequeño trineo. Allí había pedido más tropas para defender el suelo sagrado de Francia de la invasión extranjera.

Partió hacia el este para enfrentarse a los aliados al mando de un ejército de muchachos de dieciséis y diecisiete años. Entre el 16 y

19 de octubre tuvo lugar la terrible batalla de Leipzig, en la que niños vestidos de verde lucharon contra niños vestidos de azul hasta que el río Elster se tiñó de rojo. Finalmente, la infantería rusa rompió las filas francesas y Napoleón huyó.

Volvió a París. Abdicó en su hijo pequeño, pero los aliados impusieron en el trono a Luis XVIII, hermano del último rey, Luis XVI. Rodeado de cosacos y ulanos, el príncipe Borbón de ojos tristes hizo su entrada triunfal en París.

Napoleón fue nombrado soberano de una pequeña isla del Mediterráneo llamada Elba, donde formó un pequeño ejército de mozos de cuadra y libró batallas sobre el tablero de ajedrez.

Pero nada más dejar Francia, la gente se empezó a dar cuenta de lo que había perdido. Los últimos veinte años, aunque costosos, les habían comportado gran gloria. París había sido la capital del mundo. El gordo rey Borbón, que en el exilio no había aprendido nada y tampoco había olvidado nada, disgustaba a todos por su indolencia.

El 1 de marzo de 1815, cuando los representantes de los aliados reconstruían el mapa europeo, Napoleón desembarcó repentinamente cerca de Cannes. En menos de una semana, los soldados franceses habían abandonado a los Borbones y habían corrido hacia el sur a ofrecer sus espadas y sus bayonetas al «pequeño caporal». Napoleón fue directamente a París y llegó el 20 de marzo. Esta vez actuó con más precaución. Ofreció paz, pero los aliados querían guerra. Toda Europa se alzó contra aquel «pérfido corso». El emperador se dirigió hacia el norte para acabar con sus

enemigos antes de que éstos unieran fuerzas. Pero Napoleón ya no era el mismo. Se sentía enfermo. Se cansaba con facilidad. Se quedaba dormido cuando debía estar despierto dirigiendo el ataque de la avanzadilla. Además, echaba de menos a aquellos generales fieles que siempre lo habían acompañado. Ahora estaban muertos. A principios de junio llegó con su ejército a Bélgica. El día 16 de junio derrotó a los prusianos comandados por Blücher. Pero el oficial encargado de aniquilar a las tropas prusianas en retirada cometió un error y no lo consiguió.

Dos días después, el domingo 18 de junio, Napoleón se enfrentó a las tropas de Wellington cerca de Waterloo. A las dos de la tarde parecía que los franceses iban a ganar la batalla. A las tres apareció una nube de polvo al este del horizonte. Napoleón pensó que era su caballería y que los ingleses iban a caer derrotados estrepitosamente. A las cuatro se dio cuenta de su error. Blücher, al mando de unas tropas exhaustas, se dirigía hacia el corazón de la batalla y consiguió romper las filas francesas. Napoleón no tenía más reservas. Dijo a sus hombres que se salvaran como pudieran y huyó.

Abdicó por segunda vez en su hijo. Cien días después de haber escapado de Elba, ya estaba huyendo de nuevo hacia la costa. Pretendía refugiarse en América. En 1803 había vendido por cuatro céntimos la colonia francesa de Louisiana —que corría un peligro inminente de ser conquistada por los británicos— a la joven Confederación de Estados Norteamericanos. Así que Napoleón pensó que los norteamericanos le estarían agradecidos y le darían un poco

de tierra para hacerse una casa y poder pasar el resto de sus días en paz. Pero la flota británica vigilaba todos los puertos franceses. Atrapado entre las tropas de los aliados y los navíos de los británicos, no tenía elección. Los prusianos le pegarían un tiro. Los británicos quizá serían más generosos. Estuvo esperando en Rochefort a que pasara algo. Un mes después de Waterloo, recibió órdenes del nuevo Gobierno francés de abandonar el país en veinticuatro horas. Napoleón, que siempre fue muy trágico, escribió una carta al príncipe regente de Gran Bretaña —Jorge III, el rey, estaba en un manicomio— para informar a su alteza real de que «quedaba a merced de sus enemigos y, como Temístocles, buscaba refugio en el hogar de ellos...».

El 15 de julio subió a bordo del *Belerofonte* y se entregó al almirante Hotham. En Plymouth lo transfirieron al *Northumberland*, que lo llevó a la isla de Santa Elena. Allí pasó los últimos siete años de su vida. Intentó escribir sus memorias, se peleó con sus custodios y soñó con los viejos tiempos. Curiosamente, en su imaginación volvió al punto de partida. Pensaba en los días en que luchaba por la Revolución francesa. Intentó convencerse de que siempre había sido fiel al principio de «libertad, igualdad y fraternidad» que los harapientos soldados de la Convención habían llevado hasta los confines de la Tierra. Le gustaba recordarse a sí mismo como general y cónsul. Raramente hablaba del Imperio. A veces pensaba en su hijo, el duque de Reichstadt, la pequeña águila, que vivía en Viena, al que sus primos Habsburgo trataban de «pariente pobre», cuando sus padres habían temblado de miedo sólo de oír mencionar

el nombre de Napoleón. Al llegar su final, estaba conduciendo sus tropas a la victoria. Ordenó a Ney que atacara con la guardia. Y murió.

Si queréis una explicación, si realmente queréis entender cómo es posible que un hombre gobernase a tanta gente durante tantos años por pura fuerza de voluntad, no leáis los libros que se han escrito sobre él. Los autores no fueron objetivos: o lo odiaban o lo adoraban. Aprenderéis muchas cosas, eso sí, pero más que «saber historia», lo importante es «sentir la historia». No es necesario que leáis nada, esperad a escuchar una canción llamada *Los dos granaderos* cantada por un buen artista. La letra de la canción fue escrita por Heine, el gran poeta alemán que vivió en la época de Napoleón. Compuso la música Schumann, un alemán que tuvo la ocasión de ver al emperador francés, enemigo de su país, cada vez que éste iba a ver a su suegro el archiduque de Austria. Por tanto, la canción es obra de dos hombres que tenían amplios motivos para odiar al tirano.

Escuchadla. Entenderéis lo que mil libros no os podrán explicar.

Capítulo 54

La Santa Alianza

Cuando Napoleón quedó confinado en Santa Elena, los dirigentes que tan a menudo habían sido derrotados por el odiado «corso» se reunieron en Viena para intentar deshacer los cambios introducidos por la Revolución francesa

Sus altezas imperiales, sus majestades, sus excelentísimos duques, sus muy honorables y plenipotenciarios ministros, junto a las simples excelencias y sus séquitos de secretarios, sirvientes y chupones, cuyos trabajos habían sido interrumpidos tan rudamente por la repentina vuelta del terrible corso —que ahora se sofocaba bajo el fuerte sol de Santa Elena—, volvieron a ponerse manos a la obra. La victoria se celebró debidamente con cenas, fiestas y bailes en el que el nuevo y muy alarmante vals se bailaba para escándalo de las damas y los caballeros que recordaban el minué del Antiguo Régimen.

Todos ellos habían vivido en el exilio durante más de una generación. Pero el peligro se había desvanecido. Hablaban elocuentemente de lo terrible que había sido su vida y lo mucho que habían sufrido. Y esperaban que los recompensaran por cada céntimo que les habían hecho perder los incalificables jacobinos, quienes habían osado matar a un rey legítimo, habían abolido las pelucas y habían eliminado los calzones de la corte de Versalles para imponer los pantalones mal cosidos propios de las barriadas de París.

Os parecerá ridículo que mencione un detalle tan absurdo como el de los pantalones, pero el Congreso de Viena fue una larga sucesión de absurdos y, durante muchos meses, los delegados estuvieron más preocupados por la cuestión de los calzones y los pantalones que por solucionar el problema de los sajones y los españoles. A su majestad, el rey de Prusia, el asunto lo tenía tan preocupado que llegó al punto de encargar unos calzones en plena reunión para demostrar públicamente cuánto detestaba todo lo que estuviera mínimamente relacionado con la Revolución francesa.

Para no ser menos, otro potentado alemán decretó que todos los impuestos que sus súbditos habían pagado al usurpador francés se los tenían que volver a pagar al legítimo soberano que tanto había amado al pueblo en el lejano exilio mientras estaban a merced del ogro corso. Y como estas tonterías, muchas. Parecía un concurso a ver quién decía el disparate más elocuente y, la verdad, uno se pregunta cómo el pueblo toleraba esa situación tan ridícula. Eso, ¿por qué la toleraba? Porque la gente estaba agotada, desesperada, y ya no le importaba nada, ni quién gobernara, ni cómo lo hiciera, ni desde dónde. Lo único que querían era que hubiese paz; estaban cansados de tanta guerra, de tanta revolución y de tanta reforma.

En la década de los ochenta del siglo anterior habían bailado alrededor del árbol de la libertad. Los príncipes habían abrazado a sus cocineros y las duquesas habían bailado la carmañola con sus lacayos, creyendo realmente que una nueva época de igualdad y fraternidad había llegado al mundo. Pero, en vez de recibir la visita de la diosa de la libertad, los había visitado un comisario de la

Revolución que había alojado a una multitud de soldados sucios en el patio de su casa y les había robado el escudo familiar para poder decir al Gobierno de París que el «pueblo liberado» había acogido con gran entusiasmo la Constitución, que luego los franceses ofrecerían a sus vecinos.

Cuando se enteraron de que la última revuelta revolucionaria de París había sido suprimida por un joven oficial llamado Bonaparte, o Buonaparte, que había dirigido sus armas contra la multitud, respiraron tranquilos. Un poco menos de libertad, igualdad y fraternidad estaba muy bien. Pero, en breve, aquel joven oficial llamado Bonaparte llegó a ser uno de los tres cónsules de la República francesa, luego fue cónsul único y, finalmente, se convirtió en emperador. Como era un dirigente mucho más eficiente que cualquier otro, supo imponer sus designios a sus pobres súbditos. No tuvo piedad con ellos. Reclutó a los hijos de los príncipes para el ejército, a las hijas las casó con sus generales y, en cuanto a los bienes, Bonaparte les robó cuadros y estatuas para enriquecer sus propios museos. Convirtió Europa en un campo de batalla y casi acabó con toda una generación de hombres.

Ahora que Napoleón se había ido, la gente —a excepción de unos pocos militares profesionales— sólo deseaba una cosa: vivir en paz. Se había permitido al pueblo gobernarse por un tiempo y escoger por sufragio a alcaldes, concejales y jueces. El sistema había fracasado estrepitosamente. Los nuevos dirigentes no tenían experiencia y eran extravagantes. Desesperado, el pueblo se doblegó ante los representantes del Antiguo Régimen y les dijo:

«Gobernadnos como siempre habíais hecho. Decidnos qué impuestos os tenemos que pagar y dejadnos en paz. Tenemos mucho trabajo, hemos de reparar el daño provocado por la época de libertad».

Quienes orquestaron el famoso Congreso de Viena hicieron todo lo posible por satisfacer el ansia de paz y tranquilidad del pueblo. El principal resultado del Congreso, la Santa Alianza, convirtió a los policías en los máximos dignatarios del Estado y castigó duramente a aquellos que osasen criticar cualquier disposición gubernamental. Europa consiguió la paz, pero era una paz de cementerio.

Los tres hombres más importantes de Viena fueron el zar Alejandro I de Rusia, Metternich, que representaba los intereses de la dinastía Habsburgo de Austria, y Talleyrand, antiguo obispo de Autun, que había conseguido sobrevivir a todos los cambios políticos en el Gobierno francés, gracias a su astucia e inteligencia, y ahora viajaba a la capital austriaca para salvar lo que pudiera de las ruinas napoleónicas. Como el joven de las quintillas jocosas, que no se daba cuenta de que lo ignoraban, él no había sido invitado a la fiesta, pero fue y comió a dos carrillos como los demás. Pronto se sentó a la cabeza de la mesa, se puso a entretener al personal con sus divertidas historias y se ganó a todo el mundo con el encanto de sus maneras.

Talleyrand no había pasado ni veinticuatro horas en Viena y ya sabía que los aliados estaban divididos en dos bandos. Por un lado estaban Rusia, que quería anexionarse a Polonia, y Prusia, que pretendía quedarse con Sajonia; por el otro estaban Austria e

Inglaterra, que intentaban evitar que esto sucediera porque no les interesaba que Rusia y Prusia fueran tan poderosas. Talleyrand jugó sus cartas con gran habilidad y consiguió abrir más la brecha que separaba a los dos bandos; gracias a sus esfuerzos, el pueblo francés no tuvo que pagar por los diez años de opresión que Europa había sufrido subyugada a los oficiales imperiales. El argumento que utilizó fue que el pueblo no había tenido opción. Napoleón lo había obligado a actuar según sus deseos. En aquel momento, Napoleón ya no estaba, y el trono lo ocupaba Luis XVIII. «Denle una oportunidad», suplicó Talleyrand. Y los aliados, contentos de ver un rey legítimo en el trono de un país revolucionario, accedieron gustosos y dieron una oportunidad a los Borbones, de la que hicieron tan buen uso que no duraron más de quince años.

El segundo hombre que componía el triunvirato era Metternich, canciller austríaco y líder de la política exterior de la casa de Habsburgo. Klemens Wenzel Lothar, príncipe de Metternich-Winneburg, era exactamente lo que su nombre sugiere, un gran señor, un apuesto caballero elegante y educado, inmensamente rico y muy capaz, producto de una sociedad que vivía apartada de un pueblo que trabajaba medio esclavizado en las ciudades y el campo. De joven había estudiado en la Universidad de Estrasburgo, y allí estaba cuando estalló la Revolución francesa. Estrasburgo, la ciudad donde nació *La Marsellesa*, era un centro jacobino. Metternich recordaba que la Revolución había interrumpido su agradable vida social, que un montón de ciudadanos incompetentes había pasado a realizar unas tareas para las que no estaba

preparado, que la muchedumbre había celebrado la llegada de la libertad matando a personas totalmente inocentes... No había visto el entusiasmo sincero de las masas, el destello de esperanza en los ojos de las mujeres y los niños que llevaban pan y agua a las tropas harapientas de la Convención, que cruzaban la ciudad camino al frente para morir gloriosamente por Francia.

La Revolución había horrorizado al joven austríaco. No había sido nada civilizado. Si había que luchar, los combatientes tenían que ser jóvenes encantadores vestidos con uniformes elegantes, que debían cargar contra el enemigo situado al otro lado de un campo verde, montados sobre caballos bien cuidados. Pero aquello de convertir un país entero en un campo de batalla maloliente, en el que los vagabundos se transformaban de la noche a la mañana en generales, le parecía horrible y sin sentido. «Pueden ver qué ha sido de sus bonitas ideas», les decía a los diplomáticos franceses que conocía en las cenas íntimas que organizaba alguno de los innumerables grandes duques de Austria. «Querían libertad, igualdad y fraternidad, pues obtuvieron a Napoleón. Habría sido mucho mejor que se hubieran contentado con el orden establecido de las cosas.» Luego les explicaba su sistema para conseguir la estabilidad. Metternich abogaba por un retorno a la normalidad de los tiempos anteriores a la guerra, cuando todo el mundo era feliz y nadie decía tonterías como que «todos somos iguales». Siempre fue coherente con sus ideas y, al ser un hombre muy capaz, con una gran fuerza de voluntad y un tremendo poder de persuasión, se convirtió en uno de los enemigos más peligrosos de las ideas

revolucionarias. Murió en 1859, así que vivió lo suficiente para ver fracasar su política, que fue arrinconada por la Revolución de 1848. Entonces fue el hombre más odiado de Europa y más de una vez estuvo a punto de ser linchado por una multitud de ciudadanos descontentos. Pero él siguió creyendo que había hecho lo que tenía que hacer hasta el final de sus días.

Siempre estuvo convencido de que el pueblo prefería la paz a la libertad e intentó dar al pueblo lo que quería. Y, para ser justos, hay que decir que sus esfuerzos por mantener la paz universal dieron fruto. Las grandes potencias estuvieron casi cuarenta años sin atacarse las unas a las otras, lo cual fue todo un récord para Europa. Aquella situación idílica acabó en 1854 al estallar la guerra de Crimea, en la que combatieron Francia, Inglaterra, Italia y Turquía contra Rusia.

El tercer caballero del «congreso del vals» fue el zar Alejandro I de Rusia. Alejandro había crecido en la corte de su abuela, la famosa Catalina *la Grande*. Entre las lecciones de aquella astuta mujer, que le enseñó a perseguir la gloria de Rusia por encima de todo, y las de su tutor particular, un suizo que admiraba a Voltaire y a Rousseau, que lo llenó de amor por la humanidad, el joven acabó siendo una extraña mezcla de tirano egoísta y revolucionario sentimental. Había sufrido grandes afrentas durante el reinado de su padre, Pablo I, quien estaba loco. Lo obligaron a asistir a las matanzas de las tropas napoleónicas. Pero luego cambió, su ejército había ganado la guerra para los aliados. Rusia se había convertido en la libertadora

de Europa, y el zar de aquel poderoso pueblo fue aclamado como a un semidiós que curaría todas las enfermedades del mundo.

Sin embargo, Alejandro I no era muy inteligente. No conocía a hombres y mujeres como los que conocían Talleyrand y Metternich. No entendía el extraño juego de la diplomacia. Era un hombre vanidoso —¿quién no lo habría sido en aquellas circunstancias?— al que le gustaba recibir el aplauso de la multitud y pronto se convirtió en la «atracción» principal del Congreso, mientras que Metternich, Talleyrand y Castlereagh (un hábil representante inglés) se sentaban alrededor de una mesa, bebían una botella de vino de Tokay y decidían lo que se iba a hacer. Como necesitaban la aprobación de Rusia, eran muy educados con Alejandro I, pero, cuanto menos intervenía personalmente en la marcha del Congreso, más contentos estaban. Incluso lo alentaron a crear la Santa Alianza para que estuviera ocupado mientras ellos se encargaban de los asuntos serios.

Alejandro I era una persona sociable a quien le encantaba asistir a fiestas y conocer a gente. En aquellas situaciones era un hombre alegre, pero no hacía más que esconder su lado oscuro. Intentaba olvidar algo, y no podía. La noche del 23 de marzo de 1801, estaba sentado en una sala del castillo de San Miguel, en San Petersburgo, esperando que le notificasen la abdicación de su padre. Pero Pablo I se había negado a firmar el documento que los oficiales borrachos le habían puesto sobre la mesa y, en un ataque de furia, éstos lo estrangularon con una bufanda. Entonces bajaron y comunicaron al joven que era emperador de toda Rusia.

El recuerdo de aquella terrible noche no abandonaba al zar, que era un hombre muy sensible. Se había educado en la escuela de los grandes filósofos franceses, que no creían en Dios sino en la razón humana. Pero la razón por sí misma no podía aliviar el tormento del emperador. Empezó a oír voces y a ver imágenes. Intentó buscar la manera de tranquilizar su conciencia. Se volvió un religioso muy devoto y empezó a interesarse por el misticismo, el extraño amor por lo misterioso y lo desconocido que es tan antiguo como los templos de Tebas y Babilonia.

Las tremendas emociones de la gran era revolucionaria habían influido en el carácter de la gente de manera extraña. Los hombres y las mujeres que habían vivido veinte años de ansiedad y miedo sufrían las consecuencias de ese período. Se asustaban al oír que alguien llamaba a la puerta. Quizá les traían la noticia de la «muerte en servicio al país» de su único hijo. Las palabras «amor entre hermanos» y «libertad» que usaba la Revolución sonaban vacías a oídos de los campesinos duramente afectados por la guerra. Se aferraban a cualquier cosa que los ayudara a soportar los terribles problemas que tenían. Hundidos en la miseria y el sufrimiento, era fácil que cayeran en las redes del gran número de impostores que se hacían pasar por profetas y predicaban extrañas doctrinas extraídas de los pasajes más oscuros de la Biblia.

En 1814, Alejandro I, que ya había consultado a un gran número de curanderos, oyó hablar de una profetisa que anunciaba el final del mundo y advertía a la gente que se arrepintiera de sus pecados antes de que fuera demasiado tarde. La dama en cuestión era la

baronesa Krüdener, una mujer rusa de edad y reputación inciertas que había estado casada con un diplomático ruso en la época del zar Pablo I. Había dilapidado la fortuna de su marido y lo había deshonrado con sus amoríos de escándalo. Había llevado una vida libertina hasta que sus nervios no pudieron más y, durante un tiempo, estuvo mal de la cabeza. Más tarde se reformó al ver morir repentinamente a una amiga. A partir de entonces rechazó toda alegría. Confesó sus pecados a su zapatero, un piadoso hermano moravo, seguidor del reformista Jan Hus, quemado por hereje en el Concilio de Constanza en 1415.

Los diez años siguientes, la baronesa los pasó en Alemania haciendo de la «conversión» de reyes y príncipes una profesión. Convencer al zar Alejandro I, el libertador de Europa, del error en el que vivía era la máxima ambición de su vida. Como Alejandro I, en su miseria, estaba dispuesto a escuchar a cualquiera que le diera una brizna de esperanza, la cita se arregló fácilmente. La tarde del 4 de junio de 1815 fue admitida en la tienda del emperador. Lo encontró leyendo la Biblia. No sabemos qué le dijo a éste, pero, cuando ella se fue tres horas más tarde, él estaba bañado en lágrimas y declaró que «finalmente su alma descansaba en paz». Desde aquel día, la baronesa fue su compañera inseparable y su consejera espiritual. Lo siguió a París y luego a Viena, y siempre que Alejandro I no bailaba, rezaba con la baronesa Krüdener.

Quizá os preguntaréis por qué os cuento esta historia con tanto detalle. ¿Acaso no son más importantes los cambios sociales ocurridos en el siglo XIX que la vida profesional de una mujer

desequilibrada a la cual sería mejor olvidar? Por supuesto que sí. Pero hay muchos libros que explican todas esas cosas con mucho rigor y detalle. Yo quiero que, al leer este libro, aprendáis algo más que sucesos históricos. Quiero que aprendáis a aproximaros a los hechos con un espíritu abierto y sin prejuicios. Quiero que no quedéis satisfechos con la afirmación de que «tal cosa y tal otra sucedieron en aquel lugar y en aquel momento». Intentad descubrir los motivos por los que ocurren las cosas; entonces entenderéis mucho mejor el mundo que os rodea y podréis ayudar más a los demás que, dicho sea de paso, es la única forma satisfactoria de vivir.

No quiero que penséis que la Santa Alianza fue simplemente un pacto firmado en 1815 que ahora está muerto y olvidado en ciertos archivos. Quizá lo esté, pero tuvo grandes repercusiones. La Santa Alianza fue la causante directa, por ejemplo, de que el presidente de Estados Unidos proclamara la doctrina Monroe, resumida en la frase «América para los americanos». Estos principios de política extranjera, que os explicaré con más detalle dentro de dos capítulos, influyeron decisivamente en la historia de toda América y, por ende, de España. Por eso quiero que sepáis de dónde surgió la Santa Alianza y que conozcáis los motivos reales subyacentes a tal manifestación de piedad y devoción cristiana por el deber.

La Santa Alianza fue el resultado del trabajo conjunto de un hombre infortunado, que había sufrido un choque mental terrible y que intentaba tranquilizar su perturbada conciencia, y de una mujer ambiciosa que, tras llevar una vida vacía y perder la belleza y el

atractivo físico, satisfacía su vanidad y su deseo de llamar la atención asumiendo el papel de un autoproclamado mesías de un nuevo y extraño credo. Pero no os estoy revelando un secreto. Castlereagh, Metternich y Talleyrand, que eran gente despierta, se dieron perfecta cuenta de las limitaciones de la sentimental baronesa. Para Metternich habría sido fácil enviarla de vuelta a Alemania. Bastaba con escribir unas líneas al poderoso jefe de la policía imperial. Pero el destino de Francia, Inglaterra y Austria dependía de la voluntad de Rusia. No podían permitirse el lujo de ofender a Alejandro I. Así que toleraron a la baronesa vieja y boba porque no les quedaba más remedio. Aunque pensaban que la Santa Alianza era una auténtica tontería que no valía ni el papel en el que estaba escrita, escucharon pacientemente al zar cuando les leyó el primer borrador de su intento por crear una hermandad de países basada en las Sagradas Escrituras. Esto es lo que pretendía la Santa Alianza. Los firmantes del acuerdo se comprometieron solemnemente a administrar sus respectivos Estados y a guiar sus relaciones políticas externas únicamente teniendo en cuenta la religión sagrada, es decir, los preceptos de justicia, caridad cristiana y paz, que no sólo debían aplicarse a los asuntos privados sino que tenían que influir en los consejos de los príncipes y guiar todos sus pasos como única manera de consolidar las instituciones humanas y remediar sus imperfecciones. Luego procedieron a prometerse unos a otros que permanecerían unidos «por los lazos de una fraternidad auténtica e indisoluble y, considerándose compatriotas,

se prestarían ayuda en todo lugar y bajo cualquier circunstancia», seguido de más frases parecidas.

Finalmente la Santa Alianza fue firmada por el emperador germánico —que no entendió una palabra del documento—, por los Borbones —que necesitaban la amistad de los antiguos enemigos de Napoleón—, por el rey de Prusia —que quería ganarse a Alejandro I para que lo apoyara en sus planes de crear una «Gran Prusia»— y por todas las pequeñas naciones europeas que estaban a merced de Rusia. Inglaterra no firmó porque Castlereagh pensaba que aquello no era más que papel mojado. El Papa tampoco firmó porque consideró que aquel griego ortodoxo y aquella protestante habían interferido en sus asuntos. Y el sultán no firmó porque nunca supo nada de aquello.

En cambio, la mayor parte del pueblo europeo no tuvo más remedio que enterarse. Tras las frases vacías de la Santa Alianza estaban las tropas de la Quíntuple Alianza, creada a instancias de Metternich. Aquellas tropas hicieron saber que no consentirían que los llamados «liberales», que en realidad no eran otra cosa que jacobinos disfrazados a la espera de volver a revolucionarse, perturbaran la paz de Europa. El entusiasmo por las grandes guerras de liberación de los años 1812a 1815 había empezado a extinguirse. Se había transformado en la esperanza de que llegarían días mejores. Los soldados que habían llevado el peso de la batalla querían paz. Y así lo manifestaron.

Sin embargo, no querían la paz que la Santa Alianza y las potencias europeas les había impuesto. Proclamaban que habían sido

traicionados, pero lo hacían con cuidado para que no los oyera la policía secreta. La «reacción» venció, la reacción de unas personas que creían sinceramente que su sistema era bueno para la humanidad. Desgraciadamente, fue tan duro de soportar como si sus intenciones no hubieran sido buenas. Causó un gran sufrimiento innecesario y retrasó muchísimo el progreso del desarrollo político.

Capítulo 55

La gran reacción

Europa quiso asegurar al mundo una época de paz imperturbable suprimiendo las nuevas ideas. Se ordenó a la policía espiar hasta al más alto funcionario y pronto las cárceles se llenaron de gente que reclamaba el derecho a la soberanía popular

Reparar el daño hecho por la marea napoleónica era casi imposible. Había derrumbado muros centenarios. Los palacios reales en los que moraban dinastías de muchas generaciones de antigüedad quedaron dañados hasta el punto de que se hicieron inhabitables. Otras residencias reales habían crecido enormemente a expensas de sus menos afortunados vecinos. Al retirarse las aguas habían quedado restos de doctrina revolucionaria por todas partes y no se podían eliminar sin que la comunidad entera corriera peligro. Dadas las circunstancias, los ingenieros políticos del Congreso de Viena lo hicieron lo mejor que pudieron y, en este capítulo, hablaremos de lo que consiguieron.

Francia había perturbado la paz del mundo durante tantos años que la gente le temía casi instintivamente. A través de Talleyrand, los Borbones habían prometido ser buenos, pero los Cien Días habían mostrado a Europa qué podía pasar si Napoleón se escapaba por segunda vez. Así que Holanda pasó de ser una república a ser un reino, junto con Bélgica —que no había participado en la lucha por la independencia neerlandesa en el siglo XVI y seguía estando en manos de la dinastía de los Habsburgo, primero de la rama

española y luego de la austríaca—. A partir de entonces constituyeron el nuevo Reino de los Países Bajos. En el país nadie estaba a favor de aquella unión, ni los protestantes del norte ni los católicos del sur, pero no se quejó. Parecía útil para la paz de Europa y esto era lo principal.

Polonia albergaba grandes esperanzas porque el príncipe polaco, Adán Czartoryski, era uno de los mejores amigos del zar Alejandro I y había sido su gran consejero durante la guerra y en el Congreso de Viena. Sin embargo, éste recordó que Polonia sería una parte parcialmente independiente de Rusia y que Alejandro I sería su rey. Esta solución, que no agradó a nadie, provocó mucho odio y tres revoluciones. Dinamarca, que había sido fiel aliada de Napoleón hasta el final, fue duramente castigada por el Congreso. Siete años antes, una flota británica había cruzado el estrecho de Kattegat, que separa Dinamarca de Suecia, y, sin una declaración de guerra ni aviso previo alguno, bombardeó Copenhague y destruyó la flota danesa para que Napoleón no la pudiera utilizar. El Congreso de Viena dio un paso más. Entregó Noruega —que desde los tiempos de la Unión de Kalmar, en 1397, estaba unida a Dinamarca— al rey Carlos XIV de Suecia en recompensa por haber traicionado a Napoleón, que lo había puesto en el trono. Curiosamente, el rey sueco era un ex general francés llamado Bernadotte, que había llegado a Suecia en calidad de lugarteniente de Napoleón y había sido invitado a ocupar el trono cuando el último soberano de la dinastía Holstein-Gottorff murió sin descendencia. De 1815 a 1844 gobernó su país adoptivo, cuya lengua no llegó a aprender, con gran

habilidad. Era un hombre inteligente que gozaba del respeto tanto de sus súbditos suecos como de los noruegos, pero no consiguió unir aquellos dos países que la historia y la naturaleza habían separado. El Estado escandinavo dual no prosperó y, en 1905, Noruega se convirtió en un reino independiente de manera pacífica; los suecos, sabiamente, la dejaron marchar sin oponer resistencia.

Los italianos, que desde el Renacimiento habían estado a merced de una larga serie de invasores, también habían puesto grandes esperanzas en el general Bonaparte. Sin embargo, el emperador los había decepcionado sobremanera. En vez de construir la Italia unida que quería el pueblo, la dividió en un sinfín de pequeños principados, ducados, repúblicas, además de los Estados Pontificios, que, junto a Nápoles, constituían la región peor gobernada y más pobre de toda la península. El Congreso de Viena abolió unas pocas repúblicas napoleónicas y, en su lugar, hizo resucitar algunos principados antiguos, que fueron otorgados a miembros meritorios, tanto hombres como mujeres, de la familia de los Habsburgo.

Los desafortunados españoles, que habían iniciado la gran revuelta nacionalista contra Napoleón y habían sacrificado la mejor sangre del país en pos de su rey, fueron castigados severamente por el Congreso cuando su majestad volvió a sus dominios. Aquel ser maligno llamado Fernando VII estuvo cuatro años en las cárceles de Napoleón y, para pasar el tiempo, hacía vestidos a sus santos favoritos. Celebró su vuelta al trono reinstaurando la Inquisición y la cámara de tortura, que habían sido abolidas por la Revolución

francesa. Era un hombre despreciable, detestado tanto por sus súbditos como por sus cuatro esposas, pero la Santa Alianza lo mantuvo en el trono porque era un rey legítimo, y todos los esfuerzos de los españoles decentes por acabar con aquella maldición y hacer de España una monarquía parlamentaria acabaron en un baño de sangre.

Portugal no tenía rey desde 1807, año en que la familia real había huido a sus colonias en Brasil. El país sirvió de base a los ejércitos de Wellington durante la guerra de Independencia española, que fue de 1808 a 1814. A partir de 1815, Portugal continuó siendo una especie de colonia inglesa hasta que la casa de Braganza volvió al trono dejando atrás uno de sus miembros en Río de Janeiro, en calidad de emperador de Brasil. Aquel fue el único Imperio americano que duró unos años; acabó en 1889 cuando el país pasó a ser una república.

Y no se hizo nada para mejorar la terrible situación de los griegos y los esclavos, que siguieron siendo súbditos del sultán del Imperio otomano. En 1804, Jorge *el Negro*, un porquero serbio que más tarde fundaría la dinastía Karageogievich, había iniciado una revuelta contra los turcos, pero sus enemigos lo derrotaron y fue asesinado por uno de sus supuestos amigos, un líder serbio rival llamado Milosh Obrenovich, que fundaría la dinastía Obrenovich; así que los otomanos seguían siendo los soberanos indiscutibles de los Balcanes.

Los griegos—desde que habían perdido la independencia hacía dos mil años habían estado en manos de los macedonios, los romanos,

los venecianos y los turcos—esperaban que su compatriota Capo d'Istria, nacido en Corfú, junto con Czartoryski, el mejor amigo del zar Alejandro I, hicieran algo por ellos. Pero al Congreso de Viena le importaban poco los griegos, lo que le interesaba era mantener a los monarcas «legítimos» en sus tronos, ya fueran cristianos, musulmanes o de cualquier otra religión. Así que no hicieron nada.

El último y quizá más grande error del Congreso fue el trato que dio a Alemania: la Reforma y la guerra de los Treinta Años no sólo habían acabado con la prosperidad del país, sino que lo habían convertido en un cajón de sastre político compuesto por un par de reinos, unos pocos grandes ducados, muchos condados y cientos de margraviatos (título de algunos príncipes alemanes), principados, baronías, electorados, ciudades y pueblos libres, todos ellos gobernados por el surtido de potentados más extravagante que nunca se haya visto en el escenario de una ópera cómica. Federico *el Grande* cambió la situación al crear una Prusia fuerte, pero aquel Estado no vivió muchos años.

Napoleón acabó con los sueños de independencia de la mayoría de los países pequeños y sólo 52 de los más de trescientos sobrevivieron al año 1806. Durante los años de la gran lucha por la independencia, muchos soldados soñaron con una nueva patria poderosa y unida. Pero no puede haber unión sin un liderazgo fuerte y, ¿quién iba a ser aquel líder?

En las tierras de habla alemana había cinco reinos. Los soberanos de dos de ellos, Austria y Prusia, eran reyes por la gracia de Dios. Los de los otros tres, Baviera, Sajonia y Wurttemberg, eran reyes

por la gracia de Napoleón. Y como habían sido fieles servidores del emperador francés, no gozaban de buena reputación patriótica a ojos de los demás alemanes.

El Congreso había instaurado una nueva Confederación germánica, una liga de 38 estados soberanos, bajo la dirección del archiduque de Austria, que se había convertido en emperador. Era el tipo de acuerdo al que se llega cuando no se puede hacer nada mejor y, en realidad, no satisface a casi nadie. Es cierto que se creó una Dieta germana, que se reunía en Fráncfort, la antigua ciudad de coronación, para discutir asuntos «de importancia común». Pero en esta Dieta se reunían treinta y ocho delegados que defendían 38 intereses contrapuestos y, dado que las decisiones se debían tomar por unanimidad —un sistema de votación parlamentaria que en siglos anteriores hundió al poderoso Reino de Polonia—, la famosa Confederación germánica pronto se convirtió en el hazmerreír de Europa y su política empezó a parecerse a la de Centroamérica a mediados del siglo XIX.

La situación era muy humillante para aquel pueblo que lo había sacrificado todo por un ideal nacional. Pero al Congreso no le interesaban los sentimientos de los «súbditos», así que archivaron el asunto.

¿Y nadie se quejó? Claro que sí. En cuanto el primer sentimiento de odio hacia Napoleón se desvaneció, el entusiasmo por la Gran Guerra se disipó y la gente se dio cuenta del crimen que se había cometido en nombre de «la paz y la estabilidad», entonces el pueblo empezó a murmurar. Incluso amenazó con una revuelta. Pero no

podía hacer nada. Estaba a merced del sistema policial más eficiente e implacable que había existido nunca.

Los miembros del Congreso de Viena creían sinceramente que «los principios revolucionarios eran los causantes de que Napoleón hubiera usurpado el trono francés y se hubiera proclamado emperador». Creían que estaban llamados a erradicar a los seguidores de lo que ellos llamaban «ideas francesas», igual que el rey Felipe II de España seguía la voz de su conciencia cuando quemaba a protestantes o ahorcaba a sarracenos. A principios del siglo XVI, una persona que dudaba que el Papa tuviera el derecho divino de gobernar a sus súbditos como quisiera era considerada una «hereje», y el deber de todos los ciudadanos era matarla. De igual manera, a principios del siglo XIX, en Europa, una persona que no creyera que el rey o el primer ministro del rey tenía el poder divino de gobernar el país como quisiera era una «hereje», y el deber de todos sus conciudadanos era denunciarla al primer policía que vieran y velar porque fuese castigada.

Los dignatarios de 1815 habían aprendido a ser eficientes en la escuela napoleónica y llevaban a cabo su tarea mucho mejor que los del año 1517. El período de 1815 a 1860 fue la gran era del espionaje político. Había espías por todas partes. Estaban en los palacios y también en las tabernas de más baja alcurnia. Espiaban por los ojos de las cerraduras de los gabinetes ministeriales y escuchaban las conversaciones de la gente que tomaba el sol en los bancos de los parques municipales. Vigilaban las fronteras para que no pasara nadie sin un pasaporte debidamente visado e

inspeccionaban todos los paquetes de correos para que no entrara ni un solo libro con «ideas francesas» en el reino de sus señores. Se sentaban entre los estudiantes en las universidades y silbaban a los profesores que osaban decir algo en contra del régimen. Seguían a los niños que iban a la iglesia para que no faltaran.

El clérigo los ayudaba en muchas de estas tareas. La Iglesia había sufrido mucho durante la Revolución francesa. Los revolucionarios le habían confiscado un gran número de propiedades. Varios sacerdotes habían sido asesinados y, la generación que había aprendido el catecismo de Voltaire, Rousseau y los demás filósofos franceses, había bailado alrededor del altar de la razón cuando el Comité de Salvación Pública había abolido la religión en octubre de 1793. Así que los sacerdotes habían seguido a los *émigrés* al exilio. Ahora habían vuelto respaldados por las tropas aliadas y se dedicaban a vengarse.

Incluso los jesuitas reaparecieron en 1814 y volvieron a encargarse de la educación de los jóvenes. La Compañía de Jesús había luchado con un ligero exceso de ímpetu contra los enemigos de la Iglesia. Había establecido «provincias» en todas partes del mundo para llevar la bendición del cristianismo a los indígenas, pero acabó convirtiéndose en una compañía comercial como las demás, que constantemente tenía problemas con las autoridades civiles. Durante el mandato del marqués de Pombal, el gran ministro reformador de Portugal, la Compañía de Jesús fue expulsada de tierras portuguesas y, en 1773, a petición de la mayor parte de las potencias católicas de Europa, el papa Clemente XIV suprimió la

orden. Ahora los jesuitas volvían a inculcar los principios de «obediencia» y «amor por la dinastía legítima» a los hijos de una gente que había alquilado balcones para poder reírse de María Antonieta cuando ésta iba camino del patíbulo.

En los países protestantes, como Prusia, las cosas no iban nada mejor. Los líderes patrióticos de 1812, los poetas y los escritores que habían llamado a la guerra santa contra el usurpador, ahora eran calificados de «demagogos peligrosos». Les registraban los hogares. Les leían su correspondencia. Los obligaban a presentarse en la comisaría de policía periódicamente para dar cuenta de sus actividades. Los instructores prusianos dejaron caer su ira sobre la juventud. Cuando un grupo de jóvenes celebró el tricentenario de la Reforma con festividades ruidosas pero inofensivas en Wartburg, los burócratas prusianos, en su imaginación, vieron una revolución inminente. Cuando un estudiante de teología honrado aunque poco inteligente asesinó a un espía ruso que operaba en Alemania, la policía tomó las universidades y varios profesores fueron encarcelados o despedidos sin juicio alguno.

Como era de esperar, Rusia llevó las actuaciones anturevolucionarias al colmo del absurdo. Alejandro I había aniquilado su ataque de devoción religiosa y empezaba a sufrir de melancolía. Conocía perfectamente sus limitaciones y se daba cuenta de que en Viena había sido víctima de Metternich y de la baronesa. Empezó a dar la espalda a Occidente y a convertirse cada vez más en un auténtico dirigente ruso cuyos intereses se hallaban en Constantinopla, la antigua ciudad santa que había sido la

maestra de los esclavos. Cuanto más viejo se hacía, más trabajaba y menos le cundía. Y mientras él permanecía encerrado en su despacho, sus ministros convirtieron Rusia en un barracón militar. El cuadro no es nada agradable. Podría haber acortado la descripción de la gran reacción, pero está bien que conozcáis bien este período de la historia. No era la primera vez que se intentaba que el reloj de la historia fuera hacia atrás. Y el resultado fue el de siempre.

Capítulo 56

La independencia nacional

Los deseos de independencia nacional eran demasiado fuertes para ser reprimidos de aquella manera. Los suramericanos fueron los primeros en rebelarse contra las medidas impuestas por el Congreso de Viena. Grecia, Bélgica, España y un sinfín de países siguieron el ejemplo y, el siglo XIX, resultó una sucesión de guerras de independencia

No serviría de nada que ahora nos pusiéramos a pensar en cómo habría sido la historia de Europa del siglo XIX si el Congreso de Viena hubiera hecho tal cosa y tal otra, en vez de tomar tal decisión o tal otra. En el Congreso de Viena se reunió una serie de personas que habían pasado por una gran revolución y veinte años de guerra casi continua. Se juntaron para dar a Europa la paz y la estabilidad que creían que la gente necesitaba y deseaba. Eran lo que hoy llamamos «reaccionarios». Creían honestamente que la muchedumbre era incapaz de gobernarse. Redibujaron el mapa político de Europa de la manera que pensaban que ofrecía la mayor posibilidad de paz duradera. Si no lo consiguieron, no fue por malicia. Casi todos ellos eran hombres de la vieja escuela que recordaban los días felices y tranquilos de su infancia y deseaban ardientemente el retorno a aquel período bendito. No se percataron de que los principios revolucionarios habían enraizado en el continente europeo. Aquello fue una desgracia y no un pecado. Y una de las cosas que la Revolución francesa había enseñado, no

sólo a los europeos sino también a los americanos, era que la gente tenía derecho a una «nacionalidad» propia.

Napoleón, que no respetaba nada ni a nadie, reaccionó de modo brutal ante las aspiraciones nacionales y patrióticas. Sin embargo, los primeros generales revolucionarios habían proclamado que «la nacionalidad no era cuestión de fronteras políticas, tipo de cráneo o de nariz, sino de sentimientos ». Y a la vez que enseñaron a los franceses a luchar por la grandeza de su nación, animaron a los españoles, los neerlandeses y los italianos a hacer lo mismo por sus respectivas patrias. Pronto aquella gente que compartía la admiración de Rousseau por las virtudes del hombre original, empezó a hurgar en su pasado y, enterrados entre las ruinas del sistema feudal, encontró los orígenes de los pueblos de los que se creían descendientes lejanos.

La primera mitad del siglo XIX fue una época de grandes descubrimientos históricos. Los historiadores estuvieron muy atareados sacando a la luz documentos y crónicas medievales. El resultado de aquello fue que en todos los países se produjo una ola de patriotismo. Buena parte de aquel sentimiento se basó en una interpretación errónea de los hechos históricos, pero a la política no le interesa la verdad, sino lo que la gente cree que es verdad. Y en la mayoría de países, tanto los soberanos como los súbditos creían firmemente en la gloria y la fama de sus antepasados.

Sin embargo, el Congreso de Viena no se inclinó por el sentimentalismo. Sus excelencias dividieron el mapa del continente europeo según los intereses de media docena de dinastías reales y

pusieron las «aspiraciones nacionales» en la lista de libros prohibidos, junto a otras peligrosas «doctrinas francesas».

Claro que la historia tampoco tiende a respetar los congresos. Por alguna razón —quizá sea una ley histórica que hasta ahora ha escapado a la atención de los académicos—, parece ser que las «naciones» son necesarias para el desarrollo natural de la sociedad, y los intentos del Congreso por detenerla ola nacionalista resultaron tan infructuosos como los de Metternich por evitar que la gente pensara. Curiosamente, los primeros conflictos empezaron en Suramérica. Durante las largas guerras napoleónicas, las colonias españolas habían gozado de cierta independencia, e incluso habían permanecido leales al rey que el emperador francés había metido en la cárcel y se habían negado a reconocer a José Bonaparte, que en 1808 fue nombrado rey de España por orden de su hermano.

En realidad, la única parte de América que sufrió más daños por la Revolución francesa fue la colonia perteneciente a Francia de Haití, situada en la isla que Colón había bautizado con el nombre de La Española durante su primer viaje. En 1791 la Convención francesa, en un ataque repentino de amor a la humanidad, había otorgado a sus hermanos negros los privilegios de los que hasta entonces sólo habían gozado sus señores blancos. Rápidamente se arrepintieron de haber dado aquel paso, pero los intentos por volverse atrás dieron lugar a muchos años de guerra entre unos y otros, comandados respectivamente por Toussaint Louverture y el general Leclerc, cuñado de Napoleón. En 1801, Leclerc pidió a Toussaint que se reunieran para negociar la paz prometiéndole solemnemente

que no le harían nada. Toussaint se fió de su adversario blanco y accedió, pero acabó en un barco y poco después murió en una cárcel francesa. De todas maneras, los negros de Haití consiguieron la independencia y crearon su república. Por cierto, luego fueron de gran ayuda al primer gran patriota suramericano que luchó por liberar a su país del yugo de los españoles.

Simón Bolívar, nacido en 1783 en Caracas, Venezuela, fue educado en España, visitó París, donde vio trabajar al Gobierno revolucionario, vivió durante un tiempo en la zona de Estados Unidos y, finalmente, volvió a su tierra natal, donde el descontento hacia la madre patria estaba empezando a tomar forma. En 1811, Venezuela declaró su independencia con la ayuda de Bolívar, que era uno de los generales revolucionarios. En dos meses, la rebelión fue sofocada y Bolívar tuvo que huir del país.

Durante los cinco años siguientes, Bolívar fue el líder de una causa perdida. A pesar de que invirtió en ella todo su dinero, no habría podido organizar la expedición final sin la ayuda del presidente de Haití. A partir de aquello, la revolución se extendió por toda Suramérica y pronto quedó claro que España no podría sofocarla sola. Así que pidió ayuda a la Santa Alianza.

Dicha petición preocupó enormemente a Inglaterra. Tras arrinconar a los neerlandeses, sus barcos se habían convertido en los mayores transportistas del mundo y esperaban obtener grandes beneficios de las declaraciones de independencia de los países suramericanos. Los ingleses tenían la esperanza de que los Estados Unidos de América se opusieran a la intervención de la Santa Alianza, pero el

Senado estadounidense no tenía ninguna intención de hacerlo y, en la Cámara Baja, también se alzaron voces a favor de dejar hacer a España lo que quisiera.

Justo entonces, el Gobierno inglés cambió de manos. Los *tories* habían ganado las elecciones a los *whigs*. George Canning pasó a ser el nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Canning insinuó que Inglaterra estaría dispuesta a apoyar al Gobierno estadounidense con toda la fuerza de su flota si éste se manifestaba en contra de los planes de la Santa Alianza en relación con las colonias rebeldes del sur del continente. Así que, el 2 de diciembre de 1823, el presidente James Monroe se dirigió al Congreso y declaró que Estados Unidos consideraría cualquier intento por parte de los aliados de extender su sistema al continente americano como un ataque a la paz y la seguridad de su país. Añadió que su Gobierno lo interpretaría como una declaración de enemistad. Cuatro semanas más tarde, el texto de la Declaración Monroe fue publicado en los periódicos ingleses y los miembros de la Santa Alianza se vieron obligados a escoger.

Metternich dudó. La enemistad de Estados Unidos —que desde la segunda guerra de la Independencia, en 1812, habían descuidado el ejército y la flota— no le preocupaba. Pero la actitud amenazadora de Canning y la situación turbulenta que se vivía en el continente lo obligó a ser cauteloso. Finalmente, la expedición de la Santa Alianza no tuvo lugar y el resto de América se independizó gradualmente.

Mientras tanto, en el continente europeo los conflictos empezaban a surgir con furia. En 1820, la Santa Alianza envió a España tropas francesas, los llamados Cien mil hijos de san Luis, para mantener la

paz. Asimismo había enviado tropas austríacas a la península itálica con un propósito similar, cuando los carbonarios (una asociación secreta revolucionaria) empezaron a reclamar la unión de Italia y provocaron una rebelión contra el temible Fernando IV de Nápoles.

En Rusia también había problemas. Con la muerte del zar Alejandro I se produjo un estallido revolucionario en San Petersburgo, una revuelta corta pero sangrienta llamada revolución decembrista porque tuvo lugar en el mes de diciembre. Un buen número de patriotas, hartos de las medidas reaccionarias aplicadas por Alejandro I en sus últimos años, quería para Rusia un Gobierno constitucional. Esta gente acabó en la horca.

Pero lo peor aún estaba por llegar. Metternich había tratado de asegurarse el apoyo continuado de las cortes europeas en una serie de conferencias organizadas en Aquisgrán, Troppau, Liubliana y Verona. Los delegados de las diferentes potencias se desplazaron debidamente a aquellos agradables balnearios en los que el canciller austríaco solía pasar los veranos. Siempre le prometían que harían todo lo que pudieran por suprimir las revueltas, pero lo cierto es que no se lo podían asegurar. La situación se estaba poniendo muy fea en todas partes y especialmente en Francia, donde la posición del rey corría un serio peligro.

Sin embargo, el estallido se produjo en los Balcanes, la puerta de entrada a Europa de todos los invasores del continente desde el inicio de los tiempos. La primera revuelta tuvo lugar en Moldavia, una región que había formado parte de la antigua provincia romana

de Dacia y había quedado separada del Imperio en el siglo m. Desde entonces había sido una tierra perdida, una especie de Atlántida. Pero allí se continuaba hablando la lengua románica, se llamaban a sí mismos rumanos y a su país Rumania. En 1821, un joven griego, el príncipe Alejandro Hipsilanti, inició una revuelta contra los otomanos y dijo a sus seguidores que podían contar con el apoyo de Rusia. Pero los rápidos correos de Metternich pronto llegaron a San Petersburgo y el zar, persuadido por los argumentos del austriaco en favor de «la paz y la estabilidad», se negó a colaborar. Hipsilanti tuvo que huir a Austria, donde pasó siete años en la cárcel.

El mismo año, 1821, empezaron los disturbios en Grecia. Una sociedad secreta de patriotas había estado preparando la revuelta desde 1815. Un buen día alzaron la bandera independentista en Morea (el antiguo Peloponeso) y echaron al invasor otomano. Los turcos reaccionaron como siempre. Capturaron al patriarca de Constantinopla, al que los griegos y muchos rusos tenían por Papa, y lo ahorcaron el domingo de Resurrección de 1821, junto a un grupo de obispos. Los griegos se vengaron con una masacre de musulmanes en Tripolitsá, la capital de Moreía, y los otomanos, a su vez, se desquitaban asaltando la isla de Quíos, donde mataron a veinticinco mil cristianos y capturaron a otros cuarenta y cinco mil, que vendieron como esclavos en Asia y Egipto.

Entonces los griegos pidieron auxilio a las cortes europeas, pero a Metternich no le interesó la alianza con ellos —en realidad, lo que dijo su excelencia al zar fue que «el fuego de la revolución debía consumirse lejos de los pueblos civilizados»— y cerró las fronteras

para que ningún voluntario pudiera ir a apoyar a los patriotas helenos. Su causa parecía perdida. El Imperio otomano envió un regimiento egipcio a Moreía y pronto la bandera otomana volvía a ondear en la acrópolis de Atenas. El ejército egipcio pacificó la región «a la turca», y Metternich siguió de lejos los acontecimientos con curiosidad, deseoso de que llegara el día en que aquel «atentado contra la paz de Europa» formara parte de la historia.

Sin embargo, de nuevo fue Inglaterra quien trunció sus planes. La grandeza inglesa no recaía en la inmensidad de sus posesiones coloniales, ni en su riqueza o su armada, sino en el heroísmo silencioso y la independencia de sus ciudadanos. Los ingleses obedecen la ley porque entendían que la diferencia entre una perrera y una sociedad civilizada está en respetar los derechos de los demás. Pero eso no daba a los demás derecho a coartarles la libertad de pensamiento. Si el Gobierno hacía algo, que disgustaba al pueblo, cualquier inglés podía manifestarse en contra públicamente y el Gobierno lo respetaría y lo protegería de la multitud que, incluso hoy como en tiempos de Sócrates, destruye a aquellos que la sobrepasan en valentía o inteligencia. No ha habido una sola causa, por impopular o lejana que fuera, que no haya contado con unos cuantos ingleses entre sus defensores más ardientes. Lo cual no quiere decir que el pueblo inglés sea diferente a los demás. La mayoría está ocupada en lo que le rodea y no tiene tiempo para «aventuras». La diferencia está en que en Inglaterra admiran a aquel vecino excéntrico que lo deja todo para ir a luchar por algún pueblo desconocido de Asia o África y, si muere, lo

honoran con un gran funeral y lo ponen como ejemplo de valor y caballeridad a sus hijos. Incluso los espías de la Santa Alianza se vieron impotentes ante aquella característica nacional. En 1824, Lord Byron, un rico joven inglés que escribía poesía y hacía llorar a toda Europa, tensó las velas de su barco y se fue hacia el sur para ayudar a los griegos. Tres meses después se extendió por Europa la noticia de que su héroe había muerto en Misolonghi, el último bastión griego. Aquella muerte solitaria caló hondo en la gente. En todos los países se crearon asociaciones de ayuda a los griegos. Lafayette, uno de los grandes hombres de la Independencia norteamericana, luchó por su causa en Francia. El rey de Baviera envió cientos de soldados. Los rebeldes de Misolonghi recibieron dinero y provisiones en abundancia para su causa.

Mientras tanto, en Inglaterra, George Canning, el hombre que había deshecho los planes de la Santa Alianza con respecto a Suramérica, ahora era primer ministro. Canning vio la oportunidad de ganar a Metternich por segunda vez. Las flotas inglesas y rusas ya se encontraban en el Mediterráneo. Las habían enviado unos Gobiernos que ya no osaban suprimir el entusiasmo popular por la causa de los patriotas griegos. La flota francesa también acudió porque, desde el fin de las cruzadas, Francia había adoptado el papel de defensora del cristianismo en tierras musulmanas. El 20 de octubre de 1827, los barcos de los tres países atacaron a la flota otomana en la bahía de Navarino y la destruyeron. Pocas veces una victoria había sido recibida con tanta alegría. Los ciudadanos de Europa occidental y de Rusia, que no gozaban de libertad en sus

propios países, se consolaron visualizando la guerra de liberación de los griegos oprimidos. En 1829 obtuvieron la recompensa: Grecia accedió a la independencia y la política reaccionaria había sufrido su segunda gran derrota.

Sería absurdo que en este libro intentara contaros con detalle los procesos de independencia de todos los países. Existen muchos libros excelentes que los relatan. Me he detenido en el caso de Grecia porque fue el primer ataque exitoso contra el muro que el Congreso de Viena había erigido para «mantener la estabilidad de Europa». La poderosa fortaleza opresora seguía en pie y Metternich seguía al mando. Pero el fin estaba cada vez más cerca.

En Francia, los Borbones habían establecido un Estado policial insoportable e intentaban por todos los medios destruir los logros de la Revolución francesa con un desdén absoluto por las normas y las leyes de la guerra civilizada. Cuando Luis XVIII murió en 1824, el pueblo había pasado nueve años de una «paz» infinitamente más horrible que los diez años de guerra del Imperio. A Luis XVIII lo sucedió su hermano, Carlos X.

Luis XVIII pertenecía a aquella rama de la famosa familia de Borbones que, aunque nunca aprendió nada, nunca olvidó nada. La memoria de aquella mañana en la ciudad de Hamm, en la que le llegó la noticia de que su hermano había sido decapitado, le recordaba constantemente lo que le podía pasar a un rey que no leyese el signo de los tiempos. En cambio, Carlos X, que antes de cumplir los veinte años ya había conseguido contraer deudas por valor de unos cincuenta millones de francos, no sabía nada, no

recordaba nada y tenía la firme intención de no aprender nada. Tan pronto como llegó al trono, estableció un Gobierno «del clérigo y para el clérigo». Al duque de Wellington, que es quien acuñó la frase, no se le puede tildar de liberal violento, pero Carlos X gobernó de tal manera que no agradaba ni a los enemigos declarados de la Revolución. El día que ordenó cerrar los periódicos que osaban criticar al Gobierno y anuló el Parlamento por apoyar a la prensa, firmó su sentencia.

La noche del 27 de julio de 1830, en París estalló de nuevo una revolución. El día 30, el rey tuvo que huir a Inglaterra. De esta manera acabó la famosa farsa de los quince años y los Borbones fueron expulsados definitivamente del trono de Francia. Eran demasiado incompetentes. En aquel momento, Francia estaba a punto de proclamar la república, pero Metternich no estaba dispuesto a tolerarlo.

La situación era bastante peligrosa. El fuego de la Revolución había traspasado las fronteras francesas y había encendido otro polvorín de agravios nacionales. El reciente Reino de los Países Bajos había fracasado. Los belgas y los holandeses no tenían nada en común y a su rey, Guillermo I de Orange (descendiente de un tío de Guillermo *el Taciturno*) que, aunque trabajaba con tesón y era un buen negociante, le faltaba el tacto y la flexibilidad para mantener la concordia entre sus incompatibles súbditos. Además, las hordas de sacerdotes que habían llegado a Francia pronto encontraron el camino hacia Bélgica y, cualquier cosa que pretendiera hacer Guillermo *el Protestante*, era rechazada por una multitud de

ciudadanos exaltados que interpretaban la medida como un atentado en contra de la libertad de la Iglesia católica. El 25 de agosto de 1830, en Bruselas, se produjo una rebelión contra las autoridades neerlandesas. Dos meses después, los belgas se proclamaron independientes y eligieron a Leopoldo de Coburgo, tío de la reina Victoria de Inglaterra, para el trono. Aquella fue una solución excelente al problema. Los dos países, que nunca deberían haberse unido, se separaron y, a partir de aquel momento, vivieron en paz y armonía y fueron buenos vecinos.

En aquella época en la que había muy pocas vías de tren, las noticias viajaban lentamente. Aun así, el éxito de los revolucionarios franceses y belgas llegó a Polonia. Inmediatamente se produjo un encuentro poco amigable entre el pueblo polaco y los gobernantes rusos. Lucharon durante un año y, finalmente, los rusos obtuvieron la victoria absoluta y «establecieron el orden a lo largo del río Vístula» a la conocida manera rusa. El zar Nicolás I, que había sucedido a su hermano Alejandro I en 1825, creía firmemente en el poder divino de su familia y los miles de polacos que se habían refugiado en Europa occidental fueron testigos de que los principios de la Santa Alianza eran algo más que palabras vacías en la santa Rusia. En Italia, también habían pasado por un momento conflictivo. María Luisa de Habsburgo, duquesa de Parma y esposa del ex emperador Napoleón I, que estaban separados tras la derrota en Waterloo, había sido expulsada de su ducado. Por otra parte, en los Estados Pontificios, los ciudadanos, cansados, habían intentado establecer una república. Pero las tropas austríacas habían entrado

en Roma y todo volvió rápidamente a ser como antes. Metternich continuaba en el Ball Platz, la residencia del ministro de Asuntos Exteriores de los Habsburgo, los espías de la policía regresaron a sus puestos y la paz reinaba en su trono. Tuvieron que pasar dieciocho años más antes de que tuviera lugar un segundo y más exitoso intento por liberar a Europa de la terrible herencia del Congreso de Viena.

De nuevo fue Francia, la veleta que indicaba cómo soplaban el viento revolucionario, la que dio la señal. Carlos X había sido sucedido por Luis Felipe, hijo de aquel famoso duque de Orleans que se había vuelto jacobino y había votado a favor de la ejecución de su primo el rey Luis XVI y había desempeñado un papel importante en los primeros tiempos de la Revolución francesa con el nombre de Philippe Egalité (Felipe Igualdad). Al final, él también fue decapitado en la época en que Robespierre intentaba purgar la patria de «traidores» (nombre que daba a todos los que no compartían su punto de vista) y su hijo había tenido que desertar del ejército revolucionario. A partir de entonces, el joven Luis Felipe se había visto obligado a viajar a lo largo y ancho del mundo. Fue maestro de escuela en Suiza y exploró, durante unos años, el lejano oeste norteamericano. Tras la caída de Napoleón volvió a París. Mucho más inteligente que sus primos Borbones, era un hombre sencillo que paseaba por los parques públicos con un parasol de algodón rojo bajo el brazo, seguido de un montón de niños como cualquier buen padre de familia. Se lo conocía con el sobrenombre de «rey ciudadano». Pero Francia ya no estaba para reyes, cosa que Luis

Felipe no supo hasta que, la mañana del 24 de febrero de 1848, una muchedumbre invadió el palacio de Tullerías, echó a su majestad y proclamó la república.

Cuando en Viena se enteraron de la noticia, Metternich dijo impasible que aquello sólo era una repetición de lo que había sucedido en 1793 y que los aliados tendrían que enviar tropas a París para acabar con aquella revuelta democrática tan poco pertinente. Pero, dos semanas más tarde, la revuelta estallaba en la propia capital austríaca. Metternich escapó de la multitud por la puerta trasera de su palacio, y el emperador de Austria, Fernando I, tuvo que dar a sus súbditos una Constitución que recogía la mayoría de principios revolucionarios que su primer ministro había intentado suprimir durante los últimos treinta y tres años.

Estos sucesos conmocionaron a toda Europa. Hungría se declaró independiente e inició una guerra contra los Habsburgo. Aquel conflicto entre fuerzas desiguales duró más de un año. Finalmente, la revuelta fue ahogada por las tropas del zar Nicolás I, que cruzó los Cárpatos y reinstauró la autocracia en Hungría. Los austríacos constituyeron tribunales de guerra especiales y ahorcaron a casi todos los patriotas húngaros a los que no habían podido vencer en el campo de batalla.

En Italia, la isla de Sicilia se declaró independiente de Nápoles y echó al rey Borbón. En los Estados Pontificios, el primer ministro Rossi fue asesinado y el Papa tuvo que huir del país. Volvió al cabo de un año a la cabeza de un regimiento francés que se quedó en Roma para proteger a su santidad de sus súbditos hasta 1870,

fecha en que Francia llamó a sus tropas para que la protegieran de los prusianos y Roma se convirtió en la capital de Italia. En el Norte, Milán y Venecia se alzaron contra el ocupante austríaco. El rey Carlos Alberto de Cerdeña y del Piamonte apoyaba la revuelta, pero un potente ejército austríaco comandado por Radetzky entró en el valle del río Po y derrotó a los sardos cerca de Custoza y Novara, obligando al rey Carlos Alberto a abdicar en su hijo Víctor Manuel, que unos años más tarde se convertiría en el primer rey de una Italia unida.

En Alemania, los disturbios de 1848 se convirtieron en una gran manifestación nacional a favor de la unidad política y una forma de gobierno representativo. Fue en Baviera cuando unos estudiantes universitarios furiosos echaron al rey Luis I de Baviera, que había malgastado su tiempo y su dinero en una mujer irlandesa que se hacía llamar Lola Montes porque quería pasar por bailarina española y que, al final, acabó enterrada en el cementerio de los pobres de Nueva York. En Prusia, el pueblo obligó al rey a descubrirse ante los ataúdes de la gente que había muerto en la rebelión popular y a prometer una constitución. Finalmente, en marzo de 1849, un Parlamento alemán compuesto por quinientos cincuenta delegados de todo el país se reunió en Fráncfort y propuso que el rey Federico Guillermo de Prusia fuera proclamado emperador de una Alemania unida.

Entonces, la marea revolucionaria empezó a retroceder. El incompetente Fernando abdicó en su sobrino Francisco José. El bien entrenado ejército austríaco había permanecido fiel a su señor

de la guerra. Se ahorcaba a demasiada gente y los Habsburgo, que parecían tener tantas vidas como los gatos, volvieron a la escena. Rápidamente reforzaron su posición y controlaron Europa. Jugaron a la política con gran acierto y utilizaron las envidias entre los reinos germanos para evitar que el rey de Prusia fuera elevado a la categoría de emperador. Un largo entrenamiento en el arte de sufrir derrotas les había enseñado a valorar la paciencia. Sabían esperar. Esperaron hasta que llegara el momento propicio para actuar y, mientras los liberales, nada diestros en política aplicada, hablaban y hablaban embriagándose con sus magníficos discursos, los austríacos reunieron fuerzas, disolvieron el Parlamento de Fráncfort y restablecieron la antigua e impracticable Confederación germánica que el Congreso de Viena había impuesto a un mundo confiado.

Entre quienes habían formado parte de aquel extraño Parlamento de soñadores se encontraba un noble prusiano llamado Bismarck, que había hecho buen uso de la vista y el oído. Detestaba la oratoria. Como todas las personas de acción, estaba convencido de que hablando nunca se llega a nada. A su manera, era un patriota honesto. Se había educado en la vieja escuela diplomática y sabía superar a sus contrarios con mentiras de la misma manera que los superaba al caminar, al beber y al montar.

Bismarck creía que, para poder competir contra las potencias europeas, la confederación de pequeños estados germánicos se debía transformar en un único Estado. Educado en los valores de la lealtad feudal, decidió que el nuevo Estado tenía que recaer sobre la dinastía Hohenzollern, de la cual era un sirviente fiel, en vez de

sobre los incompetentes Habsburgo. Para ello debía acabar con el dominio austríaco y empezó a preparar el terreno para tan dolorosa operación.

Mientras tanto, en Italia habían resuelto el problema que tenían y habían echado al opresor austríaco. La unión de Italia fue producto del trabajo de tres hombres: Cavour, Mazzini y Garibaldi. Cavour, el ingeniero civil, miope de gafas de montura metálica, fue quien movió los hilos políticos cuidadosamente. Mazzini, que había pasado la mayor parte de su vida exiliado en diferentes países europeos, escondiéndose de la policía austríaca, fue el agitador del pueblo. Y Garibaldi, con su ejército de jinetes vestidos con camisas rojas, desató la imaginación popular.

Mazzini y Garibaldi querían una república. Sin embargo, Cavour era monárquico y los otros dos, que reconocían su mayor capacidad en asuntos de política práctica, aceptaron su decisión y sacrificaron sus deseos personales en beneficio de su querida patria.

Cavour se inclinó por la casa de Cerdeña, al igual que Bismarck lo había hecho por la dinastía Hohenzollern. Con gran prudencia y astucia se puso a trabajar para poner al rey sardo en una posición en la que pudiera asumir el liderazgo de todo el pueblo italiano. La agitada situación política en que se encontraba el resto de Europa lo ayudó enormemente y ningún país contribuyó tanto a la independencia de Italia como su vieja y querida, aunque a veces odiada, vecina Francia.

En noviembre de 1852, en aquel turbulento país, la república se había acabado de forma repentina, aunque no inesperada. Napoleón

III, hijo de Luis Bonaparte, que había sido rey de Holanda y sobrino pequeño de un gran tío, había restablecido el Imperio y se había proclamado emperador «por la gracia de Dios y el deseo del pueblo». Aquel joven, que se había educado en Alemania y que hablaba francés con acento alemán —al igual que el primer Napoleón siempre habló la lengua de su país adoptivo con un marcado acento italiano—, rentabilizó la reputación de su apellido al máximo. Pero tenía muchos enemigos y no se sentía nada seguro en el trono. Se había ganado la amistad de la reina Victoria de Inglaterra, pero aquello no tuvo mucho mérito, ya que la buena reina no era particularmente despierta y le encantaba que la halagasen. Los demás soberanos europeos sentían desdén por el emperador francés y pasaban noches en vela ideando nuevas maneras de demostrar a aquel insolente lo mucho que lo detestaban.

Napoleón III estaba obligado a buscar una manera de romper aquella oposición, ya fuera a través de la estimación o del miedo. Sabía perfectamente que la palabra «gloria» aún fascinaba a sus súbditos, así que decidió apostarse el trono a todo o nada jugando al Imperio. Usó un ataque de Rusia a Turquía como excusa para iniciar la guerra de Crimea, donde Inglaterra y Francia se enfrentaron al zar para defender al sultán. Aquella empresa fue muy costosa y nada rentable; ni Francia, ni Inglaterra ni Rusia sacaron ningún provecho.

Pero la guerra de Crimea resultó positiva para alguien, ya que dio a Cerdeña la oportunidad de alistarse voluntaria en el lado vencedor,

de manera que, cuando llegó la paz, Cavour pudo pedir una muestra de gratitud a Inglaterra y a Francia.

Habiendo hecho uso de la situación internacional para que Cerdeña fuera reconocida como poder europeo, en junio de 1859, el inteligente italiano provocó una guerra entre Cerdeña y Austria. Se aseguró el apoyo de Napoleón III a cambio de la región de Saboya y de la ciudad de Niza, que era italiana. El ejército francopiamontés derrotó a los austriacos en Magenta y Solferino. Lo que hasta entonces eran provincias y ducados austriacos pasaron a ser el Reino de Italia. Florencia fue la capital de este reino hasta que, en 1870, Francia llamó a las tropas que protegían Roma, capital de los Estados Pontificios, para defenderse de los alemanes. En cuanto se fueron, las tropas sardas entraron en la Ciudad Eterna y la casa de Saboya se instaló en el palacio del Quirinal, que un Papa había hecho construir sobre las ruinas de los baños del emperador Constantino.

El Papa cruzó el río Tíber y se escondió tras los muros del Vaticano, que había sido la residencia de muchos de sus predecesores desde que habían vuelto del exilio de Aviñón en 1377. Protestó enérgicamente contra aquel robo a mano armada y envió cartas a los católicos fieles que estaban inclinados a simpatizar con su causa. Pero, por aquel entonces, ya eran pocos y cada vez fueron menos. Una vez librado de los asuntos de Estado, el Papa pudo dedicar todo su tiempo a cuestiones espirituales y, por encima de las penosas disputas de los políticos europeos, el papado asumió un nuevo papel que resultó muy beneficioso para la Iglesia, ya que la

convirtió en un poder internacional de progreso social y religioso que demostró tener una apreciación de los nuevos problemas económicos mucho más correcta que la mayoría de ramas del protestantismo.

El Congreso de Viena había intentado resolver la cuestión italiana convirtiendo la península en una provincia austríaca, pero no lo consiguió.

El problema alemán seguía sin resolverse y acabó siendo el más complicado de todos. El fracaso de la revolución de 1848 provocó la emigración en masa de los miembros más enérgicos y liberales del pueblo alemán. Aquellos jóvenes se habían refugiado en Estados Unidos, Brasil y las nuevas colonias de Asia y América. En Alemania, el trabajo lo continuó un tipo muy diferente de personas.

En la nueva Dieta que se reunió en Fráncfort tras el colapso del Parlamento alemán y el fracaso de los liberales al intentar establecer un país unido, el Reino de Prusia estaba representado por el mismo Otto von Bismarck que he nombrado hace unos instantes. Por aquel entonces, éste se había ganado la confianza total del rey de Prusia, y eso era todo lo que quería. La opinión del Parlamento y del pueblo prusiano no le interesaban en absoluto. Había asistido en directo a la derrota de los liberales y sabía que no podría deshacerse de Austria sin una guerra, así que se dispuso a fortalecer el ejército prusiano. El Landtag, exasperado por la arrogancia de sus métodos, se negó a darle crédito. Bismarck ni siquiera se molestó en discutir el asunto. Siguió adelante con su idea y aumentó el ejército con los fondos que los nobles y el rey pusieron a su disposición.

Finalmente, buscó una causa que pudiera crear una gran ola de patriotismo en el pueblo alemán.

Los ducados de Schleswig y Holstein, situados al norte de Alemania, habían sido fuente de conflicto desde la Edad Media. Estaban poblados por daneses y alemanes. Los gobernaba el rey de Dinamarca, pero no formaban parte integral del Estado danés, lo cual provocaba numerosos problemas. Por nada del mundo querría hacer revivir esta cuestión aparentemente olvidada que el Tratado de Versalles intentó solucionar con poca fortuna, ya que más tarde Hitler la usaría como excusa para invadir Dinamarca. El caso es que, en aquella época, los alemanes de Holstein insultaban en voz alta a los daneses, mientras los daneses de Schleswig se vanagloriaban de su «nacionalidad» y toda Europa hablaba del problema. Los alemanes, reunidos en sus *Männerchor* (coros masculinos) y *Turnvereins* (gimnasios), escuchaban discursos sentimentalistas sobre «los hermanos perdidos» y las diferentes cancillerías intentaban descubrir de qué iba el asunto, cuando de repente Prusia movilizó a su ejército para «salvar las provincias perdidas». Como Austria, la cabeza oficial de la Confederación germánica, no podía dejar que Prusia actuara sola en un asunto tan importante, las tropas de los Habsburgo también se movilizaron. Las fuerzas conjuntas de las dos grandes potencias cruzaron las fronteras danesas y, tras una valiente resistencia por parte de los daneses, ocuparon los dos ducados. Los daneses pidieron auxilio a Europa, pero los europeos estaban muy ocupados en otros asuntos y dejaron a los daneses a su suerte.

Entonces Bismarck preparó el escenario para el segundo acto de su representación imperial. Usó una disputa por la división del territorio conquistado para iniciar un conflicto con Austria. Los Habsburgo cayeron en la trampa. El nuevo ejército prusiano, creación de Bismarck y sus generales, invadió Bohemia y, en menos de seis semanas, acabaron con las tropas austriacas en Königgrätz y Sadowa. El camino a Viena quedó abierto, pero Bismarck no quería ir demasiado lejos. Sabía que necesitaría amigos en Europa, así que ofreció a los derrotados Habsburgo una paz muy razonable si accedían a abandonar el mando de la Confederación. Fue mucho menos piadoso con la mayoría de los estados germanos pequeños que se habían puesto de lado de los austriacos y los anexionó a Prusia. La mayor parte de los estados del Norte formaron una nueva organización, la llamada Confederación de Alemania del Norte, y la victoriosa Prusia asumió extraoficialmente las riendas del pueblo alemán.

Europa quedó conmocionada ante la rapidez con que se había llevado a cabo el trabajo de consolidación. Inglaterra se mostró indiferente, pero Francia expresó su desacuerdo. El apoyo a Napoleón III iba en recesión. La guerra de Crimea había sido muy costosa y no había conseguido nada.

Una segunda aventura iniciada en el año 1863 acabó desastrosamente para Francia. El ejército francés impuso un gran duque austriaco llamado Maximiliano al pueblo mexicano y lo proclamó emperador. Pero, al ganar los norteamericanos la guerra de Secesión, el Gobierno de Washington obligó a los franceses a retirar

sus tropas. Aquello dio a los mexicanos la oportunidad de echar al enemigo del país y pegarle un tiro al inoportuno emperador.

El trono napoleónico necesitaba algo que supiese a gloria. En unos años, la Confederación de Alemania del Norte sería un rival muy duro para Francia. Napoleón III decidió que una guerra contra Alemania le iría bien a su dinastía. Buscó una excusa y España, pobre víctima de incontables revoluciones, se la dio. Justo en aquella época, el trono español había quedado vacante y había sido ofrecido a la rama católica de la familia Hohenzollern. El Gobierno francés había objetado y los Hohenzollern habían rechazado la corona muy educadamente. Napoleón III, que ya no se encontraba muy bien de salud, estaba muy influenciado por su bella esposa Eugenia de Montijo, hija de un caballero español y nieta de William Kirkpatrick, cónsul estadounidense en Málaga. Eugenia de Montijo, a pesar de ser una mujer astuta, había recibido una educación tan pésima como la mayoría de españolas de aquella época y estaba en manos de sus consejeros espirituales, que no sentían ningún cariño por el rey protestante de Prusia. «Sé valiente», dijo la emperatriz a su marido, pero omitió la segunda parte de aquel famoso proverbio persa que aconseja al héroe «ser valiente, pero no temerario». Napoleón III, convencido de la fuerza de su ejército, se dirigió al rey de Prusia y lo conminó a asegurarle que «nunca permitiría que un príncipe de la familia Hohenzollern subiera al trono español». Como los Hohenzollern acababan de rechazar tal honor, la demanda era superflua, y Bismarck se lo comunicó al Gobierno francés. Pero Napoleón III no quedó satisfecho.

Corría el año 1870 y el rey Guillermo I de Prusia se encontraba en el balneario de Ems. Cierta día, un ministro francés se le acercó e intentó reabrir la discusión. Muy educadamente, el rey le dijo que hacía un día espléndido, que el asunto español estaba cerrado y que no cabía añadir nada más al respecto. Como era costumbre, se telegrafió el contenido de la conversación a Bismarck, que llevaba la política exterior. Bismarck arregló el texto y lo transmitió a la prensa de Prusia y Francia. Mucha gente se le tiró encima por haber hecho aquello. Pero Bismarck se podía excusar argumentando que todos los gobiernos civilizados del mundo, desde tiempos inmemorables, habían controlado las fuentes de información oficial. Cuando el telegrama «arreglado» fue publicado en Berlín, la población pensó que su anciano y venerable rey de simpáticos bigotes blancos había sido insultado por un pequeño francés arrogante y, cuando apareció en París, los franceses se enfurecieron porque el desgraciado rey prusiano había dado con la puerta en las narices a su educadísimo ministro.

Así que los dos países fueron a la guerra y, en menos de dos meses, Napoleón III y su ejército eran prisioneros de los alemanes. El segundo Imperio había acabado y la tercera república se preparaba para defender París del invasor. La ciudad se defendió durante cinco meses. Diez días antes de la rendición, en el cercano palacio de Versalles, construido por aquel rey Luis XIV que había sido un peligroso enemigo para los alemanes, el rey de Prusia fue proclamado públicamente emperador de Alemania y unos fuertes disparos de escopeta anunciaron a los hambrientos parisinos que

un nuevo Imperio germano había sustituido a la vieja e inofensiva Confederación.

De esta manera tan violenta acabó el problema alemán. A finales de 1871, cincuenta y seis años después del memorable encuentro de Viena, el trabajo del Congreso quedaba totalmente destruido. Metternich, Alejandro I y Talleyrand intentaron dar a Europa una paz duradera. Los métodos que emplearon provocaron incontables guerras y revoluciones. El sentimiento de hermandad del siglo XVIII dio paso a una época de nacionalismo exacerbado que aún no ha acabado.

Capítulo 57

La era de la máquina

Mientras los pueblos europeos luchaban por la independencia nacional, el mundo en el que vivían había cambiado totalmente gracias a una serie de inventos que convirtieron a la máquina de vapor del siglo XVIII en el esclavo más fiel y eficiente del ser humano.

Los más grandes benefactores de la especie humana murieron hace medio millón de años. Eran unos seres peludos con las cejas bajas y los ojos hundidos, una gran mandíbula y fuertes colmillos como el tigre. No habrían quedado muy bien en una reunión de científicos modernos, pero éstos los recibirían en calidad de maestros. Pues los hombres prehistóricos podían romper una nuez con una piedra y levantar un peso pesado con la ayuda de un palo. Son los inventores del martillo y de la palanca, nuestras primeras herramientas, y dieron al ser humano mayor ventaja sobre los demás animales con los que él comparte el planeta.

Desde entonces, el ser humano ha intentado hacerse cada vez la vida más fácil gracias a un sinfín de herramientas. La primera rueda (un disco tallado de un árbol caído) hizo progresar tanto a la sociedad de hace cien mil años a. C. como el avión ha hecho progresar a la nuestra.

Se cuenta que, en el año 1830, el director de la Oficina de Patentes de Washington sugirió cerrar el establecimiento porque «ya se había inventado todo lo que se podía inventar». Algo similar debieron de sentir en la prehistoria cuando consiguieron poner una vela a una

balsa para desplazarse sin necesidad de remar, impulsarse con perchas o sirgar.

Efectivamente, uno de los capítulos más interesantes de la historia es el dedicado al esfuerzo de los seres humanos porque otras cosas hagan el trabajo por ellos y así poder disfrutar de tiempo libre para sentarse al sol, pintar dibujos en las rocas o domesticar lobatos y crías de tigre.

Claro que, en tiempos remotos, siempre era posible esclavizar a alguien más débil y obligarlo a realizar las tareas pesadas de la vida. Si los griegos y los romanos, que eran tan inteligentes como nosotros, no inventaron maquinaria más sofisticada fue precisamente porque la esclavitud estaba muy extendida en aquella época. ¿Para qué iba a perder un gran matemático su tiempo en cables, poleas y ruedas dentadas, además de llenar el aire de ruido y humo, cuando podía ir al mercado y comprar todos los esclavos que necesitara por muy poco dinero?

En la Edad Media se había abolido la esclavitud y sólo persistía un tipo de servidumbre, pero los gremios se oponían al uso de maquinaria porque pensaban que dejaría a muchos miembros de su hermandad sin trabajo. Además, en la Edad Media no interesaba producir en grandes cantidades. Los sastres, los carpinteros y los alfareros ya producían los bienes necesarios para su comunidad y no tenían intención de competir con sus vecinos o de producir más de lo que era estrictamente necesario.

En el Renacimiento, cuando la Iglesia ya no podía imponer sus prejuicios contra la investigación científica con la misma rigidez de

antes, un gran número de personas empezó a dedicar la vida a las matemáticas, la astronomía, la física y la química. Dos años antes del inicio de la guerra de los Treinta Años, un escocés llamado John Neper publicó un librito en el que describía la invención de los logaritmos. Durante la guerra, Leibniz de Leipzig perfeccionó el cálculo infinitesimal. Ocho años antes de la firma de la paz de Westfalia, nació Newton, el gran filósofo inglés de la escuela naturalista, y aquel mismo año murió Galileo, el astrónomo italiano. Mientras tanto, la guerra de los Treinta Años había destruido Europa central y se produjo un repentino interés por la alquimia, aquella extraña pseudociencia de la Edad Media que pretendía convertir los metales en oro. Aquello resultó ser imposible, pero en sus laboratorios los alquimistas dieron con un montón de ideas interesantes que ayudaron enormemente a los químicos que los sucederían.

El trabajo de todos estos hombres dio al mundo una base científica sólida a partir de la cual se podían construir las máquinas más complicadas. Cierta número de inventores hizo un buen uso de ella. En la Edad Media se utilizaba madera para construir la poca maquinaria necesaria, pero ésta se desgastaba pronto. El hierro era un material mucho más duradero, aunque era escaso en toda Europa excepto en Inglaterra. Así que allí estaba la mayor parte de las fundiciones. Para fundir hierro había que hacer grandes fuegos. Al principio, éstos se hacían con madera, pero los bosques se agotaron rápidamente. Así que se empezó a usar carbón mineral, o sea, madera prehistórica petrificada. El problema era que, como

sabéis, el carbón debe extraerse de la profundidad de las minas y transportarse a los hornos, además hay que evitar que el agua entre en las minas para que estén secas.

Aquellos dos problemas se tenían que solucionar inmediatamente. Podían usarse caballos para arrastrar los vagones de carbón, pero la cuestión del bombeo de agua requería de maquinaria especial. Diversos inventores se dedicaron a resolverlo. Todos sabían que la máquina debía usar vapor. La idea de la máquina de vapor era muy antigua. Herón de Alejandría, que vivió en el siglo I a. C., describió diversos tipos de máquina de vapor. Los renacentistas jugaron con la idea de carros de combate movidos por vapor. En su libro de inventos, el marqués de Worcester, contemporáneo de Newton, habla de una máquina de vapor. Un poco más tarde, en el año 1698, el londinense Thomas Savery patentó una bomba de agua. Al mismo tiempo, el holandés Christiaan Huygens intentaba perfeccionar un motor de explosión que utilizara pólvora parecido a los motores de gasolina actuales.

En toda Europa se intentaba desarrollar la idea. El francés Denis Papin, amigo y ayudante de Huygens, experimentaba con máquinas de vapor en diversos países. Inventó un vagón que se movía a vapor y un barco con una rueda de paletas. Pero, cuando intentó poner en marcha este último, las autoridades se lo confiscaron porque habían recibido una queja del gremio de bateleros, que temían que aquel barco les privara de su medio de subsistencia. Al final, Papin murió en Londres en la pobreza más extrema porque se había gastado todo el dinero que tenía en sus inventos. A su muerte, ya había otro

apasionado de la mecánica, Thomas Newcomen, trabajando en una bomba de vapor. Cincuenta años más tarde, la máquina fue mejorada por James Watt, un ingeniero de Glasgow, que en 1777 dio al mundo la primera máquina de vapor con utilidad práctica.

Durante los siglos en que se experimentó con la «máquina de calor» la política del mundo cambió enormemente. Los ingleses habían sustituido a los holandeses en el transporte de mercancías. Habían establecido nuevas colonias, de donde obtenían materias primas que transformaban en productos manufacturados en Inglaterra y, luego, vendían en todas partes del mundo. En el siglo XVII, Georgia y las Carolinas empezaron a cultivar un arbusto que daba una extraña sustancia borrosa, la llamada «borra de algodón». El algodón se enviaba a Inglaterra para que lo tejieran en Lancashire. Al principio, los trabajadores lo tejían a mano en sus casas, pero pronto se empezó a mecanizar el proceso. En 1730, John Kay inventó la lanzadera volante. En 1770, James Hargreaves patentó la máquina de hilar de husos múltiples. El estadounidense Eli Whitney inventó la desmotadora de algodón, que separaba el algodón de las semillas, un trabajo que hasta entonces se hacía a mano cobrando sólo una libra diaria. Finalmente, Richard Arkwright y el reverendo Edmund Cartwright inventaron unas grandes tejedoras automáticas que funcionaban con energía hidroeléctrica. Posteriormente, en los años ochenta del siglo XVIII, justo cuando los Estados Generales franceses que revolucionarían el sistema político europeo habían empezado a reunirse, se adaptaron las máquinas de Watt a las tejedoras de Arkwright y aquello fue el

inicio de una revolución económica y social que cambió el mundo entero.

En cuanto se demostró que los motores estacionarios funcionaban, los inventores centraron la atención en el problema de la propulsión de barcos y coches con ayuda mecánica. El propio Watt había diseñado una locomotora de vapor pero, antes de que pudiera perfeccionar su idea, en 1804 Richard Trevithick construyó una locomotora capaz de transportar una carga de veinte toneladas en Penydarran, el distrito minero de Gales.

Al mismo tiempo, un joyero y pintor estadounidense llamado Robert Fulton se encontraba en París intentando convencer a Napoleón de que con su submarino, el *Nautilus*, y su barco de vapor, los franceses podrían acabar con la supremacía naval de los ingleses.

Fulton no había sido el primero en idear un barco de vapor. Sin duda le había copiado la idea a John Fitch, un genio de la mecánica de Connecticut, cuyo barco de vapor inteligentemente construido había navegado por el río Delaware en 1787. Pero Napoleón y sus consejeros científicos no creyeron que aquel barco pudiera funcionar en la práctica y, a pesar de que el motor escocés del barquito bramó alegremente por el Sena, el gran emperador no quiso aprovechar aquella arma formidable que quizá le habría permitido vengarse de la derrota de Trafalgar.

Así que Fulton volvió a Estados Unidos y, como era un hombre de negocios, montó una empresa de barcos de vapor con Robert R. Livingston, uno de los firmantes de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, que era embajador de su país en Francia

cuando Fulton estaba allí intentando vender su invento. El primer barco de vapor de la empresa, el *Clermont*, al que se concedió la navegación en exclusiva en el Estado de Nueva York, equipado con un motor construido por Boulton y Watt de Birmingham, dio un servicio regular entre la ciudad de Nueva York y la de Albany desde 1807.

Mientras tanto, el pobre John Fitch, que había sido el primero en usar el barco de vapor con fines comerciales, murió tristemente. Le quedaba poca salud y poco dinero cuando se arruinó por completo, al quedar destruido su quinto barco de propulsión a hélice. Sus vecinos se rieron de él igual que lo harían los del profesor Langley cien años más tarde cuando éste construyó una extraña máquina voladora. Fitch había intentado facilitar la navegación por los grandes ríos del oeste en beneficio de su país y, en cambio, sus compatriotas prefirieron seguir viajando en barcos de vela o a pie. En 1798, totalmente desesperado y arruinado, se envenenó. Pero veinte años después, el *Savannah*, un barco de vapor de seis toneladas que iba a una velocidad de seis nudos por hora (un siglo después el *Mauritania* sólo iba cuatro veces más rápido), salió de Savannah, en la costa este de Estados Unidos, y cruzó el océano para llegar a Liverpool en un tiempo récord de veinticinco días. Aquello acabó con las burlas de la multitud que, ya entusiasmada con el invento, otorgó el mérito al hombre equivocado.

Seis años más tarde, un inglés llamado George Stephenson, que construía locomotoras para transportar el carbón de las minas a los hornos de las fundiciones y las fábricas de algodón, inventó su

famosa «máquina de viajar» que redujo el precio del carbón en un setenta por ciento e hizo posible establecer el primer servicio regular de pasajeros entre Manchester y Liverpool en un tren que viajaba a la increíble velocidad de 20 kilómetros por hora. En 1920 cualquier motor, por pequeño que fuera, descendiente de las máquinas inventadas por Daimler y Levassor en 1880, tenía un rendimiento muy superior al de aquellas primeras locomotoras.

Mientras los ingenieros perfeccionaban las «máquinas de vapor», un grupo de científicos «puros» —personas que dedican catorce horas al día al estudio de los principios «teóricos» de la ciencia sin los que la práctica no podría progresar— seguía una pista que prometía llevarlo a las regiones más ocultas y secretas de la naturaleza.

Dos mil años antes, algunos filósofos griegos y romanos — particularmente Tales de Mileto y Plinio, que murió en el año 79 cuando estaba estudiando la erupción del Vesubio que enterró las ciudades de Pompeya y Herculano— habían notado que la paja y las plumas de ave se comportaban extrañamente al acercarlas a una barra de ámbar que previamente había sido fregada con lana. Los escolásticos de la Edad Media no se interesaron por aquel misterioso poder «eléctrico». Pero, en el Renacimiento, William Gilbert, el médico particular de la reina Isabel I de Inglaterra, escribió un famoso tratado sobre el comportamiento de los imanes. Durante la guerra de los Treinta Años, Otto von Guericke, burgomaestre (como un magistrado municipal) de Magdeburgo e inventor de la bomba de aire, construyó la primera máquina eléctrica. Durante los cien años siguientes, un gran número de

científicos se dedicó al estudio de la electricidad. Al menos tres de ellos inventaron la famosa botella de Leiden en 1795. Al mismo tiempo, Benjamín Franklin, uno de los genios universales de la historia de Estados Unidos, también centraba su atención en este tema. Franklin descubrió que el rayo y la chispa eléctrica eran manifestaciones de la misma fuerza y prosiguió sus estudios sobre la materia hasta el final de su atareada vida. Luego llegó Volta con su famosa «pila eléctrica» y Galvani, Day, el profesor danés Hans Christian Oersted, Ampère, Arago y Faraday, los cuales fueron en busca de la verdadera naturaleza de las fuerzas eléctricas.

Todos estos científicos dieron al mundo grandes descubrimientos. Samuel Morse que, igual que Fulton, empezó siendo artista, pensó que se podía usar aquella nueva corriente eléctrica para transmitir mensajes de una ciudad a otra. Su intención era utilizar un cable de cobre y una máquina que había inventado. La gente se rió de él. Morse tuvo que financiar los experimentos con su propio dinero, se arruinó *y* la gente se rió aún más de él. Entonces pidió dinero al Congreso y un comité de comercio especial le prometió financiación. Pero los miembros del Congreso no estaban interesados en su proyecto y Morse tuvo que esperar doce años para que le dieran una pequeña ayuda. Con aquel dinero construyó un «telégrafo» entre Baltimore y Washington. En 1837, en la Universidad de Nueva York, demostró que el telégrafo funcionaba. Finalmente, el 24 de mayo de 1844, se envió el primer mensaje a larga distancia entre las dos ciudades. A partir de ese momento, el mundo quedó inundado de cables telegráficos que permitían enviar mensajes entre Europa y

Asia en unos segundos. Veintitrés años después, Alexander Graham Bell usó la corriente eléctrica para inventar el teléfono. En 1901 Marconi inventó un nuevo sistema para enviar mensajes que acabó con los cables de cobre.

Mientras Morse, de Nueva Inglaterra, trabajaba en el telégrafo, Michael Faraday, de Yorkshire (Inglaterra), construía la primera dinamo. Los trabajos que condujeron a la construcción de aquel aparato fueron completados en 1831, cuando Europa aún temblaba por las grandes revoluciones de julio que habían perturbado tan profundamente los planes del Congreso de Viena. La dinamo creció y creció. Gracias a ese invento, hoy tenemos calefacción y luz—gracias también a las bombillas que Edison, trabajando sobre experimentos franceses e ingleses, inventó en 1878—, además de electricidad para alimentar todo tipo de máquinas. Se empezó a albergar la esperanza de que algún día el motor eléctrico acabara con el «motor de calor», igual que en tiempos remotos los animales prehistóricos más evolucionados habían acabado con aquellos que eran menos eficientes.

El día era muy esperado porque el motor eléctrico que funciona con energía hidroeléctrica es un sirviente limpio y agradable de la humanidad, mientras que el «motor de calor», la maravilla del siglo XVIII, era un animal ruidoso y sucio, que llenaba el mundo de humo, polvo y cenizas, y había que alimentarlo constantemente con carbón que se extraía de minas con gran peligro para los mineros.

Si fuera novelista y no historiador describiría el día feliz en que la última locomotora de vapor fue llevada al Museo de Historia Natural

a descansar junto a los esqueletos de los dinosaurios, los pterodáctilos y otros animales extinguidos de tiempos remotos.

Capítulo 58

La revolución social

Las máquinas nuevas eran muy caras y sólo los ricos podían comprarlas. Los carpinteros y los zapateros, que trabajaban en sus talleres y eran sus propios jefes, se vieron obligados a trabajar para los dueños de la gran maquinaria y, aunque ganaban más dinero, habían perdido su independencia y no les gustaba

Antes de la aparición de las máquinas, realizaban los trabajos artesanos independientes que se pasaban el día en un pequeño taller situado en los bajos de su casa. Los artesanos tenían herramientas propias, estiraban de las orejas a sus aprendices y, dentro de los límites prescritos por los gremios, administraban su negocio como les parecía. Llevaban una vida sencilla y trabajaban muchas horas, pero eran sus jefes. Si un día se levantaban y les apetecía ir a pescar porque hacía buen tiempo, iban a pescar y nadie les decía nada.

Pero, con la introducción de las máquinas, esto cambió. Una máquina no es otra cosa que una herramienta muy grande y sofisticada. Un tren se asemeja a un par de piernas que van muy rápido y no se cansan, y una prensa que alisa grandes placas de hierro en realidad es un puño enorme hecho de acero.

La diferencia está en que, mientras prácticamente todo el mundo puede conseguir un buen par de piernas y un puño fuerte, un tren, una prensa y una fábrica de tejido son herramientas muy caras que no pertenecen a una sola persona, sino a una empresa formada por

un grupo de empresarios que han invertido cierta cantidad de dinero y que, luego, se reparten los beneficios según el porcentaje de dinero total que había puesto cada uno para comprar el tren o la fábrica.

Cuando las máquinas mejoraron y fueron tanto útiles como rentables, los fabricantes de aquellas grandes herramientas empezaron a buscar clientes que se las pudieran pagar al contado.

A principios de la Edad Media, cuando la tierra constituía casi la única forma de riqueza, los nobles eran los únicos que eran considerados ricos. En cambio, como ya os he explicado, el oro y la plata que poseían eran insignificantes. El sistema económico de la época se basaba en el trueque, el intercambio de vacas por caballos y de huevos por miel. Con las cruzadas, los burgueses acumularon riquezas gracias al renacimiento del comercio entre Oriente y Occidente, convirtiéndose en serios rivales de los señores feudales y los caballeros.

La Revolución francesa acabó con el patrimonio de la nobleza e incrementó notablemente el de la clase media o «burguesía». Los años de incertidumbre que siguieron a la gran Revolución brindaron a la clase media la oportunidad de conseguir algo más que la parte que les tocaba de los bienes materiales del mundo. La Convención confiscó parte de las tierras de la Iglesia y las vendió en subasta pública. Hubo muchas artimañas. Los especuladores compraron miles de hectáreas de valiosa tierra, durante las guerras napoleónicas monopolizaron el comercio de grano y pólvora y acumularon más riqueza de la que necesitaban estrictamente para

sufragar los gastos de su familia; así que luego se pudieron permitir el lujo de construir fábricas y contratar a gente que trabajara con la maquinaria.

Esto provocó un cambio súbito en la vida de cientos de miles de personas. En pocos años, muchas ciudades doblaron su población y aquel casco antiguo que había sido el verdadero «hogar» de los ciudadanos quedó rodeado de barriadas construidas precariamente con materiales baratos, donde los obreros dormían tras trabajar de once a trece horas en la fábrica, a la que volvían en cuanto sonaba la sirena.

En el campo, todo el mundo hablaba de las fabulosas cantidades de dinero que se podían acumular en las ciudades. Los campesinos jóvenes, acostumbrados a la vida al aire libre, emigraron a las ciudades, y pronto perdieron la salud en aquellos talleres mal ventilados, llenos de humo, polución y suciedad, y lo único que consiguieron fue morir en un hospicio o, los afortunados, en un hospital.

Claro está que el paso de tanta gente del campo a la fábrica no estuvo exento de oposición. Como una máquina hacía el trabajo de cien personas con la ayuda de una sola, a las noventa y nueve restantes, que se quedaron sin trabajo, no les gustó el progreso. Frecuentemente se producían ataques contra las fábricas y se quemaban las máquinas, pero, como desde el siglo XVII existían compañías aseguradoras, en general las empresas estaban bien protegidas contra tales pérdidas. Pronto se instalaron máquinas más nuevas y mejores, y alrededor de las fábricas se erigieron vallas

protectoras que acabaron con las revueltas. Los antiguos gremios no pudieron sobrevivir en aquel mundo de hierro y máquinas de vapor. Se extinguieron y entonces los obreros se organizaron en sindicatos. Pero los dueños de las fábricas, que en todos los países tenían mucho poder sobre los políticos debido a su riqueza, se dirigieron al Parlamento y consiguieron que se aprobasen leyes que prohibían la existencia de los sindicatos alegando que interferían en la «libertad de acción» de los trabajadores.

No querría que pensarais que los parlamentarios que aprobaron aquellas leyes eran tiranos perversos. Al contrario, provenían de un período revolucionario donde todo el mundo hablaba de «libertad» y en el que la gente llegaba a matar a su vecino porque no sentía una pasión por la libertad tan fuerte como debería haber sentido. Dado que la «libertad» era el bien máspreciado del ser humano, no se podía aceptar que los sindicatos dictasen a sus miembros el número de horas que podían trabajar y el salario que tenían que pedir. El trabajador debía gozar de «libertad para vender sus servicios en el libre mercado» y el patrón debía ser igualmente «libre» para dirigir su negocio como creyera conveniente. La época del sistema mercantil, en el que un estado regulaba la industria y el comercio, llegaba a su fin. El nuevo credo de «libertad » demandaba que los estados se mantuvieran totalmente al margen y dejaran que el comercio siguiera su camino libremente.

La última mitad del siglo XVIII no sólo fue una época de cambios políticos e intelectuales, también la teoría económica se modificó para adaptarse mejor a los tiempos. Varios años antes del estallido

de la Revolución francesa, Turgot, uno de aquellos ministros de Economía de Luis XVI que fracasaron en el intento de sanear las arcas francesas, predicó la nueva doctrina llamada «liberalismo económico». Turgot vivía en un país donde había demasiada burocracia, demasiadas normas y demasiados funcionarios. Así que escribió: «Acabemos con tal exceso de vigilancia oficial, dejemos que la gente lo haga como quiera, y pronto todo marchará bien». Rápidamente su *laissez faire* se convirtió en el grito de batalla de muchos economistas de la época.

Al mismo tiempo, el escocés Adam Smith trabajaba en su gran libro *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, donde hizo otro llamamiento a la «libertad» y a los «derechos naturales del comercio». Treinta años después, tras la caída de Napoleón, cuando las potencias reaccionarias se reunieron en Viena, la libertad que se negó al pueblo en cuestiones políticas se impuso sobre él en cuestiones laborales.

Como he dicho al principio del capítulo, la generalización de la máquina fue muy beneficiosa para los estados, cuyas riquezas aumentaron rápidamente. La máquina hizo posible que un solo país, Inglaterra, soportara todo el peso de las guerras napoleónicas. Los capitalistas, o sea, quienes proporcionaban el dinero para comprar las máquinas, hicieron grandes beneficios. Se volvieron ambiciosos, empezaron a interesarse por la política y a competir contra la aristocracia terrateniente que aún ejercía gran influencia en el gobierno de la mayoría de los países europeos.

En Inglaterra, los parlamentarios todavía eran escogidos según un decreto real del año 1265 y un gran número de núcleos industriales de creación reciente no tenía representación. En 1832 se aprobó la ley de Reforma Electoral, que cambió el sistema de votos y dio a los empresarios más influencia sobre el poder legislativo. Sin embargo, aquello causó gran descontento entre los millones de obreros que seguían sin voz ni voto en el Gobierno. Así que iniciaron una revuelta por el derecho a votar. Redactaron sus peticiones en un documento conocido con el nombre de Carta del Pueblo. El debate sobre la Carta se empezó a hacer cada vez más violento. Aún no había concluido cuando estallaron las revoluciones de 1848. Atemorizado por la amenaza de una nueva sublevación jacobina violenta, el Gobierno inglés puso al duque de Wellington, que ya había cumplido ochenta años, al mando de un ejército y pidió que la gente se alistara voluntariamente a él. Se declaró el estado de excepción en Londres y el ejército se preparó para suprimir la revolución que se avecinaba.

Pero el movimiento de los cartistas se sofocó a sí mismo por falta de líderes y, finalmente, no se produjeron escenas de violencia. La nueva clase de empresarios adinerados —no quiero emplear la palabra « burguesía » en este sentido, me la hicieron aborrecer de tanto usarla los apóstoles del nuevo orden comunista— ganó poder sobre el Gobierno y la industria siguió transformando grandes extensiones de pastos y campos de trigo en terribles suburbios industriales que hoy siguen dando la bienvenida al visitante de la mayoría de las grandes ciudades europeas.

Capítulo 59

La emancipación

La implantación de la máquina no condujo a la felicidad y la prosperidad que imaginaban quienes habían presenciado la sustitución del coche de caballos por el tren. Algunos sugirieron diversos remedios, pero ninguno de ellos acabó de funcionar

En 1831, justo antes de que en Inglaterra se aprobara la ley de Reforma Electoral de la que os he hablado en el capítulo anterior, el inglés Jeremy Bentham, estudioso de la ley y uno de los reformadores políticos más conocidos de la época, escribió a un amigo: «Para ser feliz hay que hacer que los demás sean felices. Para que los demás sean felices tienen que creer que los quieres. Para que crean que los quieres, debes quererlos de verdad». Jeremy era un hombre íntegro que decía lo que pensaba, y miles de compatriotas suyos compartían sus opiniones. Se sentían responsables de la felicidad de los menos afortunados e intentaban ayudarlos de corazón. Y la verdad, ya era hora de hacer algo.

La doctrina del liberalismo económico —el *laissez faire* de Turgot— había sido muy beneficiosa para una sociedad en la que las restricciones heredadas de la época medieval imposibilitaban la actividad industrial. Pero luego la «libertad», que llegó a ser la ley suprema del mundo, se convirtió en un monstruo. El horario de los trabajadores en la fábrica estaba limitado por su resistencia física. Las mujeres debían sentarse ante el telar hasta desmayarse de cansancio. A los niños de cinco y seis años se los llevaba a trabajar

a las fábricas de tejidos de algodón para que estuvieran a salvo de los peligros de la calle y no iniciaran una vida de maleantes. Se aprobó una ley que obligaba a los hijos de los pobres a trabajar bajo la amenaza de que los encadenarían a las máquinas si no lo hacían. A cambio de sus servicios les daban un poco de comida para que no murieran de hambre y una especie de pocilga para descansar de noche. Estaban tan cansados que a menudo se dormían en el trabajo. Para mantenerlos despiertos había un capataz que se paseaba con un látigo por la fábrica y les pegaba en los nudillos cuando se distraían del trabajo. Naturalmente, en aquellas circunstancias morían miles de niños. Era muy triste, y los amos de las fábricas, que al fin y al cabo eran seres humanos y tenían corazón, deseaban sinceramente acabar con la «explotación infantil». Pero, como los seres humanos eran «libres» de hacer lo que quisieran, los niños también lo eran. Además, en caso de que el señor Jones se hubiera negado a emplear a niños de cinco y seis años, los habría contratado su rival el señor Stone, y el señor Jones se habría ido a la quiebra. Así que quienes pensaban como el señor Jones no podían prescindir de los niños hasta que el Parlamento no aprobara una ley que prohibiese emplear a niños.

Pero, como el Parlamento no estaba controlado por la aristocracia terrateniente —que despreciaba a los propietarios de las fábricas y a su dinero— sino que se encontraba bajo control de los representantes de los núcleos industriales, y como la ley no permitía a los trabajadores unirse en sindicatos, se conseguían pocas mejoras. Por supuesto, la gente despierta y decente de aquel tiempo

se daba cuenta de las terribles condiciones en las que vivían los trabajadores, pero no podía hacer nada. La máquina había conquistado el mundo por sorpresa, de modo que tuvo que pasar mucho tiempo y el empeño de miles de hombres y mujeres nobles para ponerla en el lugar que le correspondía: el de ser sirviente del ser humano y no su amo.

Curiosamente, el primer ataque contra el atroz sistema de empleo que se practicaba en todas partes del mundo se produjo para liberar a los esclavos negros de África y América. La esclavitud había llegado al continente americano con los españoles. Estos habían intentado explotar a los amerindios en el campo y en las minas pero, en cuanto los alejaban de la vida al aire libre, los indígenas enfermaban y morían; así que, para que sus tribus no se extinguieran, un sacerdote «de buen corazón» sugirió que trajeran africanos para hacer el trabajo. Según él, los negros eran fuertes y resistían los malos tratos. Además, al estar en contacto con los blancos, los negros podrían convertirse al cristianismo y salvar su alma. Aquella solución era «excelente» desde todos los puntos de vista, tanto para el «buen hombre blanco» como para su «ignorante hermano negro». Pero con la introducción de la máquina había aumentado la demanda de algodón y se hacía trabajar más duro a los esclavos negros, que también empezaron a morir como los indios a consecuencia de los malos tratos de sus capataces.

La fama de la crueldad de los capataces se extendió por toda Europa y la gente empezó a pedir la abolición de la esclavitud. En Inglaterra, William Wilberforce y Zachary Macaulay (padre de aquel

gran historiador que escribió una *Historia de Inglaterra* que deberíais leer si queréis saber cuán apasionante puede ser un libro de historia) fundaron una asociación para acabar con la esclavitud. Lo primero que consiguieron fue que el Parlamento inglés aprobara una ley que prohibía el comercio de esclavos. En 1840 ya no quedaba un solo esclavo en las colonias inglesas. La revolución de 1848 acabó con la esclavitud en las colonias francesas. En 1858, los portugueses aprobaron una ley conforme todos los esclavos quedarían liberados en veinte años. Los holandeses abolieron la esclavitud en 1863 y, el mismo año, el zar Alejandro II devolvió a sus siervos la libertad que se les había arrebatado doscientos años antes. En Estados Unidos la cuestión provocó numerosos problemas y condujo a la guerra civil. A pesar de que la Declaración de Independencia había proclamado que «todos los hombres son iguales», se había hecho una excepción con los que tenían la piel oscura y trabajaban en las plantaciones de los estados del Sur. Con el tiempo, el desagrado de la gente del Norte por la institución de la esclavitud fue en aumento y no hacía nada por disimularlo. Pero los sureños alegaban que no podían cultivar el algodón sin ayuda de los esclavos, y el Congreso y el Senado estuvieron casi cincuenta años debatiendo la cuestión con gran virulencia.

El Norte se mantenía firme en su posición y el Sur no quería ceder. Cuando quedó claro que nunca llegarían a un acuerdo, los estados del Sur amenazaron con abandonar la Unión. Aquél fue un momento crucial en la historia del país. Podrían haber pasado muchas cosas. Si no ocurrieron, fue gracias a un gran hombre.

El día 6 de noviembre de 1860, Abraham Lincoln (un abogado autodidacta del Estado de Illinois) fue elegido presidente del país por los republicanos que eran muy fuertes en los estados abolicionistas. Conocía de primera mano la maldad de la esclavitud y su sentido común le decía que en el Norte de América no había lugar para dos naciones rivales. Cuando se segregaron unos cuantos estados del Sur y formaron la Confederación de Estados de América, Lincoln aceptó el reto. Los estados del Norte hicieron un llamamiento a los voluntarios. Cientos de miles de jóvenes respondieron con gran entusiasmo y así empezó una cruenta guerra civil que duraría cuatro años. Bajo la brillante dirección de los generales Lee y Jackson, los estados del Sur, que estaban mejor preparados, vencieron repetidamente a los ejércitos del Norte. Pero entonces el gran poder económico de Nueva Inglaterra y del Oeste empezó a notarse. Un oficial desconocido, llamado Grant, apareció de la nada y se convirtió en el Carlos Martel de la guerra de Secesión. Golpeó con fuerza y sin interrupción a las tropas sureñas, que empezaron a desmembrarse. A principios de 1863, el presidente Lincoln presentó la Proclamación de Emancipación, que liberó a todos los esclavos. En abril de 1865, Lee se rindió en Appomattox. Pocos días más tarde, el presidente Lincoln fue asesinado por un lunático. Pero había finalizado su tarea. A excepción de Cuba, que aún estaba bajo dominio español, ya no quedaba esclavitud en ningún lugar del mundo civilizado.

Sin embargo, mientras los esclavos africanos ganaban la libertad, los obreros europeos «libres» seguían esclavizados. De hecho, a los

historiadores actuales les sorprende que la gran masa de trabajadores, el llamado «proletariado», no muriera de inanición. Vivían en casas muy sucias en barriadas miserables. Comían lo que podían. Sólo iban a la escuela lo necesario para aprender a hacer su trabajo. Si el cabeza de familia moría, su familia se quedaba en la calle. Las destilerías y las cervecerías —que ejercían gran influencia en los parlamentos— les proponían una manera de olvidar sus penas: whisky y ginebra a un precio ridículamente bajo.

Las grandes mejoras conseguidas a partir de 1830 hasta nuestros días no se deben a una sola persona. Los cerebros más prodigiosos de dos generaciones se dedicaron en cuerpo y alma a arreglar los desastrosos desperfectos ocasionados por una mecanización demasiado rápida. La intención de todas aquellas personas no era destruir el sistema capitalista. Esto habría sido absurdo, ya que la riqueza acumulada por una persona, cuando se utiliza sabiamente, puede ser beneficiosa para toda la humanidad. Lo que pretendían era combatir la idea de que puede existir una igualdad verdadera entre la persona de fortuna, que posee fábricas y puede cerrarlas cuando le plazca sin peligro de pasar hambre, y la persona que debe aceptar cualquier trabajo que se le ofrezca y el sueldo que le den, o bien correr el riesgo de morir de hambre junto a su familia.

Así que se luchó por introducir leyes que regularan las relaciones entre los propietarios de las fábricas y los trabajadores. Y poco a poco esto se ha conseguido. Actualmente, casi todos los trabajadores de los países desarrollados están protegidos, se ha reducido el número de horas de jornada laboral a ocho y los niños

van a la escuela en vez de ir a la mina o a cardar algodón a las fábricas textiles.

Hubo otras personas que contemplaban el negro humo que salía de las chimeneas, que oían el traqueteo de los trenes y que veían los almacenes llenos de productos y se preguntaban dónde les iba a llevar aquella incesante actividad en los años venideros. Recordaban que el ser humano había vivido durante cientos de miles de años sin competencia comercial e industrial. Estas personas se preguntaban si se podía cambiar el orden establecido y acabar con aquel sistema de rivalidades que tan a menudo sacrificaba el bienestar humano por los beneficios económicos.

Esta idea —la esperanza de que había un futuro mejor— no sólo apareció en un país. En Inglaterra, Robert Owen, propietario de muchas fábricas textiles, estableció una «aldea de comunidad y cooperación» que fue todo un suceso. Pero a la muerte de Owen, New Lanark dejó de prosperar. El intento de Louis Blanc, un periodista francés, por establecer «talleres sociales» en Francia no resultó mejor. Los escritores socialistas, que cada vez eran más, pronto se dieron cuenta de que las comunidades pequeñas, que permanecían alejadas del mundo de la industria general, nunca lograrían nada. Había que estudiar a fondo los principios fundamentales de la sociedad industrial y capitalista.

Los socialistas utópicos como Robert Owen, Louis Blanc y François Fournier fueron sustituidos por representantes del socialismo científico como Karl Marx y Friedrich Engels. De los dos, Marx es el más conocido. Era un hombre muy inteligente cuya familia llevaba

mucho tiempo viviendo en Alemania. Había oído hablar de los experimentos de Owen y Blanc y empezó a interesarse por cuestiones laborales, salariales y de desempleo. Pero sus ideas liberales le provocaron problemas con la policía alemana y tuvo que huir, primero a Bruselas y luego a Londres donde llevó una vida miserable como corresponsal del *New York Tribune*. Hasta el momento, nadie había prestado atención a sus libros sobre economía. Pero, en 1864, fundó la primera Asociación Internacional de Trabajadores y, tres años más tarde, en 1867, publicó el primer volumen de su conocido tratado *El capital*. Marx creía que la historia es un largo conflicto entre los que «tienen» y los que «no tienen». La introducción y generalización de la máquina había creado una nueva clase social, la de los capitalistas que usaban sus excedentes de riqueza para comprar las herramientas que utilizaban los trabajadores para producir aún más riqueza, que de nuevo se empleaba para construir más fábricas y así sucesivamente. Según Marx, aquella situación estaba provocando que el Tercer Estado (la burguesía) se enriqueciera mientras el Cuarto Estado (el proletariado) empobrecía. Predijo que, al final, toda la riqueza del mundo estaría en manos de una sola persona y que los demás tendrían que trabajar para ella y depender de su buena voluntad. Para evitar que aquello sucediera, Marx aconsejó a todos los trabajadores del mundo que se unieran y lucharan para que se aprobara y aplicara una serie de medidas políticas y económicas que él mismo había enumerado en el *Manifiesto comunista* de 1848, el año en que en Europa se produjo una gran revolución.

Evidentemente, aquellas ideas no gustaron nada a los diferentes gobiernos de Europa; muchos países, y especialmente Prusia, aprobaron leyes muy severas en contra de los socialistas y ordenaron a la policía irrumpir en sus reuniones y arrestar a los oradores. Pero este tipo de persecución nunca sirve de nada. Lo mejor que se puede hacer para ayudar a una causa es darle mártires. El número de socialistas europeos fue en aumento y pronto quedó claro que no contemplaban la posibilidad de una revolución violenta, sino que usaban su poder incipiente en los diferentes parlamentos para promover los intereses de la clase trabajadora. Los socialistas incluso llegaron a ministros y cooperaron con los católicos y los protestantes progresistas para reparar el daño provocado por la revolución industrial y repartir más justamente los grandes beneficios derivados de la introducción de las máquinas y del aumento general de la riqueza.

Capítulo 60

La era científica

El mundo había sufrido un cambio aún más importante que el provocado por la revolución industrial y las revoluciones políticas. Tras siglos de opresión y persecución, finalmente los científicos podían investigar libremente y comenzaron a buscar las leyes fundamentales que rigen el universo

Los egipcios, los babilonios, los caldeos, los griegos y los romanos hicieron las primeras contribuciones a la ciencia y la investigación científica. Pero las grandes migraciones del siglo IV destruyeron el mundo clásico en el Mediterráneo y la Iglesia cristiana, más interesada en la vida del alma que en la del cuerpo, consideraba que la ciencia era una manifestación de arrogancia humana que pretendía inmiscuirse en asuntos divinos, que pertenecían al reino de Dios, y que, por tanto, estaba relacionada con los siete pecados capitales.

El Renacimiento comenzó a destruir el muro de prejuicios medievales. Sin embargo, la época de la Reforma, que había acabado con el Renacimiento a principios del siglo XVI, fue hostil a los ideales de la «nueva civilización» y otra vez los científicos se vieron amenazados con castigos terribles si osaban traspasar los reducidos límites del conocimiento establecidos por las Sagradas Escrituras.

El mundo está lleno de estatuas de grandes generales montados a caballo, que conducen a sus valientes soldados a victorias gloriosas.

En cambio, a los científicos se los honra con modestas placas de mármol que señalan el lugar donde nacieron o donde descansan en paz. Quizá dentro de mil años, las cosas se hagan de otra manera y los jóvenes de esa feliz época sepan del espléndido coraje y la devoción casi inconcebible que sentían por su deber los pioneros del conocimiento abstracto, que hicieron posible el mundo moderno.

Muchos de los primeros científicos vivieron en la pobreza, fueron despreciados y humillados. Habitaron en cuchitriles y murieron en mazmorras. No se atrevían a poner su nombre en la portada de sus libros, que no podían publicar en su tierra natal y enviaban a alguna imprenta secreta situada en Ámsterdam o Haarlem. Estaban expuestos a la amarga enemistad de

la Iglesia, católica o protestante, y se les dedicaban sermones interminables que conminaban a los parroquianos a la violencia en contra de aquellos «herejes».

Iban en busca de asilo. Se refugiaban en los Países Bajos, donde había un mayor espíritu de tolerancia. Allí las autoridades, aunque no veían con buenos ojos las investigaciones científicas, no querían actuar contra la libertad de pensamiento. Así que el país se convirtió en refugio intelectual de filósofos, matemáticos y físicos franceses, ingleses y alemanes que llegaban en busca de un poco de tranquilidad y una bocanada de aire fresco.

Ya os he explicado en otro capítulo que a Roger Bacon, el gran genio del siglo XIII, se le prohibió durante años escribir una sola palabra si no quería tener problemas con las autoridades eclesiásticas. Quinientos años más tarde, los redactores de la gran *Enciclopedia*

filosófica estuvieron bajo supervisión continua de la gendarmería francesa. Cien años más tarde, en los pulpitos, se tildaba a Darwin de enemigo de la especie humana por cuestionarse la historia de la creación que aparecía en la Biblia. Incluso hoy, en algunos lugares, se sigue persiguiendo a quienes se aventuran por los caminos desconocidos del reino de la ciencia. En este mismo instante, seguro que en alguna parte del mundo hay un orador que afirma con vehemencia que el gran naturalista inglés se equivocaba y advierte a sus oyentes de la «amenaza del darwinismo».

Claro que estas anécdotas no dejan de ser menudees. Lo que se tiene que hacer siempre se acaba haciendo, y quienes condenaban a los que tenían visión de futuro y los llamaban «idealistas» luego se aprovecharon como todo el mundo de sus descubrimientos y sus invenciones.

En el siglo XVII, los científicos todavía se decantaban por el estudio de los cielos y la posición del planeta Tierra en el sistema solar. La Iglesia reprobaba aquella indecente excentricidad y Copérnico, que fue el primero en probar que en el centro del universo se hallaba el Sol y no la Tierra, no publicó sus trabajos hasta el día de su muerte. Galileo pasó gran parte de su vida bajo supervisión de las autoridades eclesiásticas, pero aun así usó el telescopio y dejó a Isaac Newton gran cantidad de observaciones prácticas, que ayudaron enormemente al matemático inglés a fijarse en el interesante hábito que tienen los objetos de caer al suelo y le permitió establecer la ley de la gravitación universal.

Con aquel descubrimiento se interrumpió temporalmente el interés por los cielos y los científicos se centraron en el estudio de la Tierra. En la segunda mitad del siglo XVII, Antón van Leeuwenhoek inventó el microscopio y se pudo empezar a examinar los seres microscópicos responsables, entre otras cosas, de tantas enfermedades. Gracias a aquel invento se sentaron las bases de la «bacteriología», que desde entonces ha liberado a la humanidad de muchas dolencias causadas por organismos diminutos. El microscopio también posibilitó que los geólogos analizaran más detalladamente las rocas y los fósiles (plantas y animales prehistóricos petrificados) y llegaran a la conclusión de que la Tierra era mucho más antigua de lo que se decía en el libro del Génesis. En 1830, sir Charles Lyell publicó sus *Principios de geología*, donde negaba la creación bíblica y narraba la historia, mucho más apasionante, del desarrollo gradual del planeta.

Al mismo tiempo, el marqués de Laplace trabajaba en una nueva teoría de la creación en la que anunciaba que la Tierra sólo era un lunar en el mar nebuloso del que había surgido el sistema solar. Con ayuda del espectroscopio, Bunsen y Kirchhoff estudiaron la composición de las estrellas y del Sol, cuyas curiosas manchas habían sido advertidas por Galileo.

Tras una cruenta batalla con las autoridades católicas y protestantes, los anatomistas y los fisiólogos obtuvieron permiso para diseccionar cuerpos y así pudieron sustituir las invenciones de los curanderos medievales por el conocimiento empírico de nuestros órganos y su manera de funcionar.

Las diferentes ramas de la ciencia progresaron más en una sola generación (entre 1810 y 1840) que en los cientos de miles de años que habían pasado desde que el ser humano miró las estrellas por primera vez y se preguntó qué eran. Debió de ser una época difícil para las personas educadas en el viejo sistema. Creo que podemos entender el odio que sentían hacia hombres como Lamarck y Darwin que, aunque no llegaron a decirles que «descendían del mono» —lo cual habría sido un gran insulto para la gente de aquella época—, sí sugirieron que la orgullosa especie humana era el producto de la evolución de una serie de seres cuyo árbol genealógico empezaba con las medusas que fueron las primeras en habitar nuestro planeta.

La clase media acomodada, que dominaba el siglo XIX, estaba dispuesta a usar el gas, la electricidad y todas las aplicaciones prácticas de los grandes descubrimientos científicos, pero aun así el mero investigador, el «científico teórico» sin el cual no habría sido posible el progreso, continuó sufriendo de la desconfianza de la gente hasta el siglo XX. Finalmente su trabajo fue reconocido y las personas ricas, que en épocas pasadas habrían donado dinero para la construcción de una catedral, hoy financian laboratorios donde los científicos luchan contra los enemigos ocultos de la humanidad y a menudo dedican la vida a la investigación para que las generaciones futuras gocen de mejor salud.

En el siglo XX se comprobó que las enfermedades que nuestros antepasados consideraban «actos de Dios» en realidad eran consecuencia de la ignorancia y la negligencia humanas. Al

principio del siglo XX, todos los niños occidentales sabían que tenían que vigilar qué agua bebían para no contraer la fiebre tifoidea. Pero tuvieron que pasar muchos años hasta que la gente entendiera que debía prevenir las infecciones. Actualmente pocas personas temen ir al dentista. Gracias a que conocemos los microbios que viven en nuestra boca y las maneras de combatirlos, ahora ya no tenemos tantas caries. Y si nos tienen que quitar una muela, la anestesia nos evita el dolor. En 1846, cuando los periódicos publicaron que en Estados Unidos se había llevado a cabo una operación «sin dolor», en Europa la gente se llevó las manos a la cabeza. Les parecía que escapar al dolor que hacía iguales a todos los mortales era ir en contra de la voluntad de Dios y pasó mucho tiempo antes de que el éter y el cloroformo se usaran de manera general.

Sin embargo, ganó el progreso. La brecha abierta en los antiguos muros del prejuicio era cada vez mayor y, con el paso del tiempo, los ladrillos de la ignorancia cayeron uno a uno. Los ardientes cruzados del nuevo y feliz orden social se abrieron paso, pero, de repente, se encontraron ante un nuevo obstáculo. De las ruinas de un pasado lejano había emergido una ciudadela reaccionaria y millones de personas tuvieron que dar la vida para acabar con aquel último bastión.

Capítulo 61

El arte

El arte a lo largo de la historia

Cuando una criatura está perfectamente sana, ha comido suficiente y ha dormido todo lo que quería, canturrea expresando lo feliz que es. Para los adultos, este canturreo no significa nada, pero para el bebé es música celestial. Constituye su primera contribución al arte.

En cuanto crece un poco y es capaz de mantenerse sentado, empieza el período de la plastilina. Las figuras que hacen los niños no interesan al mundo. Hay millones de niños en el planeta creando millones de figuras de plastilina a la vez. Pero para el pequeño son otra expedición al agradable mundo del arte: se ha convertido en escultor.

A la edad de tres o cuatro años, cuando las manos empiezan a obedecer al cerebro, el niño se convierte en pintor. Sus queridos padres le regalan una caja de lápices de colores y cualquier papel que cae en sus manos queda rápidamente cubierto de garabatos que representan casas, caballos o terribles batallas navales.

Sin embargo, esta feliz etapa en la que el niño «hace lo que quiere» acaba pronto. Luego tiene que ir a la escuela y pasar la mayor parte del día ocupado en las tareas que le mandan. Aprender a vivir o, mejor dicho, a ganarse la vida empieza a ser lo más importante. Entre las tablas de multiplicar y los participios de los verbos irregulares, al niño le queda muy poco tiempo libre para dedicarse

al «arte». Así que, a menos de que sus ganas de crear cosas por el simple placer de hacerlo, sin preocuparse por su aspecto práctico, sea muy fuerte, los niños se hacen adultos y olvidan que dedicaron gran parte de sus primeros cinco años de vida al arte.

Los países son iguales que los niños. Los cavernícolas, que consiguieron sobrevivir a la larga era glacial y rehicieron su vida, empezaron a hacer cosas que consideraban bellas, aunque fuesen de escasa utilidad para luchar contra los animales salvajes del bosque. Cubrían las paredes de las cavernas con dibujos de los elefantes, o los ciervos que cazaban, y tallaban figuras toscas de mujeres en las piedras que encontraban.

Cuando los egipcios, los babilonios, los persas y los demás pueblos orientales fundaron sus civilizaciones a orillas del Nilo y el Éufrates, construyeron palacios magníficos para los reyes, elaboraron joyas fastuosas para sus mujeres y crearon jardines con espectaculares flores luminosas.

Nuestros antepasados, los nómadas que provenían de las praderas asiáticas, gozaron de libertad y de una existencia relativamente fácil como guerreros y cazadores. Compusieron canciones en las que celebraban los grandes logros de sus jefes e inventaron una forma de poesía que ha sobrevivido hasta nuestra época. Mil años más tarde, cuando se establecieron en Grecia y crearon las ciudades estado, expresaron su contento y su tristeza con templos magníficos, esculturas, comedias, tragedias y cualquier otra forma de arte imaginable.

Los romanos, igual que sus rivales los cartagineses, estaban demasiado atareados administrando todas sus provincias y reuniendo riqueza como para ocuparse de aquellas aventuras del espíritu «inútiles y nada lucrativas». Conquistaron el mundo y construyeron carreteras y puentes por doquier, pero copiaron el arte descaradamente de los griegos. Inventaron algunas formas de arquitectura práctica para dar respuesta a las necesidades de su época. Sin embargo, las esculturas, la mitología, los mosaicos y los poemas no eran más que imitaciones latinas de originales griegos. Sin aquella característica vaga y tan difícil de definir que la gente llama «personalidad» no es posible hacer arte, pero el mundo romano no apreciaba aquel tipo de virtud. Lo que necesitaba el Imperio eran comerciantes y soldados eficientes. Lo de escribir poesía y pintar se lo dejaban a los extranjeros. Luego llegó la Edad Media. Los bárbaros se comportaron como elefantes en una cristalería. Lo que no entendían no les servía para nada. Si vivieran en la época actual, les gustarían las portadas de las revistas en las que aparecen chicas guapas, pero tirarían los aguafuertes de Rembrandt a la papelera. Más tarde aprendieron a valorar lo bueno e intentaron remediar el daño ocasionado, pero las papeleras ya estaban vacías y los cuadros se habían perdido para siempre.

Sin embargo, el arte que exportaron de Oriente derivó en una expresión artística muy bella y compensó la negligencia del pasado. Este arte medieval, al menos en el norte de Europa, era producto de la mentalidad germánica y había heredado alguna característica tanto de los griegos como de los romanos, y nada de otras formas de

arte más antiguas como las egipcias y asirias, por no mencionar las indias y chinas que, para la gente de aquella época, simplemente no existían. De hecho, los pueblos nortños recibieron tan poca influencia de sus vecinos sureños que los habitantes de la península itálica no entendieron en absoluto aquellas nuevas formas arquitectónicas y las despreciaron abiertamente.

Seguro que conocéis la palabra «gótico». Probablemente la asociáis con la imagen de una preciosa catedral que alza sus esbeltos pináculos hacia el cielo. Pero, ¿sabéis qué significa en realidad?

Significa «basto» y «propio de bárbaros». En definitiva, lo que se esperaba de los «bárbaros godos», gente ruda procedente de regiones salvajes que no tenía ningún respeto por las reglas establecidas del arte clásico y que construía sus «horrores modernos» para complacer su mal gusto, sin tener en cuenta los ejemplos del fórum y la acrópolis.

Sin embargo, la arquitectura gótica fue la máxima expresión del amor por el arte sincero que inspiró a todo el norte del continente durante varios siglos. Recordaréis que en un capítulo anterior os expliqué cómo vivía la gente de la Edad Media. Los que no eran campesinos que residían en un pueblo, eran ciudadanos de una ciudad o *civitas*, que en latín antiguo significa «tribu». Ciertamente, tras los muros altos y los fosos profundos de las ciudades, vivían los burgueses que pertenecían a una tribu y se enfrentaban todos al mismo peligro. De modo que procuraban la seguridad y la prosperidad gracias a un sistema de protección mutuo.

En las antiguas ciudades griegas y romanas, el centro de la vida ciudadana era el ágora o plaza del mercado, donde se encontraba el templo. En la Edad Media, lo era la iglesia o casa de Dios. Actualmente mucha gente ya no va a la iglesia, y quienes lo hacen sólo van una vez por semana, así que es difícil entender el papel que desempeñaba la iglesia en las comunidades medievales. En aquella época, todo el mundo pasaba por la iglesia antes de cumplir una semana de vida para ser bautizado. Los niños acudían a la iglesia para aprender las historias de las Sagradas Escrituras. De mayores formaban parte de la congregación y, si tenían suficiente dinero, mandaban construir una capilla en honor al santo patrón de su familia. Aquel edificio sagrado estaba abierto todo el día y gran parte de la noche. En cierto sentido se asemejaba a un club moderno del que formaban parte todos los habitantes de la ciudad. Allí era donde muchos veían por primera vez a la persona con la que más tarde se casarían en una fastuosa ceremonia ante el gran altar. Finalmente, al llegar al final del camino, los enterraban bajo las losas de aquel edificio familiar para que todos sus descendientes y los descendientes de sus descendientes pasaran por encima de su tumba hasta el día del Juicio final.

Dado que la iglesia no sólo era la casa de Dios, sino el centro de la vida comunitaria, el edificio tenía que ser diferente a todo lo que se había construido anteriormente. Los templos egipcios, griegos y romanos simplemente eran lugares sagrados dedicados al culto de la divinidad local. Ante la imagen de Osiris, de Zeus o de Júpiter no se predicaban sermones, así que el interior de los templos no tenía

quedar cabida a una multitud. Las ceremonias religiosas de los pueblos del Mediterráneo antiguo siempre se hacían al aire libre. Pero en el Norte, donde casi siempre hacía mal tiempo, la mayoría de funciones se realizaba bajo el techo de la iglesia.

Los arquitectos pasaron muchos siglos pensando cómo podían construir un edificio que fuera lo suficientemente grande. La tradición romana les había enseñado a construir edificios de muros de piedra gruesos, en los que no podían practicar muchas aberturas porque los muros perdían resistencia y no podían soportar el pesado techo de piedra. Pero en el siglo XII, al empezar las cruzadas, los cristianos descubrieron los arcos apuntados de los musulmanes que les permitían construir el tipo de edificio que requería aquella época de intensa vida religiosa. De allí evolucionó el extraño estilo que los italianos bautizaron con el despreciativo nombre de gótico o bárbaro. Finalmente los arquitectos encontraron la solución a su problema en la bóveda nervada, un tipo de techo abovedado que se sostenía sobre nervaduras. Pero, si el techo era demasiado pesado, podía llegar a abrir los muros que lo sostenían, igual que una persona de 120 kilos rompería una sillita de niño si se sentara sobre ella. Para solucionar el problema, a algunos arquitectos franceses se les ocurrió reforzar los muros con contrafuertes, elementos de piedra muy pesados en los cuales los muros podían apoyarse para no caer bajo el peso del techo. A fin de que el sistema fuera más seguro, apoyaban los nervios de las bóvedas en los llamados arbotantes, que transmitían el empuje a los contrafuertes. Era un sistema constructivo muy sencillo.

Aquel nuevo sistema constructivo permitió que se abrieran grandes ventanales. En el siglo XII, el cristal aún era una curiosidad de lujo y eran muy pocos los edificios que tenían ventanas de vidrio. Incluso los castillos de los nobles carecían de aquella protección, con lo cual en su interior hacía mucho viento. (Esto explica por qué la gente de aquella época llevaba abrigo de pieles tanto dentro como fuera de casa.) Afortunadamente, el arte de hacer vidrio de colores, que los antiguos pueblos del Mediterráneo ya conocían, no se había perdido por completo. En aquel momento se recuperó y, pronto, los ventanales de las iglesias góticas empezaron a contar historias de la Biblia en paneles de cristales de colores brillantes, sujetos por grandes marcos de plomo.

¡Fijaos en la nueva y esplendorosa casa de Dios, donde se congregaba la multitud para «vivir» la religión como ningún otro pueblo pasado o futuro! Nada era demasiado bueno, demasiado costoso o demasiado bello para la casa de Dios y el hogar del pueblo. Los escultores, que con la caída del Imperio romano se habían quedado sin trabajo, retomaron tímidamente su noble arte. Empezaron a decorar portales, pilares, contrafuertes y cornisas con esculturas del Señor y sus santos. Los bordadores hicieron tapices para cubrir las paredes. Los plateros ofrecieron sus mejores obras para que el altar fuera objeto de adoración total. Incluso los pintores expresaron su arte lo mejor que pudieron, aunque les faltaban los medios adecuados.

He aquí una interesante historia.

Los romanos y los primeros cristianos decoraban los suelos y las paredes de las casas y los templos con mosaicos, unos dibujos que se hacían con trocitos de cristales de colores. Pero aquel arte era extraordinariamente complicado y no daba al artesano la posibilidad de expresarse, como sabe cualquier niño que haya intentado hacer figuras con bloques de madera de colores. Así que el arte de hacer mosaicos se extinguió a finales de la Edad Media en toda Europa excepto en Rusia, donde los artesanos bizantinos se habían refugiado tras la caída de Constantinopla y siguieron ornamentando los muros de las iglesias ortodoxas hasta la llegada de los bolcheviques, cuando se dejaron de construir iglesias.

Claro está que los pintores medievales podían aplicar sus colores al yeso aún húmedo con el que se recubrían los muros de las iglesias. Esta técnica, llamada pintura al fresco, fue popular durante muchos siglos, aunque hoy es tan rara como la de hacer miniaturas en manuscritos. De los innumerables artistas con que cuentan nuestras ciudades actuales, sólo habrá uno o dos que la puedan aplicar con éxito. Pero en la Edad Media no se podía pintar de otra manera, y los artesanos pintaban «frescos» a falta de otra cosa mejor, y es que aquel método tenía grandes inconvenientes. A menudo, el yeso se desprendía al cabo de pocos años, o los dibujos quedaban dañados por la humedad, como le sucede al papel para paredes que usamos actualmente. Los pintores intentaron acabar con el yeso de maneras inimaginables. Trataron de mezclar los colores con vino, con vinagre, con miel y con clara de huevo, pero ninguna de las mezclas resultó satisfactoria y se pasaron más de

mil años experimentando. Los artesanos medievales sabían bien cómo pintar sobre el pergamino de los manuscritos, pero fracasaban al cubrir superficies mayores de madera o piedra.

Finalmente, Jan y Hubert van Eyck solucionaron el problema en la primera mitad del siglo XV. Estos dos conocidos hermanos flamencos mezclaron el pigmento con un aceite especial que les permitía usar madera, lienzos, piedra o lo que quisieran, como soporte de sus pinturas.

Por aquel entonces, el fervor religioso de la Alta Edad Media pertenecía al pasado. Los mecenas del arte ya no eran los obispos sino los burgueses ricos. Y como el arte sigue invariablemente al que tiene la mayor fortuna, los artistas empezaron a trabajar en causas terrenales y pintaron cuadros para reyes, grandes duques y banqueros ricos. En poco tiempo, la técnica de pintura al óleo se extendió por Europa, y en todos los países nació una escuela de pintura que mostraba el gusto característico de aquellos que encargaban los retratos y los paisajes.

Por ejemplo, en España, Velázquez pintó a los bufones de la corte y a los tejedores de la Real Fábrica de Tapices. Retrató a todo tipo de personas relacionadas con el rey y su corte. En cambio, en Flandes, Rembrandt, Frans Hals y Vermeer pintaron escenas de la vida de los comerciantes, sus a menudo poco elegantes esposas, sus sanos y ambiciosos hijos y los barcos que los habían enriquecido. En Italia, donde el Papa seguía siendo el gran mecenas, Miguel Angel y Correggio continuaron pintando vírgenes y santos; mientras que en Inglaterra, donde la aristocracia era muy rica y poderosa, y en

Francia, donde los reyes eran divinos, los artistas pintaban distinguidos caballeros que pertenecían a aquellos gobiernos y a encantadoras damas que eran amigas de sus majestades.

El gran cambio que se produjo en la pintura, a raíz del abandono de los motivos religiosos y el aumento de poder de una nueva clase social, se vio reflejado en todas las expresiones artísticas. La invención de la imprenta permitió que algunos autores se hicieran famosos y ganaran una gran reputación al escribir libros para la multitud. Esto permitió la aparición de dos nuevos tipos de profesiones: la de escritor y la de ilustrador de libros. Pero a la gente que tenía dinero para comprar aquellos libros no le gustaba pasar las noches en casa sentada al lado del fuego mirando el techo, sino que quería divertirse. Los juglares medievales ya no cubrían las expectativas. Por primera vez desde la desaparición de las ciudades estado griegas, los dramaturgos tuvieron oportunidad de volver a su oficio. En la Edad Media, el teatro había quedado relegado a una pequeña participación en algunas ceremonias religiosas. En los siglos XIII y XIV, las tragedias estaban dedicadas a la pasión de Cristo, hasta el siglo XVI no hizo su aparición el teatro laico. Claro que, al principio, los dramaturgos y los actores no estaban muy bien considerados. A William Shakespeare lo tenían por una especie de bufón de corte, que divertía a los espectadores con tragedias y comedias, y no empezó a gozar de respeto hasta poco antes de su muerte, acontecida en 1616, época en la cual los actores dejaron de ser objeto de supervisión policial.

Lope de Vega, el genial dramaturgo español que fue contemporáneo de Shakespeare, escribió más de ochocientas piezas de teatro de motivo no religioso y unas cuatrocientas de motivo religioso. Llegó incluso a recibir los honores del Papa por su trabajo. Un siglo más tarde, el francés Moliere se ganó la compañía del mismísimo rey Luis XIV.

Desde entonces, la popularidad del teatro no ha cesado de aumentar entre la gente. Actualmente, no hay ciudad que se precie que no tenga un buen edificio para representarlo, y el cine, su gran heredero, llega hasta los lugares más recónditos. Sin embargo, podríamos decir sin miedo a equivocarnos que aún hubo un arte más popular: la música. La mayoría de formas artísticas requiere de una gran habilidad, tanto para ejecutarla como para apreciarla. Se necesitan años y años de práctica para conseguir que nuestras torpes manos sean capaces de seguir las instrucciones del cerebro y reproduzcan sobre un lienzo o un bloque de mármol lo que ven nuestros ojos. Se requiere de toda una vida para aprender a actuar o a escribir una buena novela. Y el público necesita estar bien preparado para apreciar lo mejor de una pintura, una escultura o un escrito. En cambio, cualquiera que no sea sordo puede seguir una melodía y a casi todo el mundo le gusta un tipo de música u otro. En la Edad Media se escuchaba un poco de música, pero era exclusivamente música litúrgica. Los cantos religiosos estaban sometidos a normas armónicas y de ritmo muy severas, por lo que pronto se hicieron monótonos. Además, no se podían cantar por la calle o en el mercado.

Con el Renacimiento, la música volvió a ser el mejor amigo del hombre, tanto en momentos alegres como tristes.

Los egipcios, los babilonios y los antiguos judíos fueron grandes amantes de la música. Llegaron incluso a combinar diferentes instrumentos para formar orquestas. Pero a los griegos no les gustó nada aquel ruido propio de los bárbaros. Preferían escuchar a alguien que recitara los grandes poemas de Homero, o Píndaro, y sólo permitían que se los acompañara de la lira, el más pobre de los instrumentos de cuerda. Era lo máximo a lo que se podía aspirar sin arriesgarse a ser mal visto por la sociedad. En cambio, a los romanos les encantaba escuchar música orquestal en sus fiestas y cenas, de modo que inventaron casi todos los instrumentos que — de una forma muy distinta— utilizamos hoy. En los inicios, la Iglesia católica despreció esta música que le recordaba demasiado al malvado mundo pagano que acababa de destruir. Los obispos de los siglos III y IV sólo estaban dispuestos a tolerar unas pocas canciones que interpretaba toda la congregación. Como ésta podía llegar a desafinar muchísimo sin la ayuda de un instrumento, posteriormente se permitió el uso del órgano, un invento del siglo n de nuestra era, que era una combinación de tubos de viento y dos fuelles.

Luego tuvieron lugar las grandes migraciones. Los últimos músicos romanos murieron o se convirtieron en trotamundos musicales, que iban de ciudad en ciudad tocando en la calle y pidiendo limosna como los músicos callejeros de la actualidad.

Pero el resurgimiento de una civilización más mundana en las ciudades de la Baja Edad Media creó una nueva demanda de músicos. Instrumentos como la tuba, que anteriormente sólo se utilizaba en la caza o la guerra, se rediseñaron para que produjesen sonidos agradables al oído en la sala de baile y en el salón de banquetes. Para tocar una especie de guitarra ya pasada de moda se empezó a usar un arco con cuerda de crin de caballo y, antes de terminar la Edad Media, ese instrumento de seis cuerdas (el más antiguo de todos los instrumentos de cuerda, que se remonta a los tiempos de los egipcios y los asirios) se había convertido en nuestro moderno violín de cuatro cuerdas, que Stradivarius y otros fabricantes de violines italianos del siglo XVIII llevaron a la perfección.

Finalmente se inventó el piano moderno, el más extendido de todos los instrumentos musicales, que ha llegado hasta la jungla salvaje y las heladas llanuras de Groenlandia. El órgano fue el primer instrumento con teclado, pero el intérprete siempre dependía de la colaboración de alguien que manchara los fuelles, un trabajo que hoy desempeña un motor eléctrico. Por eso los músicos buscaron un instrumento más ameno y flexible, que fuese más fácil de usar cuando practicaban con los coros de las iglesias. En el siglo xi, Guido, un monje benedictino de la ciudad de Arezzo —donde nació el poeta Petrarca—, nos dio el sistema de notación moderno. También durante ese siglo, en el cual había un gran interés popular por la música, se construyó el primer instrumento que combinaba el teclado con las cuerdas. Debió de sonar tan mal como los pianos

para niños que hoy venden en las tiendas de juguetes. En Viena, donde en 1288 los juglares de la Edad Media (a quienes se relacionaba con malabaristas y tahúres) habían formado el Primer Gremio Independiente de Músicos, el pequeño monocorde evolucionó hasta convertirse en el antecesor directo del piano Steinway. El clavicordio, como solía llamarse entonces a aquel instrumento porque tenía «claves» o teclas, pasó de Austria a Italia. Allí se perfeccionó y dio lugar a la espineta, que tomó el nombre de su inventor, el veneciano Giovanni Spinetti. Por fin, durante el siglo XVIII, entre 1709 y 1720, Bartolomeo Cristofori construyó un teclado que permitía al intérprete tocar fuerte y flojo, o bien, como se dice en italiano, *piano* y *forte*. Este instrumento, con algunos cambios, se convirtió en nuestro pianoforte o, simplemente, piano. Por primera vez, el mundo dispuso de un instrumento fácil de tocar y práctico, que podía dominarse en unos dos años y que no necesitaba afinarse cada vez que se tocaba, a la par que resultaba mucho más placentero al oído que las tubas medievales, los clarinetes, los trombones y los oboes. Si el gramófono hizo que millones de personas se interesaran por la música, lo mismo pasó en su tiempo con el pianoforte, que hizo llegar la música a muchísima más gente. A partir de entonces, la música pasó a formar parte de la educación de toda persona de buena familia. Los reyes y comerciantes ricos tenían orquestas privadas. Los músicos dejaron de ser «malabaristas» ambulantes y pasaron a ser miembros muy respetados de la comunidad. Se añadió música a las representaciones teatrales y así nació la ópera moderna. Al

principio, sólo unos pocos príncipes muy ricos podían permitirse tener una compañía de ópera. Pero, como el gusto por este tipo de entretenimiento crecía, varias ciudades edificaron sus propios teatros para representar óperas italianas y, más tarde, alemanas, para el disfrute de gran parte de la comunidad. Sólo unas pocas sectas cristianas muy estrictas seguían viendo la música con profunda desconfianza, como si se tratara de algo demasiado adorable para ser bueno para el alma.

A mediados del siglo XVIII, la vida musical europea se encontraba en pleno auge. Entonces entró en escena un músico que sobresalía por encima de todos los demás, un simple organista de la iglesia de Santo Tomás en Leipzig, llamado Johann Sebastián Bach. Este músico compuso piezas para todos los instrumentos conocidos, desde canciones jocosas y populares hasta los más solemnes himnos sagrados y oratorios, en los que estableció los fundamentos de la música moderna. A su muerte, en 1750, lo sucedió Mozart, que creó un tejido musical bellísimo, algo así como un bordado hecho de ritmo y armonía. Luego llegó Ludwig van Beethoven, el compositor más trágico, que nos legó la orquesta moderna a pesar de que no oyó ninguna de sus más grandes composiciones porque, en sus años de pobreza, contrajo un resfriado que lo dejó sordo.

Beethoven vivió la Revolución francesa y había puesto grandes esperanzas en la llegada de una nueva y gloriosa época. Dedicó una de sus sinfonías a Napoleón. Pero vivió lo suficiente como para arrepentirse. Cuando murió, en 1827, Napoleón y la Revolución francesa se habían esfumado y sólo quedaba la máquina de vapor,

que empezaba a aturdir el mundo con un ruido que poco tenía que ver con los sueños de su tercera sinfonía.

En efecto, en el reino de la máquina de vapor, el hierro, el carbón y las grandes fábricas, había poca necesidad de pintura y escultura, de poesía y música. Los antiguos mecenas del arte, la Iglesia, la nobleza y los comerciantes de la Edad Media y de los siglos XVII y XVIII, habían desaparecido. Quienes llevaban las riendas del nuevo mundo industrial estaban demasiado ocupados, y su escasa educación les impedía entender los bajorrelieves, las sonatas y el marfil tallado, por no mencionar a los hombres que creaban todo aquello y que no eran de ninguna utilidad para la sociedad en la que vivían. Así que los trabajadores de las fábricas oyeron el estruendo de los motores hasta que ellos también perdieron el gusto por la melodía de la flauta o del violín de sus antepasados campesinos. El arte se convirtió en el hijo bastardo de la nueva era industrial. El arte y la vida se separaron por completo. Los pocos cuadros que quedaban empezaron a morir lentamente en los museos. Y la música se convirtió en monopolio de unos pocos virtuosos que la trasladaron de los hogares a las salas de conciertos. Afortunadamente, las artes volvieron a recuperarse sin prisa pero sin pausa. La gente empezó a entender que Rembrandt, Beethoven y Rodin eran los verdaderos profetas de su especie y que un mundo sin arte y felicidad es como una guardería sin risas.

Capítulo 62

Expansión colonial y guerra

Un capítulo que debería brindaros mucha información sobre los cambios políticos acontecidos a finales del siglo XIX y principios del XX, pero en realidad sólo os dará algunas explicaciones y unas cuantas disculpas

Si hubiera sabido lo difícil que resultaba escribir una historia mundial, nunca me habría propuesto la tarea. Creo que con tesón uno puede pasar media docena de años en una biblioteca rodeado de libros viejos y compilar en un volumen grueso lo que sucedió en todos los lugares del mundo y en todas las épocas de la historia. Pero ése no era el propósito de este libro. Mis editores querían publicar una obra de historia con ritmo, en la que los capítulos galoparan a través de los siglos. Cuando ya me quedaba poco para acabar, me di cuenta de que esto sólo sucedía en algunos episodios. Otros navegaban a la deriva, perdidos en un mar ya olvidado. Algunos fragmentos del libro estaban estancados y no progresaban, mientras que otros se perdían en un exceso de acción y romanticismo. Aquello no me gustó nada y pensé que debía destruir el manuscrito y volver a empezar. Pero mis editores no me lo permitieron.

Así que, en lugar de eso, tomé el manuscrito y se lo dejé a unos cuantos amigos comprensivos para que se lo leyeran y me dieran su opinión. La experiencia fue muy frustrante. Cada uno de ellos tenía sus prejuicios y sus preferencias. Todos me preguntaron por qué

motivo había omitido aquel país que les caía tan simpático, el hombre de estado al que adoraban o incluso su malo preferido. Para algunos, Napoleón y Gengis Khan eran merecedores de grandes honores. Les expliqué que había intentado ser justo con Napoleón, pero que en mi opinión era muy inferior a hombres de la talla de Gustavo Vasa, Octavio Augusto, Hammurabi, George Washington, Lincoln y otros tantos a los que sólo había podido dedicar un par de párrafos por falta de espacio. En lo que respecta a Gengis Khan, le reconozco una habilidad extraordinaria para cometer masacres, así que no quería darle más publicidad de la que era estrictamente necesaria.

«Me parece muy bien», dijo el siguiente crítico, «pero, ¿qué me dices de los puritanos? Les tendrías que haber dedicado más espacio». Le respondí que, si hubiera escrito la historia de Estados Unidos, les habría dedicado los seis primeros capítulos del libro, pero que estaba escribiendo una historia mundial y que la llegada de los puritanos a Plymouth Rock no tuvo importancia internacional hasta muchos siglos después; que Estados Unidos no había sido fundado por una colonia, sino por 13; que los líderes más prominentes de los primeros veinte años de la historia del país eran originarios de Virginia, Pensilvania y la isla de Nevis, y no de Massachusetts, y que por tanto los puritanos se tenían que contentar con una página de texto y un mapa.

Luego apareció el especialista en prehistoria. Por el amor del mayor tiranosaurio de la historia, ¿cómo no había dedicado más espacio a los maravillosos hombres de cromañón, que desarrollaron un grado

altísimo de civilización hace diez mil años? La razón es simple. Yo no creo en la perfección de los primeros seres humanos como hacen muchos antropólogos de gran reputación. Rousseau y los filósofos del siglo XVIII crearon la imagen del «buen salvaje» que se suponía que vivía en un estado de felicidad perfecta en el inicio de los tiempos. Más adelante, los científicos modernos descartaron la idea del «buen salvaje», tan querido en el pasado, y la reemplazaron por la del «espléndido salvaje», o cromañón que vivió en los valles franceses y algunas regiones alemanas hace treinta y cinco mil años y acabó con el dominio del hombre de neandertal, que era un bruto. Los científicos mostraron los elefantes que pintaban y las esculturas que hacía y lo glorificaron.

No es que piense que están equivocados, sino que creo que no sabemos demasiado sobre aquel período como para reconstruir la sociedad primitiva de Europa occidental con bastante certeza. Y prefiero no decir nada a garantizar algo falso. Hubo otros críticos que me acusaron directamente de ser injusto. ¿Por qué dejaba de lado países como Irlanda, Bulgaria y Siam (actual Tailandia) y, en cambio, hacía aparecer a otros como Holanda, Islandia y Suiza ? Les contesté que yo no «dejaba de lado» ni «hacía aparecer» países, sino que algunos de ellos habían entrado en el libro por la fuerza y que simplemente no podía dejarlos fuera. Y para que entendáis lo que quiero decir, os explicaré el método que seguí para decidir quién debía aparecer y quién no.

Los candidatos tenían que superar una sola prueba que consistía en una pregunta: «¿Produjo el país, o la persona en cuestión, una idea

nueva o realizó un acto único sin el cual la historia de la humanidad entera habría sido diferente?». Como veis, la criba no respondía a criterios personales. Al contrario, el juicio era objetivo e incluso casi matemático. Ningún pueblo ha desempeñado un papel tan pintoresco en la historia como el mongol, pero ningún pueblo aportó menos al resto de la humanidad en lo que se refiere a logros o progreso inteligente.

La vida del asirio Tiglath-Pileser tiene episodios sensacionales. Pero, por lo que nos concierne a nosotros, podría no haber existido. De la misma manera, la historia de Holanda no es interesante porque un buen día los marineros de Ruyter fueron a pescar al río Támesis, sino porque esta pequeña tierra, a orillas del mar del Norte, ofreció asilo a todo tipo de gente extraña que tenía ideas muy raras sobre asuntos altamente impopulares.

Es cierto que, cuando estaban en la cima de la gloria, Atenas y Llorencia sólo contaban con una décima parte de la población actual de Kansas City. Pero, si estas dos ciudades mediterráneas no hubieran existido, nuestra civilización sería muy diferente y, en cambio, hay que admitir, sin por ello menospreciar a sus habitantes, que no se puede decir lo mismo de la metrópolis americana situada a orillas del río Misuri.

Dado que me he estoy sincerando, permitidme que os explique algo más.

Cuando buscamos un médico, escogemos a un homeópata, un especialista en acupuntura, un curandero o un médico convencional según nos convenga porque sabemos que cada uno de

ellos examinará nuestra dolencia desde un punto de vista diferente. Al escoger un libro de historia, deberíamos tener en cuenta lo mismo. Pero, a menudo, la gente cree que sólo hay una historia. En cambio, el historiador educado en un estricto ambiente presbiteriano, en algún lugar perdido de Escocia, ve el mundo de manera muy diferente a quien de pequeño fue obligado a escuchar las brillantes exhortaciones del racionalista Robert Ingersoll, enemigo de todos los males revelados. Con el tiempo, ambos historiadores quizá olviden su primera etapa de formación y no vuelvan a pisar jamás aquella iglesia o aquella - sala de conferencias. Pero lo que aprendieron durante aquellos años de vida en que eran muy influenciables los acompañará a todas partes y se manifestará en cualquier cosa que digan, que hagan o que escriban. Al principio del libro os advertí que yo no sería un guía infalible. Y ahora que falta un poco menos para acabar, os repito la advertencia. Yo nací y fui educado en el liberalismo de la vieja escuela que siguió los descubrimientos de Darwin y demás pioneros del siglo XIX. Pasé gran parte de mi infancia con un tío mío que era un gran amante de los libros de Montaigne, el gran ensayista francés del siglo XVI. Debido a que nací en Rotterdam y me eduqué en la ciudad de Gouda, topé continuamente con Erasmo y, de alguna misteriosa manera, este gran exponente de tolerancia se hizo presa de mi intolerante ser. Posteriormente descubrí a Anatole France y tuve el primer contacto con la lengua inglesa a través de un encuentro accidental con el *Henry Esmond* de William Thackeray, el libro en inglés que más me ha impresionado.

Si hubiera nacido en una ciudad tranquila del centro de Estados Unidos, probablemente sentiría cierta afección por los himnos religiosos que habría escuchado en mi infancia. Pero el primer recuerdo musical que conservo es de cuando mi madre me llevó una tarde a escuchar nada más y nada menos que una fuga de Bach. Y la perfección matemática del gran maestro protestante me influyó tanto que, al oír los himnos que cantamos habitualmente en misa, siento una profunda agonía y un dolor intenso.

Si hubiera nacido en Italia y hubiera crecido bajo el sol del alegre valle del Arno, seguramente me gustarían los cuadros llenos de luz y color que ahora me dejan indiferente porque tuve mis primeras impresiones artísticas en un país en el que, cuando sale, el sol golpea con una brutalidad casi cruel la tierra mojada y todo queda bajo un violento contraste de luz y sombras. Todo esto os lo explico para que conozcáis los prejuicios de la persona que escribió este libro y veáis desde qué perspectiva os cuenta la historia.

Tras este corto pero necesario merodeo, volvamos a la historia que nos ocupaba: el paso del siglo XIX al siglo XX. En este período sucedieron muchas cosas, pero en aquel entonces no parecían transcendentales. Casi todas las potencias pasaron de ser entidades políticas a convertirse en empresas comerciales. Empezaron a construir redes ferroviarias. Fundaron y subvencionaron líneas de barcos de vapor en todas partes del mundo. Conectaron sus territorios por medio de cables telegráficos. Poco a poco aumentaron la extensión de sus posesiones en otros continentes. Las potencias rivales ocuparon hasta el último rincón libre que quedaba en África

y Asia. Francia se convirtió en una potencia colonial con intereses en Argel, Madagascar, Annam y Tonkín (dos regiones de Indochina). Alemania se hizo con territorios en el suroeste y el este de África, se asentó en Camerún, en Nueva Guinea y muchas otras islas del Pacífico, y aprovechó el asesinato de unos misioneros para invadir la bahía de Jiaoxian, en el mar Amarillo (China). Italia buscó suerte en Abisinia (actual Etiopía), pero sufrió una derrota abrumadora a manos de los soldados del negus y se consoló ocupando las posesiones de los turcos en Trípoli, una región del norte de África. Por su parte, Rusia, tras invadir toda Siberia, quitó la ciudad de Port Arthur (Lüshum) a los chinos. Japón, que había derrotado a China en la guerra de 1895, ocupó la isla de Formosa (actualmente Taiwan) y, en 1905, empezó a reclamar el Imperio coreano entero. En 1883, Inglaterra, el mayor Imperio colonial de la historia, se dispuso a «proteger» Egipto. El protectorado fue muy eficiente y, en cuestiones materiales, benefició mucho a aquel país que se hallaba olvidado y amenazado de invasión desde que en 1868 se había abierto el canal de Suez. En los treinta años posteriores, Inglaterra mantuvo diversas guerras coloniales en diferentes partes del mundo y, en 1902, tras tres años de dura batalla, conquistó la República Independiente de Transvaal y el Estado de Orange, originalmente colonizados por bóers. Mientras tanto animó a Cecil Rhodes a sentar las bases de un gran Estado africano, que iba desde Ciudad del Cabo hasta el nacimiento del Nilo, y se quedó con todas las islas y provincias que aún no estaban adjudicadas a ningún país europeo.

En 1885, Leopoldo II, el astuto rey belga, aprovechó las expediciones de Henry Stanley para fundar el Estado Libre del Congo (actualmente República Democrática del Congo). En origen, este gigantesco Imperio tropical era un dominio privado del rey pero, tras muchos años de mal gobierno, finalmente en 1908 el pueblo belga se anexionó el país, lo convirtió en colonia y acabó con los terribles abusos que había tolerado aquel rey sin escrúpulos al que le importaba poco lo que deparase a los nativos mientras obtuviese el marfil y el caucho que le interesaban.

En Estados Unidos, aún les quedaba tanta tierra por explorar que no necesitaban más. Pero en Cuba, una de las últimas posesiones españolas en el hemisferio occidental, el Gobierno era tan nefasto que Washington decidió intervenir. Tras una corta guerra que no tuvo nada de particular, los españoles fueron expulsados de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y las dos últimas pasaron a ser colonias estadounidenses.

El desarrollo económico del mundo seguía sus cauces naturales. Las fábricas de Inglaterra, Francia y Alemania necesitaban una cantidad cada vez mayor de materias primas, y los trabajadores europeos, que eran cada vez más, requerían de mucha más comida. Era necesario abrir más mercados y que éstos fueran más ricos, había que acceder más fácilmente a las minas de carbón y de hierro, a las plantaciones de caucho, a los pozos petrolíferos y obtener más grano.

Los acontecimientos políticos, que tenían lugar en el continente europeo, pasaron a ser insignificantes a los ojos de quienes

planificaban rutas navales por el lago Victoria o construían redes ferroviarias hacia el interior de la provincia china de Shan-Tung. Eran conscientes de que en Europa todavía quedaban muchas cuestiones por resolver, pero cerraron los ojos y su indiferencia y olvido legaron a sus descendientes odio y miseria. El sureste de Europa había sido escenario de rebeliones y matanzas durante innumerables siglos. En la década de los setenta del siglo XIX, los serbios, los búlgaros, los montenegrinos y los rumanos volvieron a luchar por la independencia, y los turcos, con ayuda de la mayoría de potencias europeas, lucharon para que no lo consiguieran.

Tras un período en el que se sucedieron las masacres en Bulgaria, en 1876, el pueblo ruso perdió la paciencia y forzó a su Gobierno a intervenir en el conflicto —como le sucedería al presidente estadounidense McKinley, a quien se obligó a intervenir en Cuba para acabar con las ejecuciones del general Weyler en La Habana—. En abril de 1877, las tropas rusas cruzaron el Danubio, atravesaron el paso de Shipka y, tras capturar la ciudad de Plevna, marcharon hacia el sur hasta llegar a las puertas de Constantinopla. El Imperio otomano pidió ayuda a Inglaterra. El Gobierno inglés se puso de parte del sultán, lo cual no gustó nada a los ingleses. Aun así, Disraeli, el primer ministro inglés, que acababa de convertir a la reina Victoria en emperatriz de India y que sentía aprecio por los pintorescos turcos a la vez que odiaba a los rusos porque eran brutalmente crueles con los judíos, actuó con decisión. Rusia fue obligada a firmar el Tratado de San Stefano en 1878 y la cuestión de

los Balcanes se dejó para un congreso que tuvo lugar en Berlín en los meses de junio y julio de aquel mismo año.

Aquel famoso congreso estuvo enteramente dominado por la personalidad de Disraeli. Incluso Bismarck temía a aquel inteligente anciano de pelo rizado, siempre cuidadosamente untado de brillantina, y extremadamente arrogante que poseía un sentido del humor cínico y un gran don para la adulación. En el Congreso de Berlín, el primer ministro inglés veló por los intereses de sus amigos turcos. Montenegro, Serbia y Rumania pasaron a ser reinos independientes. Al Principado de Bulgaria se le dio un estatuto de semiindependencia bajo el mando del príncipe Alejandro de Battenberg, sobrino del zar Alejandro II. Pero a ninguno de estos países se le brindó la oportunidad de desarrollar sus competencias y su potencial como habrían hecho si Inglaterra no se hubiera preocupado tanto por el futuro del sultán, cuya estabilidad era necesaria para proteger el Imperio británico de posibles ataques rusos.

Por si esto fuera poco, aquel congreso permitió que Austria se quedase con Bosnia y Herzegovina, hasta entonces turcas, para que las «administrara» como parte de los dominios de los Habsburgo. No se puede negar que Austria hizo un buen trabajo; a partir de entonces, aquellas provincias descuidadas estuvieron tan bien administradas como la mejor de las colonias inglesas, y eso es mucho decir. El problema era que en ambas regiones vivían muchos serbios. En otros tiempos habían pertenecido al gran Imperio serbio de Esteban IV, que a principios del siglo XIV había defendido

Europa de las invasiones de los otomanos. Su capital, Uskub, había sido un centro de civilización ciento cincuenta años antes de que Colón descubriese el Nuevo Mundo. Como es natural, el pueblo serbio recordaba su antigua gloria y estaba descontento con la presencia austríaca en dos provincias que, según ellos, eran suyas por derechos ancestrales.

Así que no es casual que el archiduque Francisco Fernando, heredero al trono de Austria, fuera asesinado el 28 de junio de 1914 precisamente en Sarajevo, la capital de Bosnia. El asesino era un estudiante serbio que actuaba por motivos puramente patrióticos.

Como sabéis, aquel suceso desencadenó la Primera Guerra Mundial, aunque no fuera su única causa. Pero de eso no se debe culpar ni al muchacho serbio medio trastornado ni a su víctima austríaca. Hay que buscarla atrás en el tiempo, en los días del famoso Congreso de Berlín, cuando Europa estaba demasiado ocupada construyendo una civilización materialista como para preocuparse por las aspiraciones y los sueños de un pueblo olvidado, que vivía en un rincón perdido de la península de los Balcanes.

Capítulo 63

Un mundo nuevo

La Primera Guerra Mundial o la lucha por un mundo nuevo y mejor

Uno de los integrantes más nobles, del grupo reducido de entusiastas sinceros que organizó la Revolución francesa, fue el marqués de Condorcet, que dedicó su vida a la causa de los pobres y los desafortunados. Colaboró con D'Alembert y Diderot en la redacción de la famosa *Enciclopedia* y, durante los primeros años de la Revolución, fue líder del ala moderada de la Convención.

Su carácter tolerante, su bondad y su gran sentido común lo convirtieron en sospechoso a los ojos de los extremistas radicales que subieron al poder al descubrirse que el rey y su círculo de nobles eran culpables de traición. Condorcet fue declarado *hors de loi*, o fuera de la ley, un proscrito que estaba por tanto a merced de cualquier auténtico patriota. Sus amigos le ofrecieron escondite aun a riesgo de su propia vida. Condorcet no quiso aceptar el sacrificio. Escapó e intentó huir hacia su tierra natal, donde quizá estaría a salvo. Tras pasar tres noches al raso, magullado y herido, entró en una posada y pidió comida. Desconfiando, los posaderos le registraron las ropas y encontraron un libro de Horacio, el poeta latino, en un bolsillo. Aquello significaba que el detenido era un hombre de buena familia que no debía ir por los caminos en un tiempo en que a cualquier persona educada se la consideraba enemiga de la Revolución. Así que ataron a Condorcet, lo amordazaron y lo encerraron en la prisión del pueblo. Pero a la

mañana siguiente, cuando llegaron los soldados para llevarlo de vuelta a París y decapitarlo, ¡estaba muerto!

Este hombre que lo dio todo sin recibir nada a cambio tenía buenas razones para sentir odio por la especie humana y, sin embargo, no fue así, como demuestran unas frases que escribió y que nunca perdieron vigencia. Os las cito porque creo que se puede aprender mucho de ellas:

«La naturaleza no ha puesto límites a nuestras esperanzas y el ser humano, ahora libre de cadenas y marchando con paso firme por el camino de la verdad, la virtud y la felicidad, ofrece al filósofo un espectáculo que lo consuela de los errores, los crímenes y las injusticias que aún contaminan y afligen este mundo».

La Revolución francesa no fue nada comparado con lo que sufrió el mundo durante la Primera Guerra Mundial. Este conflicto armado provocó una conmoción tan fuerte que acabó con las esperanzas de millones de personas que cantaban himnos al progreso; sus plegarias por la paz se vieron recompensadas con cuatro años de matanzas. «¿Vale la pena trabajar duramente por unos seres que aún están en la época de las cavernas?», se preguntaban.

Sólo hay una respuesta posible y ésta es: ¡sí!

La Primera Guerra Mundial fue una auténtica calamidad, pero no significó el fin del mundo. Al contrario, fue el inicio de una época mejor.

Escribir la historia de Grecia, de Roma o de la Edad Media es fácil. Los actores que representaron aquellas obras olvidadas murieron hace muchos siglos. Los podemos criticar fríamente. La audiencia que los aplaudió de corazón se ha dispersado y, lo que digamos, no herirá sus sentimientos.

Cuanto más cercano en el tiempo es un acontecimiento, más cuesta narrarlo con objetividad. Lo que hacen las personas con quienes compartimos la vida nos afecta mucho: nos hiere o nos agrada demasiado como para describir los hechos con la justicia con la que hay que escribir la historia si no se quiere acabar haciendo propaganda política. Dicho esto, os contaré por qué yo, al igual que Condorcet, creo firmemente en un futuro mejor.

Ya os he advertido varias veces del peligro que entraña la división de la historia en épocas: Edad Antigua, Edad Media, Renacimiento, la Reforma y Edad Moderna. El último de estos términos es el más peligroso. Al llamarlo «Edad Moderna» sugerimos que nos encontramos en el punto álgido de la historia de la humanidad. En 1870, los liberales ingleses, liderados por Gladstone, creían que con la segunda reforma electoral, que daba a trabajadores y a patronos igual poder en el Gobierno, finalmente se había aprobado un sistema verdaderamente representativo y democrático y creyeron que el problema estaba resuelto para siempre. Así que cuando Disraeli y sus colegas conservadores pretendieron cambiarlo, se negaron rotundamente. Los liberales ingleses creían con firmeza en aquella causa y confiaban en que, a partir de entonces, todas las clases sociales cooperarían por el bien del país. Tras la Primera

Guerra Mundial, los pocos que todavía vivían se dieron cuenta de que se habían equivocado.

Ningún problema histórico tiene una solución definitiva.

Cada generación debe recomenzar la lucha; si no lo hace, desaparecerá como les pasó a los animales prehistóricos que no supieron adaptarse al medio.

Cuando comprendáis esta gran verdad, tendréis una visión más amplia de la vida. Os pido que ese día vayáis aún un poco más lejos y os pongáis en el lugar de vuestros descendientes del año 10000. Ellos también estudiarán historia. Me pregunto qué pensarán de estos míseros cuatro mil años en que hemos recogido nuestras acciones y nuestro pensamiento por escrito. Para ellos, Napoleón será prácticamente contemporáneo de Tiglath-Pileser, el conquistador asirio. Quizá lo confundan con Gengis Khan o con Alejandro Magno. Les parecerá que la Primera Guerra Mundial fue el final del largo conflicto entre Roma y Cartago por la supremacía del Mediterráneo, que tuvo enfrentadas a las dos ciudades durante ciento veintiocho años. Los conflictos balcánicos del siglo XIX, o sea, la lucha por la independencia de Serbia, Grecia, Bulgaria y Montenegro les parecerán una continuación del caos provocado por las grandes migraciones. Pensarán que el miedo a la muerte, que sienten aún muchas personas, era una superstición infantil y quizá no les sorprenda tratándose de un grupo humano que quemó «brujas» hasta 1692. Incluso los hospitales, los laboratorios y los quirófanos actuales de los que estamos tan orgullosos les recordarán los talleres de los alquimistas y los cirujanos medievales.

La explicación de todo esto es sencilla: los hombres y las mujeres de hoy, en realidad, no somos nada modernos. Al contrario, pertenecemos a una de las últimas generaciones de cavernícolas. Las bases de la nueva era se sentaron hace relativamente poco. El ser humano empezó a ser verdaderamente civilizado cuando tuvo el coraje de cuestionarse todo y de convertir el conocimiento y la comprensión en los pilares de una sociedad razonable y humana. La Primera Guerra Mundial representó el «dolor de crecimiento» de este nuevo mundo.

Acabada la guerra, la gente escribió infinidad de libros exponiendo grandes teorías sobre quién o qué la ocasionó. Los socialistas acusaban a los capitalistas de planear el conflicto con fines «lucrativos». Los capitalistas contestaron que en la guerra habían perdido mucho más de lo que habían ganado, que sus hijos fueron de los primeros en alistarse en el ejército y caer en combate e intentaron demostrar que los banqueros habían hecho todo lo posible por evitar que estallara el conflicto. Los historiadores franceses publicaron obras en las que listaban los pecados de los alemanes desde los tiempos de Carlomagno a los de Guillermo de Hohenzollern, y los historiadores alemanes les devolvían el cumplido reseñando los horrores cometidos por los franceses desde Carlomagno a Poincaré, presidente de la República francesa durante la Gran Guerra. Posteriormente, unos y otros llegaban a la conclusión de que el otro bando era el causante de la guerra y se quedaban satisfechos. Políticos y hombres de estado de todos los países participantes en el conflicto se sentaron ante la máquina de

escribir para explicar al mundo que habían intentado evitar la guerra pero sus oponentes, que eran muy «malos», no les habían dejado otra opción.

Los historiadores, cientos de años después, ya no necesitarán pedir excusas ni reivindicar nada. Podrán entender las verdaderas causas del conflicto, que no fueron ni la ambición, ni la maldad, ni la avaricia personales. El error, el verdadero responsable de aquel horror, fue que la ciencia empezó a crear un nuevo mundo de acero y hierro, de química y electricidad, y olvidó que la mente humana es más lenta que la tortuga de la fábula, más holgazana que el mamífero al que llamamos «perezoso» y, por tanto, va de cien a trescientos años atrasado con respecto al reducido grupo de líderes que mueven el mundo.

Una persona con mentalidad de comerciante del siglo XVI continuará siendo una persona con mentalidad de comerciante del siglo XVI, aunque conduzca un Rolls Royce.

Si no lo entendéis a la primera, no os preocupéis, leedlo de nuevo. Pronto lo veréis claro y comprenderéis mejor la historia —en especial por qué se llegó a la Primera Guerra Mundial.

Bien pensado, os pondré otro ejemplo más claro para que entendáis qué quiero decir. Cuando las películas eran mudas, los espectadores tenían que leer los rótulos intercalados con las imágenes. Pues bien, observar a la audiencia en aquella época era todo un poema. Unos pocos parecía que se comieran las palabras: sólo les costaba un segundo leer aquellas líneas. Otros eran algo más lentos. Algunos tardaban de veinte a treinta segundos en leer y,

finalmente, quienes no leían más que lo estrictamente necesario, entendían la frase cuando los más instruidos de la sala ya empezaban a disfrutar de la siguiente escena. Fuera del cine, en la vida real, pasa algo parecido, como ahora os mostraré.

Hace varios capítulos os expliqué que el concepto de Imperio romano sobrevivió mil años a la muerte del último emperador de Roma. Por ello se creó un gran número de «imperios de imitación». Los obispos de Roma se convirtieron en sumos pontífices de la Iglesia porque representaban la idea de la supremacía romana. Unos cuantos jefes de tribus germánicas totalmente inofensivos se dedicaron al crimen y a la guerra sólo porque estaban bajo el efecto de (a palabra mágica «Roma». Aquella gente, papas, emperadores y soldados rasos, era igual que nosotros. Pero ellos vivían en un mundo en el que la tradición romana estaba muy presente —seguía viva— y la recordaban a la perfección tanto el padre como el hijo o el nieto. Así que luchaban y se sacrificaban por una causa que hoy no encontraría ni a un puñado de adeptos.

En otro capítulo os conté que las grandes guerras religiosas estallaron más de un siglo después de que tuviera lugar el primer acto reformista. Si comparáis el capítulo dedicado a la guerra de los Treinta Años con el consagrado a los inventos, comprobaréis que, cuando sucedió aquella terrible carnicería, las primeras máquinas de vapor ya empezaban a emitir gases en los laboratorios de unos cuantos científicos franceses, alemanes e ingleses. Pero el mundo no prestó atención a aquellos engendros y prefirió adentrarse en una

discusión teológica que, en la actualidad, prácticamente no nos irritaría, más bien nos haría bostezar.

La historia se repite. Dentro de mil años, los historiadores hablarán de la misma manera de la Europa del siglo XIX porque verán claramente que, mientras el pueblo se embarcaba en conflictos nacionalistas terroríficos, los laboratorios que había a su alrededor estaban llenos de tipos serios a los que la política importaba poco mientras ellos pudieran seguir forzando a la naturaleza a revelarles un poco más de sus infinitos misterios.

Supongo que sabéis hasta dónde quiero llegar. En una sola generación, los ingenieros, los químicos y los científicos en general llenaron Europa, América y Asia de grandes máquinas, telégrafos, aviones y productos derivados del alquitrán. Crearon un mundo en el que el tiempo y el espacio quedaron reducidos a la nada. Constantemente inventaban nuevos productos y los fabricaban tan baratos que estaban al alcance de casi todo el mundo. Ya os lo he explicado antes, pero vale la pena insistir.

Para mantener la producción en las fábricas, cuyo número iba permanentemente en aumento, los empresarios, que eran a la vez las autoridades del lugar, necesitaban materias primas y carbón. Sobre todo carbón. Mientras tanto, el pueblo seguía pensando en términos del siglo XVI y XVII, aferrado a la vieja idea de que el estado es una organización dinástica o política. De repente, aquella torpe institución medieval se vio obligada a manejar los problemas modernos de un mundo industrializado. Hizo todo lo que las reglas de un juego inventado siglos atrás le permitieron hacer. Los estados

crearon ejércitos enormes y flotas gigantescas que usaban para ganar nuevas posesiones en lugares remotos. Donde quiera que hubiera un pequeño territorio sin ocupar, allí se erigía una colonia inglesa, francesa, alemana o rusa. Si los nativos se oponían, los mataban. Pero, en la mayoría de los casos, no se oponían y, siempre que no interfirieran en el buen funcionamiento de las minas de diamantes, carbón u oro, los pozos petrolíferos y las plantaciones de caucho, se los dejaba vivir en paz y que se beneficiaran de la ocupación extranjera. A veces ocurría que dos estados querían la misma tierra a la vez. Entonces había una guerra. Ocurrió en 1904 cuando Rusia y Japón lucharon por unos territorios que pertenecían a China. Pero estos conflictos no eran frecuentes. En realidad, nadie quería la guerra. La idea de enfrentarse con tropas, acorazados y submarinos empezaba a parecer absurda a los hombres de principios del siglo XX. Asociaban la violencia a las monarquías absolutas y a las dinastías poderosas de épocas pasadas. Todos los días leían en los periódicos sobre nuevos inventos de grupos de científicos ingleses, estadounidenses o alemanes que trabajaban juntos en perfecta armonía con el objetivo de avanzar en medicina o astronomía. Vivían en un mundo en el que lo importante era el comercio y la industria. Sin embargo, sólo unos pocos se dieron cuenta de que el estado (esa comunidad gigantesca de personas con unos ideales en común) se había quedado unos cuantos siglos atrás. Intentaron advertir a los demás. Pero todos estaban ocupados en sus propios asuntos.

He usado tantos símiles en este capítulo que debo pedirlos perdón por utilizar otro más. La nave del estado —una expresión que, aunque vieja, siempre da buenos resultados— de los egipcios, los griegos, los romanos, los venecianos y los aventureros comerciantes del siglo XVII era un navío potente, hecho con buena madera, comandado por oficiales que conocían tanto el barco como la tripulación y que sabían de las limitaciones del arte de la navegación transmitido por sus antepasados.

Entonces llegó la era del hierro, el acero y la máquina. Primero cambió una parte de la nave, luego el resto. Aumentó de tamaño. Se abandonaron las velas y se introdujo el motor de vapor. Los camarotes mejoraron, pero más gente tuvo que bajar por la escotilla y, aunque el trabajo ahora era más seguro y mejor pagado, no gustaba tanto como el peligro de manejar los aparejos. Casi imperceptiblemente, el viejo galeón se transformó en un moderno trasatlántico. Sin embargo, el capitán y la tripulación eran los mismos. Los escogían para el puesto de la misma manera que cien años atrás. Les enseñaban el sistema de navegación que usaban los marineros del siglo XV. En los camarotes colgaban los mismos mapas y las mismas banderas náuticas que habían usado Luis XIV y Federico *el Grande*. En resumen, que, a pesar de que no era culpa suya, lo cierto es que eran completamente incompetentes. El mar de la política internacional es pequeño. Cuando los trasatlánticos imperiales y coloniales empezaron a jugar a adelantarse los unos a los otros, era de esperar que ocurrieran accidentes. Y ocurrieron. Aún se pueden ver los restos de los naufragios. La moraleja de esta

historia es sencilla. El mundo necesita nuevos líderes, personas valientes con ideas que comprendan que estamos al principio del viaje y que aún debemos aprender el nuevo sistema de navegación. Los nuevos líderes tendrán que estar dispuestos a ser aprendices durante muchos años. Deberán luchar por llegar a la cima contra todo tipo de oposición. Cuando lleguen al puente de mando es posible que estalle un motín entre la tripulación envidiosa y les den muerte. Pero, algún día, llegará la persona que conduzca el barco a puerto y será la heroína de todos los tiempos.

Capítulo 64

Así debería ser siempre

La ironía y la piedad, dos buenas compañeras

« Cuanto más pienso en los problemas de la vida, más me convenzo de que la ironía y la piedad deberían ser nuestras asesoras y juezas, igual que los antiguos egipcios imploraban a las diosas Isis y Neftis que velaran por sus antepasados.

»La ironía y la piedad son buenas consejeras; la primera de ellas hace la vida más agradable con sus sonrisas, la otra la santifica con sus lágrimas.

»La ironía que invoco no es una deidad cruel. No se burla ni del amor ni de la belleza. Es considerada y generosa. Su alegría desarma a cualquiera y es quien nos enseña a reírnos de los bribones y de los idiotas, a los que despreciaríamos y odiaríamos si no fuera por ella.»

Capítulo 65

1926, siete años después de la guerra

Historia de avaricias, crueldades y maldades

El Tratado de Versalles se escribió a punta de bayoneta, pero, por muy útil que fuera el invento del coronel Fuysegur en la lucha cuerpo a cuerpo, como instrumento de paz nunca sirvió de mucho. Por si esto fuera poco, quienes empuñaban aquel arma mortal eran hombres viejos. Una cosa es que un grupo de jóvenes combata. Se pegan a matar pero, en cuanto liberan el odio acumulado, vuelven a la vida diaria con poco resentimiento hacia los que hasta hacía bien poco eran sus enemigos mortales. La historia es muy diferente cuando media docena de hombres canosos bien afeitados, rebosantes de una rabia inútil acumulada a lo largo de toda una vida de ambiciones frustradas, se sienta alrededor de una mesa verde y se dispone a juzgar a otra media docena de oponentes indefensos que en sus días de gloria había hecho caso omiso de los principios de la ley y la decencia.

Ante algo así podemos rezar para que Dios se apiade de nosotros.

Pero al buen Dios, cuyo nombre había sido mencionado hasta la saciedad durante los cuatro años anteriores, no le apetecía extender la mano a aquellos hijos que tan poco merecían su misericordia.

La masacre había sido culpa suya, ¿no? ¡Pues que solucionaran los problemas como mejor supieran o pudieran!

Pero ya pudimos comprobar cómo lo hicieron. La historia de los siete años posteriores a la firma del tratado es un recital

ininterrumpido de errores garrafales cometidos por gente que no veía más allá de sus narices. Es una historia de avaricias, de crueldades y de maldades. Es una época de estupidez que ponía los pelos de punta hasta tal punto que figura en los anales de la estupidez humana, lo cual —si me permitís el comentario— es mucho decir.

Obviamente es imposible predecir lo que dirán los historiadores del año 2.500 sobre las causas del gran terremoto que destruyó el poder de la civilización europea y otorgó inesperadamente a Estados Unidos el liderazgo de la humanidad. Pero, a la luz de lo que ha sucedido en la historia desde que los estados se convirtieron en empresas comerciales altamente organizadas, puede que lleguen a la conclusión de que era absolutamente inevitable que estallara algún tipo de conflicto entre las dos grandes potencias comerciales. Quizá digan que habría sucedido tarde o temprano. Sinceramente, es probable que reconozcan que Alemania se había convertido en una amenaza demasiado acuciante para la prosperidad del Imperio británico como para que este dejara que fuera cada vez con más aplomo el proveedor general de las múltiples necesidades del mundo.

En cambio, quienes vivimos el conflicto no podíamos ni podemos analizar la guerra y la posguerra de manera objetiva. Siete años después de la firma del Tratado de Versalles empezamos a llegar a algunas conclusiones que no escandalizan demasiado a nuestros queridos amigos y vecinos.

La historia de los últimos quinientos años es la historia de un conflicto superlativo entre los países a los que podríamos llamar «potencias establecidas» y los que querían desposeerlos de tan preciado título y convertirse en sus sucesores, los reyes y señores de los mares. Para alcanzar la gloria, España tuvo que pasar por encima de los cadáveres de las grandes repúblicas comerciales italianas y de Portugal. En cuanto estableció aquel famoso Imperio en el que el sol —por motivos de geografía o de honestidad— no se ponía nunca, los holandeses se dispusieron a robarle todos los tesoros y, dada la diferencia de tamaño entre los dos países, podemos decir que Holanda tuvo un éxito notable. Pero entonces Francia e Inglaterra aparecieron en escena para despojar a los holandeses de sus recién adquiridas posesiones, es decir, los territorios españoles que ofrecían la mayor probabilidad de beneficio raudo. De inmediato, Francia e Inglaterra se pelearon por el botín y, tras un conflicto largo y costoso, venció Inglaterra. A partir de entonces, los ingleses dominaron el mundo durante más de cien años. No toleraban rival alguno. Los países pequeños, que osaban interponerse en su camino, recibían un puntapié. Los países grandes, contra los que no podían luchar sin ayuda, de repente se encontraban como adversario a una de aquellas misteriosas alianzas políticas de las que los dirigentes ingleses —grandes maestros en el arte de la política internacional— parecían poseer el secreto. Teniendo en cuenta estos conocidos sucesos económicos, descritos fielmente en cualquier libro de historia para la escuela primaria, la política de los dirigentes alemanes durante las dos

primeras décadas del siglo XX rozó la ingenuidad. Algunos dijeron que la culpa había sido del káiser, afirmación que merece ser estudiada. El emperador Guillermo II era un hombre honrado, de capacidad reducida y víctima de esa extraña forma de delirio, tan común entre los que nada más nacer se sientan entre los poderosos y contemplan el mundo desde un pináculo de superioridad divina, tan elevado que pronto pierden toda noción de realidad. Una cosa es cierta: nunca nadie había intentado con tanto tesón ganarse la aprobación del pueblo inglés y nunca ningún forastero erró tan desgraciadamente al interpretar la verdadera naturaleza del carácter anglosajón.

Aquella curiosa isla, situada en el mar del Norte, sólo pensaba en una cosa: el comercio. Quienes no interferían con el comercio inglés quizá no eran exactamente «amigos», pero al menos eran «extraños tolerados». En cambio, aquellos que representaban una amenaza, por remota que fuera, para la hegemonía imperial, se convertían automáticamente en «enemigos» y debían ser destruidos cuanto antes. Así que todos los discursos maravillosos y todas las manifestaciones de buena voluntad y amistad del emperador teutón anglófilo no consiguieron hacer olvidar, durante ni un instante, al pueblo inglés que los alemanes eran sus rivales más peligrosos y que tarde o temprano intentarían vender sus productos, más baratos, en todos los rincones del mundo, civilizado o no.

De todas maneras, esto sólo fue una parte de la cuestión. Una parte muy importante, pero que no explica por sí sola la gran masacre que se produjo al final de la guerra.

En los días felices en los que no existía ni el ferrocarril ni el telégrafo, en los que cada país era más o menos una entidad definida que seguía su propio camino como si fuera un elefante, el conflicto entre los dos combatientes por la supremacía comercial habría ido a paso lento y los astutos diplomáticos de la vieja escuela seguramente lo habrían conseguido mantener en un ámbito local. Por desgracia, en 1914 el mundo ya era un gran espacio global. Una huelga en Argentina podía hacer sufrir en Berlín. El aumento de precio de ciertas materias primas en Londres podía ser desastroso para cientos de miles de culis chinos que nunca habían oído hablar de aquella gran ciudad situada a orillas del río Támesis. Un invento de algún oscuro profesor suplente en una universidad alemana de tercera fila podía obligar a muchos bancos chilenos a cerrar puertas, y la mala administración de una vieja casa comercial de Gotemburgo podía hacer perder a cientos de niños y niñas australianos la oportunidad de ir a la escuela.

Claro está que no todos los países habían alcanzado el mismo grado de desarrollo industrial. Algunos seguían siendo primordialmente agrícolas y otros prácticamente emergían de un estado de feudalismo medieval. Pero no por ello eran despreciados por sus vecinos más industrializados. Al contrario, en general, tales países tenían unas reservas de capital humano casi inagotables y, como carne de cañón, los campesinos rusos no tenían rivales.

Todavía los historiadores no sabemos cómo y por qué estos intereses contrapuestos dieron pie a que un enorme grupo de naciones se asociara y luchara por un objetivo común. Es mejor

dejar que nuestros nietos encuentren las soluciones porque el mundo aún tiene que saber mucho más de lo que se sabe siete años después sobre los preliminares de la guerra para poder juzgar a aquellos nacionalistas que estaban tan equivocados y que convirtieron el continente europeo en un matadero.

Lo único que podemos hacer este caluroso día de agosto, del año de gracia de 1926, es poner de relieve un hecho importantísimo que casi todos los historiadores han pasado por alto: el gran conflicto europeo, que empezó siendo una guerra mundial, acabó siendo una revolución a escala planetaria. No fue sólo una breve interrupción del curso normal de la historia —como habían sido las guerras de los trescientos años anteriores—, sino que marcó el inicio de una nueva época económica y social. Los ancianos que redactaron el Tratado de Paz de Versalles eran tan deudores de su entorno que fueron incapaces de darse cuenta de ello.

Pensaban, hablaban y actuaban en términos de una época ya pasada.

Probablemente, por eso sus esfuerzos por arreglar la situación acabaron siendo una maldición para el resto de la humanidad. Otro factor que contribuyó enormemente a que la guerra acabara mal para la democracia y los derechos de las naciones pequeñas fue que Estados Unidos entrara tarde en el conflicto.

Estados Unidos, bien atrincherada con una separación de 3.000 millas de océano, nunca se había interesado demasiado por la política internacional. Acostumbrados a leer sólo titulares y pies de foto, alegremente ajenos a la historia de Europa y del resto del

mundo durante dos mil años, casi todos los conciudadanos del presidente Wilson recibieron la información de segunda mano. Ayudados por ciertos crímenes monstruosos cometidos por los jefes militares alemanes, a los creadores de la propaganda aliada les fue fácil hacer creer a los estadounidenses que se trataba de un conflicto entre el bien y el mal, de un enfrentamiento entre lo blanco y lo negro, de un duelo a muerte entre los ángeles de la libertad anglosajona y los diablos de la autocracia teutona, así que, al final, los estadounidenses, gente de gran corazón y muy sentimentales —y por tanto capaces de llegar a curiosos extremos de emotividad y crueldad— quedaron convencidos de que, si se mantenían al margen del conflicto por más tiempo, acabarían traicionando todas sus creencias. Una marea de fervor y devoción al más puro estilo de las cruzadas inundó el país. La enorme maquinaria estadounidense se puso en marcha y pronto hubo dos millones de hombres dispuestos a partir hacia los campos de batalla europeos para poner fin a las intolerables atrocidades de los soldados alemanes.

Era perfectamente natural que aquellos jóvenes concienciados y decididos quisieran explicar a sus compatriotas por qué luchaban, de una manera clara y sencilla para que lo entendieran. De ahí que surgiera el eslogan «una guerra para acabar con la guerra». De ahí que el presidente Wilson enunciara sus célebres «14 puntos». De ahí el entusiasmo por la autodeterminación de las naciones pequeñas y el hilarantemente expresado deseo de «conseguir que el mundo fuera un lugar seguro para la democracia».

A Balfour, Poincaré y Churchill —por no mencionar a los cabecillas exiliados del antiguo régimen zarista— aquellas palabras les debían de sonar a pura herejía. Si en sus filas alguien hubiera lanzado semejantes gritos de batalla, lo habrían enviado directamente al pelotón de fusilamiento. Pero al comandante en jefe de dos millones de soldados, al guardián de todos los tesoros del mundo, tenían que escucharlo con un semblante de respeto. Así que, durante el último año y medio de la guerra, los dirigentes de los diferentes Estados europeos involucrados lucharon por unos ideales que les importaban tan poco como las fantásticas innovaciones económicas que se pedían en 100 lenguas diferentes desde el interior de los muros del viejo Kremlin. Los alemanes, agradablemente sorprendidos por los términos tan razonables en que se expresaban sus temidos antagonistas estadounidenses, echaron al emperador por la borda, dejaron de llamar a su país Imperio para llamarlo república, adornaron el país con lazos rojos y se pusieron a cantar la *Internacional* en su famosa marcha hacia el Rin. En cuanto se percataron de aquello, los jefes aliados se apresuraron a deshacerse de los ridículos y vergonzosos ideales estadounidenses e impusieron una paz según el conocido principio de «hundir al perdedor», que desde tiempos prehistóricos se había convertido en la manera natural de concluir un enfrentamiento físico bien regulado.

Su tarea habría sido considerablemente más fácil si al presidente Wilson no se le hubiera ocurrido la desafortunada idea de tomar parte en las negociaciones diplomáticas de 1919 en persona. Si se hubiera quedado en casita, las potencias europeas habrían

concluido la paz según su concepto del bien y el mal. Desde el punto de vista estadounidense, aquello habría sido horroroso pero, maravilloso u horroroso, sus decisiones habrían sido la expresión de una única escuela de pensamiento. De aquella manera, las ideas europeas y estadounidenses, que hasta el momento no se habían mezclado, quedaron tan entremezcladas que no se solucionó nada, todos los aliados quedaron dolidos y la paz resultó más amarga que la guerra. Hubo otra circunstancia añadida que contribuyó a que el Tratado de Versalles creara el caos. Wilson, que era presidente de una unión de Estados semiindependientes, quería crear una federación de Estados del mundo. En el norte del continente americano había funcionado. Durante más de un siglo, la federación había dado a sus Estados soberanos, cuyo número iba en aumento, un grado de libertad política y de bienestar económico que la había convertido en conjunto en el país más próspero y rico del planeta. ¿Por qué no podían aprender los europeos de la lección que habían dado Virginia, Pensilvania y Massachusetts en 1776?

¿Por qué no?

Los dirigentes aliados inclinaron la cabeza y escucharon respetuosamente a Wilson cuando les explicaba su intención de crear una Sociedad de Naciones. Presionados por las circunstancias, incluso aceptaron incorporar los principios de aquellos Estados Unidos del Mundo a su tratado de paz. Pero, en cuanto el barco del presidente levó anclas, empezaron a deshacer aquel trabajo de importancia vital para el gran presidente y

volvieron a las formas de la antigua diplomacia basada en tratados secretos y alianzas subrepticias.

Mientras tanto, en Estados Unidos se había creado un sentimiento de rechazo hacia la idea de constituir la Sociedad de Naciones. Evidentemente es muy fácil culpar a Wilson y a ciertos aspectos de su personalidad por el cambio de actitud de tantos de sus compatriotas. En realidad, también actuaron otras fuerzas infinitamente más sutiles.

En primer lugar, los soldados que habían estado en el frente empezaban a volver a casa. Al conocer de primera mano lo que sucedía en Europa habían perdido las ganas de mantener la estrecha relación que durante los dos años anteriores los había unido a los europeos.

En segundo lugar, la mayoría de la gente empezaba a recuperarse de la histeria de la guerra. Ya no temía por la vida de sus hijos y podía volver a pensar con serenidad. Los estadounidenses volvieron a desconfiar de Europa como siempre habían hecho. Pronto se hizo evidente que la advertencia de George Washington contra las «alianzas oscuras» había calado tan hondo entre la población de 1918 como en la de un siglo antes.

En tercer lugar, tras dos años de desfiles militares, discursos de cinco minutos y libertad prestada, los estadounidenses tenían ganas de retornar a la agradable rutina y recuperar la marcha de los negocios.

En resumen, que aquella criatura llamada Sociedad de Naciones, que Wilson había dejado con tan poco ceremonial en el umbral de

Europa, era repudiada por sus propios padres espirituales. Aun así la criatura no murió, pero tuvo una existencia precaria; era raquítica y demasiado débil para influir de manera decisiva en nada, sólo conseguía irritar a los que le daban de comer con reprimendas inútiles y gestos de «eso no se hace».

Una vez más estamos ante un condicional histórico:

«¿Y si la Sociedad de Naciones hubiera conseguido unir a los países civilizados en unos Estados Unidos del Mundo...?». No sé lo que habría pasado, pero, aun en las circunstancias más favorables, el plan de Wilson tenía muy pocas posibilidades de éxito.

Porque la guerra, siete años después nos empezamos a dar cuenta, no fue tanto una guerra como una revolución donde la victoria se la llevó insospechadamente un tercero, a quien desde entonces se ha identificado como hijo de James Watt y al que en círculos cada vez más amplios se conoce con el nombre de «hombre de hierro». Al principio, la máquina de vapor —al igual que su hermano pequeño, el motor eléctrico— era bien aceptada en la familia de seres humanos civilizados porque era una esclava entregada, siempre dispuesta a aligerar las tareas de las personas y las bestias.

Pero pronto quedó claro que aquel factótum inanimado era endiabladamente astuto, y la guerra, con la suspensión temporal de los derechos humanos, dio a aquel artilugio de hierro la oportunidad de esclavizar a quienes tenían que ser sus amos. Algunos científicos presagiaron que aquel sirviente indisciplinado se convertiría en un peligro para la especie humana, pero los desafortunados que abrieron la boca fueron acusados de enemigos

de la sociedad, radicales, traidores o bolcheviques, y fueron obligados a callar si no querían sufrir las consecuencias. Los políticos y los diplomáticos responsables de la guerra estaban muy ocupados en la seria tarea de construir una paz duradera y no se los podía interrumpir. Desgraciadamente, por regla general, sus señorías desconocían los principios elementales de la ciencia y la política económica que regían la sociedad industrializada de principios del siglo XX y eran el grupo humano menos preparado para afrontar los problemas modernos. Los plenipotenciarios reunidos en París no eran una excepción. Se encontraban a la sombra del hombre de hierro, hablaron de un mundo dominado por él, pero no se percataron de su presencia y usaron palabras y símbolos procedentes de la mentalidad del siglo XVIII desde el principio hasta el final del encuentro.

El resultado estaba cada vez más claro. Es imposible pensar con mentalidad de 1719 y prosperar en 1919. Con el tiempo se hizo evidente, es lo que les sucedió a los ancianos reunidos en Versalles. Tras aquella orgía de odio e irracionalidad, el mundo se convirtió en un mosaico de naciones nuevas que quizá poseyeran algún valor como curiosidades históricas, pero cuyo futuro era incierto en un mundo dominado por el carbón, el petróleo, la energía hidroeléctrica y la economía de escala. El continente quedó dividido por fronteras artificiales que llenaban de color los atlas infantiles, aunque no guardaban relación alguna con las necesidades de la civilización moderna. El planeta se convirtió en un campo de batalla lleno de soldados disfrazados con uniformes amarillos, verdes o violeta, que

recordaban ligeramente a sus míticos antepasados, pero completamente inútiles en aquella época. Incluso menos útiles que una joven cajera atendiendo en el sótano vacío de una tienda.

Quizá os parecerá que condeno brutalmente una situación que unos años atrás llenaba de orgullo y gratitud los corazones de millones de nacionalistas europeos. Pero es que hasta que los dirigentes europeos no dejen los problemas modernos en manos de personas de mentalidad moderna, no podrá producirse ninguna mejora duradera. Mientras esto no suceda, la gente, angustiada, posiblemente se volcará en las soluciones milagrosas que le ofrecían el bolchevismo y el fascismo.

Por cierto, este exceso de retórica explica uno de los sucesos políticos más peligrosos y lamentables: la creciente antipatía entre europeos y estadounidenses en esta época. Este libro está dirigido a jóvenes de todo el mundo, pero creo que he de hablar claro aun a riesgo de que se me tome por un nacionalista intransigente, que es en lo último en que me gustaría convertirme.

Lo que quiero decir no es en absoluto que los estadounidenses estén por encima de sus primos hermanos del viejo continente, sino que, afortunadamente para ellos, los estadounidenses tienen poca conciencia del pasado y, por tanto, pueden afrontar los problemas del presente con la mirada puesta en el futuro con más facilidad que los ciudadanos de otras naciones. En consecuencia, pudieron aceptar el mundo moderno sin reservas, con lo bueno y lo malo, y llegar pronto a un *modus vivendi* en el que los seres animados y sus sirvientes inanimados convivían en paz y gracias a un respeto

mutuo. Podría parecer absurdo, pero es cierto que el país que estaba técnicamente más avanzado fue el primero en poner al hombre de hierro a raya. Para conseguirlo, el pueblo estadounidense ha tenido que lanzar por la borda una gran cantidad de lastre procedente de la historia. Ha sacrificado ideas, ideales y prejuicios que habían sido útiles doscientos o dos mil años antes, pero que en aquel entonces ya no valían para nada. A mi entender, no habrá esperanza para el viejo continente hasta que alemanes, ingleses, españoles y toda la larga cola de naciones europeas hagan lo mismo.

En este capítulo sería muy fácil hacer un gran discurso sobre los logros del pacto de Locarno y la imposibilidad de aplicar el programa económico marxista; me podría extender narrando las locuras cometidas por políticos de ciudades pequeñas de Francia que aún no se habían enterado de que las épocas de Luis XIV y Napoleón formaban parte de la historia. Pero no lo haré porque no quiero malgastar ni energía ni tinta.

El dolor sufrido de 1916 a 1926 —incrementado por la Gran Guerra, pero ni mucho menos causado por tan sanguinario conflicto—, en realidad, se debe al profundo cambio económico y social que ha tenido lugar en el mundo. Lo peor es que aquella Europa andada en el pasado no ha querido o no ha podido darse cuenta de ello.

El Tratado de Versalles fue el último gran gesto del Antiguo Régimen, el último bastión en la lucha contra la inevitable llegada de la era moderna. Pero en siete años ya se ha convertido en una

ruina. En 1700 habría sido considerado una obra maestra de la diplomacia. En 1919 nadie se molestó en leérselo porque el siglo XX estaba destinado a ser dominado por ciertos principios económicos e industriales, que no reconocían fronteras y que tendían irremediablemente a convertir el mundo en una gran y próspera fábrica al margen de diferencias lingüísticas, étnicas o glorias históricas.

En 1926 ignoramos qué va a producir aquella fábrica, qué tipo de civilización resultará de la cooperación inteligente y deseosa de la persona y la máquina, y la verdad es que tampoco importa demasiado. La vida es cambio, y esta no es la primera vez que el ser humano se enfrenta a una cuestión similar.

Nuestros antepasados remotos, y los no tan remotos, ya pasaron por crisis parecidas.

No dudamos de que nuestros hijos y nuestros nietos sabrán solucionarla.

Para nosotros, el único problema serio al que tenemos que enfrentarnos es cómo reorganizar el mundo en términos económicos y no según unas ideas políticas desfasadas.

En 1919, con los oídos ensordecidos por el ruido de los cañones y los ojos ennegados por la potente luz de los reflectores, estábamos aún demasiado aturcidos para saber dónde nos había conducido aquel cataclismo. En aquel momento, cualquier persona honrada y sincera que nos asegurara que podía conducirnos de vuelta a los días felices de 1914 se convertía automáticamente en líder y contaba con nuestro apoyo más sincero.

En 1926, ya sabemos que esto no va a suceder. Hemos empezado a entender que aquel agradable mundo en el que vivíamos tan confiados hasta el estallido de la guerra, en realidad, había muerto unos cuantos decenios antes.

Esto no significa que sepamos con certeza qué camino tenemos que seguir. Lo más probable es que lleguemos a unos cuantos callejones sin salida antes de encontrar el buen camino. Pero, mientras tanto, aprenderemos una gran lección: que el futuro pertenece a los vivos y la muerte no es asunto nuestro.

Capítulo 66

Estados Unidos llega a la mayoría de edad

Primer capítulo de historia contemporánea escrito por el tío Willem para Piet, Jan, Dirk, Jane van Loon y sus contemporáneos

Como la mayoría de hombres atareados, vuestro abuelo dejó mucho trabajo sin terminar. Escribió **LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD** para vuestro padre y para mí cuando éramos niños. Siempre quiso que el libro también os sirviera a vosotros, y por eso lo actualizaba. Pero ¿hasta cuándo iba a tener que actualizarlo? Buena pregunta.

Si quisierais describir algo muy grande, algo como, por ejemplo, una tormenta en el océano, os sentaríais en lo alto de una montaña cerca del mar, en un punto desde donde pudierais ver en todas direcciones. Así podríais contemplar qué sucede con la perspectiva suficiente como para narrarlo objetivamente. En cambio, si estuvierais en una barca en medio del océano, sólo podríais describir las olas que estallaran contra vuestra embarcación.

Cuando uno escribe sobre historia, sucede algo parecido. Se sitúa en lo alto de la montaña del presente para poder observar el pasado. Desde ahí se tiene una buena panorámica. Sin embargo, si pretende narrar acontecimientos recientes—y por «recientes» me refiero a lo sucedido en los veinte o treinta años anteriores—, le falta perspectiva, se encuentra aún «en medio del océano». El viento y las olas azotan por todos lados a nuestra «nave del estado» que quiere llegar a buen puerto. Desconocemos cuán grande es la tempestad y

cuándo terminará. Lo único que podemos hacer es mantener la compostura y esperar que todo salga bien.

Antes la gente hablaba de períodos históricos de «calma», épocas en las cuales «no sucedía nada». Hoy sabemos que aquella calma era como los fenómenos meteorológicos: puramente local. Antes de que se inventara el telégrafo, el teléfono y la radio, en un país podían suceder acontecimientos históricos mayores, como una guerra, una revolución o un cambio de gobierno, sin que sus vecinos se enteraran de nada. Ahora ya no es así. Gracias a los sistemas de telecomunicación y a la prensa libre, los ciudadanos de Kansas City, de Nueva Orleans y de Vancouver pueden saber lo que sucede en Lhasa, Roma o Ciudad del Cabo. Pueden saberlo, si quieren. Por supuesto, hay gente que no desea estar informada.

La última vez que los estadounidenses dimos deliberadamente la espalda a lo que sucedía en el mundo fue tras la Primera Guerra Mundial. (Este fue el período de calma en el que el abuelo escribió el libro a modo de advertencia.) Tras haber ayudado a los aliados a ganar la guerra contra Alemania, sentíamos que habíamos hecho todo lo que se nos podía pedir. Alegrementemente ignorantes de la responsabilidad que la historia iba a poner en nuestras manos, dimos la espalda a la Sociedad de Naciones y dejamos que los países europeos se recuperaran solitos.

Habían llegado «los felices años veinte». Animado por el eslogan del presidente Harding que pedía «volver a la normalidad», el país se lanzó a hacer todo tipo de negocios. El derroche, la anarquía y la corrupción se apoderaron de Estados Unidos. Tras la súbita muerte

de Harding, en circunstancias extrañas, se extendió el rumor de que, de estar vivo, habría tenido que enfrentarse a una moción de censura. A pesar de que hoy se tiende a mirar hacia la «era del jazz» a través de un cristal de color rosa, lo cierto es que pintó un cuadro de prosperidad con colores efímeros. Aunque os parezca extraño que mencione un acontecimiento local en lo que pretende ser esencialmente una historia mundial, lo hago intencionadamente. Ya sabéis lo que a las personas nos cuesta desprendernos de las etiquetas que nos han impuesto. Pues bien, en los años veinte, aunque Estados Unidos se convirtió en un país inmensamente rico y poderoso, la reputación de sus ciudadanos cayó en picado. Mientras casi ninguno de nosotros prestaba atención alguna a lo que sucedía fuera de nuestras fronteras, el resto del mundo tenía puestos ojos y oídos en nosotros.

Las novelas de Sinclair Lewis y Theodore Dreiser, auténticos espejos de la sociedad estadounidense de la época, habían sido traducidas a muchas lenguas y eran comentadas en todas partes. Las obras de teatro también tuvieron mucho éxito en el extranjero y, lo que es más importante, el nuevo invento del cine estaba llegando a todas partes. Nadie que hable del papel histórico de Estados Unidos en el mundo puede pasar por alto el beso de Judas que le dieron sus películas. El cine, que retrató y ensalzó las riquezas del país y la manera despreocupada de comportarse de sus ciudadanos, creó en la mente de los habitantes del resto del mundo una imagen exagerada que tendría repercusiones muy negativas para el país. Con un ejemplo os mostraré lo que quiero decir. En todas las

lenguas del mundo existe al menos una palabra de origen estadounidense: gánster.

En 1922, nadie se preocupó al ver que el antiguo director del periódico socialista *Avanti* marchaba por Roma ondeando una bandera que lucía los fasces, un haz de varas que sostenía un hacha en el centro y que era el símbolo de autoridad en la antigua Roma. Cuando aquel hombre llamado Benito Mussolini se convirtió en dictador de Italia, los estadounidenses nos limitamos a exclamar: «¡Gracias a Dios! ¡Por fin los trenes italianos circularán con puntualidad!». Y fue cierto. Los miles de turistas que a partir de entonces visitaron Roma, Florencia, Venecia y Nápoles a menudo se tenían que detener en una esquina a esperar que pasara una falange de jóvenes en camisa negra que marchaba cantando *Giovinezza*. Sin embargo, aquellos turistas nunca se plantearon dónde pretendían llegar los cantores y el *Duce* bajito y de cuello corto que iba a la cabeza. (Consultad el capítulo 24.)

El mundo tampoco mostró mucho interés por un desgraciado suceso que tuvo lugar en la Odeonsplatz de Múnich en 1923. Un grupo heterogéneo de hombres, llamado Partido Nacionalsocialista Alemán, había organizado un *putsch* o golpe de Estado para hacerse con el Gobierno de Baviera. La policía los dispersó a tiros. Como uno de aquellos «nazis», apodo que recibirían después, era el general Erich Friedrich Wilhelm Ludendorff, viejo héroe de la Primera Guerra Mundial, todo el mundo sintió pena. El cabecilla de los nazis, un austríaco de profesión desconocida, fue condenado a servir cinco años en la cárcel de Landsberg, pero sólo cumplió nueve

meses. Y no os creáis que perdió el tiempo. Dado que le daban todo el papel que pedía y tenía un fiel compañero de celda llamado Rudolf Hess, dispuesto a hacerle de secretario, aquel tipo bajito e irascible dictó un libro. El libro no estaba muy bien redactado porque el hombre no había recibido mucha educación y sus conocimientos del alemán escrito eran vergonzosamente limitados, así que unos cuantos profesionales de las letras tuvieron que corregirlo para que finalmente saliera publicado con el nombre de *Mein Kampf* (Mi lucha). Posteriormente, el libro de Adolf Hitler fue traducido para que lo pudiera leer todo el mundo.

Aun así fueron pocos los que se tomaron la molestia de leer aquella obra aburrida y grandilocuente. Lo cual fue una lástima, porque quienes lo hubieran hecho quizá habrían prestado más atención a los esfuerzos de un francés llamado Aristide Briand y de un alemán llamado Gustav Stresemann. Como representantes de sus respectivos países habían firmado un pacto conciliador y, en 1926, recibieron conjuntamente el premio Nobel de la Paz. Pero la cosa quedó ahí.

Luego estaba Rusia. Era fácil no saber mucho de Rusia. Los rusos lo querían así. Siempre lo habían querido. Su desconfianza hacia Occidente, de donde habían tomado todo prestado, hasta el arte de bailar ballet, venía de la época de los zares. Y el Gobierno soviético, igual que con tantas otras cosas, no vio motivo para cambiar la situación. Al contrario, aunque era importante que los demás países no supieran lo bien, o lo mal, que funcionaban los planes

quinquenales, aun lo era más que los ciudadanos de la Unión Soviética supieran lo mínimo posible sobre el mundo exterior.

Aun así, el lector atento pudo percatarse de que poco a poco el nombre de Trotski desaparecía de los boletines de noticias soviéticos y su lugar era ocupado por el nombre de Stalin. Los que leían la sección de noticias internacionales de los periódicos también comprendieron que aquello significaba un cambio en la política y los objetivos de aquel Estado potencialmente poderoso. Los demás saltaban de la sección de sucesos de la primera página a la información bursátil. Hasta que, el 29 de octubre de 1929, la bolsa pasó a ser la protagonista.

Lo que se cocía tan alegremente en Wall Street finalmente llegó al punto de ebullición, el líquido se derramó y apagó la llama. La felicidad de los años veinte se convirtió en histeria. El sucesor de Harding, Calvin Coolidge *el Cauteloso*, un presidente que se enorgullecía de tener una gran habilidad para no decir nada y hacer aún menos, dimitió y dejó paso a Herbert Hoover. Los intentos de este gran economista por reavivar el fuego de la economía fueron tan infructuosos como los de un dominguero que intenta prender leña húmeda sin cerillas. A pesar de que aplicó todas las fórmulas conocidas, sólo consiguió que la histeria y el desempleo aumentaran.

El crac de la bolsa no acabó con una época. En realidad, la época de la explotación ya había muerto tiempo antes y el crac simplemente revelaba cuán extendida estaba la gangrena. En Estados Unidos, el siglo XIX se acabó en 1929.

Desgraciadamente, pocas de las personas que se habían enriquecido y eran influyentes durante aquel período encontraban tiempo para leer libros de historia. Si hubieran leído alguno, habrían descubierto que quienes desean gozar de más privilegios deben también asumir más responsabilidades. Si no es así, la nave del Estado vuelca, lo cual acostumbra a ir seguido de una revolución. Estados Unidos también tuvo su revolución, llamada La Gran Depresión.

En aquella época, los estadounidenses estaban demasiado ocupados en sus asuntos como para prestar atención a las explosiones que provocaba en el mundo su descalabro financiero. Pero, incluso así, lo que estaba sucediendo pondría mucha responsabilidad a hombros de aquel joven país. Les gustara o no, Estados Unidos había cumplido la mayoría de edad.

Capítulo 67

Las potencias del eje.

«El crac que se sintió en el mundo entero» aceleró el derrumbamiento de una paz construida sobre cimientos medievales»

Hace muchos años, un buen día alguien quiso pedir prestada una gran cantidad de dinero. A cambio ofreció al prestamista o «banquero» algunas «participaciones» de su negocio. El banquero, que era algo aficionado a las apuestas, decidió ofrecer las participaciones al mejor postor. Así se convirtió en «corredor de bolsa». Al principio, la bolsa actuaba en un ámbito local reducido. Posteriormente, a un corredor se le ocurrió que podía hacer llegar las cotizaciones y las ofertas de compraventa a otras ciudades mediante mensajeros. Finalmente, gracias a la llegada del telégrafo, las transacciones bursátiles se extendieron al ámbito internacional. Pronto los teletipos empezaron a enviar noticias de las ofertas realizadas en, por ejemplo, Wall Street, a lugares tan distantes como Londres, Ciudad del Cabo o Buenos Aires.

Durante el auge de los años veinte, la cotización de la Bolsa de Nueva York no dejó de subir. La nación entera estaba presa de la fiebre de jugar en bolsa. Muchas empresas importantes habían crecido demasiado. Tras el crac del 29, sus acciones no valían nada. Algunos de los bancos que habían especulado con ellas también quebraron. Las personas que tenían sus ahorros en estos bancos se arruinaron.

Se produjo un efecto dominó y pronto cayeron todas las entidades financieras, en el mundo entero. Al quebrar un banco, quebraron dos y luego tres. En todos los continentes, los bancos empezaron a cerrar las puertas. Primero cayeron los pequeños, luego los grandes. Los negocios se realizaban a escala planetaria, así que el desastre fue universal. Por ejemplo, en 1931 quebró el poderoso Banco Vienés Credit-Anstalt. Pero lo peor aún estaba por llegar.

La libra esterlina había sido la moneda de referencia durante siglos, pero, el día 21 de septiembre de 1931, el Banco de Inglaterra, símbolo de la

prosperidad y fiabilidad inglesas, suspendió el patrón oro. Si queréis saber qué significa esto, tendréis que leer un libro de economía. Hasta entonces no tendréis más remedio que fiaros de mí y creeros que aquello fue una gran sacudida para la estabilidad económica mundial. También abrió la primera brecha en la estructura imperial británica.

Otros signos indicaban que «el Imperio en el que nunca se ponía el sol» estaba a punto de derrumbarse. En India, las autoridades inglesas tenían que encarcelar una y otra vez a un hindú de voz suave llamado Mohandas Karamchand Gandhi, al que sus seguidores denominaban Mahatma o «alma grande». Gandhi alentaba a sus compatriotas a luchar por la independencia mediante la «resistencia pacífica».

Además estaba Palestina. Los ingleses se la habían quitado a los otomanos tras la Primera Guerra Mundial. La Declaración de Balfour de 1917 estableció que era tierra judía, por lo que la

emigración de judíos a la zona aumentó notablemente, lo cual no agradó nada a los árabes que vivían allí. Inglaterra también quería estar a bien con ellos. Los árabes controlaban la tierra adyacente al canal de Suez y los grandes yacimientos petrolíferos de Oriente Próximo, que entonces empezaban a explotarse. Así que los ingleses cambiaron de opinión e intentaron cortar el flujo de sionistas a la Tierra Prometida, pero fracasaron estrepitosamente, como lo demuestra hoy la existencia del Estado de Israel.

Si ahora le dais media vuelta al globo terráqueo —algo que deberíais hacer de vez en cuando—, veréis un conjunto de islas alargadas frente a las costas de China. Es el Imperio de Japón. Aunque se sabe poco de su historia antigua, parece ser que fue fundado en el año 660 a. C. por el emperador Jimmu Tenno. En 1542 fue descubierto casualmente por los portugueses, pero el Imperio resultó ser abiertamente hostil a los comerciantes occidentales y a los misioneros que llegaban con ellos. En 1663, el país cerró sus puertos a todos ellos excepto a los holandeses. Casi dos siglos después, en 1853, el comodoro Matthew Perry, que portaba una carta del presidente de Estados Unidos Millard Fillmore, entró en la bahía de Tokio. Seis años más tarde, Japón firmó un acuerdo comercial con Estados Unidos y, posteriormente, con otros estados. De la noche a la mañana, aquel Imperio feudal se convirtió en una potencia industrial y militar moderna.

En 1895, Japón quitó la isla de Formosa (nombre que los portugueses habían dado a Taiwan) a China. En 1905 ganó una corta guerra contra Rusia por los derechos portuarios y ferroviarios

de Manchuria. En 1910 se anexionó Corea. El Imperio japonés estaba preparado para embarcarse en una de las mayores aventuras imperialistas que habían tenido lugar en Asia desde la época de Gengis Khan. Contaba con todo lo necesario para la empresa: riqueza, industria, grandes reservas humanas debido a la superpoblación y una religión que consideraba al emperador un dios y morir por él un honor. Así que esperó astutamente a que fuera el momento propicio para actuar.

En 1931, el prestigio de Estados Unidos había tocado fondo y la mayor parte de Europa se encontraba en pleno caos político y financiero. Japón aprovechó el momento para cruzar la frontera coreana y entrar con sus tropas en Manchuria. Fue una victoria rápida. La Sociedad de Naciones envió una comisión a investigar el «suceso de Manchukuo» y Estados Unidos se negó a reconocer el Estado títere instaurado por los japoneses bajo el mando del antiguo emperador chino Puyi. Japón se retiró indignado de la Sociedad de Naciones y aparentó estar dolido, pero siguió comerciando con Estados Unidos. El «suceso» quedó cerrado.

En Europa, un hombre seguía con interés el desafío de Japón a la Sociedad de Naciones. Era el autor de *Mein Kampf*, candidato a las elecciones presidenciales alemanas. Se llamaba Adolf Hitler.

La República de Weimar (denominación dada al régimen de Alemania entre 1919 y 1933), aunque tuvo uno de los períodos culturales más ricos de su historia, fue un fracaso político. Los alemanes no estaban acostumbrados a gozar del privilegio de formar partidos políticos y se encontraron divididos en nada más y nada

menos que 125 débiles grupos diferentes. En aquellas circunstancias era casi imposible elegir presidente. La República sólo tuvo dos: Friedrich Ebert, de profesión guarnicionero, y Paul Ludwig Hans Antón von Beneckendorff und von Hindenburg, un general retirado.

A la edad de setenta y dos años, cuando subió al poder en 1925, aquel venerable héroe de la guerra francoprusiana y de la Primera Guerra Mundial quedaba muy bien en los sellos, pero lo cierto es que ya no estaba para aquellos trotes. Aunque fue reelegido en 1932, derrotando a Adolf Hitler en las urnas, el anciano mariscal no era rival para el advenedizo ex cabo y su partido nazi. La inestabilidad económica estaba haciendo tambalear la República alemana y Hitler aprovechó la situación. Sus únicos rivales eran los comunistas alemanes. Las tácticas de uno y otros eran demasiado similares. En 1933, los nazis incendiaron el Reichstag (Parlamento) en Berlín y acusaron a un ex comunista, Marinus van der Lubbe, de ser el incendiario. Aquella vez el golpe de Estado funcionó. Hindenburg, que tenía un hijo nazi, cedió a la presión y nombró canciller a Adolf Hitler.

A la muerte de Hindenburg en 1934, Hitler pasó a ser también presidente de Alemania. Siguiendo el ejemplo de Mussolini, que se había proclamado *Duce* (caudillo) de Italia, Hitler se proclamó *Führer*, o jefe del pueblo alemán.

Quizá os estaréis preguntando cómo consiguió Hitler ascender al poder de manera tan sorprendente. Pues bien, él o sus asesores conocían extraña- mente bien la «psicología popular». Al estamento

militar, castigado por el Tratado de Versalles, Hitler le prometió la rehabilitación. A la ciudadanía le prometió devolver al país el prestigio y el poder perdidos. Inspirado en la mitología nórdica, y en los escritos de Friedrich Nietzsche, creó la teoría de la llamada *Herrenrasse* o superioridad de la raza aria. Sin embargo, si eran superiores, ¿por qué habían sido derrotados en la Gran Guerra? ¿Porque los habían traicionado! Pero, ¿quién? Hitler necesitaba un chivo expiatorio y, tomando ejemplo de los países eslavos, donde cualquier tipo de descontento general podía acabar en pogromo, señaló a los judíos. Aunque representaban menos del uno por ciento de la población, Hitler sostenía que la minoría judía era la causante de la desgracia de la Alemania «aria» pacífica y trabajadora.

¿Y de verdad los alemanes se creyeron una sandez tan grande? Desgraciadamente, sí. Además, hay que decir que Hitler no sólo recibió apoyo en Alemania. Como ya había sucedido con Mussolini antes, Hitler fue acogido con entusiasmo en gran parte del mundo porque era el hombre del pueblo que había puesto orden al caos. Ignorando que la teoría de la «superioridad de la raza aria» llevaría a los nazis a cometer excesos inimaginables, se permitió que Hitler convirtiera el Tercer Reich en un arsenal. Al fin y al cabo estaba cumpliendo su promesa de ser, para el mundo, un muro de contención contra el comunismo.

Cuando se subió al tren, Hitler no perdió el tiempo. Atropelló a todos los que se interpusieron en su camino. El viejo estamento militar, que pedía una recompensa por haberlo apoyado, se quedó atrás en el programa de reorganización militar. Como necesitaba la

ayuda de la industria alemana, Hitler intentó ganarse a los industriales tradicionalmente conservadores, purgando su partido de los socialistas más radicales. Con gran maquiavelismo inventó un complot para acabar con su vida que le sirvió de excusa para ejecutar al general Von Schleicher, a Ernst Rohm y a otros antiguos compañeros. En 1934 aprobó la ley de Capacitación, que desposeyó a los alemanes de los derechos democráticos de los que habían gozado durante la República de Weimar y que, por lo visto, no habían valorado. En su lugar, se les permitió tomar parte en la persecución de judíos, católicos, intelectuales y comunistas.

Es posible que no entendáis por qué Hitler tenía tanto odio a los comunistas. Pero, ¿el nazismo y el comunismo no eran ideologías parecidas? ¿No era Alemania el país de los nacional-«socialistas» y Rusia la jefa de la Unión de Repúblicas «Socialistas» Soviéticas?

El hecho de que dos grupos tengan ideologías similares no los hace más amigos, no evita los conflictos típicos entre enemigos. Y es que la historia se escribe desde algún lugar más profundo. La Alemania de Hitler seguía siendo Alemania y la Rusia de Stalin seguía siendo Rusia. La lucha por el poder que siempre había enfrentado a los dos países no había terminado. Al contrario, según Hitler, se le había dado una base lógica y científica. Dicha base la encontró en la geopolítica.

Los geopolíticos, que proclamaban haber establecido un nexo definitivo entre política y geografía, dividían el continente eurasiático en «región central» y «periferia». Según sus teorías, quien dominara la región central y tuviera acceso al mar, dominaría el

mundo. La región central era Rusia. Hitler, que había convertido a Karl Haushofer, el geopolítico más destacado de Alemania, en su asesor político, advirtió a los demás del peligro que representaba que la Rusia comunista dominara el mundo. En realidad, lo que pretendía era hacerse con Rusia y hacia allí dirigió el punto de mira. Por tanto, es comprensible que a la Rusia soviética no le hicieran ninguna gracia los acontecimientos de 1933. Nerviosa por las maniobras japonesas, la Unión Soviética había firmado pactos de no agresión con Polonia, los Estados bálticos y Francia. Tras la aplastante victoria de los nazis en las elecciones alemanas, los soviéticos buscaron nuevas alianzas; así que, cuando Hitler se retiró de la Sociedad de Naciones en su primera exhibición pública de poder, deshaciendo el trabajo de Stresemann, la Unión Soviética se hizo miembro.

Aunque no cabe duda de que Mussolini despreciaba tanto a los bárbaros del norte como siempre lo habían hecho sus compatriotas, extendió una mano paternal a Hitler y le dio la bienvenida. A aquello le siguieron unas cuantas conversaciones telefónicas breves de cortesía entre los ministros de Exteriores de los dos países y, finalmente, en 1934, Hitler viajó a Roma, donde fue recibido con un entusiasmo bien ensayado. Pero, a pesar de los desfiles y los banquetes que se celebraron, la visita fue tensa porque alguien no dejó de mencionar la complicada cuestión austríaca.

El crac del 29 también había afectado a Italia. El miedo a la quiebra hizo que Mussolini impusiera controles cada vez más rígidos. El entusiasmo con que se habían recibido los primeros discursos del

Duce se había desvanecido. Mussolini detectó los síntomas del descontento y los diagnosticó correctamente. Había llegado la hora de crear una causa que distrajese al pueblo.

El también había seguido los pasos vacilantes de la Sociedad de Naciones y había tomado nota de ciertas cuestiones. El *Duce* reparó que Italia era un reino, mientras que Roma había sido un Imperio. Tenía que encontrar un país indefenso y una excusa para atacarlo. Su mirada ávida recayó en Abisinia.

Como nunca se había metido en asuntos ajenos, el «misterioso reino de preste Juan» (consultad la página 173) había sobrevivido a dieciséis siglos de progreso. Sus tierras montañosas y sus fuertes guerreros eran legendarios. Eran dos elementos disuasorios para los deseosos de construir imperios. Aquellos cristianos de piel oscura no sólo usaban las lanzas de manera mortal, sino que además tenían la costumbre de mutilar a los prisioneros de guerra. Como sabéis (lo leísteis en el capítulo 62), Italia ya había intentado anexionarse Abisinia, ahora llamada Etiopía, pero había sufrido una derrota humillante en Adua en 1887, una derrota que quizá había perdonado, pero no olvidado. Ambos países habían firmado un tratado de amistad en 1928.

En diciembre de 1934, las tropas italianas y las abisinias tuvieron un encuentro en Ualual, en la disputada frontera de la Somalilandia italiana (región del este de África formada por Somalia, Djibouti y el sureste de Etiopía). Pretendiendo haber sido atacado, Mussolini pidió compensaciones y se negó a someterse a arbitraje. El negus abisinio, Haile Selassie, llevó el asunto a la Sociedad de Naciones.

Tal como esperaba Mussolini, la sociedad lo escuchó atentamente pero no hizo nada. Posteriormente hizo saber que Italia había cambiado de opinión y que, finalmente, se sometería a arbitraje. La estratagema funcionó.

En cuanto lo tuvo todo listo, Mussolini invadió Abisinia. Los soldados de Haile Selassie, descalzos y armados con lanzas, hicieron prueba de la valentía que los había hecho famosos. Pero no tenían nada que hacer ante los tanques, las metralletas y los bombarderos italianos, cuyos pilotos, entre quienes se encontraba el propio hijo del *Duce*, afirmaron satisfactoriamente que era «muy divertido» dar blanco en un grupo de etíopes desarmados y, al estallar la bomba, verlos «abrirse como una flor».

Finalmente, la Sociedad de Naciones calificó a Italia de «agresor» y decidió sancionarla. Pero Inglaterra se mostró reacia a cerrar el canal de Suez a Italia porque «podría precipitar la guerra». Así que, el 9 de mayo de 1936, Mussolini pudo proclamar al rey de Italia emperador de Abisinia y la Sociedad de Naciones quedó sentenciada.

El siguiente en mover pieza fue Hitler. El *Führer*, que ya había violado el Tratado de Versalles al restablecer el servicio militar obligatorio, rompió el pacto de Locarno firmado por Stresemann y Briand al ocupar la orilla izquierda del Rin. Sólo faltaba que Hitler y Mussolini actuaran al unísono. El lugar escogido fue España.

En 1936 murió Antonia Mercé, una bailarina española conocida con el nombre artístico de La Argentina. Con su arte excelso y su gran saber estar, aquella mujer nacida en Argentina representaba, para

todos aquellos que la habían visto, la gloria de España. Mientras tanto, el otro símbolo del país, su rey, hizo todo lo posible por dar la impresión contraria. Como la mayoría de sus antecesores Borbones, Alfonso XIII no era demasiado inteligente.

Dado que prefería divertirse en el extranjero a cumplir con sus obligaciones en el país, Alfonso XIII había dejado el Gobierno en manos de Primo de Rivera, marqués de Estella. En 1925, el marqués de Estella asumió poderes de dictador y consiguió imponer un orden aparente. Sin embargo, los aristócratas del país se pusieron en contra de él y, en 1930, convencieron al rey para que lo echara. Un año más tarde, en 1931, fue el pueblo español quien echó al rey. España se convirtió en una «República de los trabajadores». Pero los españoles, al igual que los alemanes, no contaban con la experiencia ni la paciencia necesaria para gobernarse a sí mismos. Pronto se dividieron en un sinfín de grupos políticos y la agitación social fue en aumento.

En julio de 1936, la atención de la prensa internacional pasó de Abisinia al Marruecos español, concretamente a Melilla. Un grupo de militares, entre los que se encontraba Francisco Franco, antiguo gobernador de las islas Canarias, se alzó en contra del recién formado Frente Popular, una coalición de izquierdas que había obtenido una victoria pacífica en las elecciones a Cortes ante los monárquicos, el clérigo y las derechas en general.

La guerra civil duró casi tres años. Al acabar, el país estaba devastado, sus arcas vacías, los ciudadanos exhaustos y las ciudades en ruinas; Europa conoció el sabor de las bombas.

Ganador de la contienda, el general Franco se convirtió en dictador, en el Caudillo. Su parecido con Hitler y Mussolini no era coincidencia. Lo que había empezado como guerra civil entre «nacionales» y «republicanos» se convirtió, por la intervención armada extranjera, en el primer pulso entre fascistas y comunistas. De nuevo os pediré que dejéis de lado las «ideologías» y que os centréis en la geografía. Entonces comprenderéis lo que habría significado un triunfo «republicano» (entendido como «comunista») en España. La proyección de la influencia soviética en este lugar clave de la Europa occidental habría llegado en una época en la que Francia sufría de corrupción y se encontraba debilitada e, Inglaterra, tras la abdicación de Eduardo VIII, estaba decididamente revuelta. Por tanto, ambos países consideraron la victoria de Franco un mal menor. El Acta de Neutralidad de 1937, destinada a mantener el hemisferio occidental al margen de los conflictos europeos, no impedía que Estados Unidos vendiera armas a Portugal. Unas armas que rápidamente supieron llegar a manos del general Franco.

La falta de armamento moderno y de disciplina militar redujeron las posibilidades republicanas desde el principio. A pesar de que los ayudaban los estrategas soviéticos y un grupo de voluntarios de otros países (las llamadas Brigadas Internacionales, entre las que se hallaba la Brigada Lincoln, compuesta de estadounidenses), aquellos desdichados peones del tablero de ajedrez en el que jugaban los poderes europeos perdieron terreno, pese a que

defendieron valientemente ciudades como Madrid y Valencia de los bombardeos nazis y de la estrategia de la quinta columna.

Mientras algunos periódicos intentaban advertir al mundo que las lecciones tácticas que los poderes habían aprendido en las «maniobras españolas» podrían ser pronto aplicadas en algún otro lugar, otros informaban de la actividad —o más bien inactividad— de un comité de no intervención compuesto por 21 países, entre los cuales se encontraban Alemania, Italia y la Unión Soviética.

Estas fueron las circunstancias en las que se creó el eje.

A quienes pensaban que las teorías racistas de Hitler no eran más que una manera engañosa de acceder al poder, lo que sucedió el 26 de noviembre de 1936 no los sorprendió en absoluto. Ese día, la Alemania nazi abrazó al pueblo japonés —al que una vez el káiser Wilhelm había calificado de «peligro amarillo»— en calidad de «arios honorarios» y aliados. Los dos países firmaron un documento llamado Anti-Comintern o Pacto anticomunista, que creó el brazo Berlín-Tokio del eje. Un año más tarde, Japón se embarcó en una guerra no declarada pero abierta contra China.

En 1937, Mussolini también firmó el documento. El futuro estaba escrito en la pared para todos aquellos que quisieran molestarse en leerlo.

Capítulo 68

Aislacionismo y contemporización.

Cómo las potencias del eje se repartieron el mundo y por qué llegaron tan lejos.

En realidad, la Primera Guerra Mundial no fue una guerra a escala planetaria. Se la llamó «guerra mundial» porque la mejora en las comunicaciones hizo participar del conflicto en Europa y Oriente Próximo a todos los que eran capaces de leer un periódico. También fue el primer conflicto en el que una fuerza expedicionaria estadounidense luchaba en el continente europeo.

El conflicto armado duraba tres años cuando Estados Unidos intervino a favor de los aliados: Inglaterra, Francia y Bélgica. Las tropas estadounidenses entraron en batalla «para garantizar la democracia en el mundo» (ved el capítulo 66).

Pero, tan pronto se dejó de disparar en las trincheras, la vacuidad de la idea se hizo evidente. A los aliados europeos, repúblicas y reinos por igual, les importaba poco los objetivos ideológicos. Simplemente querían mantener en equilibrio «la balanza del poder». Así que agradecieron a Estados Unidos la ayuda prestada y, a cambio, le prometieron firmar muchos acuerdos comerciales.

En pos de la imparcialidad de la historia, tengo que decir que eso es todo lo que Estados Unidos tenía que haber esperado, puesto que en realidad ese era el motivo por el que había entrado en guerra. Sin embargo, algunos estadounidenses no estaban dispuestos a adoptar una actitud tan realista, o «cínica», como decían ellos. Así que se

desilusionaron. Se sintieron traicionados y utilizados, de modo que pidieron con vehemencia que el país no se volviera a involucrar en «asuntos ajenos». Así que en Estados Unidos el aislacionismo pasó a ser un tema de debate político.

Por muy patrióticas que fueran sus aspiraciones, a los aislacionistas les salió mal la jugada. Desde que llegó al poder en 1933, Hitler utilizó el sentimiento aislacionista en Estados Unidos para actuar con las manos libres en Europa. Su Ministerio de Propaganda, dirigido por Joseph Göbbels, intentó por todos los medios que Estados Unidos, que ya tenía bastante con sus asuntos internos, no se «metiera» en los de Alemania. Unos cuantos miembros del Congreso y organizaciones tales como los Amigos de la Nueva Alemania, el Movimiento América Primero y el Ku Klux Klan recibieron la idea con los brazos abiertos. (En homenaje a Hitler, el Ku Klux Klan añadió el antisemitismo a su lista de «cualidades deseables en un estadounidense».)

De todas maneras, es cierto que Estados Unidos estaba pasando por un mal momento. Franklin Roosevelt, que había sucedido a Hoover en 1932, tuvo que sacar al país de la crisis económica. Decretó un «día de cierre obligatorio» para los bancos, aprobó la ley de Banca Glass-Steagall, la ley de Recuperación Industrial (declarada inconstitucional en 1935) y otras medidas legislativas sin precedentes hasta que consiguió poner fin a la crisis.

Aquellas leyes fueron una medicina amarga para un pueblo que no estaba acostumbrado a que el Gobierno interfiriese en la actividad empresarial. Pero, en aquella época, como ahora, el mundo era

presa de la revolución social que empezó cuando el ser humano conquistó a la máquina (ved la página 288). Al igual que pasa con los árboles, el vendaval derribó los viejos gobiernos de madera rígida, mientras que a los jóvenes sólo los movió, pero no consiguió arrancarlos. La fuerza que había llevado el comunismo a Rusia, el fascismo a Europa central y la desestabilidad a Asia, África y Suramérica, en Estados Unidos introdujo la legislación social, por lo que el pueblo estadounidense debería estar agradecido. Las restricciones que el país empezó a notar son las que siente todo el mundo cuando «se hace mayor». Y como hemos dicho antes, Estados Unidos había llegado a la mayoría de edad.

Uno de los signos más claros de esta madurez incipiente fue el hecho de que, por primera vez, Estados Unidos empezó a interesarse por ese gran continente del hemisferio sur al que está ligado por motivos toponímicos, históricos y geográficos. A pesar de ser políticamente independientes, la mayoría de países de Centroamérica y Suramérica mantiene la lengua y muchas de las tradiciones de la madre patria España. La excepción es Brasil, que posee un vínculo similar con Portugal. Así que la guerra civil española estaba llamada a tener una gran repercusión desde Tierra del Fuego hasta Río Grande.

Las repúblicas latinoamericanas, fuertemente afectadas por la depresión de los años treinta, sufrían de inestabilidad económica, acompañada de una actividad política creciente. Como había sucedido en España, en muchos países latinoamericanos surgieron dos grupos políticos opuestos que pretendían llegar al gobierno del

país. Aunque existían diferencias de un lugar a otro, el esquema era básicamente el mismo. Por un lado estaba el «partido de los trabajadores», cuyos miembros compensaban su falta de conocimientos, disciplina y medios económicos con un gran entusiasmo por los logros de la Unión Soviética. Del otro se encontraba un partido de carácter «nacionalista» (a veces incluso «nacionalsocialista»). Este partido, dirigido por políticos conservadores, militares y empresarios, tenía todo de lo que su rival carecía. Ahora bien, ambos partidos poseían algo en común: una gran tendencia a la brutalidad y a la falta de escrúpulos.

Durante un tiempo, los dos partidos maniobraron para hacerse con el poder. En algunos países, la lucha estaba muy igualada. Pero, al final, los partidos nacionalistas casi siempre conseguían derrotar al adversario y, entonces, un hombre fuerte salía de los bastidores para convertirse en el rey del escenario.

Si alguno de aquellos hombres se hubiera dejado llevar por su admiración a Franco y hubiera apoyado militarmente a los insurgentes, América se habría visto envuelta en lo que aún era, teóricamente, la guerra civil española. Para evitar que aquello sucediera, en 1937 Roosevelt propuso a los países americanos una reunión en Buenos Aires. Allí es donde se firmó el Acta de Neutralidad. En los años sucesivos se firmaron otros acuerdos que, por primera vez en la historia, acercaron al continente americano.

Mientras tanto, en Europa evolucionaba el programa del eje. Basándose en la premisa de que «a la gente no le gusta preocuparse por las cosas hasta que no tiene que hacerlo y entonces

generalmente ya es tarde», Hitler estaba teniendo mucho éxito. El hecho de que su política anticomunista, antisemita y antiintelectual hiciera que los mejores científicos, músicos y escritores de Alemania se fueran, en vez de convertirse en portavoces entusiastas de la patria, le pasó desapercibido. La pérdida de hombres como Thomas Mann, Stefan Zweig, Kurt Weill o Arnold Schönberg no preocupaba en absoluto a alguien de educación tan limitada como Hitler. Pero que Albert Einstein se encontrara entre los exiliados tendría que haberle dado que pensar, porque con Einstein se fue la fórmula que iba a poner la bomba atómica en manos estadounidenses en lugar de alemanas.

Una vez Hitler tuvo a Alemania bajo control, llegó la hora de la «expansión lógica». (*«Heute gebórt mis Deutschbland, Morgen die ganze Welt»* u «Hoy Alemania es nuestra, mañana el mundo entero».) Planificó y llevó a cabo con gran precisión y sangre fría la anexión de Austria o *Anschluss*, algo que ya había intentado en 1934, pero entonces había topado con la oposición de Mussolini.

Hitler invitó al canciller austríaco, Kurt Schuschnigg, a su casa de Berchtesgaden. En veinticuatro horas consiguió convertir a aquel político seguro de sí mismo en un inválido. Tras ser sometido a todo tipo de presiones psicológicas, Schuschnigg accedió a legalizar el Partido Nazi austríaco, a exculpar a los nazis encarcelados, a nombrar a Artur von Sevss-Inquart ministro de Seguridad Pública y a admitir a cien oficiales alemanes en el ejército austríaco.

En cuanto llegó a casa, Schuschnigg se arrepintió de su flaqueza y doce días más tarde desafió a Hitler y pidió un plebiscito. Aquel

«acto de traición» era la excusa que estaba esperando Hitler para enviar sus tropas a la frontera austríaca. Schuschnigg dimitió y escapó del país. El 13 de marzo de 1938, Seyss-Inquart proclamó oficialmente el *Anschluss*. El 14 de marzo Hitler entró en Viena.

Su siguiente objetivo era Checoslovaquia. Ahora que estaba rodeado por tres costados de territorio de la gran Alemania, aquel Estado fortaleza con sus municiones, su riqueza de recursos y su estratégica situación era un bocado apetitoso. Y además era una presa fácil. En la región fronteriza del norte de Checoslovaquia, llamada Sudetes, vivían cerca de tres millones de personas de origen alemán. «Repentinamente» esta gente sintió un enorme deseo de volver a su país sin moverse de casa. Es decir, que afirmaron que el Reich debía expandirse para incluirlos en sus dominios. La táctica de la quinta columna de la guerra civil española volvía a dar resultado.

Dirigidos por Konrad Henlein, los alemanes de los Sudetes aprovecharon la libertad que les ofrecía el sistema democrático checoslovaco para formar sus propias organizaciones militares, cuya similitud con las nazis era obvia. Al final, el día 24 de abril de 1938, en la Declaración de Karlsbad, Henlein pidió abiertamente la autonomía para los Sudetes.

Nos volvemos a encontrar ante un supuesto histórico. ¿Si los países que ayudaron a crear la República de Checoslovaquia tras la Primera Guerra Mundial estaban verdaderamente interesados en que superviviera, no podrían haberla salvado? ¿Se podía haber detenido a Hitler antes de que ganara fuerza? La verdad es que

probablemente sí. Ahora sabemos que en 1938 Hitler fanfarroneaba, no estaba preparado para apoyar sus reivindicaciones con una guerra a gran escala. Claro que, en aquella época, Francia e Inglaterra tampoco estaban listas para un conflicto armado. Estados Unidos era neutral y Rusia, a pesar de tener lazos diplomáticos con Francia, era rechazada en la alianza por Inglaterra. Así que ingleses y franceses adoptaron una política de contemporización.

El 12 de septiembre de 1938, tras un verano incierto marcado por una gran actividad diplomática, las movilizaciones francesas y la expansión de la flota inglesa, Hitler reclamó el derecho a la libre determinación de los Sudetes. En Checoslovaquia estalló una revuelta y las autoridades proclamaron la ley marcial. Entonces fue el turno del primer ministro inglés de viajar a Berchtesgaden.

Neville Chamberlain, siempre acompañado de un paraguas que los dibujantes de los periódicos convertirían en el símbolo de la contemporización, estuvo de acuerdo con que Checoslovaquia no tenía derecho a pedir arbitraje. Al igual que le había pasado a Schuschnigg, Chamberlain no se dio cuenta de cómo lo habían engañado hasta que volvió a su casa. Pero ya era tarde. Una vez obtenida aquella primera concesión, Hitler no sólo pidió la entrega total de los Sudetes con sus fábricas y sus establecimientos militares intactos, sino que exigió que en noviembre se celebrara un referéndum en las demás zonas checoslovacas en las que habitaban minorías alemanas importantes. Esta vez, Chamberlain y el primer ministro francés, Edouard Daladier, se reunieron con Rusia, mientras Estados Unidos pidió a Hitler que hablara con las

potencias europeas. A última hora, Mussolini presentó un plan para que cuatro de ellas se reunieran en Múnich.

Aunque en esa reunión se produjo una de las traiciones más vergonzosas de la historia, en aquel momento millones de personas la acogieron con gran alivio. Al volver del encuentro en el que Daladier y Chamberlain habían vendido Checoslovaquia, este último bajó del avión y declaró: «Creo que por fin tendremos paz».

Hitler se apresuró a ejecutar aquella «última reivindicación territorial» y, mientras Alemania se anexionaba a la bien fortificada zona fronteriza de Checoslovaquia occidental, Polonia y Hungría se apropiaron de diversas zonas orientales. En marzo de 1939, lo que quedaba de aquella república de corta vida quedó bajo «protección» alemana.

Paralelamente, las tropas japonesas habían ocupado grandes áreas de territorio chino. Tras los «incidentes» de Lukuchiao y Shangai se produjeron los de Suzhou, Nanjing y Hangchow. A las órdenes del general Chiang Kai-shek, el ejército chino, bien preparado, se defendió tenazmente de un adversario sin piedad y aún mejor preparado. Y, como ya había sucedido en España y en Abisinia, quien sufrió más fue la población civil. Aunque el sufrimiento de la población era tan antiguo como la guerra misma, nunca antes se había ejercido con una brutalidad tan mecánica y fría, ni se había documentado tanto. Las potencias del eje no sólo permitían la exhibición de aquellas imágenes en los nodos y documentales, sino que la promovían con el propósito de infundir el miedo a los que pretendían plantarles cara. La estrategia funcionó relativamente

bien. Pero, en algunos países, la «campaña de terror» tuvo justo el efecto contrario. Aquellos documentales japoneses y la ola de ataques antisemitas de ideología nazi ayudaron al presidente Roosevelt a concienciar a su pueblo y a iniciar, en 1938, la preparación militar. En 1939, en Estados Unidos el aislacionismo daba sus últimos respiros. En Europa, la contemporización también acabaría pronto y de la única manera posible: violentamente.

Capítulo 69

La Carta Atlántica.

La «guerra psicológica» acabó en «guerra global» y Hitler se equivocó gravemente en sus cálculos.

El día 22 de marzo de 1939, Hitler reclamó que se le devolviera Memel, una ciudad a orillas del mar Báltico que Alemania había entregado a Lituania tras la Primera Guerra Mundial. Se la cedieron. Entonces Hitler se dirigió a una antigua aliada suya, Polonia, y exigió la ciudad de Danzig y el derecho a construir una carretera y una vía férrea por el «corredor polaco». Polonia se negó a acceder a la petición y pidió ayuda a Inglaterra y Francia. Estos dos países pusieron fin a la contemporalización y acordaron junto a Polonia colaborar unos con otros en caso de agresión germana.

Polonia también esperaba recibir el apoyo de la Unión Soviética. Pero inesperadamente los soviéticos cambiaron de postura. La primera pista la dio el ministro de Asuntos Exteriores, Viacheslav Molotov, al abrir un ataque verbal contra Inglaterra. Más tarde, en agosto de 1939, sucedió lo inimaginable. Incluso los simpatizantes comunistas se quedaron sin habla al ver que la Alemania nazi y la Unión Soviética firmaban un acuerdo comercial y un pacto de no agresión. (Una de las condiciones impuestas por los nazis, que fue aceptada por Stalin, era que la Unión Soviética entregara a Hitler a los comunistas alemanes que se habían exiliado en Rusia en 1933.) Los «voluntarios» alemanes entraban en Danzig y creaban nuevos «incidentes fronterizos»; el Gobierno inglés declaró el estado de

excepción. El 31 de agosto de 1939, Hitler anunció que los polacos habían rechazado su propuesta de paz formada por 16 puntos, un documento que en realidad no vieron jamás. Al alba, las tropas nazis cruzaron la frontera polaca.

Ese mismo día, Albert Forster, líder de la quinta columna nazi en Polonia, proclamó el retorno de Danzig al Reich. Los tanques nazis marchaban por Polonia y la *Luftwaffe* o fuerza aérea desplegaba su nueva y alarmante táctica de guerra, la *Blitzkrieg* o guerra relámpago. Gran Bretaña y Francia dieron un ultimátum a Hitler para que retirara sus tropas de territorio polaco. Hitler se negó y, el 2 de septiembre de 1939, Inglaterra y Francia declararon conjuntamente la guerra a Alemania. La guerra psicológica había acabado. Comenzaba la Segunda Guerra Mundial.

Los aliados no pudieron prestar ayuda inmediata a Polonia y los invasores se repartieron el país en el tiempo previsto. El 12 de septiembre, las tropas soviéticas entraron por la frontera oriental. Varsovia, destrozada por las bombas, se rindió a los nazis.

Durante seis meses, Europa occidental experimentó una «guerra ilusoria», uno de esos períodos engañosos de calma de los que hablamos antes. Mientras las tropas inglesas se aburrían en Francia, en casa, los ingleses se construyeron refugios y se sentaron a esperar. Incluso así, la presión sobre los otros miembros del Imperio británico aumentaba. Australia, Nueva Zelanda e India declararon la guerra a Alemania. En la Unión Sudafricana, Jan Christiaan Smuts fue escogido primer ministro y el país dejó de ser neutral. Canadá se alió a Inglaterra el 12 de septiembre. Al final,

sólo Irlanda, que no olvidaba lo que había sufrido, permaneció «neutral» y se convirtió en una buena base de espionaje nazi.

En Francia seguía primando la «mentalidad Maginot». A petición de André Maginot, ministro de Guerra, el país construyó un sistema de fortificaciones brutales y supuestamente a prueba de tanques a lo largo de la frontera noroeste. La línea Maginot, que costaba una millonada, no se pudo completar y, por tanto, no sirvió de nada. (El dinero destinado al tramo que recorría la frontera belga había acabado en los bolsillos de algunos políticos.) Pero, aun así, gran parte del ejército francés estuvo concentrado en fortines y vivió durante muchos meses en búnkers húmedos.

Al otro lado del Rin, Hitler respondió a Maginot con la línea Sigfrido. Sus tropas hicieron poco aquel invierno, pero utilizaron altavoces para soltar insultos a sus eternos enemigos, a los cuales los franceses correspondieron con mucho gusto.

Sin embargo, en alta mar, los submarinos nazis estuvieron muy activos, amenazando la navegación mundial, así que la Conferencia Panamericana celebrada en Panamá se vio obligada a establecer una «zona de seguridad» alrededor del continente americano. Estados Unidos prohibió a sus barcos entrar en aguas territoriales de los beligerantes, pero el presidente Roosevelt consiguió revocar el embargo de armas y venderles a los países combatientes por el llamado sistema de pago al contado.

La Unión Soviética empezó a construir bases fortificadas en Estonia, Letonia y Lituania. Pretendía hacer lo mismo en Finlandia, pero los finlandeses se negaron y las tropas soviéticas invadieron el país.

De manera que Europa se encontraba ante «una guerra dentro de la guerra». Italia se consideró lo suficientemente neutral como para enviar, junto con Inglaterra y Francia, aviones, provisiones y consejeros técnicos para ayudar al general finlandés Cari von Mannerheim y su pequeño ejército. Estados Unidos prestó a Finlandia 10 millones de dólares de la época. Durante un tiempo parecía que Finlandia iba a ser capaz de contener al invasor indefinidamente. Pero, después de tres meses de intensas batallas invernales, la línea Mannerheim cedió. En marzo de 1940, Finlandia se vio obligada a firmar un tratado de paz por el que cedía el diez por ciento de su territorio, incluyendo el istmo de Carelia, a la Unión Soviética.

¿A qué se debía aquel movimiento aparentemente arbitrario por parte de la Unión Soviética? De nuevo debo pedirlos que consultéis un mapa. Si lo examináis con atención, veréis que, a pesar de haber firmado un tratado con Hitler, los dirigentes soviéticos querían rodearse de un territorio a lo largo de toda su frontera que les permitiese «parar los golpes». La historia acabó por demostrar que la precaución era necesaria.

Con la llegada de la primavera, en Alemania se hizo muy popular una canción. La canción se llamaba *Wir fabren gegen England* (Vamos contra Inglaterra). Como primer paso para la realización del objetivo, Hitler ordenó la invasión de Dinamarca y Noruega. De esta manera, pretendía sacar ventaja a Inglaterra procurándose bases terrestres y navales en el mar del Norte. Dinamarca cayó rápidamente. En cambio Noruega, a pesar de la intensa propaganda

y de la preparación de la quinta columna, opuso una gran resistencia. Por primera vez, las tropas aliadas de Inglaterra y Francia entraron en acción y consiguieron expulsar a los alemanes de Bergen y Trondheim. Pero, en un terreno tan montañoso como el de Noruega, sólo contaba una cosa: la superioridad aérea. Y ésta estaba en poder de Alemania. El día 7 de junio de 1940, el rey Haakon huyó a Londres y un nazi noruego, llamado Vidkun Quisling, accedió al cargo de primer ministro. Desde aquel entonces, muchas lenguas tienen una nueva palabra, *quisling*, para designar a los traidores.

Aunque trágica, la debacle noruega tuvo al menos una consecuencia positiva. Y es que en el número 10 de Downing Street, residencia del primer ministro inglés, el paraguas símbolo de la contemporización de Neville Chamberlain dio paso al puro desafiante de Winston Churchill. Apesar de que durante mucho tiempo se le había tenido por belicista, en aquel momento este gran hombre de Estado y líder del Partido Conservador Inglés se había convertido en «la persona indicada». Churchill, que era un orador elocuente e instruido, prometió a sus compatriotas «sangre, sudor y lágrimas» y resumió los nuevos objetivos del país con una frase: «Obtendremos la victoria, una victoria a toda costa, una victoria por encima del horror; obtendremos la victoria por largo y pesado que sea el camino, ya que sin la victoria no hay posibilidad de sobrevivir». (La casualidad quiso que se descubriera que los primeros compases de la Quinta Sinfonía de Beethoven tenían el mismo ritmo que la letra «v» en código morse, así que, desde que se emitió por primera vez en

la BBC el día 20 de julio de 1941, se convirtió en un símbolo de victoria para quienes se oponían al eje.)

Los peores sucesos para Inglaterra todavía estaban por llegar. El día 10 de mayo de 1940, el día en el cual Churchill se convirtió en primer ministro, Hitler flanqueó la línea Maginot e invadió Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos. La llegada de las tropas francesas e inglesas no pudo evitar la rendición de los Países Bajos en cuatro días y de Bélgica en dieciocho. Los ejércitos aliados, superados en número y en estrategia, se refugiaron en los alrededores de Dunkerque y los nazis los rodearon y los echaron al agua. Pero Hitler no había contado con que los británicos eran muy aficionados al mar. En uno de los rescates más heroicos de la historia, 900 embarcaciones, entre destructores, lanchas, barcos de pesca, remolcadores de río y yates, desafiaron a los alemanes y salvaron a tres cuartas partes de sus soldados.

La línea Maginot se había quedado tan obsoleta como la ballesta por efecto de la fuerza aérea de Hitler, y Francia sucumbió rápidamente. París fue declarada ciudad abierta con el objetivo de que no fuera bombardeada. El Gobierno abandonó la ciudad y se trasladó primero a Tours y después a Burdeos, en un gesto que reflejaba el miedo que sentían los franceses. Un grupo de civiles, instigados por miembros de la quinta columna nazi, bloquearon las carreteras de salida de París e impidieron el traslado de tropas al frente. El día 10 de junio, Mussolini se quitó la máscara de su pretendida neutralidad y, en palabras del presidente Roosevelt, «le clavó la daga a su vecino por la espalda». El 15 de junio, los nazis entraron en

París. Una semana más tarde, Hitler bailó la danza de la victoria en el bosque de Compiégne ante las cámaras del nodo. Francia se rindió en el mismo vagón de tren en el que se había firmado el armisticio de 1918. Alemania ocupó dos tercios de Francia; el territorio restante quedó en manos de un Gobierno títere situado en Vichy y encabezado por el mariscal Henri Pétain. Inglaterra se había quedado sola.

Por primera vez, los acontecimientos no se habían desarrollado según los planes de Hitler. Francia había caído dos meses antes de lo que esperaba. Aún no estaba preparado para el siguiente paso lógico, la invasión de las islas Británicas. Había encargado las barcasas y el equipamiento militar necesario para la invasión, pero no estaría listo hasta agosto. Para entonces, la superioridad aérea alemana habría llegado a su fin. *The Lew* (Los escogidos) iban a hacer añicos los sueños de Hitler de completar el trabajo en Europa occidental antes de dirigirse hacia el este.

En agosto de 1940 empezó la «batalla de Gran Bretaña». Oleadas de aviones alemanes cruzaron el canal de la Mancha y en Coventry, Manchester y Londres exhibieron la misma destreza y precisión que habían desplegado en Varsovia, Oslo y Rotterdam. Pero, para su sorpresa, unos cuantos aviones británicos salieron a su encuentro. Pilotaban los aviones «los escogidos», unos pilotos de la RAF (las Fuerzas Aéreas Británicas) que en aquel invierno decisivo hicieron gala de un coraje sólo igualado por la población civil del país. En aquella época, muchas ciudades corrieron la misma suerte que Coventry, y Hitler se jactaba de que ni la ayuda de Estados Unidos

podía salvar a Inglaterra de su destino. Pero, poco a poco, los pilotos de la RAF fueron acabando con los aviones nazis, empezaron a bombardear Alemania y las esperanzas del invasor acabaron menguando. Además, a principios de 1942, la octava fuerza aérea estadounidense se unió a la RAF y la isla sitiada pasó a ser un «portaaviones invencible».

Volvamos a los supuestos históricos. ¿Qué habría pasado si las islas Británicas hubieran caído en manos de los nazis y se hubieran convertido en una base aérea para sus aviones? ¿Habrían llegado a bombardear Estados Unidos? Ahora sabemos que en Alemania se estaba llevando a cabo una investigación pionera sobre misiles teledirigidos y propulsión por reacción que, sin duda, se los habría permitido. Afortunadamente, en diciembre de 1940, Roosevelt pidió auxilio aéreo para Gran Bretaña y calificó a Estados Unidos de «arsenal de las democracias». En marzo de 1941 firmó el Decreto HR 1776 y, a partir de entonces, el país pudo vender armas a crédito. En agosto de aquel mismo año, Roosevelt y Churchill, reunidos en uno de los barcos que las flotas estadounidense y británica tenían anclados en las costas de Terranova, concibieron la Carta Atlántica. En aquel documento de ocho puntos, Estados Unidos se comprometía a apoyar a Gran Bretaña en su guerra contra el eje y, con ello, dieron al mundo los principios básicos de la futura Carta de las Naciones Unidas.

La relación entre Estados Unidos y Gran Bretaña empezó a prosperar a la vez que la amistad italogermánica entraba en dificultades. Mientras que Roosevelt y Churchill habían rechazado

toda intención de expansión territorial, Mussolini se encontró con que su aliado del eje se expandía mucho más hábilmente de lo que esperaba. Además, aunque Italia había conseguido anexionarse a Albania en 1939, en los subsiguientes movimientos Mussolini tuvo que contar con la ayuda de Hitler. En septiembre de 1940, el ejército italiano, establecido en Libia, invadió Egipto sin que los británicos pudieran hacer nada. Ahora bien, cuando reaccionaron, amenazaron con acabar con los conquistadores mandados por Mussolini en cinco minutos. Entonces tuvo que intervenir el África Korps alemán, al mando del general Erwin Rommel, que recapturó Tobruk y obligó a los ingleses a retirarse a El-Alamein.

Sin duda, el fiasco italiano en Grecia también fue provocado por el deseo imperioso de Mussolini de emular a su aliado, mucho más exitoso que él. A finales de octubre de 1940, Mussolini había ordenado a las tropas que tenía en Albania invadir Grecia. A mediados de noviembre, ya habían sido derrotadas abrumadoramente. La victoria griega no sólo asestó un golpe terrible al prestigio del eje, sino que además dio a Gran Bretaña la excusa que necesitaba para salir en ayuda de Grecia y entrar en Europa por «la puerta trasera» de los Balcanes. Hitler pretendía empezar la ofensiva hacia el este, con lo que un ejército aliado que se dirigiera hacia el norte lo habría podido atacar por el flanco. Aunque la necesidad de proteger a los italianos retrasaría fatídicamente un mes la inmediata invasión de la Unión Soviética, Hitler se dirigió hacia el sur. Así que fueron tanques alemanes, y no italianos, los que entraron en Atenas en abril de 1941.

Hacía tiempo que resultaba evidente que Hitler tenía el ojo puesto en los Balcanes. En junio de 1940, la Unión Soviética se volvió a anticipar a Alemania y se apropió de Besarabia, una región rumana. En agosto se desmovilizaron las tropas en lo que quedaba de país, y los nazis entraron sin encontrar resistencia. Entonces Hungría y Bulgaria se unieron al eje. El Gobierno yugoslavo también firmó un pacto con Hitler, pero el rey Pedro II se alzó y se puso de parte de los aliados. Hitler lo aprovechó para invadir Yugoslavia y el rey tuvo que huir del país. Aquello dio alas a Hitler, que no paró hasta que ocupó toda Grecia y sorprendió a los británicos con la invasión aérea de la isla de Creta el 20 de mayo de 1940. Para mayor humillación de Mussolini, los británicos estaban en posesión de Etiopía, que habían liberado el día anterior.

Ese mismo mes, Rudolf Hess, segundo ayudante de Hitler, se lanzó en paracaídas sobre Escocia con la esperanza de conseguir, mediante sus contactos personales, lo que no habían logrado los bombardeos del *Führer*, es decir, el final de la guerra contra Gran Bretaña. Hess se convirtió en prisionero de guerra, pero el objetivo de su misión pronto quedó claro. El día 22 de junio, Hitler invadió la Unión Soviética. La invasión no halló a la Unión Soviética totalmente desprevenida. Los dos grandes ejércitos lucharon muy igualados durante tres semanas en la frontera, hasta que la línea Stalin cedió y los alemanes la atravesaron a placer. Pero entonces Hitler cometió el peor error de su carrera militar: cegado por su teoría de la existencia de una raza superior, dejó que le costara la victoria.

Muchos eran los rusos que veían la invasión alemana como una liberación. Seis divisiones anticomunistas, al mando del general ruso Andrei Vlassov, se pusieron a disposición de Hitler. Preparados para unirse a ellos había dos millones de hombres para quienes la caída del régimen comunista había significado la realización de un sueño. No obstante, según Alfred Rosenberg, el ideólogo racial de Hitler, los rusos eran *untermenschen*, purria que sólo servía para trabajar como esclava en la abominable Organización Todt. Lo que quería Hitler era conquistar Rusia, no liberarla. Y así firmó su sentencia de muerte. Los rusos, que eran nacionalistas apasionados, amaban a su país más de lo que odiaban al *politburó* (organismo directivo del Partido Comunista de la URSS). Asqueados de Hitler, abandonaron la causa de Vlassov.

Quienes ya se habían comprometido con él, lucharon a su lado, se batieron en retirada junto a los alemanes y fueron capturados en Alemania. Los estadounidenses los entregaron a la Unión Soviética y, en 1945, Vlassov y sus seguidores fueron condenados a muerte por traidores.

De camino hacia el norte, Hitler sitió Leningrado (nombre que recibió San Petersburgo) en septiembre de 1941 y, en noviembre, tomó Crimea y atacó Sebastopol. Furiosos, los rusos hicieron pagar caro a los alemanes cada centímetro de tierra que avanzaban, sin reparar en las pérdidas. Pero a las puertas de Moscú, Hitler necesitó el mes que había perdido invadiendo Grecia. Sus tropas cayeron en manos del eterno aliado de Rusia, el «gran invierno». Sus hombres estaban desnutridos a causa de la política de tierra quemada que

había practicado el ejército soviético y carecían de ropa adecuada para resistir las bajas temperaturas, así que tuvieron que plantarse a esperar que llegara la primavera. Pero, para entonces, habían cambiado dos cosas: los soviéticos contaban con un nuevo aliado y la Wehrmacht con un nuevo comandante en jefe. Este, que conducía la guerra por «intuición», no era otro que el ex cabo Adolf Hitler, que se había ascendido al rango de mariscal de campo. El nuevo aliado de la Unión Soviética era Estados Unidos.

Entre Japón y Estados Unidos las relaciones eran cada vez más tensas. Al entrar a ser miembro de pleno derecho del eje en septiembre de 1940, Japón vio reducido el material de guerra que le llegaba de América. Las propiedades que tenía en Estados Unidos quedaron congeladas. Los miembros más prudentes del Gobierno japonés habían empezado a dejar paso a hombres del temperamento del general Hideki Tojo, que se convirtió en primer ministro nipón el 16 de octubre de 1941.

El día 7 de diciembre, mientras el japonés Saburo Kurusu, enviado en misión de paz a Washington, negociaba con el Gobierno estadounidense, la aviación nipona atacó por sorpresa la base naval de Pearl Harbor, en las islas Hawai.

Capítulo 70

Guerra global.

El eje fue derrotado en la «batalla de producción», pero la victoria final fue de los científicos británicos y estadounidenses; llegó una nueva era para la humanidad

Cuanto más miramos el mapamundi, más nos cuesta de creer. En diciembre de 1941, los japoneses controlaban el noreste de China. En junio de 1942, también conquistaron las Filipinas, Guam y las Indias neerlandesas, dominaban la Indochina Francesa y Tailandia, y amenazaban India desde su posición en Birmania (hoy Myanmar). Llegaron hasta Attu, en las islas Aleutianas. Con el ataque a Pearl Harbor, sus bombarderos destruyeron una gran parte de la flota estadounidense en el Pacífico.

Aquél fue un año «agónico» para los enemigos del eje. Aunque, en cierto modo, también resultó un año triunfal. Veintiséis países, muchos de ellos representados por gobiernos en el exilio, se comprometieron con los principios de la Carta Atlántica y formaron el núcleo de lo que más tarde sería la Organización de las Naciones Unidas.

A la declaración de guerra de Estados Unidos a Japón siguieron sendas declaraciones de guerra de Alemania e Italia a Estados Unidos. Los estadounidenses pusieron a trabajar a toda máquina sus industrias para hacer frente al conflicto. En aquella época en que la guerra se había mecanizado, era necesario ganar al enemigo no sólo en el campo de batalla sino también en el terreno de la

producción industrial. Al igual que en otros países, las mujeres estadounidenses empezaron a trabajar en las fábricas de equipamiento militar y entraron en los ejércitos de tierra, mar y aire en calidad de ayudantes. Todos los conocimientos técnicos, científicos y médicos se pusieron a disposición de la guerra. El radar, la penicilina y los materiales plásticos son algunos de los hallazgos agilizados por el esfuerzo militar. De la noche a la mañana, los vuelos intercontinentales se convirtieron en algo común. El Gobierno estadounidense invirtió millones de dólares de la época en lo que hasta entonces era una rama de la ciencia a la que nadie prestaba mucha atención: la física nuclear, y en especial la fisión atómica.

Hasta 1943, Estados Unidos no bombardeó Alemania en solitario. Pero el 8 de noviembre de 1942, dos semanas después de que el general británico sir Bernard Montgomery obtuviera una victoria decisiva ante Rommel en El-Alamein, tropas tanto estadounidenses como británicas desembarcaron en el norte francés de África. Inmediatamente Alemania ocupó toda Francia, pero no consiguió capturar su flota. Parte de ella salió para el norte de África; el resto se hundió en la bahía de Tolón.

Aquel otoño fue crucial en todos los frentes. En septiembre, el Ejército Rojo derrotó de manera aplastante a los alemanes en Stalingrado, y allí acabó el avance de estos últimos hacia los pozos petrolíferos del mar Caspio. En noviembre los japoneses, que aún no se habían recuperado del bombardeo estadounidense de Tokio y Yokohama, sufrieron su primera derrota marítima. Una batalla de

tres días cerca de las islas Salomón acabó con victoria para los estadounidenses.

En enero de 1943, Churchill y Roosevelt se reunieron en Casablanca en un ambiente de gran optimismo. Stalin no pudo asistir a la reunión y Francia estaba representada por los dos líderes rivales de Francia Libre, Giraud y De Gaulle. Los aliados, seguros de la victoria final, pidieron a los componentes del eje una rendición incondicional.

Los meses pasaban y la victoria estaba cada vez más cerca. Las tropas alemanas empezaron a retirarse lentamente de Rusia. En cuanto al frente del Pacífico, el general Douglas MacArthur venció a los japoneses en Guadalcanal, una de las islas Salomón, tras un duro combate. La segunda división de infantería estadounidense, al mando del general Dwight Eisenhower, avanzaba por el norte de África hacia el este y, finalmente, se unió a la octava división británica en Túnez. Un mes después, el día 12 de mayo de 1943, lo que quedaba del gran Afrika Korps se rindió en el cabo Bon.

Con la victoria de los aliados en el norte de África, Mussolini perdió todo su prestigio. Tras el desembarco de los aliados en Sicilia, éste fue derrocado y encarcelado. El Gobierno italiano, encabezado entonces por el rey Víctor Manuel III y el mariscal Pietro Badoglio, se rindió sin condiciones el día 8 de septiembre. Sin embargo, una semana más tarde, Mussolini fue rescatado por las tropas alemanas y trasladado al norte de Italia, donde anunció la creación del Partido Nacional Fascista. La lucha en Italia se prolongó hasta 1945; las tropas alemanas fueron cediendo centímetro a centímetro. El bonito

monasterio de Monte Cassino, que los alemanes usaban de puesto de observación, quedó en ruinas. La ciudad de Roma, que estaba en manos de los alemanes, fue bombardeada. El desembarco de los aliados en Anzio acabó por destruir la ciudad. Los puentes de Florencia fueron demolidos. Este fue el legado de Mussolini. Su amistad con el *Führer* acabó por convertir Italia en el parachoques de Alemania. Quien antaño había sido el *Duce* huyó a Alemania disfrazado con un uniforme de la Wehrmacht en abril de 1945, pero unos guerrilleros lo capturaron y lo fusilaron.

La Segunda Guerra Mundial fue la guerra de las conferencias mundiales. Por primera vez, el transporte aéreo permitió que los comandantes de la guerra y sus asesores se reunieran para discutir extraoficialmente. Churchill cruzó el Atlántico dos veces para reunirse con Roosevelt; la primera en Washington en 1941, la segunda en Quebec en 1943. En noviembre de aquel mismo año, el general Chiang Kai-shek voló a El Cairo para estudiar junto a Roosevelt y Churchill la estrategia que debían seguir en el Lejano Oriente. Dos días más tarde, los líderes británico y estadounidense se entrevistaron con Stalin en Teherán.

A excepción de las tropas de ocupación y de las divisiones que luchaban contra los aliados en Italia, el grueso del ejército de Hitler se hallaba desplegado en el frente oriental, así que es comprensible que la Unión Soviética reclamara que se abriera un segundo frente que les quitara presión. Su deseo se hizo realidad el día 6 de junio de 1944 con la invasión de Normandía. Había llegado el día D.

Gracias a una estrategia audaz, a una planificación minuciosa y a una coordinación excelente de la Comandancia Suprema de la Fuerza Aliada Expedicionaria (en inglés SHAEF), las tropas que cruzaron el canal de la Mancha, y las que se lanzaron en paracaídas para asaltar el fuertemente defendido «muro del Atlántico», pudieron capturar Cherburgo y Caen en un mes. A las órdenes del general Eisenhower, la liberación de Francia pronto fue una realidad. El 15 de agosto se produjo otro asalto, esta vez a La Riviera francesa. Diez días más tarde, los aliados se detuvieron a las afueras de París para conceder a las tropas francesas el honor de unirse a la resistencia con el nombre de Fuerzas Francesas del Interior para expulsar a los últimos alemanes de la capital. Bajo el mando del general George Patton, la tercera división de infantería estadounidense se dirigió rápidamente hacia el sur para controlar la zona del Rin. Pero, por el norte, en Bélgica y Holanda, la geografía y el mal tiempo ayudaron a los alemanes a resistir.

Las tropas aliadas, que habían aterrizado en Arnhem, no recibieron el apoyo terrestre que les tenía que llegar por el sur y que tanto necesitaban. Quedaron rodeadas y fueron aniquiladas. Tanto los aliados como los alemanes derruyeron los diques para inundar la tierra, y gran parte del delta del Rin quedó convertido en unas marismas intransitables. Esto evitó que las tropas alemanas avanzaran hacia el sur como habían hecho en 1940. También impidió que los aliados flanquearan la barrera oriental. Los aliados se detuvieron para consolidar sus logros. Entonces llegó la contraofensiva de las ardenas belgas.

Lo más sorprendente de esta última gran contraofensiva alemana fue su éxito. Claro que, en gran parte, se debió a que los aliados fueron tomados por sorpresa. Nadie, ni siquiera los generales que las comandaban, creía que las tropas alemanas iban a ser capaces de semejante acto de resistencia. Pero el mariscal de campo Karl R. G. von Rundstedt, comandante de las fuerzas germanas occidentales, había recibido órdenes directas del *Führer* y no se encontraba en posición de discutirlos. Tras los acontecimientos de julio de 1944, los generales de la Wehrmacht eran prescindibles.

Los roces entre Hitler y los militares alemanes no eran algo nuevo. Con los mejores hombres de lo que antes de 1933 había sido su guardia personal, Hitler había creado las SS, abreviatura de *Schutz Staffel* o escuadras de protección. El *Führer* había prometido una y otra vez a los altos mandos de la Wehrmacht que las SS no estarían armadas. Pero en cuanto éstos se daban la vuelta, Hitler creaba nuevas divisiones de las SS, a las que equipaba con el mejor material y daba nombres tan rimbombantes como *Totenkopf* (cabeza de la muerte), *Feibstandarte Adolf Hitler* y cosas por el estilo. Cuando los soldados de la Wehrmacht flaqueaban, los oficiales de las SS los ponían a raya. La gota que colmó el vaso fue que Hitler se nombrara a sí mismo comandante en jefe de las fuerzas armadas. Entonces la Wehrmacht planeó un golpe. Pero la bomba que colocaron en un maletín, que debía acabar con la vida de Hitler el 20 de julio de 1944, sólo lo hirió levemente y aquello lo acabó de convencer de que tenía el destino de su parte. El general Von Witzleben y diversos golpistas más fueron brutalmente

estrangulados y, a partir de entonces, Hitler mantuvo firmemente las riendas del poder. De modo que fue él quien ordenó que las tropas alemanas avanzaran hacia el mar.

El asalto, que se produjo cuando Bruselas, Amberes y Aquisgrán estaban controladas por los aliados, empezó el 16 de diciembre y duró ocho días. En él participaron 24 divisiones alemanas. Bajo órdenes de no hacer prisioneros, las tropas de las SS y la Wehrmacht se desplegaron por un área de unos doscientos sesenta kilómetros cuadrados. Sitiaron a la división aérea 101 estadounidense en Bastogne y exigieron que se rindiera, pero el general McAuliffe dijo a los alemanes que ni hablar. Posteriormente, un destacamento de la tercera división de infantería levantó el cerco sobre Bastogne. El 24 de diciembre, un ataque sorpresa de 7.000 aviones detuvo a los alemanes en sus posiciones, pero hasta principios de febrero los aliados no consiguieron expulsarlos a todos de suelo belga.

Cuando los aliados se preparaban para cruzar el Rin con un gran despliegue de fuerzas, las tropas estadounidenses descubrieron un puente férreo que aún se mantenía en pie cerca de la ciudad de Remagen, al sur de Bonn. Otros pasos permitieron al grueso de las tropas aliadas cruzar el río en barco en el mes de marzo.

Mientras tanto, los soviéticos avanzaban con firmeza por el este. Finlandia, que se había puesto de lado de Alemania en 1941, sufrió un segundo ataque soviético poco después del día D. En marzo de 1944, el Ejército Rojo llegó a la frontera rumana. Luego invadió Hungría y Checoslovaquia y, con la rendición de Budapest en

febrero de 1945, los soviéticos completaron la conquista de los Balcanes.

En abril de 1943, el Gobierno soviético había roto relaciones diplomáticas con el Gobierno polaco en el exilio. En la captura de Varsovia, que se produjo en enero de 1945, se pudieron oír los primeros compases de lo que sería el nuevo reparto de influencias. Unos días después, el Ejército Rojo cruzó el río Oder y el 7 de febrero ya se encontraba a las afueras de Berlín.

Aquel día Stalin recibía a Churchill y a Roosevelt en la ciudad de Yalta, península de Crimea. De este último encuentro surgió la Declaración de Yalta; se decidió también qué hacer con Alemania y Austria una vez acabada la guerra y se acordaron los términos de la participación soviética en la lucha contra Japón.

Roosevelt, quien había sido elegido presidente por cuarta vez consecutiva en 1944, no se encontraba bien cuando fue a Yalta. Dos meses más tarde, el 12 de abril de 1945, murió en Warm Springs, Georgia. Esa misma tarde, Harry Truman, que hasta entonces había sido vicepresidente del país, ocupó el cargo de Roosevelt. Al día siguiente, el Ejército Rojo entró en Viena. El 25 de abril, en la primera reunión de las Naciones Unidas, que tuvo lugar en San Francisco, se anunció que tropas soviéticas y estadounidenses se habían encontrado en el río Elba. La guerra en Europa acabó antes de que se clausurara la conferencia, que duraría dos meses. El 1 de mayo, el almirante Karl von Dönitz anunció que Hitler se había suicidado en su refugio antiaéreo situado bajo los escombros de la cancillería alemana en Berlín. Una semana más tarde llegó la

capitulación de los alemanes en Reims. El 7 de mayo de 1945 se declaró la victoria en Europa.

Cuando en julio Stalin se reunió con Truman y Churchill en Potsdam (Alemania) para planificar la posguerra, el sentimiento antialemán era muy fuerte. La ira de los británicos había llegado a su punto álgido cuando aparecieron las bombas y los proyectiles de propulsión por reacción de largo alcance, que los alemanes les habían lanzado después del día D desde las costas de Francia, Bélgica y Holanda. (Con estos artefactos, conocidos con el nombre de armas v, los nazis respondían a la v de victoria de los aliados con una v de *vergeltung* venganza.) Como he dicho antes, la Unión Soviética estaba muy dolida por la deportación masiva de sus ciudadanos a los campos de trabajo forzado de la Organización Todt. El mundo entero se indignó profundamente cuando se descubrieron los campos de concentración nazis en los que judíos, prisioneros políticos y otros «enemigos del Estado» se hacinaban hasta morir de hambre y de enfermedades o eran directamente aniquilados en las eficientes cámaras de gas.

Los dirigentes nazis, que no habían seguido el camino del *Führer* al suicidio, fueron juzgados por sus crímenes de guerra ante un tribunal internacional en Nüremberg. Uno de ellos, Martin Bormann, no llegó a ser capturado y fue condenado *in absentia*. Dos murieron esperando juicio, tres fueron absueltos, siete fueron condenados a cadena perpetua y diez a la horca. Hermann Goering se suicidó la víspera de su ejecución.

Durante la conferencia de Potsdam hubo elecciones generales en Gran Bretaña. El socialista Clement Attlee subió al poder y ocupó el lugar de Churchill en la mesa de negociación, en calidad de nuevo primer ministro británico. Los aliados, que ya habían derrotado a dos de las potencias del eje, centraron todo su interés en la guerra contra Japón.

En 1942 se había prevenido la invasión japonesa de Australia. Las tropas estadounidenses, británicas, australianas y filipinas iniciaron un nuevo tipo de guerra anfibia consistente en «saltar de isla en isla».

En julio de 1943, los aliados iniciaron una ofensiva conjunta en el Pacífico. La táctica consistía en olvidarse de las grandes islas que los japoneses habían invadido y atacar solamente aquellas en las que fuera fácil establecer bases aéreas desde las cuales podrían interferir el avituallamiento japonés. La idea era que los japoneses acabaran por morir de hambre sin tener que combatirlos. Pero si echáis un vistazo a un mapa, enseguida os daréis cuenta de la magnitud de la operación. Aunque únicamente se invadiera una isla de cada cien, comprenderéis por qué la guerra en el Pacífico se cobró tantas vidas.

La ofensiva empezó con la ocupación de la pequeña isla Rendova, en el archipiélago de Salomón. Al acabar el año, los aliados ya se habían hecho con la isla Bougainville y la base aérea de Munda, en la isla de Nueva Georgia. En Nueva Guinea primero cayó Salamaua, y los japoneses que se encontraban en Lae quedaron cercados. Los

aliados atacaron entonces las islas Gilbert y empezaron así un gran despliegue.

En 1944, los japoneses descubrieron que quien mucho abarca poco aprieta. A pesar de que casi todas esas islas no eran más que atolones, para los aliados resultaba de vital importancia conquistarlas. Estos aterrizaron en Kwajalein y Eniwetok (islas Marshall) y atacaron audazmente las Marianas, describiendo un arco exterior. Con la reconquista de la isla de Guam, en agosto, los aliados ganaron una base desde la cual sus fortalezas volantes podían bombardear Kyushu, la más meridional de las islas japonesas. Avanzando por la costa de Nueva Guinea asaltaron Aitape y luego Hollandia, así como las islas del Almirantazgo y la isla Schouten. También conquistaron las islas Carolinas y las islas Molucas. El 19 de octubre, el general Douglas MacArthur cumplió con lo prometido y tomó Leyte, en las Filipinas.

Mientras tanto, en el continente asiático, las tropas de Chiang Kai-shek seguían ganando batallas y habían conseguido expulsar a los japoneses de India. Pero, como el camino de Birmania seguía en manos niponas, los aliados pusieron en marcha un puente aéreo entre India y Chunking, la capital temporal de Chiang Kai-shek. Más tarde iniciaron una dura campaña para expulsar a los japoneses de la selva birmana, la cual acabaría con éxito.

La última fase de la guerra en el Pacífico empezó a finales de 1944, cuando los aliados tomaron Saipan, en las islas Marianas, y la convirtieron en base de la ofensiva aérea contra objetivos industriales nipones. Un proyecto arriesgado, ya que Japón seguía

estando a más de mil millas de distancia. En marzo de 1945, tras batallar durante un mes por la isla fortaleza de Iwo Jima, los estadounidenses consiguieron una base para sus bombarderos a 1.200 kilómetros de Yokohama. En abril se produjo la invasión de Okinawa. Coincidiendo con la rendición de Alemania tuvo lugar la mayor ofensiva aérea de la guerra sobre ciudades a 500 kilómetros. Mientras tanto, el almirante, lord Louis Mountbatten, anunciaba la victoria total de las fuerzas chinoangloestadounidenses sobre unos japoneses que ya no lanzaban *banzais* o gritos de guerra.

Los aliados, que estaban horrorizados por lo sangrienta que había sido la guerra, sabían que la invasión de Japón todavía se cobraría más vidas. Mientras esperaban a que llegaran las tropas desde el frente europeo, la ciencia hizo su aparición y puso punto final a la guerra de una manera rápida pero terrorífica.

Hacía mucho tiempo que los físicos sabían que el átomo no era un elemento indivisible e inmutable como creían los antiguos griegos. En realidad, las investigaciones encaminadas a resolver el problema de convertir la materia en energía, dividiendo el átomo, no habían avanzado más porque era difícil encontrar la cantidad de materia necesaria para llevar a cabo los experimentos. Como sabéis, estos se basaron principalmente en la fórmula que viajó de Alemania a Estados Unidos en la mente del científico Albert Einstein cuando se exilió.

Los aliados sabían que los nazis estaban invirtiendo mucho dinero en investigación atómica. Para dificultarles la tarea, los británicos sabotearon la planta de producción de agua pesada que éstos tenían

en la población noruega de Rjukan. Para científicos tales como Enrico Fermi, Lisa Meitner e incluso el propio Einstein, estaba claro que los primeros que descubrieran la manera de obtener energía atómica dispondrían de un arma muy peligrosa. El asunto era de vital importancia y así se hizo comprender al presidente Roosevelt, que autorizó la instalación secreta del laboratorio atómico de Oak Ridge, en el Estado de Tennessee, que acabaría convirtiéndose en toda una ciudad.

El día 16 de julio de 1945, el grupo de científicos británicos y estadounidenses que dirigían los experimentos se convirtieron en los primeros seres humanos que contemplaron una explosión atómica. El ensayo tuvo lugar en White Sands, desierto de Nuevo México. El 6 de agosto se produjo otra explosión, esta vez sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. En un único estallido devastador, la bomba destruyó tres quintas partes de la ciudad, mató a miles de personas e hirió a otras tantas. Tres días después se lanzó una bomba atómica aún más demoledora en Nagasaki.

Estos dos sucesos, junto con la declaración de guerra de la Unión Soviética a Japón y la simultánea invasión de Manchuria, pusieron a Japón de rodillas. Pactando primero la continuidad del emperador Hiro Hito, los japoneses se rindieron a bordo del acorazado estadounidense *Missouri*, que estaba anclado en la bahía de Tokio, el día 2 de septiembre de 1945.

La pesadilla de la guerra mundial se había acabado. Sin embargo, cuando los periodistas empezaron a relatar con detalle lo sucedido en Hiroshima y Nagasaki, la humanidad se dio cuenta de que había

empezado una nueva y preocupante era. Estaba claro que lo que Estados Unidos y Gran Bretaña habían descubierto no iba a poder ser mantenido en secreto para siempre. ¿Qué iba a ser del planeta ahora que el ser humano contaba con esa terrorífica fuerza? El mundo buscó la solución en las Naciones Unidas.

Capítulo 71

Las Naciones Unidas

Estados Unidos heredó el reinado e hizo de anfitrión en un gran experimento de relaciones internacionales

Oscar Wilde afirmaba con sarcasmo: «Mientras se considere que la guerra es diabólica, siempre provocará fascinación. Cuando se vea como algo vulgar, dejará de gustar». Si en vez de usar la palabra «vulgar» hubiera dicho «no rentable», aún se habría acercado más a la verdad. A los ejércitos no sólo los mueve el hambre, como dice el proverbio inglés, sino, sobre todo, la esperanza. La esperanza de hacerse con el premio para el vencedor: riquezas, territorios, una vida mejor o, irónicamente, la paz. Si se acaba con la esperanza, los ejércitos abandonan las armas.

El efecto destructor de la Primera Guerra Mundial parecía haberlo conseguido. Los más optimistas creían que era una «guerra para acabar con la guerra» y sostenían que otra carnicería industrial como aquélla no sería posible ni tampoco rentable para el vencedor. Pero el ser humano es un animal de costumbres y le cuesta aprender de sus errores. Dos décadas más tarde estalló otra guerra. Los países que la provocaron tenían la esperanza de obtener una victoria rápida, clara y provechosa. Sin embargo, fueron derrotados, sus ciudades quedaron en ruinas y sus arcas vacías. Claro que los vencedores perdieron lo mismo o más. Gran parte de la Unión Soviética quedó arrasada. China se derrumbaba por los conflictos internos. El Imperio británico se desmoronó, dejó de ser el rey del

mundo y le cedió el puesto a Estados Unidos. Para poder mantener a flote su economía y tener países con los que comerciar, este último tuvo que prestar ayuda financiera a antiguos aliados y enemigos por igual. (Esta ayuda pronto tendría otro objetivo casi más importante, que os explicaré después.)

La nube atómica, en forma de champiñón, que se formó sobre Nagasaki, consiguió algo más que acabar abruptamente con la «esfera de prosperidad asiática» con que soñaban los japoneses. Además, era como un dedo que señalaba al cielo para advertir al mundo que hacer la guerra con armas nucleares dejaba al vencedor sin botín. La única alternativa era inventar un nuevo tipo de arbitraje.

Incluso antes de que se lanzara la bomba atómica, Winston Churchill había sugerido a Estados Unidos, a la Commonwealth y a la Unión Soviética que se unieran para crear una organización sin precedentes en la historia, como lo había sido en su momento la creación de Estados Unidos de América. La necesidad de crear aquella organización era tan grande que la idea cuajó a pesar del fracaso de la Sociedad de Naciones.

Previendo que la guerra dejaría miseria y ruina por doquier, la Administración de Socorro y Rehabilitación de las Naciones Unidas se reunió por primera vez en Atlantic City en noviembre de 1943. En septiembre del año siguiente se volvió a reunir en Montreal. Esta organización, conocida por las siglas en inglés UNRRA, se convertiría en 1947 en la Organización Internacional para los

Refugiados (OIR) y, finalmente, en 1950, en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

En abril de 1944, la Conferencia de Ministros Aliados de Educación reunida en Londres propuso la creación de una Organización de las Naciones Unidas para la reconstrucción en materia de educación y de cultura. En julio de aquel mismo año, 44 estados participaron en la primera Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas, conocida con el nombre de Conferencia de Bretton Woods porque allí es donde tuvo lugar. El objetivo de esta conferencia era mejorar la situación económica mundial mediante la creación de dos instituciones: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), hoy conocido con el nombre de Banco Mundial.

Entonces, tras la Conferencia de Dumbarton Oaks (Washington D.C.), que acabó en el mes de octubre, los «cuatro grandes» hicieron público el proyecto de creación de una organización internacional que iba a llamarse Naciones Unidas. La propuesta recibió el apoyo de Churchill, Roosevelt y Stalin en Yalta y fue desarrollada en San Francisco en 1945. La Carta de las Naciones Unidas estableció la creación de una Asamblea general, en la que estarían representados todos los países amantes de la paz, así como de un Consejo de Seguridad compuesto de once miembros (quince en la actualidad), cinco de ellos permanentes (Estados Unidos, Reino Unido, la URSS, China y Francia) y otros seis escogidos por períodos de dos años. También se creó el Consejo Económico y Social (ECOSOC) y la Corte Internacional de Justicia. La secretaría realizaría el trabajo

administrativo, dirigida por el secretario general. La primera persona en ocupar este cargo fue el noruego Trygve Lie.

El sistema de votación que debían practicar los miembros del Consejo de Seguridad creó problemas desde el principio. Finalmente, en la Conferencia de Crimea se decidió que el voto negativo o «veto» de uno de los cinco miembros permanentes sería suficiente para bloquear cualquier decisión, excepto las que fueran de procedimiento.

Mediante un uso excesivo de su derecho a veto, pronto la Unión Soviética hizo gala de su hostilidad y desconfianza histórica hacia Occidente. Resultó evidente que la URSS no tenía muchas ganas de intentar solucionar los problemas de la posguerra. Es cierto que en 1943 había disuelto voluntariamente el Comintern (su organización de propaganda internacional) en señal de buena fe hacia las «demás democracias amigas», pero, en cambio, en las Naciones Unidas, los delegados soviéticos acusaban a sus antiguos aliados de practicar el «imperialismo económico» con el objetivo de enmascarar el creciente imperialismo soviético. De todas maneras, no se podía esconder lo evidente.

En la Conferencia de Potsdam se acordó la partición de Alemania y de Austria. Aunque las capitales de los dos países quedaron en la zona de influencia soviética, ambas fueron divididas en cuatro partes. Cuando la Unión Soviética impuso el «telón de acero» para separar su territorio del de las otras tres potencias ocupantes, el Reino Unido, Francia y Estados Unidos aún tenían bases militares en Viena y Berlín. Esto irritaba a la URSS. Para forzar a los aliados

a abandonar Berlín, en 1948 el Gobierno soviético bloqueó todo tipo de tráfico rodado, ferroviario y fluvial procedente del oeste. Los estadounidenses respondieron instaurando un puente aéreo entre Fráncfort y Berlín para abastecer de comida, carbón y otras necesidades básicas a los sectores francés, británico y estadounidense de la ciudad. La tensión fue aumentando durante un año y medio, el asunto llegó a las Naciones Unidas y, al final, la Unión Soviética alzó el bloqueo en mayo de 1949. En vez de retirarse de los países balcánicos que habían invadido, los soviéticos los acercaron a su órbita. En 1948, mediante un golpe de Estado planificado minuciosamente, consiguieron situar a Checoslovaquia tras el telón de acero.

En el resto de Europa, las tácticas coercitivas de la Unión Soviética tuvieron menos éxito. En Italia, el rey Víctor Manuel III abdicó en su hijo Humberto, el cual, a su vez, se inclinó ante el resultado de un referéndum celebrado en 1946 e Italia se convirtió en una república. Sobre aquel país hundido económica y anímicamente en el que reinaba el caos, planeaba el espectro de un golpe de Estado comunista. Pero el Programa de Reconstrucción Europea de Estados Unidos, más conocido con el nombre de Plan Marshall, empezó a dar sus primeros frutos. Este plan —ideado por el que había sido jefe del Estado mayor durante la guerra y secretario de Estado en época de paz, el general George Marshall— ofrecía ayuda económica a los países que no se encontraran bajo control comunista y se convirtió en la respuesta estadounidense a la expansión soviética. Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se erigió en

poderoso adalid de la causa por la libre determinación de los pueblos y, lógicamente, en defensor de los países que resistían la dominación totalitaria.

La política estadounidense de contención soviética también ayudó a frenar la expansión de la influencia comunista en Francia. Tras el gran avance del Partido Comunista Francés en las elecciones generales de 1946, el país se encontraba en estado de agitación. Durante unos años se sucedieron todo tipo de gobiernos. Aun así se consiguió crear el Consejo de Europa, compuesto en un principio por los países del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo), Francia, Italia, Reino Unido, Irlanda y los tres reinos escandinavos. Gracias al Plan Marshall, en 1950 Francia se encontraba en una situación suficientemente estable como para no temer al comunismo y puso en marcha el Plan Schuman, que tenía como objetivo la integración de la producción europea de carbón y acero y que llevaría a la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, precursora de la Unión Europea, en 1952. Gran Bretaña fue invitada a formar parte de esta comunidad, pero prefirió mantenerse al margen.

En uno de los países balcánicos, Stalin encontró una resistencia inesperada. Al principio parecía que Yugoslavia, al mando del mariscal Tito, líder de la guerrilla partisana durante la guerra, aceptaba convertirse en otro satélite soviético. Pero, de repente, en 1948, Tito se alejó de la doctrina oficial y se proclamó dictador comunista de la República de Yugoslavia sin el beneplácito de la Unión Soviética. Aunque Tito no pidió abiertamente apoyo a las

potencias occidentales, estas acogieron favorablemente la brecha que había abierto en el telón de acero y, a finales de 1950, Yugoslavia recibió una cuantiosa ayuda monetaria de Estados Unidos a través del Plan Marshall.

Grecia fue el único país europeo en el que la liberación no condujo a la paz. Cuando los británicos vencieron al invasor nazi en 1944, las fuerzas de resistencia comunistas atacaron a los libertadores para impedir la restauración de la monarquía. En 1946 se celebró un plebiscito que decidió la vuelta del rey Jorge II y, entonces, las guerrillas antimonárquicas, apoyadas por comunistas que se infiltraban en el país por el norte, intensificaron las protestas. Tras la muerte de Jorge II en 1947, su hermano Pablo I subió al trono. Ese mismo año, Estados Unidos concedió a Grecia 300 millones de dólares de ayuda. Y los pertrechos suministrados por Estados Unidos permitieron a las fuerzas griegas imponer la paz en 1949.

Los sionistas insistían en la creación de un Estado judío independiente en Palestina, y la recién creada Liga Árabe amenazaba con responder con las armas, así que en abril de 1947 el Reino Unido decidió adjudicar el problema a las Naciones Unidas. El 15 de mayo de 1949 finalizó el mandato británico sobre Palestina, y los sionistas proclamaron el nuevo Estado de Israel. Inmediatamente estalló la guerra, pero la Liga Árabe no era rival para las fuerzas israelíes. Bajo la mediación del sueco Bernadotte, conde de Folke, el mismo hombre que había hecho de intermediario en la rendición de los alemanes en 1945, se declaró una tregua temporal. A pesar de que Bernadotte fue asesinado por un

extremista israelí, el estadounidense Ralph Bunche, que lo sucedió en el puesto, consiguió que Israel y Egipto firmaran un armisticio. Por primera vez en dos mil años de historia, el pueblo judío tenía nación y bandera propia. En 1949, Israel fue aceptado en las Naciones Unidas.

En India también hacía tiempo que había florecido el nacionalismo. Una de las condiciones que los indios habían impuesto a los británicos, a cambio de su participación en la guerra contra Japón, era que se les otorgara la independencia al terminar la guerra. Además, la Liga Musulmana de Mohammed Alí Jinnah pedía la creación del Estado musulmán de Pakistán. Los hindúes se oponían con firmeza a la partición y el Reino Unido era cada vez más reacio a tomar partido. La situación llegó a su punto álgido cuando, a principios de 1947, los británicos anunciaron la transferencia inmediata de la autoridad a «manos indias responsables» e instó a hindúes y musulmanes a llegar a un acuerdo. A pesar de que el territorio de las Indias Británicas se dividió en dos Estados, Pakistán e India, cuando los británicos se retiraron en agosto de 1949 hubo revueltas religiosas y un gran baño de sangre. Mahatma Gandhi, el abogado hindú cuya doctrina de «resistencia pasiva» había contribuido enormemente a la independencia de India, fue asesinado en 1948. Su discípulo, Pandit Jawaharlal Nehru, puso a India en una posición de fuerza en Asia. Tanto India como Pakistán ingresaron en las Naciones Unidas.

El lema de guerra japonés «Asia para los asiáticos» encontró un eco nacionalista por todo Oriente. Estados Unidos cumplió su promesa

y otorgó la independencia a Filipinas en 1947. En las Indias Holandesas se produjo un levantamiento que acabó con la creación, a través de la intervención de la ONU, de los Estados Unidos de Indonesia. Los británicos tuvieron que enfrentarse a rebeliones similares en Birmania y Malasia. Y en la jungla de Indochina los franceses se vieron envueltos en una auténtica guerra contra las guerrillas bien armadas de la provincia de Vietnam.

No fue casualidad que todas aquellas insurrecciones llevaran un sello comunista parecido. La expansión de la influencia soviética, que en Europa estaba temporalmente controlada, encontró el terreno abonado en Oriente por la explotación a la cual sometían los imperialistas a los nativos. Aunque quizá éstos debían a Occidente mejoras en los ámbitos de la atención médica y la educación, en su entusiasmo por liberarse no se percataron de que, cambiando una forma de opresión por otra, perdían más de lo que ganaban.

El ejemplo más trágico tuvo lugar en China. La guerra contra Japón había aplacado temporalmente las antiguas disputas políticas, pero, en cuanto terminó, volvieron a surgir. El Gobierno reaccionario y dictatorial de Chiang Kai-shek necesitaba el apoyo de sus aliados en Occidente para mantenerse en el poder y, justamente, le falló en un momento crucial. En octubre de 1945, los comunistas del veterano Mao Tse-Tung, apoyados por la Unión Soviética, atacaron a las fuerzas nacionalistas. Chiang Kai-shek pidió ayuda a Estados Unidos, pero no le hicieron caso. Se vio obligado a ceder terreno y, finalmente, en enero de 1949, dimitió y huyó a Taiwan. Allí se dedicó a reunir la mayor fuerza anticomunista de toda Asia.

En cuanto se hicieron con el control de la China continental, los comunistas establecieron la nueva capital en Pekín. Poco después invadieron el Tíbet. India, que hasta entonces había visto con buenos ojos a Mao Tse-Tung, empezó a preocuparse. En la Indochina Francesa, la ayuda comunista a las tropas vietminh obligó a los franceses a retirarse de las posiciones fronterizas. En este contexto turbulento estalló la guerra de Corea.

En Yalta se había acordado que Corea quedaría dividida por el paralelo 38 en dos zonas; el Norte lo ocuparía la Unión Soviética y el Sur Estados Unidos. Las tensiones entre las dos potencias rivales quedaron patentes en las revueltas que hubo durante las elecciones de 1946 y 1948 en la zona estadounidense. Tras la creación de la República Democrática de Corea en el Sur, ambos lados se movilizaron. Los surcoreanos con la ayuda del ejército de Estados Unidos, los norcoreanos con ayuda soviética. El 25 de junio de 1950, el ejército norcoreano cruzó el paralelo 38 sin previo aviso ni provocación. Los surcoreanos, tomados por sorpresa, se replegaron. Por primera vez, un ejército con bandera de las Naciones Unidas salió al campo de batalla. El general MacArthur fue el encargado de comandar las fuerzas de la ONU usando Japón como base.

A las tropas que Estados Unidos tenía en Corea se incorporaron con velocidad sorprendente otros contingentes provenientes de Japón y Estados Unidos. Pronto se les unieron otras divisiones enviadas por Inglaterra, Australia, Canadá, Filipinas, Francia y Turquía. Las fuerzas de la ONU hicieron retroceder a los coreanos del Norte hasta el paralelo 38 y alcanzaron la frontera de Manchuria en noviembre

de 1950. Entonces intervino la China comunista. Ampliamente superados en número, los soldados de la ONU tuvieron que replegarse y volver a la ciudad de Hungnam, en cuyo puerto se produjo la mayor evacuación de tropas que se había visto desde Dunkerque. La operación fue llevada a cabo con éxito y los soldados se desplazaron hacia el sur de la península, donde se mantuvieron listos para volver al ataque. El severo invierno coreano afectó a las tropas chinas aún más que a la ONU y, en primavera, los chinos se retiraron hacia el norte.

Estados Unidos se percató de que bastaba un alarde de fuerza para que la Unión Soviética desistiera de cometer nuevas agresiones y puso en marcha un programa de movilización y producción armamentística a gran escala. Al mismo tiempo se comprometió a apoyar a los 12 países europeos que habían firmado el Tratado del Atlántico Norte en 1949 y a cooperar con ellos. Pero la propuesta estadounidense de rearmar Alemania Occidental topó con la oposición frontal de Francia. Por su parte, Konrad Adenauer, canciller de la recién formada República de Bonn, aprovechó la posición de fuerza de su país para insistir en que el rearme fuera acompañado de un tratamiento en pie de igualdad para la República Federal de Alemania en relación con los firmantes.

Así, el 19 de diciembre de 1950, los 12 países del Pacto Atlántico se reunieron en Bruselas y nombraron al general Dwight Eisenhower comandante en jefe del ejército de Europa occidental.

Capítulo 72

Una paz turbulenta.

Cómo empezó la Guerra Fría en Europa a la vez que estallaban conflictos armados en otras tierras.

La guerra de Corea no acabó como lo suelen hacer las guerras, es decir, con una declaración de victoria y la firma de un acuerdo de paz. Después de muchos meses de lucha armada entre las tropas de la ONU y las fuerzas comunistas, el 5 de julio de 1951 se empezó a negociar el armisticio. Las conversaciones se prolongaron durante más de dos años, mientras en el terreno la lucha continuaba de manera intermitente. El escollo más importante era la repatriación de los prisioneros. Los representantes de las Naciones Unidas pedían que se aplicara un programa de repatriación voluntaria, pero los coreanos del norte insistían en que todos los prisioneros tenían que regresar a sus países de origen. Ello habría comportado la ejecución de miles de personas que no comulgaban con el régimen comunista norcoreano. Al final se llegó a un compromiso y, el 27 de julio de 1953, se firmó un armisticio por el cual se revertía la situación política al estado previo a la agresión.

Aquella guerra fue muy impopular en Estados Unidos —país que había aportado la mayoría de los soldados de las fuerzas de la ONU— y muy costosa: se habían gastado miles de millones de dólares y habían muerto casi dos millones de hombres. ¿Qué se había conseguido? Por primera vez en la historia, unas fuerzas armadas internacionales habían logrado detener una ofensiva

militar contra un país pacífico. Las Naciones Unidas habían pasado la prueba de fuego. Pero, para la numerosa población de Asia, lo que había sucedido era aún más importante. Los millones de asiáticos, que habían estado sometidos al yugo de los europeos durante siglos, vieron cómo una China emergente plantaba cara al imperialismo estadounidense en el Lejano Oriente. La potencia oriental que había estado dormida durante siglos por fin despertaba. Para bueno o para malo, de las cenizas de la guerra de Corea había aparecido una nueva fuerza en la escena política mundial y las cosas ya nunca serían como antes. Hoy la nación de Corea sigue dividida y constituye un área potencialmente peligrosa en la que nunca se ha podido llegar a un acuerdo de paz duradero.

Mientras en Corea continuaba la batalla a lo largo del paralelo 38, los países que habían creado la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) pusieron en marcha sus planes para proteger Europa occidental del ataque de los comunistas. A los 12 primeros firmantes del pacto (Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Portugal, Reino Unido y Estados Unidos) se unieron, en 1954, Grecia, Turquía y Alemania Occidental. La guerra de Corea había acentuado el temor de Estados Unidos a una posible expansión de la Unión Soviética y abogaron por el rearme de Alemania Occidental. Sin embargo, los franceses se mostraban inquietos ante la posibilidad de que el país que los había conquistado se armara de nuevo; asimismo, mostraron descontento ante el tímido compromiso británico con la organización. A pesar de todas estas diferencias internas, la Unión

Europea occidental se hizo realidad en 1954 para mostrar la oposición de los países occidentales a la expansión de la URSS. Los soviéticos, alarmados, contraatacaron en 1955 creando la Organización del Pacto de Varsovia con la intención de emular la acción de los occidentales. Los ocho miembros del Pacto de Varsovia (Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Hungría, Polonia, Rumania y la Unión Soviética) mostraron considerables diferencias de opinión y tensiones internas en los ámbitos político, económico e ideológico. Pero, a pesar de que existían desacuerdos entre los miembros de cada uno de los grupos, Europa volvía a estar dividida en dos grupos como tantas otras veces en la historia. Afortunadamente, empezaron a actuar otras fuerzas que poco a poco socavaron el sistema de los dos bloques enfrentados.

El 10 de agosto de 1952 se puso en marcha la propuesta de los franceses Jean Monnet y Robert Schuman. Como resultado del Plan Schuman, seis países industrializados (Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo, Holanda y la República Federal de Alemania) crearon la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA). La cooperación fue positiva y las estructuras de la CECA sirvieron de base para la fundación de otras organizaciones. El 1 de enero de 1958 se constituyó la Comunidad Económica Europea o Mercado Común. Los objetivos de esta organización eran aumentar la actividad económica en la zona mediante la supresión de los aranceles y establecer la libre circulación de trabajadores y capital, todo ello con la esperanza de que, a través de la cooperación económica, quizá se consiguiese una mayor integración política. La

organización fue todo un éxito, a pesar de que Francia bloqueó diversas veces la entrada a la misma de Gran Bretaña, país que no fue admitido hasta 1971. Vemos, pues, que mediante la cooperación económica, Europa aboga por que las naciones olviden sus diferencias y se unan en una causa común.

Sólo veinte años después de que terminara la más terrible de las guerras, Europa —en gran parte gracias a la ayuda de Estados Unidos— gozaba de la mayor prosperidad de su historia. Sin embargo, la unión política estaba lejos y el continente tenía que convivir con la rivalidad entre la Unión Soviética y Estados Unidos, que podía hacer estallar una guerra en cualquier momento. Aun así, Europa occidental era más optimista y más consciente de sus responsabilidades y oportunidades que nunca. Los autócratas del siglo XIX, como Napoleón I y el zar Alejandro I, habían soñado con unir Europa a través de sus conquistas, pero no lo consiguieron. Ahora cabía la posibilidad de que los políticos del siglo XX, elegidos por el pueblo y responsables ante éste, lograran lo que no habían podido hacer sus predecesores. ¿Quién osaría comparar a Robert Schuman con el gran corso? Pues bien, quizá el día en que exista algo parecido a unos Estados Unidos de Europa, el primero no sea tan famoso como el segundo. Cosas más extrañas se han visto.

Dicen que en la tumba de Timur Lang, kan de los tártaros (más conocido con el nombre de Tamerlán), se puede leer la siguiente inscripción: «Si estuviera vivo, temblarías de miedo». El epitafio nos muestra el terror que este hombre inspiraba a sus contemporáneos. Pocos son los que a lo largo de la historia han usado el miedo de

manera tan efectiva como Tamerlán. Uno de ellos fue Iósif Vissanónovich Dzhugashvili, más conocido por el nombre de Stalin u «hombre de acero». Nació en una población de Georgia cercana al mar Negro y estudiaba teología. Acabó siendo el terror de millones de personas. Sus treinta años como dirigente todopoderoso de la URSS finalizaron el día 5 de marzo de 1953, fecha en que murió en extrañas circunstancias, aunque pocos fueron los que lloraron su muerte. Una vez bien enterrado, se produjeron las clásicas luchas de poder y Gueorgui Malenkov se hizo con el mando de la Unión Soviética. Desde aquel momento, la actitud de este país hacia Occidente, y en especial hacia Estados Unidos, se caracterizó por cambios repentinos en la política exterior, que, aunque confusos e irritantes, supusieron una mejora respecto a la rigidez de Stalin. Es cierto que el mundo siguió tenso, pero hay que reconocer que el peligro amainó y se empezó a entrever la posibilidad de que algún día el terror fuera reemplazado por la «coexistencia pacífica». Aunque la Unión Soviética no hiciera grandes concesiones a Occidente tras poner fin a la Guerra Fría, fue una muestra de que los soviéticos ya no seguían la línea «dura» de Stalin, quien sostenía que la guerra entre Occidente y ellos era inevitable. Parece ser que los soviéticos empezaron a creer que podían conquistar el mundo por medios pacíficos y lo intentaban con maniobras políticas y económicas, en lugar de militares.

Malenkov, que se concentró en aumentar el flujo de bienes de consumo que llegaba al pueblo soviético a expensas de la producción armamentística, fue expulsado el 8 de febrero de 1955

porque dicha política no contaba con el favor de algunos de los altos cargos del Partido Comunista. Lo sucedió Nikolái Bulganin, mariscal del ejército soviético y, posteriormente, Nikita Jruschov, un funcionario del partido que acabaría convirtiéndose en una de las figuras políticas más destacadas del siglo XX. Bulganin, un hombre algo gris, fue poco a poco desplazado del poder por el astuto Jruschov, quien fue presidente de la URSS hasta que lo destituyeron en 1964. Cabe destacar que ni Malenkov ni Bulganin fueron ejecutados. Simplemente fueron «destituidos». Y esto es representativo del gran cambio que se produjo en la Unión Soviética tras la muerte de Stalin. Jruschov ocupó el centro de la escena mundial durante casi una década y desempeñó un papel verdaderamente memorable, aunque a veces algo inverosímil. A pesar de sus errores y su idiosincrasia, al final de su mandato las relaciones entre la URSS y Occidente eran mucho mejores de lo que jamás habrían podido ser con Stalin. Quizá Jruschov comprendió que las posturas rígidas no son las más exitosas, algo que sí creía Stalin. O tal vez estaba convencido de que el sistema comunista podía superar al capitalista en competencia abierta. La verdad es que no sabemos a ciencia cierta qué pensaba. Probablemente actuaba por otros motivos que se nos escapan.

La primera fisura en el monolito comunista apareció en 1948 con la desviación de Tito. El 28 de junio de aquel año, Yugoslavia fue expulsada del Cominform y con ello quedó claro que, en el bloque comunista, no todo funcionaba bien. Moscú pretendía convertirse en una reina indiscutible a quienes todos debieran lealtad suprema,

lo que provocaba el descontento de quienes albergaban sentimientos nacionalistas. El 17 de junio de 1953, los trabajadores de Berlín Este protestaron en contra de las condiciones de vida que tenían que soportar. Era evidente, y ellos lo veían con sus propios ojos, que la vida en Berlín Oeste, ocupado por los occidentales, era mucho mejor a la que llevaban ellos en Berlín Este, ocupado por los soviéticos. En el Oeste, los alemanes, con la ayuda de Estados Unidos, habían realizado el milagro de reconstruir la ciudad en ruinas y gozaban de un nivel de vida igual al de cualquier otro país europeo, así que Berlín Oeste era un faro de luz en las tinieblas de la República Democrática Alemana. Los habitantes de Berlín Este se daban cuenta de que su existencia era gris y rutinaria en comparación con la de los habitantes de Berlín Oeste, por lo que el descontento era general. Empezó a haber revueltas. Durante unos días, el mundo quedó atónito ante las escenas de violencia procedentes de Berlín en las que se veía a la juventud alemana luchando a pedradas contra los tanques soviéticos. Inevitablemente, al final, los tanques ganaron la batalla y pronto volvió a reinar el orden en la ciudad, aunque no la satisfacción. El 28 de junio de 1956, de nuevo se produjeron disturbios, esta vez en la ciudad polaca de Poznan. El resentimiento contra la ocupación soviética, junto a las protestas de la Iglesia católica por la interferencia del Estado en materia religiosa, crearon una situación explosiva. Tras una serie de manifestaciones virulentas se llegó a una tregua inestable, y Polonia permaneció dentro de la órbita soviética, aunque poco a poco creó lazos con Occidente. Estas dificultades de

los soviéticos con sus satélites no fueron nada en comparación con la insurrección que se inició en Budapest el día 24 de octubre de 1956. Miles de húngaros, encabezados por Imre Nagy, participaron en un alzamiento nacional en contra de la dominación soviética. Los revolucionarios echaron a los títeres soviéticos y tomaron el poder ante un mundo cada vez más sorprendido. El ejército de ocupación soviético se había retirado para observar cómo progresaba la sublevación y poder determinar si la policía y el ejército húngaro podían reprimirla sin necesidad de ayuda externa. Pero, el día 4 de noviembre, el Ejército Rojo decidió tomar partido, así que volvió a Budapest y sofocó la revuelta. Miles de húngaros murieron y otros tantos miles fueron encarcelados, llevados a campos de concentración o deportados a Siberia. Casi doscientos cincuenta mil húngaros tuvieron que huir de su tierra para refugiarse en otros países. Aunque el levantamiento no triunfara, mostró claramente el alto grado de insatisfacción del pueblo en los países satélites y muchos empezaron a preguntarse si los títeres que gobernaban Europa del Este no dejarían de ser joyas resplandecientes en el collar de los soviéticos para convertirse en lastres. Asimismo, aquella revuelta puso de manifiesto las limitaciones de la nueva política de «coexistencia pacífica» del Kremlin. Jruschovno había intervenido directamente cuando el antiestalinista Wladislaw Gomulka había llegado al poder, como consecuencia de las revueltas polacas, porque creía que se debían al nacionalismo y el deseo de independencia de los polacos, y vio en Gomulka una alternativa a la intervención armada. Pero el caso de Hungría era

diferente. Allí amenazaban con derrocar el régimen comunista y los soviéticos descargaron toda su ira. Gomulka permaneció en el poder hasta las huelgas de 1970, y Nagy fue asesinado a traición. Así que, aunque la Unión Soviética tuviera problemas con sus satélites, nadie conseguía desafiar con éxito el régimen comunista. Yugoslavia continuó siendo un país comunista «neutral», es decir, no alineado, y mantuvo una forma de comunismo nacional precario. Albania dejó de ser portavoz de la China comunista y siguió aislada. Polonia, un país profundamente católico, fue el primer Estado comunista en reconocer legalmente el Mercado Común. Rumania mantenía unas relaciones económicas más estrechas con Francia que con sus vecinos, etcétera. Aunque nadie podía vivir a la sombra del Ejército Rojo y, a la vez, permanecer inmune a la influencia soviética, lo que sucedió en los países satélites de la URSS muestra que ni la más firme adherencia a los principios del marxismo puede ahogar completamente la libertad de pensamiento que hace del ser humano un animal superior.

La Unión Soviética no era el único centro comunista. Como hemos dicho antes, China empezó a desempeñar un papel cada vez más importante en la escena internacional desde que Chiang Kai-shek se refugió en Formosa a finales de 1949. Ni los déspotas de la antigüedad ni los dictadores modernos habían conseguido controlar al pueblo chino de la manera en la que lo hicieron Mao y sus seguidores. Los lazos familiares, tan relevantes en la civilización china, fueron prácticamente anulados y sustituidos por una lealtad ciega al Estado. El programa de conversión al comunismo, que

instauró el Gobierno chino, hizo palidecer al programa soviético instaurado veinticinco años antes. China influía cada vez más en la política asiática. La intervención en la guerra de Corea sólo había sido el primer paso. En 1951 invadió el Tíbet, cuyo territorio reclamaba desde hacía mucho tiempo, y aplastó a su población. En 1959 se anexó territorio indio, operación que repitió en 1962. Millones de personas de países subdesarrollados, que habían sufrido la agresión del hombre blanco, aceptaron e incluso aplaudieron acciones similares del Gobierno chino. Para esas personas, la revolución china, que perseguía la liberación de los campesinos —a diferencia de la soviética, que ponía el acento sobre el proletariado—, tenía un atractivo considerable. Las creencias y las acciones de Mao colmaban sus necesidades y deseos, o eso hacían creer. China se convirtió en uno de los países líderes de la política mundial, por detrás de la Unión Soviética y Estados Unidos. Este aumento de importancia fue acompañado de un gran sufrimiento. Ciudades enteras se tuvieron que trasladar o recrearse, las familias quedaron desarraigadas y todo ello sin respeto alguno por los sentimientos humanos. La oposición interna al régimen era castigada con la muerte. En 1958, Mao admitió haber suprimido a ochocientos mil «enemigos de la revolución», pero la ONU estimó que el número de muertes reales debía de ser muy superior. En 1956, Mao dio un discurso muy celebrado y una de sus frases se hizo muy conocida: «Que se abran 100 flores y rivalicen 100 escuelas de pensamiento». Mao no imaginó que los chinos usarían la nueva libertad de pensamiento para denunciar los excesos de su régimen.

Cuando vio lo que sucedía, volvió a instaurar los antiguos límites y nadie se atrevió a tocarlos. China tuvo que superar muchos obstáculos y contrariedades, pero consiguió rehacer su imagen. Aquella nación inestable se convirtió en un gigante, un gigante con enormes dificultades. El país adoptó una postura antioccidental fanática, especialmente durante la revolución cultural, a finales de los años sesenta. Diversos incidentes mostraron que entre China y la Unión Soviética existían serias diferencias. En 1956 se vio que las relaciones entre ellos no iban bien. Además de las diferencias ideológicas que los separaban y que ya hemos comentado, los dos gigantes rojos rivalizaban por liderar el mundo comunista. China creía que la guerra atómica contra Occidente era inevitable, algo que los rusos no estaban dispuestos a aceptar, ya que habría puesto en peligro el progreso industrial que tanto esfuerzo les había costado. Se produjeron incidentes en la frontera que separa los dos países y parecía que se iba a producir un alejamiento total entre los dos líderes comunistas, pero nadie podía predecir si eso habría sido para bien o para mal. Por otra parte, en China vivía un quinto de la población mundial y el país se había embarcado en un rápido proceso de industrialización. Gracias a sus recursos prácticamente ilimitados de mano de obra y materias primas, estaba claro que en un futuro no muy lejano iba a convertirse en una gran potencia. A pesar de lo que sufrió el país por los excesos de la campaña del «gran salto adelante», nombre que dieron a su revolución industrial de 1958, los chinos consiguieron avanzar en el terreno industrial y hasta producir armas nucleares.

Aunque China entró en la ONU en 1971, su destino sigue siendo incierto. Lo único que sabemos es que este gran país está vivo y que desempeñará un papel fundamental en el futuro de la humanidad.

Paralelamente, en Extremo Oriente resurgía otra potencia. El daño que sufrió Japón durante la derrota total —simbolizado por las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki— fue «reparado» bajo la firme dirección del general MacArthur. El emperador nipón renunció a su estatus «divino», Mitsubishi y otras grandes dinastías empresariales quedaron desarticuladas y entró en vigor una nueva Constitución que permitía la creación de instituciones políticas democráticas y de poderosos sindicatos. Japón pasó por una etapa de democratización al principio inestable, pero, con el tiempo, la democracia se consolidó.

Gracias a la cooperación con Occidente, empezó a caminar a pasos agigantados hacia la recuperación y la expansión económica. Los japoneses, inteligentes y trabajadores, produjeron bienes que luego vendían en todo el mundo y así sucedió el «milagro económico japonés». Tokio se convirtió en la ciudad más poblada del planeta, y el país pasó a ser un lugar en el que las tradiciones ancestrales se entremezclaban con la modernidad. La flor del cerezo, el quimono y los templos sintoístas convivían con el bosque de antenas de televisión que había aparecido por encima de los tejados de las extrañas casas japonesas. Las estrechas calles quedaron saturadas de coches. Carteles publicitarios y rótulos de neón anunciaban todo tipo de productos, desde la última película de Hollywood hasta el modelo más moderno de automóvil japonés, acabado de salir de la

cadena de montaje de Toyota. Japoneses vestidos con vaqueros tocaban la guitarra en los locales nocturnos, y los más modernos almacenes de Ginza, el barrio comercial de Tokio, exponían corbatas inglesas y ropa francesa.

Quizá los cambios más importantes se dieron en la vida social. La mujer empezó a desempeñar un papel más relevante en los negocios, la educación y la vida política. La figura del patriarca dio paso a la familia democrática. Tal vez aquellas transformaciones culturales fueron el principio del fin de los viejos valores militares, que los japoneses habían heredado de su época feudal.

Desde la capitulación de las potencias del eje en 1945, Estados Unidos ha sido la primera potencia mundial de manera indiscutible. Sólo la Unión Soviética se atrevió a desafiar su poder militar en todos estos años. Los ciudadanos de la nación más próspera que jamás haya existido —se reparten un tercio de la riqueza mundial cuando no representan más de una veintava parte de la población total— siguen el lema de proteger un mundo libre. La participación de Estados Unidos en la guerra de Corea mostró su determinación a cumplir con las exigencias del papel. El viejo espíritu de aislamiento, o neutralidad, desapareció para siempre. En 1949, el país había participado en la creación de la OTAN como muro de defensa contra la expansión soviética en Europa y, con ello, se comprometió a mantenerse permanentemente involucrado en los asuntos europeos. El día 8 de septiembre de 1954 adquirió un compromiso similar con Asia al crear la Organización del Tratado del Sureste de Asia (OTASE). El acuerdo constitutivo de la

organización, conocido también con el nombre de Tratado de Manila, fue firmado por Australia, Francia, Inglaterra, Nueva Zelanda, Pakistán, Filipinas y Estados Unidos en calidad de miembros. La firma se produjo sólo un año después de que el conservador Dwight Eisenhower accediera a la presidencia estadounidense, sustituyendo a Harry Truman, y fue señal de que no se había producido ningún cambio fundamental en la política exterior del país. Eisenhower se encontraba en una posición de fuerza militar extrema porque, el 1 de noviembre de 1952, había añadido a su arsenal la bomba de hidrógeno, la más poderosa de todas las armas. El nuevo presidente siguió con la política de contención del comunismo que su predecesor había inaugurado, la llamada doctrina Truman. En 1955 firmó un pacto que garantizaba la seguridad de Formosa y, el 5 de enero de 1957, anunció un programa para combatir los avances comunistas en Oriente Próximo (la doctrina Eisenhower). A la vez que ponía en marcha todas estas iniciativas destinadas a contener el comunismo, Eisenhower también intentaba mejorar las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En verano de 1955 se reunió «al más alto nivel» con los líderes de este país en Ginebra. Más tarde, en 1959, recibió a Nikita Jruschov—primer dirigente soviético que se reunió en Estados Unidos—, visita que sería devuelta por el vicepresidente Richard Nixon. El resultado de esta aproximación fue crear un clima de entendimiento que duró hasta el 5 de mayo de 1960, día en que un avión de reconocimiento estadounidense fue derribado en un territorio adentrado de la Unión Soviética (el

llamado «incidente del U-2»). La manera en que la Administración estadounidense condujo el asunto hizo perder prestigio al país: Estados Unidos alegó que sólo se trataba de un avión que recogía datos atmosféricos que se había perdido, con lo que el astuto Jruschov pudo explotar a sus anchas el burdo intento de esconder la verdad. A Estados Unidos no se le pasó la vergüenza hasta octubre de 1962, cuando el presidente John F. Kennedy instauró un bloqueo naval a Cuba para evitar que el Gobierno soviético proporcionara misiles «ofensivos» al líder de la revolución cubana, Fidel Castro. Kennedy condujo aquel asunto tan espinoso de manera resuelta y valiente, lo que le valió la admiración y la confianza del mundo. Desgraciadamente, el presidente Kennedy fue asesinado el 22 de noviembre de 1963 y la presidencia recayó en Lyndon B. Johnson.

En 1956 sólo había tres Estados independientes en el continente africano al sur del Sahara: Liberia, Etiopía y la Unión de Sudáfrica. Diez años después eran 37. La entrada de África en el escenario internacional ha tenido una importancia vital. La palabra *uhuru*, que en swahili significa «libertad» o «independencia», empezó a resonar por todo el continente tras la revuelta de Mau-Mau (1952-1956) en la colonia británica de Kenya. El primer país en liberarse fue otra colonia británica, la llamada Costa de Oro, que accedió a la independencia con el nombre de Ghana el 6 de marzo de 1957. Pronto la siguieron Guinea, Nigeria, Gabón, Costa de Marfil y otros 30. Algunos países hicieron la transición con relativa tranquilidad, por ejemplo, la mayoría de las colonias británicas en las que se

había fomentado la participación de los nativos en el Gobierno. Pero en otros no fue así, como en el Congo Belga, que se independizó el 1 de julio de 1960. En pocas horas se produjo un alzamiento armado que condujo a la anarquía y a la atrocidad. Los europeos huyeron para salvar el pellejo, y Naciones Unidas tuvo que enviar un contingente, compuesto en su mayor parte de soldados africanos, para evitar una guerra civil de consecuencias terribles. Aun así, el Gobierno congoleño era tan frágil e inepto, y las divisiones tribales estaban tan arraigadas, que las tensiones se prolongaron durante años. La experiencia del Congo Belga (hoy República Democrática del Congo) mostró que los nuevos países carecían de muchas de las cualidades de gobierno que proporcionan estabilidad política y económica, unas cualidades que tardarán años en adquirir. Los nuevos países de África están marcados por los enfrentamientos tribales y religiosos, y además en ocasiones carecen de dirigentes bien formados y responsables. Desgraciadamente, algunos aventureros de la política provistos de carisma —esa atracción indefinible que impulsó al abuelo de Hendrik van Loon a olvidar el odio de los holandeses por los franceses y a seguir a Napoleón— han causado gran daño a sus países con sus acciones desafiantes o desafortunadas. Excelentes ejemplos de ello son Kwame Nkrumah, el dictatorial primer ministro que tuvo Ghana, y Patrice Lumumba, el inestable izquierdista que dirigió el Congo hasta que lo secuestraron y asesinaron seis meses después de que el país obtuviera la independencia. Los líderes más clarividentes intentaron construir una África confederada y, aunque los obstáculos que tal

proyecto debía afrontar fueran enormes, se puso la primera piedra. En 1961 se creó la Unión Africana y Malgache con el propósito de promover la unidad africana. Este organismo fue sucedido por la Organización para la Unidad Africana en 1963. Estas organizaciones tenían como finalidad la promoción de la unidad y el desarrollo de África, así como la erradicación de las trazas de colonialismo europeo en el continente. Sin embargo, África se convirtió en un nido de dictaduras, corrupción e ineficacia: la herencia de un colonialismo más interesado en los beneficios económicos que en el avance social y cultural de los pueblos. El mundo empezó a preocuparse por los africanos. Líderes como Julius Nyerere de Tanzania instaron a los africanos a sentirse orgullosos de su patrimonio cultural, y muchos empezaron a interesarse por los problemas raciales de Estados Unidos y a luchar por los derechos civiles de los afroamericanos. No sería exagerado decir que los avances que allí se producían eran seguidos muy de cerca por los habitantes de lugares tan distantes como Nairobi, Lagos o Conakry. Tampoco lo sería afirmar que, el conflicto racial en Estados Unidos, pudo haber sido determinante en la lucha entre este país y la Unión Soviética por el favor político de la África negra. Pase lo que pase en África, sólo cabe esperar que los pueblos africanos opten por avanzar, mediante programas prudentes a largo plazo, y no sean de nuevo víctimas de planes utópicos propuestos por líderes que actúan en interés propio.

Por encima del Sahara también había problemas. Los árabes palestinos, que poblaban las tierras en las que se instaló Israel,

tuvieron que refugiarse en la franja de Gaza (a orillas del Mediterráneo) o en Cisjordania (la orilla oeste del río Jordán). Aquellos desplazados, que vivían en condiciones infrahumanas en campos de refugiados, deseaban volver a casa y por ello planeaban la destrucción de Israel, algo que, por supuesto, preocupaba enormemente a los israelíes. Los países árabes no reconocían el nuevo Estado de Israel y prometieron devolver a los judíos al mar. Egipto —que de 1958 a 1961 estuvo unido a Siria formando la República Árabe Unida—asumió el mando de los países árabes. El hombre que condujo a Egipto en aquella aventura fue Gamal Abdel Nasser, uno de los cabecillas del golpe de Estado de 1952 que acabó con el reinado corrupto del infame Faruk I.

La primera guerra árabe-israelí (1948) acabó gracias a la intervención de las Naciones Unidas, pero el conflicto siguió latente. Con el beneplácito de Egipto, el Reino Unido había controlado el canal de Suez durante muchos años hasta que, en 1956, las tropas británicas se retiraron del lugar. Entonces Nasser nacionalizó el canal y lo cerró al tráfico israelí. Israel, apoyado por tropas británicas y francesas, envió a su ejército, invadió la zona y volvió a abrir el canal. Las Naciones Unidas se reunieron y, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética, apoyaron la condena de la ONU a las acciones militares, así que Gran Bretaña, Francia e Israel retiraron sus fuerzas. Para recompensar el hecho de que Israel hubiera accedido a volver a sus antiguas fronteras, Estados Unidos se comprometió a garantizar el paso de los barcos israelíes al mar Rojo a través del hasta entonces bloqueado estrecho de Tirán.

Nasser fue el líder indiscutible de los árabes hasta su muerte, en 1970. En 1956 había conseguido acabar con el control extranjero del canal de Suez y, por ello, gozaba de un prestigio y un potencial de liderazgo sin precedentes. La guerra de 1956 entre Egipto e Israel no terminó con la amarga disputa sobre el derecho de este último a ser un Estado, así que continuaron las escaramuzas. Cuando los egipcios volvieron a cerrar el paso por el estrecho de Tirán, los israelíes vieron que la guerra era inevitable. Así que tomaron la iniciativa y lanzaron una fuerte campaña contra Egipto, Jordania y Siria simultáneamente que acabó en victoria total. Tras seis días de combate se proclamó el alto el fuego en un momento en que Israel ocupaba toda la península del Sinaí, la banda de Gaza, la orilla oriental del canal de Suez, Cisjordania y los estratégicos altos del Golán, pertenecientes a Siria. Acabada la tercera guerra árabe-israelí o guerra de los Seis Días, los Estados árabes estaban furiosos y empezaron a enviar guerrilleros a Israel, que a su vez les devolvía la jugada. En 1969, en plena guerra de guerrillas, murió el primer ministro israelí Leví Eshkol. Lo sucedió Golda Meir, que en sus años de juventud había sido maestra en Estados Unidos.

¿Por qué se convirtió Oriente Próximo en un polvorín listo para estallar en cuanto cayera una chispa y convertirse en la temida «tercera guerra mundial»?

Israel empezó siendo un país neutral, dispuesto a recibir ayuda tanto de los países comunistas como de los occidentales. Sin embargo, la Unión Soviética pronto abandonó a los israelíes para ponerse de lado de los árabes, ya que codiciaba su petróleo y

albergaba la esperanza de poder establecer una base naval en el mar Mediterráneo. Estados Unidos y muchos otros países occidentales no querían que los deseos soviéticos de dominar la zona se hicieran realidad, así que los estadounidenses, que hasta entonces habían intentado ayudar tanto a los árabes como a los israelíes, se decantaron por Israel.

Los árabes suelen decir que el petróleo está manchado de sangre y arena, algo que es tristemente cierto. Oriente Próximo estuvo mucho tiempo dividido en dos bandos armados que se jugaban los grandes pozos petrolíferos de la península arábiga y del norte de África, el control del canal de Suez y la dominación militar de la cuenca del Mediterráneo.

En los años sesenta, los países de Oriente Próximo y de África tenían mucho en común con los asiáticos y los latinoamericanos. Entre otras cosas, compartían el acuciante problema de la superpoblación. Se estimaba, por ejemplo, que las poblaciones de la República Árabe Unida o de Costa Rica se podían doblar en menos de veinte años; por su parte, China añadía entre quince y veinticinco millones de personas a la suya cada año. Todos estos países sufrían de falta de inversiones y de trabajadores cualificados. La diferencia de calidad de vida entre estos países subdesarrollados y las naciones más industrializadas de Occidente es abismal. En aquella época, en Estados Unidos la renta per cápita superaba los tres mil dólares, mientras un trabajador medio en Bolivia ganaba unos ciento cincuenta dólares al año y uno en India unos cincuenta y cinco dólares. La distancia que separaba a unos países de otros

era inmensa. Diversos programas de ayuda, tales como la Alianza para el Progreso, un programa estadounidense de ayuda a Latinoamérica, intentaban paliar los efectos provocados por siglos de explotación, pero los problemas seguían siendo graves a pesar de lo que se invertía. Estados Unidos daba cada año 500 millones de dólares en ayuda a África, y el doble a Latinoamérica. Otros países como Francia, Inglaterra y la Unión Soviética también ofrecían ayuda a las antiguas colonias y competían por su favor. Los nuevos países comprendieron perfectamente las ventajas y desventajas, de su posición en el tira y afloja entre los bloques comunista y capitalista, y aceptaron la ayuda que les llegaba de ambos sin comprometerse políticamente con ninguno de ellos. Estas naciones empezaron a recibir dinero y bienes en cantidades muy superiores a las que percibían cuando eran colonias; las antiguas metrópolis dieron todo un espectáculo al competir por el favor de unos pueblos que sólo una década antes eran virtualmente sus esclavos.

Europa prácticamente se había recuperado de los estragos de la Segunda Guerra Mundial. Inglaterra ya no llevaba las riendas del mundo, pero seguía siendo una fuerza vital en la política europea y desempeñaba un papel fundamental en la economía mundial. Francia, que en 1951 tenía problemas internos y veía cómo sus colonias empezaban a sublevarse, había conseguido controlar la situación. Charles de Gaulle, que había participado en la creación de la V República Francesa y había instaurado el orden en 1958, devolvió a Francia su anterior preeminencia. El país perdió sus colonias —algunas tras guerras sangrientas, como las de Argelia e

Indochina; otras por separación amistosa, como en Chad y Gabón, miembros de la Communauté—, pero volvió a ocupar un lugar destacado en el mundo. De Gaulle convenció a los franceses de que estaban destinados a un futuro glorioso y condujo al país hacia la estabilidad económica y el prestigio internacional por un arduo camino. Cuando éste se retiró de la política en 1969, Francia había conseguido ser una potencia nuclear y se veía líder de una nueva Europa en la que podría despojar a Estados Unidos de su papel político preeminente. Muchos franceses lloraron amargamente la pérdida de Argelia e Indochina, pero tuvieron que aceptar la cruda realidad. De todos modos, ganó con tales pérdidas.

En 1963, Francia y Alemania Occidental concluyeron un tratado de amistad. Aquella declaración, firmada por Charles de Gaulle y Konrad Adenauer, acabó parcialmente con el odio y la desconfianza centenaria entre los dos países. De todas las cosas extrañas y maravillosas que han sucedido en el pasado reciente, ésta es seguramente una de las más alentadoras. Quizá no sea utópico esperar que otros dirigentes y otras naciones tomen nota del ejemplo dado por quienes fueron enemigos históricos y resuelven sus diferencias de manera pacífica.

En los años setenta se sentía muy próxima la amenaza de la guerra nuclear y la destrucción total. En aquellos momentos, el incidente que podría haber desatado la «tercera guerra mundial» podría haber tenido lugar en el dividido Berlín —¡dividido físicamente por un muro de ladrillo y hormigón desde 1961 hasta 1989!— o en Oriente Próximo. O bien podría haber sido una de las batallas periódicas

entre India y Pakistán —la victoria de India sobre Pakistán y la creación de Bangladesh en 1972 ensalzaron el odio entre musulmanes e hindúes—. El incidente podría haber tenido lugar en Cuba, en Chipre o en la frontera chinosoviética. En Vietnam, o en cualquier otro lugar del sureste asiático. Con todas aquellas situaciones potencialmente explosivas en el horizonte, era evidente que las Naciones Unidas estaban lejos de solucionar todos los problemas del mundo. Pero hay que reconocer que lo que habían conseguido no era despreciable: acabar con el conflicto en Corea y temporalmente en Oriente Próximo, instaurar el orden, tanto en el Congo como en Chipre, y desempeñar numerosas tareas humanitarias. Las Naciones Unidas no son una institución perfecta pero, como dijo el presidente Kennedy, son «la única esperanza del mundo».

Capítulo 73

Se abre paso un nuevo orden.

Mientras se desvanecen los recuerdos de las guerras de la primera mitad del siglo XX, las nuevas generaciones luchan por « domesticar al hombre y hacer agradable la vida en el planeta »

En 1971 todos los grandes líderes de la Segunda Guerra Mundial — Franklin Roosevelt, Winston Churchill, Dwight Eisenhower, Charles de Gaulle y Douglas MacArthur— estaban muertos. John Kennedy dijo que la antorcha había pasado a manos de una nueva generación, nacida en el siglo XX, templada por la guerra y disciplinada por una paz dura y amarga. Era una generación joven, vigorosa e impaciente, que miraba los viejos problemas con ojos críticos.

Para la mayor parte del mundo, John Kennedy encarnó el nuevo activismo e idealismo que caracterizó a los agitados años sesenta. En enero de 1961, el joven Kennedy tomó el peso de la presidencia de manos del paternal y popular Dwight Eisenhower. Kennedy dedicó su breve discurso de investidura a explicar el papel que tenía que desempeñar su país en un mundo hambriento y dividido. Afirmó que Estados Unidos estaba llamado a «llevar el peso de una lucha larga e incierta contra los enemigos comunes del mundo: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra». En plena Guerra Fría, instó a ambas partes a «empezar de nuevo la búsqueda de la paz antes de que las fuerzas tenebrosas de la destrucción, desatadas por la ciencia, envuelvan a la humanidad en un torbellino

de destrucción planificada o accidental». En numerosas ocasiones afirmó: «Ha llegado la hora de que Estados Unidos se ponga en marcha otra vez. Podemos mejorar, debemos mejorar».

Rodeado de un equipo de jóvenes brillantes, el presidente Kennedy dibujó una «nueva frontera» en el interior de su país y en el exterior. Los estadounidenses estaban entusiasmados con su idealismo. Les dijo: «No os preguntéis qué puede hacer el país por vosotros, sino qué podéis hacer vosotros por el país». Alentados por sus palabras, miles de jóvenes —y muchos mayores también— se incorporaron al cuerpo de la paz o como «jinetes de la libertad», ayudaron a los pobres y los analfabetos del sur o de la región de los montes Apalaches y enseñaron a aquellos hombres y mujeres olvidados, entre otras cosas, a ejercer su derecho de voto en tanto que ciudadanos estadounidenses.

Martin Luther King, un joven pastor baptista, encabezó un movimiento por la liberación de los afroamericanos. Luchó contra la segregación racial en los autobuses de Montgomery, Alabama, así como en las escuelas, en los puestos de trabajo y en las viviendas de todo el país. Luther King anunció: «He tenido un sueño». Soñaba con un mundo en el que existiera la igualdad de oportunidades entre blancos y negros, en el que nadie dijera que el color de la piel de una persona determina su valor.

La discriminación racial no era un problema nuevo. En 1940, el presidente Truman hizo de los derechos civiles un asunto de importancia nacional. Durante su mandato vio la luz un informe histórico llamado «Para garantizar estos derechos», en el que se

culpaba a las discriminaciones raciales y religiosas de ser dos males gemelos que frustraban la consecución del ideal de democracia estadounidense. En 1950, el presidente Eisenhower acabó con la segregación racial en las fuerzas armadas y aplicó con firmeza la decisión del Tribunal Supremo que obligaba a las escuelas a practicar la integración racial, tras una intensa confrontación en Little Rock, Arkansas.

Después de la muerte prematura del presidente Kennedy, Lyndon Johnson se comprometió a aplicar las políticas de la «nueva frontera». En su discurso sobre el estado de la nación, el nuevo presidente aseguró a sus conciudadanos que, si se colmaban las necesidades sociales del país, surgiría una «gran sociedad». En la «gran sociedad» de Johnson, el Gobierno federal tenía la responsabilidad de solucionar problemas internos tales como la pobreza, la discriminación, las deficiencias de la sanidad y los problemas específicos de las ciudades. En especial, quería hacer las ciudades más habitables, dar educación a todos los niños y oportunidades laborales a todos los adultos. Hasta que su proyecto de «gran sociedad» quedó obliterado por la guerra de Vietnam, había progresado bastante en la consecución de sus objetivos aprobando leyes a favor del derecho de voto y de los derechos civiles en general y luchando contra la pobreza.

Pero la década de los sesenta también tuvo una cara desagradable en Estados Unidos. El asesinato político de Martin Luther King y los hermanos John y Robert Kennedy, los disturbios en los campus universitarios del país, por no mencionar diversas guerras

virulentas en Asia y África, ensombrecen los logros del decenio. La vida en las grandes ciudades de Estados Unidos era cada vez más peligrosa, insalubre y desagradable. El cielo y los ríos del país recibieron toneladas y toneladas de agentes contaminantes, el delito y la droga hicieron incrementar la sensación de inseguridad, los suburbios de las ciudades estaban cada vez más sucios y eran más peligrosos...

Durante su breve mandato de «mil días», el presidente Kennedy había mostrado cómo tenía que enfrentarse a los retos que se les presentaban dentro y fuera del país. En política exterior marcó la pauta de comportamiento, tanto propia como de sus sucesores, al decir: «No debemos negociar por miedo. Pero no hemos de tener miedo a negociar». También intentó mejorar el entendimiento entre países a través del contacto personal con otros jefes de estado. De Nikita Jruschov dijo que era «un hueso duro de roer». Tras mantener con él una reunión de dos días en Viena, el presidente Kennedy describió las dificultades que había encontrado al negociar con los soviéticos de la siguiente manera: «Los soviéticos interpretan las palabras “guerra, paz, democracia y voluntad popular” de una manera muy diferente a como lo hacemos nosotros. Tenemos una concepción diferente del bien y del mal, de lo que es un asunto interno, de lo que es una agresión. Y, por encima de todo, tenemos una idea muy distinta de cómo va el mundo y hacia dónde se dirige». A pesar de las dificultades, Estados Unidos y la Unión Soviética dieron un primer paso en la prevención de la guerra nuclear al negociar un tratado para impedir la proliferación de las

armas nucleares. Aquel tratado era vital. La República Popular China y Francia producían y probaban armas nucleares, y otros países como Israel e India pensaban hacer lo mismo. El tratado fue redactado por la Administración Johnson y aprobado por el Senado de Estados Unidos poco después de que Richard Nixon accediera a la presidencia. La mayoría de países del mundo lo habría firmado.

Para ralentizar la carrera armamentística, que no sólo era monstruosamente cara sino también peligrosa —pensando que si un niño tiene un petardo se verá tentado a hacerlo explotar—, en 1963 las dos superpotencias negociaron el tratado de prohibición parcial de ensayos nucleares por el que se comprometían a no hacer ensayos nucleares en la atmósfera, el espacio ni bajo el agua. En 1968, Estados Unidos y la Unión Soviética, junto a otros países, acordaron la prohibición del uso de armas nucleares en el espacio. Finalmente, el presidente Nixon envió una delegación a Helsinki para iniciar las conversaciones sobre la limitación de las armas estratégicas (SALT).

En los años sesenta, hombres y mujeres lucharon contra los viejos problemas y cosecharon algunos éxitos. Pero, al mismo tiempo, la humanidad se dio cuenta de que existían problemas muy graves que al principio de la década habían pasado prácticamente desapercibidos.

Capítulo 74

La nave espacial Tierra.

*Debemos mantener los ecosistemas que sustentan la vida en la Tierra
o pagar las consecuencias*

El siglo XX marcó el inicio de la era espacial. El ser humano empezó a explorar lo desconocido con la misma curiosidad y el mismo espíritu de aventura que sus antepasados en la era de los descubrimientos. Al igual que los exploradores del siglo XVI, los astronautas asumen grandes riesgos, buscan la fama, se juegan la vida y, en recompensa, son los primeros en ver mundos completamente nuevos. Pero existe también una gran diferencia entre las dos épocas. Hace cinco siglos, el público en general tardaba meses o a menudo años en conocer los descubrimientos; en cambio, actualmente, la comunicación instantánea a través de la televisión, la prensa, el teléfono e Internet hace posible que el mundo entero siga en directo los impresionantes despegues de los cohetes, cómo flotan los astronautas en el espacio, las maniobras de vehículos espaciales e incluso el aterrizaje pilotado sobre la Luna. El 12 de abril de 1961, en una nave llamada *Vostok I* el ruso Yuri Gagarin se convirtió en la primera persona que entró en el reino del espacio exterior. Desde que el hombre es hombre y habita este planeta, ha soñado con salir de él para explorar los cielos que lo cubren. El sueño se convirtió en realidad cuando la astronave, pilotada por Gagarin, alcanzó los 327 kilómetros de altitud a una velocidad de más de 27.000 kilómetros por hora. Este vuelo fue un

hito en la carrera espacial entre la URSS y Estados Unidos, carrera que se había acelerado el 4 de octubre de 1957 cuando los soviéticos lanzaron el primer satélite artificial, el *Sputnik* *1*. Desde entonces, la mirada que tenemos puesta en las estrellas es muy distinta a la que teníamos antes. Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, estábamos aún ligados a la Tierra. Hoy el universo entero nos llama.

Cuando Gherman Titov, el segundo cosmonauta ruso que entró en órbita, empezó a volar alrededor del planeta, llamó a la Tierra y gritó: «¡Soy un águila! ¡Soy un águila!». En aquel momento, muchos de nosotros compartimos la euforia que sintió porque comprendimos que, a pesar de que la guerra nuclear quizá fuera una amenaza permanente, llevamos las riendas de nuestro destino y el progreso no ha hecho más que empezar. Estamos a la puerta de maravillas que nuestros antecesores jamás soñaron alcanzar. En efecto, el mundo es un lugar más maravilloso y peligroso que nunca.

Enviar a alguien a la Luna fue el máximo triunfo del « hombre de hierro», el término que utilizó Hendrik van Loon para referirse a la revolución industrial. La hazaña fue posible gracias a valientes astronautas y a las habilidades técnicas del llamado «control de tierra». Pero eso no era todo. En realidad, la pequeña astronave dotada de un limitado sistema de soporte vital, tenía el apoyo de la poderosa fuerza industrial de Estados Unidos. De alguna manera, el viaje de ida y vuelta a la Luna que realizaron Neil D. Armstrong, Edwin E. Aldrin, hijo, y Michael Collins fue propulsado por el

orgullo estadounidense y las posibles ventajas militares y comerciales que comportaría el hecho de ser «los primeros en llegar».

Sin embargo, por muy emocionantes que sean sus aventuras en el espacio, todos los astronautas deben volver a la Tierra desde donde fueron lanzados al cosmos.

Hasta hace muy poco tiempo se creía que los recursos terrestres eran ilimitados. Pero, cuando empezamos a controlarlos, descubrimos con gran alarma que nos encontrábamos en un grave apuro. La comunidad científica mundial advierte que, si no dejamos de abusar de los recursos, el futuro del planeta será lúgubre. Los astronautas tienen la posibilidad de contrastar la increíble belleza de la Tierra que gira sobre la aterciopelada oscuridad del espacio, con el frío gris de la Luna de fondo. A esa distancia, la superficie de la Tierra toma vida con colores de fantástica belleza: azules vivos, verdes brillantes, blancos en espiral... Desde la Tierra, al observarla de cerca, el paisaje se nos presenta dañado y con cicatrices, en parte mutilado por los años de excesos desconsiderados cometidos por los seres humanos que la habitan.

Según el Génesis, Dios dijo a los hombres: «Sed fecundos y multiplicaos. Llenad la tierra, sojuzgadla y tened dominio sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se desplazan sobre la tierra». Este es un precepto que el hombre ha obedecido fielmente y con gran peligro. De alguna manera, la historia de la humanidad es la historia de cómo hemos cambiado el entorno para que satisfaga nuestras crecientes necesidades físicas y

psíquicas. El hombre mató ciervos para comer y lobos para defenderse. Taló bosques para conseguir tierra de cultivo y materiales para la construcción. Perforó la tierra para obtener combustibles y metales. Construyó presas, desvió ríos para poder irrigar y utilizó productos químicos para combatir plagas y enfermedades en las plantaciones y para facilitar el duro trabajo del campo. Al final, sus esfuerzos por domesticar la naturaleza y adaptarla a sus necesidades han afectado seriamente la ecología terrestre. (La ecología es la relación de los seres vivos entre ellos mismos y con su entorno.)

Los problemas ecológicos empezaron en el jardín del Edén. Cuando Adán arrojó al suelo el corazón de la manzana, dio comienzo al proceso de expoliación de «la buena tierra». Hasta hace poco, parecía que los recursos de agua, aire y tierra eran inagotables. Desde los albores de la civilización, los ecosistemas habían mantenido los niveles de aire, temperatura y presión en equilibrio para que la vida fuese posible. Cuando el ser humano vivía en sociedades tradicionales, su comportamiento estaba limitado por las costumbres y las herramientas primitivas de que disponía. En aquellas circunstancias, la humanidad no tenía suficiente poder como para destruir su entorno a escala global. Aunque hay que decir que los primeros pueblos de los que tenemos constancia convirtieron parte del «creciente fértil» (los valles del Éufrates, el Tigris y el Nilo, que habían sido la cuna de la civilización) en un auténtico desierto. Claro que en aquella época, al igual que hacían los primeros colonos del Nuevo Mundo, estos pueblos aún podían

escapar de las consecuencias de su ignorancia trasladándose a tierras de pastos más verdes y a nuevos lugares todavía intactos.

Hoy ya no existe ningún jardín del Edén en la Tierra. Los despreocupados días de la inocencia y la abundancia quedaron atrás. La humanidad tiene poder para destruir y, de hecho, destruye o daña seriamente su entorno a escala planetaria. Recolectamos el amargo fruto del desarrollo sin planificación, de la despiadada explotación de los recursos naturales y de la simple ignorancia. Los que antaño fueron ríos puros y claros ahora son tornasolados, pero no porque reflejen el arcoiris del cielo después de la lluvia sino porque están cubiertos de una fina capa aceitosa, consecuencia de los vertidos industriales. Estamos reduciendo los bosques para hacer carreteras, pavimentando tierras fértiles para construir el aparcamiento de un centro comercial, contaminando ríos y lagos, perjudicando el ecosistema en las aguas de las que depende el bienestar humano... Aún más insidiosa y peligrosa es otra amenaza surgida del genio humano: la energía atómica, que podría llegar a aniquilarnos y también contamina y destruye la vida humana, animal y vegetal.

Los problemas medioambientales afectan a todo el planeta. En la árida meseta castellana existe un bosque magnífico de robles antiguos. Este es uno de los pocos que quedan de las inmensas extensiones forestales que antaño poblaban la península ibérica. Ha sobrevivido porque era la reserva de caza de los reyes de España. Las llanuras áridas y secas de España, así como del resto de la tierra mediterránea, son un trágico ejemplo de lo que pasa cuando

no se respeta el equilibrio ecológico. En Grecia, Italia y España, los ganaderos ricos de la Edad Media llevaron sus enormes rebaños a pastar en el campo y, entonces, quedó afectado el delicado equilibrio natural. En India, la contaminación del agua causa dos millones de muertes y alrededor de cincuenta millones de enfermedades graves al año.

Ahora empezamos a comprender que cada paso que hemos dado hacia una vida mejor se ha dado casi siempre a costa de nuestro entorno. El automóvil nos permite desplazarnos a distancias cortas y largas cómodamente, pero los gases de combustión que emite contaminan el aire. Los plaguicidas mejoran el resultado de la cosecha, y los herbicidas químicos nos evitan un duro trabajo manual, pero también han contaminado los ríos y la atmósfera.

Dejar de contaminar por completo sería imposible. Para recuperar el entorno natural en su pureza original deberíamos volver a las condiciones de vida de la edad de piedra. Sin embargo, podemos mejorar la calidad de nuestro entorno si estamos dispuestos a pagar por ello. Quizá debamos abstenernos de crecer tan rápidamente, quizá tengan que subir los impuestos y los productos, que ahora compramos tan baratos porque se han producido a costa del medio ambiente, aumenten de precio. Actualmente, la elevada población y la gran demanda de bienes de consumo devuelve «recursos alterados» o contaminantes al suelo, al mar y al aire en cantidades que ni la tierra, ni el agua, ni el aire pueden asimilar sin que se produzcan efectos dañinos.

Otro problema preocupante es el aumento de la población mundial. El número de habitantes del planeta crece a un ritmo desmesurado. Si aproximadamente un tercio de la población sufre de desnutrición y carece de una vivienda y una ropa digna, la hambruna y la miseria mundial se convierten en una triste posibilidad de futuro. El crecimiento de la población se detendrá —pues ha de detenerse— pronto, ya que la nave espacial Tierra, a la que se aferra la humanidad, es una esfera de casi trece mil kilómetros de diámetro envuelta de una fina capa de aire y nubes.

Se estima que en el siglo I, cuando Octavio Augusto era emperador de Roma, la población del mundo era de 250 millones de personas. Hicieron falta mil seiscientos años para doblar esa cifra. A partir de entonces, el crecimiento de la población ha sido desmesurado. Ahora la mitad de la población pasa hambre. De hecho, hay menos comida por habitante que durante la gran depresión de los años treinta y miles de personas mueren al año por desnutrición, si no mueren directamente de hambre.

En resumen, los científicos nos han avisado de que estamos siguiendo un camino que parece de rosas pero que, en realidad, está lleno de espinas. Este camino nos lleva al colapso inminente de la civilización porque estamos destruyendo los sistemas de sustento de la vida en la nave espacial Tierra al doblar el número de pasajeros e incrementar la demanda de unos recursos naturales, que son limitados, mientras contaminamos el planeta.

Capítulo 75

La Tierra, aldea global.

Las maravillas de la ciencia y la tecnología han hecho que el mundo sea cada vez más pequeño y ha hermanado a los hombres

¿Qué se puede decir de las tenebrosas predicciones hechas por los profetas científicos? ¿Debemos desestimar sus descubrimientos, hacer caso omiso de sus advertencias y pensar que los problemas de superpoblación y contaminación que describen son ciencia ficción?

Quizá sea el momento de recordar que los hombres siempre han pensado que ninguna de las generaciones anteriores había vivido cosas tan maravillosas y tan horribles. En lo que respecta a este punto, pues, no nos diferenciamos de nuestros ancestros. Nosotros también creemos que vivimos en un mundo en el que las amenazas son más acuciantes y las perspectivas más dulces de lo que jamás se había visto. Olvidamos que el holocausto nuclear no es más aterrador para nosotros de lo que lo fueron las hordas de Atila para los europeos del siglo v, y que las maravillas materiales de que disfrutamos hoy no son más fabulosas para nosotros de lo que lo fueron las maravillas de China para los contemporáneos de Li-Po algunos siglos antes de nacer Jesucristo. En una ocasión en que las oscuras nubes de la guerra se habían despejado un poco, Winston Churchill remarcó que tal vez, después de todo, la humanidad pudiera estar pronto «circulando por una amplia y tranquila senda

de paz y plenitud, en lugar de merodear cerca de las fronteras del infierno».

En efecto, Estados Unidos y otros países altamente industrializados están entrando en una era postindustrial más humanizada. Cada vez más gente se dedica a prestar servicios a sus compatriotas en áreas como la educación, la medicina y el ocio. Se estima que la renta per cápita en el mundo postindustrial será cincuenta veces mayor que la de las economías preindustriales. En el futuro probablemente todo el mundo contará con un sueldo mínimo y unos servicios básicos garantizados. En el mundo postindustrial, la educación será un proceso que durará toda la vida. Durante vuestros años de madurez probablemente tendréis que seguir una formación continuada e incluso ejerzáis hasta cuatro carreras profesionales distintas. Esto será esencial, porque el aumento del tiempo libre creará nuevas oportunidades para la realización del individuo.

El éxito de la misión *Apolo 11* convirtió la Luna en una provincia terrestre más. Pero, psicológicamente, no sólo consiguió eso. Hoy creemos que no debería permitirse que nada obstaculice el camino que nos llevará a conseguir un mundo mejor en el que todos los habitantes del planeta disfruten de «la buena vida», es decir, de más tiempo libre, seguridad económica, justicia social y un entorno limpio y saludable. Evidentemente, los conocimientos científicos y tecnológicos que llevaron al hombre a la Luna no pueden realizar milagros similares con los seres humanos, ya que nosotros no podemos ser programados de forma matemática. Sin embargo,

mucha gente piensa que, un país que es capaz de explorar la Luna, también es capaz de hacer la vida en la Tierra más segura, confortable y satisfactoria.

En la actualidad son muchos los que se preocupan menos por la falta de bienes materiales y más por su calidad de vida. La calidad de vida de una persona depende de la belleza y el orden de su entorno natural y de su libertad para gozar del tiempo libre, incluso a expensas de la reducción de sus ingresos y su grado de productividad. Los trabajadores desean tener una semana laboral más corta para poder dedicar más tiempo libre a las actividades que les gusta hacer. La generación que nos precedió creó grandes maravillas tecnológicas: la televisión, la informática, el remedio a ciertas enfermedades y la tecnología de la era espacial.

De los muchos logros conseguidos por la revolución industrial, el avance de la electrónica quizá sea el más significativo. Por ejemplo, hizo posible la era espacial. A mediados del siglo XIX se consiguió difundir la voz humana, primero gracias al telégrafo y luego al teléfono y a la radio, de manera que fue posible que llegara a todas partes. Luego se inventó la fotografía, las fotografías también pudieron enviarse por cable, se les dio movimiento y, gracias a la televisión, se pudieron grabar los acontecimientos en directo. Si la radio no hubiera hecho llegar a todos los rincones los persuasivos discursos de ciertos oradores, el nuevo nacionalismo del África negra, del sureste asiático o del mundo árabe no habría llegado tan lejos. Con el desarrollo de los satélites de telecomunicación —el primero fue *Early Bird* en 1965—, el mundo quedó unido por la

palabra hablada. Hasta ese momento, la gente sólo podía conocer al instante las noticias locales. Hoy algunas personas piensan que los avances en comunicación van a convertir el mundo en una especie de aldea global y que las fronteras nacionales se desdibujarán y quedarán obsoletas. Los problemas de otros países nos serán tan próximos que pasarán a ser nuestros problemas. Las diferencias entre los pueblos, que crean sospechas y hostilidades, se difuminarán. De hecho, es posible que pronto hablemos otra lengua más, una lengua que nos una a todos. Los beneficios de la educación, las noticias e incluso las sinfonías que se interpretan en grandes centros urbanos llegan tanto a los habitantes del Ártico como a los trópicos.

Parece claro que, si bien el mundo está amenazado como nunca lo estuvo antes, la humanidad tiene los medios para trabajar conjuntamente y evitar cualquier gran desastre, ya sea una nueva guerra mundial, la superpoblación o la contaminación irreversible. Se ha dado la alarma en las Naciones Unidas y, gracias a las telecomunicaciones, ha llegado a todas partes del mundo. Con valentía y determinación, la humanidad triunfará.

Capítulo 76

Empieza la era de la alta tecnología

La tecnología avanza y estallan nuevas guerras

El ser humano tiende a pensar que la época que le ha tocado vivir es la más emocionante, intrigante y desafiante de todas las vividas por la humanidad. El alunizaje en julio de 1969 marcó un hito en el triunfo de la creatividad humana. Los años sesenta fueron, en gran parte, tiempos de gran optimismo, pero los setenta no lo fueron. Desde 1970 hasta aproximadamente 1980, incluso los mayores logros científicos parecían un arma de doble filo. Algunos de los eternos problemas de la especie humana se negaban a desaparecer. La prevención de la guerra nuclear y la protección del medio ambiente quizá sean unos de los mayores retos que la humanidad haya tenido que afrontar.

Los asombrosos avances que la ciencia ha proporcionado a los países tecnológicamente avanzados y a la gente que puede permitírselos no parecen tener límite. Los programas de exploración espacial de Estados Unidos y de la Unión Soviética continuaron en los años setenta a un alto precio. Las dos potencias enviaron naves espaciales muy lejos en el universo. En 1970 se tuvo que realizar un espectacular rescate espacial porque, a bordo de la nave *Apolo 13*, estalló un depósito de oxígeno y estaba en peligro la vida de los astronautas. Varios años más tarde, una nave no pilotada se acercó al planeta Saturno y tomó unas fotografías que revelaron algunos de los secretos de sus anillos.

En aquella época, las naves espaciales viajaban a velocidades de hasta ochenta mil kilómetros por hora. La nave *Viking 1* aterrizó sobre Marte en 1976 y nos envió fotografías para los informativos. Hoy hay tantos satélites orbitando por encima de nuestras cabezas que quizá los que estemos en la Tierra deberíamos empezar a preocuparnos por la chatarra espacial que podría caer sobre el planeta. Claro que los avances de los programas espaciales de Estados Unidos y de la Unión Soviética quizá se hicieran con otro propósito en mente: emprender la guerra; en ese caso, las exitosas películas de la serie *La guerra de las galaxias* y los videojuegos podrían convertirse en una terrible realidad.

Ahora volvamos a poner los pies sobre tierra firme, la revolución electrónica, la fase más reciente de la revolución industrial, ha tenido un impacto increíble sobre nuestras vidas, desde cómo utilizar los bancos a cómo cocinar. Un ordenador que hace veinte años ocupaba una sala entera hoy es de tamaño de bolsillo. Estamos en la era del ordenador personal. Saber usar los ordenadores o tener «conocimientos informáticos» puede convertirse muy pronto en una obligación en las universidades, los institutos e incluso en las escuelas primarias. Los videojuegos fueron la locura de finales de los setenta. Los aviones prácticamente pueden volar sin piloto. Las telecomunicaciones y los procesadores de texto han modernizado el mundo de los negocios y la educación, aunque han provocado también grandes disputas comerciales entre la empresa de informática IBM y sus competidores, así como entre Estados Unidos y Japón. Cuando a inicios de los cincuenta se oyó hablar por

primera vez de los ordenadores, se decía que la era de «pulsar un botón» podría atrofiar el cuerpo debido a la inactividad, ya que la única parte de nuestro cuerpo que íbamos a mover eran los dedos. Ahora los ordenadores han reemplazado el trabajo manual en muchos campos. Los robots computarizados en las cadenas de montaje de automóviles, en lugares como Detroit y Japón, dan vida a los personajes de las primeras novelas de ciencia ficción. Poca gente se atreve a discutir que los ordenadores no hayan hecho más fáciles nuestras vidas, pero también es cierto que hemos tenido que pagar un alto precio. La revolución de los ordenadores ha creado un nuevo grupo de trabajadores, de americana y corbata, expertos en informática, pero el número total de trabajadores de la industria se ha reducido precisamente debido a los ordenadores, contribuyendo en cierta medida a aumentar el desempleo en algunos oficios. Además, el ordenador ha reducido las relaciones personales y, por tanto, ha «deshumanizado» los negocios. Si bien la productividad ha aumentado mucho en algunas industrias, los ordenadores han contribuido a concentrar el poder económico en manos de unas pocas empresas gigantes; sólo las más grandes pueden permitirse estar al día en lo que respecta a los caros y rápidos avances en tecnología informática. Los menos hábiles para competir se quedan atrás. Los avances en tecnología electrónica también provocan el aumento de las diferencias entre países ricos y pobres. Algunos temen, y con algo de razón, el uso que los gobiernos pueden dar a los ordenadores: con sólo pulsar un botón, obtendrían cualquier tipo de información acerca de sus conciudadanos. Puede llegar a ser

difícil proteger la información electrónica guardada por los gobiernos, las empresas, las universidades y los hospitales. ¿Qué ocurre cuando una empresa accede a un ordenador de la competencia, por ejemplo? ¿Tendremos que adaptar cada vez más las leyes para que penalicen todo tipo de robo de información electrónica igual que se condena el allanamiento de morada? El ordenador ha sido, hasta ahora, amigo de la humanidad, pero podría convertirse en su enemigo si la ciudadanía estuviese arbitrariamente expuesta a lo que un experto ha llamado la «violencia silenciosa» de los ordenadores.

El desarrollo de la genética ha sido impresionante y ha permitido a los científicos entender mejor la constitución del cuerpo humano. Algunas de las posibilidades que ofrece la genética resultan esperanzadoras, pero a la vez inquietantes. Ahora que empezamos a entender los genes humanos, parece posible predecir quién heredará determinadas enfermedades o será más susceptible de padecerlas a lo largo de la vida. Igualmente, los médicos son capaces de determinar el mapa genético de los bebés antes de que hayan nacido; conocer el sexo de la criatura o si presenta algún tipo de retraso mental son sólo los primeros pasos. Muy pronto será fácil determinar si el bebé será susceptible de contraer enfermedades como la hepatitis. El análisis prenatal, para detectar defectos genéticos, es cada vez más sofisticado.

A medida que los científicos avanzan en la comprensión de los orígenes y las características genéticas de las enfermedades que afligen a la humanidad, surgen ciertas cuestiones éticas. ¿Podemos

dejar que los médicos alteren de alguna forma la naturaleza humana? ¿Se verán los padres tentados a abortar porque los médicos han detectado que el feto corre riesgo de desarrollar una enfermedad cuarenta años más tarde? ¿Acaso las empresas desecharán candidatos cuyo mapa genético indica que son propensos a contraer determinadas enfermedades en el futuro? La manipulación genética ha conseguido ratones gigantes y clonaciones, ¿qué implicaciones tendría realizar semejantes alteraciones en la especie humana?

También hay otros avances científicos que representan una amenaza. En 1979, las filtraciones de agua radiactiva de una central nuclear en Three Mile Island, Pensilvania, pusieron en peligro la seguridad de todos los habitantes de esa zona. Durante varios días, los especialistas trataron de enfriar el reactor nuclear para evitar la «fusión», un sobrecalentamiento del reactor que habría esparcido material radiactivo en un radio de cientos de kilómetros, contaminando áreas densamente pobladas. Los residentes de las zonas vecinas esperaban ansiosos, listos para evacuar el lugar en caso de desastre. Por suerte, los expertos fueron capaces de evitar la catástrofe. Pero el accidente estuvo tan cerca que se plantearon nuevas cuestiones sobre seguridad y se reconsideró la viabilidad de la energía atómica como sustituto del petróleo. Varios años después, los políticos tuvieron que plantearse un nuevo problema: qué hacer cuando haya que dismantelar una central nuclear obsoleta; algo que quien las construyó quizá no consideró.

La carrera armamentística nuclear continúa siendo un peligro para nuestro planeta, y todavía más ahora que esta carrera no concierne sólo a Estados Unidos y a lo que fue la Unión Soviética. Gran Bretaña, Francia y China también disponen de capacidad bélica nuclear, así como India y Pakistán (dos eternos enemigos). Israel, Sudáfrica y Argentina quizá también dispongan de ella, o estén a punto de conseguirlo. Los supervivientes de las bombas atómicas de 1945, lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, se reúnen anualmente para recordar al mundo los increíbles horrores que podrían volver a producirse. Esperemos que la humanidad haya aprendido la lección.

En Estados Unidos, como en muchos otros países, el medio ambiente fue gravemente dañado en los años setenta. Se descubrió que el vertido de productos químicos tóxicos, y de otros materiales de desecho, en varias ciudades constituían un grave peligro para la salud de la gente. Se evacuaron muchas familias, y ciudades enteras. Sin embargo, la Agencia de Protección del Medio Ambiente de Estados Unidos permitió que grandes empresas siguieran contaminando el entorno. «La lluvia ácida» provocó un problema diplomático entre Canadá y Estados Unidos, ya que los contaminantes producidos por Estados Unidos se desplazaban a Canadá, donde se precipitaban en forma de lluvia contaminada, matando peces y plantas. El transporte aéreo supersónico creó un dilema similar entre los avances tecnológicos y las necesidades humanas. En 1976, el *Concorde*, el primer avión de pasajeros supersónico, una empresa conjunta de Francia y Gran Bretaña,

disminuyó casi a la mitad el tiempo necesario para cruzar el Atlántico. El *Concorde* une París y Londres con Nueva York y Washington en poco más de tres horas. Algo fantástico, pero a mucha gente le preocupó el impacto ecológico que podía tener. Además, el precio del billete era prohibitivo para prácticamente todo el mundo. Por estas razones, el Congreso de Estados Unidos rechazó apoyar económicamente un proyecto similar.

Los franceses fueron responsables del avance más increíble en transporte ferroviario. Los japoneses hacía tiempo que tenían un tren «bala» que unía sus principales ciudades cuando en Francia se inauguró el TGV (tren de alta velocidad) en septiembre de 1981. Pero el tren francés era aún más veloz, corría a más de 350 kilómetros por hora y de forma segura. El TGV permite recorrer los 440 kilómetros que hay entre París y Lyon (la segunda ciudad de Francia) en menos de dos horas, viajando a una velocidad media de 240 kilómetros por hora. Este tren transporta a miles de pasajeros diariamente y su velocidad le permite competir exitosamente con el avión.¹

La lluvia ácida, los vertidos tóxicos y la contaminación acústica y aérea son problemas relativamente nuevos. Durante los años setenta, el problema más viejo de la humanidad, el hambre, continuó siendo tan grave como siempre. En 1974 las reservas mundiales de cereales alcanzaron su nivel más bajo en veintiséis años. Entonces se estimó que unos quinientos millones de personas en el mundo no tenían comida suficiente. Unas diez mil personas

¹ En 1992 circuló por España el primer tren de alta velocidad. (*N. de la T.*)

morían cada semana en África, Asia y Latinoamérica. Los expertos estimaron que en Bengala occidental, quince millones de personas se morían de hambre. La llamada «revolución verde» aumentó la producción agrícola y la superficie cultivable en muchos lugares del mundo. Pero ni siquiera así se pudieron satisfacer las necesidades alimentarias del mundo debido al rápido aumento de la población y a los cambios climáticos.

La población mundial ha seguido creciendo a un ritmo vertiginoso. Ciudades como Singapur, Ciudad de México, Calcuta y Río de Janeiro, que ya tenían problemas de superpoblación y se estaban quedando sin recursos, fueron inundadas por miles de inmigrantes pobres procedentes de las zonas rurales; muchos de ellos se tuvieron que instalar en chabolas alrededor de las grandes metrópolis. A pesar de que en los últimos años se haya desacelerado el crecimiento de la población en países como China, India, Rusia y la mayoría de los países occidentales, los recursos alimentarios siguen siendo cada vez más escasos puesto que la población mundial continúa aumentando. Este problema se agravó debido al cambio climático que empezó en 1970. Inviernos más duros de lo habitual y sequías terriblemente abrasadoras empezaron a ser comunes en distintas partes del planeta. Cambiaron algunas de las corrientes oceánicas, con resultados desastrosos. Por ejemplo, cuando se modificaron las corrientes, se alejaron de las costas de Perú y prácticamente se extinguieron las anchoas que allí vivían. Las anchoas son una importante fuente de proteínas para muchos piensos destinados al consumo animal. El resultado fue que se

redujo la producción de carne. Por primera vez en veinte años, la producción mundial de comida disminuyó, se calcula que en unos treinta y tres millones de toneladas.

Los cambios climáticos, por pequeños que parezcan en los gráficos, tuvieron un efecto catastrófico en la época de crecimiento vegetal en algunos países. Desde 1940 hasta 1980, por ejemplo, la temperatura media de la Tierra disminuyó aproximadamente 0,55 °C. Tal enfriamiento hizo que la época de crecimiento en algunos países de latitudes medias, los más productivos del planeta, disminuyera hasta diez días. El trigo y el arroz, las cosechas más favorecidas por la revolución verde, son muy vulnerables a los cambios de temperatura. La disminución de la humedad reduce también la producción agrícola. El aumento de los vientos helados, que recorren el planeta moviéndose de las capas altas a las más bajas de la atmósfera, impidió que se formasen los vientos húmedos ecuatoriales que llevan lluvia a muchas regiones. África occidental e India sufrieron graves sequías. Por otro lado, la creciente contaminación atmosférica puede estar provocando el llamado «efecto invernadero», es decir, el sobrecalentamiento de algunas partes del planeta. Si empiezan a derretirse los bloques gigantes de hielo de los polos, el nivel del mar podría crecer peligrosamente y quizá podría llegar a sumergir algunas ciudades costeras.

El aumento de la población, los cambios climáticos y las limitaciones de la revolución verde contribuyeron a incrementar las diferencias entre países ricos y pobres. La gente empezó a hablar de diferencias entre el Norte y el Sur, y no sólo entre Oriente y

Occidente, porque cada vez era más claro el contraste entre los países más desarrollados del Norte y sus vecinos menos afortunados del Sur.

La hambruna amenazó con convertirse en una fuente de conflictos mundiales. A los países no industrializados se los empezó a llamar países del «tercer mundo», aunque, con el tiempo, la mayoría de ellos adoptó una tendencia política u otra. Las diferencias en cuanto a situación económica llevaron a ciertos economistas a dividir los países del tercer mundo —que en 1984 contaban con una población de dos mil millones de personas, casi la mitad del mundo— en tres partes: el «tercer mundo», con suficiente materia prima para atraer inversiones y tecnología extranjera, como Zaire (hoy llamado República Democrática del Congo), Marruecos y Brasil; el «cuarto mundo», con alguna materia prima pero sin capital, como Perú y la República Dominicana; y el «quinto mundo», sin materias primas ni dinero suficiente para garantizar la supervivencia de su gente. Estos países, como Chad y Etiopía en África, o Bangladesh en Asia, sufrieron graves sequías durante los setenta. La situación se agravó si cabe todavía más por culpa de las guerras internas que los azotaron.

Por si esto no fuera suficiente, los países árabes se negaron durante un tiempo a vender petróleo a Occidente. Con el embargo de crudo de octubre de 1973, los precios de la energía se dispararon en casi todo el mundo. Durante los diez años siguientes se cuadruplicó el precio de los combustibles; en Estados Unidos pasó de ocho centavos a 37 centavos de dólar el litro, y en Europa occidental aún

era más caro. El embargo tuvo un efecto inmediato en Estados Unidos y se formaron largas colas en las gasolineras. El límite de velocidad en carretera pasó de 110 a 90 kilómetros por hora para ahorrar combustible. Los estadounidenses hicieron menos viajes en coche y en avión, ya que el precio de los billetes también se disparó con el aumento del precio del combustible. Muchas ciudades y muchas empresas pusieron en marcha programas que animaban a la gente a compartir el coche para repartir el uso y el coste de la energía. Familias que siempre habían tenido coches grandes, ahora se decidían por coches más pequeños y con un consumo energético más eficiente, y una proporción creciente de ellos procedía de Japón. Durante aquellos años, la gente se tuvo que ajustar a los nuevos precios de la energía y reducir el gasto en calefacción durante el invierno. Algunos estadounidenses reaccionaron amargamente a estas privaciones, culpando a los países productores de petróleo, en particular a los países árabes, del cambio de vida en la sociedad estadounidense. «Somos como un castillo», observó un experto durante la crisis energética, « un magnífico castillo medieval, que se defiende de los atacantes externos. Y de repente un día descubrimos que nuestra fuente de agua estaba fuera del castillo.» Afortunadamente, los británicos descubrieron petróleo en el mar del Norte; México y Venezuela prosperaron como nuevos productores de petróleo, al menos hasta que los precios del crudo volvieron a caer hacia 1980. El norteamericano medio y el europeo occidental tuvieron que aceptar cambios en su estilo de vida. Envidiaban el petróleo que se

encontraba bajo las arenas de Oriente Próximo. La cuestión del petróleo y de la energía, que puso a Estados Unidos en desventaja comparativa respecto a la Unión Soviética —que disponía de más reservas de crudo propias—, terminó por afectar las políticas diplomáticas de los presidentes estadounidenses y las decisiones domésticas de la gente expuesta a los crecientes precios del petróleo y los fríos inviernos.

La revolución iraní en 1978-1979 provocó una nueva alza en el precio del petróleo. El precio del barril de crudo aumentó 10 veces respecto a lo que costaba antes del primer aumento provocado por el embargo de 1973. Pero el consumo también descendió, puesto que en Occidente la gente moderó el consumo de energía. Por ejemplo, Estados Unidos pasó de consumir el treinta y uno por ciento de la producción mundial en 1970 al veinticinco por ciento en 1982. Una casa media de Estados Unidos en 1983 consumía un veinte por ciento menos de energía que antes del embargo. El Gobierno estadounidense dejó de controlar la industria del petróleo, lo que permitió que las petroleras incrementaran la producción y obtuvieron cuantiosos beneficios «imprevistos». Además, se relajaron los controles de contaminación y esto permitió que se quemaran otros combustibles, principalmente carbón, que aún era un recurso muy abundante en Estados Unidos. En 1977, el país inauguró el enorme oleoducto de Alaska, que costó 7.700 millones de dólares, para transportar petróleo. Asimismo, las empresas de automóviles empezaron a construir coches cuyo consumo energético era mucho

más eficiente. De 1973 a 1983, el consumo de gasolina de los coches por kilómetro recorrido se redujo a la mitad.

En 1983 hubo «superabundancia» o sobreproducción de petróleo. Los precios se estabilizaron e incluso disminuyeron. Algunas naciones productoras de crudo relativamente pobres, como Venezuela, México y Nigeria, a quienes se había prestado cantidades importantes de dinero, se encontraron con que no podían pagar la deuda contraída y se temió que se produjera una crisis económica internacional. Los costes económicos de la escasez de petróleo no nos han abandonado. La crisis del petróleo y el consecuente incremento en el precio de la energía cortó el desarrollo de muchos países del tercer mundo que no disponían de fuentes de energía propias. Por otra parte, los países ricos en petróleo de Oriente Próximo se encontraron con tanto dinero —en particular, dólares estadounidenses— que no sabían qué hacer con él. El petróleo convirtió a Kuwait en el país de renta per cápita más alta del mundo. Con todos esos dólares, los jeques árabes compraron grandes cantidades de bienes inmuebles en Europa y en Estados Unidos. A muchos occidentales les pareció que aquello era el mundo al revés: Occidente se había convertido en una región en la que comprar cosas de ocasión para los países petrolíferos. La crisis energética erosionó la confianza de Estados Unidos e hizo que la gente se preguntara si aún era todo posible. La posición del país respecto a la economía mundial también cambió. Las industrias del acero y el automóvil y la industria electrónica no supieron enfrentarse a la dura competencia extranjera, cuando los productos

japoneses y alemanes, que solían ser tecnológicamente superiores y más baratos, invadieron el mercado interno.

En cuanto a política exterior, la guerra de Vietnam fue el asunto que más minó la moral estadounidense. A partir de 1950, Estados Unidos se implicó en ese país en conflicto. Las fuerzas comunistas de Ho Chi Minh vencieron a los franceses, que habían colonizado el país, en la batalla de Dien Bien Phu, en mayo de 1954. En una conferencia celebrada en Ginebra, se decidió partir Vietnam en dos: el Norte y el Sur. Ho Chi Minh formó un Gobierno comunista en Vietnam del Norte. Ngo Dinh Diem se convirtió en el primer ministro de Vietnam del Sur, con el apoyo de Estados Unidos. En 1955 se cerró la posibilidad a una eventual reunificación cuando, con Estados Unidos detrás, Diem decidió no apoyar unas elecciones que habrían podido conducir a la unión de Vietnam. En el Sur, los enfrentamientos entre guerrillas favorables al Gobierno de Vietnam del Sur y partidarios de los comunistas del Norte resultaron cada vez más frecuentes. En julio de 1959 fueron asesinados varios consejeros del ejército estadounidense.

Cuatro años más tarde, el régimen dictatorial de Diem tuvo que enfrentarse a protestas callejeras. Diem fue derrocado al tiempo que Estados Unidos se desentendió y Diem fue ejecutado. Durante los siguientes diecinueve meses se sucedieron 13 gobiernos distintos. Mientras tanto, el Vietcong (las guerrillas comunistas survietnamitas) se fortalecía en las zonas rurales y se lanzó, con todo su aplomo, a la guerra en contra del Gobierno de Vietnam del Sur.

La participación de Estados Unidos en la guerra civil de Vietnam experimentó una «escalada» —una de esas palabras que acabó por simbolizar los años sesenta—. En 1964, el presidente Lyndon Johnson pidió al Congreso que aprobara una resolución que le permitiera «dar todos los pasos necesarios» en el sureste asiático. Alegó que barcos norvietnamitas habían atacado a destructores estadounidenses que se encontraban en el golfo de Tonkín. En 1965, Estados Unidos empezó a enviar marines a Vietnam. Un nuevo golpe de Estado en Vietnam del Sur, esta vez a manos del ejército de Vietnam del Sur, puso al general Nguyen Van Thieu a la cabeza del Estado y al mariscal Nguyen Cao Ky como primer ministro. A finales de 1965, Estados Unidos había enviado alrededor de 150.000 soldados a Vietnam. Tres años más tarde, las fuerzas estadounidenses contaban con más de medio millón de efectivos en el país.

De esta forma, Estados Unidos se encontró luchando en una guerra no declarada en la otra punta del planeta, que cada vez más ciudadanos creían innecesaria, inmoral y que no valía las pérdidas humanas y los recursos que les estaba costando. Durante la primavera de 1965, en los campus universitarios tuvieron lugar las primeras reuniones para discutir sobre la guerra (los llamados «seminarios»). Los estudiantes quemaron sus órdenes de incorporación a filas en señal de desafío. Cuando en 1967 los combates se extendieron a la zona desmilitarizada entre el Norte y el Sur, la fuerza aérea de Estados Unidos empezó a bombardear el Norte. Pero ni las bombas por aire ni los soldados por tierra

pudieron desestabilizar al Vietcong, ayudado por Vietnam del Norte. El 30 de enero de 1968, el Vietcong y las fuerzas norvietnamitas lanzaron la ofensiva del Tet y atacaron prácticamente todas las ciudades importantes de Vietnam del Sur. Aunque al final saliesen derrotados de la ofensiva del Tet, con ella las fuerzas comunistas infringieron un duro golpe a Vietnam del Sur. Demostraron que podían organizar una campaña militar muy importante en el Sur a la vez que mantenían la guerra de guerrillas contra los survietnamitas y los estadounidenses. La ofensiva del Tet también dio lugar a una de las imágenes más horribles de la guerra, que pudo verse en las pantallas de los televisores de millones de hogares. El director de la policía nacional survietnamita fue filmado mientras disparaba a sangre fría en la sien de un prisionero. Una escena aún más impresionante fue la protagonizada por una campesina aterrorizada que cargaba con un niño desfigurado horriblemente por culpa de un producto inflamable, llamado napalm, que había lanzado la aviación estadounidense.

En Estados Unidos, el presidente Johnson anunció que no se presentaría a la reelección en 1968, y con una tregua empezaron conversaciones de paz en París entre representantes de Estados Unidos y de Vietnam del Norte. El senador Eugene McCarthy se presentó a la nominación de candidato demócrata para las presidenciales y convirtió la oposición a la guerra en su principal caballo de batalla. Al final el candidato presidencial de los demócratas fue Hubert Humphrey, que perdió ante el republicano Richard Nixon. Nixon impulsó las negociaciones secretas paralelas a

las conversaciones de París y trató de «vietnamizar» el conflicto. Sin embargo, las manifestaciones en contra de la guerra se extendieron en Estados Unidos, sobre todo en otoño de 1969.

En abril de 1970, el presidente Nixon envió soldados a Camboya para que atacaran zonas fronterizas en las que el Vietcong había estado hasta entonces relativamente seguro. Un bombardeo masivo de la zona acabó con la vida de miles de civiles. En Estados Unidos se desencadenaron olas de protestas, sobre todo estudiantiles, y la situación llegó al clímax cuando, en la Universidad de Kent State, la Guardia Nacional disparó a muerte a cuatro estudiantes que no iban armados. En la primavera de 1972, los comunistas lanzaron otra gran ofensiva. Nixon ordenó a la marina que bombardeara los puertos de Haipong y de otras grandes ciudades. Pero entonces ya habían empezado las negociaciones secretas que señalaban una retirada estadounidense del conflicto. En junio de 1972, el mismo mes en que el caso Watergate empezaba a proyectar una sombra enorme sobre el presidente Nixon y toda la vida política del país, casi todos los soldados estadounidenses se retiraron de Vietnam.

En enero de 1973 se firmó un tratado de paz, pero para los vietnamitas la guerra aún tardaría mucho en terminar. Las dos partes violaron el alto el fuego. El ejército survietnamita, que ya no recibía apoyo de Estados Unidos y se encontraba debilitado por la corrupción interna y la indiferencia, abandonó gradualmente las zonas montañosas. El Vietcong tomó una a una las ciudades de Vietnam del Sur. En 1975, el Sur cayó en manos comunistas. De nuevo, las cámaras de televisión captaron los momentos más

memorables de esa guerra desastrosa y mostraron a estadounidenses y civiles survietnamitas intentando desesperadamente hacerse un sitio en los helicópteros para huir cuando Saigón «cayó» o «fue liberado» (dependiendo del punto de vista; a menudo la historia parece una cuestión de intereses). A finales de 1976, Camboya y Laos también se convirtieron en países comunistas.

Por fin había terminado la guerra más larga de Estados Unidos. En ella murieron más de 56.000 soldados estadounidenses, nada comparado con los cerca de 1.250.000 de vietnamitas que perdieron la vida. Vietnam dejó muchas cicatrices en Estados Unidos. Por una parte, la guerra había entrado en los hogares de la gente a través de la televisión. Además, el coste económico fue enorme. Se gastaron 140.000 millones de dólares, lo que disparó la inflación. Pero hubo también otras repercusiones. La guerra hizo que muchos estudiantes de finales de los sesenta y principios de los setenta dieran la espalda al país. Algunos eludieron la llamada a filas refugiándose en Canadá o declarándose objetores de conciencia, otros fueron a la cárcel por creer que esa guerra, y en general todas las guerras, era un error. En los campus universitarios de Estados Unidos tuvo lugar una explosión de rabia, las universidades quedaron sacudidas por grandes manifestaciones de protesta y, en algunos casos, de violencia. Algunos manifestantes radicales intentaron «traer la guerra a casa». En 1970, un militante pacifista puso una bomba en una universidad y mató a un investigador. Lo cierto es que la guerra tocó la conciencia de Estados Unidos. Un

lugarteniente de las fuerzas armadas estadounidenses fue condenado por asesinato en masa por su actuación en la masacre de civiles de My Lay, Vietnam, en 1968. El salvaje bombardeo estadounidense a Vietnam del Norte durante las Navidades de 1972 enfadó mucho a los estadounidenses; se producía poco después de que el secretario de Estado, Henry Kissinger, hubiese prometido que la paz estaba al alcance durante la campaña electoral de noviembre. Es más, la guerra puso a prueba las relaciones de Estados Unidos con sus aliados. Frente a las embajadas estadounidenses, en muchos países se produjeron manifestaciones de protesta. Cuando Daniel Ellsberg reveló el contenido de los «papeles del Pentágono», que hablaban de una guerra secreta de Estados Unidos en la supuestamente «neutral» Camboya, el país tuvo que plantearse la moralidad de su política. Aun así, a pesar de la masacre, los ciudadanos estadounidenses contribuyeron a que la guerra llegara a su fin. La experiencia en Vietnam obligó a Estados Unidos a replantearse su papel en el mundo.

La confianza de los estadounidenses en su país, menguada por la guerra del Vietnam, todavía se debilitó más con el caso Watergate. Richard Nixon, que había sido vicepresidente de Dwight Eisenhower entre 1952 y 1960, nunca consiguió vencer la reputación de «tramposo», que lo perseguía desde sus primeros años en política. El republicano Nixon ganó a Hubert Humphrey en las elecciones de 1968 y fue reelegido por mayoría aplastante en 1972, ganando al candidato demócrata George McGovern. Pocos prestaron atención, a principios de ese mismo año, al arresto de cinco hombres a los que

se había sorprendido instalando equipos de escucha telefónica en la sede del Comité Nacional del Partido Demócrata, ubicada en el edificio Watergate de Washington D.C. El hecho de que aquellos cinco «ladrones» estuviesen relacionados con la CIA y con el comité de campaña de Nixon no influyó mucho en las elecciones.

Posteriormente, en el juicio se vio que los ladronzuelos de Watergate estaban « pagando los platos rotos» para proteger a altos cargos del Gobierno. Cuando el escándalo del Watergate se hizo público, las responsabilidades del turbio asunto se acercaron más al propio Nixon. Uno de sus antiguos consejeros, John Dean, acusó al presidente de conspirar para intentar tapar el asunto. Salió a la luz que Nixon había grabado conversaciones mantenidas en el despacho oval. El presidente trató de evitar que se estudiasen las cintas y pidió al fiscal general, Elliot Richardson, que despidiera al fiscal especial del caso Watergate, llamado Archibald Cox. Richardson se negó y presentó la dimisión. El intento descarado de Nixon por sabotear el proceso judicial, llamado «masacre del sábado noche», hizo que se empezara a pedir cada vez más insistentemente su dimisión o destitución. Cuando al fin el fiscal obtuvo las cintas, en una de ellas faltaban dieciocho minutos de conversación. Se descubrió entonces que las escuchas telefónicas en el edificio Watergate eran sólo la punta del iceberg de toda una serie de triquiñuelas y actividades ilegales de la Administración Nixon, entre ellas la financiación ilegal de la campaña electoral a cargo de grandes empresas. Las cintas pusieron de manifiesto el gran lado oscuro de la presidencia de Nixon. Algunos hombres de su gabinete

fueron declarados culpables de prevaricación y enviados a la cárcel, incluidos los colaboradores más próximos del presidente. El propio Nixon, que había mentido sobre el asunto, presentó su dimisión en 1974, antes de que el Senado pudiera destituirlo. Su sucesor fue Gerald Ford, que acababa de asumir la vicepresidencia para reemplazar a Spiro Agnew, quien a su vez había dimitido tras responder que no tenía nada que declarar ante el tribunal que lo juzgaba por evasión de impuestos. Gerald Ford concedió la inmunidad y el indulto a Nixon y éste volvió a su pueblo natal, San Clemente, en California, para escribir sus memorias. La reputación de la presidencia estadounidense quedó deteriorada, pero la Constitución y el pueblo de Estados Unidos demostraron tener capacidad de resistencia y recuperación. Gerald Ford no parecía ser el hombre adecuado. Un presentador de televisión le preguntó si sabría «estar a la altura del cargo». Para muchos, la confianza del pueblo en Ford se resintió cuando concedió el perdón presidencial a Nixon mientras que otros inculpadados en el escándalo Watergate, con cargos menores, estaban en prisión. Si bien Ford devolvió parte de la integridad a la presidencia, no fue capaz de vencer al gobernador de Georgia, Jimmy Cáster, en las elecciones de 1976. Cáster, un político algo populista, fue elegido por una coalición que representaba al Sur, a los trabajadores y a las minorías. Pero su reputación también cayó rápidamente al mostrarse incapaz de resolver los crecientes problemas económicos internos y la crisis en la política exterior. La confianza que el pueblo había depositado en aquel hombre experimentado, que debía ser un jefe de Estado

decisivo, quedó perjudicada. En las elecciones de 1980, Ronald Reagan ganó por mayoría abrumadora; Cáster venció en dos Estados y en el distrito de Columbia.

El recién elegido presidente prometió que reduciría las funciones del Gobierno y equilibraría el presupuesto federal. Prometió también que restauraría la imagen de Estados Unidos en el mundo y que sacaría al país de la crisis económica. Para algunos, sin embargo, Reagan tampoco parecía apto para desempeñar el cargo más importante del mundo. La elección de Reagan, que había sido actor de cine, sugirió que lo más importante para un candidato presidencial en la era de la televisión era tener un buen soporte financiero detrás y una presentación astuta de cara al público. Si bien en el pasado los presidentes candidatos a la reelección habían gozado de una ventaja tremenda ante los aspirantes entre 1960 y 1970, las derrotas de Ford y de Cáster cambiaron ese patrón. Las actuaciones de los presidentes estadounidenses pasaron a ser objeto de un cercano y casi instantáneo escrutinio por parte de los medios de comunicación. Sus discursos se analizaron y evaluaron con la misma velocidad e intensidad que las acciones de los jugadores de béisbol en la American World Series, o de los futbolistas durante cada Mundial. Pero los problemas que tuvieron los últimos presidentes para ser reelegidos también apuntan a una pérdida de confianza por parte de la población; los últimos presidentes no mostraron la habilidad para ganarse la fe del público que tenían Franklin Roosevelt, Dwight Eisenhower o John Kennedy.

Los derechos de la mujer ganaron terreno a partir de 1970, particularmente en Estados Unidos. En 1972, el Senado aprobó la enmienda constitucional por la igualdad de derechos, que pretendía poner fin a las discriminaciones por razones de sexo. Pero, diez años más tarde, la enmienda aún no había sido ratificada por el número suficiente de estados para que se convirtiera en ley. Aun así, hubo otros cambios que mejoraron el estatuto legal de la mujer. En 1973, la Corte Suprema legalizó el aborto durante los primeros meses del embarazo. Cada vez más mujeres accedían al mercado laboral, incluso como abogadas, médicas, empresarias y profesoras universitarias; aunque en muchas ocasiones siguieron cobrando menos que los hombres por el mismo trabajo. Cada vez resultó más usual que una mujer se presentara a un cargo político y fuera elegida. En 1974, Ella Grasso de Connecticut se convirtió en la primera mujer elegida gobernadora de un Estado sin que su marido lo hubiera sido antes. Sandra Day O'Connor, nombrada por el presidente Reagan, fue la primera mujer en ocupar un cargo en la Corte Suprema. Las mujeres hicieron grandes avances en el ámbito del deporte cuando una ley federal otorgó subvenciones económicas para el deporte femenino en las escuelas y otros institutos. Las tenistas Billie Jean King y Chris Evert Lloyd se convirtieron en figuras remarcadas del deporte estadounidense. Margaret Thatcher se convirtió en la primera mujer que llegaba al cargo de primera ministra en Inglaterra cuando el Partido Conservador ganó las elecciones de 1979. En 1983, con Sally Ride, una mujer era enviada al espacio por primera vez. Millones de mujeres agradecieron poder

conservar su nombre de soltera, o que se les dejase de llamar «señora» o «señorita» en función de su estado civil, lo que ayudó a potenciar la imagen de la mujer como persona en plena igualdad con el hombre. Todo esto era un buen comienzo. No debemos olvidar que la historia de la humanidad es también la historia de las mujeres.

El movimiento de defensa de los derechos civiles fue uno de los hechos más relevantes de la década de los sesenta. Durante los setenta, los afroamericanos empezaron a acceder a cargos oficiales, especialmente como alcaldes en numerosas grandes ciudades (Detroit, Atlanta y Los Angeles). Veinte años después de la gran marcha sobre Washington en agosto de 1963, en la que Martin Luther King pronunció su famoso discurso «He tenido un sueño», no se podía negar que los afroamericanos habían conseguido muchos avances. Pero aún quedaba mucho por hacer. Había escuelas e institutos donde todavía se practicaba segregación racial. Una sentencia que la Corte Suprema dictó en el caso de discriminación positiva de un estudiante californiano, llamado Allan Bakke, obstaculizó la aplicación de otra sentencia judicial que daba preferencia a las minorías en cuestiones de educación y empleo. El movimiento de defensa de los derechos civiles se salvó de otra derrota cuando la Administración Reagan trató sin éxito de permitir que los centros educativos que practicaban la discriminación racial también pudieran beneficiarse de exención de impuestos. El futuro económico de los jóvenes afroamericanos estadounidenses siguió siendo incierto, ya que continuaron siendo los más afectados por el

desempleo y por los recortes del Gobierno a los programas de asistencia social que habían ayudado a los pobres a subsistir.

Durante la década de los setenta, los homosexuales empezaron a reivindicar sus derechos. A pesar de que los conservadores reaccionaron en contra, florecieron comunidades gays en varias ciudades, en especial Nueva York y San Francisco; además consiguieron una mayor aceptación y representación política.

La vida entre 1970 y principios de los ochenta discurrió a caballo entre la continuidad con el pasado y el cambio hacia el futuro. Las orquestas sinfónicas, la ópera y las aclamadas exhibiciones artísticas provenientes de Europa encontraron un público ávido de cultura en las grandes ciudades de Estados Unidos. Pero la televisión, la radio, los discos y los libros que encabezan las listas de ventas —todo ello con la ayuda de los avances tecnológicos— siguieron siendo la principal fuente de entretenimiento popular.

La televisión por cable llevó más canales a los hogares estadounidenses, su recepción ya no dependía de la topografía, el tiempo o el tamaño y localización de la antena. Algunos canales empezaron a emitir películas sin cortes veinticuatro horas al día. Ahora, mucha gente, con sólo apretar un botón, puede encontrar en todo momento canales de noticias, de información meteorológica y de deportes, importados desde muy lejos vía satélite. El vídeo y el DVD nos permiten grabar programas de televisión o comercializar películas que podemos ver en casa mientras preparamos palomitas de maíz. La radio en frecuencia modulada (FM) sigue siendo popular, en especial las emisoras que emiten música clásica,

programas de variedades... A finales de los setenta, la industria discográfica pasó apuros debido a los avances de las técnicas de grabación en cinta de casete, que amenazaron con acabar con el disco de vinilo. Los conciertos de *rock*, aunque ya no fuesen acontecimientos de masas como en los años sesenta y principios de los setenta —como lo había sido Woodstock, el más célebre, un concierto celebrado en Nueva York en 1969, al que acudieron cientos de miles de personas—, eran también muy esperados por el público joven y por la generación de los sesenta, que no acababa de aceptar que ya no era tan joven y seguía llenando los estadios para escuchar a grupos como los Rolling Stones o The Who. El hecho de que Mike Jagger, líder de los Rolling Stones, cumpliera cuarenta años en 1983 no lo desanimó ni a él ni a sus hordas de fans. En los años ochenta hubo modas como la «discomanía» (la música de discoteca), dado que la nostalgia hacía resurgir la música *rock* de veinte años atrás. Esa misma nostalgia dio éxito a películas como *American Graffiti*, la historia de unos estudiantes de instituto de los años sesenta que se hacían adultos, y *Desmadre a la americana*, sobre las travesuras y dificultades de unos estudiantes universitarios que se encontraban en la edad de la inocencia justo antes de la guerra de Vietnam.

Paralelamente al sentimiento de nostalgia, surgió una nueva generación de universitarios que parecían haber abandonado el activismo social de finales de los años sesenta. En una época tan competitiva, lo más importante para los estudiantes era sacar buenas notas y preocuparse por su currículum. Y eso que la calidad

de la enseñanza, en especial la secundaria, se deterioraba o, al menos, no mejoraba. Algunos jóvenes quedaron consternados ante el final del idealismo, marcado por la aparición del eslogan «buscamos al número uno». Otros argumentaron que para conseguir un mundo mejor había que ser práctico.

A pesar de que la generación de 1960 ha envejecido y de que cada vez la esperanza de vida es más alta —al menos en los países desarrollados—, nuestra cultura sigue idolatrando la juventud. En 1980, actrices jóvenes como Brooke Shields y Jodie Foster simbolizaron el culto a la juventud en películas de gran éxito, de una manera mucho más mundana y menos inocente de lo que lo hacía Shirley Temple cuatro décadas antes. La frase «un espíritu joven» se convirtió en una máxima publicitaria y todo el mundo perseguía «mantenerse joven». el *jogging* se convirtió en una moda nacional en Estados Unidos y muchos se tomaron en serio el antiguo dicho «eres lo que comes», por lo que intentaron seguir dietas saludables. Los llamados «alimentos naturales», que antes se asociaban con los *hippies*, se encontraban en muchos hogares. Los científicos hicieron grandes avances en la investigación de las causas del cáncer, el gran asesino de nuestra era, y nos advirtieron del peligro de fumar. También nos avisaron de que ciertos alimentos que durante siglos consideramos sanos debían tomarse con moderación, como la sal y la carne. Pero se avanzó mucho menos en la ardua tarea de encontrar una cura para el cáncer, a pesar de que las técnicas de detección mejoraron y de que la población fuese mucho más consciente de la enfermedad.

Un escritor soviético escribió un pequeño libro titulado *¿Sobrevivirá la Unión Soviética hasta 1984?* Sí, sobrevivió. La URSS supo manejar los problemas económicos, reprimir las disconformidades y superar los brotes de nacionalismo que se producían tanto en los países dependientes de ella como dentro de sus fronteras. La Unión Soviética mostró pocos signos de cambio durante el mandato de Leonid Brezhnev, que murió en 1981. Para los disidentes soviéticos, la vida continuaba siendo muy dura. El más famoso de ellos, el escritor Alexander Solzhenitsin, pidió asilo en Estados Unidos. Asimismo, aumentó el número de judíos soviéticos que emigró a Norteamérica e Israel. El presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, quiso dar coraje a los disidentes que luchaban por los derechos humanos en una carta que escribió al físico Andrei Sajorov en 1976, en la que pedía que «se solicitase la liberación de los presos de conciencia».

El presidente estadounidense Carter y su homólogo soviético Brezhnev firmaron el segundo Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT) en 1979, pero las dos superpotencias continuaron siendo grandes enemigas y, a pesar de las muchas negociaciones que mantuvieron, ninguna de las dos se tomó en serio lo de reducir su arsenal nuclear. Estados Unidos incluso desplegó potentes misiles Pershing en Europa haciendo caso omiso de las fuertes protestas antinucleares que se produjeron tanto en Estados Unidos como en el viejo continente. La verdad es que las acciones soviéticas tampoco inspiraron mucha confianza en Occidente ni tras la muerte de Brezhnev. En 1979, el Ejército Rojo

invadió Afganistán después de que las facciones apoyadas por los soviéticos encontraran una oposición popular muy fuerte en aquel país pobre y montañoso. Los soviéticos también participaron en la represión del sindicato Solidaridad en Polonia, y se involucraron en distintos sucesos en África, particularmente en Angola, Mozambique y Etiopía. En 1983, el ejército soviético abatió un avión de pasajeros de una aerolínea coreana, al que tomó por un avión espía, cuando sobrevolaba la isla de Sakhalin al norte de Japón, un enclave estratégico para la URSS. Este incidente desencadenó un alboroto a escala mundial. Ese fue uno de los momentos más tensos de la Guerra Fría; el Ejército Rojo desempeñaba un papel cada vez más importante en la política de la Unión Soviética, mientras los miembros más antiguos del politburó no se ponían de acuerdo al decidir quién iba a tomar las riendas del poder.

Durante 1950 y 1960, los estadounidenses en general, y los responsables de la política exterior del país en particular, pusieron a la Unión Soviética y a China en un mismo saco, considerándolas potencias comunistas hostiles a los intereses del mundo libre. Pero, tras la guerra de Vietnam, a pesar de que ambos países ayudaran a Vietnam del Norte y al Vietcong, Occidente se dio cuenta de las grandes diferencias históricas, territoriales e ideológicas que separaban a las dos potencias comunistas. En los años setenta hubo momentos en los que se creía más posible que estallara un conflicto entre los dos gigantes comunistas que entre uno de ellos y Estados Unidos.

Aunque tanto Estados Unidos como la URSS disponían del armamento suficiente para destruirse el uno al otro en menos de una hora, los dos países eran conscientes de que sólo por la fuerza de las armas no iban a conseguir sus objetivos ni iban a ganarse amigos. Los soviéticos apagaron el destello de liberación, la relativa libertad de expresión que caracterizó la Primavera de Praga en la Checoslovaquia de 1968. Por otra parte, tras invadir Afganistán en 1979, quedaron atrapados en una guerra de guerrillas en la que los afganos luchaban a muerte.

En 1980 surgió el antes mencionado sindicato, Solidaridad, en Polonia. El apoyo que recibió del pueblo polaco, que se oponía a las políticas arbitrarias del Estado en nombre de la libertad, indicaba que se abrirían nuevas brechas en el bloque de la Europa del Este. Ni la amenaza del ejército soviético ni la imposición de la ley marcial por parte de las autoridades polacas pudieron reprimir el grito de libertad. Lech Walesa, el líder de Solidaridad y trabajador de Gdansk, ciudad donde en 1970 se produjeron las mayores manifestaciones en contra del régimen, ganó el premio Nobel de la Paz en 1983 por su papel durante aquellos sucesos.

La Unión Soviética y Estados Unidos fueron responsables de algunos de los problemas que tuvo la democracia en otras partes del mundo. En septiembre de 1973, el ejército chileno, apoyado por la CIA, se alzó contra el presidente elegido por el pueblo, el marxista Salvador Allende. El Gobierno militar impuso el reino del terror: las torturas y las ejecuciones estaban al orden del día. Diez años más tarde, Estados Unidos seguía apoyando al dictador Pinochet en ese

desdichado país. También apoyó otras dictaduras en Suramérica, entre ellas las de Brasil y Argentina, aunque Estados Unidos se inclinó por los británicos durante la corta guerra que enfrentó a Inglaterra y Argentina por las islas Malvinas (Falkland) en 1982. En Centroamérica, Estados Unidos respaldó los regímenes autoritarios de Guatemala y El Salvador. En Asia, el soporte de Estados Unidos ayudó a legitimar y a fortalecer los Gobiernos de Filipinas y de Corea, que muchos nativos consideraban represivos. Estados Unidos culpó a la Unión Soviética y a Cuba de que en Nicaragua hubiera habido una revolución de izquierdas, así como otras revueltas similares en la región. La posición de Estados Unidos fue duramente criticada por algunos de sus aliados, como Francia o el vecino México.

En octubre de 1983, Estados Unidos invadió la minúscula isla de Granada (de 110.000 habitantes), situada cerca de las costas de Venezuela. Aunque Estados Unidos ya había planeado la invasión con anterioridad, actuó a petición de otras islas cercanas que querían deshacerse de un grupo de izquierdas que había subido recientemente al poder en Granada. El presidente Reagan justificó la invasión alegando que los estudiantes de medicina estadounidenses que había en la isla corrían peligro por la presencia de armas e inspectores cubanos y soviéticos. Esta acción, que en Estados Unidos recibió un amplio apoyo, fue severamente criticada en las Naciones Unidas por más de cien países, incluyendo algunos de los aliados más próximos a los estadounidenses, que lamentaron que se hubiera violado el derecho internacional. Aunque

a menor escala y sobre todo menos sangrienta, esta intervención recordó a muchos la invasión soviética de Afganistán y dejó claro que ambas superpotencias hacían caso omiso de la opinión internacional cuando les interesaba. Paralelamente, en Centroamérica, Estados Unidos intentaba derrocar el régimen nicaragüense mientras los soviéticos hacían lo mismo en algunos países africanos. Si Maquiavelo todavía viviese, diría aquello de «cuanto más cambian las cosas, más idénticas son».

En Irán, el sah no pudo mantenerse en el poder, ni siquiera con el apoyo estadounidense, debido a que el rico y poderoso emperador persa se enfrentaba a una oposición muy fuerte. El sah fue derrocado en 1979 y se refugió primero en Estados Unidos y, después, en Egipto, hasta su muerte. La revolución iraní llevó al poder al ayatolá Jomeini, un líder religioso que se esforzó en crear un país basado en el fundamentalismo islámico. Muchos iraníes, que hasta entonces habían odiado a la temible policía del sah, tenían ahora razones para temer al nuevo régimen, sobre todo si eran comunistas o pertenecían a la minoría religiosa bahai.

Los estrechos vínculos del sha con Estados Unidos generaron una tremenda hostilidad en Irán contra los estadounidenses y su país. En la mañana de un sábado de noviembre de 1979, una multitud enfurecida asaltó la embajada estadounidense en Teherán y capturó a ciento cincuenta rehenes. Los iraníes los mantuvieron cautivos durante más de un año, mientras el resto del mundo observaba impotente. Estados Unidos, pese a su poder, fue incapaz de liberarlos; lo intentó una vez por la fuerza, pero fracasó. Al final, los

rehenes quedaron en libertad después de más de un año de cautiverio.

En 1972, el presidente Nixon visitó China, aunque el país fuese aún enemigo no declarado de Estados Unidos en Vietnam. En aquella década, las relaciones entre las dos potencias mejoraron de forma espectacular. El presidente Cárter fue el primer jefe de Estado estadounidense que reconoció oficialmente la República Popular China. Dentro de China, la revolución cultural que había empezado en 1966 obstaculizó en gran medida el desarrollo económico del país. Los jóvenes guardias rojos recorrieron China para «purificar» a los supuestos contrarios a Mao y reeducar a los intelectuales y otros enemigos potenciales, poniéndolos a trabajar en los campos. El propio Mao era un anciano cada vez más débil al que raras veces se veía en público. Su esposa Jiang Qing y la banda de los cuatro eliminaron brutalmente a la oposición. Entonces, el comandante del ejército chino, Lin Piao, trazó un plan para eliminar a Mao, pero murió en un accidente aéreo cuando huía del país tras descubrirse el complot. Tal vez fuera asesinado. El gran terremoto que sacudió China en aquella época parecía augurar la caída de la «dinastía» comunista, como sucedía en los tiempos imperiales, en los que se consideraba que tales desastres de la naturaleza señalaban el final del beneplácito divino (el mandato del cielo) y significaban la caída del emperador. Zhou En Lai, el respetado líder chino que puso la primera piedra para mejorar las relaciones con Occidente, murió en enero de 1976. Mao Tse-Tung, presidente del país y una de las más

grandes figuras de nuestro tiempo, murió en septiembre del mismo año.

¿Durante cuánto tiempo podría mantenerse la revolución cultural? Dos generales, Ye Jianying y Li Xiannian, lideraron una especie de golpe de Estado y arrestaron a la banda de los cuatro. Los viejos generales pusieron de nuevo en el poder a una víctima de la revolución cultural: Deng Xiaoping. En 1981, el Partido Comunista Chino admitió haber cometido algunos errores en el pasado. A Mao se lo siguió considerando un gran héroe, pero un héroe humano que había cometido grandes equivocaciones. Quedó en manos del nuevo régimen reparar el daño ocasionado durante el período de 1966 a 1976. La verdad, llevaron a cabo la tarea con éxito. China siguió siendo un país pobre donde cuatro de cada cinco trabajadores se dedicaban a la agricultura. Cuando se dio mayor control a los campesinos sobre la tierra que cultivaban, aumentaron las cosechas. El grado de producción industrial también se incrementó drásticamente. Por ejemplo, Pekín producía entonces diez veces más acero que toda China a principios de los años cuarenta. Las industrias chinas empezaron a producir cada vez más bienes de consumo, algunos de los cuales se podían comercializar en Occidente. En los años ochenta empezaron a aparecer anuncios en la televisión. El Gobierno chino siguió intentando poner remedio al acuciante problema de la superpoblación, ya que, desde la Segunda Guerra Mundial hasta principios de los ochenta, la población del país había doblado en número y alcanzado la impresionante cifra de 1.000 millones de personas. Por otra parte, el Gobierno chino quería

mantener buenas relaciones con Estados Unidos a la vez que mejoraba sus relaciones con la Unión Soviética. Pero tres asuntos de vital importancia obstaculizaban los deseos chinos respecto a los estadounidenses. En primer lugar, Estados Unidos seguía dando ayuda económica y militar al Gobierno de Taiwan, esa agitada isla que habían ocupado las tropas nacionalistas chinas al caer derrotadas por el ejército de Mao en 1949. El sucesor de Chiang Kai-shek y rival de Mao durante la guerra civil china pretendía ser el jefe de Estado legítimo de China. En segundo lugar, los deseos chinos de incrementar los intercambios comerciales con Estados Unidos preocupaban a los fabricantes estadounidenses, que temían una invasión de productos chinos fabricados a menor coste. Finalmente, a los chinos no les sentaba muy bien que el Gobierno de Estados Unidos impidiese que se exportara a China tecnología que pudiese utilizarse con fines militares. Dejando de lado estos problemas, los chinos de las ciudades más importantes dejaron de sorprenderse al ver turistas estadounidenses admirando las maravillas de una de las civilizaciones más fabulosas de la historia, una civilización que tiene capacidad para contribuir con gloria en el presente como lo hicieron sus antepasados, que fueron la admiración de algunos de los primeros viajeros europeos como Marco Polo y Matteo Ricci siglos atrás.

En los años setenta, Oriente Próximo se había convertido en la zona más conflictiva del planeta. El problema incluso hizo aumentar la tensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La contienda entre los países árabes e Israel afectaba a toda la región. En 1973,

seis años después de la guerra de los Seis Días, los vecinos árabes de Israel lanzaron un repentino ataque el día de la fiesta judía de Yom Kippur. Tras unas primeras victorias, los árabes fueron derrotados de forma implacable; el ejército y la aviación israelíes eran muy superiores. Como medida de represalia por el apoyo que Occidente —y en particular Estados Unidos— había dado a Israel, los árabes decretaron un embargo sobre el petróleo que, como hemos visto, tuvo repercusiones desastrosas para la economía mundial. Al cabo de un tiempo, Israel y Egipto iniciaron negociaciones bilaterales de paz. En 1978, el presidente egipcio Anwar al Sadat y el primer ministro israelí Menahem Begin firmaron los acuerdos de Camp David. Sadat, que en 1977 había visitado Israel, se ganó la eterna enemistad de los demás países árabes por su participación en aquellas difíciles negociaciones y fue asesinado en 1981. El presidente estadounidense Cáster desempeñó un papel crucial en los acuerdos de Camp David, por los que Egipto recuperó la península del Sinaí de manos de Israel.

Pero, a mediados de los ochenta, aún no se había conseguido la paz en Oriente Próximo. Los países árabes se negaban a reconocer la existencia y la legitimidad del Estado de Israel, edificado sobre un territorio que los judíos y los árabes habían ocupado durante miles de años. La cuestión del pueblo palestino estaba por resolver. Unos 3,2 millones de palestinos seguían sin país, rehenes de los desacuerdos entre los países árabes y ciudadanos de segunda clase en Israel. Varios cientos de miles vivían en condiciones precarias en campos de refugiados de Jordania y Cisjordania. Fruto de la

desesperación y la pobreza que allí reinaban, nació la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Las facciones violentas de la OLP empezaron a organizar atentados terroristas contra Israel; a partir de entonces, todos los israelíes eran vulnerables a los ataques sangrientos.

Las tácticas de la OLP empañaron el hecho de que había que hacer algo por el pueblo palestino. La expansión israelí en Cisjordania, con miras a crear el reino bíblico de Israel, dispersó todavía más el pueblo palestino. La línea dura del primer ministro Begin, que dimitió en septiembre de 1983, imposibilitó que se llegara a un acuerdo. Begin, que había pertenecido a los grupos terroristas que luchaban contra los británicos después de la Segunda Guerra Mundial, ordenó la invasión del Líbano, ya que las guerrillas palestinas habían lanzado ataques contra Israel desde su territorio. En el verano de 1982, los israelíes expulsaron a la mayoría de los miembros de la OLP de su país, incluido el líder, Yasser Arafat. Por otra parte, en el Líbano, la presencia de Israel permitió a las fuerzas cristianas conseguir una victoria precaria sobre las musulmanas y, también, que organizaran la masacre de cientos de musulmanes en los campos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila en Beirut. Desgraciadamente, mientras los terroristas de la OLP mataban judíos e Israel bombardeaba a la población civil en Beirut, el problema palestino seguía sin resolverse.

Paralelamente, en el Líbano continuaba la tragedia y aumentaba la profunda división entre cristianos y musulmanes en un país desolado por la guerra civil. Incluso dentro de estos dos grupos

mayoritarios existían fuertes rivalidades entre reducidas facciones violentas, que luchaban por el poder a pesar de la presencia de las fuerzas de paz internacionales. En octubre de 1983, unas potentísimas bombas resquebrajaron el alba y mataron a más de doscientos marines estadounidenses y a un centenar de soldados franceses enviados para mantener la paz. Desde la guerra de Vietnam, no se había producido tal pérdida de vidas de soldados estadounidenses y este suceso puso en entredicho el papel de Estados Unidos en Oriente Próximo.

En Europa, los años setenta llevaron al poder a la izquierda en las regiones mediterráneas y a la derecha en las regiones del norte. En Portugal, el dictador Salazar fue derrocado. En España, el general Franco, que había gobernado el país con mano de hierro desde el final de la guerra civil española en 1939, murió en noviembre de 1975, mucho más tarde que sus admirados colegas Adolf Hitler y Benito Mussolini. El rey Juan Carlos I, con su prestigio personal y gran determinación, contribuyó a que la transición hacia la democracia se produjera de forma sorprendentemente pacífica en un país que había sufrido durante tanto tiempo. En 1982, el Partido Socialista Obrero Español llegó al poder. Hubo entonces un intento de golpe de Estado militar que fracasó después de haber mantenido como rehén el Parlamento español. Francia también había elegido como presidente a un socialista, François Mitterrand, en mayo de 1981. Mitterrand sucedió a Valéry Giscard d'Estaing y se mostró aún más antisoviético que su predecesor, en teoría más de derechas. Tras la muerte de De Gaulle en noviembre de 1970 y de

su sucesor Georges Pompidou unos años más tarde, los gaullistas se decantaban cada vez más por Jacques Chirac, el alcalde de París, que fue elegido presidente de Francia en 1995. En Italia se sucedían los gobiernos. El terrorismo de extrema izquierda y de extrema derecha contribuía a la inestabilidad del país. En Grecia, un golpe militar llevó al poder a Georgios Papadopoulos en 1967. En 1973, un levantamiento estudiantil precedió a otro golpe de Estado que instauraría un Gobierno de izquierdas lleno de dificultades, mientras Estados Unidos sólo se preocupaba por la suerte que correrían las bases militares que tenía en ese país tan estratégicamente bien situado.

La Iglesia católica pasó por un período de cambios. El Concilio Vaticano II, de 1962, había admitido la libertad de expresión en la Iglesia. En un esfuerzo por hacer llegar la fe a todos, decidió que las misas ya no se dirían en latín, como hasta entonces, sino en la lengua de cada pueblo. En 1978, el tradicional humo blanco del Vaticano anunció sorprendentes noticias para los setecientos millones de católicos del mundo: los cardenales habían elegido por primera vez en 455 años un Papa que no era italiano, el cardenal Karol Wojtila, natural de Cracovia, Polonia. El nuevo papa Juan Pablo II se ganó el aprecio del pueblo viajando a muchos países como no había hecho ninguno de sus antecesores y al sobrevivir a un intento de asesinato en 1981. El Papa siguió los acontecimientos de su país con especial interés y fue una fuente de energía para los miembros del sindicato Solidaridad que luchaban contra el Gobierno comunista.

África sigue siendo un continente lleno de problemas, castigado por la pobreza, el hambre y las guerras civiles. La guerra por la independencia de Biafra respecto a Nigeria duró tres años y terminó en 1970 con dos millones de biafreños muertos. El régimen racista basado en la supremacía de la raza blanca y la segregación seguía azotando Sudáfrica. Tras una guerra civil en Rhodesia, la minoría blanca que estaba en el poder cedió el paso a la mayoría negra, y el país pasó a llamarse Zimbabwe. En Chad, antigua colonia francesa, se desató una guerra civil entre fuerzas gubernamentales, apoyadas por Estados Unidos y Francia, y fuerzas rebeldes apoyadas por Libia. En Uganda, el sangriento reinado del loco dictador Idi Amín trastornó al mundo. Amín fue derrocado por las tropas de Tanzania en 1979. Evidentemente, los gobiernos dictatoriales no eran los únicos que utilizaban la violencia política contra los ciudadanos. Los asesinatos políticos fueron una triste característica de esos tiempos; el terrorismo se convirtió en el modo de vida de muchos grupos que intentaban conseguir sus propósitos en contra de estados poderosos. En Estados Unidos, tras el asesinato del presidente Kennedy en 1963, el de su hermano Robert en 1968 y, ese mismo año, el de Martin Luther King, el gran líder de la defensa de los derechos civiles, se intentó asesinar al candidato presidencial George Wallace en 1972 y, dos veces, a Gerald Ford. Tanto el Papa como el presidente estadounidense Ronald Reagan sobrevivieron a las balas de los asesinos en 1981. Buena parte del mundo lamentó la pérdida del antiguo cantante de The Beatles, John Lennon, que

cantaba a la paz, asesinado de un balazo en la ciudad de Nueva York en 1980 por un demente.

El terrorismo se convirtió en un arma letal de los grupos violentos. En 1972 tuvo lugar un suceso trágico en Múnich durante la celebración de los Juegos Olímpicos, símbolo de la cooperación internacional y la competición pacífica. Ocho terroristas palestinos armados hasta los dientes aprovecharon la ocasión para secuestrar a deportistas de la delegación israelí. Cuando la policía entró por la fuerza en el edificio donde se encontraban, los terroristas mataron a once atletas. El mundo quedó atónito ante la matanza y la sangre fría con que los asaltantes habían matado a inocentes y se habían dejado matar, pero ésa no fue la única tragedia de estas características. En Irlanda del Norte, desde 1969 hubo una escalada de violencia. El Ejército Republicano Irlandés (IRA), un grupo terrorista católico, atentaba salvajemente y de forma regular contra sus enemigos protestantes irlandeses y británicos, con el objetivo de que Irlanda del Norte dejase de pertenecer a Gran Bretaña. Los grupos armados protestantes contraatacaron con los mismos métodos. Los años setenta fueron testigos de varios atentados sangrientos contra judíos. La imagen de los cuerpos mutilados ante una sinagoga de París en 1980, o en la judería de la misma ciudad, quedó grabada en muchas mentes. Grupos de terroristas armenios atentaron contra autoridades y compañías aéreas turcas en protesta por las masacres cometidas, contra sus compatriotas por los turcos, antes de la Primera Guerra Mundial. En Italia, las Brigadas Rojas, un grupo de extrema izquierda, lanzaron una serie de ataques

sangrientos contra el Estado. Paralelamente, terroristas de extrema derecha hicieron estallar una bomba en la estación ferroviaria de Bolonia, que se cobró casi cien víctimas mortales. Se responsabilizaron del mortífero atentado en el Festival de Octubre de Múnich de 1980. Los terroristas podían actuar virtualmente en cualquier lugar, incluso cerca del palacio de Buckingham, en Londres, durante un desfile. Algunas actividades terroristas estuvieron relacionadas con Libia y el régimen del dictador Gaddafi. En 1976, los israelíes contraatacaron el terrorismo y unos comandos rescataron a ciento cuatro rehenes que permanecían retenidos en el aeropuerto de Entebbe, Uganda, en un avión secuestrado. Sólo se necesitaban a una o dos personas bien mentalizadas, preparadas para morir por una causa que consideraran justa, para crear una atmósfera de terror, alimentar la hostilidad entre antiguos enemigos y dificultar aún más la solución razonable a los problemas políticos internos e internacionales de nuestro conflictivo mundo.

En la historia de la humanidad hay incontables ejemplos de la capacidad de resistencia del ser humano. Las personas afectadas por crisis económicas, las damnificadas por el deterioro del medio ambiente, las que soportan dictaduras y temen al terrorismo y las que sufren la rivalidad entre las superpotencias pueden consolarse pensando que la humanidad ha sobrevivido a situaciones terribles en el pasado. Hemos asistido a la recuperación de ciudades altamente deterioradas como Baltimore y Detroit en Estados Unidos, y al renacimiento de algunos recursos naturales que habían

sido destruidos temporalmente, como el río Támesis, en Inglaterra, o el lago Erie, en Estados Unidos. Si actuamos con determinación, quizá podamos enfrentarnos a los grandes desafíos medioambientales que nos acechan. Los movimientos masivos en contra del armamento nuclear en Europa y el creciente apoyo a los movimientos ecologistas en Estados Unidos son toda una fuente de esperanza. También contamos con el ejemplo de personas que merecen nuestra admiración por su coraje, integridad y entrega a los demás. Personas como Jacobo Timerman, el intelectual que luchó contra la persecución de los judíos y por la democracia en Argentina. Anwar el Sadat, que trabajó con tesón por unificar su país, Egipto, y por llevar la paz a Oriente Próximo. La Madre Teresa de Calcuta, la diminuta monja que trabajó en el anonimato por los más pobres en Calcuta antes de ganar el premio Nobel de la Paz y que, con su labor, llamó la atención al mundo sobre los necesitados, los hambrientos y los olvidados del vasto subcontinente indio y de todo el mundo. El colombiano Gabriel García Márquez ganó el premio Nobel de Literatura en 1982. El dramaturgo Athol Fugard que, proveniente del mundo de segregación racial de Sudáfrica, deleitó al público con sus obras, y Lech Walesa, que lideró el sindicato polaco Solidaridad en su lucha por la libertad. Estos hombres y estas mujeres han trabajado de manera altruista para conseguir un mundo mejor. Cuanto más difíciles sean los retos a los que debemos enfrentarnos en el futuro, más unidos deberíamos trabajar.

Capítulo 77

El nuevo milenio.

Nuevas libertades y conexiones planetarias

Las dos últimas décadas del siglo XX estuvieron marcadas por cambios políticos importantísimos, la mayoría de carácter pacífico, que llevaron la libertad a países que hasta entonces vivían bajo el yugo de gobiernos autoritarios. Al mismo tiempo, los cambios tecnológicos tan enriquecedores y a la vez tan intrigantes a los que hemos asistido han hecho que el mundo pareciese más pequeño. Por supuesto, algunos de los problemas que siempre han afligido a la humanidad —como el hambre, las enfermedades, la violencia o la guerra— siguen afectando a millones de personas. Aun así, gracias a la creciente interdependencia de las naciones y a los cambios significativos en las comunicaciones, una gran parte de la humanidad tiene motivos para encarar el futuro con optimismo.

Sin lugar a dudas, el acontecimiento más importante de las últimas décadas, y seguramente desde la Segunda Guerra Mundial, ha sido el final del comunismo en Europa. Cuando a mediados de los ochenta los representantes de Estados Unidos y de la Unión Soviética discutían con suspicacia la posible reducción de su arsenal nuclear, no podían de ninguna manera imaginarse que al cabo de pocos años el comunismo en la URSS y en Europa del Este sucumbiría, y que hasta la propia Unión Soviética se desintegraría al perder una tras otra sus antiguas repúblicas satélite. De todos los factores que convergieron para hacer caer el comunismo, el más

importante fue que el sistema había prometido el bienestar económico del pueblo y no lo había logrado. Además, la ausencia de libertad política en la Unión Soviética y en sus países satélites hizo enraizar un sentimiento de insatisfacción amargo y generalizado.

En 1985, Mijaíl Gorbachov accedió al cargo de secretario general del Partido Comunista Soviético y, por ende, al de jefe de la Unión Soviética. Gorbachov era joven y dinámico en comparación con sus ancianos predecesores. Se dio cuenta de que, para que el comunismo sobreviviera, lo cual deseaba, debían realizarse grandes reformas económicas y políticas. Así que Gorbachov permitió que personas de talante relativamente liberal entrasen en el Gobierno y ordenó que se relajara la fuerte censura que hasta entonces había estrangulado la expresión política y artística del país. Por primera vez, un líder soviético admitía en público que la economía del país no crecería hasta que los trabajadores y los campesinos tuviesen verdaderos incentivos económicos para trabajar duro. Gorbachov anunció el inicio de la *perestroika*, o reestructuración de la economía comunista, para hacerla más productiva y que proporcionase más bienes de consumo. Insistiendo en que al país le hacía falta «una revolución mental», promulgó un aumento de la propiedad privada e intentó atraer inversiones de los países occidentales. Pero, paralelamente, el elevado coste de la carrera armamentística que mantenía con Estados Unidos y el floreciente mercado negro en el que se comerciaban bienes y servicios hicieron tambalear la economía soviética. A finales de los años ochenta surgieron fuertes movimientos nacionalistas a lo largo y ancho del

vasto imperio soviético: en el Norte fueron Lituania, Letonia y Estonia (las llamadas «Repúblicas Bálticas»), y en el Sur Ucrania, Georgia y Armenia. Por toda la Unión Soviética la oposición democrática ganó confianza y empezó a pedir reformas mayores, al mismo tiempo que unía fuerzas con grupos nacionalistas en algunos lugares. Mientras, la crisis se aceleró al disminuir la producción, que casi se detuvo en 1988. Esto convenció a muchos reformistas en Rusia y en otros Estados de la Unión Soviética que las reformas en el seno del comunismo no serían suficientes y que el sistema comunista, que habían desarrollado desde 1917, tenía que desaparecer.

En el ínterin, Gorbachov viajó con gran éxito a Washington, Londres y París, ciudades en las que fue recibido con los brazos abiertos como si de un viejo amigo se tratase. Gorbachov puso fin a la participación soviética en la sangrienta guerra civil afgana. Pero, por encima de todo, mientras los movimientos nacionalistas en Europa del Este crecían ante el acuciante descontento económico, Gorbachov dijo que la Unión Soviética ya no iba a enviar tanques y soldados para ayudar a los líderes comunistas de Polonia, Alemania Oriental y otros estados para reprimir a sus ciudadanos. Los gritos de «¡Gorbi! ¡Gorbi! ¡Gorbi!» que se escuchaban en las manifestaciones dejaban claro que se estaba produciendo una transformación remarcable: en el pasado, el líder soviético representaba una amenaza para los grupos que pedían cambios, pero ahora se estaba convirtiendo en un símbolo reformador. En el verano de 1989, Gorbachov anunció sin miedo que «toda

interferencia en los asuntos internos de los Estados y todo intento de restringir su soberanía, tanto de parte de amigos o aliados como de cualquier otro, es inadmisibile».

Libres de la amenaza que había sido la temida intervención de la Unión Soviética, los países de la Europa del Este, uno a uno, rechazaron el comunismo. Tanto en Hungría, donde la oposición estaba bien organizada, como en Polonia, donde estaba apoyada por la Iglesia católica, los líderes comunistas buscaron el acuerdo. En Hungría, los reformistas llegaron al poder en 1988. Luego, el Gobierno simplemente abandonó el comunismo y, en mayo de 1989, retiró las alambradas que delimitaban la frontera del país con Austria. En Polonia, el Gobierno ya había empezado un año antes las negociaciones con Solidaridad, el grupo de oposición política que surgió de las huelgas y los movimientos reformistas iniciados en 1980 en los astilleros de la ciudad portuaria de Gdansk. En 1989, Polonia celebró las primeras elecciones libres desde antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial. Los candidatos que tenían el apoyo de Solidaridad obtuvieron muy buenos resultados y forzaron al Gobierno a compartir el poder. Un año más tarde, el largo período comunista se terminó definitivamente cuando el Partido Comunista Polaco cambió de nombre y empezó a funcionar como cualquier otro partido político.

Los vientos revolucionarios no tardaron en llegar a la República Democrática Alemana y a Checoslovaquia, dos de los Estados comunistas más represivos. Los alemanes del Este se inspiraron en los cambios producidos en la Unión Soviética, Polonia y Hungría, y

empezaron a reclamar libertades. Miles de ellos expresaron su opinión con los pies: huyeron en masa a Alemania Occidental; la policía del país se esforzaba cada vez menos en evitar las huidas, pese a que el principal dirigente, Erich Honecker, no quisiera saber nada de reformas. Cuando, en octubre de 1989, Gorbachov visitó Alemania Oriental, las calles se llenaron de manifestantes que gritaban su nombre. Honecker tuvo que dejar el poder a regañadientes, y el nuevo dirigente declaró que en adelante los alemanes orientales tendrían permiso para ir a Alemania Occidental y que el muro de Berlín, que desde 1961 había sido un símbolo de la división Este-Oeste, sería derrumbado. Una multitud entusiasta marchó hasta el muro y allí la policía no pudo, o no quiso, evitar que cruzaran el muro, a través o por encima, para abrazarse con los alemanes del otro lado. Al cabo de pocos días, tres millones de alemanes del Este habían cruzado a la República Federal de Alemania, muchos de ellos por primera vez. Un poeta de Alemania Oriental dijo: «Lloro de alegría porque ha sucedido tan rápido y tan fácilmente. Y lloro de rabia porque ha tardado tantísimo tiempo». En las primeras elecciones libres celebradas en Alemania Oriental, los conservadores que querían unificarse con la República Federal Alemana ganaron con facilidad. Alemania Oriental y Alemania Occidental se unificaron en 1990 para convertirse en una única Alemania.

En Checoslovaquia, la noticia de la caída del muro de Berlín dio lugar a movilizaciones masivas de los ciudadanos, y en diez días el régimen comunista tocaba a su fin. Una enorme multitud de

manifestantes entusiasmados se reunió en el centro de la capital, Praga, para pedir reformas y para protestar contra la brutal actuación policial. Como el Gobierno comunista ya no tenía el apoyo del ejército soviético, se vio forzado a negociar con los que pedían elecciones libres. En diciembre de 1989, la Asamblea Federal, controlada por los comunistas, decidió por votación que el Partido Comunista dejase de dominar la vida política del país. Václav Havel, un joven dramaturgo cuyas obras había prohibido el Gobierno y había estado en la cárcel por sus actividades políticas, fue elegido presidente. Gracias a lo que Havel llamó «revolución de terciopelo», Checoslovaquia consiguió la libertad sin que prácticamente se derramara sangre. Aun así, la rivalidad entre los checos y los eslovacos condujo a la partición del país y, en 1993, nacieron la República Checa y Eslovaquia como Estados independientes.

Los regímenes comunistas de Rumania, Bulgaria y Albania también se derrumbaron a finales de 1989 por la fuerte crisis económica y la exigencia de los ciudadanos que querían una vida mejor. En Bulgaria, el despiadado líder comunista había intentado ganarse a la población enfrentando a la etnia mayoritaria búlgara contra la minoría turca, pero algunos militares y altos cargos del Partido Comunista vieron que el cambio era inevitable y echaron al dirigente. En Rumania, el corrupto Nicolae Ceaucescu y su mujer trataron de mantenerse en el poder usando la fuerza contra las cada vez más numerosas manifestaciones de rechazo. Un día, cuando al iniciar uno de sus discursos los manifestantes le silbaron y le gritaron que se fuera, la policía disparó sobre la multitud. El

matrimonio Ceaucescu trató de escapar del lugar en helicóptero, pero fue capturado. Rápidamente se constituyó un tribunal para juzgarlos, los sentenciaron a muerte, los ejecutaron en el paredón y dejaron sus cuerpos fríos en el suelo para que las cámaras de televisión de todo el mundo pudieran filmarlo. Finalmente, el comunismo también cayó incluso en el país europeo menos desarrollado y más aislado, Albania. La escasez de comida dio lugar a huelgas y manifestaciones que desembocaron en la dimisión del Gobierno comunista en 1991. La rapidez con que colapso el sistema comunista en este país también fue impresionante.

El repentino y espectacular declive de los Gobiernos comunistas de Europa del Este forzó cambios en la propia Unión Soviética. A principios de 1990 permitió la existencia de partidos políticos no comunistas y terminaron las restricciones al culto religioso. Los diputados del Congreso del Pueblo eligieron a Gorbachov presidente, cargo que ya no se encontraba forzosamente ligado al Partido Comunista. Rusia y otros Estados de la URSS afirmaron que podían aprobar leyes que derogasen las impuestas por la Unión Soviética. Lituania fue la primera república en declararse independiente de la URSS.

Aun así, Gorbachov pensaba que, si se introducían más reformas, se podría salvar el sistema comunista. En Rusia, Boris Yeltsin, un orador inflexible amante de la bebida y reformador cada vez más popular, empezó a cuestionar la autoridad de Gorbachov, especialmente cuando éste se alejó del camino reformista, a principios de 1991, al recibir críticas de los comunistas radicales

que querían pocos cambios o ninguno. Gorbachov volvió a cambiar de tendencia en abril e hizo enfurecer más a los comunistas radicales al aceptar la idea de que las repúblicas soviéticas debían ser independientes, lo que significaba el final de la Unión Soviética. En agosto, altos cargos del ejército, el Partido Comunista y el KGB (el servicio secreto soviético) se rebelaron y pusieron a Gorbachov bajo arresto domiciliario en su residencia de verano en Crimea. En Moscú, Yeltsin abanderó la resistencia al golpe de Estado y el ejército permaneció fiel al nuevo Gobierno. El fallido golpe de Estado aceleró la caída de la Unión Soviética. Gorbachov volvió a Moscú convertido en héroe. Yeltsin, que era presidente del Parlamento ruso, suspendió el Partido Comunista. Gorbachov nombró más ministros de talante reformista y el Gobierno soviético reconoció la autonomía de las repúblicas que, cada vez más en contra de su voluntad, formaban parte de la Unión Soviética. A finales de 1991, 13 de las 15 repúblicas de la antigua Unión Soviética habían proclamado la independencia. El día de Navidad de 1991, Gorbachov dimitió exhausto, tras seis extraordinarios años en el poder. La Unión Soviética se había desintegrado.

La caída del comunismo terminó con la Guerra Fría y liberó al mundo de la amenaza de una guerra nuclear entre Estados Unidos y la URSS. Sin embargo, el camino hacia la estabilidad política y económica no fue fácil, ni para las repúblicas que habían formado parte de la Unión Soviética ni para los estados antiguamente comunistas de la Europa del Este. La mayoría carecía de tradición parlamentaria. Además, la transición de una economía comunista

controlada por cada estado a la economía de libre mercado resultó ser extraordinariamente complicada. No se podía aplicar una economía de libre mercado sin que los precios aumentaran de forma continuada, lo que causó gran inestabilidad. Los precios se dispararon por doquier, un duro golpe que las economías occidentales consideraron necesario para incrementar la producción y conseguir que llegaran más bienes de consumo a los comercios. Sin embargo, la inflación desbordada hizo que el pueblo pasara privaciones. Cuando Yeltsin anunció en enero de 1992 el final del control de los precios en Rusia, el coste de muchos productos de primera necesidad se había triplicado. Además, al relajarse la opresión del Estado, se produjo una ola de criminalidad y violencia sin precedentes, ya que las mafias se aprovecharon del caos. La libertad tenía un precio.

El fin del comunismo también dejó al descubierto los odios entre pueblos que habían sido forzados a convivir en relativa armonía durante el período soviético. La eclosión fue especialmente virulenta en Yugoslavia, donde había tres grupos étnicos principales: serbios, croatas y bosnios, cada uno con su propia religión (ortodoxa rusa, católica y musulmana, respectivamente). Yugoslavia se dividió en distintos grupos étnicos beligerantes. Eslovenia y Croacia fueron las primeras en declararse independientes de la Yugoslavia controlada por los serbios. Luego le tocó el turno a Bosnia y entonces estalló una guerra civil donde se practicó una limpieza étnica. Existen pruebas de que se cometió un genocidio. «Europa se está muriendo en Sarajevo», rezaba un póster en Alemania, refiriéndose a la

situación que atravesaba la capital bosnia, que era sistemáticamente bombardeada por los serbios. La guerra pudo haber causado 150.000 muertos y 2,8 millones de refugiados. Finalmente, en 1995, el Gobierno de Estados Unidos alentó a serbios, bosnios y croatas a que firmasen el Acuerdo de Paz de Dayton, que debía ser implantado bajo la presencia de 60.000 cascos azules de las Naciones Unidas, de los cuales un tercio serían estadounidenses. Los soldados tenían la misión de proteger a las minorías étnicas, pero en muchas ocasiones no pudieron más que asistir impotentes a las sucesivas violaciones de alto el fuego. Los odios históricos entre grupos étnicos diferentes tampoco eran fáciles de olvidar en otras regiones, especialmente en lugares que contaban con importantes minorías étnicas, como Rusia, Rumania o Letonia. En Europa del Este surgió un nacionalismo violento. Las instalaciones militares nucleares del período soviético que permanecían en, por ejemplo, Ucrania, Belarús y Kazajistán continuaron siendo una amenaza para la paz mundial.

Con la desintegración de la Unión Soviética, la atención del mundo se desvió hacia los países que aún eran comunistas, en especial China. En el XIII Congreso del Partido Comunista Chino, celebrado en 1987, los favorables a las reformas económicas moderadas — como disminuir el control del Estado y acercarse a las empresas capitalistas— llegaron a un compromiso con los inmovilistas, contrarios a cualquier tipo de reforma política. Presidió el Congreso Deng Xiaoping, el anciano líder chino con cuyo apoyo se habían introducido reformas económicas significativas en 1979. Aun así, a

principios de 1989, en China creció un movimiento popular a favor de las reformas democráticas, sobre todo en Pekín, donde en mayo se manifestaron más de un millón de personas. Tras la imposición de la ley marcial, el 4 de junio de 1989 las tropas chinas se desplegaron en la plaza Tiananmen de Pekín, aplastando el movimiento prodemocrático. Durante unos instantes dramáticos, un manifestante se plantó delante de los tanques del ejército chino mientras millones de telespectadores de todo el mundo contenían el aliento. Pero el hecho de que se reemplazara al reformista Zhao Ziyang por Jiang Zemin mostró que en el Partido Comunista Chino seguía prevaleciendo la línea dura. Después de los sucesos de Tiananmen hubo una gran represión, cientos de activistas fueron asesinados y miles encarcelados, lo que deterioró aún más las relaciones de China con Occidente.

Posteriormente, los dirigentes occidentales buscaron en vano señales de que se hubiera producido un cambio político significativo en aquel país de 1.300 millones de habitantes, casi un cuarto de la población mundial. Gracias al comercio con Occidente, en China empezaron a aparecer bienes de consumo, al menos en las grandes ciudades, pero la economía del país sufría la plaga de la inflación, el desempleo y la precariedad laboral. Cada vez eran más los chinos que se sentían lejos del autoritario régimen comunista. A pesar de que Deng intentara animar la situación afirmando que «hacerse rico es glorioso». China siguió siendo en su mayor parte un país extremadamente pobre. El campo pasaba grandes necesidades y se encontraba al borde del colapso; en consecuencia, durante la

década de los noventa, unos cien millones de chinos emigraron hacia las grandes ciudades de la costa. Además, China aumentó su población cuando en 1997 Hong Kong, el próspero territorio portuario en el que se hacinaban seis millones de personas y que el Gobierno británico administraba desde el siglo XIX, pasó por acuerdo previo a ser soberanía china. El Gobierno comunista chino se comprometió a mantener el capitalismo y la democracia en Hong Kong durante un período de cincuenta años. Con la desaparición de la Unión Soviética, Cuba pasó a ser el único destacamento comunista fuera de Asia. Fidel Castro siguió gobernando el país a pesar del embargo económico que Estados Unidos impuso para limitar el comercio con la isla caribeña y así hacer pasar penurias al pueblo cubano con la esperanza de que, finalmente, éste derrocaría a Castro. La situación económica de Cuba empeoró en 1991 cuando se terminaron repentinamente las ayudas millonarias que la Unión Soviética otorgaba a la isla cada año. Una pérdida que no se podía compensar ni con la considerable llegada de divisas procedentes del turismo.

Las sanciones económicas sí tuvieron consecuencias determinantes en otra parte del mundo. En Sudáfrica finalmente se acabó el *apartheid* (la segregación racial de la población negra con el soporte de la ley) gracias a los heroicos esfuerzos de los reformistas internos y a la creciente presión diplomática y económica internacional sobre el Gobierno del país, compuesto exclusivamente de blancos. El obispo Desmond Tutu, que ganó el premio Nobel de la Paz en 1984, había anunciado a su gente: «Seremos libres». En 1985, al

propagarse el uso de la violencia en gran parte de Sudáfrica, el Gobierno instauró la ley marcial y organizó una represalia sangrienta contra los líderes negros. La comunidad internacional impuso sanciones económicas al Gobierno sudafricano y muchas empresas vendieron los negocios que tenían en el país. En junio de 1991 se derogaron las leyes que discriminaban a los sudafricanos por motivo de raza. Dos años más tarde, el Gobierno blanco aceptó compartir el poder con un comité de transición en el que estaban representados diversos partidos, de manera que, por primera vez en la historia, la población negra accedió al Gobierno del país. Como resultado se levantaron las sanciones económicas. En 1994 se celebraron las primeras elecciones libres por sufragio universal de la historia de Sudáfrica, y Nelson Mándela, que pasó veintisiete años en la cárcel por motivos políticos, se convirtió en el primer presidente negro del país. Desde entonces, Sudáfrica lucha por que cicatricen las heridas abiertas en las décadas de discriminación racial y por acabar con las rivalidades ancestrales entre las diferentes tribus del país, que a menudo estallan con violencia.

En lo que respecta al resto de África, la guerra y las catástrofes naturales se han aliado frecuentemente contra el pueblo, que en general vive en abyecta pobreza. En los años ochenta, la hambruna acechó a las poblaciones de Etiopía, Chad, Níger, Sudán y otros países africanos devastados por la sequía. En los noventa fue el turno de Somalia, Ruanda y Zaire, arrasados por la guerra. La guerra civil angoleña acabó en 1991, al tiempo que estallaba una en Mozambique. La ayuda de la Cruz Roja y las donaciones

provenientes de países más prósperos contribuyeron a paliar el terrible sufrimiento de la población.

En 1992, Estados Unidos envió veinte mil soldados a Somalia, al extremo oriental de África, a petición de las Naciones Unidas. El objetivo de la «operación renovación de la esperanza» era restaurar el orden. Tras la caída del dictador que durante muchos años había gobernado el país, estalló una cruenta guerra civil que enfrentaba a diferentes señores de la guerra y que impedía la distribución de alimentos procedentes del exterior. La situación era tal que el cabecilla de una de las facciones armadas afirmó: «Si tienes un arma de fuego, eres hombre; si no la tienes, no eres nadie». Las fuerzas de paz enviadas por las Naciones Unidas no consiguieron mejorar la situación, y algunos cascos azules murieron en la operación.

En los años noventa, África central también atrajo la atención. El Gobierno de Ruanda tuvo que enfrentarse al descalabro económico, el conflicto étnico entre hutus y tutsis y la formación de partidos políticos rivales. En la contienda del Gobierno hutu por aferrarse al poder murió medio millón de personas, y dos millones más tuvieron que refugiarse en los países vecinos: Tanzania, Burundi y Zaire. Miles de refugiados murieron al extenderse una epidemia de cólera en los miserables campos de refugiados y muchos otros fueron devueltos a su país por las tropas zaireñas. Mientras, en Ruanda los tutsis habían subido al poder y el nuevo Gobierno arrestó a miles de hutus a los que acusó de participar en las masacres. La ONU creó un Tribunal Penal Internacional para juzgar a algunos de los

acusados por crímenes contra la humanidad. Por otra parte, el flujo masivo de refugiados procedentes de Ruanda provocó inestabilidad en Zaire y Burundi, así que, en ambos países, hubo un cambio de régimen político. Afortunadamente, en otras partes de África la situación no era tan terrible. En algunos países como Zambia, la década de los noventa conllevó más libertad política, el Gobierno autoritario se debilitó y surgió la política de partidos. En Zaire, el viejo dictador Mobutu Sese Seko, que había acumulado una vasta fortuna a expensas de su país, fue derrocado y el país pasó a llamarse República Democrática del Congo.

En Suramérica también se podía observar una marcada tendencia hacia la democracia; poco a poco, los gobiernos autoritarios fueron reemplazados por gobiernos electos. En Argentina, un país en el que durante la dictadura militar de derechas de la década de los setenta miles de personas fueron torturadas y asesinadas, en 1984 llegó a la presidencia un conservador moderado. En Brasil, en 1985 el pueblo se movilizó masivamente para instaurar una democracia en el país, tras sufrir veinte años de dictadura militar. También en Uruguay los moderados subieron al poder y enterraron otra dictadura. En Chile, los votantes rechazaron en 1988 un proyecto de ley que pretendía alargar el régimen militar del general Augusto Pinochet. En Paraguay, el dictador Alfredo Stroessner, que había convertido su pequeña nación en un paraíso para los criminales de guerra nazis, fue derrocado por un golpe militar en 1990.

En Nicaragua estalló una guerra civil en 1985. Un grupo rebelde de derechas —la « Contra »— se alzó contra el Gobierno marxista

«sandinista ». Parte de la financiación de la Contra provenía de la venta ilícita de armas por parte de Estados Unidos a Irán. Además de dirigida a derrocar al Gobierno nicaragüense, la operación estadounidense pretendía ganarse el apoyo de Irán para que éste mediara a favor de la liberación de los rehenes secuestrados por facciones musulmanas en el Líbano —los rehenes fueron finalmente liberados durante la guerra del Golfo—. Cuando salieron a la luz los detalles de la operación «armas por rehenes» en 1986, la Casa Blanca negó estar relacionada con el asunto. Sin embargo, al año siguiente, la comisión de investigación del Congreso de Estados Unidos descubrió que, detrás de la operación, se hallaban altos cargos del Gobierno. El informe del Congreso afirmaba que el presidente Reagan «había creado, o al menos tolerado, la situación que condujo a cometer tales actos ilícitos». El escándalo puso bajo los focos a un presidente que se había alejado de la presidencia. Diversos de sus consejeros políticos, entre ellos el consejero de Seguridad Nacional, tuvieron que dimitir por el llamado escándalo Irán-Contra y fueron condenados por la justicia. En 1987, los presidentes de Costa Rica, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Guatemala firmaron un acuerdo para acabar con las cruentas guerras civiles de Centroamérica. Se pedía la pacificación de la región, la celebración de elecciones libres y que terminara el apoyo exterior a los rebeldes. En 1990, los presidentes de los países centroamericanos firmaron otro acuerdo por el que se pedía la desmovilización de las tropas de la Contra en Nicaragua. Finalmente, en este país, el poder se transmitió de forma pacífica a

un Gobierno no marxista al vencer Violeta Barrios de Chamorro al ex presidente marxista Daniel Ortega en las elecciones presidenciales. Ese mismo año, Estados Unidos invadió Panamá y arrestó al dictador panameño Manuel Antonio Noriega, al que acusaba de haber organizado un lucrativo negocio de tráfico de drogas entre los dos países, e instaló un Gobierno más de su agrado. Los estadounidenses se llevaron a Noriega para juzgarlo y un Tribunal de Florida lo condenó a numerosos años de cárcel por tráfico de drogas. En El Salvador, los rebeldes izquierdistas y el Gobierno llegaron a un acuerdo que puso fin a la guerra civil, aunque esporádicamente se siguieran produciendo enfrentamientos. La guerra civil que azotaba Guatemala desde hacía treinta y seis años acabó en 1996 con la firma de un armisticio.

En diversos lugares del mundo se produjeron espectaculares cambios políticos, que llevaron la democracia a países que hacía mucho tiempo que estaban bajo el yugo de gobiernos opresores. En Filipinas, Ferdinand Marcos, que había sido elegido presidente en 1965, ya no podía presentarse por tercera vez en 1972. Así que Marcos, que contaba con el apoyo incondicional de Estados Unidos debido a la importancia estratégica militar del archipiélago, instauró la ley marcial e hizo modificar la legislación para poder permanecer en la presidencia por tiempo indefinido. Renovó su mandato en 1981, pero quienes pedían reformas eran cada vez más numerosos, tanto en el interior como en el exterior del país, y las guerrillas de izquierdas se enfrentaban a las tropas gubernamentales. En agosto de 1983, el líder de la oposición, Benigno Aquino, fue asesinado al

descender del avión que lo había transportado a Manila tras años de exilio. El asesinato había sido planeado en los círculos más altos del régimen de Marcos. En 1986, Corazón Aquino, viuda de Benigno Aquino, se enfrentó a Marcos en las elecciones presidenciales. Este fue acusado de fraude electoral generalizado y tuvo que huir de Filipinas, un país que su familia y él habían saqueado durante décadas. Tras su desaparición, Filipinas volvió a ser una democracia viable.

Otros países estaban pasando por revoluciones similares con menos resolución. En Camboya, alrededor de tres millones de personas habían sido exterminadas en los «campos de la muerte» del brutal dictador comunista, Pol Pot, y sus jemes rojos a finales de los años setenta. La esperanza de que algún día este país devastado por la guerra gozara de paz y estabilidad política seguía siendo escasa, aun después de que el ejército vietnamita se retirara de Camboya en 1990 tras una década de ocupación. En 1991, el rey Norodom Sihanuk volvió a la capital Phnom Penh en calidad de presidente del país tras la firma de un acuerdo de paz. Pero en Camboya siguió reinando la inestabilidad política y Sihanuk tuvo que volver a exiliarse. Quedaron enterradas millones de minas terrestres por todo el país que matan a miles de personas y mutilan a otras tantas, principalmente niños, que son quienes más a menudo tienen la desgracia de pisarlas.

Oriente Próximo continúa siendo la región más conflictiva del mundo. En 1980, Irán e Irak iniciaron una guerra que no acabaría hasta 1988 con la firma de un armisticio. En los años ochenta, las

relaciones entre Estados Unidos e Irán se deterioraron. El ayatolá Jomeini, líder fundamentalista iraní, llamó a la lucha contra Estados Unidos, país al que calificó de «gran Satán». En 1985, un barco de guerra estadounidense anclado en el golfo Pérsico abatió a un avión comercial iraní, al que había confundido con un avión militar; murieron 259 personas. Tras la muerte del ayatolá Jomeini en 1989, las relaciones entre Estados Unidos e Irán empezaron a mejorar, a la vez que empeoraban las relaciones entre los estadounidenses e Irak, rival de los persas.

Si bien la guerra entre Irán e Irak duró ocho largos años, la guerra del Golfo de 1991 fue muy rápida. En agosto de 1990, el dictador iraquí Saddam Hussein ordenó la invasión de Kuwait. La larga guerra contra Irán había puesto a Irak al borde de la quiebra. Debía mucho dinero a Kuwait y a otros estados árabes. Saddam alegó que la sobreproducción de Kuwait hacía bajar el precio del petróleo en el mercado mundial. Las vastas reservas petrolíferas del pequeño vecino fueron una tentación irresistible para el dictador.

La invasión iraquí de Kuwait abrió una brecha en la unidad árabe, ya que la Liga Árabe condenó el acto. En noviembre de 1990, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas autorizó el uso de la fuerza armada contra Irak si el país no retiraba sus fuerzas de Kuwait antes de mediados de enero. Irak desplegó sus soldados a lo largo de la frontera con Arabia Saudí, aliada de Estados Unidos, y de la costa de Kuwait, atrincherándolos tras fortificaciones y extensos campos de minas, mientras se difundía el rumor de que Irak se preparaba para la guerra química. Después de reunir a más

de medio millón de efectivos, el 17 de enero de 1991 las fuerzas de las Naciones Unidas, básicamente integradas por soldados y aviones estadounidenses enviados al golfo Pérsico por el presidente George Bush, empezaron los ataques aéreos contra Irak y sus posiciones en Kuwait. Los aliados pronto tomaron el control aéreo y las fuerzas iraquíes sucumbieron en tierra ante la superioridad estratégica y el armamento de sus enemigos. El cielo ennegreció con el humo procedente de los pozos de petróleo incendiados por el ejército iraquí en retirada. El 24 de febrero empezó el ataque terrestre contra las posiciones iraquíes en Kuwait y el sur de Irak. La operación «tormenta del desierto» hizo retroceder rápidamente a las fuerzas iraquíes, cuyo número y potencial armamentístico había sido sobrestimado. La televisión hizo entrar aquella guerra en la mayoría de hogares del mundo como si se tratara de un videojuego; los periodistas de las grandes cadenas de televisión mostraban con gran dramatismo escenas en las que Irak lanzaba misiles Scud de procedencia soviética contra bases militares estadounidenses e Israel. Mientras las fuerzas aliadas perdieron a 340 combatientes, las bajas en el bando iraquí ascendieron a 110.000, incluyendo los civiles que murieron en los bombardeos aéreos. A mediados de marzo, los príncipes de Kuwait pudieron regresar a sus palacios. La guerra del Golfo acabó con la firma de un acuerdo de paz por el que Irak se comprometía a permitir que las Naciones Unidas, que sospechaban que Saddam Hussein escondía armas químicas y biológicas, inspeccionaran sus instalaciones militares.

Pero perder la guerra del Golfo no dejó a Saddam Hussein sin fuerzas. Una vez terminada la contienda, el dictador continuó provocando a las Naciones Unidas, y en especial a Estados Unidos. En 1997 y 1998, Saddam se negó a permitir la inspección de las supuestas plantas de producción y almacenamiento de armas químicas, y Estados Unidos lo amenazó con nuevos ataques aéreos. Mientras tanto, el embargo comercial impuesto a Irak por las Naciones Unidas endureció las condiciones de vida del pueblo iraquí, que pagaba un alto precio por la megalomanía de su dirigente.

Sin salir de Oriente Próximo, la cuestión palestina seguía envenenando las relaciones entre Israel y todos sus vecinos árabes. En 1988 se reavivó la esperanza de llegar algún día a una solución definitiva cuando la OLP se comprometió a dejar las armas y a reconocer al Estado de Israel. Ese mismo año, el rey Hussein de Jordania renunció a toda pretensión de su país respecto a Cisjordania y la banda de Gaza, ambas zonas ocupadas por Israel. En 1992, una coalición de centroizquierda ganó las elecciones en Israel y Yitzhak Rabin pasó a ser su primer ministro. A iniciativa de Rabin, el Gobierno israelí anunció que detenía la controvertida construcción de nuevos asentamientos judíos en los territorios ocupados, que representaban un impedimento para la paz duradera. Poco después, el Gobierno israelí otorgó cierto grado de autonomía a los palestinos en Cisjordania y la franja de Gaza. El acuerdo que lo formalizaba se firmó en mayo de 1994 y fue sellado en el mes de julio en Washington, por un apretón de manos en la

Casa Blanca entre el primer ministro israelí Yitzhak Rabin y el líder palestino Yasser Arafat.

Pero los esfuerzos de Arafat y Rabin por construir la paz aún debían saltar multitud de obstáculos. Arafat recibió grandes presiones de los militantes que pedían un Estado palestino. Hubo una escalada de atentados terroristas contra Israel; los israelíes respondieron con dureza y los partidos de derechas se opusieron a cualquier tipo de acuerdo con los palestinos. Entonces, en noviembre de 1994, Rabin fue asesinado por un joven extremista israelí. En 1996, el conservador Benjamín Netanyahu fue elegido primer ministro de Israel por un estrecho margen de diferencia y la posibilidad de alcanzar una paz duradera volvió a quedar en el aire.

A pesar de que las relaciones entre muchos enemigos históricos se han suavizado, la facilidad con que se puede obtener todo tipo de armas y la dificultad de prevenir actos de violencia, que los terroristas han utilizado para asesinar o herir a muchos inocentes, han contribuido a crear un sentimiento de inseguridad en el mundo. Gran parte de los actos de terrorismo que tuvieron lugar entre 1980 y 1990 estuvo relacionada con la inestabilidad en Oriente Próximo. Los israelíes y los judíos en general fueron los principales objetivos de los terroristas. El más mortífero de los atentados de la época tuvo lugar en 1988: un grupo de terroristas libios puso una bomba en un boeing 747 de la Pan Am y la hicieron estallar cuando el avión sobrevolaba la localidad escocesa de Lockerbie. En el atentado murieron las 259 personas que iban a bordo y 11 vecinos del pueblo. También fueron terroristas árabes

quienes, en 1993, hicieron explotar una bomba en el subterráneo del World Trade Center de Nueva York, un acto que acabó con la vida de seis personas e hirió a muchas más.

En todas partes del mundo, grupos extremistas han continuado usando la violencia como medio para alcanzar sus objetivos. Por ejemplo, grupos de fundamentalistas islámicos perpetraron actos terroristas en estados árabes en los que pretendían imponer un gobierno religioso estricto. A mediados de los años noventa, estos grupos cometieron una serie de atentados sangrientos contra turistas extranjeros en Egipto. En Argelia, los fundamentalistas asesinaron a miles de hombres, mujeres y niños para mostrar su oposición al Gobierno laico de Argelia que había anulado las elecciones al hacerse evidente que los fundamentalistas subirían al poder e impondrían una norma religiosa estricta. En Estados Unidos, a pesar de que en la década de los noventa descendió el índice de criminalidad, grupos militantes de extrema derecha que estaban en contra del Gobierno cometieron diversos atentados monstruosos. En 1995, una bomba colocada en las inmediaciones de un edificio de la Administración en Oklahoma City mató a 168 personas, entre ellas a un grupo de niños que jugaba en la guardería del edificio. Otro atentado provocado en un aparcamiento de Atlanta durante la celebración de los Juegos Olímpicos de 1996 acabó con la vida de dos personas. Otros grupos de extremistas que se oponían al aborto atacaron las clínicas en las que se practicaba, amenazaron a sus médicos e incluso llegaron a matar a alguno. En Irlanda del Norte, extremistas de uno y otro bando siguieron

perpetrando actos terroristas con la intención de romper el diálogo entre protestantes y católicos. A pesar de las treguas de 1994 y 1997, y de los esfuerzos de Tony Blair, líder del «Nuevo» Partido Laborista, por que se solucionara definitivamente la cuestión, siguió habiendo violencia en la zona de forma intermitente.

La penuria económica, la guerra civil y la inestabilidad política que tan a menudo son resultado de los bruscos cambios de gobierno han disparado el número de refugiados que cruzan las fronteras de su país en busca de una vida mejor en economías más prósperas o sociedades más libres. Miles de haitianos embarcaron en pateras para atravesar un mar a veces tempestuoso y siempre plagado de tiburones, en un intento por alcanzar la costa de Estados Unidos. Los kurdos huyeron de la represión a la que estaban sometidos en Irak y Turquía. Los albaneses se subieron en tropel a cualquier cosa que flotara para poder cruzar el mar Adriático y llegar a Italia. Un periodista albanés describió la situación de su país de la siguiente manera: «No hay pan en las panaderías, no hay leche. Hay escasez de sal. Están todos desencantados. No hay dinero y no hay esperanza». Desgraciadamente se podría decir lo mismo de muchos otros países. Cientos de miles de norteafricanos han llegado a Francia y a otros países de Europa occidental atravesando España, esquivando a la policía para emplearse en trabajos indignos. En 1995, casi tres millones de personas vivían de manera ilegal en Europa.

Durante la recesión económica de principios de los años noventa, los inmigrantes afincados en países relativamente prósperos se

convirtieron en el chivo expiatorio de los problemas económicos que afectaban a la población, tales como el desempleo, y se los culpaba de reventar el mercado laboral al trabajar clandestinamente por poco dinero. La xenofobia (odio hacia lo extranjero) y el racismo se hicieron evidentes en Europa como no lo habían sido desde antes de la Segunda Guerra Mundial. El número de votantes de extrema derecha aumentó preocupantemente en Francia, Austria y Alemania, donde «cabezas rapadas» de ultraderecha y otros extremistas atacaron mortalmente a inmigrantes. En Estados Unidos, el miedo a que los inmigrantes llegaran en masa y agotaran los recursos sanitarios y educativos del país quedó reflejado en un intento por limitar las ayudas sociales a los inmigrantes, acabar con la enseñanza multicultural e imponer el inglés como única lengua oficial.

Y eso que aquéllos fueron años boyantes para la economía estadounidense. En 1982, la bolsa creció espectacularmente y los cinco años siguientes de «dinero fácil» hicieron más ricos a sus ciudadanos. Los *yuppies* (del inglés *young urban professionals*, jóvenes urbanos profesionales), protagonistas de muchos chistes, reían más que nadie cuando iban al banco a retirar los jugosos salarios que recibían por su trabajo en el mundo de las altas finanzas, que luego muchos derrochaban.

La fiebre de las fusiones y las adquisiciones empresariales hizo que las grandes empresas absorbieran a las pequeñas. Proliferaron los *junk bonds* (bonos basura) de alto riesgo. Cierta número de corredores prominentes de Wall Street fueron encarcelados por

realizar actividades ilegales, como, por ejemplo, usar información privilegiada sobre las actividades de las empresas para invertir en ellas y hacerse ricos. Otro de los distintivos de los años ochenta fue la liberalización de los mercados. En aquella época de competencia feroz, en Estados Unidos, incluso la American Telephone and Telegraph Company, conocida familiarmente con el nombre de Ma Bell, perdió el monopolio del que había gozado durante décadas y, gracias a ello, los precios bajaron en beneficio del consumidor.

Debido al gran aumento del gasto en defensa que tuvo lugar durante los primeros años del mandato del presidente Reagan, la deuda del Gobierno de Estados Unidos se triplicó y el déficit del comercio exterior aumentó todos los trimestres. El mercado de valores de Wall Street estaba ampliamente sobrevalorado y, de repente, se hundió el 19 de octubre de 1987, día conocido como «lunes negro». El índice Dow Jones cayó 500 puntos, un veintitrés por ciento, y muchos inversores temieron que se produjera otra «gran depresión». El director de la Bolsa de Nueva York comentó, abatido: «Esto es lo más parecido a un descalabro económico que quiero ver en mi vida ». Afortunadamente, la economía supo salvarla tormenta y el valor de las acciones volvió a subir.

El crecimiento económico de Estados Unidos durante la última década del siglo XX fue estimulado por la mejora en la calidad de los productos y en la productividad de las empresas, y todo ello gracias a las nuevas tecnologías, muchas de las cuales nacieron y se desarrollaron en California. El apogeo económico creó muchos puestos de trabajo en Estados Unidos, por lo que casi el sesenta por

ciento de las mujeres del país trabajaban; un incremento notable respecto al treinta y cinco por ciento de tres décadas antes. Además, el salario medio de las mujeres se acercó al de los hombres. Las mujeres también hicieron grandes progresos en deporte, tanto a nivel *amateur* como profesional. Sin embargo, seguía existiendo un «techo de cristal» para ellas en algunas profesiones, especialmente en el ámbito de los negocios, que impidió que mujeres bien cualificadas accedieran a según qué puestos. Paralelamente, aumentó el salario medio de la población negra, aunque el desempleo entre los jóvenes negros y de otras minorías como la hispana se mantuvo desproporcionadamente alto.

La economía de Estados Unidos desempeñó un papel decisivo en la política. En 1992, Bill Clinton, antiguo gobernador de Arkansas, derrotó en las elecciones al presidente George Bush, cuya campaña quedó dañada por la recesión económica y el aumento del desempleo. Clinton accedió a la presidencia con la esperanza de introducir cambios sustanciales en el país, pero sus deseos de crear un sistema público de seguridad social chocaron de frente con la oposición de la Asociación Estadounidense de Médicos y de muchos ciudadanos que temían por el coste y las restricciones del programa. En 1994, los republicanos arrasaron en las elecciones al Congreso y, con ello, pasaron a controlar tanto el Senado como el Congreso por primera vez en cincuenta años de historia. Aun así, Clinton fue reelegido en 1996 gracias a la recuperación económica y a pesar de los escándalos financieros y sexuales que lo perseguían. El éxito de Clinton se debió en parte a que se situó en el centro del espectro

político y, a veces, incluso adoptaba posiciones típicamente republicanas, como, por ejemplo, abogar por una reducción del papel del Gobierno. En 1996 dio luz verde a una ley que, según sus propias palabras, estaba destinada a «acabar con el sistema público de ayudas tal como lo conocemos en la actualidad». En 1998, el presidente Clinton presentó el primer presupuesto equilibrado que hubo en treinta años.

Pero la economía de Estados Unidos no estaba aislada de la mundial. Al contrario, las economías de todos los países del mundo eran cada vez más interdependientes. En 1992, los 12 miembros de la Comunidad Europea (CE), así como la mayoría de países de la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC), firmaron el Tratado de Maastricht en la ciudad holandesa que le dio nombre. En 1994, Austria, Noruega, Suecia y Finlandia fueron invitadas oficialmente a entrar en la Unión Europea, aunque Noruega no entraría porque sus ciudadanos lo rechazaron en referéndum ese mismo año. El Tratado de Maastrich anticipaba la creación del llamado Espacio Económico Europeo (EEE), que eliminaría los obstáculos al comercio entre los países que lo componen y, en principio, también las aduanas. La Unión Europea adquirió un papel más relevante y controvertido en la planificación económica y la coordinación entre los Estados y preparó la introducción de una moneda común —el «euro»—, que debía usarse en la contabilidad desde principios de 1999 para, después de un período transitorio, entrar en circulación el 1 de enero de 2002. Mientras tanto, aparecían voces procedentes de diversos lugares que discrepaban con la integración económica y

política; en especial de los conservadores británicos (bautizados con el apodo de «euroescépticos»), que temían que la consolidación de la autoridad de Bruselas restara soberanía a Gran Bretaña. Por otra parte, los británicos se acercaban cada vez más al continente en alma y también en cuerpo, ya que en 1994 se abrió el túnel subterráneo de 45 kilómetros que atravesaba el canal de la Mancha para unir Francia y Gran Bretaña, con lo cual Londres pasó a distar solamente unas pocas horas de París y Bruselas.

Al ver que aumentaba la competencia de la Unión Europea, en 1992 el Congreso de Estados Unidos ratificó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Gracias a este acuerdo, poco a poco se eliminaron las barreras comerciales entre los tres países firmantes: Estados Unidos, Canadá y México.

A finales de 1997 se colapsaron los mercados asiáticos, especialmente los de Seúl y Singapur, y las monedas de sus países cayeron en picado. Aquello tuvo repercusiones en todos los mercados financieros del mundo, lo que demostró que las economías regionales estaban cada vez más interrelacionadas. Al globalizarse la economía, se debía prestar ayuda a las economías en dificultades, ya que su colapso podía tener graves consecuencias para la economía mundial. En 1995, Estados Unidos prestó 50.000 millones de dólares a México para ayudar a salir a flote a la vacilante economía mexicana, cuya moneda, el nuevo peso mexicano, se devaluó fuertemente y aumentó el riesgo de inestabilidad política en el país. En Europa, a diferencia de en Estados Unidos, los índices de desempleo se mantuvieron altísimos:

en España era casi del veinte por ciento, trece por ciento en Francia y, el de Alemania, no difería mucho de los anteriores. El desempleo afectaba particularmente a los jóvenes. Quizá debido a unas perspectivas de futuro aparentemente inciertas, aumentaron los índices delictivos y el consumo de drogas. En las dos últimas décadas del siglo XX, el problema del consumo ilegal de drogas en Estados Unidos y Europa sobrepasó la capacidad de las autoridades para controlar la llegada de droga procedente del sureste asiático y Latinoamérica, en especial Colombia. Tras su introducción en Estados Unidos en 1985 por los traficantes, la adicción al *crack* aumentó tanto entre la clase media como entre los pobres de los centros urbanos, que se refugiaron en la droga para escapar del sentimiento de impotencia generado por el desempleo y la pobreza. La cruzada de Estados Unidos contra la droga, el aumento de financiación federal a los servicios de vigilancia en aeropuertos y fronteras, así como los programas educativos no consiguieron su objetivo. Cada vez había más jóvenes que no decían «no» a la droga. Además de los problemas creados por el ser humano —guerra, delito, droga y terrorismo—, la humanidad seguía siendo vulnerable a los accidentes y las catástrofes naturales. Una serie de terremotos devastadores mató al menos a 30.000 personas en Armenia en 1988, a 10.000 en India en 1993 y a más de 5.000 en Kobe, Japón, en 1995. En Colombia, una erupción volcánica enterró en 1985 a más de 25.000 personas bajo la lava. Como si esto no fuera suficiente, también se produjeron accidentes de dimensiones catastróficas en todo el mundo. En diciembre de

1984 hubo un accidente industrial, el más mortífero de la historia: más de 2.500 personas murieron al filtrarse los gases tóxicos almacenados en una fábrica de plaguicidas de la Union Carbide Corporation en Bhopal, India. En abril de 1986 se produjo el mayor desastre nuclear de la historia al explotar uno de los reactores de la central de Chernobyl, Ucrania. A consecuencia del accidente, toda la zona quedó contaminada de radiación y los vientos la extendieron por Europa y Asia. «Por favor, pidan al mundo que nos ayude», imploró un radioaficionado. Se efectuó una evacuación masiva de la población que vivía cerca de la central nuclear, pero aun así murieron miles de personas. La radiación provocó enfermedades gravísimas en los supervivientes, las madres dieron a luz niños con defectos y la producción agrícola y las fuentes de agua quedaron contaminadas por la radiación.

Los vertidos accidentales de petróleo en el mar no son tan mortales pero resultan muy perjudiciales para el medio ambiente, ya que ponen en peligro la vida animal y vegetal acuática. En marzo de 1989, el petrolero *Exxon Valdez* se quedó encallado en Prince William Sound, Alaska, y vertió el contenido de 250.000 barriles de petróleo al agua. Fue uno de los mayores desastres ecológicos de la historia. Otros grandes vertidos de petróleo dañaron el medio ambiente en Puerto Rico y la costa sur de Inglaterra.²

La contaminación ha afectado seriamente la atmósfera. Las fotografías tomadas por los satélites, que se mueven en órbita alrededor de la Tierra, han mostrado que se ha reducido la capa de

² A finales de 2002, el petrolero *Prestige* se hundió en la costa gallega. (N. de la T.)

ozono que protege a la Tierra de algunos de los efectos perjudiciales de la radiación solar directa. Lo que daña el medio ambiente a veces cae literalmente del cielo. La «lluvia ácida», causada por la contaminación química de las industrias, cada vez inquieta más a los científicos y a los ecologistas. La lluvia ácida empezó a destrozar bosques en Alemania Occidental, Estados Unidos y Canadá, así como en Alemania Oriental y la República Checoslovaca, dos países que, en época comunista, no aplicaban restricción alguna a la contaminación. La creciente preocupación por el daño provocado en el medio ambiente condujo a la celebración de la Cumbre de la Tierra, que tuvo lugar en Río de Janeiro en 1982, y a la que asistieron delegados de 178 países.

Aunque los avances médicos y científicos en general redujeron, o incluso eliminaron, la incidencia de muchas enfermedades en gran parte del mundo, nuevos tipos mortales de viejas enfermedades, así como otras más recientes, se cobraron muchas vidas. En 1995, una epidemia del virus mortal ébola mató a miles de personas en África central y recordó a los científicos que algunas enfermedades aún estaban fuera del alcance de la medicina. El virus de inmunodeficiencia humana (VIH), que provoca el sida, una enfermedad mortal que se desarrolla lentamente y destroza el sistema inmunitario humano, se descubrió a principios de los ochenta y fue aislado por los investigadores en 1984. El sida azotó la República Centroafricana y Zaire, aunque ningún país quedó a salvo de sus efectos. En Occidente, en un primer momento los homosexuales y los consumidores de droga fueron especialmente

vulnerables al virus, pero después este se extendió también entre la población heterosexual que no consumía drogas. En 1991, el jugador profesional de baloncesto y superestrella de la NBA, Magic Johnson, anunció que había contraído el VIH y se retiró de las canchas. Aquello tuvo el saludable efecto de poner la enfermedad en primera plana de actualidad en el mundo occidental. A pesar de que hoy para muchos afectados del sida la enfermedad no es mortal — deben tomar un cóctel de medicamentos que les prolonga la vida—, aún no se ha encontrado una cura definitiva.

El gasto sanitario aumentó en todos los países del mundo. En Estados Unidos, en 1990, las familias gastaron 730.000 millones de dólares en sanidad, el doble de lo que gastaban una década antes. A pesar de ello, una minoría considerable—aproximadamente, una década nueve familias— carecía de seguro médico y de acceso a cuidados sanitarios. El elevado precio de médicos, hospitales y otras instalaciones sanitarias, así como los cuidados necesarios, ayudaron a disparar los costes. En los países en que la población se beneficia de una sanidad pública, como Francia, Gran Bretaña y Suecia, el aumento del coste sanitario amenaza con arruinar las arcas estatales.

Los notables avances que se han producido en ciencia y medicina también han originado problemas éticos. Algo particularmente cierto en el veloz campo de la medicina genética, en el que los científicos han identificado los genes relacionados con ciertas enfermedades. Los descubrimientos pueden ser utilizados para identificar y alterar los genes defectuosos que causan enfermedades hereditarias, tales

como la distrofia muscular y la anemia de células falciformes, pero también podrían ser mal empleados por los futuros padres —que quizá abortarían un feto con predisposición a padecer cáncer— o por los empresarios —que tal vez no contratarían a alguien con predisposición a sufrir el síndrome de Alzheimer—. Está claro que, de todo ello, se derivarán muchos conflictos morales, además de legales. Otras dudas éticas surgieron cuando en 1997 se clonó una oveja en Gran Bretaña. Se empezó a temer que se acabaran clonando seres humanos y la cuestión hizo surgir un acalorado debate.

Comparado con la impresión que supuso el primer alunizaje en 1969, en los años ochenta y noventa la exploración espacial se convirtió en algo casi rutinario. Pero un año después de que dos astronautas estadounidenses fueran los primeros seres humanos en moverse por el espacio sin estar ligados a la nave espacial, la tragedia hizo mella en el programa espacial. En 1986, la nave espacial *Challenger* explotó en el aire, unos setenta segundos tras despegar. Los siete miembros de la tripulación murieron cuando la cápsula de la nave chocó contra el mar ante los horrorizados espectadores que asistían al despegue en Cabo Cañaveral y los que seguían el acontecimiento por televisión. Entre los muertos se encontraba Christa McAuliffe, una maestra del Estado de New Hampshire, a la que habían sacado a pasear por el espacio en un gesto publicitario de la agencia espacial.

Pasaron más de dos años antes de que despegara otra nave estadounidense tripulada. Mientras tanto, a medida que el

programa espacial se reavivaba, Estados Unidos impulsó el uso de cohetes espaciales para uso comercial. Envío al espacio una sonda para recoger información sobre las estrellas y los planeta. El *Voyager 2* se acercó a Urano en 1986 y, cuatro años más tarde, pasó a 4.500 kilómetros de Neptuno. En 1991, el transbordador *Columbia* cumplió una misión científica durante la cual pasó once días en órbita y puso un satélite de comunicaciones en el espacio. En 1997, el telescopio espacial *Hubble*, puesto en el espacio por el transbordador *Discovery*, envió a la Tierra unas imágenes impresionantes de los lugares más distantes del universo, con fotografías de cientos de galaxias hasta entonces desconocidas. Por otra parte, en 1995 el transbordador estadounidense *Atlantis* y la estación espacial rusa *Mir* se unieron en el espacio, simbolizando el fin de la Guerra Fría. En 1997, una nave no tripulada aterrizó en Marte.

Para las diversas generaciones que ya casi se habían acostumbrado a las fabulosas exploraciones espaciales, la revolución de las telecomunicaciones que se produjo entre 1980 y 1990 fue aún más alucinante. La televisión unió al mundo con la rápida expansión del cable y luego de la televisión por satélite, primero en Estados Unidos y poco a poco también en gran parte del mundo. En la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de invierno de 1998, celebrados en Japón, el director de orquesta dirigía en Nagano a los músicos que interpretaban el Himno de la Alegría de Beethoven mientras cinco coros, cuyas voces eran retransmitidas por satélite, cantaban desde África del Sur, Oceanía y otros tres continentes.

La televisión ayudó a reducir las distancias entre continentes y países. Gracias a ello, Michael Jordán se convirtió en uno de los personajes más famosos del mundo. Muchos jóvenes, tanto en Occidente como en los rincones más distantes del planeta, empezaron a lucir las camisetas, las gorras y las carísimas zapatillas deportivas de marca que promocionaban los deportistas profesionales y que a menudo fabricaba gente muy necesitada por salarios miserables.

A mediados de los años ochenta, el ordenador personal transformó la manera en que accedíamos a la información, la generábamos y la transmitíamos. La mejora de los ordenadores personales y de los programas informáticos se produjo a tal velocidad que se requirió un ejército de informáticos que aplicasen los cambios. El sorprendente progreso de los *chips* hizo crecer exponencialmente la capacidad de memoria de los ordenadores y los hizo más pequeños y a la vez más fiables. La aparición del *e-mail* o correo electrónico posibilitó la comunicación instantánea entre personas que poseían un ordenador y facilitó, por ejemplo, la colaboración entre investigadores de cualquier parte del mundo. Internet abrió las puertas a la inagotable información contenida en los «sitios web» a cualquiera que tuviera acceso a un ordenador. Los estudiantes empezaron a «navegar por la red» para buscar información con la que elaborar sus trabajos académicos. Las universidades se esforzaron por dar una buena impresión en sus páginas web. Las familias actuales gestionan sus cuentas bancarias, realizan reservas de avión y de hotel, compran libros e incluso ropa, siguen las

andanzas de sus equipos deportivos favoritos y leen periódicos extranjeros por Internet. Paralelamente, a mediados de los noventa, los teléfonos móviles o celulares hicieron su aparición en la calle, los bancos, los autobuses, los bares, los restaurantes —para desgracia de los demás comensales— y los automóviles.

La revolución informática ha ido acompañada de polémicas sobre cuestiones éticas y legales ciertamente espinosas, como el derecho a la privacidad y a la libertad de expresión de los usuarios de Internet (¿se puede, por ejemplo, poner pornografía en la red?). Entre tanto ha aumentado la preocupación por las cuestiones de seguridad, ya que las innovaciones tecnológicas y la interconexión de los ordenadores a través de Internet han hecho que los ordenadores sean más vulnerables a los virus y amenazan la privacidad de los usuarios al permitir que *hackers* o piratas informáticos, sin escrúpulos, puedan acceder a información sobre el estado financiero u otros aspectos de la vida privada de cualquiera que tenga un ordenador.

En los albores del siglo XX, se tardaban semanas en ir de una parte a otra del planeta en barco, el único medio de transporte intraoceánico de la época. El mundo parecía enorme en aquel entonces y la mayor parte de los pueblos no era más que una noción vaga para los occidentales. En la actualidad, el avión nos permite cruzar el planeta en cuestión de horas y las noticias sobre los cambios que se producen en la economía japonesa o en la política de China, India, el sureste asiático, Oriente Próximo o cualquier otro lugar del mundo nos llegan inmediatamente y nos

interesan. De la misma manera, personas que antaño sólo habrían sido importantes en sus propios países ahora adquieren relevancia universal. Por ejemplo, muchas personas en todo el mundo ansiaban saber de la vida de la princesa Diana de Inglaterra. Habían seguido su matrimonio con el príncipe Carlos, el nacimiento de sus hijos, su bulimia y su separación matrimonial. En 1997, todas ellas lamentaron su muerte prematura en un accidente de coche. Cientos de millones de personas siguieron su funeral, retransmitido en directo para todo el mundo.

La gran revolución de los transportes ha transformado el horizonte de la humanidad. El automóvil, y luego el avión, sobrepasaron en importancia al barco e incluso al gran invento del siglo XIX, el ferrocarril. La revolución en las telecomunicaciones ha sido aún más impresionante, ya que a la invención del teléfono le siguieron la de la radio, la televisión y finalmente el ordenador. A principios del siglo XXI, en gran parte del mundo una persona tiene gran cantidad de información a su alcance a través de los telediarios, el ordenador o sus propios viajes. Ciertamente, el planeta se ha hecho más pequeño. Las condiciones de vida han mejorado espectacularmente en los últimos cien años en la mayoría de zonas del planeta. En las últimas décadas del siglo XX, el porcentaje de personas que no tenían suficiente para comer se redujo al veinticinco por ciento, aunque sigue habiendo miseria en África, Asia y otros lugares del mundo, así que todavía queda mucho por hacer. Pero, a medida que los horrores del fascismo y el experimento fallido del comunismo se desvanecen en el pasado para gran parte de la población, hay

algunas evidencias que permiten prever con esperanza y optimismo que, durante el primer siglo del nuevo milenio, habrá un mayor desarrollo científico y tecnológico, además de una mejor calidad de vida para un porcentaje aún mayor de la población mundial.

El autor

Hendrik Willem van Loon tiene una habilidad única para transmitir la historia como si fuera un fascinante relato de aventuras. La historia de la humanidad, ganadora de la primera medalla Newbery, ha fascinado a generaciones de lectores de todas las edades. Esta nueva versión ha sido actualizada por John Merriman, profesor de historia de la Universidad de Yale, que incorpora los acontecimientos más importantes de las dos últimas décadas — entre ellos los viajes al espacio, el surgimiento de los países en vías de desarrollo, el final de la guerra fría, internet y los sorprendentes avances en medicina, ciencia y tecnología a los que hemos asistido— y vislumbra el futuro ante las expectativas del siglo veintiuno. Hendrik Willem van Loon fue reconocido mundialmente por los libros que escribió e ilustró. Fue profesor en el Antioch College e impartió clases en Harvard, Cornell y la Universidad de Múnich. John Merriman es autor de La historia de la Europa moderna, entre otras obras.

